

TROILO Y CRÉSIDA

*BIEN ESTÁ TODO LO
QUE BIEN ACABA*

PERICLES,
PRÍNCIPE DE TIRO

CIMBELINO

MEDIDA
POR MEDIDA

CUENTO DE
INVIERNO

LA TEMPESTAD

DOS NOBLES DE
LA MISMA SANGRE



WILLIAM SHAKESPEARE

Romances

Obras completas 4

Edición de ANDREU JAUME



El presente volumen reúne la producción tardía de Shakespeare, que muestra sus creaciones más claroscuras, desde las llamadas «obras problemáticas» hasta su crepuscular despedida de los escenarios en *La tempestad*. Sin renunciar a la reflexión, a los juegos de palabras, a la dualidad de lo tragicómico, ni a su interés por las pasiones humanas —ahí donde nace el misterio de su universalidad— construye unos dramas llenos de simbolismo, fantasía y lirismo hipnótico.

Romances es el cuarto volumen de una colección de cinco que reúne la obra completa de Shakespeare. Aquí se incluyen *Troilo y Crésida*; *Bien está todo lo que bien acaba*; *Medida por medida*; *Pericles, príncipe de Tiro*; *Cimbelino*; *Cuento de invierno*; *La tempestad* y *Dos nobles de la misma sangre*. Esta edición, a cargo de Andreu Jaume, quien firma también la introducción, presenta las mejores traducciones contemporáneas, respetando el verso y la prosa originales. Un festín para todos los amantes de las buenas letras.



William Shakespeare

Romances

Obras completas - 4

ePub r1.0

Titivillus 26.08.16

William Shakespeare, 2016

Traducción: Luis Cernuda, Marcelo Cohen, Andrés Ehrenhaus, Amir Hamed, Circe Maia, Javier Montes, Graciela Speranza & José María Valverde

Editor: Andreu Jaume

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2





A LA MEMORIA DEL AUTOR,
MI QUERIDO SEÑOR
WILLIAM SHAKESPEARE,
Y
A LO QUE NOS HA DEJADO

Para no levantar envidias en tu nombre,
será bastante, Shakespeare, cuando honre
tu libro y fama, si confieso que tus obras
no pueden de hombre o musa agotar sus loas.
Es verdad conocida, pero no quisiera
que fuera mi alabanza por tal senda,
transida a veces de ignorancia leve
y, aunque sonora, apenas te merece.
Y el amor ciego la verdad oculta,
avanza a tientas y con prisa abrumba.
O la astuta malicia en falso alaba
y piensa en la ruína cuando ensalza.
Así elogian rufianes y putas infames
a una matrona: lo que más puede dañarle.
Pero tú estás a prueba de ellos, en verdad
más allá de su mal fario o de su ruindad.
Empiezo sin más: ¡Alma de nuestra era!
¡Aplauso, encanto, prodigio de nuestra escena!

Mi Shakespeare, arriba. No pienso hospedarte
con Chaucer o Spenser, o a Beaumont apartarle
para que le haga un sitio a tu figura.
Eres un monumento sin su tumba.
Y vives aún mientras viva tu libro,
maravillas leemos y loas proferimos.
Que no te asocie así, se disculpa mi mente,
con grandes pero desiguales musas, se entiende.
Pues si mi juicio fuera todavía antiguo,
junto a tus pares te pondría de continuo
y más que nuestro Lyly diría que brillas,
más que el audaz Kyd, que de Marlowe la
poesía.
Y aunque tenías poco latín y menos griego,
no buscaría nombres de entre aquellos
para elogiarte, sino que al tonante Esquilo,
a Sófocles y Eurípides, de nuevo vivos,
junto a Pacuvius, Accius y el de Córdoba
muerto,
tu coturno mostrara sacudir el proscenio.
O cuando el gorro de bufón lucieras,
te mediría a solas con la estela
de la insolente Grecia y de la Roma altiva,
de todo aquello que surgió de sus cenizas.
Triunfas, Bretaña mía, puedes mostrar a uno
a quien las tablas de Europa deben tributo.
Él era para siempre, más que del momento.

Y las musas estaban aún en su apogeo
cuando llegó cual Apolo para regalarnos
los oídos, o cual Mercurio para encantarnos.
Natura estaba orgullosa de sus creaciones
y vestía feliz las ropas de sus canciones,
tan bien cortadas y con tanto primor tejidas
que ya nunca otras iguales alumbraría.
El mordaz Aristófanes, griego jocoso,
Terencio el pulcro y Plauto el ingenioso,
no gustan ya y anticuados se alejan
como si no fueran fruto de la naturaleza.
Pero no es todo gracias a Natura: tu arte,
buen Shakespeare, tiene asimismo su parte.
Y aunque natura sea materia de poetas,
el arte da la forma y el que crea
obras con vida, cual son en verdad las tuyas,
suda y golpea fuerte el yunque de las musas
y se vuelve uno y lo mismo con lo que fragua.
De lo contrario, ya no hay laurel sino guasa,
pues un buen poeta se hace tanto como nace,
cual fue tu caso. Mirad cómo el rostro del padre
vive en el hijo, así la estirpe de la mente
y las formas de Shakespeare resplandece
en sus bien torneados y esculpidos versos,
donde, en todos y cada uno de ellos,
parece sacudir y blandir una lanza

frente a los ojos de la misma ignorancia.
¡Oh, dulce cisne de Avon! Qué visión sería
verte sobre las aguas volar todavía
y sobre el Támesis hacer aquellos vuelos
que tanto cautivaron a Isa y Jaime primero.
Quédate, puedo verte en la bóveda elevado,
una constelación formas ya en lo alto.
Ilumínanos, ¡oh, astro de los poetas!
y con furia o influjo anima o amonesta
la escena decaída que, desde tu partida,
pena como la noche y desespera el día.
Nos queda solo el calor que recibimos
con la luz que se guarda en este libro.

BEN JONSON



INTRODUCCIÓN

Cuando se habla de Shakespeare, lo primero que suele decirse, con la seguridad que procuran los lugares comunes de más honda raigambre, es que de su vida no se sabe casi nada y que su personalidad constituye uno de los enigmas más insondables de la historia de la literatura. Como siempre, el tópico esconde algo de verdad y, al mismo tiempo, simplifica un asunto bastante más complejo. Es cierto que de Shakespeare no se sabe mucho, de acuerdo con nuestra moderna concepción de la biografía, pero es indudable que, de todos los dramaturgos isabelinos, con la notable excepción de Ben Jonson, de quien más sabemos, con diferencia, es de William Shakespeare. De Christopher Marlowe, el gran rival del Bardo en sus inicios, *we know next to nothing* («no sabemos prácticamente nada»), como asegura su más reciente biógrafo, por no hablar de Thomas Kyd, John Webster o John Fletcher, sombras furtivas y temblorosas en el gran escenario de la época.^[1]

De este primer tópico se deriva el otro gran mito que persigue a Shakespeare: el proteico fantasma de la autoría de sus obras. Es realmente increíble que a estas alturas se siga especulando, desde las más altas hasta las más bajas instancias, con la propiedad intelectual del canon shakespeariano. Son bien conocidas las hipótesis que, a lo largo de mucho tiempo, han atribuido sus obras a Francis Bacon, el conde de Oxford, a la mismísima reina Isabel, a una asamblea de eruditos neoplatónicos o a Christopher Marlowe, el candidato que ha gozado de un favor más sólido y continuado. ¿Cómo se explica tan obsesiva y enfermiza insistencia en desautorizar al poeta de Stratford-upon-Avon?

Para desestimar todas esas herejías, bastaría con apelar al oído y señalar las enormes diferencias prosódicas que separan, por ejemplo, el plúmbeo estilo de Bacon de la profunda levedad del verso shakespeariano o, en el caso de Marlowe, no solo las diferencias formales, sino también las divergencias conceptuales: las preocupaciones filosóficas y teológicas del autor de *Doctor Fausto* están evidentemente muy alejadas del temperamento y la sensibilidad de Shakespeare. Pero no hay modo, las dudas y las suspicacias se suceden y se actualizan en cada generación.

Como bien ha demostrado James Shapiro, la manía persecutoria se inicia a finales del siglo XVIII y se consolida a lo largo del XIX.^[2] Al parecer, fue un tal James Wilmot, un erudito oxoniense que vivía a unos pocos kilómetros de Stratford, quien, en 1785, empezó a buscar papeles, libros y enseres del poeta y, corroído por el fracaso y la impotencia, decidió que ahí había gato encerrado y, en un arrebato de furia, atribuyó el corpus a Francis Bacon. La ecuación mental resulta muy elocuente y se ha repetido en todas y cada una de las atribuciones, hasta el punto de que podemos considerar a todos los conspiradores dignos herederos de Wilmot.

Hasta entonces, a nadie se le había pasado por la cabeza desacreditar a Shakespeare. No lo hizo, para muestra, ninguno de sus contemporáneos. El poema que escribió Ben Jonson a modo de homenaje y que se estampó en las primeras páginas de la primera edición de su teatro completo —el llamado Primer Folio de 1623— deja bien claras tanto la autenticidad de la firma como la realidad de la persona que había tras ella: el dulce cisne de Avon, el alma de aquella era. Si hubiera habido la más mínima sospecha, el primer interesado en airearla habría sido el propio Ben Jonson, buen amigo de Shakespeare, pero muy receloso y envidioso del prodigioso talento de su colega.^[3]

Podríamos definir lo que le ocurrió a Wilmot —y con él a todos sus sucesores— como la «ansiedad del vacío

biográfico». Como género, la biografía no se desarrolló hasta bien entrado el siglo XVIII, del cual acabó siendo algo así como un espejo. Para nuestra desgracia, en la época isabelina apenas se escribieron diarios, memorias o crónicas. Además, durante el Romanticismo se acuñó el concepto de «genio», normalmente asociado a una vida intensa, a ser posible rocambolesca, suculenta y pública, capaz de explicar la génesis de la obra literaria y acorde con la grandeza de esta. Byron sería el epítome de ello. Por el contrario, además de insoportablemente banales, los hechos conocidos de la vida de Shakespeare traslucían un olímpico desprecio por su posteridad y una escasísima conciencia de su genio: algo inadmisibles para los hijos del romanticismo que de algún modo somos todavía. Cuando en 1747 se descubrió su testamento —vulgar como todos—, la perplejidad dio paso a la indignación: ni una sola mención a su obra, tan solo dinero, propiedades y la famosa y desconcertante —aunque no tanto, según las costumbres de la época— «segunda mejor cama» para su esposa, Anne Hathaway.^[4]

Nuestro desconcierto se explica por la incapacidad de aceptar —o de restaurar— las categorías literarias, sociales, políticas y morales de la época, de las que nos separó la Ilustración, algo que también ha determinado el moderno juicio crítico sobre su literatura. Para empezar, en el siglo XVI, no se había instituido aún la figura del autor, tal y como ahora la entendemos y la vendemos. Las obras teatrales pertenecían a la compañía que las explotaba, y los impresores, si se hacían con una copia del manuscrito, podían publicar cualquier pieza, por defectuosa o mutilada que estuviera, sin temor a sanciones. Además, muchos dramas eran fruto de la colaboración a cuatro o a seis manos —en muchas obras de Shakespeare la filología trata de elucidar todavía dónde está su verdadera mano— y el auténtico prestigio literario se ganaba en la lírica y no en el teatro, considerado por los espíritus más sofisticados un simple entretenimiento para las masas.

A la luz de todo esto, es interesante notar cómo Ben Jonson, en el poema laudatorio antes mencionado y que se incluye en el frontispicio de esta edición, se esfuerza en subrayar, ya desde el título mismo, la condición de *autor* de William Shakespeare, y la dignidad que ello conlleva. Sin menoscabo de sus nobles propósitos, hay que decir que aquí Jonson está defendiendo su propia idea de autoría contra la convención de su tiempo, e incluso quién sabe si contra las propias convicciones de Shakespeare. Jonson fue el primero de los dramaturgos de su hora en desarrollar una aguda conciencia de su propia relevancia literaria y, de hecho, recopiló en vida sus obras en un volumen en folio —en 1616, año de la muerte de Shakespeare—, algo absolutamente inusitado por aquel entonces. A pesar de que ahora parece un mero ejercicio de pompa y circunstancia, el poema de Jonson constituye un documento de extraordinaria trascendencia: nada menos que la primera valoración crítica del canon shakespeariano y la prueba más fehaciente de la legitimidad de su autoría.

La frustración por la vulgaridad, más que por la escasez, de los hechos de la vida de Shakespeare llevó a los cada vez más ansiosos biógrafos a tratar de encontrar algo de su vida en su obra. Fue en el Romanticismo cuando se generalizó la práctica de tratar de llenar las lagunas biográficas mediante el descifre de las presuntas alusiones encriptadas en los dramas y en los poemas. Wordsworth, por ejemplo, consideró que los *Sonetos* eran la llave con que el autor había abierto los secretos de su corazón. Y en realidad fue la llave que destapó la caja de Pandora de las más absurdas y fantasiosas interpretaciones: Shakespeare como gay en el armario, como bisexual, como criptocatólico, como amante de la reina. Lo cierto es que la crítica biográfica ha resultado a la postre muy insatisfactoria. Es verdad, probablemente, que se pueden deducir una serie de detalles biográficos de la lectura de los *Sonetos*, pero no se puede descartar que la voz que habla en ellos sea una invención más entre todas las prodigiosas impersonaciones a

las que dio vida y que, por tanto, estemos haciendo el ridículo cada vez que tratamos de identificar a los personajes aludidos en los poemas. Sea como sea, lo cierto es que la profundización en la versatilidad y la riqueza apabullantes de la obra shakespeariana fue engordando esa «angustia del vacío biográfico» hasta extremos paranoicos. Llegó un momento — sobre todo a partir de la remilgada era victoriana— en que se decidió que una obra tan descomunal no podía haber sido escrita por un hombre de pueblo, que había abandonado el colegio en la adolescencia, sin título universitario y con una evidencia biográfica tan ordinaria. Quizá por eso la candidatura de Marlowe ha tenido tantos adeptos. Como hemos dicho, de él se sabe mucho menos, pero al menos hay indicios de que tuvo una vida más subversiva: probablemente fue espía doble —algo así como un Anthony Blunt de su tiempo, pero sustituyendo el comunismo por el catolicismo—, murió en extrañas circunstancias —le clavaron una daga en el ojo durante una reyerta tabernaria— y sobre todo —sobre todo— había estudiado en Cambridge. Más adelante abundaremos en ello, pero resulta hilarante esa arrogancia académica, como si no bastaran decenas de ejemplos parecidos o una somera idea de lo que es la creación literaria para acabar con semejante prejuicio.

Tanto desconcierto, tanta frustración y suspicacia derivó en una industria que todavía no ha cesado. No es de extrañar que muchos biógrafos de Shakespeare, desde el siglo XVIII hasta bien entrado el XX, hayan terminado como farsantes. Fue el caso de William-Henry Ireland, que llegó a producir un manuscrito apócrifo de *El rey Lear* a finales del siglo XVIII o, ya en el XIX, y de John Payne Collier, que empezó su carrera como respetable erudito shakespeariano y terminó como delincuente, falsificando documentos y arruinado por la plaga de la ansiedad. Aunque quizá el caso más extremo sea el de Hulda y Charles Wallace, un matrimonio estadounidense que, en los albores del novecientos, se mudó a Londres con el firme propósito de encontrar pruebas de la vida de Shakespeare en la

Oficina del Registro Público. La pareja peinó cientos de legajos y encontró algunas pruebas curiosas e iluminadoras, pero todas relativas a hechos menores: su intervención en un litigio entre un vendedor de pelucas y su yerno, y algún que otro título de propiedad. La meridiana banalidad de los hallazgos empezó a corroer la cordura de los Wallace, quienes finalmente regresaron a Estados Unidos convencidos de que eran víctimas de una conjura que les escatimaba información.

No queda más remedio, pues, que resignarse a los hechos que conocemos y aceptar que William Shakespeare, el poeta con el que nunca dejamos de indagarnos, fue alguien tan extraordinario y a la vez tan común como un ser humano.

Una interpretación un tanto forzada de su partida de nacimiento ha querido que William Shakespeare naciera un 23 de abril de 1564, en Stratford-upon-Avon, en el condado de Warwick, a unos ciento treinta kilómetros de Londres. Y lo primero que habría que resaltar en su biografía es que Shakespeare se sintió toda la vida muy ligado a su pueblo natal. A juzgar por los indicios que nos han llegado, parece que su relación con la capital, a pesar de haber sido larga e intensa, fue puramente comercial. Tan solo en sus años finales —y como simple inversión— adquirió una propiedad en Londres, donde siempre vivió de alquiler. En cambio, ya en 1597, cuando empezaba a ser bastante conocido y suponemos que bien remunerado, se compró una de las casas más grandes de Stratford, New Place, que todavía podríamos visitar si no fuera porque en 1759 su dueño, un atrabiliario párroco, decidió demolerla, harto del incordio de los turistas.

En 1564, Inglaterra se vio azotada por un brote de peste bubónica, cuyas recurrentes epidemias habían diezmando la población del país hasta dejarla en apenas cinco millones. Fue un verdadero milagro que Shakespeare lograra sobrevivir. William fue el tercero de los ocho hijos de Mary Arden y John Shakespeare. Mary era hija de una familia de acomodados granjeros, y John, de orígenes más inciertos, se dedicó a la fabricación de guantes y al curtido. Ocupó también varios

cargos municipales, como el de catador de cerveza de la comuna y, en algún momento de su vida, fue procesado por usura. De los ocho hermanos, hubo cuatro mujeres, de las cuales solo una, Joan, llegó a la edad adulta. De los cuatro varones, solo sabemos que William fue el único que se casó y que los demás se llamaban Gilbert, Richard y Edmund, el benjamín, que también fue actor de teatro en Londres, pero del que nada más se sabe salvo que murió a los veintisiete años, en diciembre de 1607.

Shakespeare nació bajo el reinado de Isabel I Tudor, hija de Enrique VIII, la cual, en 1564, tenía treinta años y hacía un lustro que había sido coronada. La era isabelina está ya para siempre asociada a Shakespeare y en general a la efervescencia que conoció Inglaterra tanto en la política como en las artes. Isabel, conocida como la reina virgen, nunca se casó y no dio a luz a ningún heredero, siendo su sucesor Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra, hijo de la reina María de Escocia, a quien Isabel había mandado ejecutar por haber conspirado contra su vida. María, además, había sido una ferviente católica, e Isabel se había erigido en la pesadilla de los papistas, en especial de Felipe II. Más que una fanática protestante, la reina Isabel fue sobre todo una acérrima defensora de la independencia política de Inglaterra, algo que al final de su largo reinado había conseguido con creces, sobre todo después de la clamorosa humillación a la que había sometido a los españoles en 1588, con la derrota de su Armada Invencible.

Como decíamos, la era isabelina se recuerda sobre todo por la eclosión del Renacimiento. No solo el teatro, sino también la poesía, la música, la arquitectura, la pintura, las artes decorativas, la teología y la filosofía conocieron un esplendor inigualado. La propia reina Isabel era una verdadera intelectual melancólica —la melancolía fue el mal del siglo XVI—, autora ella misma de poemas, cartas y traducciones notables. Se cuenta que en una ocasión le soltó una andanada en latín a un embajador insolente, al que dejó

estupefacto. Gracias a su corte y a sus personales gustos, la música, además de la literatura, vivió también un momento irrepetible en Inglaterra. En este sentido, la labor que hicieron músicos como Thomas Morley, William Byrd o John Dowland fue extraordinaria. Algunas de las canciones de este último, como «In Darkness Let me Dwell», capturan, del modo a la vez más primario y elevado, el espíritu de su tiempo. Dowland, por cierto, estaba, en 1601, año de composición de *Hamlet*, trabajando en Elsinore, en la corte del rey de Dinamarca. Quién sabe si fue amigo de Shakespeare, para quien indudablemente la música constituyó un arte paralelo imprescindible. En sus obras abundan las referencias y las metáforas musicales, así como las canciones, muchas de ellas musicadas en su época. De hecho, una parte de la fascinación que produce Shakespeare estriba en vislumbrar el espectro de la melodía que acompañó muchas de sus composiciones, como en las canciones de Ariel de *La tempestad*: la música se ha desvaído, pero late aún en la niebla de la métrica.

Aunque el archivo del colegio se ha perdido, es muy probable que Shakespeare se educara en el colegio local de Stratford, el King's New School, donde los niños de aquel tiempo aprendían casi exclusivamente retórica y literatura latinas, en la gramática de William Lyly, abuelo de John Lyly, uno de los dramaturgos coetáneos del Bardo. La afirmación de Ben Jonson, en el poema ya citado del Primer Folio, según la cual Shakespeare tuvo «poco latín y menos griego» no parece que fuera del todo justa, sobre todo en lo que respecta a su formación latina. Es posible que después del empacho infantil de figuras retóricas no mantuviera vivo su latín, pero es indiscutible que el modelo romano ejerció una profunda y evidente influencia en su obra. En *Las alegres casadas de Windsor* hay, por cierto, una breve escena, forzosamente intercalada, en que un niño llamado William sufre los rigores de las declinaciones, una evidente parodia de sus propios años escolares.

Se ha especulado mucho con la formación intelectual, con el bagaje cultural de Shakespeare. Ya hemos visto cómo en el siglo XIX se concluyó que alguien con tan poca ilustración no podía haber engendrado una obra tan enorme. Y parece verdad que Shakespeare no fue en puridad un erudito, a la manera en que lo fueron otros contemporáneos como George Chapman, traductor de Homero, Ben Jonson, que si bien no estudió en la universidad se procuró una sólida cultura clásica, o Christopher Marlowe. En cambio, una lectura atenta a las influencias de su obra nos permite imaginar que el autor de *Hamlet* fue un lector voraz, con un olfato infalible para husmear las corrientes de su tiempo, capaz de transformar cualquier cita latina en un largo y reverberante monólogo, extraordinariamente intuitivo, virtuoso del plagio —una palabra que Ben Jonson incorporó al inglés en aquella época, no por casualidad—, dueño, en fin, de una prodigiosa alquimia —la memoria— con la que transformaba el poso de sus lecturas en una nueva materia.

Si bien no se ha podido encontrar ningún libro de su biblioteca personal, es posible hacerse una idea aproximada de sus principales lecturas. Entre los clásicos, predominaban los romanos muy por encima de los griegos, que en el siglo XVI todavía no habían escapado de las manos de los eruditos y se conocían, mayoritariamente, solo a través de sus versiones latinas. El primer autor que deslumbró al joven poeta y que le acompañó durante toda su vida fue, sin ningún género de dudas, Ovidio, especialmente el de las *Metamorfosis* y —para darle la razón a Jonson—, más que en el original, en la traducción que hizo Arthur Golding y que se publicó completa por primera vez en 1567. Shakespeare no solo se dejó deslumbrar por la mitología evocada por Ovidio, sino también por el envolvente fraseo en heptámetros yámbicos de Golding, como demuestra la lectura comparada de varios pasajes. En cuanto a la literatura dramática, quizá los primeros autores que oyó recitar en clase, o que incluso representó en montajes escolares, fueron los comediógrafos Terencio y Plauto, que por

otra parte constituyen el sustrato sobre el que se levantó la comedia italiana del siglo XVI, que tanto influyó en el teatro isabelino. En el campo de la tragedia, el autor hegemónico fue Séneca, que durante el Renacimiento inglés actuó como mediador entre el drama sacro, heredero de las representaciones litúrgicas, y la tragedia secular, cuyas bases ayudó a sentar. La convención de dividir el drama en cinco actos es de indudable raíz senequista. Por último, el escritor clásico cuya huella es más visible en el canon shakespeariano es Plutarco, cuyas *Vidas paralelas* Shakespeare leyó en la traducción de sir Thomas North, publicada por primera vez en 1579, hecha, por cierto, a partir de una traducción francesa y no del original griego. La sombra del Plutarco de North se aprecia ya en obras tan tempranas como *Tito Andrónico* o *Sueño de noche de verano* y fue desde luego el mármol con el que esculpió tragedias como *Julio César*, *Antonio y Cleopatra* o *Coriolano*.

Para completar el mapa de las lecturas básicas de Shakespeare a lo largo de su vida, habría que citar inevitablemente la Biblia, no tanto la llamada Versión Autorizada del rey Jacobo —publicada en 1611, demasiado tarde, por tanto, para que ejerciera un influjo real en el poeta—, cuanto la Biblia de Ginebra de 1599, en realidad una revisión del primer gran texto bíblico en inglés, debido a William Tyndale, responsable, junto a Shakespeare, del alumbramiento de la moderna lengua inglesa.

A los anaqueles de Shakespeare se les pueden añadir muchos títulos más, pero hay uno que ha ido cobrando mayor nitidez a lo largo del último siglo: los *Ensayos* de Montaigne, que se publicaron en inglés en 1603, según la versión de John Florio. Florio era amigo de Shakespeare y es muy posible que le diera a conocer la obra de Montaigne mucho antes de que se publicara; de hecho era bastante habitual en la época el tráfico constante de manuscritos. Sea como fuere, lo cierto es que la voz de Montaigne ayudó a moldear el pensamiento renacentista de Shakespeare. Uno de los pasatiempos favoritos

de los eruditos shakespearianos consiste en tratar de detectar ecos de Montaigne en tal o cual pasaje, como en *Hamlet*, en cuyo trasluz parecen adivinarse las aguas de la «Apología de Ramón Sibiuda».

Sin que sepamos por qué, Shakespeare abandonó la escuela a los quince años. La época que antecede a su irrupción en la escena londinense, los años comprendidos entre 1585 y 1592, se conoce justamente como «los años perdidos», pues ahí nos movemos completamente a ciegas. Sabemos que antes, hacia 1582, se había casado precipitadamente con Anne Hathaway, una mujer ocho años mayor que él y a la que había dejado embarazada de su primera hija, Susanna, que nació en mayo de 1583. De ese matrimonio solo sabemos a ciencia cierta que tuvo dos hijos más, los gemelos Hamnet y Judith, nacidos en febrero de 1585. Hamnet —nombre sospechosamente parecido a Hamlet— moriría prematuramente a los once años. Desgraciadamente, la estirpe de Shakespeare se extinguió muy pronto, en 1670, con la muerte de la única nieta que llegó a la vejez, la hija de Susanna, Elizabeth Hall, quien murió sin descendencia. Para los biógrafos ansiosos, no solo esa interrupción infausta de la descendencia constituye una maldición, sino también la lentitud con que despertó el interés biográfico por Shakespeare. La pequeña, Judith, murió en 1662 y sobrevivió a sus tres hijos. Si John Aubrey, uno de los primeros en esbozar un perfil biográfico del poeta, se hubiera preocupado en ir a verla, en vez de escribir vaguedades, hoy sabríamos muchas cosas que se han desvanecido para siempre.^[5]

Sobre los años perdidos hay varias y pintorescas hipótesis. El citado Aubrey —y se trata de una creencia que ha ido tomando cada vez más cuerpo— asegura que en sus años mozos Shakespeare había sido maestro de escuela. Otros dicen que vivió en Escocia como católico recusante (otro de los enigmas más mareados de su biografía es su credo religioso, sobre todo desde que, aparentemente, se descubrió que su padre había muerto convertido al catolicismo). En realidad,

podemos hacer las conjeturas que queramos: quizá estuvo en Escocia o en Italia, aunque lo más sensato es que estuviera en Stratford cuidando de sus hijos y desahogándose por las noches en la taberna, mientras soñaba con triunfar en la escena y convertirse en uno de los actores de esas compañías que de niño había visto actuar de gira en su pueblo.

El Londres que conoció Shakespeare en los últimos años ochenta o principios de los noventa del siglo XVI era una ciudad terrible, peligrosa, sucia, ruidosa y fascinante. Se agrupaba en lo que hoy se conoce como la City, y uno de sus rasgos más ominosos era la frecuente exhibición de cabezas cortadas por orden judicial, festoneadas de cuervos. En Inglaterra no había té aún y la gente bebía cantidades ingentes de cerveza: un galón —ocho pintas— era la habitual dosis diaria, costumbre que muchos ingleses mantienen hoy día.

Shakespeare, de todos modos, se pasó buena parte de su vida en las afueras de la ciudad, en los descampados donde se levantaban los teatros de la época, el Red Lion, el más antiguo, el Theatre de James Burbage (padre de Richard, compañero de Shakespeare y uno de los que primero encarnó a sus grandes personajes), el Curtain o el Fortune de Philip Henslowe, un empresario teatral gracias a cuyo diario (en realidad un libro de cuentas con comentarios) conocemos hoy muchos detalles valiosos sobre el oficio. Otros teatros importantes fueron los situados en la orilla izquierda del Támesis: el Rose, el Swan y, sobre todo, el Globe, el escenario por antonomasia de Shakespeare, quien en numerosas ocasiones evoca en sus obras esas salas, como cuando el coro de *Enrique V* habla de «esta O de madera», pues a menudo eran de planta octogonal y daban la impresión de ser edificios circulares. Si tenemos una vaga idea de cómo eran esos teatros es gracias a Johannes de Witt, un turista holandés que en 1596 dibujó un esbozo del Swan: cielo abierto, espacio efectivamente circular, escenario rectangular y flanqueado a los tres lados por el público, dos puertas al fondo de la escena, entre las que solía haber una cortina (donde tal vez Hamlet apuñaló por primera vez a

Polonio) y una galería por encima del escenario que no se sabe con certeza si albergaba a público distinguido o se utilizaba para necesidades de la obra, como la aparición del espectro en *Hamlet* o la escena del balcón en *Romeo y Julieta*. El público que atendía esas obras de teatro también acostumbraba a asistir a otro de los espectáculos más populares de su tiempo: el suplicio del oso o del toro, que consistía en situar en medio de un escenario al animal atado con cadenas y arrojarle perros rabiosos para ver cómo se defendía. Lejos de ser tan solo un entretenimiento para la plebe era considerado un deporte refinado, al que asistía la propia reina Isabel, a menudo acompañada de legaciones diplomáticas. Hay en las obras de Shakespeare numerosas referencias a ese espectáculo.

Ya hemos apuntado al principio que William Shakespeare fue, antes que autor, un verdadero hombre de teatro (Jonson, como veremos, no sería el primero en jugar con su apellido y llamarle *shakestage*, literalmente sacude-escenas). De hecho, además de actor y guionista —suena mal, pero esa era entonces la categoría del dramaturgo—, hizo las veces de director y productor. A partir de 1595 —cuando aparece la primera referencia— y hasta su presunto retiro en 1613, estuvo asociado a una compañía, Lord Chamberlain's Men, que, con el ascenso de Jacobo I, se convertiría en The King's Men, sin duda una de las más prestigiosas ypreciadas de la época, que además contribuyó decididamente al ennoblecimiento de la profesión, hasta entonces considerada una ocupación de maleantes. Su hombre fuerte fue Richard Burbage, quien, aunque cueste creerlo, tuvo el privilegio de encarnar por primera vez a Hamlet, Otelo y Lear. También fueron importantes en la compañía los cómicos, especialmente Will Kemp y Robert Armin, que dio vida por primera vez al bufón de *El rey Lear*. No había aún actrices y los personajes femeninos eran interpretados siempre por chicos jóvenes, los llamados «boy actors».

En tanto que intérprete, hoy diríamos que Shakespeare era un actor de reparto, pues, de acuerdo con las noticias que nos

han llegado, se reservó siempre los papeles menores de sus propias obras. Sabemos con seguridad que encarnó al fantasma del rey en *Hamlet* y al personaje del viejo Adán en *Como les guste*. Y la leyenda quiere que también interpretara al coro al principio de *Enrique V*, hipótesis irresistible donde las haya.

Gracias a un panfleto que escribió el dramaturgo Robert Greene hacia 1593, sabemos que a la altura de esos años William Shakespeare era ya un nombre conocido y polémico en el mundo del teatro. Greene era dramaturgo y formó parte de los llamados University Wits, un grupo de sofisticados dramaturgos universitarios, perdidamente *oxbridge*, entre los que también se contaban John Lyly, George Peele o Thomas Nashe. Greene fue un precursor de los que considerarían inadmisibile que un asilvestrado provinciano fuera capaz de escribir lo que escribió y se sintió ultrajado, como si aquel chico hubiera aparecido para quitarles el pan de la boca. Aunque no se sabe qué motivó el encono de Greene — probablemente tan solo la envidia—, lo cierto es que en el panfleto aludió veladamente a él en los siguientes términos: «No os confiéis: hay un Cuervo advenedizo, ornado con nuestras plumas, que, con su corazón de Tigre bajo la piel de actor, se cree tan capaz de esbozar verso blanco como el mejor y siendo un perfecto *Johannes fac totum*, su arrogancia le convierte en el único sacude-escenas [*shake-scene*] de un país». La prueba de que se refería a Shakespeare, aparte del juego de palabras con su apellido, es que la frase «corazón de Tigre bajo la piel de actor» es una burla de unos versos de *Enrique VI, tercera parte*, una de sus obras más tempranas.

La datación de las obras de Shakespeare es problemática. Hay un consenso generalizado según el cual las primeras obras son comedias románticas, como *Los dos caballeros de Verona*, *La comedia de los errores* o *La doma de la fiera*, o bien los primeros dramas históricos, como las tres partes de *Enrique VI* o *Ricardo III*. Cuando Shakespeare llegó a Londres, la joven revelación del momento era a todas luces Christopher Marlowe, un brillante, lenguaraz, impertinente y descreído

poeta que muy probablemente debió de ejercer una profunda fascinación, a la vez personal y literaria, en el recién llegado. Podemos por tanto imaginar a Shakespeare tratando de afinar su propia voz bajo el encanto de Marlowe, a quien sin duda imitó en sus primeros dramas históricos, sobre todo en *Ricardo II*, escrito con la falsilla del *Eduardo II* marloviano. El primer poema narrativo de Shakespeare, *Venus y Adonis*, está escrito también como emulación del inacabado *Hero y Leandro* de Marlowe, que si bien se publicó más tarde que *Venus*, en 1598 y finalizado por George Chapman, es muy probable que hubiera circulado ya en manuscrito. De acuerdo con todo esto, podemos aventurar la teoría de que la única puerta que encontró Shakespeare para escapar de la arrolladora sombra de Kit Marlowe fue la comedia, un género que este no había ensayado y al que su propio talento se plegaba de un modo más natural.

Un año antes de que Marlowe muriera en la reyerta de Deptford, en 1593, se decretó el cierre temporal de los teatros por uno de los periódicos brotes de peste. Shakespeare, que ya empezaba a saborear sus primeros triunfos, aprovechó el paréntesis para dedicarse a la lírica y empezó a escribir los *Sonetos*, que no terminaría hasta 1603 y que no se publicarían hasta 1609, probablemente sin su consentimiento y con el añadido de otro poema largo: «Lamento de una amante». El soneto había sido popularizado en Inglaterra por sir Philip Sidney en su *Astrophil y Stella*, que se había publicado en 1591, aunque la forma poética se había incorporado a la literatura inglesa mucho antes, en tiempos de Enrique VIII, gracias a Thomas Wyatt, un poeta que hizo memorables versiones de Petrarca. Además de los sonetos, Shakespeare emprendió la redacción de su primer poema narrativo, *Venus y Adonis*, su mayor éxito editorial —llegó a ver diez reimpresiones—, basado en las *Metamorfosis* de Ovidio y publicado por Richard Field, oriundo también de Stratford. El éxito de *Venus* le animó a escribir una continuación, *La*

violación de Lucrecia, inspirada en los *Fasti* ovidianos, aunque ya no obtuvo el favor comercial del primero.

Los dos poemas están fervorosamente dedicados a un aristócrata que al parecer el poeta quería convertir en su patrón. Se trataba de Henry Wriothesley, conde Southampton y barón de Titchfield, un joven bello y afeminado, ahijado de lord Burghley, primer ministro de la reina y amigo del conde de Essex (uno de los personajes más notorios de la época, protagonista de una conjura contra la monarca que le costaría el cuello). Si bien Southampton es el candidato más votado en los últimos sesenta años para ser el joven al que se dirige el poeta en los *Sonetos*, no se sabe nada de su relación ni hay pruebas de que, como aseguran algunos biógrafos, hubieran mantenido una relación íntima. A. L. Rowse, uno de los más conspicuos —y arrogantes— eruditos shakespearianos del siglo XX, estaba convencido de que no hubo intimidad real entre ambos. Para él, Southampton se había enamorado de Shakespeare quien, siendo un heterosexual convencido, le había consolado y aconsejado con esa serie de sonetos privados. En cualquier caso, la relación entre aristócratas y plebeyos no era en aquel siglo tan cercana y fácil como la imaginación novelística y cinematográfica ha supuesto, algo que explicaría la embarazosa zalamería de las dedicatorias que Shakespeare escribió a Southampton.

En los últimos años del siglo XVI, la vida y la obra de Shakespeare fue adquiriendo una progresiva y trabajosa madurez. Hemos visto cómo se zafó de la influencia de Marlowe, también que posiblemente consiguió la protección de un aristócrata, y sabemos que su actividad teatral siguió siendo continuada y febril hasta el final de la centuria. En 1598, un tal Francis Meres publicó un *common-place book*, un libro de citas, muy del gusto de la época, que no hubiera tenido ninguna importancia si no fuera porque incluía un breve listado de algunas obras que Shakespeare había publicado hasta entonces. Meres citaba, entre las comedias, *Los dos caballeros de Verona*, *La comedia de los errores*, *Trabajos de*

amor en vano, *Trabajos de amor ganados*, *Sueño de noche de verano* y *El mercader de Venecia*. Entre las tragedias hablaba de *Ricardo II*, *Ricardo III*, *Enrique IV*, *El rey Juan*, *Tito Andrónico* y *Romeo y Julieta*. Desde que se descubrió, el catálogo de Meres ha servido para datar muchas obras y jugar con algunos supuestos, como por ejemplo la identidad de esa misteriosa comedia, *Trabajos de amor ganados*, probablemente extraviada. Pero sobre todo nos sirve para ir perfilando la geografía de su imaginación. Mientras se acercaba el fin de siglo e Inglaterra contemplaba el lento crepúsculo de la era isabelina, Shakespeare se había consolidado como un brillante comediógrafo y un esforzado autor de tragedias, aunque todavía no había alcanzado su plena madurez en el género. Había escrito, eso sí, su drama histórico más perfecto: *Enrique IV*, donde sobresalía sir John Falstaff, una de sus criaturas más maravillosas, para algunos un precursor de Hamlet, como el mismo príncipe Hal. Falstaff supone de algún modo la culminación de su talento cómico a la vez que la preparación para la década de las grandes tragedias, cuyo tono ensayó prometedoramente en *Romeo y Julieta*.

Uno de los rasgos de la personalidad de Shakespeare que más incomodaban a los románticos era su descarada tendencia al aburguesamiento, esa aparente sumisión a las convenciones de su tiempo y su presunta condición de arribista, violentamente opuesta a la ética romántica. En 1596, por ejemplo, consiguió para su apellido un escudo de armas, bajo el lema «Non Sans Droicz», veleidad de la que ya Ben Jonson se burló en su obra *Every Man Out of His Humor*, a uno de cuyos personajes se le concede también un blasón donde aparece una cabeza de jabalí con la leyenda «No sin mostaza». Un año más tarde, como se ha indicado al principio, Shakespeare se compró la casa más grande de Stratford, New House, consumando así su lento ascenso hacia el tratamiento de *gentleman*.

Quizá el período más importante de la vida y la obra de Shakespeare sea el de la transición entre los siglos XVI y XVII, donde su obra experimenta también una convulsión que determinará el tono y la evolución de su obra madura y tardía. Para empezar, el cambio de siglo supuso la consolidación de un nuevo teatro, el Globe. El propietario del solar donde se erigía el Theatre se negó a renovar contrato y los Chamberlain's Men decidieron desmontar el edificio pieza por pieza y volver a levantarlo en otro espacio, al otro lado del Támesis. Así, hacia 1599, nació el Globe, el teatro que gestaría en sus entrañas uno de los momentos estelares del arte de todos los tiempos y que también propiciaría, por cierto, el fin del mismo, pues fue durante una representación de *Enrique VIII*, en 1613, una de las dos obras últimas que Shakespeare escribió en colaboración con John Fletcher, cuando, tras un cañonazo, la estructura de madera se incendió y el teatro se convirtió en ceniza. Aunque se reconstruyó en 1614, Shakespeare y sus colegas debieron de vivir el accidente como una metáfora del fin de una época.

En torno a 1600 y 1601, Shakespeare escribió y estrenó *Hamlet*, su primera gran tragedia, una obra en la que indagó con especial fervor en una de sus obsesiones: la relación entre padres e hijos. Su hijo Hamnet había muerto en 1596, y su padre, John Shakespeare, en 1601. A partir de la tragedia del príncipe de Dinamarca, hay sin duda un cambio de tono en su obra, un lento proceso de apropiación de un nuevo género a la vez que la despedida de otro: la comedia ligera y sentimental. El tránsito supone asimismo la formulación de un nuevo lenguaje poético, cada vez más hondo, matizado, ambiguo, elíptico y polisémico. Contemporáneo de esa gran tragedia es el portentoso poema *El tórtolo y fénix*, publicado en 1601 como complemento a *Love's Martyr* de Robert Chester, junto a otras colaboraciones de Ben Jonson o George Chapman. Es un poema breve e incomprensiblemente no suele citarse entre sus obras más destacadas, quizá debido a su hermetismo y a su naturaleza aparentemente excéntrica dentro del canon, pero lo

cierto es que es una de sus máximas creaciones, un preludio de la poesía metafísica de John Donne o George Herbert. Su lectura nos sirve para comprobar en qué punto de visionario virtuosismo estaba el estilo de Shakespeare en los albores del siglo XVII. Entre *Hamlet* y *Fénix* parece vislumbrarse entre brumas el paisaje de su obra madura, ese bosque de símbolos, alegorías y tragedias que forman, como un único poema sin fin, *Otelo*, *El rey Lear*, *Macbeth*, *Antonio y Cleopatra*, *Cuento de invierno* o *La tempestad*.

Después de *Hamlet* llegaron, además de las grandes tragedias, las llamadas comedias problemáticas, como *Bien está todo lo que bien acaba* o *Medida por medida*, algo sombrías y alejadas ya de la alegría de sus primeros años de carrera. Sus últimas obras, denominadas «romances» a falta de un nombre propio para el género híbrido que inventó, entreverado de comedia, tragedia y alegoría, destilan una complejidad y una, digamos, luminosa oscuridad que ha llevado a algunos críticos a especular con la posibilidad de que Shakespeare hubiera sido un seguidor de la estética hermética del neoplatonismo renacentista.

Los hechos de su vida durante el período de composición del último tramo de su obra son escasos. En 1607 su hija Susanna se casó con John Hall, un médico de Stratford. Aquel mismo año murió su hermano pequeño, el también actor Edmund. Al año siguiente murió su madre y nació su nieta Elizabeth, según hemos visto la última de sus descendientes. En 1603 había muerto la reina Isabel y había subido al trono Jacobo I, que resultó ser un monarca muy propicio para Shakespeare, culto y amante de las artes e impulsor de la nueva Biblia inglesa. Fue también muy partidario del teatro y concedió a los Chamberlain's Men la patente real, convirtiéndolos en los King's Men, la compañía con la que Shakespeare estrenaría muchas de sus obras maestras y que en 1608 alquiló el teatro de Blackfriars, techado y seguramente más parecido a las salas modernas. Allí cerca, en 1613,

Shakespeare compró la única casa que tuvo en Londres, posiblemente, como se decía al principio, como inversión.

La última obra que Shakespeare escribió en solitario fue *La tempestad*, que tiene cierto aire de síntesis, sublimación y despedida de su arte, por mucho que algunos críticos actuales digan que el poeta no pensaba retirarse. Resulta difícil de creer. Es verdad que el Bardo escribiría aún dos obras en colaboración con John Fletcher, un dramaturgo más joven: *Enrique VIII* y *Dos nobles de la misma sangre*; pero se puede considerar que el canon termina con *La tempestad*. Es realmente muy difícil resistirse a interpretar el último monólogo de Próspero, cuando se dirige al público, se despoja de su arte y pide un aplauso liberador, como el adiós del propio Shakespeare a su magia.

Aparte de la colaboración con Fletcher y el incendio del Globe, de los últimos años de vida de William Shakespeare solo sabemos que aparentemente dejó de escribir y que en el momento de su muerte estaba en Stratford, adonde presumimos que se retiró. Murió en 1616, el mismo día de su nacimiento, el 23 de abril, festividad de San Jorge, patrón de Inglaterra. Según una anotación del diario de John Ward, vicario de la iglesia de la Sagrada Trinidad de Stratford, donde el poeta está enterrado, Shakespeare habría muerto de unas fiebres tifoideas contraídas durante una juerga con los poetas Ben Jonson y Michael Drayton. Es verdad que esa entrada de diario fue escrita cincuenta años después de la muerte del Bardo, así que tiene un valor histórico muy relativo, pero al mismo tiempo nos consuela, aunque sea nada más que un instante, de la inevitable ansiedad biográfica.

El acontecimiento más importante acaecido en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Shakespeare fue sin duda la publicación de su teatro completo en el llamado Primer Folio. Fue en 1623, y la edición estuvo al cuidado de los actores John Heminges y Henry Condell, compañeros de Shakespeare desde los tiempos de la Chamberlain's Men y probablemente amigos íntimos.

Nunca les agradeceremos lo suficiente a Heminges y Condell que se tomaran el trabajo de reunir la obra dispersa y pirateada de Shakespeare y trataran de publicarla dignamente. En vida del poeta se habían editado muchas de sus obras en un formato barato, los llamados Cuartos, a veces con el consentimiento de la compañía y otras de manera furtiva y de la mano, muy a menudo, de impresores sin escrúpulos que lanzaban al mercado versiones defectuosas, mutiladas y adulteradas, los llamados «malos cuartos», para diferenciarlos de los «buenos cuartos», impresos en ocasiones por orden de la compañía —que, como hemos visto, ostentaba los derechos de las obras—, para desmentir las versiones divulgadas por los cuartos fraudulentos. Algunas de esas ediciones se vendieron muy bien y con frecuencia las diferencias que median entre el texto de los diversos cuartos y el texto del Primer Folio son muy difíciles de salvar y desde entonces han llevado de cabeza a muchos editores, como en el caso, por ejemplo, de *El rey Lear*, cuya fijación resulta enormemente problemática.

De las treinta y ocho obras que conforman el canon shakespeariano, nada menos que dieciocho se imprimieron por primera vez en el Primer Folio.^[6] Sin la labor de Heminges y Condell no tendríamos hoy piezas como *Macbeth*, *La tempestad*, *Antonio y Cleopatra*, *El cuento de invierno* o *Cimbelino*. Poco importa que no fueran editores profesionales y dejaran cientos de problemas por resolver y otros tantos irresolubles: su trabajo —que se presume arduo, pues supuso la localización de manuscritos y el cotejo de distintas versiones— es suficiente para que merezcan nuestra devoción perpetua.

El prestigio de Shakespeare, curiosamente, se fue apagando a lo largo del siglo XVII, quizá debido a la decadencia que sufrió el teatro, inducida sobre todo por los ataques de los cada vez más poderosos puritanos, que lo consideraban un entretenimiento pecaminoso y corruptor. El 29 de septiembre de 1662, por ejemplo, Samuel Pepys anotó elocuentemente en su diario: «Después de cenar asistimos al

teatro del Rey, donde daban *Sueño de noche de verano*. No la había visto y no la volveré a ver jamás. Es la pieza más insípida y ridícula que existe».^[7] La moderna transcendencia de Shakespeare tardó todavía mucho tiempo en establecerse.

La historia de la construcción crítica de Shakespeare empieza en el siglo XVIII. Se suele considerar la edición de 1709 de Nicholas Rowe la primera gran contribución a la fijación y la interpretación del corpus shakespeariano. Rowe marcó el camino que seguirían otros eruditos como Edmond Malone o Alexander Pope, que hizo una edición de la obra completa en 1725, luego muy discutida y enmendada. Quien sin duda establece los criterios modernos de Shakespeare, tanto filológicos como críticos, es el doctor Samuel Johnson, en su edición de 1765. El prefacio —y las notas— de ese trabajo constituyó la primera y más ambiciosa tarea hermenéutica en torno al autor de *Hamlet*. Muchos de los juicios de Johnson han sido luego matizados o aun rebatidos, pero su lectura dictó el gusto del siglo XVIII y su edición preparó el ingreso del Bardo en la modernidad, es decir, en el romanticismo.

El juicio de Johnson, extraordinariamente lúcido, no supone todavía —no podría serlo en ningún caso, viniendo de donde venía— una consagración incondicional. Además de admitir la grandeza del autor, no se priva de señalar los muchos defectos que a su entender tiene Shakespeare como dramaturgo. El romanticismo, en cambio, inauguraría la bardolatría y, a partir de entonces, ya serían contadas las excepciones entre los críticos que se atreverían a relativizar la importancia del poeta.

Se puede trazar una gruesa línea crítica que va desde Coleridge, pasando por Charles Lamb y William Hazlitt, y que desemboca en la lectura victoriana de Swinburne, a su vez puerta de entrada a la efervescencia exegética suscitada por Shakespeare a lo largo de todo el siglo XX, en cuya estela todavía bogamos.

Resulta ciertamente muy difícil tratar de sintetizar la importancia de Shakespeare. Para empezar, hay que decir que contribuyó como ningún otro escritor a la consolidación del inglés como lengua moderna. Como dijo T. S. Eliot, hizo el trabajo de dos poetas, pues a un tiempo simplificó y complicó el idioma, una buena parte de cuyo léxico fue inventado por él. En su teatro conviven armónicamente el estilo elevado y el demótico. En este sentido, hizo lo mismo que Dante por el italiano, es decir, moldear un habla y construirle una casa en la que pudiera habitar. En época de Shakespeare, el inglés estaba todavía en una fase amorfa, no había criterios ortográficos — su propio nombre se escribía de las maneras más variadas y absurdas, y faltaba mucho para que Samuel Johnson pusiera orden con el primer Diccionario—, ni por supuesto gramaticales o sintácticos. La *koiné* cultural era aún el latín, lengua en la que se escribía la teología y la filosofía. Con su prodigiosa intuición, Shakespeare operó en una tierra prácticamente virgen. Y con el eco de Grecia y Roma y la ayuda de algunos predecesores, creó un mundo nuevo.

Los principales antecesores de Shakespeare en su tarea son, por un lado, el medieval Chaucer y, por otro, Edmund Spenser, el poeta isabelino, autor de *La reina de las hadas*, el poema épico de su tiempo. A ellos habría que añadir sin duda el ejemplo de Christopher Marlowe que, según hemos visto, probablemente deslumbró al joven poeta a su llegada a Londres a finales de los años ochenta del siglo XVI. Marlowe creó la moderna tragedia inglesa en obras como *Tamerlán*, *El judío de Malta*, *Doctor Fausto* o *Eduardo II* y elevó el verso blanco a la categoría dramática que aún no tenía. El *blank verse* —verso contado pero no rimado—, el principal instrumento de Shakespeare (aunque no el único, pues a menudo, y no solo en la poesía, utilizó la rima y otros metros), no fue un invento de Marlowe ni de Shakespeare sino de Henry Howard, conde de Surrey, en su traducción parcial de la *Eneida*, publicada en 1554, de tal modo que la herramienta

principal del Bardo se forjó según un modelo latino, como tantos otros elementos de su estética.

Tampoco la tragedia inglesa fue una ocurrencia de Marlowe. La historia del teatro inglés hunde sus raíces en la noche medieval, concretamente en la liturgia de la Iglesia, de la que se derivó el drama religioso, especialmente en los llamados milagros y en las moralidades, piezas edificantes y alegóricas sobre asuntos como el amor divino, la muerte o la resurrección. Tras ello, el drama, tanto en la comedia como en la tragedia, sufre un lento proceso de secularización bajo la disciplina clásica, con traducciones e imitaciones de autores latinos, principalmente, como Terencio, Plauto y, sobre todo, Séneca. El modelo senequista provocó una doble alteración: por un lado permitió el tratamiento de motivos seculares a la manera del viejo drama sacro y por otro propició la aparición de un teatro que aunaba a un tiempo lo artístico y lo popular. Y es precisamente ahí donde llega Shakespeare para llevar el género a su apoteosis y, con ello, a su extinción.

Cada generación tiene su propia lectura crítica de los clásicos en general y de Shakespeare en particular. Nosotros, en buena medida, todavía hablamos críticamente el lenguaje de los románticos, es decir, nuestra consideración de Shakespeare es aún deudora del método y del sistema de ideas con que el romanticismo revistió a Shakespeare para convertirlo en un espejo de ellos mismos y en un ejemplo de la literatura que trataban de llevar a cabo. No es casual que el crítico shakespeariano por excelencia de la segunda mitad del siglo XX, Harold Bloom, haya sido también el mejor intérprete del romanticismo. Su entronización de Shakespeare como centro del canon es de cuño netamente romántico.

Del otro lado, a principios del siglo XX, surgió una crítica que reaccionó contra esos postulados, una corriente que creía necesario restaurar el horizonte moral en que se había gestado la obra de Shakespeare para comprenderla cabalmente. Si los románticos, por así decirlo, habían arrancado a los personajes

del argumento —si habían segregado el carácter de la acción — y se habían apropiado de los monólogos shakespearianos como precursores de su propia idea del monólogo dramático y de su particular concepción poética, sin tener en cuenta el código moral, social y político con que esas obras se habían construido y que el público de su tiempo compartía y entendía, estos otros críticos, como E. E. Stoll, en cambio, pedían una restitución de esas categorías y una reinserción de los personajes en su mundo: entender a Falstaff de acuerdo con el sentido de honor de la época, reconocer que Hamlet sabe que está infringiendo la ley o que Yago es muy consciente de su malignidad y de la transgresión que está cometiendo. Desde entonces, toda la crítica shakespeariana se ha movido entre esos dos polos aparentemente irreconciliables. ¿Con cuál quedarnos? Es verdad que la lectura romántica es excesiva, partidista y excesivamente psicológica, pero no es menos cierto que la tentativa de restauración del horizonte moral es muy difícil y problemática, si no imposible. Sin duda es factible averiguar algunos de los presupuestos morales de los isabelinos y arrojar así otra luz en los personajes y las tramas shakespearianas, pero al mismo tiempo nos topamos con el problema de que una buena parte del trasfondo intelectual, espiritual, filosófico, ético y moral —pensemos sobre todo en los llamados «romances»— se ha perdido para siempre y no podemos sino conjeturarlo. Por otro lado, todo ejercicio crítico tiene siempre algo de subversión, de traición al alma original de la obra. La historia de la transmisión literaria es una cadena de lecturas aviesas, interesadas, amoldadas al propio tiempo, que denuncian precisamente la naturaleza proteica del clásico, de lectura infinita. El camino opuesto, el del estricto respeto al aura prístina de la obra, es el de la filología, enormemente necesaria y loable, pero que, sin el complemento de la interpretación, conduce al silencio y la esterilidad. Habría que preguntarse si no es lo que ha ocurrido en España, por ejemplo, con Cervantes, cuya obra no ha suscitado entre nosotros el corpus hermenéutico que soporta ya Shakespeare,

sino tan solo una retahíla de ediciones críticas, todas admirables, eso sí.

Y ya puestos en tesitura romántica, habría que aludir, para terminar, a la gran cuestión que late en toda la obra de Shakespeare. Se ha dicho desde diversos frentes que la modernidad del Bardo radica en que acierta a formular una visión del mundo desacralizado, que Hamlet, por ejemplo, escenifica en sí mismo la irrupción de la conciencia del Renacimiento, una idea ciertamente saturada de romanticismo. Quizá lo que ocurre —y por eso su lectura es eterna— es que más que un mundo desacralizado, lo que Shakespeare convoca en su obra es algo así como un oxímoron espiritual, una imposible conciliación entre el viejo mundo de la religión, la superstición y el teocentrismo y el nuevo mundo del humanismo, la razón y la trascendencia secular. Hamlet, pues, no sería tanto un embajador del Renacimiento cuanto una conciencia escindida entre dos universos, aquel de su padre que se aleja y el nuevo de su hora que apenas acierta a entender y por el que sin embargo muere: lo mismo que nos ocurre a todo nosotros ahora, en este comienzo del siglo XXI.

ANDREU JAUME

LOS ROMANCES DE SHAKESPEARE

A pesar de la nomenclatura bajo la que se compilan, solo las cinco últimas obras de este volumen, de acuerdo con la moderna taxonomía, se consideran propiamente romances, un término, por otra parte, muy resbaladizo y polisémico —más aún en castellano, donde quizá deberíamos haberlo traducido por «fábulas»— que fue acuñado a finales del siglo XIX por el crítico Edward Dowden para explicar, mediante una vuelta de tuerca a la confusión de géneros, la extraña elevación alegórica con la que Shakespeare despidió y cifró su obra dramática.

Las tres primeras obras pertenecen, además, a un período anterior y se sitúan en la encrucijada que supuso para Shakespeare el turbulento tránsito al seiscientos, con el eclipse de la era isabelina y la coronación de Jacobo I, que trajo consigo el encumbramiento de su compañía como principal de la corte, dejando atrás el nombre de Chamberlain's Men por el de King's Men.

Tanto *Troilo y Crésida* como *Bien está todo lo que bien acaba* y *Medida por medida* fueron escritas y estrenadas en los mismos años que *Hamlet*, entre 1600 y 1604. Definidas a veces como «obras problemáticas» o «comedias sombrías», estas piezas denotan por un lado la incomodidad con que Shakespeare siempre se movió entre géneros y por otro la difícil madurez —*ripeness is all*, la madurez lo es todo, una de las ideas obsesivas que sobrevuelan su producción jacobina— en la que se adentraba y que empezaba a imponerle otro tono, otra visión del mundo, previa, como un corte de respiración, al

gran período trágico que comenzaba ya a gestarse en el aire de sus imaginaciones.

Si bien Heminge y Condell, editores en 1623 del Primer Folio, consideraron *Troilo y Crésida* una tragedia, lo cierto es que, al menos para la sensibilidad de nuestros días, está más cerca de la comedia. En muchos pasajes se hace incluso evidente la parodia del estilo con que George Chapman había traducido los primeros nueve libros de la *Iliada*, que se habían empezado a publicar en 1598, algo que, junto a la distancia y el esquematismo con que se tratan los personajes del mito troyano, contribuye a acentuar ese aire de «divertimento» mayor, casi de broma privada, que se desprende de su lectura.

Mención aparte merecen las dos obras siguientes, *Bien está todo lo que bien acaba* y *Medida por medida*, que conforman una especie de díptico donde, efectivamente, la gracia espontánea y despreocupada de las primeras comedias parece estar adulterada por una concepción ya más sombría del género humano. Las dos podrían leerse como una sola o, mejor aún, la primera como esbozo o ensayo de la segunda, en la que los notables titubeos y estridencias de aquella sirven como ejercicio de calentamiento para consolidar una de las obras más contundentes y seductoras del canon shakespeariano.

Además de una reflexión muy punzante sobre algunos aspectos morales de los evangelios y de la ética cristiana en general —el problema del juicio en material sexual, un asunto que, por cierto, se recrudece en estas obras, como ocurrirá más tarde en los romances—, *Medida por medida* parece escrita con tinta trágica sobre la falsilla de la comedia, como si Shakespeare, forzado por imperativos comerciales, se obligara a escribir algo pretendidamente cómico en lo que, sin embargo, ya no pudiera ocultar la experiencia de la muerte que poco antes había arrostrado en *Hamlet*:

Sí, pero morir, ir no sabemos dónde,
yacer en frío encierro y corromperse;

que este sensible y tibio movimiento,
masa de arcilla se vuelva, y el espíritu
—capaz de dar y producir deleite—
en turbulento fuego se bañe o bien resida
en un espeluznante lugar de grueso hielo.
Estar aprisionado en vientos invisibles
lanzado con violencia por el mundo,
que flota en el espacio,
o peor que el peor
de aquellos a quienes nuestros pensamientos
imaginan aullando. ¡Es demasiado horrible!
La más fastidiosa y aborrecible vida
que la edad, la penuria, el dolor o la prisión
nos puedan imponer, sería un paraíso
comparada a la muerte.^[8]

Parece un descarte del más célebre de los monólogos del príncipe.

Tras la serie trágica que va de *Otelo* a *Coriolano* y *Timón de Atenas*, Shakespeare dio a luz el espectáculo final de su poesía, un mundo nuevo y viejo a la vez, grácil y denso, hipnótico y desconcertante, donde, como ocurre a menudo cuando se pone el sol del tiempo en la mente de grandes artistas —es también el caso de los autorretratos tardíos de Rembrandt, el *Don Giovanni* y el *Requiem* de Mozart, los últimos cuartetos de Beethoven o las pinturas negras de Goya— parece despuntar una *aurora mortis*, una aurora de la muerte donde refulge, encriptada, toda la intensidad de su experiencia.

En el envés del barroco tapiz que de algún modo componen *Pericles*, *Cimbelino*, *Cuento de invierno*, *La*

tempestad y también las dos últimas, escritas en colaboración con John Fletcher, *Enrique VIII* (aunque en esta edición la hemos clasificado como drama histórico es, en puridad, un romance) y *Dos nobles de la misma sangre*, se aprecia el dibujo enrevesado de unos hilos políticos, sociales, religiosos y filosóficos cuya principal madeja se ha perdido y ha sido desde siempre objeto de las más variadas y atrevidas interpretaciones. Si, a lo largo de toda su obra, Shakespeare se niega a liberar del todo el sentido de sus creaciones, en sus últimos años parece intensificar ese celo a la vez que se muestra bajo la hechizante dulzura de los cuentos infantiles.

Aunque tal vez ya no sirva para gozar de ella, hay que decir que esta secuencia teatral fue gestada en un ambiente político muy peculiar que de algún modo contribuyó a fermentar su estética. El ascenso al trono de Jacobo I había supuesto la unión de Inglaterra y Escocia —todavía simbólica, ya que siguieron siendo dos estados independientes hasta 1707— bajo la ansiada idea de unir Gran Bretaña. Si, en su producción isabelina, Shakespeare se refiere sobre todo a Inglaterra, ahora (como ya se sugería, sin hacerlo explícito, en *El rey Lear*) se habla por primera vez de los británicos, que era una manera de glorificar el reinado de Jacobo. En una obra como *Cimbelino*, por ejemplo, abundan las alusiones, obvias para el público de la época, a los orígenes fabulosos de la dinastía Tudor, en cuya ascendencia el rey Jacobo pretendía insertarse. Cimbelino, de acuerdo con una de las fuentes que Shakespeare manejó, la *Historia Regum Britanniae* de Geoffrey de Monmouth, había sido uno de los predecesores del rey Arturo, antes de la conquista romana de Britania. Y ello revela también que, en tanto que dramaturgo de la compañía real, a quien el autor tenía de verdad como destinatario último de aquellas piezas, todas representadas en la corte, era al propio monarca, a cuya corona pretendía dotar de una genealogía legendaria.

En aquella primera década del siglo XVII, Inglaterra conoció además un resurgimiento isabelino, fruto de una

intensa nostalgia por la reina virgen, fallecida en 1603 y símbolo de una época de gloria artística y política. La naturalidad con que se llevó a cabo la sucesión en el trono disipó como por ensalmo las tensiones que se habían padecido durante el reinado de Isabel, quien, al no tener descendencia, había propiciado entre sus súbditos las más complejas cábalas —una ansiedad que se aprecia en la trama de muchos dramas históricos del propio Shakespeare—, hasta que se prohibió por ley la discusión pública del asunto. Ahora, con Jacobo pacíficamente instalado en el trono, los británicos pudieron dedicarse tranquilamente a mitificar a su vieja reina, cuyo espíritu veían reencarnado en dos de los hijos del nuevo rey, Enrique, príncipe de Gales, y la princesa Isabel. Enrique era, a ojos de media Europa, el adalid del protestantismo, frente a la fría ambigüedad de su padre en cuestiones políticas y religiosas. Su prematura muerte, en 1612, causó una honda pena y supuso una gran decepción. Por el contrario, la boda, un año más tarde, de la joven Isabel con Federico, el elector palatino, constituyó un acontecimiento nacional, cantado incluso por John Donne. Algunos críticos sugieren que la mascarada nupcial del acto cuarto de *La tempestad* fue intercalada solo para los fastos de la unión real. No hay duda, pues, de que todo ese magma histórico y político fue sublimado alegóricamente por Shakespeare, aunque ahora ya no seamos capaces de traducirlo con precisión.

Como siempre, Shakespeare, más que plegarse a esas exigencias políticas, lo que de verdad hizo fue aprovecharse de ellas para crear un bosque de símbolos, un mundo de fantasía, leyenda y música que secretamente obedece tan solo a su pura y desmesurada ambición poética. Tras la violenta desolación de la tragedia, el mundo de Shakespeare empieza a operar en el ámbito del mito. Y lo hace gradualmente, tanteando poco a poco un espacio nuevo que al final consigue dominar y someter al suplicio de su imaginación.

Si dejamos de lado las dos obras escritas con Fletcher, que funcionan como una coda en tono menor, se puede apreciar

claramente un vertiginoso *crescendo* a través de *Pericles*, *Cimbelino*, *Cuento de invierno* y *La tempestad*, cuatro piezas que comparten una atmósfera, unos motivos y cierta pulsión mágica, encarnados en una galería de inolvidables personajes femeninos: Marina, Imogenia, Perdita y Miranda, nombres que actúan como metáforas de la historia que habitan. En todas están muy presentes el amor y el deseo —incluso sus aberraciones, como la violación o el incesto—, lo mismo que los conflictos entre generaciones, también el destierro, el naufragio, la reconciliación y, sobre todo, el desafío a la muerte. En ocasiones, parece que Shakespeare recicla elementos de su obra anterior, principalmente de las comedias tempranas —en este sentido *Trabajos de amor en vano* preludia la estética de los romances—, pero también de las tragedias, así *Otelo* proyecta sombras sobre *Cuento de invierno* y *El rey Lear* lo hace sobre *La tempestad*. Sea como fuere, lo cierto es que, a partir de *Pericles*, una obra de autoría compartida y quién sabe si impuesta, Shakespeare empieza a experimentar con todos esos elementos, los conjuga y los afina, tanto dramática como estilísticamente, pues otro de los rasgos característicos de este período tardío es lo que podríamos llamar la calidad etérea del verso, cuya expresión más acabada quizá resida en las canciones de Ariel en *La tempestad*.

Tras *Cuento de invierno*, una fábula portentosa y muy medida, donde el dialecto mítico se declina ya con absoluta naturalidad, Shakespeare escribió su última obra en solitario, en rigor su testamento dramático. Al ser una de las más populares del repertorio —y la que abrió el Primer Folio—, *La tempestad* ha sufrido las más ingeniosas interpretaciones. Y así seguirá siendo hasta el fin de los tiempos, puesto que constituye una suerte de cifra del universo shakespeariano. Todas y cada una de las obsesiones que recorren las comedias, los dramas históricos y las tragedias se reúnen en la isla de Próspero para una última función.

Aunque muchos críticos sostengan que Shakespeare de ningún modo pretendía retirarse, lo cierto es que resulta inevitable leer *La tempestad* como la suprema metáfora con que Shakespeare se despidió de los escenarios. La figura de Próspero es en sí misma un trasunto del poeta, del director de escena y del dramaturgo, un dios verbal que a través del poder de sus libros convoca y extingue mundos, personajes e historias a voluntad. En los rasgos del desterrado duque de Milán, muchos críticos han querido ver una personificación de John Dee, en la época un famoso mago, polímata, bibliópata y tutor de Isabel I, que, al final de su vida, tras la coronación de Jacobo, perdió el favor real y murió desprestigiado, en el albor de una era más secular y pragmática. Parece innegable que algo de la magia y el hermetismo renacentistas —un movimiento muy complejo en el que se sintetizaban arte, religión, ciencia y filosofía— alienta entre los versos de *La tempestad*, pero Shakespeare, como siempre, escapa a cualquier intento de exégesis histórica. Hay algo en la honda simplicidad de la trama, en el exacto dibujo de los personajes, que lo eleva a la categoría de mito puro. Por su parte, Próspero es una de las creaciones más extrañas de Shakespeare, quien, tras haber dado vida a los más corpóreos, matizados e irreductibles personajes, se atreve a poner en escena a una figura ciertamente enorme y magnética pero al mismo tiempo impersonal, hecha de pura posibilidad. La obsesión por la dualidad, constante en toda su obra, halla en Próspero su más perfecta encarnación, que se proyecta —se hipostasía— en Ariel y Calibán, las dos dimensiones de su alma: una lírica y espiritual; la otra procaz, carnal y bestial; las herramientas con las que es capaz de forjar todo el espectro humano.

A lo largo de toda su obra, Shakespeare, como se ha repetido hasta la saciedad, logra definir la experiencia humana hasta la última emoción. Solo hay un ámbito que se le escapó o que no quiso indagar: la experiencia religiosa, que en su caso se sustituye por el trance del enamoramiento. Tal vez por ello debamos leer la magia de *La tempestad* como la íntima

concepción de la trascendencia que tenía Shakespeare e interpretar estos romances como un conjuro a la muerte, un último combate con esa nada que explota en las tragedias y cuyo triunfo se canta en la oración de Próspero, el dios que destruye su propia religión:

Ah, elfos de los cerros, bosques, arroyos y lagunas,
duendes que sin huella persiguen por la arena
al Neptuno en retirada y huyen de él cuando
regresa; marionetas, se diría, que a la luz
de la luna trazan círculos de hierba amarga
que la oveja rechaza; espíritus que por diversión
crían hongos de la noche a la mañana,
y se regocijan al oír el grave toque de queda.
Con su ayuda —bien que frágiles maestros—
he oscurecido el sol del mediodía, convocado
vientos sediciosos y alzado guerras clamorosas
entre el verde océano y la bóveda de azur;
he dado fuego al estruendo atroz del trueno
y partido el robusto roble de Júpiter
con su propio rayo; he hecho estremecerse
peñascos de firmes bases y arrancado de raíz
cedros y pinos; a mis órdenes las tumbas
han despertado a sus durmientes y por la potencia
de mi arte se han abierto para liberarlos.
Pero aquí y ahora abjuro de esta magia tosca;
y en cuanto haya requerido una música celeste
—como requiero ahora— para obrar mis fines
en los sentidos de aquellos a quienes dirijo

este etéreo encanto, romperé mi vara,
la enterraré a muchas brazas bajo tierra
y en las profundidades más insondables
sumergiré mi libro.^[9]

A. J.

SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta edición, meramente divulgativa, abriga la intención de ofrecer al lector en español del siglo XXI una obra completa de Shakespeare para su propio tiempo. Para ello, se ha llevado a cabo una selección de las mejores traducciones disponibles en castellano con dos criterios: que las traducciones fueran todas de la segunda mitad del siglo XX y que respetaran la diferencia entre verso y prosa, un requisito fundamental para la comprensión cabal de Shakespeare, quien utiliza los más variados registros estilísticos en su obra. El instrumento característico del verso shakespeariano es el llamado pentámetro yámbico —cinco acentos fuertes en sílaba par— con el que el autor juega y experimenta a lo largo de toda su obra. Cada traductor elige una solución distinta para adaptar ese metro al castellano, desde la opción más clásica, el endecasílabo yámbico, hasta el verso de ritmo endecasilábico pero de metro variable, el verso irregular o la versión rítmica. Y aunque en Shakespeare predomina el verso blanco, también es verdad que a menudo acude a la rima, regla que a menudo se ha observado en estas versiones.

En el presente volumen, no se ha podido evitar la inclusión, en contra del criterio general, de una versión en prosa, la de José María Valverde de *Bien está todo lo que bien acaba*. Sirva como excepción a la regla.

Al tratarse de una edición divulgativa, en las traducciones se han eliminado todas las notas que no fueran estrictamente necesarias, normalmente referidas a cuestiones de traducción.

Los criterios de división de escenas, entradas y acotaciones se han unificado de acuerdo a la siguiente edición: *The Oxford*

Shakespeare. The Complete Works, Stanley Wells y Gary Taylor, eds. (Oxford, Oxford University Press, 1988), aunque no se ha considerado necesario, dada la naturaleza de la edición, mantener los corchetes que indican que las acotaciones o las entradas son añadidos de ediciones modernas.

A. J.

CRONOLOGÍA APROXIMADA

DE LA OBRA DE SHAKESPEARE

AÑO	OBRA
1589-1590	<i>Enrique VI, parte primera</i>
1590-1591	<i>Enrique VI, parte segunda</i>
1590-1591	<i>Enrique VI, parte tercera</i>
1592-1593	<i>Ricardo III</i>
1592-1593	<i>Los dos caballeros de Verona</i>
1592-1593	<i>Venus y Adonis</i>
1593	<i>La comedia de los errores</i>
1593-1609	<i>Sonetos y Lamento de una amante</i>
1593-1594	<i>La violación de Lucrecia</i>
1593-1594	<i>Tito Andrónico</i>
1593-1594	<i>La doma de la fiera</i>
1594-1595	<i>Trabajos de amor en vano</i>
1594-1596	<i>El rey Juan</i>
1595	<i>Ricardo II</i>
1595-1596	<i>Romeo y Julieta</i>
1595-1596	<i>Sueño de noche de verano</i>
1596-1597	<i>El mercader de Venecia</i>
1596-1597	<i>Enrique IV, parte primera</i>

1597	<i>Las alegres casadas de Windsor</i>
1598	<i>Enrique IV, parte segunda</i>
1598-1599	<i>Mucho ruido y pocas nueces</i>
1599	<i>Enrique V</i>
1599	<i>Julio César</i>
1599	<i>Como les guste</i>
1600-1601	<i>Hamlet</i>
1601	<i>El fénix y el tórtolo</i>
1601-1602	<i>Noche de Epifanía o Lo que queráis</i>
1601-1602	<i>Troilo y Crésida</i>
1602-1603	<i>Bien está todo lo que bien acaba</i>
1604	<i>Medida por medida</i>
1604	<i>Otelo</i>
1605	<i>El rey Lear</i>
1606	<i>Macbeth</i>
1606	<i>Antonio y Cleopatra</i>
1607-1608	<i>Coriolano</i>
1607-1608	<i>Timón de Atenas</i>
1607-1608	<i>Pericles, príncipe de Tiro</i>
1609-1610	<i>Cimbelino</i>
1610-1611	<i>Cuento de invierno</i>
1611	<i>La tempestad</i>
1612-1613	<i>Enrique VIII</i>
1613	<i>Dos nobles de la misma sangre</i>



TROILO Y CRÉSIDA

versión de

Luis Cernuda

Escrita entre 1601 y 1602. Se inscribió en el registro de publicaciones en febrero de 1603. Se publicó una edición en Cuarto en 1609, que luego fue utilizada, probablemente junto al guión teatral, para componer el texto que se estampó en el Primer Folio de 1623.



DRAMATIS PERSONAE

PRÍAMO, rey de Troya

HÉCTOR, hijo de Príamo

TROILO, hijo de Príamo

PARIS, hijo de Príamo

DEÍFOBO, hijo de Príamo

ELENO, hijo de Príamo

MARGARELÓN, hijo bastardo de Príamo

ENEAS, jefe troyano

ANTENOR, jefe troyano

CALCAS, sacerdote troyano pasado a los griegos

PÁNDARO, tío de Crésida

AGAMENÓN, general de los griegos

MENELAO, su hermano

AQUILES, jefe griego

ÁYAX, jefe griego

ULISES, jefe griego

NÉSTOR, jefe griego

DIOMEDES, jefe griego

PATROCLO, jefe griego

TERSITES, griego deforme e insolente

ALEJANDRO, criado de Crésida

ELENA, mujer de Menelao

ANDRÓMACA, mujer de Héctor

CASANDRA, hija de Príamo y profetisa

CRÉSIDA, hija de Calcas

Un paje de Troilo; otro de Paris; otro de
Diomedes

Soldados troyanos y griegos. Séquito

Escena: Troya y el campamento griego

PRÓLOGO^[1]

Entra el PRÓLOGO.

PRÓLOGO La escena es Troya. Los orgullosos príncipes,
la altiva sangre en ira, desde las islas griegas
hacia el puerto de Atenas enviaron sus naves,
cargadas con ministros e instrumentos
de cruel guerra; sesenta y nueve son, que ornadas
con coronas reales, la bahía ateniense
dejan con rumbo a Frigia. Voto han hecho los
príncipes
de saquear a Troya, tras cuyos fuertes muros,
Elena la raptada, de Menelao esposa,
duerme con el laimado Paris. Y esa es la causa.
A Tenedos arriban
los leños surcadores del hondo, vomitando
su cargamento bélico, y en el dardanio suelo
pronto los griegos, frescos e intactos, plantan
sus bravos pabellones. La ciudad de Príamo,
con sus seis puertas, Dardania, Timbria, Ilia, Escea,
Troyana y Antenórida, de pesadas argollas,
proporcionados y cumplidos cerrojos,
a los hijos de Troya los incluye.

Ya expectación, punzando a espíritus traviesos
en uno y otro bando, el griego y el troyano,
todo al azar lo fía. Y aquí yo acudo,
prólogo armado, mas no de confianza
en pluma de poeta, lengua de actor, sí puesto
en condiciones dignas de nuestro mismo tema,
a deciros, benévolos oyentes, que la obra
saltando la primicia y origen de estas luchas,
en la mitad comienza, y desde ahí procede
a lo que desarrollo admite en el teatro.
Aplaudid, censurad, como es la suerte vuestra,
ya buena, luego mala; todo es albur de guerra.

PRIMER ACTO

ESCENA I

Troya. Ante el palacio de Príamo. Entran TROILO, armado, y PÁNDARO.^[2]

TROILO Llamad aquí a mi paje, pues quiero desarmarme.

Fuera de los muros de Troya, ¿a qué busco la lucha,
si tan cruel batalla dentro hallo?

Los troyanos que dueños de su corazón sean,
salgan al campo. Mas no lo es Troilo, ¡ay!

PÁNDARO ¿No ha de hallar tal negocio compostura?

TROILO Los griegos fuertes son, tan diestros como fuertes,
tan fieros como diestros, tan bravos como fieros;
más que lágrima de mujer, débil yo soy,
más manso que es el sueño, más necio que ignorancia,
menos bravo que en la noche la doncella
y menos hábil que inexperto infante.

PÁNDARO Bueno, bastante os dije acerca de esto; por mi
parte, en adelante, no he de entrometerme ni
ocuparme. Quien quiere una torta de trigo, debe
aguardar la molienda.

TROILO ¿No he aguardado?

PÁNDARO Sí, la molienda; pero debéis aguardar la
ahechadura.

TROILO ¿No he aguardado?

PÁNDARO Sí, la ahechadura; pero debéis aguardar la levadura.

TROILO También he aguardado.

PÁNDARO Sí, la levadura; pero en la palabra «venidero» está el amasar, el hacer la torta, el calentar el horno y el cocerla; y aún debéis esperar también que se enfríe, o si no podéis quemaros los labios.

TROILO Paciencia misma, por muy diosa que sea,
de la resignación menos que yo se hurta.
A la mesa real de Príamo me siento,
y si la hermosa Crésida al pensamiento llega...
Ah, traidor, ¿conque llega? ¿Cuándo de allí está ausente?

PÁNDARO Bueno, anoche parecía más hermosa que nunca o que mujer alguna.

TROILO A decírtelo fui, y el corazón entonces,
cuña haciendo un suspiro, iba a dividirse;
y porque no me vieses Héctor o mi padre,
enterré, así el sol que una tormenta alumbra,
el suspiro en un pliegue de sonrisa.
Mas pena que en fingida alegría se expresa,
como gozo es que el sino torna en pronta tristeza.

PÁNDARO Y si no fuese su pelo algo más oscuro que el de Elena, bueno, vamos, que no habría comparación entre ambas. Mas por lo que a mí respecta, es parienta mía, y no quiero, como se dice, elogiarla. Pero me gustaría que alguien la hubiese oído hablar ayer, como yo la oí; no quiero menospreciar el ingenio de vuestra hermana Casandra, mas...

TROILO Oh, Pándaro, he de decirte, Pándaro...

Mas si te digo: «Mis esperanzas ahí naufragan»,
no repliques con cuántas brazas en la hondura
todas se anegan. Te digo que estoy loco
por el amor de Crésida; respondes: «Es hermosa»,
vertiendo al corazón abierto en úlcera
sus ojos, sus mejillas, su pelo, voz y aire;
manejando en tus dichos el «Oh, que al lado
de su mano toda blancura es tinta
contra sí misma escrita; junto a su blando roce
tosco el plumón del cisne, y el tacto más etéreo
duro tal mano de gañán». Esto me dices,
tan cierto me lo dices, si de mi amor te hablo.
Mas al decirlo así, en vez de bálsamo y aceite,
pones en cada llaga por el amor abierta
el filo que la hizo.

PÁNDARO La verdad no más digo.

TROILO No dices tanto.

PÁNDARO A fe que no he de entrometerme en ello. Déjenla
que sea como es; si hermosa, mejor para ella; que si
no lo es, en sus manos tiene el remedio.

TROILO Buen Pándaro. ¿Qué ocurre, Pándaro?

PÁNDARO Por recompensa de mis esfuerzos tengo mis penas.
De ella malos pensamientos, y malos pensamientos
de vos. Ir y venir, ir y venir, pero poca gratitud por
mis esfuerzos.

TROILO ¡Cómo! ¿Tú enfadado, Pándaro? ¡Cómo!
¿Conmigo?

PÁNDARO Porque es parienta mía, de ahí que no es tan hermosa como Elena; que si no fuera parienta mía, sería tan hermosa los viernes como Elena los domingos. Mas, ¿qué me importa? Aunque fuera una negra, no me importaría; igual es todo para mí.

TROILO ¿Digo que no es hermosa?

PÁNDARO Si lo decís o no, no me importa. Tonta es al quedarse aquí, cuando su padre se ha ido; que se pase a los griegos, y así se lo diré la próxima vez que la vea. Por mi parte no he de entrometerme más, ni ocuparme del asunto.

TROILO Pándaro.

PÁNDARO No va conmigo.

TROILO Buen Pándaro...

PÁNDARO Os ruego que no me habléis más. Tal como lo encontré lo dejo, y ahí se acaba.

Sale PÁNDARO.

Una alerta.

TROILO Sones rudos, callad; callad, clamores ásperos.

Locos por ambos lados. Hermosa será Elena,
pues así vuestra sangre a diario la pinta.

En una lucha tal no puedo tomar parte;
tema bien flaco es para mi espada.

Mas Pándaro... Oh, dioses, cómo me atormentáis.

Solo gracias a Pándaro puedo alcanzar a Crésida;
y para cortejarlo, y que corteje, es tan arisco
como casta se obstina ella contra cortejos.

Dime tú, Apolo, por el amor de Dafne,
lo que Crésida es, y Pándaro, y nosotros.

India es su lecho, adonde ella, perla, yace;
entre nuestro palacio y donde mora Crésida,
eso llamemos fiera inundación errante,
mercaderes nosotros y el navegante Pándaro
nuestra esperanza en duda, nuestro barco y convoy.

Alerta. Entra ENEAS.

ENEAS ¿Por qué, príncipe Troilo, no en el campo?

TROILO Porque no; esta respuesta de mujer es justa,
ya que mujeril es allí no hallarse.

¿Qué noticias, Eneas, tenemos hoy del campo?

ENEAS Que Paris volvió a casa, y está herido.

TROILO ¿Por quién, Eneas?

ENEAS Troilo, por Menelao.

TROILO Pues desángrese Paris: en su herida hay desaire;
de Menelao el cuerno rasgó a Paris.

ENEAS Oíd. Fuera de la ciudad, cuán bravo es hoy el juego.

TROILO Mejor en casa, si el «ojalá pudiera» fuese «puedo».

Mas, afuera, al combate. ¿Allá van vuestros pasos?

ENEAS Con toda y presta prisa.

TROILO Juntos entonces vamos.

Salen.

ESCENA II

Troya. Una calle.

Entran CRÉSIDA y ALEJANDRO.

CRÉSIDA ¿Quiénes pasaron?

ALEJANDRO La reina Hécuba y Elena.

CRÉSIDA ¿Y adónde van?

ALEJANDRO A la torre de Oriente,

cuya altura domina, como a súbdito, el valle,
para ver la batalla. Héctor, en quien paciencia
es estable virtud, hoy la ha turbado.

A Andrómaca riñó, golpeó a su escudero;
y como si labranza fuera también la guerra,
antes que el sol saliese se armó ligeramente
para marchar al campo, adonde ya las flores,
tal profetas, lloraban lo que habían vislumbrado
en la rabia de Héctor.

CRÉSIDA ¿La causa de su cólera?

ALEJANDRO Esto es lo que se dice: entre los griegos hay
un sobrino de Héctor, de la sangre troyana,
a quien llaman Áyax.

CRÉSIDA Bien. ¿Y qué le ocurre?

ALEJANDRO Dicen que es hombre singular *per se*,
y que se basta solo.

CRÉSIDA Igual que los demás hombres, a menos que estén
borrachos, enfermos o les falten las piernas.

ALEJANDRO Este hombre, señora, ha robado a muchos
animales sus atributos particulares: es valiente como
el león, rudo como el oso, lento como el elefante.
Hombre en cuya naturaleza hay tantos agolpados
humores, que su valor es uno con la tontería, su
tontería se adereza con la discreción. No hay virtud
en hombre de la cual no tenga él vislumbre, ni
mancha en hombre cualquiera de la que no lleve él
un viso. Es melancólico sin causa y regocijado a
contrapelo; tiene articulación de todo, pero todo tan

desarticulado, que es un gotoso Briareo: muchas
manos inútiles; o cegato Argos: todo ojos sin vista.

CRÉSIDA Pero ¿cómo ese hombre, que a mí me hace sonreír,
pone en cólera a Héctor?

ALEJANDRO Dicen que ayer encontró a Héctor en la batalla y
lo derribó; la humillación y vergüenza consiguientes
han hecho que Héctor ayune y vele desde entonces.

CRÉSIDA ¿Quién viene ahí?

ALEJANDRO Pándaro vuestro tío, señora.

Entra PÁNDARO.

CRÉSIDA Hombre valiente es Héctor.

ALEJANDRO Señora, como pocos en el mundo.

PÁNDARO ¿Cómo? ¿Cómo?

CRÉSIDA Pándaro, mi tío, buenos días.

PÁNDARO Sobrina Crésida, buenos días. ¿De qué habláis?
Buenos días, Alejandro. ¿Cómo estáis, sobrina?
¿Cuándo estuvisteis en palacio?

CRÉSIDA Esta mañana, tío.

PÁNDARO ¿De qué hablabais cuando yo vine? ¿Se había
armado e ido Héctor antes de que vos llegaraís a
palacio? ¿Se había levantado Elena, o no?

CRÉSIDA Héctor se había ido, pero Elena no estaba
levantada.

PÁNDARO Con todo, Héctor anduvo madrugador.

CRÉSIDA De eso hablábamos, y de su cólera.

PÁNDARO ¿Estaba colérico?

CRÉSIDA Así lo dice este.

PÁNDARO Ciertamente que lo estaba, y además conozco la razón; hoy habrá destrozo en torno suyo, puedo decirlo. Y Troilo no ha de quedarse muy atrás; ándense con cuidado de Troilo, que también eso puedo decirlo.

CRÉSIDA ¿Cómo? ¿También está colérico?

PÁNDARO ¿Quién, Troilo? Troilo es el más hombre de los dos.

CRÉSIDA Oh, Júpiter, no hay comparación.

PÁNDARO ¿Cómo? ¿Entre Troilo y Héctor? ¿Sabéis distinguir a un hombre cuando lo veis?

CRÉSIDA Sí, con tal de haberle visto y distinguido antes.

PÁNDARO Bien, pues digo que Troilo es Troilo.

CRÉSIDA Entonces decís como yo; porque segura estoy de que no es Héctor.

PÁNDARO No, ni Héctor es Troilo en muchos aspectos.

CRÉSIDA Justo es eso para los dos: cada uno es él mismo.

PÁNDARO ¿Él mismo? Ay, pobre Troilo, quisiera yo que así fuese.

CRÉSIDA Así lo es.

PÁNDARO A condición que fuera yo descalzo a la India.

CRÉSIDA Él no es Héctor.

PÁNDARO ¿Él? No, él no es él; ojalá lo fuera. Bueno, arriba están los dioses, y el tiempo alaba o acaba. Bien, Troilo, bien; ojalá mi corazón lo tuviera ella en su cuerpo. No, Héctor no es más hombre que Troilo.

CRÉSIDA Perdonadme.

PÁNDARO Es mayor.

CRÉSIDA Perdonadme, perdonadme.

PÁNDARO El otro aún es joven; ya me diréis diferente historia cuando pase tiempo. Ya quisiera Héctor tener el ingenio del otro.

CRÉSIDA No lo necesitará, si tiene el propio suyo.

PÁNDARO O sus cualidades.

CRÉSIDA No importa.

PÁNDARO O su apostura.

CRÉSIDA No le sentaría; es mejor la propia suya.

PÁNDARO No tenéis juicio, sobrina. Juraba Elena el otro día que para facciones morenas, Troilo. Debo confesar que así es, aunque moreno, no...

CRÉSIDA No, sino moreno.

PÁNDARO A fe, para decir verdad, es moreno y no lo es.

CRÉSIDA Para decir verdad, es verdad y no lo es.

PÁNDARO Ponía ella su cutis por encima del de Paris.

CRÉSIDA Pues Paris tiene colores bastantes.

PÁNDARO Lo mismo que Troilo.

CRÉSIDA Entonces es que Troilo tiene demasiados; si ella lo elogió más, su cutis es más vivo que el del otro; y si este tiene colores bastantes y el otro más vivos, ese es un elogio demasiado encendido para un buen cutis. Hubiera yo preferido que la dorada lengua de Elena elogiase a Troilo por su nariz de cobre.

PÁNDARO Os lo juro, creo que Elena le quiere más que a Paris.

CRÉSIDA Guasona, como griega, es entonces.

PÁNDARO Nada, estoy seguro de ello. Se le acercó ella el otro día en el mirador, y como ya sabéis que no tiene él más de tres o cuatro pelos en la barbilla...

CRÉSIDA Claro, la aritmética de un mozo de taberna pronto sacaría el total de esas futesas.

PÁNDARO Es muy joven, vaya; sin embargo, unas tres libras menos de diferencia, se alza con tanto con su hermano Héctor.

CRÉSIDA ¿Tan joven es el mozo, y tan viejo en alzarse con todo?

PÁNDARO Mas para probaros que Elena le quiere: se le acercó ella y le puso su blanca mano en la barbilla partida de él...

CRÉSIDA ¡Juno tenga merced! ¿Cómo se la partió?

PÁNDARO Vaya, ya sabéis que tiene un hoyuelo. Creo que la sonrisa le favorece más que a hombre alguno en toda Frigia.

CRÉSIDA Oh, sonrío bravamente.

PÁNDARO ¿No es verdad?

CRÉSIDA Sí, como si fuera nube en otoño.

PÁNDARO Bueno, pues adelante. Para probaros que Elena quiere a Troilo...

CRÉSIDA Troilo resistirá la prueba, si así lo probáis.

PÁNDARO ¿Troilo? Vaya, no más la estima él de lo que estimo yo un huevo huero.

CRÉSIDA Si un huevo huero os gusta tanto como una cabeza huera, comeréis pollos con cascarón.

PÁNDARO No puedo dejar de reírme cuando recuerdo cómo le cosquilleaba ella la barbilla; claro, su mano es una maravilla de blancura, debo confesarlo...

CRÉSIDA Sin tormento.

PÁNDARO Y de pronto se le antoja ver en la barbilla de él un pelo blanco.

CRÉSIDA Ay, pobre barbilla; muchas verrugas son más ricas.

PÁNDARO Cuánta risa entonces; la reina Hécuba se reía tanto, que sus ojos desbordaron.

CRÉSIDA En seco.

PÁNDARO Casandra se reía.

CRÉSIDA Pero bajo la olla de sus ojos había más moderado fuego: ¿desbordaron también sus ojos?

PÁNDARO Héctor se reía.

CRÉSIDA ¿Y a qué venía toda esa risa?

PÁNDARO Caramba, por el pelo blanco que Elena vio en la barbilla de Troilo.

CRÉSIDA Si hubiera sido un pelo verde, yo también me hubiera reído.

PÁNDARO Más que del pelo se reían de la respuesta tan bonita que él tuvo.

CRÉSIDA ¿Cuál fue esa respuesta?

PÁNDARO Dice ella: «Solo hay en vuestra barbilla cincuenta y dos pelos, y uno de ellos es blanco».

CRÉSIDA Esa es la pregunta de ella.

PÁNDARO Cierto es; pero no os apuréis. «Cincuenta y dos pelos», dice él, «y uno de ellos es blanco; ese pelo blanco es mi padre, y todos los restantes son sus hijos.» «Júpiter», dice ella, «¿cuál de esos pelos es Paris, mi marido?» «El que está de punta», dice él; «arrancadlo y dádselo.» Cuánta risa entonces; con Elena tan colorada, Paris tan amostazado, los demás riéndose tanto, la cosa pasó.

CRÉSIDA Pues dejémoslo ahora, porque ha tardado gran rato en pasar.

PÁNDARO Bueno, sobrina, ayer os dije una cosa; pensad en ella.

CRÉSIDA Eso hago.

PÁNDARO Juraría de la verdad de esto: ha de lloraros él, como si fuera hombre nacido en abril.

CRÉSIDA Y yo brotaré con sus lágrimas, como si fuera ortiga adelantada a mayo.

PÁNDARO Oíd. Ya vienen del campo. ¿Nos quedaremos aquí, para verles pasar camino de Ilión? Quedaos, sobrina buena, gentil sobrina Crésida.

CRÉSIDA Como gustéis.

PÁNDARO Aquí, aquí; es este excelente lugar: aquí veremos muy bravamente. Os los indicaré por sus nombres cuando pasen, pero fijaos en Troilo sobre todo.

CRÉSIDA No habléis tan alto.

Cruza la escena Eneas.

PÁNDARO Ese es Eneas: ¿no es hombre bravo? Es una de las flores de Troya, os digo. Pero fijaos en Troilo; pronto le veréis.

CRÉSIDA ¿Quién es ese?

Cruza Antenor.

PÁNDARO Ese es Antenor: tiene ingenio agudo, os digo, y es todo un hombre. Uno de los más sanos juicios de Troya, por sanos que los otros sean, y hombre apersonado. ¿Cuándo vendrá Troilo? Pronto os lo mostraré; si me ve, ya veréis cómo me hace seña.

CRÉSIDA ¿Os hará seña?

PÁNDARO Ya veréis.

CRÉSIDA Pues si es así, seréis señalado.

Cruza Héctor.

PÁNDARO Ese es Héctor, ese, ese, mirad, ese; ese es un hombre. Sigue tu camino, Héctor. Ese es un hombre bravo, sobrina. Oh, bravo Héctor. Mirad su figura. Vaya talante. ¿No es hombre bravo?

CRÉSIDA Oh, un hombre bravo.

PÁNDARO ¿No es así? Conforta el corazón. Mirad qué tajos hay en su yelmo. Mirad más allá, ¿no veis? Mirad allá; no es cosa de burlas. Allí es el dar y tomar a voluntad, como dicen; esos son tajos.

CRÉSIDA ¿Son de espada?

PÁNDARO ¡Espada! Lo que sea; a él no le importa. Como si se le llega el diablo; lo mismo le da. Voto a bríos, que conforta el corazón. Más allá viene Paris, más allá viene Paris.

Cruza Paris.

Mirad más allá, sobrina: ¿no es ese también hombre valiente? ¿No lo es? Vaya, que este es valiente ahora. ¿Quién decía que volvía herido? No está herido; anda, que esto ha de confortar el corazón de Elena. ¡Ah! Ojalá pudiera ver a Troilo. Pronto veréis a Troilo.

Cruza Eleno.

CRÉSIDA ¿Quién es ese?

PÁNDARO Ese es Eleno. Me pregunto dónde está Troilo. Ese es Eleno. Creo que no salió hoy. Ese es Eleno.

CRÉSIDA ¿Puede luchar Eleno, tío?

PÁNDARO ¿Eleno? No... Sí, luchará regularmente. Me pregunto dónde está Troilo. Atención. ¿No oís la gente gritando: «Troilo»? Eleno es sacerdote.

CRÉSIDA ¿Qué sujeto rastrero es ese que allá viene?

Cruza Troilo.

PÁNDARO ¿Dónde? ¿Allá? Ese es Deífobo. Este es Troilo.
Este es un hombre, sobrina. ¡Ején! ¡Bravo Troilo!
¡Príncipe de la caballería!

CRÉSIDA Callad. Qué vergüenza. Callad.

PÁNDARO Atended a él, fijaos en él. Oh, bravo Troilo.
Miradle bien, sobrina; mirad cuán sangrienta está su
espada, y su yelmo con más tajos que el de Héctor.
¡Qué aspecto el suyo, cómo va! ¡Oh, mancebo
admirable! Aún no tiene los veintitrés. Sigue tu
camino, Troilo, sigue tu camino. Si tuviera yo por
hermana una de las Gracias, por una hija una diosa,
a él le correspondería escoger. ¡Oh, hombre
admirable! ¿Paris? Paris es basura al lado suyo.
Afirmo que Elena, por el trueque, daría encima un
ojo.

CRÉSIDA Aquí vienen más.

Cruzan soldados.

PÁNDARO Asnos, idiotas, mastuerzos. Paja y salvado, paja y
salvado. Gachas tras de la carne. En los ojos de
Troilo podría yo vivir y morir. No miréis, no miréis.
Se fueron las águilas; cuervos y cornejas, cuervos y
cornejas. Mejor quisiera yo ser hombre como Troilo,
que Agamenón con toda su Grecia.

CRÉSIDA Ahí entre los griegos está Aquiles, que es más
hombre que Troilo.

PÁNDARO ¿Aquiles? Un carretero, un cargador, un verdadero
camello.

CRÉSIDA Vaya, vaya.

PÁNDARO «Vaya, vaya.» Cómo, ¿no tenéis discreción? ¿No
tenéis ojos? ¿Sabéis lo que es un hombre? ¿No son
nacimiento, gallardía, apostura, plática, virilidad,

saber, blandura, virtud, juventud, liberalidad y otras cosas, las especies y la sal que sazonan un hombre?

CRÉSIDA Sí, un hombre hecho picadillo, y luego a cocerlo sin pasas en la empanada, porque entonces el hombre está pasado.

PÁNDARO Valiente mujer sois. No sabe uno en qué postura os defendéis.

CRÉSIDA De espaldas, para defender mi vientre; con el ingenio, para defender mis ardides; con la prevención, para defender mi honestidad; con máscara, para defender mi hermosura; y vos para defender todo eso. Y en todas esas posturas estoy yo, como en mil vigilancias.

PÁNDARO Decid una de ellas.

CRÉSIDA No, que os vigilaré yo para ello; y esa, además, es una de las principales: si no puedo yo guardar lo que no quisiera que tocaran, puedo vigilaros para que no digáis cómo recibí el toque; a menos que este se hinche sin ocultación posible, con lo cual ya no hay nada que vigilar.

PÁNDARO Buena sois vos.

Entra el PAJE de Troilo.

PAJE Señor, mi amo quisiera hablaros al momento.

PÁNDARO ¿Dónde?

PAJE En vuestra propia casa; allí se desarma.

PÁNDARO Decidle que voy, buen muchacho.

Sale el PAJE.

Dudo de que esté herido. Que os vaya bien, sobrina buena.

CRÉSIDA Adiós, tío.

PÁNDARO Pronto seré con vos, sobrina.

CRÉSIDA ¿Anunciándome, tío?

PÁNDARO Pues alguna seña de Troilo.

CRÉSIDA Por esas señas seréis un alcahuete.

Sale PÁNDARO.

Palabras, votos, penas, lágrimas, amor hecho
de sacrificio, me ofrece en nombre ajeno;
aunque mil veces más veo yo en Troilo
de cuanto muestra Pándaro en su espejo elogioso.
Mas no me rindo. Es la mujer, si cortejada, un ángel;
que lo ganado acaba, y el alma solo goza en afanarse.
La amada nada sabe si acaso ignora esto:
de aquello no ganado se sobrestima el mérito;
ni existe la mujer que alguna vez creyera
más dulce amor logrado que deseo cuando ruega.
Esta máxima del amor, por tanto, enseño:
consecución es orden; lo no ganado, ruego.
Así, aunque el corazón amor firme contiene,
ni un asomo de él debe en mis ojos verse.

Sale.

ESCENA III

El campamento griego. Ante la tienda de Agamenón.

*Toque de atención. Entran AGAMENÓN, NÉSTOR, ULISES,
MENELAO y otros.*

AGAMENÓN Príncipes,

¿Qué pesar tiñe vuestras mejillas de ictericia?
Esa promesa amplia que ofrece la esperanza
para todo designio en tierra comenzado,

no llega a la largueza prometida; reveses y desastres
crecen en las venas de acciones tan alto levantadas,
como por confluencia de encontrada savia, nudos
al pino sano infectan, desviando su fibra,
tortuosa y errante, del curso propio al crecimiento.
Ni es para nosotros, príncipes, nuevo tema
que hasta ahora quedemos atrás de lo supuesto,
y tras asedio en siete años, aún muros tenga Troya;
puesto que en toda acción antes acontecida
de que haya memoria, halló la prueba
deformación, contrariedad, no respuesta al propósito
y la aérea figura que allá en el pensamiento
daba la presentida forma. ¿Cómo, pues, príncipes,
con mejilla abatida miráis nuestras tareas
y las llamáis vergüenzas, si no son otra cosa
que pruebas demoradas del gran Jove
para hallar en el hombre persistente constancia,
metal cuya fineza no se obtiene
por favor de fortuna? Porque el osado y el cobarde,
el prudente y el necio, el docto y el indocto,
el duro y el suave, afines y parientes ahí parecen;
mas en el viento y huracán del ceño de ella,
diferencia, aventando recio y alto,
todo lo airea; la lumbré a un lado la depura,
y lo que masa era, materia, por sí misma
queda rica en virtud, ya no mezclada.

NÉSTOR Con debido respeto a tu divino asiento,
oh, gran Agamenón, Néstor aplica
tus últimas palabras. En resistir la suerte
prueba cierta hay del hombre. Por un mar tranquilo,
cuántas naves sin peso y frágiles navegan
sobre el paciente seno, así avanzando
con otras de más nobles proporciones;
mas que el rufián aquel, Bóreas, enfurezca
a la apacible Tetis, y pronto vemos
naves de fuerte costillaje surcar montañas líquidas,
saltando entre los dos húmedos elementos,
tal corcel de Perseo. ¿Dónde la nave descarada
cuyos costados flacos pocos momentos antes
competían grandeza? Huida al puerto
o brindada a Neptuno. Así igualmente
separan al mérito real y a la apariencia
tormentas de fortuna; porque en su claridad y lumbre,
al rebaño molesta más el tábano
que el tigre; pero si asolador el viento
doblega las rodillas de los nudosos robles,
moscas yendo a cobijo, lo valeroso entonces,
de rabia transportado, con rabia simpatiza;
y su acento acordado en idéntica clave,
responde a reprimendas de fortuna.

ULISES Agamenón,
gran capitán, hueso y nervio de Grecia,

pecho de nuestro número, alma, solo espíritu,
en quien el temple y mente de nosotros todos
debieran encerrarse: escucha a Ulises.

Además de la aprobación y del aplauso,
que (*a* AGAMENÓN) poderoso tú de estado y jerarquía,
(*a* NÉSTOR) y tú reverenciado en vida dilatada,
doy a ambas vuestras pláticas, que eran tales,
Agamenón, como para que toda mano griega
en bronce las alzara; tales, digo,
como para que, Néstor venerable, estriado de plata,
con un lazo de aire, fuerte al igual del eje
adonde rueda el cielo, uniese a todo oído
griego a tu experta lengua; a oíd dignaos ambos,
tú grande, tú prudente, de Ulises la palabra.

AGAMENÓN Hablad, príncipe, pues. Que aún más raro sería
en vos cuestión ociosa o carga impertinente,
al desplegar los labios, que nuestra confianza,
si el mohoso Tersites abre su boca hiriente,
en escuchar oráculo, ingenio y melodía.

ULISES Troya subsiste aún, y no está hundida,
ni dueño halló la espada del gran Héctor,
por las causas siguientes.
La propiedad se ha descuidado de la regla:
ved, cifra igual a cuantas tiendas griegas hay
huecas en la llanura, hay de huecas facciones.
Cuando no es el general como colmena

adonde se reintegran quienes aprovisionan,
¿cuál miel puede esperarse? Oculto el grado,
el indigno es hermoso tras la máscara.
Los cielos mismos, planetas, y este centro,
el grado observan, lugar y preferencia,
frecuencia, curso, ajuste, época, forma,
costumbre, oficio, ordenados en línea;
por eso mismo el sol, el planeta glorioso,
va entronado en la esfera de su noble eminencia
entre los otros, y su mirada salutífera
corrige el mal aspecto de planetas dañinos,
sin obstáculo envía mensajeros, tal órdenes
de un rey, para buenos y malos. Mas si los planetas
en confusión dañina con desorden vagan,
qué plagas, qué portentos y qué luchas,
qué cólera del mar, temblor de tierra,
conmoción en los vientos, horror, mudanza y miedo,
tuercen y agrietan, desarraigan e hienden
de su fijeza, en calma marital y unida,
a los estados. Oh, si el grado oscila,
que en todo gran designio es una escala,
la empresa enferma. ¿Pueden comunidades,
grados en las escuelas, hermandades en villas,
pacífico comercio con divididas playas,
la primogenitura y rango en nacimiento,
prerrogativas de la edad, laurel, cetro y corona,

guardar lugar debido, si no es por esos grados?

Retirad tales grados, desafinad la cuerda,
y oíd qué discordia sucede; toda cosa
se ofrece opuesta: las aguas limitadas,
más alto que las playas alzarían el pecho,
a este sólido globo empapándolo todo;
ama de la imbecilidad sería la fuerza,
a su padre matando el hijo fiero;
fuerza, vuelta derecho, o este quizá y la injuria,
cuyo incesante choque da a la justicia espacio,
perderían su nombre, y también la justicia.

En sí poder tendría entonces toda cosa,
el poder, voluntad; voluntad, apetito;
y el apetito, lobo del universo,
de voluntad, poder, doblemente ayudado,
necesario es que hiciera una presa de todo,
devorándose al fin. Y caos semejante,
oh, gran Agamenón, si al grado se le asfixia,
a su asfixia sucede.

Y es tal la negligencia de los grados,
que un paso atrás nos lleva, aunque el propósito
era escalar. El general es desdeñado
por quien subordinado sigue, este por el siguiente,
y este del inmediato; así los escalones todos,
a estímulo de aquel primer paso ya enfermo
hacia su superior, sufren celosa calentura

de emulación amarillenta, exangüe.

Y una tal calentura a Troya en pie mantiene,
mas no su propio nervio. Para acabar la historia,
nuestro error, no su fuerza, es quien sostiene a Troya.

NÉSTOR Con gran prudencia ha descubierto Ulises
la calentura que al poder nuestro aqueja.

AGAMENÓN Ulises, si del mal la índole encontramos,
¿cuál será su remedio?

ULISES El gran Aquiles, quien la opinión corona
por nervio y por vanguardia de este ejército,
de su fama tan hueca repletos los oídos,
ya mima su valor, y allá en su tienda
yace burlando nuestro intento. A su lado, Patroclo,
a lo largo del día sobre un ocioso lecho,
dice burlas procaces
y con actos ridículos y torpes,
que calumniando llama imitaciones,
nos parodia. Grande Agamenón, a veces
tu ilimitado ministerio endosa,
y con meneo de actor, que satisfecho
de sus corvas está, creyendo cosa buena
escuchar el leñoso diálogo y sonido
entre el tablado y su estirado paso,
con representación exagerada y lastimosa
tu grandeza simula; entonces habla
como campana rota, con términos tan rudos,

que hasta en la lengua de Tifón rugiente
se dirían hipérboles. Ante tal redundancia,
en aplastado lecho, el ancho Aquiles
lanza de su hondo pecho un resonante aplauso;
grita: «Excelente, es Agamenón mismo.
Ahora imita a Néstor; tose y mesa tu barba,
como él si se apresta a algún discurso».

Hecho es, tan inmediato a aquel límite extremo
del paralelo, como Vulcano a su mujer. Con todo,
el buen Aquiles grita todavía: «Excelente,
el propio Néstor. Ahora, Patroclo, represéntalo
armándose en respuesta a una alarma nocturna».

Y entonces de la edad los efectos desmayados
motivo son de risa: el escupir, las toses,
el trémulo tanteo en la gorguera,
cerrando, abriendo el broche; a cuyo juego
don Valiente se muere; grita: «Basta, Patroclo,
o dame costillas aceradas, pues a fuerza
de risa estallaría». Y por tal manera,
las facultades nuestras, dones, índoles, formas,
varias y generales de mérito sin tacha,
logros, maquinaciones, órdenes, precauciones,
arengas en el campo o discursos de tregua,
pérdidas y triunfos, esto y aquello, sirve
de tema entre los dos para sus paradojas.

NÉSTOR Y a imitación de esos dos mismos,

que con voz imperial, tal dice Ulises,
corona la opinión, se infestan muchos.
Áyax, voluntarioso hoy, yergue la cabeza
con altivez igual, en posición henchida y vana
como el soberbio Aquiles. Tal él, está en su tienda,
da festines facciosos, ataca el rumbo de la guerra,
osado como oráculo, incitando a Tersites,
esclavo cuya bilis acuña, tal moneda, calumnias,
en sus comparaciones a igualarnos al lodo
y nuestra posición minar y difamarla,
aunque abundante sea el riesgo que nos ciñe.

ULISES Nuestra política censuran y llaman cobardía,
no cuentan la prudencia como parte en la guerra,
desprecian la intuición, y no estiman más acto
sino aquel de la mano. ¿Quietas dotes mentales,
que fijan cuántas manos habrá para el ataque,
cuando ocasión las llame, y averiguan por medio
de su atento velar la solidez del enemigo?...
Pues un dedo no hay de dignidad en todo ello,
trabajo es sedentario, papeleo, guerra de gabinete.
Así que el ariete que derriba algún muro
con el impulso grande y rudeza de su aplomo,
antes es que la mano del aparejo creadora,
o quienes por la sutileza de su espíritu
la ejecución con la razón la guían.

NÉSTOR Si así fuese, varios hijos de Tetis igualara

el caballo de Aquiles.

Toque de atención.

AGAMENÓN ¿Qué trompa es esa, Menelao?

MENELAO Una de Troya.

Entra ENEAS.

AGAMENÓN ¿Qué os trae ante esta tienda?

ENEAS ¿Es la del gran Agamenón? Decidme.

AGAMENÓN La misma.

ENEAS ¿Podría alguien que es un príncipe y heraldo
a sus regios oídos dar honroso mensaje?

AGAMENÓN Con protección más fuerte que los brazos de
Aquiles,
ante las testas griegas, que a una voz aclaman
a Agamenón por general y por cabeza.

ENEAS Salvo conducto y amplia protección. ¿Cómo podría
alguien extraño a su imperial mirada
sus ojos distinguir de los demás mortales?

AGAMENÓN ¿Cómo?

ENEAS Sí.

Por disponerme a reverencia lo pregunto,
pidiendo a la mejilla se apreste con sonrojo
púdico, tal el alba cuando fría contempla
al joven Febo.

¿Cuál dios en ministerio, hombres guiando,
cuál es Agamenón el alto y poderoso?

AGAMENÓN Nos burla este troyano, o los hombres de Troya

serán ceremoniosos cortesanos.

ENEAS Cortesanos, si desarmados, afables, generosos,
tal reverentes ángeles; esa en paz es su fama.
Pero cuando soldados, tienen fuertes pasiones,
brazo, articulación, espada, y si Jove lo quiere,
nadie de corazón tan grande. Pero callad, Eneas;
callad, troyano. Poned un dedo en vuestros labios.
Que el valor del elogio ha de tornarse en mancha
cuando el mismo elogiado en propio elogio habla;
mas lo que el enemigo acorralado aprecie,
eso sopla la fama, ese elogio trasciende.

AGAMENÓN Señor, vos el de Troya, ¿es vuestro nombre
Eneas?

ENEAS Sí, griego, ese es mi nombre.

AGAMENÓN Permitid, ¿cuál es vuestra embajada?

ENEAS Perdón, señor, para oída de Agamenón es ella.

AGAMENÓN Nada que de Troya provenga él escucha en
privado.

ENEAS Ni vengo yo de Troya a traerle un murmullo,
pues traigo una trompeta que despierte su oído,
dejando su sentido predispuesto a la escucha
y al habla luego.

AGAMENÓN Hablad tan franco como el aire,
pues para Agamenón no es esta hora de sueño;
que despierto está él, aprende tú, troyano,
y él mismo te lo dice.

ENEAS Suená recio, trompeta,

dando tu voz bronceína a esas tiendas ociosas;
a los griegos de pro has de informarles,
que Troya dice en alto sus rectas intenciones.

Sones de trompeta.

Oh, grande Agamenón, tenemos allá en Troya
un príncipe, Héctor su nombre, Príamo su padre,
quien en esta enojosa y prolongada tregua
se entumece, y me pidió tomase un trompetero
y hablara a este propósito. Reyes, príncipes y señores:
si alguno entre la flor y nata de la Grecia
tiene su honor en más que su reposo,
más busca la alabanza que recela el peligro,
conoce su valor y su temor ignora,
adorando a su dama más de lo que confiesa
con voto fiel ante los labios de ella,
y su belleza y mérito se atreve a declararlos
en diferente liza, escuche aquí mi reto.
Héctor, delante de griegos y troyanos,
habrá de mantener, o hará cuanto en él cabe,
que su dama es hermosa, verdadera y prudente
como jamás un griego estrechó entre sus brazos.
Y a mediodía mañana llamará una trompeta,
entre las tiendas vuestras y los muros de Troya,
para incitar al griego que a su amor firme sea;
si acude alguno, Héctor sabrá rendirle honores,
y si ninguno, ha de decir en Troya al retirarse,

que curtidas del sol, no valen damas griegas
la astilla de una lanza. Habrá de decir esto.

AGAMENÓN Príncipe, se enterarán nuestros galanes;

y si ninguno hubiere con el alma propicia,
es que en casa quedaron. Pero soldados somos,
y desleal aquel soldado se demuestre
que no piense en amor, no lo tuvo o lo tenga.
Y si alguno lo tuvo, lo tiene o lo esperara,
ese luche con Héctor, o yo, si otro no haya.

NÉSTOR Le diréis de Néstor, uno que fuera un hombre

cuando mamaba aún el abuelo de Héctor,
y hoy es solo un anciano. Pero si en nuestras filas
no hubiera un hombre noble con su chispa de fuego,
por su amor respondiendo, decidle de mi parte
que, estas barbas de plata tras dorada visera,
en el brazal de hierro mis músculos marchitos,
habré yo de encontrarle, y afirmar que mi dama
más bella que la abuela de Héctor fue, y casta
cual ninguna en el mundo: verdad a que se arrostran
mis tres gotas de sangre y su edad vigorosa.

ENEAS No permitan los cielos tal falta de mancebos.

ULISES Amén.

AGAMENÓN Mi buen señor Eneas, tendedme vuestra mano
a nuestro pabellón os guiaré primero.

Aquiles ha de oír esta propuesta,
y a todo hidalgo griego irá de tienda en tienda.

Comeréis con nosotros antes de iros,
y hallad la bienvenida de nobles enemigos.

Salen todos menos ULISES y NÉSTOR.

ULISES Néstor.

NÉSTOR ¿Qué dice Ulises?

ULISES En mi cerebro hay un proyecto mozo;
sed vos mi tiempo para darle figura.

NÉSTOR ¿De qué se trata?

ULISES De esto.

Cuña buída hiende al duro nudo. El orgullo,
cuya semilla ahora ya se abre madura
en el fértil Aquiles, debe segarse,
pues vertida daría prole de iguales males,
cubriéndonos a todos.

NÉSTOR Bien; mas ¿cómo?

ULISES El reto que presenta el bravo Héctor,
aunque en términos generales extendido,
en propósito atiende solo a Aquiles.

NÉSTOR Como algo sustancial, palpable es su propósito,
cuyo volumen suman pequeños caracteres;
y cuando publicados, no dudadlo,
Aquiles, bien que estéril fuera su cerebro
tal arenal de Libia (y Apolo ya conoce
cuán seca es), con muy pronto juicio,
sí, con celeridad, el designio de Héctor
verá que le señala.

ULISES A respuesta incitándole. ¿Así os parece?

NÉSTOR Sí. Justo es. ¿Quién si no enfrentaréis

que a Héctor arrebate los honores,
excepto Aquiles? Aunque tal lucha es juego,
en el ensayo mucha opinión se encierra,
pues ahí nuestra fama prueban los troyanos
con paladar muy fino; y creedme, Ulises,
nuestra reputación tendrá raro equilibrio
en una acción tan fiera, cuyo éxito,
aunque particular, ha de dar una muestra,
en bien o en mal, respecto del conjunto.
E indicios semejantes, aun cuando sean motas
del volumen futuro, ya denuncian
la figura infantil de gigantesca masa
en cosas venideras e inminentes. Se supone
que quien con Héctor luche, nosotros lo elegimos;
y la elección, siendo de nuestras almas acto mutuo,
atiende al mérito, y hace que entonces brote,
tal de nosotros todos, un hombre en quien destilan
nuestras propias virtudes. El cual, si malogrado,
¿ánimo no dará de ahí a los vencedores,
que con firme opinión de sí los asegure?
Y esta así afirmada, su instrumento son miembros,
con fuerza no menor que los arcos y espadas
a quien miembros dirigen.

ULISES Perdonad mi discurso.

Bien es, por tanto, que Héctor y Aquiles no se encuentren.

Tal mercader, mostremos la inferior mercancía,
pensando que quizá se venda; y cuando así no sea,
el lustre de lo bueno, aún no mostrado,
mejor parecerá. No consintáis
jamás en el encuentro de Héctor con Aquiles,
porque nuestra vergüenza y nuestro honor en ello
llevan en pos de sí dos raros seguidores.

NÉSTOR Mis viejos ojos no los ven; quiénes son, decidme.

ULISES Nuestro Aquiles, la gloria que de Héctor recibiera,
de no ser orgulloso con todos partiría;
pero es de antemano demasiado insolente,
y mejor nos sería secar al sol de África
que al salado desdén y orgullo de sus ojos,
si con honra escapara a Héctor. Si fracasa,
nuestra opinión mayor entonces destrozamos
con desdoro del mejor de los nuestros. Echad suertes,
y con tretas hagamos que a Áyax el testarudo
toque luchar con Héctor. Entre nosotros
atribuidle crédito como el hombre más digno,
pues del gran mirmidón esa es la medicina
contra aquel alto aplauso que lo consume; caiga
su penacho, curvándose más vano que azul Iris.
Y si el obtuso y lerdo Áyax vencedor sale,
de voces lo vestimos; si fracasa,
nuestra opinión con todo mantendremos,

teniendo hombres mejores. Demos o no en el blanco,
nuestro proyecto avanza y esta forma reviste:
de Áyax usando así, desplumado está Aquiles.

NÉSTOR Ahora

comienzo, Ulises, a gustar tu consejo,
y he de hacer que lo apruebe sin demora
Agamenón; a él derechos vayamos.
Dos canes se doman entre sí: solo soberbia
enzarza a los mastines, como, si un hueso fuera.

Salen.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Otro lugar del campamento griego.

Entran ÁYAX y TERSITES.

ÁYAX ¡Tersites!

TERSITES ¿Y si Agamenón tuviera granos? ¿Lleno, cubierto todo, generalmente?

ÁYAX ¡Tersites!

TERSITES ¿Y esos granos corrieran? Di: ¿no correría el general entonces? ¿No sería esa una hinchazón enconada?

ÁYAX ¡Perro!

TERSITES Entonces alguna materia saldría de él. Ahora ninguna veo?

ÁYAX Tú, hijo de loba, ¿es que no oyes? Siente entonces.

Le pega.

TERSITES Caiga sobre ti la plaga de Grecia, mestizo señor de bovino ingenio?

ÁYAX Habla, pues, fermento más que podrido, habla. A golpes he de tornarte hermoso?

TERSITES Antes yo con mis denuestos te tornaré ingenioso y santo. Pero creo que más pronto dirá de memoria tu caballo una oración, que tú aprenderías sin libro un rezo. Puedes golpear, ¿no es eso? La peste sea con tus resabios de rocín?

ÁYAX Seta venenosa, enséñame la proclama.

TERSITES ¿Tan sin sentido me crees, que así me pegas?

ÁYAX ¡La proclama!

TERSITES Supongo que te proclaman necio.

ÁYAX No sigas, puerco espín, no sigas, que me pican los dedos.

TERSITES Ojalá te picara de la cabeza a los pies y fuera yo quien te rascase, que habría de convertirme en la más asquerosa sarna de Grecia. Cuando de descubierta sales, atacas tan poco como el que menos?

ÁYAX ¡La proclama, digo!

TERSITES A cada hora murmuras y denuestas contra Aquiles, de cuya grandeza tienes tanta envidia como Cerbero de la hermosura de Proserpina. Sí, a él le ladras?

ÁYAX ¡Señora Tersites!

TERSITES Pégale a él.

ÁYAX ¡Buñuelo!

TERSITES A trizas te molería con su puño, como el marino una galleta?

ÁYAX ¡Perro, hijo de zorra!

Pegándole.

TERSITES Así, así.

ÁYAX ¡Banquillo de bruja!

TERSITES Sí, anda, anda, señor con ingenio de aguachirle. Menos cerebro tienes que yo en mis codos. Un asnico podría enseñarte, burro de ruin valentía. Estás aquí para zurrar troyanos, y te compran y venden entre gentes de ingenio como esclavo bárbaro. Si

sigues pegándome, comenzando por tus talones, he de decirte a pulgadas lo que eres, trasto sin entrañas?

ÁYAX ¡Can!

TERSITES ¡Ruín señor!

ÁYAX ¡Perro!

Pegándole.

¡Bufón de Marte! Así, grosería; así, camello; así, así.

Entran AQUILES y PATROCLO.

AQUILES ¿Cómo? ¿Qué pasa, Áyax? ¿Por qué hacéis eso?
¿Qué pasa, Tersites? ¿Qué ocurre, hombre?

TERSITES Le veis ahí, ¿no es cierto?

AQUILES Sí. ¿Qué ocurre?

TERSITES No, sino miradle.

AQUILES Eso hago. ¿Qué ocurre?

TERSITES No, sino miradle bien.

AQUILES ¿Bien? Pues así le miro.

TERSITES Sin embargo, no lo miráis bien. Por quienquiera que lo toméis, ese es Áyax?

AQUILES Conozco eso, necio.

TERSITES Sí, pero ese necio no se conoce.

ÁYAX Por eso te pego.

TERSITES Ved, ved, ved, ved qué partículas de ingenio profiere. Sus evasivas tienen orejas así de largas. Más he sacudido yo su cerebro que aporreado él mis huesos. Nueve gorriones compraría yo por unos cuartos, y su *piamater* no vale la novena parte de un gorrión. Voy a deciros, Aquiles, lo que digo yo de este señor Áyax, que lleva el ingenio en el vientre y las tripas en la cabeza?

AQUILES ¿Cómo?

TERSITES Digo que este Áyax...

ÁYAX amenaza pegarle.

AQUILES No, buen Áyax.

TERSITES No tiene ingenio bastante...

AQUILES No. Debo conteneros.

TERSITES Para tapar el ojo de la aguja de Elena, por quien viene a pelear?

AQUILES Silencio, necio.

TERSITES Silencio y quietud quisiera yo, pero ese necio no lo permite. Ese que está ahí; ese mismo: miradlo?

ÁYAX ¡Perro maldito! Voy...

AQUILES ¿Enfrentaríais vuestro ingenio con el de un necio?

TERSITES No, yo os lo aseguro. Porque el ingenio de un necio habría de confundirle?

PATROCLO Buenas palabras, Tersites.

AQUILES ¿Por qué es la querella?

ÁYAX Pedí al mochuelo vil que me dijera el tenor de la proclama, y me cubre de denuestos?

TERSITES No te sirvo.

ÁYAX Bueno. Anda, anda.

TERSITES Sirvo aquí voluntariamente.

AQUILES Vuestro último servicio era resignación, y no voluntaria; porque ningún hombre se deja pegar voluntariamente. Áyax era aquí el voluntario, y vos el forzado?

TERSITES Con todo, una gran parte del ingenio vuestro también reside en vuestros músculos, que otra cosa

sería mentir. Gran presa la de Héctor, si a uno de los dos os abre los sesos, pues lo mismo sería que cascar una nuez rancia y huera?

AQUILES ¿Cómo? ¿Conmigo también, Tersites?

TERSITES Ahí están Ulises y el viejo Néstor, cuyos ingenios ya andaban mohosos antes de que vuestros abuelos tuvieran uñas en los pies, unciéndoos como bueyes de carga para arar en guerras?

AQUILES ¿Cómo? ¿Cómo?

TERSITES Así, por cierto. Ja, Aquiles. Ja, Áyax, ja.

ÁYAX Os cortaré la lengua.

TERSITES No importa. Aun después hablaré tanto como tú.

PATROCLO No más palabras, Tersites. Silencio.

TERSITES Voy a callarme cuando la perra de Aquiles me lo diga, ¿no?

AQUILES Con vos va eso, Patroclo.

TERSITES Que os cuelguen como bestias, si vuelvo más por vuestras tiendas. Me quedará donde el ingenio bulle, dejando la facción de los necios.

Sale TERSITES.

PATROCLO De buena escapamos.

AQUILES Esta, señor, es la proclama a todo nuestro ejército:

que a la hora quinta solar Héctor convoca,
entre las tiendas nuestras y Troya, con trompeta,
mañana a la mañana, a que sus armas vistan
los bravos caballeros; y aquel que sea osado,
manteniendo... No sé: nonadas. Bien os vaya.

ÁYAX Y a vos también. ¿Quién ha de responderle?

AQUILES Lo ignoro. Se echa a suertes. De otro modo
su rival ya tendría.

ÁYAX Oh, aludís a vos mismo. Buscaré más nuevas.

Salen.

ESCENA II

*Troya. Habitación en el palacio de Príamo. Entran PRÍAMO, HÉCTOR,
TROILO, PARIS y ELENO.*

PRÍAMO Tras tantas horas, vidas, discursos prodigados,
esto dice de nuevo Néstor por los griegos:
«Restituid a Elena, y todo perjuicio
de honor, tiempo perdido, trabajo, desembolso,
heridas, amistades, y cuanto de valor ya consumiera
en digestión pesada esta guerra carnívora,
serán cuentas pasadas». Héctor, ¿qué opináis?

HÉCTOR Aunque menos que yo nadie teme a los griegos,
por lo que a mí concierne,
con todo, Príamo temido,
dama no hay de tan blandas entrañas,
tan esponjosa en absorber el miedo,
o pronta en exclamar: «¿Quién sabe lo que ocurra?»
como Héctor. El flaco de la paz es confianza,
confianza tranquila. Mas la duda modesta
es faro de prudencia, sonda que explora
el fondo en lo peor. Dejad a Elena irse.
Desde que en este asunto se esgrimiera una espada,
cada diezmo de alma, entre miles pagados,
valía lo que Elena. Y hablo de los nuestros.

Si tantos diezmos nuestros se perdieron
por guardar cosa ajena, y que nada nos vale,
aunque el valor de un diezmo tuviese, y nuestro
nombre,
¿qué razón habría entonces en la tesis contraria
a que la devolvamos?

TROILO Andad, hermano mío.

¿Pesaréis el valor y el honor de un monarca
tan grande como es nuestro temido padre,
en la común balanza? ¿Sumaríais acaso
su infinitud de incalculables proporciones?
¿A su talle insondable abarcaríais
con trechos y con palmos diminutos,
tal razones y miedos? Andad, que ello es vergüenza?

ELENO No es raro que tan fuerte mordáis a las razones,
pues estáis huero de ellas. ¿No iría nuestro padre
a regir con razones su grande poderío
porque vuestro discurso lo dice sin ninguna?

TROILO Hermano sacerdote, amáis sueños y ensueños,
y forráis vuestro guante con razones. Oídlas:
sabéis que un enemigo intenta vuestro daño,
que manejar espada es cosa peligrosa,
y que la razón huye de todo lo dañino;
¿es de extrañar entonces, cuando Eleno contempla
a un griego con espada, si se aplica
las alas de razón a los talones,

huyendo, tal Mercurio por Jove amonestado,
o estrella errante? Si a razón aludimos,
cerrad puertas, dormid; virilidad y honra
liebres serían, de nutrir sus mentes
en tal razón ahíta. La razón y el cuidado
mustian la lozanía, ablandan los redaños.

HÉCTOR Hermano, Elena no vale lo que cuesta
guardarla.

TROILO Las cosas, ¿qué las hace sino aprecio?

HÉCTOR Mas voluntad particular no hace el aprecio,
que estimación y dignidad retiene este,
lo mismo en lo que es precioso por sí mismo
que en aquel que valúa. Es loca idolatría
hacer que al dios supere su servicio;
y voluntad caduca aquella que se inclina
hacia lo que fomenta ella infecciosamente,
sin alguna vislumbre del valor fomentado.

TROILO Si hoy tomo mujer, y mi elección procede
bajo mi voluntad por conductora,
y esta va iluminada por los ojos y oídos,
dos pilotos expertos entre inseguras costas
de voluntad y de juicio, ¿cómo evadir podría,
aunque a mi voluntad repugne lo elegido,
esa mujer que tomo? No hay escape
entre el hurtarse a esto y el honor mantenerlo.
Al mercader las sedas no se vuelven

cuando ya las manchamos, ni en cesto cualesquiera
se arrojan los relieves de manjares
porque estamos repletos. Se estimó oportuno
que Paris en los griegos tomase una venganza;
vuestro aliento, asintiendo, hinchó sus velas;
los mares y los vientos, antiguos litigantes,
en tregua le sirvieron; tocó el puerto buscado,
y no la anciana tía que cautivaron griegos,
mas reina griega trajo, mocedad tan lozana
que mustia la de Apolo y al alba decolora.
¿Por qué la retenemos? Ellos, a nuestra tía
retienen; ¿es que vale la pena? Cómo, es una perla
cuyo precio ha botado más allá de mil naves
y tornó en mercaderes a reyes con corona.
Si admitís que la ida de Paris fue prudente,
como debéis, pues que «id, id», todos gritasteis;
si admitís que volvió con noble precio,
como debéis, pues todos aplaudisteis,
gritando, «inestimable», ¿por qué ahora
condenáis el fruto del mismo saber vuestro
y, hazaña que Fortuna nunca hizo,
empobrecéis la estima de lo que valorasteis
por más rico que la tierra y el mar? Hurto bien bajo,
si hurtamos lo que el miedo no deja que guardemos;
y ladrones indignos de lo que así se hurtara,
pues, si en país ajeno se cometió la ofensa,

tememos responder por ella en nuestra tierra.

CASANDRA (*Dentro.*)

¡Llorad, llorad, troyanos!

PRÍAMO ¿Qué rumor, qué grito es ese?

TROILO Es nuestra hermana loca, su voz la reconozco.

CASANDRA (*Dentro.*) ¡Llorad, troyanos!

HÉCTOR Es Casandra.

Entra CASANDRA delirando.

CASANDRA ¡Llorad, llorad, troyanos! Prestadme diez mil
ojos,

que yo habré de llenarlos con lágrimas proféticas.

HÉCTOR ¡Callad, callad, hermana!

CASANDRA Doncellas, niños, hombres, arrugados ancianos,

infancia tierna que solo llorar sabe,

a mi clamor uníos, pagando anticipada

parte de aquella masa de sollozos futuros.

Llorad, troyanos, adiestrando en lágrimas los ojos;

Troya debe morir; Ilión, la hermosa, hundirse.

Es tea nuestro hermano; Paris nos quema a todos.

¡Llorad, llorad, hermanos! Una Elena; un desastre.

¡Llorad, llorad! Arda Troya, o que Elena se marche.

Sale CASANDRA.

HÉCTOR Así, mancebo Troilo, en altas notas

de profecía, ¿no aviva nuestra hermana

cierto remordimiento? ¿Vuestra sangre sería

tan locamente ardiente, que ni el razonamiento

ni el temor del mal fin en mala causa

pueden apaciguarla?

TROILO Pues qué, hermano Héctor,

acaso no creamos que un acto es solo justo
porque las circunstancias así le dieron forma,
ni de las mentes nuestras el valor desechamos
al ver loca a Casandra; sus insanos delirios
no pueden reprobar la bondad de una lucha
adonde se empeñaron nuestros varios honores
para favorecerla. Por lo que a mí concierne,
no me conmuevo más que otro hijo de Príamo;
y no permita Jove ocurra entre nosotros
cosa que ofender pueda aquel humor más flaco,
si ha de luchar y sostenerse?

PARIS Acaso, de otro modo, el mundo condenara

tal ligereza mi proceder, vuestra prudencia.
Mas los dioses lo saben, vuestro asentir entero
dio a mi inclinación alas, anulando
todo temor anejo a intento tan temible.
Pues, ay, mis brazos solos, ¿cuánto pueden?
En el valor de un hombre, ¿cuánta defensa cabe
contra la enemistad y empuje de esos mismos
a quienes excitase esta querella? Mas protesto
que si estuviera solo en medio de estos trances,
y amplio poder tuviese, tal voluntad me asiste,
no se retractaría Paris de lo que hizo,
ni fallaría en la empresa.

PRÍAMO Paris, habláis

tal alguien hechizado en sus delicias tiernas;
vos la miel aún tenéis, mas ellos el acíbar,
así que el ser valiente no merece alabanza?

PARIS Señor, no solamente me propongo

gozar de lo que tal belleza trae consigo,
sino también deseo que de su hermoso rapto
el baldón se limpiara con mucho honor guardándola.
Con la reina raptada, qué traición no sería;
con vuestro gran valor, qué oprobio; y qué vergüenza
conmigo, si ahora a retenerla renunciamos
en términos de espúrea violencia. ¿Es posible
que tan degenerada fuerza como esta
haga hincapié en vuestro pecho generoso?
No existe en nuestro bando espíritu, por bajo
que sea, cuyo pecho no ose, cuya espada no salga
en defensa de Elena; ni ninguno tan noble
que su vida malgaste o su muerte difame,
si Elena es la ocasión. Entonces, digo,
bien podemos luchar por ella, pues sabemos
que en todo el ancho mundo no encuentra paralelo.

HÉCTOR Los dos dijisteis bien, Paris y Troilo,

y la causa y cuestión que debatimos
glosasteis, aunque ligeramente; como es justo
en mancebos, a quienes Aristóteles creyera
impropios de escuchar moral filosofía.

Las razones que dais, más nos conducen
a la pasión ardiente de destemplada sangre
que a resolver, determinando libremente,
entre justo e injusto. Pues placer y venganza
son de oído más sordo que víbora a las voces
de justa decisión. Naturaleza implora
que a su dueño se vuelva lo debido; y por tanto,
en los humanos, ¿cuál deuda hay más estrecha
tal de esposa o marido? Si esta ley
natural se corrompe por afecto,
y grandes mentes, con indulgencia favorable
a su voluntad torpe, resisten frente a ella,
leyes hay en toda nación bien ordenada
que doblegan aquellos furiosos apetitos
más refractarios y más desobedientes.
Si Elena esposa es del rey de Esparta,
como sabemos bien, esas leyes morales
de naturaleza y de gentes, en alto exigen
que a Elena devolvamos. Persistencia
en mantener error, no lo mitiga,
antes lo agrava más. El parecer de Héctor
es ese, como verdad en sí. Mas sin embargo,
animosos hermanos, me inclino con vosotros,
en conclusión, a retener a Elena todavía,
porque es esta una causa que en no poco concierne
a nuestra dignidad, ya singular o ya conjunta.

TROILO Sí, nuestro designio ahí en lo vivo tocáis,
pues si no fuese gloria esa que nos afecta
más que la ejecución de nuestro humor sañudo,
no querría que una gota más de sangre troyana
corriera en su defensa. Pero, digno Héctor,
tema es ella de honor y de renombre,
acicate de hazañas valientes y magnánimas,
cuya bravura actual acaso abata al enemigo
y en tiempos venideros la fama canonice.
Creo que el valiente Héctor no desea
perder rica ventaja de gloria prometida,
como lo que sonrío en la frente de este acto,
por todas las riquezas del mundo.

HÉCTOR Vuestro soy

valeroso retoño del gran Príamo.
Un reto fanfarrón he dirigido a aquellos
nobles griegos, pesados y facciosos,
que arranque con asombro del letargo a sus almas.
Me advirtieron de cómo su general dormita
cuando rivalidad se filtra entre su ejército;
eso, supongo, habrá de despertarlo.

Salen.

ESCENA III

El campamento griego. Ante la tienda de Aquiles.

Entra TERSITES.

TERSITES ¿Qué hay, Tersites? ¿Cómo? ¿Perdido en el
laberinto de tu furia? ¿Es que ha de salirse así con la
suya ese elefante de Áyax? Me pega y yo le insulto.

¡Oh, digna satisfacción! ¡Ojalá fuera al contrario y que yo le pegase mientras él me insultara! ¡Por Dios! Aprenderé conjuros y a evocar diablos, con tal de hallar alguna salida a mis rencorosas execraciones. Y luego ese Aquiles, un raro ingeniero. Si no ha de ganarse Troya mientras esos dos no la minen, sus muros durarán hasta que se caigan por sí solos. Oh, tú, gran tonitruante del Olimpo: olvidado estarás de que eres Jove, rey de dioses, y tú, Mercurio, habrás perdido todo el serpentino arte de tu caduceo, si no les retiráis a ambos esa nona da, menos que nonada, de ingenio que poseen; la misma corta ignorancia conoce cómo escasea tan abundantemente que, en connivencia, no libraría a una mosca de una araña sin que sacaran ellos sus pesados hierros para cortar la tela. Tras de eso, venganza en todo el campamento; o, mejor, el mal francés en los huesos, porque me parece que esa es la maldición aneja a quienes luchan por unas faldas. Ya he dicho mis plegarias y el demonio de la Envidia dice amén. ¡Hola, mi señor Aquiles!

Entra PATROCLO.

PATROCLO ¿Quién está ahí? ¡Tersites! Buen Tersites, ven e insulta?

TERSITES Si yo pudiera acordarme de una moneda falsa, no hubieras rodado tú de mi contemplación. Pero no importa, bastante tienes con ser quien eres. Que la común maldición humana, locura e ignorancia, sea tuya sin tasa. La bendición del cielo te salve de maestro y no se te acerque disciplina. Sea tu sangre quien te dirija hasta la muerte, y entonces, si la que te amortaje dice que eres un hermoso cadáver, juraría yo, y volvería a jurar, que nunca amortajó sino a leprosos. Amén. ¿Dónde está Aquiles?

PATROCLO ¿Cómo? ¿Eres devoto? ¿Estabas en oración?

TERSITES Sí. ¡Así me oigan los cielos!

Entra AQUILES.

AQUILES ¿Quién está ahí?

PATROCLO Tersites, mi señor.

AQUILES ¿Dónde? ¿Dónde? ¿Has venido? Cómo, queso mío, digestión mía, ¿por qué no te me has servido a mi mesa durante tantas comidas? Dime, ¿qué es Agamenón?

TERSITES Tu jefe, Aquiles. Ahora dime, Patroclo, ¿qué es Aquiles?

PATROCLO Tu señor, Tersites. Ahora dime, te lo ruego, ¿qué eres tú mismo?

TERSITES Uno que te conoce, Patroclo. Ahora dime, Patroclo, ¿qué eres tú?

PATROCLO Tú puedes decirlo, pues me conoces.

AQUILES Oh, dilo, dilo.

TERSITES Declinaré la pregunta entera. Agamenón manda a Aquiles; Aquiles es mi señor; yo soy quien conoce a Patroclo, y Patroclo es un necio?

PATROCLO ¡Bribón!

TERSITES ¡Silencio, necio! No he acabado.

AQUILES Hombre privilegiado es. Sigue, Tersites.

TERSITES Agamenón es un necio; Aquiles es un necio; Tersites es un necio y, como ya se dijo, Patroclo es un necio?

AQUILES Prueba eso, anda.

TERSITES Agamenón es un necio, pues intenta mandar a Aquiles; Aquiles es un necio, al ser mandado por

Agamenón; Tersites es un necio, pues sirve a tal necio, y Patroclo es un necio rematado?

PATROCLO ¿Por qué soy un necio?

TERSITES Pregúntalo al Creador. A mí me basta con que lo seas. Mirad, ¿quién viene ahí?

AQUILES Patroclo, no he de hablar con nadie. Ven conmigo, Tersites.

Sale AQUILES.

TERSITES Valientes enredos, picardías y bribonadas. Todo el tema es una ramera y un cornudo. Buena querella para salir con facciones rivales y morir desangrado. Anda y que una roña seca cargue con el tema. Que guerra y lascivia se lo lleven todo.

Sale TERSITES.

Entran AGAMENÓN, ULISES, NÉSTOR, DIOMEDES y ÁYAX.

AGAMENÓN ¿Dónde está Aquiles?

PATROCLO En su tienda, señor, pero no de buen temple?

AGAMENÓN Que nos aquí venimos, id y decidle.

A nuestros mensajeros ofendió, y prescindimos de lo que a nos se debe, viniendo a visitarle.

Así comunicádselo; no se figure, acaso, que nuestra posición tememos afirmarla, o ignoramos quién somos.

PATROCLO Así habré de decírselo.

Sale PATROCLO.

ULISES Le vimos en la abertura de su tienda; no se encuentra indispuerto?

ÁYAX Sí, mal de león, mal de corazón soberbio; llamadle melancolía, si queréis favorecer a ese hombre. Mas,

por esta cabeza, que es orgullo. Pero ¿de qué, de qué? Que nos indique un motivo. Una palabra, señor.

Se aparta con AGAMENÓN.

NÉSTOR ¿Qué es lo que a Áyax le mueve así a ladrarle?

ULISES Aquiles a su bufón se lo ha embaucado.

NÉSTOR ¿Quién, Tersites?

ULISES Ese.

NÉSTOR Entonces carecerá Áyax de sustancia, pues ha perdido su tema?

ULISES No, mirad. Su sustancia es aquel que tiene su tema: Aquiles.

NÉSTOR Tanto mejor. Su escisión acuerda mejor con nuestro deseo que su facción. Pero extraña alianza era esa, que pudo desunirla un necio?

ULISES La amistad que no unió la prudencia, la necedad puede desatarla fácilmente. Aquí viene Patroclo.

NÉSTOR No está Aquiles con él.

Vuelve PATROCLO.

ULISES El elefante tiene articulaciones, pero no para cortesías; sus patas son patas para necesidad, no para genuflexiones.

PATROCLO Aquiles me ha rogado que su pesar anuncie,
si otro motivo, excepto diversión y recreo,
trajo a vuestra grandeza y a esta noble escolta
a hacerle una visita; confía sea, solamente,
por ejercicio saludable y digestivo,
aireo de sobremesa.

AGAMENÓN Oíd, Patroclo.

Conocemos muy bien dichas respuestas;
pero sus evasivas, así con burla aladas,
no pueden escapar a nuestro entendimiento.
Mucho crédito tiene, y por muchas razones
así se lo adscribimos; mas todas sus virtudes,
no virtuosamente por él mismo atendidas,
comienzan a perder su lustre a nuestros ojos;
sí, como fruta sana en plato repugnante,
que intacta ha de pudrirse. Id y decidle
que a hablar con él vinimos; y mal no haréis
si añadís que le hallamos más que vano
y menos que cortés, en presunción más grande
que notable en juicio. Quienes a él le exceden,
atentos son con esa ruda esquivez que asume,
y la fuerza divina de su mando disfrazan,
por suscribir con aquiescente deferencia
a tal predominancia destemplada; sí, miran
su flujo y su reflujo, sus lunas caprichosas,
tal si el manejo y rumbo de la empresa presente
siguiera a su marca. Id y decidle esto,
y añadid que, si en tanto su precio sobrestima,
no le queremos; como máquina que no puede
moverse, yazca bajo leyenda semejante:
«Acérquese la acción, que esto no va a la guerra».
A enano emprendedor más crédito le damos
que a gigante dormido. Así decídselo.

PATROCLO Así se lo diré, trayendo pronto su respuesta.

Sale PATROCLO.

AGAMENÓN Conversar por un intermediario no nos basta; a hablar con él vinimos. Id, Ulises.

Sale ULISES.

ÁYAX ¿Es él más que otro?

AGAMENÓN No es más de lo que él se cree.

ÁYAX ¿Tanto es? ¿No os parece que se cree más hombre que yo?

AGAMENÓN No hay tal.

ÁYAX ¿Suscribiríais a su creencia, diciendo que así es?

AGAMENÓN No, noble Áyax. Vos sois tan fuerte, bravo y prudente, no menos noble, más apacible y, en conclusión, más tratable?

ÁYAX ¿Qué razón tiene un hombre para ensoberbecerse? ¿Cómo se cría la soberbia? No sé yo lo que soberbia es?

AGAMENÓN Tanto más clara es vuestra mente, Áyax, y más hermosas vuestras virtudes. El soberbio a sí mismo se consume; soberbia es su espejo, su trompeta, su crónica, y quienquiera que se alaba, excepto con la hazaña, devora la hazaña con la alabanza?

ÁYAX Odio al soberbio lo mismo que odio el engendrar sapos.

NÉSTOR (*Aparte.*) Pero se ama a sí mismo. ¿No es curioso?

Vuelve ULISES.

ULISES Aquiles no saldrá al campo mañana.

AGAMENÓN ¿Qué razón da?

ULISES Ninguna necesita,

sino que sigue de sus humores la corriente,
sin cuidado o respeto hacia quienquiera,
con voluntad independiente y en certeza propia.

AGAMENÓN Nuestra justa demanda, ¿no ha de poder sacarle
de su tienda, el aire compartiendo con nosotros?

ULISES Las cosas más pequeñas, solo por ser rogadas,
importantes las hace; de su grandeza poseído,
a sí mismo no habla sino con tal soberbia
que al propio aliento reta; su mérito supuesto
mantiene por la sangre denso y febril discurso,
tanto, que entre parte mental y parte operativa,
en conmoción rabiosa está el reino de Aquiles,
él mismo demoliéndose. Pero ¿cómo decirlo?
Su orgullo es plaga, cuyo mortal anuncio
el grito es de «No hay remedio».

AGAMENÓN Que Áyax le vea.

Id vos, señor, y en su tienda saludadle.
Se dice que os estima, y puede ser guiado
por vuestra intercesión, cediendo un poco?

ULISES Oh, Agamenón, que así no sea.

Los pasos que dé Áyax, solo consagraremos
si lo alejan de Aquiles. Al orgulloso mismo,
que su arrogancia engrasa con su propia grosura,
y no permite que asuntos mundanales
a su mente se lleguen, excepto los que agita
y rumia para sí, ¿habrá, pues, de adorarlo

aquel a quien tenemos por ídolo más grande?

No, señor tan denodado, que vale más tres veces,
no manchará la palma noblemente adquirida,
ni, pese a mí, ha de rendir su mérito,
de títulos tan grandes como tenga Aquiles,
a Aquiles visitando.

Eso sería engrasar su orgullo, ya bien graso,
y añadir más carbones a Cáncer cuando quema,
al festejar así a este Hiperión el grande.

¿Tal señor visitarle? No lo permita Júpiter,
que dice con su trueno: «Visítale tú, Aquiles».

NÉSTOR (*Aparte.*) Oh, bien está eso; toca en el flaco suyo.

DIOMEDES (*Aparte.*) ¿Cómo con su silencio se bebe dicho
aplauso?

ÁYAX Si a verle voy, con mi puño armado,
he de hundirle la cara.

AGAMENÓN Oh, no, pues vos no iréis.

ÁYAX Y si orgullo me muestra, yo se lo aplastaría.
Dejadme que le vea.

ULISES No, por todo lo que hay pendiente en esta lucha.

ÁYAX ¡Criatura mezquina e insolente!

NÉSTOR (*Aparte.*) ¡Cómo a sí mismo se describe!

ÁYAX ¿No puede ser sociable?

ULISES (*Aparte.*) El cuervo criticando la negrura.

ÁYAX He de sangrarle sus humores.

AGAMENÓN (*Aparte.*) Médico es quien debe ser paciente.

ÁYAX Si de mi parecer fueran todos los hombres...

ULISES (*Aparte.*) Ya de moda el ingenio no estaría.

ÁYAX Debiera conducirse mejor; y si no, tendría que tragar
sables.

¿Ha de salirse la soberbia con la suya?

NÉSTOR (*Aparte.*) Y con la mitad tú.

ULISES (*Aparte.*) Y tú con diez partes.

ÁYAX He de amasarle, he de hacerle flexible.

NÉSTOR (*Aparte.*) Aún no se ha templado del todo; forzarle
con alabanzas. Echad más; echad más; su ambición
está seca.

ULISES (*A AGAMENÓN.*) Señor, demasiado nutrís a esta
antipatía.

NÉSTOR Nuestro noble general, no hagáis tal cosa.

DIOMEDES Debéis organizar la lucha sin Aquiles.

ULISES Sí, pues este mencionarle es lo que le hace daño.

Un hombre aquí tenemos... Mas él está presente,
y guardaré silencio.

NÉSTOR ¿Por qué habéis de callaros?

Rivalidad no siente, como siente Aquiles.

ULISES Que tan valiente es, conozca el mundo todo.

ÁYAX ¡Un perro hijo de zorra, que así se nos evade!

Ojalá fuera troyano.

NÉSTOR Qué vicio no sería en Áyax ahora...

ULISES Ser orgulloso...

DIOMEDES Codicioso de elogios...

ULISES Sí, huraño de talante...

DIOMEDES Distante o reservado.

ULISES Gracias al cielo sois, señor, de afable compostura.

Ensalzado será quien te engendró, la que te dio la leche;

famoso tu maestro; tus dotes naturales,

tres veces afamadas, la erudición excedan;

y aquel que le enseñó a tus brazos la lucha,

que en dos la eternidad divida Marte,

dándole la mitad. Y si de fuerza hablamos,

Milo, criadora de toros, tal cualidad ya rinde

al musculoso Áyax. Tu prudencia no elogio,

pues como costa, valla o límite, confina

tus espaciosas, dilatadas partes. Ahí está Néstor,

al que instruyeron tiempos bien remotos

y es prudente, ha de serlo, y a ello está obligado;

mas perdón, padre Néstor: si vuestros días fuesen

verdes, tal los de Áyax, y tan templado ese cerebro,

sobre él eminencia no alcanzarais;

seríais como Áyax.

ÁYAX ¿Podré llamaros padre?

NÉSTOR Sí, mi buen hijo.

DIOMEDES Señor Áyax, por él guiaros.

ULISES Aquí no demoremos. El ciervo Aquiles

se oculta en la maleza. Gran general, servíos

convocar al entero Consejo de la guerra:

que arribaron a Troya nuevos reyes. Mañana
debemos resistir con nuestras fuerzas reunidas.
Mas vedle ahí... ¡Señores, de Levante a Poniente,
id a la flor de ellos! ¡Y Áyax a los más diestros!

AGAMENÓN Nosotros al Consejo, mientras Aquiles sueño
busca;

rauda es la navecilla, la gran nave, hondo surca.

Salen.

TERCER ACTO

ESCENA I

Troya. Palacio de Príamo. Entran PÁNDARO y un PAJE.

PÁNDARO Vos, amigo. Una palabra, os ruego. ¿No sois del séquito del joven señor Paris?

PAJE Sí, señor; cuando va delante de mí.

PÁNDARO Quiero decir si no dependéis de él.

PAJE Sí dependo, señor, del señor.

PÁNDARO Dependéis de un noble caballero, a quien debo alabar.

PAJE El señor sea alabado.

PÁNDARO Vos me conocéis, ¿no es eso?

PAJE Superficialmente, señor, a fe mía.

PÁNDARO Pues conoceme mejor, amigo. Soy el caballero Pándaro?

PAJE Confío que mi conocimiento de vuestra señoría ha de mejorarse.

PÁNDARO Así lo deseo.

PAJE Es de gracia vuestro estado.

PÁNDARO ¿Gracia? No, amigo; señoría y excelencia son mis tratamientos.

Música dentro.

¿Qué música es esa?

PAJE Señor, solo parcialmente la conozco; es música de partes.

PÁNDARO ¿Conocéis a los músicos?

PAJE Por entero, señor.

PÁNDARO ¿Para quién tocan?

PAJE Para quienes los escuchan.

PÁNDARO ¿Por diversión de quién, amigo?

PAJE De mí, señor, y de quienes gustan de música.

PÁNDARO Disposición digo, amigo.

PAJE ¿A qué he de disponerme, señor?

PÁNDARO No nos entendemos, amigo. Demasiado cortesano soy yo, y vos demasiado astuto. ¿A petición de quién tocan esos hombres?

PAJE Exacto queda ahora, señor, por cierto. Vaya, pues a petición de Paris, mi señor, que está ahí en persona, y con él la Venus mortal, sangre cordial de la hermosura y del amor alma invisible.

PÁNDARO ¿Quién? ¿Mi sobrina Crésida?

PAJE No, señor; Elena. ¿No lo averiguasteis por sus atributos?

PÁNDARO Se diría, mozo, que no has visto a la señora Crésida. Vengo para hablar con Paris, de parte del príncipe Troilo. Le asaltaré cumplimentariamente, porque la prisa corroe mi asunto?

PAJE Asunto del partido es. Y frase como para quedarse sin pelo.

Entran PARIS, ELENA y séquito.

PÁNDARO Ventura para vos, señor, y para toda esta venturosa compañía. Venturosos deseos, en toda venturosa

medida, os guíen venturosamente. Especialmente a vos, venturosa reina. Ven tu rosos pensamientos sean vuestra venturosa almohada?

ELENA Lleno estáis, señor, de venturosas palabras.

PÁNDARO Amable reina, decid lo que venturosamente os plazca. Príncipe venturoso, buena música inacabada es aquella?

PARIS Vos la inacabasteis, primo; y por vida mía que habéis de acabarla enteramente. La acabaréis con lo acabado de vuestro arte. Elena, está lleno de armonía.

PÁNDARO No en verdad, señora.

ELENA Oh, señor.

PÁNDARO Ruda, a fe; a fe mía, muy ruda.

PARIS Bien dicho, señor. Bueno, así os llevo el compás.

PÁNDARO Negocios tengo con mi señor, cara reina. Señor, ¿me concederíais una palabra?

ELENA No, eso no ha de separarnos. Os oiremos cantar, por cierto.

PÁNDARO Bien, amable reina, sois halagüeña para conmigo. Pero, vaya, señor. Caro señor y amigo estimadísimo, vuestro hermano Troilo...?

ELENA Mi señor Pándaro, dulcísimo señor...

PÁNDARO Acabad, amable reina, acabad: con todo afecto os ofrece sus respetos?

ELENA No nos privaréis de nuestra melodía. Si así lo hacéis, caiga nuestra melancolía sobre vuestra cabeza.

PÁNDARO Amable reina, amable reina; amable reina es esta, a fe mía?

ELENA Y entristecer a una amable dama es una ruda ofensa.

PÁNDARO No, no ha de valeros eso; no ha de valeros, a fe, vaya. No, no me cuido de tales palabras; no, no. Troilo, mi señor, desea que si el rey le llama para cenar, vos le excuséis?

ELENA Mi señor Pándaro...

PÁNDARO ¿Qué dice mi amable reina, mi muy amabilísima reina?

PARIS ¿Qué hazaña hay pendiente? ¿Dónde cena Troilo esta noche?

ELENA No, señor, sino que...

PÁNDARO ¿Qué dice mi amable reina? Mi primo se enfadaría con vos. No debéis conocer dónde cena esta noche?

PARIS Con mi sabihonda Crésida, por vida mía.

PÁNDARO No, no; no hay tal; no dais en ello. Vamos, si vuestra sabihonda está enferma?

PARIS Bien, le excusaremos.

PÁNDARO Sí, mi señor bueno. ¿Por qué nombráis a Crésida? No, vuestra pobre sabihonda está enferma?

PARIS Veo...

PÁNDARO ¿Veis? ¿Qué veis? Vamos, dadme un instrumento. A ello, amable reina?

ELENA Cómo, eso es obrar con bondad.

PÁNDARO Mi sobrina está terriblemente enamorada de una cosa que vos poseéis, amable reina?

ELENA Suya será, señor, con tal que no se trate de mi señor Paris.

PÁNDARO ¿Eh? No, no quiere nada con él; hay dualidad entre los dos?

ELENA Juntarse en uno, tras de la dualidad, puede hacer, de los dos, tres.

PÁNDARO Vamos, vamos. No quiero oír más de esto. Os cantaré una canción nueva?

ELENA Sí, sí, ahora, os lo ruego. A fe mía, señor, que tenéis una hermosa frente.

PÁNDARO Sí, decid, decid.

ELENA Que sea de amor vuestra canción; este amor ha de ser la ruina de nosotros todos. Oh, Cupido, Cupido, Cupido.

PÁNDARO ¿De amor? Sí, de ello será, a fe mía.

PARIS Sí, eso es; amor, amor y solo amor.

PÁNDARO En verdad que así comienza.

Canta.

Amor, tan solo amor, y ya más nada.

Pues de amor toca el arco

a ciervo y cierva de un flechazo,

con punta que atosiga,

y aunque no causa herida,

aguza aún más la llaga.

Lloran los amantes: «Mirad, se mueren».

Mas la herida que matar debía,

torna la muerte en risa,

y el moribundo amor revive;

muriendo un rato, luego ríe,

con gemidos que son gritos alegres.

ELENA Enamorados, a fe, hasta la punta misma de la nariz.

PARIS No come amor, sino palomas; y eso cría sangre ardiente; sangre ardiente engendra ardientes pensamientos; ardientes pensamientos engendran ardientes hazañas, y ardientes hazañas son amor.

PÁNDARO ¿Es esa la ascendencia del amor? ¿Ardiente sangre, ardientes pensamientos y ardientes hazañas? Pues eso son víboras, ¿y es de víboras la ascendencia del amor? Amable señor, ¿quiénes están hoy en el campo?

PARIS Héctor, Deífobo, Eleno, Antenor y toda la galanía de Troya. Me hubiera armado yo, si mi Elena no me lo impidiera. ¿Cómo no fue mi hermano Troilo?

ELENA Pendiente está de algo, y vos lo sabéis todo, señor Pándaro.

PÁNDARO No, dulcísima reina. Me tarda el oír cómo le ha ido hoy. ¿Os acordaréis de excusar a vuestro hermano?

PARIS Sin falta.

PÁNDARO Que os vaya bien, amable reina.

ELENA Salud de mi parte a vuestra sobrina.

PÁNDARO Así lo haré, amable reina.

Sale PÁNDARO. Suena la retirada.

PARIS Ya regresan del campo. Al palacio de Príamo vayamos,

a saludar a los guerreros. Dulce Elena, os imploro que desarméis a Héctor: sus tenaces hebillas, por vuestros dedos blancos y mágicos tocadas, deben mejor rendirse que al acerado filo o a la fuerza de los músculos griegos; así podréis

más que los reyes de las islas: desarmar al gran Héctor?

ELENA Orgullo habrá de sernos, Paris, el servirle;

sí, que lo que por deber de nos reciba,
más palma de hermosura confiere que esta nuestra,
sí, y en brillo nos excede.

PARIS Amiga, sobrepasa mi amor al pensamiento.

Salen.

ESCENA II

Troya. El huerto de Pándaro. PÁNDARO y el PAJE de Troilo, que entran, encontrándose.

PÁNDARO ¿Qué hay? ¿Adónde está tu amo? ¿Con mi sobrina Crésida?

PAJE No, señor. Os espera para que allá le conduzcáis.

Entra TROILO.

PÁNDARO Oh, ahí viene. ¿Qué hay? ¿Qué hay?

TROILO Vos, mozo, marchaos.

Sale el PAJE.

PÁNDARO ¿Habéis visto a mi sobrina?

TROILO No, Pándaro. Junto a su puerta rondo,

como a la orilla Estigia el alma forastera
que aguarda su pasaje. Oh, sé para mí Caronte,
dame pronto transporte a aquellos prados,
donde pueda tenderme en los haces de lirios
que al justo se prometen. Oh, benévolo Pándaro,
al hombro de Cupido roba el ala pintada,
para volar conmigo a Crésida.

PÁNDARO Pasea por mi huerto, que pronto aquí la traigo.

Sale PÁNDARO.

TROILO Siento mareos; de expectación, girar parezco.

Tan dulce es la delicia imaginada,
que encanta mi sentido. ¿Qué será entonces,
cuando el ansioso paladar ya pruebe
el néctar del amor, tres veces reputado?
La muerte, creo, destrucción, o un sumo gozo
de fuerza tan sutil, de dulzor tan agudo,
que mis rudos poderes no puedan resistirlo.
Así lo temo, y además recelo
que pierda apreciación en tantas dichas,
como en la lucha, cuando en tropel se ataca
a enemigo que huye.

Vuelve PÁNDARO.

PÁNDARO Se está preparando, y vendrá pronto. Debéis
aprestar vuestro ingenio. Se ruboriza ella de tal
modo, y se entrecorta su aliento, como si un espíritu
la hubiera asustado. Voy a buscarla. Está más linda
la pícara... Su aliento se entrecorta como el de
gorrión recién cogido.

Sale PÁNDARO.

TROILO Igual pasión mi pecho está abrazando.

Más que pulso febril mi corazón palpita,
y su dominio pierden todas mis facultades,
como vasallos ante el encuentro inesperado
de la mirada regia.

Vuelve PÁNDARO con CRÉSIDA.

PÁNDARO Vamos, vamos, ¿a qué viene ese rubor? La
vergüenza es niña. Aquí la tenéis; jurad ante ella lo

que ante mí habéis jurado. ¿Cómo? ¿Es que otra vez os vais? Habrá que haceros velar antes de que os domen, ¿no? Dejad esas cosas, dejad esas cosas, que si os hacéis atrás, ya os pondremos entre las varas. ¿Por qué no le habláis? Vamos, alzá la cortina y veamos el cuadro. ¡Vaya con el día, y cuánto os repugna ofender la luz, como si no se hiciera oscuro mientras más pronto os acerquéis! Así, así; apartad estorbos, y al blanco con ella. Vamos; un beso por renta perpetua, y a construir ahí, carpintero, que el aire es saludable. No, que habéis de franquearos el corazón antes de que yo me vaya. ¡Por el halcón contra el azor, todos los patos del río! Andad, andad.

TROILO De todas las palabras me privasteis, señora.

PÁNDARO Palabras no pagan deudas, dadle obras; aunque también os privará ella de obras, si a vuestra actividad apela. ¿Cómo? ¿Otra vez baboso? Vaya, pues: «En testimonio de lo cual, las partes de por sí...». Adentro, adentro voy a prepararos fuego.

Sale PÁNDARO.

CRÉSIDA ¿Entráis, señor?

TROILO Verme así, cuántas veces lo he deseado, Crésida.

CRÉSIDA ¿Deseado, señor? Quieran los cielos... ¡Oh, mi señor!

TROILO ¿Qué han de querer? ¿A qué viene ese lindo exabrupto? ¿Qué posos tan extraños adivina mi dulce señora en la fuente de nuestro amor?

CRÉSIDA Más posos que agua, si es que mis temores tienen ojos.

TROILO Temores tornan en diablos a los querubines, y nunca ven justo.

CRÉSIDA Temor ciego, que clarividente razón guía, halla más seguro hincapié que ciega razón sin temor, porque el temor de lo peor, a veces, cura lo peor.

TROILO Oh, no abrigue temores mi señora, pues en mojiganga donde aparece Cupido no se presentan monstruos.

CRÉSIDA ¿Ni tampoco nada monstruoso?

TROILO Nada, si no es nuestra empresa, cuando juramos llorar a mares, vivir en fuego, comer rocas y domar tigres; creyendo más imposible para nuestra amada el imaginar prueba bastante, que para nosotros el acometer cualquiera dificultosa prueba. Esa es la monstruosidad del amor, señora, que la voluntad es infinita y la obra esclava de lo finito.

CRÉSIDA Dicen que todos los amantes juran cumplir más de lo que pueden y, aun así, se reservan una capacidad que nunca ponen en práctica; prometiendo más de lo que pueden diez y llevando a cabo menos que la décima parte de uno. Quienes tienen voz de leones y obra de liebres, ¿no son monstruos?

TROILO ¿Existen tales? No somos así nosotros. Elogiadnos al probarnos y acreditadnos lo que probemos, que desnuda irá nuestra cabeza hasta que el mérito la corone. Ninguna perfección futura tendrá elogio presente, ni mencionaremos merecimientos antes de que nazcan, y una vez nacidos, humildes serán sus títulos. Pocas palabras y noble fe; así Troilo será tal para con Crésida, que lo peor que pueda decir la envidia sea en burla de su firmeza, y lo más verdadero que pueda decir la verdad, no más verdadero que Troilo.

CRÉSIDA ¿Entraréis, señor?

Vuelve PÁNDARO.

PÁNDARO ¿Cómo? ¿Rubor todavía? ¿Aún no habéis acabado la charla?

CRÉSIDA Bueno, tío, la locura que cometo os la dedico.

PÁNDARO Y yo lo agradezco. Si mi señor obtiene de vos un niño, me lo daréis. Sed fiel a mi señor, y si él se desmiente, reñidme a mí.

TROILO Ya conocéis vuestros rehenes: la palabra de vuestro tío y mi firme fe.

PÁNDARO No, que daré también mi palabra por ella. Los de nuestra casta, aunque tanto tiempo tomen para ser cortejados, son constantes una vez rendidos. Son como cadillo, os digo, que adonde lo arrojen se adhiere.

CRÉSIDA Ya me llega osadía, dándome aliento.

Príncipe Troilo, día y noche os he amado
por muchos meses fatigosos.

TROILO Tan dura de ganar, ¿cómo fue entonces Crésida?

CRÉSIDA Dura de parecer ganada; pero, señor, ganada
de la primera mirada que jamás... Perdonadme,
pues si mucho confieso, jugaréis al tirano.
Os amo ahora; mas no tanto, hasta ahora,
que no pudiera dominarlo. No, no; es mentira.
Mis pensamientos tal niños locos eran,
tercos contra su madre. Ved, necios de nosotros.
¿Por qué me delaté? ¿Quién fiel habrá de sernos,
si para con nosotros tan indiscretos somos?
Mas aunque bien os ame, yo no os he requerido;
y a fe que todavía deseaba ser hombre,

o la mujer tuviese privilegios de hombre,
para hablar la primera. Amor, rogad que calle,
porque en este transporte diré seguramente
algo que luego sienta. Ved, ved, vuestro silencio,
astuto en la mudez, por mi flaqueza, quita
toda prudencia al alma. Detened mi boca.

TROILO Lo será, bien que de ella salga tan dulce música.

PÁNDARO Linda, a fe mía.

CRÉSIDA Perdonadme, señor, os lo suplico;

que mi intención no era el rogaros un beso.

¿Qué he hecho, cielos? Avergonzada estoy.

Ahora, mi señor, debo marcharme.

TROILO ¿Marcharos, dulce Crésida?

PÁNDARO ¿Marcharos? ¿De tal modo os marcháis hasta
mañana?

CRÉSIDA Moderaos, os ruego.

TROILO ¿Qué os ofende, señora?

CRÉSIDA Señor, mi compañía.

TROILO No podéis evadiros

de vos misma.

CRÉSIDA Dejad que, yéndome, lo intente.

Hay una parte amiga en mí, que en vos reside;

y otra parte, enemiga de sí misma, se marcha

a ser bufón de otro. ¿Qué ha sido de mi ingenio?

Quisiera irme. No sé qué es lo que hablo.

TROILO Bien sabe lo que habla quien habla tan prudente.

CRÉSIDA Acaso más que amor nuestro, señor, astucia,
y caigo plenamente en confesión tan grande
para pescar lo que pensáis. Prudente sois,
o si no es que no amáis, que amar y ser prudente
excede fuerza humana y a dioses pertenece.

TROILO Oh, yo pensé que pudo en la mujer juntarse
(y si puede, está en vos, según presumo),
su lámpara y sus llamas de amor siempre nutriendo,
guardando su constancia fiel siempre y siempre joven,
sobreviviendo a la apariencia hermosa, con la mente
renovada más pronto que la sangre decae.
Y dicha persuasión esto solo me dice:
que son para con vos mi verdad y firmeza
como para enfrentarse con su igual en peso
de pureza en amor que tan cernida fuese.
Cuánto me elevaría entonces. Pero, ¡ay!,
tan verdadero soy tal la verdad sencilla,
y más sencillo que verdad en su infancia.

CRÉSIDA Luchar con vos ahí puedo.

TROILO Oh, lucha virtuosa,
si derecho y derecho compiten quien se exceda
los más firmes galanes, por el mundo futuro,
su firmeza con Troilo probarán; y si en sus rimas,
con protestas y votos y altas comparaciones
buscaren símil, cansada la verdad de oírles:
«Tan firme como acero, como planta a la luna,

como el sol con el día, tórtola a su pareja,
hierro al imán o la tierra a su centro»,
tras la verdad de las comparaciones todas,
como auténtico autor de la verdad, digno de cita,
«verdadero tal Troilo», coronará la estrofa,
santificando el verso.

CRÉSIDA Profeta así seáis.

Si falsa soy, o en la verdad un pelo me desvío,
cuando el tiempo envejezca y de sí no recuerde,
el agua haya gastado a los muros de Troya,
el ciego olvido devorado las ciudades
y estados poderosos sin rasgos sean borrados
en polvorienta nada, aun la memoria entonces,
de falsa en falsa doncella enamorada,
repruebe mi falsía. Y cuando digan: «Falsa
como agua, aire, viento o la arenosa tierra,
como a la oveja el zorro, como lobo al ternero,
leopardo a la cierva, o madrastra a su hijo,
que añadan, clavando el corazón de la falsía:
“Tan falsa como Crésida”».

PÁNDARO A ello, pues; hecho el negocio, selladlo, selladlo,
que yo seré testigo. Aquí tomo vuestra mano, y aquí
la de mi primo: si jamás fuerais falsos el uno con el
otro, pues me he tomado tanto trabajo para juntaros,
que a todos los lastimosos correveidiles se les dé mi
nombre hasta el fin del mundo, llamándoles a todos
Pándaros. Que Troilos sean todos los hombres
constantes; Crésidas, todas las mujeres falsas; y
Pándaros, todos los alcahuetes. Decid: amén.

TROILO Amén.

CRÉSIDA Amén.

PÁNDARO Amén. Y tras esto, os llevaré a una cámara con un lecho, el cual lecho, como no hablará de vuestras bonitas pasadas, aplastadlo hasta que se ahogue. Vamos.

Y conceda Cupido a las doncellas silenciosas
lecho, cámara y Pándaro, que provee tales cosas.

Salen.

ESCENA III

El campamento griego. Entran AGAMENÓN, Ulises, DIOMEDES, Néstor, Áyax, Menelao y CALCAS.

CALCAS Príncipes, por haberos prestado este servicio,
la ventaja de tiempo fuertemente me urge
a pedir recompensa. Recuerden vuestras mentes
que por propia visión de cosas venideras
a Troya abandoné, dejé mis posesiones,
nombre de traidor arriesgué, y que me expuse
a perder los provechos poseídos y ciertos
por dudosos azares, privándome de cuanto
la condición, el trato, el tiempo y la costumbre
doméstico ya hacían y familiar para conmigo.
Así que, por haceros servicio, hoy estoy
como nuevo en el mundo, extraño e inexperto.
Y a modo de anticipo, yo os imploro
me concedáis ahora algún pequeño gaje,
entre muchos de aquellos que promesas registran
y, tal decís, aguardan en beneficio mío.

AGAMENÓN De nos, ¿qué quieres tú, troyano? Haz tu demanda?

CALCAS Tenéis un prisionero, y Antenor es su nombre,
que apresasteis ayer; bien caro es para Troya.
Quisisteis muchas veces, y por ello di gracias,
en canjeo importante rescatar a mi Crésida,
que Troya negó siempre. Pero Antenor, conozco,
clave tan principal es para sus asuntos,
que todos sus negocios deberán descuidarse
si él no los dirige; y habrían de darnos, creo,
un regio infante, algún hijo de Príamo,
trocándolo por él. Príncipes, enviadle
a cambio de mi hija, pues la presencia de ella
compensará cualquier servicio mío
y penas conllevadas.

AGAMENÓN Que con él Diomedes
vaya y nos traiga a Crésida. Tendrá, pues, Calcas,
lo que nos solicita. Así, buen Diomedes,
bien provisto de cuanto el intercambio exija,
llevad también recado que si Héctor mañana
a su reto responde, Áyax está dispuesto.

DIOMEDES Así lo trataré; y es este un cargo
que llevo con orgullo.

Salen DIOMEDES y CALCAS.

AQUILES y PATROCLO, ante su tienda.

ULISES Ahí está Aquiles ante la entrada de su tienda.

Que nuestro general se sirva pasar sin advertirle,

como si le olvidara; y vos, príncipes todos,
miradle de manera perdida y negligente.
El último seré, y acaso me pregunte
por qué con tan hostiles ojos se le mira;
de ser así, tendré medicinal sarcasmo,
útil entre su vanidad y vuestro alejamiento,
que de su grado ha de querer beberse
y acaso siente bien. Que orgullo solo halla
espejo en el orgullo. Y flexibles rodillas
son premio al vanidoso y la arrogancia crían.

AGAMENÓN Vuestro plan seguiremos, revistiendo
frialdad aparente; en tanto que pasamos
cada uno así haga, y no se le salude,
o hacedlo con desdén, que más habrá de herirle
que si no le miramos. Yo pasaré primero.

AQUILES ¡Cómo! ¿Es el general que viene a hablar conmigo?

AGAMENÓN (A NÉSTOR.) ¿Qué dice Aquiles? ¿Algo de nos
querría?

NÉSTOR (A AQUILES.) Señor, ¿queréis del general alguna
cosa?

AQUILES No.

NÉSTOR (A AGAMENÓN.) Nada, señor.

AGAMENÓN Tanto mejor.

Salen AGAMENÓN y NÉSTOR.

AQUILES Buenos días, buenos días.

MENELAO ¿Cómo estáis, cómo estáis?

Sale MENELAO.

AQUILES (*A PATROCLO.*) ¿Pues qué? ¿Me burla este cornudo?

ÁYAX ¿Qué hay, Patroclo?

AQUILES Buenos días, Áyax.

ÁYAX ¿Eh?

AQUILES Buenos días.

ÁYAX Sí, no son malos.

Sale ÁYAX.

AQUILES (*A PATROCLO.*) ¿Qué intentan esos? ¿Saben quién es Aquiles?

PATROCLO Pasan extrañamente, cuando antes se inclinaban
y enviando sonrisas a Aquiles de antemano,
con humildad venían, postrados de igual modo
que ante sagrado altar.

AQUILES ¡Cómo! ¿Es que pobre me he vuelto?

Cierto que la grandeza, si decayó en fortuna,
decae con los hombres. Lo que el caído sea,
tan pronto ha de leerlo en los ojos ajenos
como sienta que cae. Tal mariposa, el hombre,
su ala variegada solo muestra en estío,
que el hombre, no por hombre, simplemente,
tiene ningún honor, sino honor por honores
que existen fuera de él, como puestos, riquezas,
premios del accidente tanto como del mérito;
y cuando aquellos caen, siendo resbaladizos,
unos de otros tiran, todos juntos
muriendo en la caída. Pero a mí no me alcanza:

fortuna y yo somos amigos; gozo
en eminente grado lo que antes poseía,
salvo a ojos de esos, quienes tal vez hallaron
algo en mí que deslucen el mirar tal riqueza,
como antes solían. Ahí está Ulises;
su lectura interrumpo.

¿Qué hay, Ulises?

ULISES ¿Haber, oh, vástago de Tetis?

AQUILES ¿Qué estáis leyendo?

ULISES Este individuo extraño

dice que el hombre, por altas que sus dotes sean,
por mucho que posea, dentro y fuera de sí mismo,
ufanarse no puede de tener lo que tiene,
ni siente lo que debe, sino como reflejo;
igual que sus virtudes, al brillar sobre otros
y templarlos, ese calor de nuevo vuelven
al donador primero.

AQUILES No es de extrañar, Ulises.

La hermosura llevada aquí en la cara,
la ignora quien la lleva, bien que ella se encomiende
a la mirada ajena; ni los propios ojos
(espíritus más puros del sentido) a sí mismos
se ven, ni de sí parten, aunque opuestos a otros,
se dan mutuas albricias con sus formas,
que la visión no puede volver sobre sí misma
hasta que ha viajado, y celebra sus nupcias

donde así pueda verse. Lo cual no ha de extrañarnos?

ULISES No es la proposición lo que encuentro difícil,
pues me es familiar, sino el giro que toma
el autor, probando con sus análisis
que ningún hombre es dueño de una cosa
(aunque en él y de él dependa en gran manera),
hasta que a los demás sus dotes comunica;
ni él mismo, de por sí, noticia de ellas tiene
hasta que en el aplauso formadas las contempla,
por el cual se dilatan; como un arco, que copia
nuevamente la voz; o la puerta de acero
frente al sol, que lo recibe y luego vuelve
su figura y calor. Sumido en esto andaba,
y prontamente ahí he distinguido
al incógnito Áyax.

¡Oh, cielos, qué hombre es ese! Un corcel verdadero,
que ignora lo que tiene. Naturaleza, hay cosas
repulsivas de ver y preciosas de uso;
otras también, preciosas en estima
y pobres de valor. Mañana ya veremos,
en acto que el azar se lo depara,
el renombre de Áyax. ¡Oh, lo que unos hombres
hacen
y lo que por hacer, en cambio, dejan otros!
Unos en la antesala de voluble fortuna
se pierden, y otros hacen el necio frente a ella;
un hombre se alimenta del orgullo de otro,

en tanto que por vano ayuna orgullo.
¡Esos guerreros griegos! Ya en el hombro
del bobo Áyax andan palmoteando,
como si el pie tuviese en el pecho de Héctor
y gritos diese la gran Troya.

AQUILES Así lo creo yo, porque ante mí pasaron
como avaro ante un pobre, sin que me dirigieran
palabra ni mirada. ¿Ya olvidaron mis hechos?

ULISES Lleva el tiempo, señor, un saco a sus espaldas,
donde echa limosnas al olvido,
de ingratitudes un disforme monstruo;
restos son de pasadas hazañas consumidas
tan pronto como hechas, olvidadas tan pronto
como acabadas. Señor, perseverancia
guarda al honor su brillo, que cesar es quedarse
ya pasado de moda, como cota mohosa
en conmemorativo escarnio. Tomad presto cansino,
porque marcha el honor por tan estrecha vía,
que solo cabe uno. No perdáis el sendero,
ya que la emulación tiene hijos a miles
y uno va tras del otro. Y si el paso cedéis,
o a un lado os desviáis desde el camino recto,
como marea creciente habrán de adelantarse,
dejándoos el último;
o tal caballo bravo que cae en la vanguardia,
quedaréis por suelo de retaguardia abyecta,

derribado y pisado. Lo que ahora hacen esos,
menor que lo que hicisteis antes, os excede;
el tiempo es como elegante amo de casa,
dando apenas la mano a invitado que parte,
mientras tiende los brazos, cual si volar quisiera,
y estrecha aquel que llega. Bienvenida sonríe,
mas el adiós suspira. Que la virtud no busque
la remuneración por aquello que ha sido;
pues que ingenio, hermosura,
alcurnia, fuertes huesos, mérito en el servicio de valía,
amistad, caridad y amor, est n sujetos
al tiempo calumnioso y envidioso.

Un toque natural todo el mundo emparenta,
pues a una voz se elogia el nuevo dije,
aun hecho y moldeado según cosas pasadas,
dando al polvo que est  sobredorado
más elogio que al oro polvoriento.

A las presentes cosas van los ojos presentes;
así, pues, no te asombre, hombre grande y completo,
que hoy adoren a Áyax los griegos todos,
ya que lo que se mueve antes atrae la vista
que lo que no se mueve. Ayer se te aclamaba,
y acaso todavía, quizá otra vez de nuevo,
si en vida no te entierras a ti mismo,
encerrando en tu tienda nombrad a
cuyos gloriosos hechos, por esos campos, antes

a emulación movieran hasta a los propios dioses
y al gran Marte llevó a tomar partido.

AQUILES Mi aislamiento

tiene grandes razones.

ULISES Pero contra él existen

más potentes y heroicas razones.

Aquiles, es sabido que estáis enamorado
de una de las hijas de Príamo.

AQUILES ¡Ah! ¿Sabido?

ULISES ¿Es cosa de asombrarse?

La providencia, que vigila siempre,
conoce de Plutón cada grano de oro,
al abismo insondable fondo encuentra,
al pensamiento sigue y, casi tal los dioses,
desvela pensamientos en sus calladas cunas.

Cierto misterio hay (al cual las crónicas
nunca se atreven) en el alma del Estado,
cuyo funcionamiento es más divino
de lo que aliento o pluma decir pueden.

Todas las relaciones que tuvisteis con Troya
tan bien como vos mismo conocemos nosotros;
y sería en Aquiles mucho más apropiado
a Héctor derribar que a Polixena.

Dolerle debe al joven Pirro, ahora en su casa,
cuando la Fama suene su trompa en nuestras islas
y las doncellas griegas, entre sus danzas, canten:

«La hermana del gran Héctor es de Aquiles victoria,
mas nuestro gran Áyax a Héctor mismo derrota».

Pasadlo bien, señor. De amigo es mi consejo:
en hielo, que a vos no resistiera, corre el necio.

Sale ULISES.

PATROCLO En un sentido igual os he advertido, Aquiles.

La mujer impudente, que hacia lo hombruno tiende,
no más remisa es que el hombre afeminado
al momento de obrar. Por eso me censuran;
suponen que mi escaso temple para la guerra
y el grande amor que me tenéis es lo que os ata.
Vida, erguíos, pues. Cupido, descarado y débil,
librará vuestro cuello del amoroso lazo
y, así en crin leonina la gota del rocío,
sacudido irá al aire.

AQUILES ¿Luchará Áyax con Héctor?

PATROCLO Sí, y gran honor acaso de él reciba.

AQUILES Es mi reputación lo que se juega;

llagada astutamente está mi fama.
Cuidado entonces;
que mal cura la herida que el hombre a sí se inflige;
pues la omisión de hacer aquello necesario
sella el despacho en blanco de un peligro,
y este, tal fiebre, corroe sutilmente,
aun cuando bajo el sol ociosos nos sentemos.

AQUILES Patroclo mío, ve y llama aquí a Tersites.

Al bufón mandaré, para que a Áyax le diga
que a los nobles troyanos invite, tras la lucha,
y aquí nos vean desarmados. Antojito femenino
tengo, apetito que en lo interior me enferma,
de mirar al gran Héctor en pacíficas galas,
de hablar con él y contemplar su rostro
hasta la saciedad. Es un trabajo menos.

Entra TERSITES.

TERSITES Maravilla es.

AQUILES ¿Cuál?

TERSITES Áyax va y viene por el campo, preguntando por sí mismo?

AQUILES ¿Cómo es eso?

TERSITES Mañana debe luchar con Héctor en singular combate, y tan profético orgullo tiene de una heroica zurra, que delira sin decir nada?

AQUILES ¿Cómo puede ser eso?

TERSITES Porque va y viene, contoneándose como pavo real, a cada paso, un alto. Rumia como ama de casa, que para llevar la cuenta no tiene otra aritmética sino su seso. Se muerde el labio con mirada astuta, como quien dijese: «Si ingenio hubiera en esta cabeza, afuera saldría». Y lo hay, pero yace dentro tan frío como fuego en pedernal, que no ha de salir sin choque. Deshecho está el hombre para siempre, porque si Héctor no le rompe la cabeza en el combate, ha de rompérsela él mismo de vanagloria. No me reconoce; le digo: «Buenos días, Áyax», y replica: «Gracias, Agamenón». ¿Qué pensáis de este hombre, que por el general me toma? Se ha convertido en verdadero pez de tierra, sin habla, un

monstruo. La peste sea con el amor propio, que del revés o del derecho puede llevarlo un hombre como jubón de cuero?

AQUILES Embajador mío vas a ser para con él, Tersites.

TERSITES ¿Quién, yo? ¡Pero si no ha de contestar a nadie! Ha profesado el no responder, porque hablar es cosa de pordioseros, y su lengua son sus armas. Voy a imitarle; que Patroclo me pregunte, ya veréis el retablo de Áyax?

AQUILES Andad, Patroclo, y decidle cuán humildemente deseo que el valiente Áyax invite al valerosísimo Héctor, para que desarmado venga a mi tienda; y que a su persona procure salvoconducto del magnánimo e ilustrísimo, seis o siete veces reverenciado, capitán general del ejército griego, Agamenón, etc. Hacedlo así?

PATROCLO Bendiga Jove al gran Áyax.

TERSITES ¡Ején!

PATROCLO Vengo de parte del benemérito Aquiles...

TERSITES ¡Ajá!

PATROCLO Quien humildísimamente desea que invitéis a Héctor para que venga a su tienda...?

TERSITES ¡Ején!

PATROCLO Procurándole salvoconducto de Agamenón...

TERSITES ¿Agamenón?

PATROCLO Sí, mi señor.

TERSITES ¡Ajá!

PATROCLO ¿Qué decís a ello?

TERSITES De todo corazón, que Dios os acompañe.

PATROCLO ¿Vuestra respuesta, señor?

TERSITES Si hace mañana buen día, a las once, ello se resolverá de un modo o de otro. De todos modos, habrá de pagármelas antes de que me venza?

PATROCLO ¿Vuestra respuesta, señor?

TERSITES De todo corazón, que bien os vaya.

AQUILES Cómo, su tono no es ese, ¿no es así?

TERSITES No, pero así está desentonado. No sé qué música habrá en él, una vez que Héctor le haya roto los sesos. Seguro estoy de que ninguna, a menos que Apolo el rascatripas tome sus tendones para hacer laúdes?

AQUILES Anda, que vas a llevarle una carta ahora mismo.

TERSITES Dejadme que lleve otra a su caballo, porque esa es más capaz criatura?

AQUILES Turbada está mi mente tal fuente removida y yo mismo no puedo ver el fondo de ella.

Salen AQUILES y PATROCLO.

TERSITES Ojalá que la fuente de vuestra mente se aclarara de nuevo, para que pudiera yo dar de beber a un asno en ella. Antes quisiera ser garrapata de oveja que ignorancia tan brava.

Sale.

CUARTO ACTO

ESCENA I

Troya. Una calle. Entran, de una parte, ENEAS y un criado con una antorcha, y de otra, PARIS, DEÍFOBO, Antenor, DIOMEDES y otros con antorchas.

PARIS ¡Eh! ¡Mirad! ¿Quién va ahí?

DEÍFOBO Es el señor Eneas.

ENEAS ¿Está ahí el príncipe en persona?

Si ocasión tuviera yo tan buena de acostarme
como vos, príncipe, solo asuntos celestes
robaran mi presencia a quien parte mi lecho.

DIOMEDES También yo pienso así. Buenos días, Eneas.

PARIS Bravo griego es, Eneas; dadle la mano.

Prueba fue lo que hablasteis, al decirnos
cómo en el campo Diomedes, día tras día,
os siguió una semana.

ENEAS Salud, señor valiente,

durante el platicar de la apacible tregua;
mas cuando armado os halle, tan negro desafío
como el corazón piense o el valor realice.

DIOMEDES Diomedes abraza a uno y otro.

Salud, pues tranquila es ahora nuestra sangre;
pero cuando disputa y ocasión se junten,

¡por Jove!, que seré cazador de tu vida
con todo mi poder, tenacidad y astucia.

ENEAS Cazarás un león, que entonces volaría

la cara vuelta atrás, con humana templanza.

Sed bienvenido a Troya; sí, por vida de Anquises,
sed bienvenido. Juro, por la mano de Venus,
que ningún hombre vivo puede amar, de tal modo,
aquello que matar intenta, en tal manera.

DIOMEDES Coincidimos. Oh, Jove, dejad que Eneas viva,

si su sino no es gloria de mi espada,
mil veces recorrido el solar circuito.

Mas en mi honor, que a tanto emula, permitidle
morir lleno de heridas, y que mañana sea.

ENEAS Muy bien nos conocemos mutuamente.

DIOMEDES Así es, y peor conocimiento ansiamos.

PARIS Bienvenida apacible es esa y rencorosa,

amor noble y odioso como yo nunca he oído.

Tan temprano, señor, ¿qué asunto os trae?

ENEAS Al rey iba, llamado; mas el porqué, lo ignoro.

PARIS Su intento aquí os alcanza: conducir a este griego

a la casa de Calcas; y en ella, devolverle
por el libre Antenor la hermosa Crésida.

Hacednos compañía o, si gustáis,
aprisa adelantadnos. Pero pensando estoy
(o mejor dicho, viene a mi mente algún indicio)
que allí mi hermano Troilo esta noche se aloja;

levantadle y decidle que hacia allá caminamos,
con toda la cuestión de que se trata. Temo
que no seamos bienvenidos.

ENEAS Pienso igualmente;

Troilo preferiría que a Grecia fuera Troya,
mejor que a Troya deje Crésida.

PARIS Es inútil;

la inclinación amarga de los tiempos
lo quiere así. Marchad, señor, que ya os seguimos.

ENEAS Buenos días a todos.

Sale ENEAS.

PARIS Decidme la verdad Diomedes; a fe mía, decidme,
con el alma de un sano y buen compañerismo,
¿quién, a vuestro juicio, mejor merece a Elena?
¿Es Menelao o yo?

DIOMEDES Ambos iguales.

Aquel que la persigue, obtenerla merece
(sin escrúpulo alguno de lo que en ella es mancha),
por tal pena de infierno y tal mundo de peso;
y vos, al defenderla, guardarla merecéis
(no sintiendo el sabor de su deshonra),
por tal costosa pérdida de riqueza y amigos.
Él, llorón cornudo, habría de beberse
los posos y las heces de una cuba agotada;
como rijoso, vos, en flancos de ramera
os agrada engendrar a vuestros herederos.

En balanza ambos méritos, ni más ni menos pesan,
mas uno y otro peso aumenta la ramera?

PARIS Bastante amargo sois con vuestra conterránea?

DIOMEDES Amarga es ella a su país. Paris, oídme;
por cada falsa gota en sus venas lascivas,
cayó una vida griega; y por cada adarme
de su contaminado peso de carroña,
un troyano fue muerto. En sus labios no hubo
tantas buenas palabras, desde que hablar supiera,
como muertes sufrieron, por ella, Troya y Grecia?

PARIS Tal buhonero hacéis, noble Diomedes,
rebajando la cosa que comprar deseáis.
Mas callados nosotros, una virtud guardamos:
lo que en venta ponemos, no habremos de elogiarlo.
Este es nuestro camino.

Salen.

ESCENA II

Troya. Patio en casa de Pándaro. Entran TROILO y CRÉSIDA.

TROILO No os molestéis, amor, que fría es la mañana.

CRÉSIDA Mi amado, entonces llamaré a mi tío
que abra los cerrojos de la puerta.

TROILO Dejadle.

Y a la cama. Mata el sueño a esos lindos ojos,
dulcemente enlazando tus sentidos,
como en el niño, libre de pensamiento.

CRÉSIDA Adiós, entonces.

TROILO Te lo ruego; a la cama.

CRÉSIDA ¿Estáis de mí cansado?

TROILO Si atareado el día, oh, Crésida, despierto
por la alondra, no alzara impúdicas cornejas,
la noche soñadora no ocultando estas dichas,
yo no te dejaría.

CRÉSIDA Bien breve fue la noche.

TROILO Bruja maldita, que con los hechiceros se demora,
tediosa como infierno, y huye, si amor la busca,
con ala más pronta a la ocasión que el pensamiento.
Enfriaros podéis, y maldecirme.

CRÉSIDA Espera.

Mas los hombres no esperan...
Qué loca he sido. Si aún me hubiese negado,
ahora esperaríais. Oíd: alguien despierto.

PÁNDARO (*Dentro.*) ¿Todas las puertas aquí abiertas?
¿Cómo?

TROILO Es vuestro tío.

CRÉSIDA ¡La peste se lo lleve! Ahora vendrá burlándose.
Qué vida me aguarda.

Entra PÁNDARO.

PÁNDARO ¿Qué hay? ¿Cómo van esas virginidades?

Vos, doncella, venid. ¿Dónde está Crésida?

CRÉSIDA ¡Andad y que os ahorquen! Burlón, pícaro tío.
Me traéis a este paso, y luego así os burláis.

PÁNDARO ¿A qué paso? ¿A qué paso? Que lo diga. ¿A qué
paso os he traído yo?

CRÉSIDA Andad, andad. Mal corazón. No seréis bueno,

Ni dejaréis a otros.

PÁNDARO ¡Ja, ja! ¡Ay, pobre infeliz! ¡Pobre *capocchia*! ¿No dormisteis esta noche? Él, ese pícaro, ¿no te dejó dormir? ¡El coco se lo lleve!

Lllaman dentro.

CRÉSIDA ¿No os dije yo? ¡Así le abrieran la cabeza!

¿Quién va a la puerta? Buen tío, id a enteraros.

Señor, entrad de nuevo en mi aposento.

¿Sonreís y os burláis de una malicia mía?

TROILO ¡Ja, ja!

CRÉSIDA Andad, que os engañáis; no pienso en cosas tales.

Lllaman dentro.

¡Con cuánta urgencia llaman! Os ruego, adentro entraos.

Ni media Troya quiero a cambio que aquí os viesen.

Salen TROILO y CRÉSIDA.

PÁNDARO (*Yendo hacia la puerta.*) ¿Quién está ahí? ¿Qué ocurre? ¿Queréis derribar la puerta? ¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

Entra ENEAS.

ENEAS Buenos días, señor, buenos días.

PÁNDARO ¿Quién está ahí? ¡Mi señor Eneas! A fe mía que no os conocí. ¿Qué nuevas traéis tan temprano?

ENEAS ¿No está aquí el príncipe Troilo?

PÁNDARO ¿Aquí? ¿Qué había de hacer aquí?

ENEAS Vamos, que está aquí, señor; no lo neguéis. Mucho le importa el hablar conmigo.

PÁNDARO ¿Que está aquí, decís? No tengo yo tal noticia, os lo juraría. Por lo que a mí respecta, volví tarde a casa. ¿Qué había de hacer aquí?

ENEAS ¿Cómo? Ea, vaya. Andad, andad, que vais a perjudicarlo sin daros cuenta. De tan sincero para con él, le seríais falso. Nada sabéis de él, pero traédmelo aquí. Vamos.

Cuando PÁNDARO va a salir, entra TROILO.

TROILO ¿Qué hay? ¿Qué es lo que ocurre?

ENEAS Señor, de saludaros apenas tengo espacio, tan urgente es mi asunto. Ahí cerca vienen, con Paris vuestro hermano y con Deífobo, el griego Diomedes y Antenor, ya libre y devuelto a nosotros; mas por él, en cambio, antes del primer sacrificio, en una hora, tenemos que entregarle a Diomedes la señora Crésida?

TROILO ¿Así lo han decidido?

ENEAS Príamo y el consejo general de Troya, que cerca vienen, prontos al cumplimiento.

TROILO Cómo de mí se burlan mis triunfos.

Iré al encuentro. Mi señor Eneas, el azar nos juntó y aquí no me habéis visto.

ENEAS Bien, señor. Los secretos de la naturaleza menor don de silencio tienen.

Salen.

ESCENA III

Entran PÁNDARO y CRÉSIDA.

PÁNDARO ¿Es posible? ¿No ya ganada, cuando ya perdida?
El diablo cargue con Antenor. El príncipe mozo ha
de volverse loco. La peste sea con Antenor. Ojalá se
hubiera roto la cabeza.

CRÉSIDA ¿Qué hay? ¿Qué es lo que ocurre? ¿Quién ha
estado?

PÁNDARO ¡Ah! ¡Ah!

CRÉSIDA Decidme, mi buen tío; ¿qué sucede?

PÁNDARO Más tierra encima quiero yo que abajo tengo.

CRÉSIDA Oh, dioses, ¿qué sucede?

PÁNDARO Entra adentro, por favor. Ojalá no hubieras nacido.
Sabía yo que serías su muerte. Pobre caballero. La
peste sea con Antenor.

CRÉSIDA Os lo ruego, buen tío, de rodillas,
os lo ruego; ¿qué sucede?

PÁNDARO Debes partir, moza, debes partir, pues te canjean
con Antenor. Debes ir con tu padre y separarte de
Troilo. Esto será su muerte, esto será su pérdida y no
podrá soportarlo.

CRÉSIDA Oh, dioses inmortales, no he de irme.

PÁNDARO Sí debes.

CRÉSIDA No, tío; que he olvidado a mi padre;
de consanguinidad ignoro el toque,
que no me allega amor, familia, sangre o alma
como este dulce Troilo. Y vos, dioses divinos,
corona de falsía haced mi nombre
si jamás dejo a Troilo. O tiempo, fuerza y muerte,
haced a este mi cuerpo cuanto con él queráis,

pues de mi amor la firme base y edificio
es tal el centro mismo de la tierra,
que todo a sí lo atrae. Dentro a llorar me voy.

PÁNDARO Vete, sí.

CRÉSIDA A mesar mi cabello, a arañar mis mejillas,
romper mi voz en llanto y destrozar mi pecho
dando voces a Troilo. No he de partir de Troya.

Salen.

ESCENA IV

Troya. Ante la casa de Pándaro.

Entran PARIS, TROILO, Eneas, Deífobo, Antenor y Diomedes.

PARIS De día claro es, y la hora fijada
para entregarla a este valiente griego,
ya se apresura. Mi buen hermano Troilo,
a la dama decid lo que hacer debe
y a tal fin dadle prisa.

TROILO Id a su casa,
que prontamente yo he de entregarla al griego;
y cuando así la deje entre sus manos,
las juzgaré un altar; y yo, tu hermano mismo,
sacerdote que allí su corazón ofrece.

PARIS Lo que amor es, lo conozco;
e igual que compadezco, ayudarle quisiera.
Señores, servíos entrar dentro.

Salen.

ESCENA V

Troya. Habitación en casa de Pándaro.

Entran PÁNDARO y CRÉSIDA.

PÁNDARO Moderaos, moderaos.

CRÉSIDA ¿Y de moderación me habláis?

Paladeo una pena perfecta, hermosa, entera,
tan violenta en sí, como es de fuerte
lo que origen le da. ¿Podría moderarla?
Si contemporizar pudiese con mi afecto,
o para paladar más flaco y frío destilarlo,
correspondiente alivio a mi pena daría.
Más heces que mitiguen, mi amor no las conlleva,
ni mi pena tampoco, en tan preciosa pérdida.

Entra TROILO.

PÁNDARO Ahí, ahí, ahí viene. ¡Ah, mis dulces pichones!

CRÉSIDA ¡Oh, Troilo, Troilo!

PÁNDARO Qué par de espectáculos es este. También yo
quisiera abrazar. «Oh, corazón», como canta un
decir:

Oh, corazón, corazón cansado,
¿cómo sin romperte suspiras?

Replicando luego:

Porque tu dolor no puedes calmarlo
con palabra ni compañía.

Rima más verdadera, nunca la hubo. Nada tiremos,
porque podremos necesitar de una copla semejante.
Ya lo vemos, ya lo vemos. ¿Qué hay, corderos?

TROILO Crésida, es en mi amor la pureza tan extrema,
que los sagrados dioses, de mi afán envidiosos,
de su celo, más vivo que la devoción dada

a su deidad por labios fríos, me lo quitan.

CRÉSIDA ¿Hay envidia en los dioses?

PÁNDARO Sí, sí, sí, sí. Caso evidente es este.

CRÉSIDA ¿Es cierto que de Troya debo irme?

TROILO Es odiosa verdad.

CRÉSIDA ¡Cómo! ¿Y también de Troilo?

TROILO Sí, de Troya y de Troilo.

CRÉSIDA ¿Eso es posible?

TROILO E inesperado. Que injuria de la suerte

la despedida aparta, con tosquedad empuja
todo sosiego, ruda priva las bocas
de encontrarse otra vez, impide por la fuerza
el apretado abrazo y ahoga cualquier voto
al nacer de nuestro aliento entrecortado.
Nosotros, que con tantos millares de suspiros
nos compramos, debemos ya vendernos pobremente
con ruda brevedad y entrega de uno solo.
El injurioso tiempo, tal forajido aprisa,
sin saber cómo, su rico latrocinio hinche;
y adioses numerosos tal en el cielo estrellas,
con alientos distintos y un beso en todos ellos,
en un adiós sin fuerza torpemente los junta,
dejándonos apenas un beso hambriento y único,
desabrido con sal de rotas lágrimas.

ENEAS (*Dentro.*) Señor, ¿está la dama presta?

TROILO Oíd, que os llaman. Así, dicen, el Genio

«ven», grita a aquel que entonces morir debe.

Rogadles sean pacientes; pronto habrá de ir ella.

PÁNDARO ¿Dónde están mis lágrimas, lluvia, para calmar
este viento? Que si no saltará de raíz mi corazón.

Sale PÁNDARO.

CRÉSIDA ¿Debo, pues, irme con los griegos?

TROILO No hay más remedio.

CRÉSIDA ¡Oh, lastimosa Crésida entre griegos alegres!

¿Cuándo nos veremos de nuevo?

TROILO Escúchame, mi amor. Tu corazón sea firme...

CRÉSIDA ¡Cómo, pues! ¿Firme? ¿Qué opinión mala es esa?

TROILO No; blandamente de la reconvención usemos,
pues que nos despedimos.

Al decir «firme», no es que de ti recele,
que hasta a la misma muerte arrojaría el guante
en reto de que es tu corazón sin mancha;
pero «sé firme», digo, por comienzo
de lo que luego añadido; tú sé firme,
que entonces he de verte.

CRÉSIDA ¡Oh, señor! Correréis peligros
infinitos e inminentes. Mas seré firme.

TROILO Yo haré amistad con el peligro. Lleva esta manga.

CRÉSIDA Vos este guante. ¿Y cuándo he de encontraros?

TROILO Sobornaré a los centinelas griegos,
haciéndote visita nocturna.

Pero sé firme.

CRÉSIDA ¡Oh, cielos! ¿«Sé firme», todavía?

TROILO Amor, oye por qué lo digo.

De grandes cualidades son los mancebos griegos,
cariñosos, de sí seguros, y colmados
de dones naturales, de artes y experiencia.
Cuanto la novedad atrae y distrae a la persona,
¡ay!, una especie de celos piadosos
(llamadles, os lo ruego, virtuoso pecado),
me hace temer.

CRÉSIDA Oh, cielos, no me amáis.

TROILO Muera yo muerte de villano, entonces.

En esto vuestra fe no pongo en duda,
sino mi mérito ante todo. Yo no canto
ni bailo la sublime lavolta, hablo meloso
o sé juegos sutiles; todas virtudes bellas
en que los griegos son prontos y fecundos.
Pero puedo decir que cada gracia de esas
cela un diablo quieto y de elocuencia muda,
tentando astutamente. Tentaros no dejéis.

CRÉSIDA ¿Creéis que yo me dejaría?

TROILO No.

Mas algo puede hacerse aunque no lo queramos.
Que a veces tal diablos somos para nosotros,
cuando de nuestras fuerzas tentamos la flaqueza
confiados en su potencia tornadiza?

ENEAS (*Dentro.*) Hermano Troilo.

TROILO Un beso, y separémonos?

PARIS (*Dentro.*) Hermano Troilo.

Venid, mi buen hermano;
traed con vos aquí a Eneas y al griego.

CRÉSIDA Señor, ¿seréis vos firme?

TROILO ¿Quién, yo? ¡Ay! Es mi vicio, mi falta.

Mientras que consideración otros pescan con arte,
yo con verdad obtengo simplicidad desnuda.
Astutos doran unos sus coronas de cobre;
verdadero y sencillo, escueta va la mía.
No temed mi verdad, que es mi arte de mi ingenio
ser «sincero y sencillo», sin que vaya más lejos.

Entran ENEAS, PARIS, Antenor, DEÍFOBO y DIOMEDES.

Sed bienvenido, Diomedes. Esta es la dama
que a cambio de Antenor os entregamos.
La pondré en vuestras manos, señor, allá en la puerta,
mientras que acerca de ella os entretengo.
Noble griego, tratadla noblemente;
que si jamás te encuentras a merced de mi espada,
nombrándola verás tu vida tan segura
como en Ilión la de Príamo.

DIOMEDES Dama hermosa,

excusad esas gracias que este príncipe espera;
vuestros ojos lucientes y celestes mejillas
honesto trato imploran. Seréis de Diomedes
dueña, y ordenarle podéis a vuestro grado.

TROILO Griego, para conmigo no tienes cortesía,
avergonzando el celo del ruego que te hice
con ese elogio de ella. Aprende tú, el de Grecia,
que tanto excede ella a tus elogios como
eres indigno tú en servirla de criado.
Trátala bien, te digo, porque así te lo digo;
pues si así no lo hicieras, por Plutón el terrible,
aunque la grande masa de Aquiles te proteja
habría de degollarte.

DIOMEDES Señor, no os alteréis,
dejadme el privilegio de mi estado y mensaje
para hablar libremente. Cuando de aquí me vaya,
haré según me antoje; sabed, príncipe, entonces,
que órdenes no cumplo. Tal como valga ella,
así será apreciada; y a lo que en vos es orden,
por mi honor y mi alma que solo un «no» responde.

TROILO Vamos hacia la puerta. Escucha, Diomedes;
esta jactancia hará que os escondáis no pocas veces.
Vuestra mano, señora; y mientras caminamos,
el conversar preciso a nosotros volvamos.

Salen TROILO, CRÉSIDA y DIOMEDES.

Sones de trompeta.

PÁNDARO La trompeta de Héctor.

ENEAS Gastamos la mañana.

Por tardío y remiso ha de tenerme el príncipe,
pues juré por el campo cabalgar precediéndole.

PARIS Culpa de Troilo fue. Vamos en busca de Héctor?

DEÍFOBO Vayamos prestamente.

ENEAS Sí, con fresca prontitud de desposado,

a los pasos de Héctor serviremos de escolta,
que la gloria de Troya hoy va por esa vía,
tras su noble valor, sola caballería.

Salen.

ESCENA VI

El campamento griego. La liza. Entran ÁYAX, armado, AGAMENÓN, AQUILES, PATROCLO, MENELAO, ULISES, NÉSTOR y otros.

AGAMENÓN Aquí estás, con galanos y recientes arreos,

anticipando tiempo tu bravura iniciada.

Lance tu trompetero aguda nota a Troya,
temible Áyax, que consternado el aire,
atraviese la testa del grande combatiente
y hacia aquí le apresure.

ÁYAX Trompeta, esta es mi bolsa.

Hiende tus pulmones, tu instrumento de bronce;
sopla, bribón, hasta que curva tu mejilla,
al cólico del Aquilón hinchado exceda.
Vamos, tiende tu pecho, broten sangre tus ojos,
que estás llamando a Héctor.

Sones de trompeta.

ULISES No hay respuesta ninguna.

AQUILES Aún es temprano el día?

AGAMENÓN ¿No es aquel Diomedes con la hija de Calcas?

ULISES Sí, él es; lo reconozco por el aire,

que en sus plantas se yergue, porque el ánimo
lo levanta, aspirando a abandonar la tierra.

Entra DIOMEDES con CRÉSIDA.

AGAMENÓN ¿Es la señora Crésida?

DIOMEDES La misma.

AGAMENÓN Sed bienvenida entre los griegos, amable dama.

NÉSTOR Nuestro general os saluda con un beso.

ULISES Solo particular es la atención; porque sería
mejor que en general se la besara.

NÉSTOR Muy galante consejo. Doy principio;
va de parte de Néstor.

AQUILES Bella señora, os quito ese invierno del labio;
Aquiles os da la bienvenida.

MENELAO De besar, una vez, buenas razones tuve.

PATROCLO Pero no son razones para besar ahora,
que así con su osadía Paris surgiera
y así de vos vuestras razones dividiera.

ULISES ¡Bilis mortal, de nuestras burlas único sujeto,
por quien testas perdemos para dorar sus cuernos!

PATROCLO Por Menelao era aquel beso, que este es mío;
un beso de Patroclo.

MENELAO ¡Arreglo bueno es ese!

PATROCLO Paris y yo, por él besamos siempre.

MENELAO He de obtener mi beso. Señora, vuestra venia.

CRÉSIDA ¿Es dar o es recibir, cuando se besa?

PATROCLO Ambos; no hay diferencia.

Eso tomo por regla.

Vuestros labios dan beso inferior al que llevan;
por lo tanto, no hay beso.

MENELAO Más os doy yo, que ofrezco tres por uno.

CRÉSIDA Un hombre sois sin par; dad pares o ninguno.

MENELAO ¿Hombre sin par? Sin par es todo hombre.

CRÉSIDA No, Paris no lo es, y la cosa está clara;
pues pares él, vos nones, os lleva la ventaja.

MENELAO En la frente me dais.

CRÉSIDA No por cierto.

ULISES Bien desiguales son, vuestra uña y su cuerno.

¿Puedo, amable señora, un beso demandaros?

CRÉSIDA Bien podéis.

ULISES Me gustaría.

CRÉSIDA Pedidlo entonces.

ULISES Entonces, por el favor de Venus, dádme lo
cuando Elena vuelva a la doncellez y a Menelao.

CRÉSIDA En deuda estoy con vos; reclamadlo a su tiempo?

ULISES Para mi día, que es nunca, queda el beso.

DIOMEDES Señora, una palabra; vuestro padre os espera.

DIOMEDES *conduce fuera a CRÉSIDA.*

NÉSTOR Mujer bastante viva.

ULISES Vergüenza da de ella.

Sus ojos hablan, sus mejillas, sus labios,
y hasta su pie. Su alma descarada asoma
por cada coyuntura e impulso de su cuerpo.

Oh, estas contradizas, tan ligeras de lengua,
que antes de la ocasión lanzan la bienvenida.
Las tablas de su mente de par en par las abren
ante el primer lector curioso, abandonándolas
a la oportunidad en gaje impuro,
como hijas del partido.

Sones de trompeta dentro.

TODOS La trompeta troyana.

AGAMENÓN Allá viene la tropa.

Entran HÉCTOR, armado, ENEAS, TROILO, y otros troyanos con su séquito.

ENEAS Salud, asamblea de Grecia. ¿Qué honores han de darse

a aquel a quien victoria ordene? ¿Es vuestro propósito
proclamar vencedor? ¿Irán los combatientes
hasta el límite mismo de lo más extremado
persiguiéndose, o los separaremos
por cualquier voz u orden de la liza?

Héctor así pregunta.

AGAMENÓN ¿Cómo prefiere Héctor?

ENEAS No le importa, y aceptará las condiciones.

AQUILES Propio es eso de Héctor, y lo hace seguro,
con un tanto de orgullo y menosprecio grande
del otro combatiente.

ENEAS Señor, si no es Aquiles,
¿cuál será vuestro nombre?

AQUILES Si no es Aquiles, nada.

ENEAS Aquiles es. Y oídme, en todo caso.

Con extremosidad de grande y de pequeño,
en Héctor sobresalen el valor y el orgullo;
casi inconmensurable uno, como el todo;
vacío el otro, como la nada. Sopesadle,
que cortesía es lo que parece orgullo.
De igual sangre que Héctor procede Áyax, en parte;
por amor de la cual, en parte, Héctor se ausenta;
y en parte, el corazón, la mano y Héctor, vienen
frente a este caballero, griego y troyano en parte.

AQUILES ¿Combate virginal, entonces? Oh, ya os adivino.

Vuelve DIOMEDES.

AGAMENÓN Aquí está Diomedes. Andad, buen caballero,
y hablad por nuestro Áyax. Tal el señor Eneas
y vos el orden de la lucha concertéis,
así sea; o bien escaramuza,
o sin cuartel. Parientes son los luchadores,
y ello acaba la lucha antes de dar los golpes.

ÁYAX y HÉCTOR entran en liza.

ULISES Ya se enfrentan.

AGAMENÓN ¿Qué troyano es aquel que tan fuerte parece?

ULISES De Príamo es el hijo menor; buen caballero,
sin par, bien que no maduro, firme de palabra,
en hechos elocuente y sin hechos su lengua;
de provocar, difícil, y de calmar, si provocado;
su mano y corazón ambos francos y libres,

pues da lo que posee y muestra lo que piensa,
mas no hasta que el juicio orienta a sus favores,
ni con su aliento exalta desigual pensamiento.
Varonil como Héctor; pero más peligroso,
pues Héctor, en su fuego colérico, aún cede
ante tiernas razones; y este, en la refriega,
más que el amor celoso resulta vengativo.
Su nombre es Troilo, y va con él erguida
esperanza segunda, bella en bulto, tal Héctor.
Eneas así dice, que al mancebo conoce
palmo a palmo, y en recatado espíritu,
en la gran Ilión, así me lo explicara?

AGAMENÓN Han entrado en acción.

NÉSTOR ¡Anda, Áyax, resiste!

TROILO Héctor, estás dormido;

¡despierta!

AGAMENÓN ¡Eso es, Áyax! Bien sus golpes dirige.

ESCENA VII

Entran HÉCTOR y ÁYAX luchando, y ENEAS y DIOMEDES tratando de interponerse. Toque de alto.

DIOMEDES Debéis parar.

ENEAS Por favor, príncipes, basta.

ÁYAX Aún no estoy templado; luchemos nuevamente.

DIOMEDES Como a Héctor le plazca.

HÉCTOR No lucho más, entonces.

Eres, señor, hijo de hermana de mi padre,
un primo hermano de la estirpe de Príamo,

y obligación de nuestra sangre impide
cruenta emulación entre nosotros.

Si esa tu mezcla, troyana y griega, fuese
como para decir: «Toda esta mano es griega;
pero esa, troyana. De esta pierna los nervios
son griegos; troyanos, estos. Mi materna sangre
va en la mejilla diestra; y en la siniestra,
guarda la de mi padre», por Jove omnipotente,
que no te dejaría un solo miembro griego
donde mi espada huella no trazara
de nuestro fiero feudo. Mas los justos dioses
no quieran que una gota, préstamo de tu madre,
mi venerable tía, por mi mortal espada
fuese vertida. Déjame que te abrace.

Por el dueño del trueno, robustos brazos tienes;
así desea Héctor que le caigan encima.

Honores se te rindan, primo.

ÁYAX Gracias, Héctor.

Hombre eres tú bien moderado y generoso;
vine a matarte, primo, así obteniendo
renombre grande, ganado por tu muerte.

HÉCTOR Ni el admirable Neoptolemo mismo

(sobre cuya cimera con su sí más alto
grita la fama: «Es él»), atreverse pudiera
a pensar nuevo honor, arrancándolo a Héctor.

ENEAS Expectación por ambos lados aquí hay

sobre qué más haréis.

HÉCTOR Respondemos a ella

que el fin es un abrazo. Áyax, bien lo paséis?

ÁYAX Si con ruegos pudiera hallar triunfos

(como ocasión bien rara tengo), pediría

a mi famoso primo que venga a nuestras tiendas?

DIOMEDES Agamenón así lo quiere, y el gran Aquiles

anhela ver sin armas al valeroso Héctor.

HÉCTOR Eneas, llamad aquí a mi hermano Troilo,

y enterando de esta entrevista amistosa

a quienes nos esperan en el bando troyano,

decidles que regresen. Dadme la mano, primo;

a comer voy contigo y a ver tus caballeros.

*Sale ENEAS. Entran AGAMENÓN y el resto: MENELAO, NÉSTOR,
AQUILES, Patroclo, TROILO y otros.*

ÁYAX El gran Agamenón a nuestro encuentro ahí viene.

HÉCTOR (*A ENEAS.*) Los más notables de ellos dímelos uno a uno,

con excepción de Aquiles, porque a este mis ojos

hallarán por su bulto tan grande y poderoso.

AGAMENÓN ¡Varón digno de armas!, bienvenida os da uno

que de tal enemigo quisiera verse libre.

Pero no es esta bienvenida. Más claro, os digo

que a pasado y futuro escombran las ruinas

informes, las vainas del olvido;

pero verdad y fe, al momento presente,

puramente aclaradas de vanas disensiones,

te dan, con probidad más que divina,
del propio corazón, la bienvenida, Héctor.

HÉCTOR Te lo agradezco, Agamenón augusto.

AGAMENÓN (*A* TROILO.) No menos para vos, mi afamado
troyano?

MENELAO La bienvenida de mi regio hermano hago mía.

Pareja de bélicos hermanos, bienvenidos.

HÉCTOR (*A* ENEAS.) ¿A quién responderemos?

ENEAS Al noble Menelao?

HÉCTOR ¿Vos, mi señor? Por el guantelete de Marte, gracias.

No escarneced que el voto menos vulgar prefiera;
vuestra *quondam* mujer aún jura por el guante de
Venus.

Ella está bien, pero no me pidió que os saludase.

MENELAO No la nombréis, señor, que es mortífero asunto.

HÉCTOR Perdonadme si he ofendido.

NÉSTOR Muchas veces te vi, troyano impetuoso,
ayudando al destino, cruel camino abrirte
entre filas de mozos griegos; te vi luego,
ardiente tal Perseo, corcel frigio hostigando,
desdeñar no poca presa y rendimiento,
cuando tu amenazante espada suspendías en el aire,
sin dejarla caer sobre el caído.

Y dije a algunos que cerca de mí había:

«Mirad, allá va Júpiter, vidas dispensando».

Detenerte te he visto, para tomar aliento,

cuando, en círculo los griegos, te encerraban,
tal luchador olímpico. Todo eso lo he visto,
mas nunca tu figura, de acero recubierta,
sino hasta ahora. Yo conocí a tu abuelo,
con quien luché una vez, y era un buen soldado;
mas por el grande Marte, que es capitán de todos,
nunca a ti te alcanzó. Que un anciano te abrace,
valeroso guerrero. ¡Bienvenido a estas tiendas!

ENEAS (A HÉCTOR.) Este es el viejo Néstor.

HÉCTOR Déjame que te abrace, buen cronicón antiguo,
que de mano del tiempo tanto caminaste.

Néstor reverenciado, estrecharte me alegra.

NÉSTOR Ojalá que mis brazos en lucha te igualaran,
como luchan contigo en cortesía?

HÉCTOR Ojalá que pudieran.

NÉSTOR ¡Ah!

Por esta barba blanca, que te enfrento mañana.

Pero sé bienvenido, que al fin llegó mi hora.

ULISES Ahora me asombra que aquella ciudad exista,
pues que está entre nosotros su columna y cimientó?

HÉCTOR Señor Ulises, vuestras facciones bien conozco;
¡ah!, más de un griego y troyano hallaron muerte
desde que a vos y a Diomedes vi yo por vez primera
en Ilión, cuando de embajador llegasteis.

ULISES Entonces os previne, señor, lo que vendría;
y está mi profecía solo cumplida a medias,

que esos muros, de vuestra capital frente insolente,
esas torres, cuya atrevida cima besa nubes,
han de morder el polvo.

HÉCTOR No debo daros crédito.

Pues ellos ahí están; y creo, modestamente,
que cada piedra frigia que caiga costaría
una gota de sangre de los griegos. Todo el fin lo
corona,
y el viejo árbitro común, el tiempo,
pondrá término un día.

ULISES En sus manos, pues, queda.

Sereno y valeroso Héctor, bienvenido;
después del general, os ruego que vengáis
a verme y festejar conmigo allá en mi tienda.

AQUILES Oh, no, señor Ulises, que os he de anticiparos.

Héctor, mi vista alimenté contemplándote ahora,
y con medida exacta, Héctor, te he leído,
notando coyuntura a coyuntura.

HÉCTOR ¿Es este Aquiles?

AQUILES Aquiles soy.

HÉCTOR Erguíos, os lo ruego; quiero veros.

AQUILES Contempla hasta saciarte.

HÉCTOR No, que ya he acabado?

AQUILES Bien breve eres. Mas yo segunda vez te miro,
tal si a comprarte fuera, miembro a miembro.

HÉCTOR Oh, como a libro de juego, quieres leerme todo;

pero hay más en mí de lo que tú comprendes.

¿Por qué con tu mirada así me oprimes?

AQUILES Decidme, cielos, ¿por qué parte del cuerpo
habré de destruirle? ¿Es aquí, ahí, allá? ¿Dónde,
por dar un nombre a la local herida,
y distinguir así la misma brecha, aquella
que vio salir el alma de Héctor? ¡Decid, cielos!

HÉCTOR Descrédito sería de los dioses, hombre vano,
responder tal pregunta. Yérguete nuevamente;
¿cazar mi vida crees cosa tan fácil,
como para marcar bonitamente ahora
dónde habrás de matarme?

AQUILES Sí, te digo.

HÉCTOR Aunque al decirlo un oráculo fueras,
no podría creerte. Guárdate en adelante,
porque ni aquí, ni ahí, ni allá, habré de herirte,
pues, por la fragua que forjó el yelmo de Marte,
te mataré por todos lados, sí, una vez y otra.
Y vos, prudentes griegos, perdonad tal bravata,
que su insolencia extrae necedad de mis labios;
pero yo igualaré mis palabras con hechos,
y si no, que yo nunca...

ÁYAX No os enojéis, primo.

Y vos, Aquiles, dejaos de amenazas,
hasta que os las deparen accidente o propósito.
Ya Héctor os dará quehacer a diario,

si ánimos tenéis. El consejo supremo
puede apenas rogaros que con él os midáis.

HÉCTOR Permitid que os veamos en la liza;
mezquina guerra hubimos desde que vuestra ayuda
a los griegos negáis.

AQUILES ¿Tú me lo pides, Héctor?

Te encontraré mañana, feroz como la muerte;
pero esta noche, amigos.

HÉCTOR Bien está; ahora, tu mano.

AGAMENÓN Primero id, pares de Grecia, hacia mi tienda,
que allí festejaremos todos; luego,
tal como la conveniencia de Héctor lo permita
y la largueza vuestra, uno a uno invitarle.
Redoblen los tambores, resuenen las trompetas,
y que este gran soldado su bienvenida tenga.

*Salen todos,
menos TROILO y ULISES.*

TROILO Decid, señor Ulises, yo os lo ruego,
¿en qué parte del campo vive Calcas?

ULISES En la tienda de Menelao, príncipe Troilo,
donde con él Diomedes esta noche festeja,
sin que este al cielo ni a la tierra mire,
solo atentos sus ojos a la vista amorosa
de Crésida la bella.

TROILO Señor, mi deuda para vos, ¿tanta sería
que, después que la tienda de Agamenón dejemos,

me conduzcáis allá?

ULISES Señor, mandadme.

Igualmente, decidme: ¿en cuál estima

Crésida estaba en Troya? ¿No tuvo enamorado
que llore allá su ausencia?

TROILO Señor, al que se alaba mostrando cicatrices,

solo mofa es debida. Señor, ¿queréis guiarme?

Amada fue, y amaba; ama y es amada;

mas dientes de fortuna en dulce amor se clavan.

QUINTO ACTO

ESCENA I

El campamento griego. Ante la tienda de Aquiles.

Entran AQUILES y PATROCLO.

AQUILES Esta noche su sangre templo con vino griego
y con mi cimitarra la enfriaré mañana.

Vamos, Patroclo, a festejarle hasta lo sumo?

PATROCLO Aquí viene Tersites.

Entra TERSITES.

AQUILES ¿Qué hay, entrañas de la envidia?

Rancia hornada de la naturaleza, ¿hay algo nuevo?

TERSITES Sí, pintura de lo que pareces, ídolo de adoradores
necios, aquí hay una carta para ti?

AQUILES ¿De dónde, fragmento?

TERSITES Pues de Troya, plato colmado de tonto.

PATROCLO ¿Quién tiene sonda para el valor de Aquiles?

TERSITES El estuche del cirujano o la herida del paciente.

PATROCLO Bien dicho, Adversidad. ¿Y a qué vienen esas
gracias?

TERSITES Cállate, por favor, mozalbete, que tu charla no me
estimula. De ti se piensa que eres el lacayo macho de
Aquiles?

PATROCLO ¿El lacayo macho, bribón? ¿Qué es eso?

TERSITES Su puto. Anda y que las podridas enfermedades del sur, retortijones de tripas, quebraduras, catarros, cargas de piedra en los lomos, apoplejías, perlesías, ojos sanguinolentos, asaduras corroídas, pulmones pasados, vejigas purulentas, ciáticas, roñas de las manos, mal incurable de los huesos, tiña pelada, caigan y recaigan sobre tales posteriores descubiertas?

PATROCLO Cómo, condenado saco de envidias; ¿qué quieres decir con esas maldiciones?

TERSITES ¿Es que te maldigo?

PATROCLO No, barril ruinoso; no, informe perro hijo de puta.

TERSITES ¿No? Pues entonces, ¿a qué te exasperas tú, ociosa e insignificante madeja de seda sin labrar, parche de tafetán verde en ojo malo, borla para escarcela de manirroto? ¡Ah, y cómo está apestado el pobre mundo con estos mariposones, diminutivos de la naturaleza!

PATROCLO ¡Fuera, bilis!

TERSITES ¡Huevo de pinzón!

AQUILES Patroclo mío, está contrariada enteramente

mi gran empresa en la batalla de mañana.

Aquí una carta hay de la reina Hécuba,

y prenda de su hija, mi enamorada hermosa,

con reproches y lazos que me atan, a un tiempo,

a una promesa que yo hice; y no habré de romperla.

Griegos, caed; fama, ceded; honor, quedaos o idos;

mi promesa mayor es esta, y a esta sigo.

Vamos, vamos, Tersites, ayuda a ornar mi tienda;

esta noche en convites toda entera se emplea.

Adelante, Patroclo.

Salen AQUILES y PATROCLO.

TERSITES Con sangre de más y cerebro de menos, pueden volverse locos esos dos; porque si tal les ocurre con cerebro de más y sangre de menos, seré yo curandero de locos. Ahí tenemos a Agamenón, buena persona bastante, que gusta de pájaras y tiene menos cerebro que cerilla en los oídos. Y esa bonita metamorfosis de Júpiter, el toro de su hermano, estatua original y oblicuo monumento de cornudos, ahorrativa herradura de cuerno y, en cadena, colgando de la pierna del hermano, ¿en qué forma, si no es en la que tiene, le tornaría el ingenio doblado de malicia y la malicia impulsada por el ingenio? En asno, poco sería; porque tan asno es como buey. En buey, poco sería; porque tan buey es como asno. Ser perro, mula, gato, mofeta, sapo, lagarto, mochuelo, milano, arenque sin huevas, poco me importaría; pero ser Menelao... Contra el destino conspiraría yo. No me preguntéis lo que quisiera ser, de no ser Tersites, porque así como no quiero ser piojo de leproso, tampoco querría ser Menelao. ¡Anda! ¡Espíritus y llamas!

Entran HÉCTOR, TROILO, ÁYAX, AGAMENÓN, ULISES, Néstor, MENELAO y DIOMEDES, con luces.

AGAMENÓN Vamos descaminados.

ÁYAX No, es más lejos;

allí, donde vemos las luces.

HÉCTOR Molestia os doy.

ÁYAX No, ninguna.

ULISES Ahí viene él para guiaros.

Vuelve AQUILES.

AQUILES Gran Héctor, bienvenido; y vos, príncipes todos.

AGAMENÓN Ya, príncipe de Troya, buenas noches os digo;

Áyax manda la guardia que os escolta?

HÉCTOR Gracias, y buenas noches al general de Grecia.

MENELAO Buenas noches, señor.

HÉCTOR Buenas noches, mi señor Menelao?

TERSITES ¡Mi señor excusado! Mi señor, dice. ¡Ah! Mi señor
sumidero, mi señor desagüe?

AQUILES Buenas noches a todos, y bienvenida a un tiempo.

A quien parte y quien queda?

AGAMENÓN Buenas noches.

Salen AGAMENÓN y MENELAO.

AQUILES Se queda el viejo Néstor; vos también, Diomedes,
dad compañía a Héctor por una o por dos horas?

DIOMEDES Señor, no puedo; un asunto importante
tengo, y esta es la ocasión. Héctor, buenas noches?

HÉCTOR Dadme la mano.

ULISES (*A TROILO.*) Seguid su antorcha; marcha
a la tienda de Calcas. Os haré compañía.

TROILO Señor bueno, me honráis.

HÉCTOR (*A DIOMEDES.*) Entonces, buenas noches?

AQUILES Venid dentro de mi tienda.

*Sale DIOMEDES, seguido de ULISES y TROILO por una puerta; y
AQUILES, HÉCTOR, ÁYAX y NÉSTOR salen por otra.*

TERSITES Ese Diomedes es un pícaro de corazón falso; un
injustísimo bribón. No pondría yo más confianza en
él, cuando mira de reajo, que en una serpiente
cuando silba. Gastará la saliva en promesas, como
sabueso ladrador; mas cuando cumple algo, los

astrónomos lo predicen, por ser portento, ocurriendo cualquier mudanza, que el sol recibe a préstamo de la luna cuando Diomedes guarda su palabra. Mejor dejo de ver a Héctor que dejo de seguirle a él. Dicen que tiene una prostituta troyana y que usa la tienda del traidor Calcas. Me voy detrás. ¡Lujuria y nada más! ¡Lacayos sin freno son todos!

Sale.

ESCENA II

El campamento griego. Ante la tienda de Calcas.

Entra DIOMEDES.

DIOMEDES ¿Quién anda ahí? ¡Eh, decidme!

CALCAS (*Dentro.*) ¿Quién llama?

DIOMEDES Diomedes. Sois Calcas, me figuro. ¿Y vuestra hija?

CALCAS (*Dentro.*) Sale a encontraros.

Entran TROILO y ULISES, quedándose a distancia.

TERSITES les sigue.

ULISES Quedaos donde la antorcha no pueda descubrirnos.

Entra CRÉSIDA.

TROILO Crésida sale a verle.

DIOMEDES ¿Cómo estáis, mi pupila?

CRÉSIDA Mirad, mi buen guardián. Oíd una palabra.

Cuchichean.

TROILO Así, tan familiarmente.

ULISES Con cualquier hombre canta ella de improviso.

TERSITES Y con ella cualquier hombre, si le toma la tónica.
¡Está notada!

DIOMEDES ¿Recordaréis?

CRÉSIDA ¿Recordar? Sí.

DIOMEDES Hacedlo, pues. Y a vuestra mente las palabras se ajusten.

TROILO ¿Qué ha de recordar ella?

ULISES Escuchad.

CRÉSIDA Meloso griego, no más a las locuras me tentéis.

TERSITES ¡Picardías!

DIOMEDES No, pues entonces...

CRÉSIDA Dejadme que os lo diga.

DIOMEDES ¡Bah! ¡Bah! Dejaos de cuentos. Sois perjura.

CRÉSIDA A fe mía que no puedo. ¿Qué queréis que yo haga?

TERSITES Algún pase de manos, para abrirse en secreto.

DIOMEDES ¿Qué jurasteis que habríais de otorgarme?

CRÉSIDA Te ruego no me obligues a cumplir lo jurado;
griego mío, pídemme cualquier cosa, mas no esa.

DIOMEDES Adiós.

TROILO ¡Tente, paciencia!

ULISES ¿Cómo así?

CRÉSIDA Diomedes...

DIOMEDES No, no; adiós. No más ser bufón vuestro.

TROILO Quien te excede lo es.

CRÉSIDA En vuestro oído, una palabra.

TROILO ¡Oh, perdición, locura!

ULISES Os inmutáis, príncipe. Vámonos, lo suplico;
si no, vuestro disgusto agrandarse podría
de colérico modo. Lugar este arriesgado,

gravísima la hora. Idos, os encarezco.

TROILO ¡Mirad, os ruego!

ULISES No, mi señor; idos, insisto.

Gran ruina corréis; venid conmigo, príncipe.

TROILO Quédate, te lo ruego.

ULISES No; no tenéis paciencia.

TROILO Quedaos. Por el infierno y sus tormentos todos,
que no diré palabra.

DIOMEDES Así pues, buenas noches.

CRÉSIDA No, que os marcháis colérico.

TROILO ¿Y eso te apena?

¡Oh, marchita verdad!

ULISES ¿Cómo, señor?

TROILO Por Jove,

que he de tener paciencia.

CRÉSIDA ¡Guardián! ¿Cómo así, griego?

DIOMEDES ¡Bah! ¡Bah! Adiós. No jugáis limpio.

CRÉSIDA Estáis equivocado. Acercaos nuevamente.

ULISES No podréis resistir, señor. Temblando estáis;
¿no os iréis?

TROILO ¡En la mejilla lo acaricia!

ULISES Vamos.

TROILO Quedaos. Por Jove que no diré palabra.

Entre mi voluntad y las ofensas, hay
la paciencia de guardia. Quedaos un momento.

TERSITES ¡Cómo cosquillea a esos dos el diablo Lujuria, con su gordo trasero y dedo de batata! ¡Calienta, lascivia, calienta!

DIOMEDES ¿Consentiréis, entonces?

CRÉSIDA A fe mía que sí, ea. Si no, nunca me deis crédito.

DIOMEDES Como prenda, dejadme entonces algo.

CRÉSIDA Voy a buscaros una.

Sale.

ULISES Prometisteis paciencia.

TROILO Mi señor, no temáis.

No sería yo mismo, ni tendría entendimiento de mi sentir; que todo soy paciencia.

Vuelve CRÉSIDA.

TERSITES ¡Vamos, la prenda! ¡Vamos, vamos, vamos!

CRÉSIDA Diomedes, tomad. Guardaos esta manga.

TROILO Oh, hermosura. ¿Dónde está tu fe?

ULISES Príncipe...

TROILO Paciente debo ser. En apariencia al menos.

CRÉSIDA Aquí veis esta manga; contempladla despacio.

TROILO Cómo me amaba... ¡Oh, falsa moza! Devolvédmela.

DIOMEDES ¿De quién era?

CRÉSIDA No importa, pues que de nuevo es mía.

No he de verte mañana por la noche,
ni me visites más, Diomedes, te lo ruego.

TERSITES Aguza ahora. Oh, piedra de afilar, bien dicho.

DIOMEDES Ha de ser mía.

CRÉSIDA ¿Esta decís?

DIOMEDES Sí, esa misma.

CRÉSIDA ¡Vosotros, dioses todos! Oh, linda, linda prenda;

tu dueño yace ahora en su lecho, pensando
en ti y en mí. Toma mi guante y, con suspiros,
le da en recuerdo delicados besos,
como te beso yo. No; no me la arrebatéis,
que quien la lleva, mi corazón lleva con ella.

DIOMEDES Vuestro corazón tengo, y esto le sigue.

TROILO Paciencia he prometido.

CRÉSIDA No ha de ser vuestra, Diomedes; no, a fe mía.

Otra cosa he de daros.

DIOMEDES Esa es la que yo quiero. ¿De quién era?

CRÉSIDA No importa.

DIOMEDES Vamos, decidme de quién era.

CRÉSIDA De uno que me amaba más que vos me amaréis.

Pero ya vuestra es; tomadla.

DIOMEDES ¿De quién era?

CRÉSIDA Por esas que allá veis, doncellas de Diana,

y por ella también, que no puedo decíroslo.

DIOMEDES Mañana he de llevarla sobre el yelmo,

el alma lastimando de quien no la dispute.

TROILO Aunque fueses diablo y en tu cuerno estuviera,

habría de disputarla.

CRÉSIDA Bueno, hecho está, y pasado. Y, sin embargo,

no creo que cumpla mi palabra.

DIOMEDES Adiós, entonces,

que más no burlarás a Diomedes.

CRÉSIDA No os vayáis. No digo una palabra

que enseguida no os punce.

DIOMEDES No me agrada este juego.

TERSITES Ni, por Plutón, a mí. Mas eso de que tú no gustas,

es lo que más me place.

DIOMEDES Entonces, ¿vengo? ¿Y a qué hora?

CRÉSIDA Sí, venid; ¡oh, Jove!,

venid. He de ser confundida.

DIOMEDES Pues adiós, hasta luego.

CRÉSIDA Buenas noches. Os ruego que vengáis.

Sale DIOMEDES.

Troilo, adiós. Uno de mis ojos aún te mira,

mas con mi corazón el otro ya divisa.

¡Ah, pobre sexo el nuestro! Esta falta tenemos,

que error de nuestros ojos conduce al pensamiento;

y lo que error conduce, errar debe. En consecuencia,

mentes a que ojos guían, llenas son de torpeza.

Sale CRÉSIDA.

TERSITES Una prueba mayor no podrá declararnos,

de no decir: «En ramera mi mente se ha tornado»?

ULISES Todo acabó, señor.

TROILO Sí.

ULISES Pues ¿a qué detenernos?

TROILO Para darle a mi alma algún recordatorio

de todas esas sílabas que aquí se pronunciaron.

Pero si digo lo que esos dos hicieron,

al publicar verdad, ¿no mentiría?

Asentada en mi pecho aún está la creencia,

una esperanza tan obstinada y fuerte,

que cambia el testimonio de los ojos y oídos,

tal si engañoso fuera el menester de ellos,

para mentir creados.

¿Aquí Crésida estuvo?

ULISES De conjuros no entiendo.

TROILO No estuvo, ciertamente.

ULISES Ciertamente que estuvo.

TROILO ¡Cómo! Mi negación no es prueba de locura.

ULISES Ni la mía, señor. Y aquí estuvo ahora mismo.

TROILO Por respetar a la mujer, que no se crea;

ved que tuvimos madres. Razón así no demos

a críticos tenaces, aptos, aunque sin causa,

en su perversidad, a juzgar todo el sexo

por el patrón de Crésida. Digamos que no es ella.

ULISES ¿Cuál fue su acción, que mancha a nuestras madres?

TROILO Ninguna; a menos que esta fuera ella.

TERSITES ¿Va a desmentir él mismo lo que vieron los ojos?

TROILO ¿Era ella? No. Era la Crésida de Diomedes.

Si hay alma en la hermosura, esta no es ella;

si el alma guía promesas y estas son piadosas;

si la piedad es la delicia de los dioses;

si en la misma unidad hay regla, y la sostiene,
esta no es ella. ¡Locura del discurso,
que en su favor y en contra causas alza!
Dúplice autoridad, donde es razón rebelde
sin destrucción; trastorno, razonable
sin rebelión. No es Crésida y es Crésida.
Dentro del alma empieza ya una lucha
de tan extraña índole, que a cosa indivisible
la divide y aparta más que a tierra y a cielo;
mas de esta división la espaciosa abertura
orificio no admite en punto alguno (aunque tan tenue
como la rota trama de Aracnea), que dé entrada.
Oh, evidencia tan fuerte tal de Plutón las puertas:
Crésida es mía, unida con los lazos del cielo;
oh, evidencia tan fuerte como es el cielo mismo.
Mas los lazos del cielo están sueltos y flojos,
y con nudo distinto que cinco dedos atan,
de su fe los pedazos y de su amor las sobras,
los fragmentos, migajas y grasientas reliquias
de su empachada fe, ligan a Diomedes.

ULISES ¿Puede el valiente Troilo, aun a medias tan solo,
sentir tal su pasión aquí lo manifiesta?

TROILO Sí, griego, y bien habrá de conocerse
en letras rojas como el corazón de Marte
inflamado por Venus; que nunca mozo amara
con tan incommovible y tan eterno espíritu.

Mirad; igual amor que tengo a Crésida,
así, con peso igual, odio a su Diomedes.
Mía es esa manga que él llevará en su yelmo;
mas aunque fuese obra del arte de Vulcano,
mi espada le hará trizas. Que ni la horrible tromba
a la cual los marinos de huracán le dan nombre,
acumulada en masa por el sol soberano,
aturdirá clamando el oído de Neptuno
al abatirse, como mi espada alzada
cayendo en Diomedes.

TERSITES Cosquillas ha de hacerle por rijoso.

TROILO ¡Crésida! ¡Falsa Crésida! ¡Falsa, y falsa y falsa!

Toda falsía, al lado de tu manchado nombre,
parecerá gloriosa.

ULISES Oh, conteneos;

vuestra pasión aquí escuchas nos atrae.

Entra ENEAS.

ENEAS Señor, más de una hora os estuve buscando.

Armándose está ya Héctor en Troya,
y Áyax, que ha de escoltaros al regreso, aguarda.

TROILO Un instante. Adiós, noble señor y generoso.

Adiós, bella rebelde. Tú, Diomedes,
preparate, ¡y que un castillo tu cabeza lleve!

ULISES A la puerta os conduzco.

TROILO Aceptad mi gratitud confusa.

Salen TROILO, ENEAS y ULISES.

TERSITES ¡Ojalá pudiese yo enfrentarme con ese bribón de Diomedes! Graznaría yo como un cuervo, y presagiaría, presagiaría. Patroclo me daría cualquier cosa por saber de esta zorra; no haría más un loro por una almendra que él por una conveniente prostituta. Lujuria, lujuria, y más guerras y lujuria; nada que esté tan a la moda. Que un demonio embobado cargue con todos.

Sale.

ESCENA III

Troya. Ante el palacio de Príamo. Entran HÉCTOR y ANDRÓMACA.

ANDRÓMACA ¿Cuándo mi señor tuvo humor tan destemplado como para que sus oídos cerrara a la advertencia?

Desarmaos, desarmaos, y no combatid hoy.

HÉCTOR A que os ofenda me exponéis; entrad adentro.

He de ir, ¡por todos los dioses inmortales!

ANDRÓMACA Proféticos serán mis sueños este día.

HÉCTOR No más, he dicho.

Entra CASANDRA.

CASANDRA A mi hermano Héctor busco.

ANDRÓMACA Hermana, aquí está armado, con intención sangrienta.

Clamando, en grave petición, uníos conmigo;
de rodillas sigámosle, porque he soñado
sangrienta turbulencia, y la noche toda
no tuvo sino bultos y sombras de matanza.

CASANDRA Oh, es cierto.

HÉCTOR ¡Eh, que suene la trompeta!

CASANDRA Sones de marcha, no, ¡oh, cielos!, dulce hermano.

HÉCTOR Idos, he dicho; mi juramento oyen los dioses.

CASANDRA Sordos los dioses son al voto arrebatado y loco,
que ofrenda indigna es, más detestable
que de entrañas impuras hacer un sacrificio.

ANDRÓMACA Oh, persuadíos y no estiméis sagrado,
por ser justo, hacer daño; que lo mismo sería,
para ser generoso, hurtar con violencia,
por caridad robando así en su nombre.

CASANDRA Es la intención quien consolida el voto;
que en toda circunstancia el voto no compele.
Desarmaos, dulce Héctor.

HÉCTOR Guardad silencio, dije.

Mi honor protege el clima de mi sino;
buena es la vida para el hombre, mas el bueno
estima que el honor es aún más bueno que la vida.

Entra TROILO.

¡Cómo, mancebo! ¿Quieres combatir hoy?

ANDRÓMACA Casandra, a mi padre llamad, que le persuada.

Sale CASANDRA.

HÉCTOR Joven Troilo, no, a fe. Deja tus armas, mozo,
que humor caballeresco hoy me domina;
deja crecer tus músculos hasta anudarse fuertes,
sin tentar todavía los lances de la guerra.
Anda, valiente niño, a desarmarte, conociendo
que por ti, por mí, por Troya, yo contiendo.

TROILO Hermano, la piedad en vos encuentra un flaco
que al león mejor sienta que no al hombre.

HÉCTOR ¿Y cuál es ese flaco, Troilo bueno? Reñídmelo.

TROILO Muchas veces, cuando un cautivo griego cae
bajo el vuelo e impulso de vuestra noble espada,
le decís que se alce y viva.

HÉCTOR Es justo.

TROILO Injusto es, Héctor, por los cielos.

HÉCTOR ¿Cómo? ¿Cómo?

TROILO Por amor de los dioses,
dejad a nuestras madres la piedad de eremita;
mas cuando la armadura nos encierre
y rabia ponzoñosa guíe nuestras espadas,
que labor lastimosa las hostigue y no lástima.

HÉCTOR ¡Ea, salvaje, ea!

TROILO Héctor, esto es la guerra.

HÉCTOR Troilo, yo no permitiré que luchéis hoy.

TROILO ¿Quién podría impedírmelo?

Ni sino, ni obediencia, ni la mano de Marte
si con bastón soberbio orden da que me aleje,
ni Príamo y Hécuba, sus rodillas en tierra,
los ojos inflamados con incesantes lágrimas,
ni vos, hermano mío, con la espada desnuda
y alzada contra mí, podrían detenerme,
si no es con mi ruina.

Vuelve CASANDRA con PRÍAMO.

CASANDRA Príamo, detenedle, aseguradle

que es vuestra muleta, y si perdéis su apoyo,
como es él quien os tiene y vos tenéis a Troya,
todo ha de hundirse a un tiempo.

PRÍAMO Ven, Héctor, ven; regresa.

Los sueños de tu esposa, visiones de tu madre,
presagios de Casandra, y yo mismo, tornado
como profeta en súbito transporte,
todo te dice que este es un día ominoso.

Por lo tanto, no salgas.

HÉCTOR En el campo está Eneas:

y yo, comprometido con bastantes griegos,
en nombre mismo del valor, debo afrontarlos
esta mañana.

PRÍAMO Sí, mas no has de irte.

HÉCTOR Romper no puedo mi promesa.

Respetuoso soy, ya lo sabéis, señor; luego
no me hagáis que lo olvide, y permitidme
que así proceda con vuestra voz y vuestra venia,
aunque ahora las neguéis, Príamo augusto.

CASANDRA Príamo, no cedáis.

ANDRÓMACA No cedáis, caro padre.

HÉCTOR Andrómaca, con vos me hallo enojado;

por el amor que me tenéis, entrad adentro.

Sale ANDRÓMACA.

TROILO Esta supersticiosa moza, loca y visionaria,

tales augurios trae.

CASANDRA Adiós, querido Héctor.

¡Oh, mira cómo mueres! ¡Palidecen tus ojos!
¡Mira por cuántas bocas desangran tus heridas!
¡Oye rugir a Troya y sollozar a Hécuba!
¡Cómo la pobre Andrómaca gritos de dolor lanza!
Contempla el frenesí, la ruina, el trastorno
enfrentándose todos, tal bufones dementes,
y gritan todos: ¡Héctor!, ¡Héctor ha muerto! ¡Oh,
Héctor!

TROILO ¡Fuera! ¡Fuera!

CASANDRA Héctor, me marchó; adiós. Antes, una palabra:
a ti mismo y a Troya entera engañas.

Sale.

HÉCTOR Su exclamación, señor, de asombro os llena.

Id, confortad la ciudad; nosotros lucharemos,
haremos nobles actos, que a la noche os diremos?

PRÍAMO Adiós, y que los dioses te sigan y protejan.

PRÍAMO y HÉCTOR salen en direcciones opuestas.

Sones de trompetas.

TROILO Ya luchan; óyelos. Diomedes, vano, espera,
que a perder voy un brazo o a conquistar mi prenda.

Cuando sale TROILO, entra PÁNDARO por el lado opuesto.

PÁNDARO ¿Habéis oído, señor? ¿Habéis oído?

TROILO ¿Qué ocurre?

PÁNDARO Aquí hay una carta de aquella pobre moza.

TROILO Dejadme que la lea.

PÁNDARO Una tisis maldita, una bribona tisis maldita así me tiene, y la dichosa suerte de esta moza; y con unas cosas y otras, tendré que dejaros cualquier día. Y con esta fluxión de ojos, además, y con un dolor de huesos, que a menos que sea una maldición, no sé qué pensar de todo. ¿Qué dice ahí?

TROILO Palabras, palabras y palabras, pero nada viene del corazón, y efecto opuesto hace.

Rompiendo la carta.

Id, aire al aire, y allá con él os reunáis;
mi amor aún alimenta con palabras y engaños,
en tanto que edifica a otro con sus actos.

Salen por distinto lado.

ESCENA IV

Un lugar entre Troya y el campamento griego.

Sones de trompetas. Incursiones.

Entra TERSITES.

TERSITES Ya andan a zarpazos unos con otros, y quiero verlo. Ese hipócrita Diomedes, lacayo abominable, lleva en su casco la manga del mismísimo bobalicón de Troya, aquel tunante encaprichado, y me gustaría verles cuando se encuentren. Ese borricazo troyano, que quiere a la zorra aquella, acaso envíe al griego domador de zorras, con manga y todo, más que de vuelta, a que lleve a la hipocritona y puerca ramera un recado, para que aprenda a mangonear. De la otra parte, tenemos que la politiquería de esos, astutos y blasfemos bribones, el Néstor, rancio y seco queso ratonado, y el Ulises, perro zorro, no vale una higa. Con su politiqueo, me ponen al Áyax, perro de incierta casta, frente al Aquiles, perro de tan mala camada; y ahora resulta que al perro Áyax, más vanidoso aún que el perro Aquiles, no le da la gana de armarse hoy, con lo cual los griegos andan todos

revueltos, y tienen la política por cosa rematada.
Atención, que ahí vienen el mangante y el otro.

Entra DIOMEDES, siguiéndole TROILO.

TROILO No huyas, que aunque pases la corriente Estigia,
nadaré tras de ti.

DIOMEDES En esta retirada,
no huida; que por pensarlo conveniente,
la fuerza desigual ahí abandono.
¡Toma esa!

TERSITES ¡Defiende a tu zorra, griego! ¡Lucha por tu zorra,
troyano! ¡La manga, vamos, la manga!

Salen luchando TROILO y DIOMEDES. Entra HÉCTOR.

HÉCTOR ¿Quién eres, griego? ¿Eres rival digno de Héctor?

TERSITES ¡No, ca! Soy un bribón, un tunante ruin y
maldiciente, un puerquísimo pícaro?

HÉCTOR Te creo. Vive entonces.

TERSITES Merced de Dios es que me creas. ¡Anda y que te
rompan los sesos por haberme asustado! ¿Qué les
habrá ocurrido a los pícaros mujeriegos? Se habrán
tragado el uno al otro, supongo; milagro del que me
reiría, aunque en cierto modo la lujuria a sí misma se
devora. Iré a buscarlos.

Salen.

ESCENA V

Otro lugar del llano. Entran DIOMEDES y un PAJE.

DIOMEDES Ve, servidor mío, ve con el corcel de Troilo,
y ese hermoso caballo presenta a mi señora;
ve, y a su belleza encarece mi servicio.
Dile que castigué a su galán troyano,

probando que yo soy su paladín.

PAJE Mi señor, voy.

Entra AGAMENÓN.

AGAMENÓN ¡Al ataque! ¡Al ataque! El fiero Polidamas

ha vencido a Menón; Margarelón bastardo,
prisionero hizo a Doros,
y tal coloso enhiesto su lanza esgrime ahora
encima de los cuerpos deshechos de los reyes
Epístrofo y Cedio; Polixeno está muerto,
Toas y Anímaco mortalmente heridos,
Patroclo muerto o prisionero, y malparado
y dolorido Palamedes; Sagitario, el Centauro temible,
a nuestras filas diezma. Diomedes, aprisa;
a dar refuerzo o todos perecemos.

Entra NÉSTOR.

NÉSTOR Id y llevadle a Aquiles el cuerpo de Patroclo,
pidiendo al lento Áyax se arme, que es vergüenza.
Pues en el campo un Héctor vale como miles;
sobre Galates, su caballo, lucha ahora,
y le falta trabajo; a pie, más lejos, lucha
y mueren o huyen todos, como el bando de peces
de eruptante ballena; más distante se halla,
y los griegos, tal paja, maduros a su filo,
a un golpe de la hoz, ante él sucumben.
Aquí, y allí, y allá, ya toma o deja,
la destreza tan obediente a los propósitos,
que lo que quiere hace, y tanto hace,

que imposibilidad se llama lo probado.

Entra ULISES.

ULISES Oh, príncipes, valor; valor, que el gran Aquiles
se arma, llora, maldice y promete venganza;
su sangre soñolienta han despertado
la muerte de Patroclo, sus destrozados mirmidones,
que sin nariz, sin manos, acuchillados vienen,
quejándose de Héctor. Áyax perdió un amigo
y, espumante la boca, lucha armado,
rugiendo en pos de Troilo, que hoy ha hecho
actos fantásticos y locos,
dando prenda de sí y luego rescatándose,
con tal fuerte descuido y cuidado sin fuerza,
como si la fortuna, a pesar de la astucia,
ganar todo le hiciese.

Entra ÁYAX.

ÁYAX ¡Troilo! ¡Cobarde Troilo!

Sale.

DIOMEDES ¡Allá anda! ¡Allá anda!

NÉSTOR Al fin; al fin nos reunimos.

Entra AQUILES.

AQUILES ¿Dónde está Héctor?

Ven, asesino de niños, muestra tu faz, y aprende
lo que es enfrentarse con Aquiles furioso.

¡Héctor! ¿Dónde está Héctor? No quiero sino a
Héctor.

Sale.

ESCENA VI

Otro lugar del llano. Entra ÁYAX.

ÁYAX ¡Troilo! ¡Cobarde Troilo, muestra tu cabeza!

Entra DIOMEDES.

DIOMEDES ¡Troilo, digo! ¿Dónde está Troilo?

ÁYAX ¿Qué le quieres?

DIOMEDES Una lección quisiera darle.

ÁYAX Si el general yo fuese, antes tendrías mi puesto
que esa lección. ¡Troilo, digo! ¡Eh, Troilo!

Entra TROILO.

TROILO ¡Ah, traidor Diomedes! Vuelve tu falsa cara;
pagarás con tu vida el caballo que me debes.

DIOMEDES ¡Ah! ¿Ahí asomas?

ÁYAX Solo yo con él lucho. Aparta, Diomedes.

DIOMEDES Es cosa mía, y a un lado no me quedo.

TROILO Venid los dos, griegos fulleros. ¡Tomad ambos!

Salen luchando.

Entra HÉCTOR.

HÉCTOR Así, Troilo. Eso es luchar, joven hermano mío.

Entra AQUILES.

AQUILES Al fin te veo, Héctor. Lucharemos ahora.

HÉCTOR O una tregua, si quieres.

AQUILES Yo, soberbio troyano, tu cortesía desdeño.

Alégrate de hallar mis armas inservibles,
que ahora te protegen mi descuido y descanso;
pero noticias más recibirás bien pronto,
y hasta entonces, prosigue tu camino.

Sale AQUILES.

HÉCTOR Bien te vaya.

De haberte estado yo esperando me hallarías
hombre más descansado. ¿Qué hay, hermano Troilo?

Vuelve TROILO.

TROILO Áyax se apoderó de Eneas, ¿Ha de ser posible?

Por el fulgor que vemos de ese glorioso cielo,
que no habrá de llevárselo. O de mí se apodera,
o pongo en salvo a Eneas. Escúchame, destino:
aunque mi vida acabe hoy, de ello no cuido.

Sale TROILO.

Entra uno que lleva suntuosa armadura.

HÉCTOR Detente, griego, pues presa buena ofreces.

¿No? ¿Es que no quieres? Tu armadura me agrada;
he de romperla, abrirla en todos sus remaches.
Y hacerme dueño de ella. Tú, bruto, ¿no te quedas?
A tu piel daré caza; ahora pues, vuela.

Salen.

ESCENA VII

Otro lugar del llano. Entra AQUILES con los mirmidones.

AQUILES Acercaos a mí, mis mirmidones,

y escuchad esto. Seguidme adonde vaya,
guardando vuestro aliento sin dar golpe;
y cuando encuentre al sanguinario Héctor,
haced con vuestras armas un cerco en torno suyo,
y del modo más duro utilizadlas.

Venid conmigo y observad mis movimientos:
decretada es la muerte del gran Héctor.

Salen.

ESCENA VIII

Entran luchando Menelao y Paris, y luego TERSITES.

TERSITES El cornudo y el ponecuernos andan a vueltas.
¡Anda, toro! ¡Anda perro! ¡Eh, Paris; eh, gorrión de
dos hembras! ¡Eh, Paris, eh! El toro se alza con el
juego; ¡cuidado con los cuernos! ¡Eh!

Salen Menelao y Paris. Entra MARGARELÓN.

MARGARELÓN Vuélvete, esclavo, y lucha.

TERSITES ¿Quién eres tú?

MARGARELÓN Un hijo bastardo de Príamo.

TERSITES También yo soy bastardo. Me gustan los bastardos.
Yo soy bastardo de procreación, bastardo de
educación, bastardo de mente, bastardo de valor, y
en toda cosa ilegítimo. Un oso no muerde a otro, así
que, ¿por qué un bastardo a otro bastardo? Cuidado,
que la pelea tiene malos antecedentes para nosotros;
pues si el hijo de una puta lucha por una puta, está
tentando al destino. Adiós, bastardo

MARGARELÓN ¡Que el demonio cargue contigo, cobarde!

Salen.

ESCENA IX

Otro lugar del llano.

Entra HÉCTOR.

HÉCTOR Dentro tan podrido como fuera hermoso,
tu excelente armadura te cuesta así la vida.
Mi tarea del día está acabada; ahora respiro.
Descansa, espada; de sangre y muerte hartura has
recibido.

Se quita el yelmo y deja atrás su escudo.

Entra AQUILES con los mirmidones.

AQUILES Héctor, mira cómo a ponerse el sol empieza,

cómo la fea noche tras él viene alentando;
así, con ese hundirse del sol y oscurecerse
al acabar el día, tu vida, Héctor, fenece.

HÉCTOR Estoy sin armas; griego, esta ventaja excusa.

AQUILES Compañeros, herid; el hombre es tras de quien
vengo en busca.

Cae HÉCTOR.

¡Así, Ilión, tú caerás! ¡Húndete ahora, Troya!
Tu corazón, tus músculos, tus huesos, ahí reposan.
Mirmidones, seguid gritando todos recio:
«Aquiles ha matado al poderoso Héctor».

Suena la retirada.

¡Oíd! La retirada en nuestras filas griegas.

MIRMIDÓN La trompeta troyana, señor, suena lo mismo?

AQUILES Extiende ya la noche por la tierra su ala

y como árbitro separa los ejércitos.

A media colación, mi espada, que amplía cena quería,
contenta con este buen bocado, se retira.

Envaina su espada.

A la cola de mi caballo su cuerpo sujetadlo,
que así al troyano he de llevar a rastras por el campo.

Salen.

ESCENA X

Otro lugar del llano.

*Entran AGAMENÓN, ÁYAX, Menelao, NÉSTOR, Diomedes y otros, en
formación. Gritos dentro.*

AGAMENÓN ¡Oíd! ¿Qué gritan esos?

NÉSTOR ¡Silencio en los tambores!

VOCES (*Dentro.*) ¡Aquiles es! ¡Aquiles! ¡Héctor ha muerto!
¡Aquiles!

DIOMEDES Gritan que Héctor murió, y el matador fue
Aquiles.

ÁYAX Si así ocurrió, que sin bravata sea,
que el grande Héctor tan bravo como Aquiles era?

AGAMENÓN Id adelante. Y un mensajero avise
que en nuestra tienda queremos ver a Aquiles.
Si con tal muerte los dioses nos protegen,
nuestra es la gran Troya, la dura guerra cese.

Salen en formación.

ESCENA XI

Otro lugar del llano.

Entra ENEAS con varios troyanos.

ENEAS ¡Alto ahí! Dueños del campo somos todavía
y volver no se debe. La noche aquí agotemos.

Entra TROILO.

TROILO Héctor ha muerto.

ENEAS ¿Héctor? ¡No lo quieran los dioses!

TROILO Muerto es. Y a rastras va del corcel del asesino,
de manera cruel, por todo el campo de vergüenza.
Fruncid el ceño, cielos, dad prisa a vuestra ira,
mientras vos, dioses, reís de Troya en vuestros tronos;
oíd: que vuestras breves plagas sean misericordia
y no nos demoréis la destrucción inevitable.

ENEAS Entristecéis, señor, todo el ejército.

TROILO Pues eso decís vos, no me entendéis;
que no hablo yo de huida, miedo y muerte,

sino que reto todo riesgo donde hombres y dioses
sus peligros envían. ¡Héctor ha muerto!
¿Quién lo dirá a Príamo o a Hécuba?
Quien tal haga (ululante lechuza han de llamarle),
que a Troya vaya y diga: Héctor ha muerto;
palabra es esa que en piedra ha de volver a Príamo,
tornando en pozos y Niobes a doncellas y esposas,
en fría estatua a los mancebos, y en resumen,
trastornará de espanto a Troya. Pero marchemos;
Héctor ha muerto, y más que decir no hay.
En cuanto a vos, tiendas viles y abominables,
vanamente asentadas en nuestro frigio llano,
que Titán se levanta tan pronto como quiera,
que os he de atravesar. Y tú, descomunal cobarde,
no habrá espacio terreno que aparte nuestros odios,
y te perseguiré como conciencia mala,
que aprisa, tal frenesí mental, fantasmas forja.
Hacia Troya con libre paso id, y confortados,
que venganza esperada nuestro dolor ha de ocultarlo.

*Sale ENEAS con los troyanos. Cuando TROILO se dispone a salir, entra
PÁNDARO por el otro lado.*

PÁNDARO ¡Escuchad! ¡Escuchad!

TROILO ¡Fuera de aquí, alcahuete! ¡Vergüenza e ignominia
sigan tu nombre y por tu nombre vivan!

Sale TROILO.

PÁNDARO ¡Qué buena medicina para mis huesos doloridos!
¡Oh, mundo, mundo, mundo! Así se desprecia al
pobre mediador. ¡Oh, traidores y alcahuetes, con

cuánto encarecimiento os disponen al trabajo, y este cuán mala paga tiene! ¿Por qué nuestro propósito es tan estimado y su ejecución tan aborrecida? ¿Qué versos, qué ejemplo lo expresaría? Veamos:

Zumba la abeja y canta alegremente,
hasta que el aguijón y la miel pierde;
y una vez rasa ya de cola armada,
dulce miel, dulces notas, juntas fallan.

Vosotros, tratantes de la carne, poned esto en vuestras colgaduras pintadas:

Todo cuanto aquí haya de la casa de Pándaro,
con los ojos saltados, lloren de Pándaro el fracaso;
y si llorar no pueden, que den algún gemido,
si no por mí, por sus propios huesos doloridos.

Compadres y comadres cuya tarea es la casa llana,
de aquí a dos meses mi última voluntad será dictada.

Si ahora no lo hago, es que el temor lo impide
de que, rabiosa, alguna moza del partido me silbe.
Así que a sudar voy, en busca de algún descanso,
y mis enfermedades luego os dejo por legado.

Sale.



BIEN ESTÁ TODO LO QUE BIEN ACABA

versión de

José María Valverde

Aunque no hay evidencia de cuándo se escribió o se representó por primera vez, suele datarse en torno a 1602 o 1603, muy cerca de *Medida por medida*. El único texto conservado es el del Primer Folio de 1623, probablemente compuesto, a juzgar por las numerosas vacilaciones, a partir de un manuscrito corrupto.



DRAMATIS PERSONAE

REY de Francia

DUQUE de Florencia

BERTRÁN, conde de Rosellón

LAFEU, anciano noble

PAROLES, del séquito de Bertrán

Rinaldo, MAYORDOMO de la condesa de Rosellón

Lavache, GRACIOSO de la condesa de Rosellón

NOBLE PRIMERO, Dumain

NOBLE SEGUNDO, Dumain

Un PAJE

CONDESA, madre de Rosellón, madre de Bertrán

HELENA, dama noble protegida por la condesa

Una anciana VIUDA de Florencia

DIANA, hija de la viuda

VIOLANTE, vecina y amiga de la viuda

MARIANA, vecina y amiga de la viuda

NOBLES, OFICIALES, SOLDADOS, etc., franceses y florentinos

Escena: la acción, en el Rosellón, en París, en
Florencia y en Marsella

PRIMER ACTO

ESCENA I

Rosellón. En el palacio de la condesa.

Entran BERTRÁN, el joven conde de Rosellón, su madre, la anciana CONDESA, HELENA y el noble LAFEU, todos de negro.

CONDESA Al dejar marchar a mi hijo, entierro otro marido.

BERTRÁN Y yo, señora, al marchar, lloro de nuevo la muerte de mi padre; pero debo obedecer la orden de su majestad, de quien soy ahora pupilo, y siempre súbdito.

LAFEU Encontraréis en el rey un marido, señora, y vos, señor, un padre. Él, que suele ser tan bueno en todo momento, por fuerza ha de mostraros sus virtudes a vos, cuyos méritos las suscitarían donde faltaran antes que hacerlas menguar donde están en tal abundancia.

CONDESA ¿Qué esperanza hay de mejoría en su majestad?

LAFEU Ha abandonado a sus médicos, señora, bajo cuyas indicaciones había ido en pos del tiempo con esperanzas, sin encontrar en ello otra ventaja que el perder esperanza con el tiempo.

CONDESA Esta joven dama tuvo un padre (¡ah, qué triste término es ese «tuvo»!), cuyo arte era casi tan grande como su honradez: si hubiera alcanzado hasta ahí, habría hecho inmortal la naturaleza humana, y la Muerte habría tenido vacación por falta de trabajo. Por el bien del rey, querría que estuviera vivo: creo que hubiera sido la muerte de la enfermedad del rey.

LAFEU ¿Cómo se llamaba el hombre de que habláis, señora?

CONDESA Era famoso en su profesión, y con buen motivo:
Gerardo de Narbona.

LAFEU Sí que era excelente, señora: el rey hablaba de él hace poco con admiración y con dolor. Era lo bastante hábil como para haber vivido siempre, si pudiera valer el saber contra la mortalidad.

BERTRÁN Mi buen señor, ¿de qué sufre el rey?

LAFEU De una fístula, señor.

BERTRÁN No lo había oído decir hasta ahora.

LAFEU Ojalá no fuera sabido... ¿Esta dama era la hija de Gerardo de Narbona?

CONDESA Su única hija, señor, encomendada a mi cuidado. Tengo por su bien las esperanzas que promete su educación para las disposiciones que ha heredado, haciendo más hermosos sus buenos dones. Pues cuando un ánimo poco limpio ostenta cualidades virtuosas, los elogios van acompañados de lástima: son virtudes, sí, pero traidoras. En ella, las virtudes valen aún más por su sencillez, ha heredado honradez y va adquiriendo virtud.

LAFEU Vuestros elogios, señora, le hacen verter lágrimas.

CONDESA Es la mejor agua salada con que una doncella puede sazonar su alabanza. El recuerdo de su padre no se acerca a su corazón sin que la tiranía de sus penas quite toda vivacidad a sus mejillas. Basta de esto, Helena, vamos: basta, no sea que se piense que muestras la pena más bien que la tienes.

HELENA Muestro la pena, en efecto, pero la tengo también.

LAFEU Lamentación moderada, es derecho de los muertos: el dolor excesivo es enemigo del vivir.

LAFEU ¿Cómo se entiende eso?

HELENA Si el vivir es enemigo del dolor, el exceso le hace pronto mortal.

BERTRÁN Señora, quiero conocer vuestros piadosos deseos.

CONDESA Bendito seas, Bertrán, y sucede a tu padre tanto en maneras como en figura: tu sangre y tu virtud se disputen el dominio en ti, y tu bondad esté a la altura de tu derecho de nacimiento. Quiere a todos, fíate de pocos, no hagas agravio a ninguno sé capaz frente a tu enemigo, más en fuerza que en usarla; y conserva a tu amigo bajo la llave de tu propia vida. Que te reprendan por tu silencio, pero nunca te censuren por hablar. Que el cielo te provea de todo lo demás que quiera, y lo que mis oraciones le puedan arrancar. Adiós, mi señor. (*A LAFEU.*) Es un cortesano inexperto: aconsejadle, mi buen señor.

LAFEU No le puede faltar lo mejor a quien sigue a su afecto.

CONDESA El cielo le proteja. Adiós, Bertrán.

Sale la CONDESA.

BERTRÁN Los mejores deseos que se pueden forjar en tus pensamientos sean tus servidores. (*A HELENA.*) Consolad a mi madre, vuestra señora, y cuidadla mucho.

LAFEU Adiós, linda señora: debéis mantener la fama de vuestro padre.

Salen BERTRÁN y LAFEU.

HELENA ¡Ah, si eso fuera todo! No pienso en mi padre, pero estas grandes lágrimas honran su recuerdo más que las que vertí por él. ¿Cómo era? Le he olvidado. Mi imaginación no lleva en sí otro rostro que el de Bertrán. Estoy perdida, no hay vida si Bertrán no está. Sería lo mismo que si amara a una clara estrella

determinada y pensara en casarme con ella: tan por encima de mí está. Debo contentarme en su clara irradiación y en su luz difundida, no en su órbita. La ambición de mi amor se castiga a sí misma de ese modo: la cierva que quisiera unirse al león tendría que morir por el amor. Era hermoso, aunque un dolor, verle a todas horas, y, sentada, dibujar sus arqueadas cejas, sus ojos de halcón, sus rizos, en la tabla de mi corazón; un corazón demasiado impresionable a todas las líneas y rasgos de su dulce rostro. Pero ahora se ha ido, y mi fantasía idólatra debe santificar sus reliquias. ¿Quién viene aquí?

Entra PAROLES.

Uno que se va con él; le quiero por él, y sin embargo sé que es un famoso embustero, y le considero muy loco, y un cobarde absoluto, pero esos males empedernidos se le ajustan tan bien que encuentran aceptación, mientras los acerados miembros de la Virtud quedan desolados en el frío viento. Así, muchas veces vemos a la fría sabiduría sirviendo a la locura en abundancia.

PAROLES Salve, hermosa reina.

HELENA Y a vos, monarca.

PAROLES No.

HELENA Y no.

PAROLES ¿Estáis meditando sobre la virginidad?

HELENA Sí. Tenéis cierto vicio soldadesco... Permitidme haceros una pregunta: el hombre es enemigo de la virginidad, ¿cómo podemos parapetarnos contra él?

PAROLES Haciéndole quedarse fuera.

HELENA Pero ataca, y aunque nuestra virginidad sea valerosa, en la defensa es débil. Explicadnos alguna

resistencia de guerra.

PAROLES No la hay. Cuando el hombre se echa ante vosotras os mina por debajo, y os hace saltar.

HELENA Dios proteja nuestra pobre virginidad de minadores y saltadores. ¿No hay táctica militar de cómo las vírgenes podrían hacer saltar a los hombres?

PAROLES Una vez caída la virginidad, el hombre saltará enseguida: pardiez, al derribarle a su vez, con la brecha que habéis abierto vosotras mismas, perdéis vuestra ciudad. No es buena política, en la república de la naturaleza, conservar la virginidad. La pérdida de virginidad es razonable aumento nunca se engendró una virgen hasta que se perdió por primera vez la virginidad. Aquello de que se os hizo, es el metal de que se hacen las vírgenes. La virginidad, una vez perdida, puede ser diez veces hallada: si se conserva siempre, se pierde para siempre: es una compañía demasiado fría. ¡Fuera con ella!

HELENA Yo la defenderé un poco, aunque con eso muera virgen.

PAROLES Hay poco que decir a favor: va contra la ley de la Naturaleza. Hablar a favor de la virginidad, es acusar a vuestras madres, lo cual es indudable desobediencia. Quien se ahorca es virgen; la virginidad se suicida y debería ser enterrada por los caminos, fuera de todo recinto sagrado, como pecadora desesperada contra la Naturaleza. La virginidad cría gusanos, como el queso: se consume hasta los huesos, y muere así alimentándose de su propio vientre. Además, la virginidad es malhumorada, orgullosa, vana, hecha de amor propio, que es el pecado más prohibido de todos los mandamientos. No la conservéis: no podéis menos de perder con eso. ¡Fuera con ella! En un año, se

convierte en dos, que es un buen aumento, y el capital no pierde nada con ello. ¡Fuera con ella!

HELENA ¿Cómo habría que hacer, señor, para perderla a gusto propio?

PAROLES Vamos a ver. Pardiez, malo es que guste aquel a quien no le guste. Es una mercancía que pierde lustre a fuerza de dejarla. Cuanto más se guarda menos vale. ¡Fuera con ella mientras se puede vender! Responded al momento de la solicitud. La virginidad, como un cortesano viejo, lleva el sombrero pasado de moda, con ricos adornos, pero fuera de uso, como el broche y el mondadientes, que ahora no se emplean. Los años, mejor en el vino que en las mejillas. Y vuestra virginidad, vuestra vieja virginidad, es como esas peras francesas marchitas: mal aspecto, sabor seco: pardiez, es una pera marchita. Antes estaba mejor, pardiez, ahora está marchita. ¿Queréis algo con eso?

HELENA No mi virginidad, por ahora... Vuestro señor tendrá allá mil amores: una madre, una amante, una amiga, una fénix, una capitana, y una enemiga; una guía, una diosa, y una soberana; una consejera, una traidora y una amada: su ambición humilde tendrá humildad orgullosa: su desarmonía, concordia, y su discordia, dulzura: su fidelidad, su dulce desastre... todo ello con un mundo de lindos hombrecitos adoptados en la pila donde es padrino el guiñador Cupido. Ahora él... no sé qué hará: Dios le conceda bienes. La corte es sitio de aprender, y él es tal...

PAROLES ¿Tal, cómo, a fe?

HELENA Tal... que le deseo que le vaya bien. Lástima...

PAROLES ¿Qué es lástima?

HELENA Que el desear bien no tenga cuerpo que se pueda tocar: que, a quienes hemos nacido más pobres y con estrellas más bajas que nos limitan a desear, no podamos acompañar a nuestros amigos con los efectos de ese desear: que no mostremos lo que solo hemos de pensar, sin que nos procure agradecimiento.

Entra un PAJE.

PAJE Monsieur Paroles, mi señor os llama.

PAROLES Adiós, pequeña Helena: si te puedo recordar, pensaré en ti en la corte.

HELENA Monsieur Paroles, habéis nacido bajo una estrella caritativa.

PAROLES Bajo el signo de Marte, he nacido yo.

HELENA Ya lo creo, mejor que nada, bajo Marte.

PAROLES ¿Por qué bajo Marte?

HELENA Las guerras os han hecho caer tan bajo, que por fuerza debéis haber nacido bajo Marte.

PAROLES Cuando estaba predominante.

HELENA Cuando estaba retrógrado, pienso más bien.

PAROLES ¿Por qué lo pensáis así?

HELENA Os echáis tan atrás cuando lucháis...

PAROLES Es para buscar ventaja.

HELENA Así es el escapar, cuando el miedo propone asegurarse: pero la mezcla que producen en vos vuestro valor y vuestro miedo, es una virtud de buenas alas: y me gusta mucho esa moda.

PAROLES Estoy tan lleno de ocupaciones, que no te puedo responder con agudeza. Volveré hecho un perfecto cortesano, con lo cual mi instrucción será capaz de

naturalizarte, de modo que sabrás recibir consejo de un cortesano y comprender lo que la prudencia te imponga: o si no, morirás en tu ingratitud, y tu ignorancia te suprimirá. Adiós; cuando tengas tiempo libre, di tus oraciones: cuando no lo tengas, acuérdate de tus amigos. Búscate un buen marido, y trátale como él te trate. Adiós, pues.

Sale PAROLES.

HELENA Nuestros remedios muchas veces residen en nosotros mismos, mientras los atribuimos al cielo. El firmamento del destino nos da plena libertad, y solo tira hacia atrás de nuestros lentos designios cuando nosotros mismos somos torpes. ¿Qué fuerza es la que eleva tan alto mi amor que me hace ver y no puede saciar mis ojos? Las mayores distancias de la suerte, la Naturaleza llega a unir las como en igualdad, besándose como cosas emparentadas. Son imposibles los intentos extraordinarios para aquellos que pesan sus trabajos con sensatez, y suponen que lo que ha pasado ya no puede pasar. ¿Qué mujer se esforzó jamás en mostrar su mérito y perdió su amor? La enfermedad del rey... Mi proyecto puede engañarme, pero mi intención está fijada y no me quiere abandonar.

Sale HELENA.

ESCENA II

París. En el palacio real.

*Toque de trompetas. Entra el REY de Francia,
con unas cartas, y séquito.*

REY Los florentinos y sieneses están peleándose: han luchado con igual suerte y continúan una guerra feroz.

NOBLE PRIMERO Así informan, señor.

REY No, la cosa es muy fidedigna; aquí lo recibimos como noticia segura garantizada por nuestro primo de Austria, con la advertencia de que los florentinos se dirigirán a nosotros pidiendo ayuda rápida: en lo cual, nuestro queridísimo pariente se adelanta al asunto y parece que querría que nos negáramos.

NOBLE PRIMERO Su afecto y su prudencia, tan probados para vuestra majestad, pueden argüir en solicitud de la más amplia confianza.

REY Ha dado armas a nuestra respuesta, y a Florencia se le ha dicho que no antes de que llegue: pero los caballeros nuestros que quieran prestar servicio a los toscanos, tienen libre permiso para entrar en cualquiera de los bandos.

NOBLE SEGUNDO Podrá muy bien servir de escuela para nuestros caballeros, que están ansiosos de respirar y actuar.

REY ¿Quién viene aquí?

Entran BERTRÁN, LAFEU y PAROLES.

NOBLE PRIMERO Es el conde de Rosellón, mi buen señor, el joven Bertrán.

REY Joven, ostentas el rostro de tu padre. La generosa Naturaleza, con más cuidado que prisa, te ha compuesto bien. Ojalá heredes también las cualidades morales de tu padre. Bienvenido a París.

BERTRÁN Mis gracias y mi fidelidad son de vuestra majestad.

REY Querría tener ahora la misma salud corporal como cuando tu padre y yo probamos por primera vez en amistad nuestro valor de soldados: él veía muy lejos en las guerras de entonces, y fue discípulo de los más valientes. Duró mucho, pero la torpe ancianidad cayó furtivamente sobre nosotros, y nos gastó dejándonos fuera de la acción... Me alivia mucho

hablar de tu buen padre: en su juventud él tenía el ingenio que hoy puedo observar muy bien en nuestros nobles jóvenes, pero estos pueden bromear hasta que les devuelvan sus propias burlas sin ser advertidas antes de que les sea posible ocultar su ligereza en el honor. Así, como buen cortesano, no había desprecio ni acritud en su orgullo, ni brusquedad; si los había, los habían causado sus iguales, y su honor, reloj para sí mismo, sabía el minuto justo en que las objeciones le obligaban a hablar, y en ese momento su lengua obedecía a su manilla. A los que estaban por debajo de él, los trataba como criaturas de otro lugar, e inclinaba su eminente cima hasta sus bajas filas, haciéndoles orgullosos de su humildad, y humillándose a sus pobres alabanzas. Un hombre así podría ser ejemplo para estos tiempos más recientes, y, bien seguro, haría ver que no hacen sino andar para atrás.

BERTRÁN Su buen recuerdo, señor, yace con más riqueza en vuestros pensamientos que en su tumba: su epitafio no vive tanto en la buena fama cuanto en vuestras reales palabras.

REY ¡Ojalá estuviera con él! Él siempre decía (me parece que le oigo ahora) que sus palabras de aplauso no las dispersaba en los oídos, sino que las injertaba en ellos para que crecieran y dieran fruto. «Que no viva yo» (así empezaba muchas veces su bondadosa melancolía tras la conclusión y fin de un pasatiempo, una vez que pasaba); «que no viva yo» (decía) «después que a mi llama le falte el aceite, para ser moco de candil de espíritus más jóvenes, cuyos sentidos voraces desdeñan todo lo que no sean las cosas nuevas, y cuyos juicios son padres solo de sus ropajes: cuyas constancias expiran antes que sus modas»; eso deseaba él. Yo, después que él, deseo lo mismo que él: puesto que no puedo traer a casa cera

ni miel, querría ser licenciado pronto de la colmena para dejar sitio a otros trabajadores.

NOBLE SEGUNDO Vos, señor, sois amado, y los que menos os lo conceden serían los primeros en echaros de menos.

REY Ocupo un sitio, lo sé... ¿Cuánto tiempo hace, conde, desde que murió el médico de vuestro padre? Tenía mucha fama.

BERTRÁN Hace unos seis meses, señor.

REY Si viviera, le probaría todavía. Dadme un brazo... Los demás me han agotado con diversos tratamientos. La naturaleza y la enfermedad lo discuten a su gusto. Bienvenido, conde: ni mi hijo me es más querido.

BERTRÁN Gracias a vuestra majestad.

Salen. Trompetas.

ESCENA III

Rosellón. En el palacio de la CONDESA.

Entran la CONDESA, el MAYORDOMO y el GRACIOSO.

CONDESA Ahora oiré lo que decís de esta dama.

MAYORDOMO Señora, el cuidado que siempre he tenido de vuestra satisfacción, querría que se hallara en el calendario de mis esfuerzos pasados, pues herimos nuestra modestia y enturbiamos la claridad de nuestros méritos cuando los publicamos nosotros mismos.

CONDESA ¿Qué hace aquí este bribón? Vete, mozo. Las quejas que he oído sobre ti, no las creo todas, pero es por mi lentitud, pues sé que no te falta locura para cometerlas, y que tienes capacidad suficiente para hacer tuyas tales bribonadas.

GRACIOSO No desconocéis, señora, que soy un pobre hombre.

CONDESA Bueno, señor...

GRACIOSO No, señora, no es bueno que yo sea pobre, aunque muchos de los ricos se condenen, pero si puedo obtener la buena voluntad de vuestra señoría para salir al mundo, Isabel, esa mujer vuestra, y yo, haremos lo que podamos.

CONDESA ¿Quieres ser por fuerza un mendigo?

GRACIOSO Mendigo vuestra buena voluntad en este asunto.

CONDESA ¿En qué asunto?

GRACIOSO En el asunto de Isabel y mío. El servicio no es herencia, y creo que nunca tendré la bendición de Dios, hasta que tenga progenie de mi cuerpo: pues dicen que los hijos son una bendición.

CONDESA Dime por qué motivo te quieres casar.

GRACIOSO Señora, mi pobre cuerpo lo necesita: estoy impulsado a ello por la carne, y el que el diablo empuja, por fuerza tiene que andar.

CONDESA ¿Son esas todas las razones de vuestra señoría?

GRACIOSO A fe, señora, tengo otras santas razones, pues eso son.

CONDESA ¿Puede conocerlas el mundo?

GRACIOSO Señora, he sido una criatura perversa, como lo sois vos y toda carne y sangre, y en efecto, me caso para arrepentirme.

CONDESA Te arrepentirás de tu matrimonio antes que de tu perversidad.

GRACIOSO No tengo amigos, señora, y espero tener amigos por mi mujer.

CONDESA Tales amigos son tus enemigos, villano.

GRACIOSO Señora, entendéis poco de grandes amigos, pues esos vi llanos vienen a hacer por mí aquello de lo que ya estoy harto. El que ara mi tierra, deja reposar a mis bueyes y me deja que me guarde la cosecha. Si yo soy su cornudo, él es mi bestia de carga. El que trata bien a mi mujer, mima mi carne y mi sangre: el que mima mi carne y mi sangre, ama mi carne y mi sangre: el que ama mi carne y mi sangre es mi amigo: ergo el que besa a mi mujer es mi amigo. Si los hombres se pudieran contentar con ser lo que son, no habría temor en el matrimonio, pues el joven Chairbonne, el puritano, y el viejo Poisson, el papista, de cualquier modo que estén separados sus corazones en religión, no tienen más que una cabeza, y pueden juntar los cuernos como ciervos de la manada.

CONDESA ¿Has de ser siempre un villano calumnioso y de boca sucia?

GRACIOSO Un profeta, señora, y digo la verdad del modo más breve, pues repetiré la balada de que «matrimonio y mortaja, del cielo baja», y el cuco canta por naturaleza.

CONDESA Marchaos, señor mío. Ya hablaremos más enseguida.

MAYORDOMO Señora, tened la bondad de decir que llame a Helena ante vos: de ella os voy a hablar.

CONDESA Mozo, di a mi dama que quiero hablar con ella: con Helena, digo.

GRACIOSO (*Cantando*)

«¿Y por mi cara hermosa»

(ella cantaba)

«Troya cayó bajo las fuerzas griegas?»

Tontería fue solo, tontería:
¿el gozo del rey Príamo fue aquella?
Con eso, se detuvo y dio un suspiro (bis)
y pronunció después esta sentencia:
Si hay entre nueve malas una buena (bis)
entonces... hay en diez alguna buena.

CONDESA ¿Qué una buena en diez? Corrompes la canción,
mozo.

GRACIOSO Una buena mujer entre diez, señora, que es
purificar la canción. Ojalá Dios sirviera así al mundo
en todo el año: no encontraríamos defecto a ese
diezmo de mujer, aunque yo fuera el párroco. ¡Una
entre diez, digo yo! Si pudiéramos tener una buena
mujer nacida bajo cada cometa, o a cada terremoto,
eso mejoraría mucho la lotería: un hombre se puede
sacar el corazón antes de pescar una buena.

CONDESA ¿Quieres marcharte, villano, y hacer como yo te lo
mando?

GRACIOSO ¡Que el hombre esté bajo el mando de la mujer, y
sin embargo no suceda daño! Aunque la honradez no
sea puritana, no le hará daño; llevará la sobrepelliz
de la humildad sobre la negra sotana de un gran
corazón... Me voy, a fe: el asunto es que Helena
venga aquí.

Sale el GRACIOSO.

CONDESA Bueno, ¿y entonces?

MAYORDOMO Señora, sé que queréis mucho a vuestra dama.

CONDESA A fe que sí: su padre me la encomendó, y ella
misma, sin otro motivo, puede tener derecho
legítimo a tanto cariño como el que encuentra. Se le

debe más de lo que se le paga, y se le pagará más de lo que pida.

MAYORDOMO Señora, hace poco estaba yo más cerca de ella de lo que creo que ella deseaba. Estaba sola y comunicaba sus propias palabras a sus oídos, creyendo (lo juraría por ella) que no llegaban a sentidos de otra persona. Su tema era que amaba a vuestro hijo: la Fortuna, decía ella, no era una diosa que hubiera puesto tal diferencia entre sus situaciones, ni el Amor era dios que extendiera su poder solo donde los rangos estuvieran al mismo nivel, ni Diana era una reina de vírgenes que consintiera que su pobre campeona fuera sorprendida en el primer asalto sin pagar después su rescate. Esto decía, con el más amargo acento de tristeza con que jamás he oído clamar a una doncella, y yo consideré mi deber dárselo a conocer rápidamente, puesto que, en la desgracia que pudiera ocurrir, os importa algo saberlo.

CONDESA Lo has cumplido honradamente: guárdatelo para ti mismo. Muchas señales me habían informado antes de ello, colgando tan temblorosamente en la balanza que no podía ni creer ni dejar de creer. Por favor, déjame: guárdalo en tu pecho, y te doy las gracias por tu honrado cuidado. Dentro de poco seguiré hablando contigo.

Sale el MAYORDOMO.

Entra HELENA.

Eso mismo me asó a mí cuando era joven: igual que somos de la naturaleza, estas son nuestras cosas: esta espina pertenece justamente a la rosa de la juventud. Nuestra sangre es nuestra, y esto va con nuestra sangre. Es el síntoma y sello de la verdad de la naturaleza, en que la recia pasión del amor se imprime en la juventud. En nuestros recuerdos de los

días pasados, tales fueron nuestras faltas, o entonces no las creíamos faltas. Sus ojos están enfermos de eso; ahora la observo.

HELENA ¿Qué deseáis, señora?

CONDESA Ya sabes, Helena, que soy una madre para ti...

HELENA ¡Mi honorable señora!

CONDESA Bueno, una madre; ¿por qué no una madre?

Cuando dije «una madre», me pareció que veías una serpiente. ¿Qué hay en lo de «madre» para que te sobresaltes ante ello? Digo que soy tu madre, y te pongo en la lista de los que estuvieron en mi vientre. Muchas veces se ve que la adopción rivaliza con la naturaleza, y la elección cría un brote familiar de semillas extrañas. Nunca me has oprimido con el gemido de la madre, pero te manifiesto un cuidado de madre. Muchacha, por la misericordia divina, ¿te cuaja la sangre decir que soy tu madre? ¿Qué pasa que el destemplado mensajero de la humedad, el iris multicolor, rodea tus ojos? ¿Es porque eres mi hija?

HELENA Es porque no lo soy.

CONDESA Digo que soy tu madre.

HELENA Perdón, señora, el conde de Rosellón no puede ser mi hermano: yo soy de humilde nombre, él de nombre honroso: mis padres no tuvieron rango, los suyos son todos nobles. Él es mi amo, mi querido señor, y yo viviré como sierva suya, y moriré siendo su vasalla; no debe él ser mi hermano.

CONDESA Ni yo tu madre.

HELENA Sois mi madre, señora, ojalá lo fuerais, con tal que mi señor vuestro hijo no fuera mi hermano. Sí, mi madre, o que fuerais la madre de los dos (no lo deseo menos que el cielo), con tal que no fuera yo su

hermana; no es posible, siendo yo hija vuestra, sino que él debiera ser mi hermano.

CONDESA Sí, Helena, podrías ser mi hija... por él. ¡Dios te proteja; no lo pienses! Tanto luchan en tu pulso «madre» e «hija»: ¿qué, otra vez pálida? Mi temor ha sorprendido tu amor: ahora veo el misterio de tu soledad, y encuentro la fuente de tus lágrimas saladas: ahora está claro ante todos los sentidos: amas a mi hijo; el fingir y decir que no se avergüenza frente a la proclamación de tu pasión. Así pues, dime la verdad (pero dímelo entonces, que es así), pues, mira, tus mejillas se lo confiesan la una a la otra, y tus ojos lo ven tan claramente mostrado en tu conducta, que lo dicen a su manera: solo el pecado y la obstinación infernal atan tu lengua para que la verdad quede en duda. Habla, ¿es así? Si así es, has enredado una buena madeja; si no es así, júralo. De todos modos, te lo mando, por el cielo que trabajará en mí en tu beneficio, que me digas la verdad.

HELENA Buena señora, perdonadme.

CONDESA ¿Quieres a mi hijo?

HELENA Vuestro perdón, noble ama.

CONDESA ¿Amas a mi hijo?

HELENA ¿No le amáis vos, señora?

CONDESA No des rodeos: mi amor lleva en sí un vínculo que el mundo conoce. Vamos, vamos, revela el estado de tu afecto, pues tu agitación te ha acusado plenamente.

HELENA Entonces, aquí de rodillas, ante el alto cielo y vos confieso que, por delante de vos e inmediatamente después del cielo, amo a vuestro hijo. Mis padres fueron pobres, pero honrados; así es mi amor. No os

ofendáis, pues a él no le hace daño el ser amado por mí. No le sigo con ninguna señal de pretensión presuntuosa, ni querría obtenerle mientras no le merezca, pero nunca sé cómo habría de ser ese mérito. Sé que amo en vano y que lucho contra esperanza, pero sigo vertiendo las aguas de mi amor en este cedazo capcioso y permeable, sin que me falten nunca para seguir perdiendo. Así, como un indio, devota en mi error, adoro al sol que mira a su adorador sin saber más de él. Mi queridísima señora, no dejéis que vuestro odio salga al encuentro de mi amor por amar a quien amáis; si vos misma, cuyo honor envejecido testimonia una juventud virtuosa, alguna vez, con tan sincera llama de afecto, deseasteis castamente y amasteis entrañablemente, queriendo que vuestra Diana fuese a la vez Amor y Diana, ah, entonces tened compasión de esta que está en tal situación que no puede menos de dar y prestar donde está segura de perder: que no pretende encontrar lo que anhela su búsqueda, sino que, como un acertijo, vive dulcemente donde muere.

CONDESA ¿No tenías hace poco la intención (di la verdad) de ir a París?

HELENA Sí la tenía, señora.

CONDESA ¿Para qué? Di la verdad.

HELENA Diré la verdad, lo juro por la misma gracia: sabéis que mi padre me dejó algunas prescripciones de efectos probados y extraordinarios, que su lectura y su experiencia manifiesta había reunido remedio general; y sabéis que quiso que yo las concediera con la reserva más atenta, como notas, cuyas posibilidades incluían más de lo que llevaban anotado. Entre otras cosas, hay un remedio, probado y escrito, para curar la desesperada enfermedad por la que se ha declarado perdido al rey.

CONDESA Di, ¿ese era tu motivo para ir a París?

HELENA Mi señor, vuestro hijo, me hizo pensar en ello; si no, tal vez París, la medicina y el rey hubieran estado entonces ausentes del trato con mis pensamientos.

CONDESA Pero ¿crees, Helena, que si ofrecieras tu supuesta ayuda él la recibiría? Él y sus médicos están de acuerdo en que no le pueden remediar: ellos, si no pueden ayudar, ¿cómo van a dar crédito a una pobre muchacha sin estudios, cuando las escuelas, empachadas de sus ciencias, han abandonado el peligro a él mismo?

HELENA Hay en ello algo más que la habilidad de mi padre, que era el primero de su profesión: su buena prescripción será santificada como herencia mía por las más afortunadas estrellas del cielo, y, si vuestro honor me da permiso para probar éxito, yo aventuraré esta bien perdida vida mía en la cura de su majestad en tal día y tal hora.

CONDESA ¿Tú lo crees?

HELENA Sí, señora, con conocimiento.

CONDESA Pues, Helena, tendrás mi permiso y mi cariño, medios y acompañantes, y mis saludos afectuosos a los míos en la corte. Yo me quedaré en casa y rogaré que Dios bendiga tu intento. Vete mañana, y ten la seguridad de que no echarás de menos aquello en que te pueda ayudar.

Salen.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

París. El palacio real.

Entra el rey con varios NOBLES jóvenes, que se despiden para la guerra en Florencia; BERTRÁN y PAROLES. Trompetas.

REY Adiós, jóvenes señores: no arrojéis de vosotros estos principios bélicos. Y a vosotros, mis señores, adiós: repartíos el consejo entre vosotros; si ambos ganan, todo el don se estira según es recibido, y es suficiente para unos y otros.

NOBLE PRIMERO Nuestra esperanza, señor, después de acostumbrarnos como soldados, es volver y encontrar a vuestra majestad con salud.

REY No no, no puede ser, y sin embargo mi corazón no quiere confesar que ha de rendirse a la enfermedad que asedia mi vida. Adiós, jóvenes señores, viva yo o muera, sed los hijos de dignos franceses. Haced que la más alta Italia (exceptuando a los que solo heredan la caída de la última monarquía) vea que acudís, no a cortejar a la fama, sino a casaros con ella. Cuando se eche atrás el más valiente aspirante, encontrad lo que buscáis, para que la fama os nombre en voz alta. Adiós, os digo.

NOBLE SEGUNDO La salud sirva a vuestra majestad a sus órdenes.

REY Esas muchachas de Italia, tened cuidado con ellas: dicen que a nuestros franceses les falta lenguaje para

negar si ellas piden: cuidado con quedar cautivos antes de servir.

AMBOS Nuestros corazones reciben vuestros avisos.

REY Adiós. Venid a mi lado.

Sale el REY.

NOBLE PRIMERO (*A BERTRÁN.*) Ah, mi dulce señor, ¡que os hayáis de quedar aquí!

PAROLES No es culpa suya, el galán.

NOBLE SEGUNDO Ah, son espléndidas guerras.

PAROLES Muy admirables; ya he visto guerras de esas.

BERTRÁN Me ordenan quedarme aquí, y me aturden con «demasiado joven», y «el año que viene», y «es demasiado pronto».

PAROLES Si tu ánimo se empeña en ello, muchacho, márchate valientemente a hurtadillas.

BERTRÁN Me quedaré, como el caballo delantero sujeto a unas faldas, haciendo crujir mis zapatos en el pavimento alisado, hasta que el honor esté todo vendido, y no se use espada sino para bailar. ¡Por los cielos, que me iré a hurtadillas!

NOBLE PRIMERO Es honroso ese hurto.

PAROLES Cometedlo, conde.

NOBLE SEGUNDO Yo seré vuestro cómplice; y adiós, pues.

BERTRÁN Me he vuelto parte vuestra, y nuestra separación es como torturar un cuerpo.

NOBLE PRIMERO Adiós, capitán.

NOBLE SEGUNDO ¡Dulce monsieur Paroles!

PAROLES ¡Nobles héroes! Mi espada y las vuestras son parientes, chispeantes y lustrosas, en una palabra, de

buen metal. En el regimiento de los Spini encontraréis a un tal capitán Spurio, con su cicatriz, un emblema de guerra, aquí en la mejilla izquierda. Fue esta espada la que la excavó: decidle que vivo, y observad qué noticias da de mí.

NOBLE SEGUNDO Así lo haremos, noble capitán.

Salen los NOBLES.

PAROLES Marte se enamora de vosotros, como novicios suyos. (*A BERTRÁN.*) Y vos, ¿qué vais a hacer?

BERTRÁN Calla: el rey.

Entra el REY.

PAROLES Usad más amplias ceremonias con esos nobles señores: os habéis limitado al alcance de un adiós demasiado frío. Sed más expresivo con ellos, pues estos se lucen en el gorro del mundo, exhibiendo allí buenas maneras: comen, hablan y se mueven bajo el influjo de la estrella más aceptada, y aunque el diablo marque el compás, hay que seguirles. Alcanzadles, y despedíos con mayor amplitud.

BERTRÁN Así lo haré.

PAROLES ¡Ilustres compañeros, que sin duda se mostrarán fuertes espadachines!

Salen BERTRÁN y PAROLES.

Entra LAFEU.

LAFEU Perdón, señor, para mí y mis noticias.

REY Te lo daré si te levantas.

LAFEU Entonces aquí tenéis en pie un hombre que se trae consigo el perdón. Ojalá os hubierais arrodillado vos para pedirme misericordia y que os pudierais levantar así a mi mandato.

REY Ojalá hubiera podido, y te habría roto la mollera, pidiéndote perdón por ello.

LAFEU A fe mía, de través. Pero, mi buen señor, es esto: ¿queréis curaros de vuestra enfermedad?

REY No.

LAFEU ¡Ah! ¿No queréis comer uvas, mi real zorro? Sí, pero las queréis, mis nobles uvas, si mi real zorro pudiera alcanzarlas... He visto una medicina que es capaz de infundir vida a una piedra, animar una roca, y haceros bailar el canario con endemoniado fuego y movimiento; cuyo simple toque tiene poder para resucitar al rey Pipino, más aún, para poner en la mano una pluma al gran Carlomagno y hacerle escribir un billete de amor a ella.

REY ¿Quién es ella?

LAFEU Pues el doctor Ella. Señor, ha llegado una, si queréis verla; y, por mi fidelidad y mi honor, si puedo expresar seriamente mis pensamientos con este estilo ligero mío, he hablado con una que, por su sexo, sus años, su profesión, su prudencia y su firmeza, me ha desconcertado más de lo que me atrevo a culpar a mi debilidad. ¿Queréis verla para lo que ella solicita, y conocer su asunto? Hecho eso, os podéis reír bien de mí.

REY Ea, buen Lafeu, trae acá esa admiración, para que podamos compartir contigo nuestro asombro, o quitarte el tuyo asombrándonos de cómo lo has adquirido.

LAFEU Bueno, haré lo que os convenga, y tampoco será el día entero.

REY Así prologa este siempre sus especiales naderías.

LAFEU Ea, venid por acá.

Entra HELENA.

REY Esta prisa, desde luego, tiene alas.

LAFEU Ea, venid por acá. Este es su majestad; decidle lo que queréis. Parecéis un traidor, pero a tales traidores rara vez teme su majestad: soy el tío de Crésida, que se atreve a dejar a dos juntos; que os vaya bien.

Sale LAFEU.

REY Bueno; hermosa, ¿se refieren a mí tus asuntos?

HELENA Sí, mi buen señor; mi padre fue Gerardo de Narbona, bien famoso en lo que profesaba.

REY Le conocí.

HELENA Entonces, más bien escatimaré mis alabanzas a él; el conocerle es bastante. En su lecho de muerte me dio muchas recetas, pero sobre todo una que me encargó conservar como única predilecta, el resultado más querido de su práctica y de su vieja experiencia, con triples ojos, más seguros y estimados que mis dos ojos. Yo lo he hecho así, y al oír que vuestra majestad está afectado por esa maligna causa en que tiene principal honor el don de mi querido padre, vengo a ofrecerlo, con mi obediencia y con toda la humildad debida.

REY Te damos gracias, doncella, pero no podemos ser tan crédulos sobre la cura, cuando nuestros más sabios doctores nos abandonan, y su colegio congregado ha concluido que el esfuerzo del arte no puede rescatar nunca a la naturaleza de su condición sin remedio. Digo que no hemos de manchar nuestro juicio ni corromper nuestra esperanza, prostituyendo nuestra enfermedad sin cura con empíricos, ni apartarnos, tanto de nuestro prestigio tomando en consideración una ayuda sin sentido, cuando consideramos que la ayuda ya no tiene sentido.

HELENA Entonces mi deber cumplido me pagará mi molestia: no quiero insistir más con vos en mi remedio, rogando humildemente, entre vuestros reales pensamientos, algo modesto que me permita regresar.

REY No puedo concederte menos para ser llamado agradecido. Pensabas ayudarme, y te doy las gracias del que está cercano a la muerte para los que desean que viva. Pero lo que sé por entero, no lo sabes ni en parte: pues yo conozco todo mi peligro y tú no sabes este arte.

HELENA Lo que puedo hacer, no puede dañar probarlo, puesto que pasáis ante el remedio. Aquel que realiza las mayores obras, a menudo las hace por medio del ministro más débil: así la Escritura ha mostrado juicio en los niños cuando los jueces han sido niños; grandes inundaciones han brotado de sencillas fuentes, y grandes mares se han secado, cuando los más poderosos no creían en milagros. A menudo fracasa lo esperado, y a menudo donde más promete; mientras que a menudo se logra donde la esperanza está más fría y más es el momento de desesperar.

REY No debo escucharte: que te vaya bien, doncella. Tus molestias, no utilizadas, deben ser pagadas por ti misma: los ofrecimientos no aceptados no cosechan más que gracias por recompensa.

HELENA Así queda estéril con un aliento el mérito de una inspiración. No ocurre con Aquel que lo sabe todo igual que pasa con nosotros, que cuadramos nuestra suposición por apariencias. Pero es sobre todo presunción nuestra cuando contamos como actos de los hombres la ayuda del cielo. Querido señor, dad consentimiento a mis esfuerzos; someted a experiencia al cielo, no a mí. No soy una impostora

que me proclame por encima del alcance de lo que quiero hacer; pero sabed que pienso, y pienso que sé con mucha seguridad que mi arte no está más allá de lo que se puede, ni vos más allá de la curación.

REY ¿Tanta confianza tienes? ¿En cuánto tiempo esperas curarme?

HELENA Si la mayor Gracia me concede gracia, antes que los caballos del sol lleven dos veces su inflamada antorcha por su anillo diurno, antes que el húmedo Véspero haya extinguido dos veces su soñolienta lámpara en la tiniebla y las neblinas de occidente antes que el reloj de arena del piloto haya contado veinticuatro veces cómo pasan los minutos igual que ladrones, lo enfermo será ahuyentado de vuestras partes sanas, la salud vivirá con libertad, y la enfermedad morirá libremente.

REY Por tu certidumbre y tu confianza, ¿qué te atreves a arriesgar?

HELENA Acusación de impudor, de desvergüenza de prostituta; la deshonra divulgada y extendida en odiosas baladas: mi nombre de doncella manchado de no serlo, o (no lo peor de lo peor) que mi vida termine con la tortura más vil.

REY Me parece que en ti habla algún espíritu bendito con voz poderosa en un débil órgano, y lo que la imposibilidad mataría en el sentido común, un sentimiento lo salva de otro modo: tu vida es preciosa, pues todo lo que la vida puede considerar digno de llamarse vida, tiene estimación en ti: juventud, belleza, buen juicio, valor, todo lo que la felicidad y la primavera pueden llamar feliz. Para echarlo a este riesgo, por fuerza debes contar con habilidad infinita o con monstruosa desesperación.

Dulce médico, probaré tu medicina que te causará la muerte si yo muero.

HELENA Si quebranto el tiempo, o si falto a la exactitud de lo que dije, muera yo sin compasión, y bien merecida: si no remedio, la muerte es mi paga, pero si remedio, ¿qué me prometéis?

REY Haz tu petición.

HELENA Pero ¿la concederéis?

REY Sí, por mi cetro y mis esperanzas del cielo.

HELENA Entonces, con tu mamo real, me has de dar el marido bajo tu dominio que yo pida: lejos de mí la arrogancia de elegir entre la sangre real de Francia para perpetuar mi bajo y humilde nombre con cualquier rama o imagen de tu rango, pero sí un vasallo tuyo, que sé que estoy libre de pedir, y tú de conceder.

REY Aquí está mi mano. Cumplidas las condiciones, tu voluntad será realizada por mi cuidado. Así, elige tu momento, pues yo, tu paciente decidido, confío ya en ti. Más debería preguntarte, y más debo, aunque por saber más no cabría más confianza: de dónde has venido, cómo te han acompañado; pero sé bienvenida sin preguntas y sé bendita sin sospechas. ¡Eh, venid a ayudarme! Si cumples tanto como tu palabra, mi acción estará a la altura de tu acción.

Trompetas.

Salen.

ESCENA II

Rosellón.

En el palacio de la condesa.

Entran la CONDESA y el GRACIOSO.

CONDESA Adelante, señor; ahora quiero ver la altura de tu educación.

GRACIOSO Me mostraré altamente alimentado y bajamente enseñado: sé que mi ocupación es solo en la corte.

CONDESA ¡En la corte! Pues ¿qué sitio te parece estimable si desdeñas este con tal desprecio de «solo en la corte»?

GRACIOSO La verdad, señora, si Dios le ha dado a uno buenas maneras, puede arreglárselas muy bien en la corte: el que no sepa doblar las piernas, quitarse el sombrero, besarse la mano y decir algo, no tiene piernas, ni manos, ni labios, ni sombrero; y en efecto, un tipo así, para decir la verdad, no sería para la corte. Pero en cuanto a mí, tengo una respuesta que puede servir para todos los hombres.

CONDESA Pardiez, será una respuesta generosa si se adapta a todas las preguntas.

GRACIOSO Es como una silla de barbero, que se adapta a todas las nalgas, las agudas, las anchas, las fuertes, cualquier nalga.

CONDESA ¿Tu respuesta vendrá bien para todas las preguntas?

GRACIOSO Tan bien como diez chelines para la mano de un abogado, como la coronilla a la francesa para la desvergonzada vestida de tafetán, como el anillo de mimbre de Juana para el anular de Juan, como el pastel para el jueves lardero, como las mayas para mayo, como el clavo para su agujero, como el cornudo para su cuerno, como la arpía enfurecida para el bribón peleón, como los labios de la monja para la boca del fraile, mejor dicho, como la morcilla para su pellejo.

CONDESA Entonces, digo yo, ¿tienes una respuesta de tal adaptación a todas las preguntas?

GRACIOSO Del duque para abajo, hasta el esbirro, se adapta a cualquier pregunta.

CONDESA Debe ser una respuesta de tamaño muy monstruoso, si tiene que adaptarse a todas las preguntas.

GRACIOSO Pero no es tampoco una fruslería, a fe, si los sabios dijeran la verdad sobre ello: aquí está, con todo lo que tiene. Preguntadme si soy un cortesano; no os hará daño aprender.

CONDESA Si pudiéramos ser jóvenes otra vez... Seré una tonta preguntando con la esperanza de ser más sabia con tu respuesta. Señor, por favor, ¿sois cortesano?

GRACIOSO ¡Dios mío, señor! Ese es un modo sencillo de esquivarlo: más, más, cien como esas.

CONDESA Señor, soy un pobre amigo vuestro, que os quiere mucho.

GRACIOSO ¡Dios mío, señor! Deprisa, deprisa, no me dejéis tranquilo.

CONDESA Creo, señor, que no podéis comer nada de esta comida casera.

GRACIOSO ¡Dios mío, señor! Pues ponedme a ello, os lo garantizo.

CONDESA Creo que hace poco os dieron azotes.

GRACIOSO ¡Dios mío, señor! No me dejéis tranquilo.

CONDESA ¿Gritáis «Dios mío, señor» cuando os azotan, y «no me dejéis tranquilo»? Desde luego, tu «Dios mío, señor» va muy de acuerdo con tu azotaina: respondería muy bien a unos azotes si estuvieras sujeto a ello.

GRACIOSO Nunca he tenido peor suerte en mi vida con mi «¡Dios mío, señor!». Veo que las cosas pueden servir

mucho tiempo, pero no servir siempre.

CONDESA Estoy jugando con el tiempo a la noble señora de casa, haciendo que lo pase tan alegremente con un loco.

GRACIOSO «¡Dios mío, señor!»: bueno, aquí sirve bien otra vez.

CONDESA Se acabó tu asunto, señor: dale esto a Helena y aprémiala para que devuelva enseguida una respuesta. Saluda a mis parientes y mi hijo. No es mucho.

GRACIOSO ¿No les saludo mucho?

CONDESA No es mucha ocupación para ti, ya me entiendes.

GRACIOSO Muy fecundamente: llegaré allí antes que mis piernas.

CONDESA Date prisa a volver.

Salen.

ESCENA III

París. En el palacio real.

Entran BERTRÁN, el viejo LAFEU y PAROLES.

LAFEU Dicen que los milagros han pasado, y tenemos personas filosóficas que nos hacen corrientes y familiares las cosas sobrenaturales y sin causa. Por eso tomamos como fruslerías los terrores, atrincherándonos en aparente conocimiento, cuando deberíamos someternos a un temor desconocido.

PAROLES Sí, es el más raro motivo de asombro que ha surgido en nuestros tiempos recientes.

BERTRÁN Eso es.

LAFEU Estar desahuciado por los del arte...

PAROLES Digo yo: por Galeno y por Paracelso a la vez...

LAFEU ... por todos los doctos auténticamente sabios...

PAROLES ¡Digo yo!

LAFEU ... que le daban por incurable...

PAROLES Pues ahí está eso, digo yo.

LAFEU ... sin que cupieran remedios...

PAROLES Eso, como quien dice, un hombre seguro de...

LAFEU ... de vida insegura y muerte segura.

PAROLES Eso, decís bien: eso iba a decir yo.

LAFEU Puedo decir de verdad que es una novedad para el mundo.

PAROLES Sí que lo es. Si la queréis ver impresa, la leeréis en... eso... ¿cómo se llama?

LAFEU «Una demostración de un efecto celestial en un agente terrenal.»

PAROLES Eso es, eso iba a decir, eso mismo.

LAFEU Vaya, el delfín no está más contento... palabra que hablo con respeto...

PAROLES No, es extraño, es muy extraño: para decirlo por lo largo y por lo corto: y será un espíritu muy facineroso el que no reconozca que esto es la...

LAFEU ... la misma mano del cielo.

PAROLES Eso, así digo yo.

LAFEU Es un debilísimo...

PAROLES ... es un frágil ministro, gran poder, gran trascendencia, que, desde luego, debería permitirnos sacar mayor utilidad que solamente la mejoría del rey, como para ser...

LAFEU ... agradecidos por todo.

Entran el REY, HELENA

y séquito.

PAROLES Eso iba a decir yo; decís bien... Aquí viene el rey.

LAFEU ¡*Lustig*,^[3] como dicen los holandeses! Me gustarán las muchachas mientras tenga un diente en la boca. Vaya, es capaz de acompañarla a bailar la *courante*.

PAROLES *Mort du vinaigre*, ¿no es esa Helena?

LAFEU Por Dios que así lo creo.

REY Id a llamar ante mí a todos los nobles de la corte. Siéntate, salvadora mía, al lado de tu paciente, y, con esta mano saludable a cuyos desterrados sentidos has hecho volver, recibe el cumplimiento de mi don prometido que no aguarda más sino que tú lo nombres.

Entran tres o cuatro NOBLES.

Hermosa doncella, haz caminar tus ojos: este juvenil grupo de nobles solteros está a mi disposición: sobre ellos puedo usar mi poder soberano y mi voz de padre. Haz tu libre elección: tienes poder de elegir, y ellos no lo tienen de rehusar.

HELENA A cada cual de vosotros, toque una dama bella y virtuosa cuando le plazca al amor: sí, a cada cual, menos a uno.

LAFEU (*A PAROLES.*) Daría mi bayo Rabón, con todos sus aparejos, por no tener la boca más quebrantada que estos muchachos ni más ensombrecida de barba.

REY Observadles bien: ninguno de ellos carece de un noble padre.

HELENA (*A un NOBLE.*) Caballeros, el cielo, por medio de mí, ha devuelto la salud al rey.

TODOS Lo sabemos, y damos gracias al cielo por vos.

HELENA Soy una doncella sencilla, aunque más rica porque aseguro sencillamente que soy doncella. Con la venia de vuestra majestad, ya he decidido. Los rubores en mis mejillas me susurran: «Nos ruborizamos de que tengas que elegir: pero si eres rehusada, que la blanca muerte se pose para siempre en tu mejilla: nosotros no volveremos más».

REY Mira y elige: quien rechace tu amor, rechaza todo el amor que tenga por mi parte.

HELENA Ahora, Diana, huyo de tu altar, y mis suspiros afluyen al imperial Amor, ese altísimo dios. Señor, ¿oiríais mi pretensión?

NOBLE PRIMERO Y la aceptaría.

HELENA Gracias, señor: todo lo demás es silencio.

LAFEU Con tal de entrar en su elección, me jugaría la vida a los dados.

HELENA Señor, el honor que arde en vuestros claros ojos responde demasiado amenazadoramente antes que yo hable. El Amor eleve vuestra suerte veinte veces por encima de la que así lo desea y de su humilde amor.

NOBLE SEGUNDO No sería mejor que si os placiera.

HELENA Recibid mi deseo, y que el amor lo conceda: y con eso me despido.

LAFEU (*Aparte.*) ¿Todos se le niegan? Aunque fueran hijos míos, les haría azotar, o les enviaría al Gran Turco para que les volviera eunucos.

HELENA (*Al NOBLE TERCERO.*) No tengáis miedo de que tome vuestra mano: nunca os haré agravio, en atención a vos. Descienda la bendición sobre vuestros votos, y ojalá encontréis en vuestro lecho más hermosa fortuna si os casáis.

LAFEU Estos muchachos son muchachos de hielo ninguno la quiere. Seguro que son bastardos de los ingleses: no les han engendrado franceses.

HELENA Sois demasiado joven, demasiado dichoso y demasiado valioso para querer un hijo de mi sangre.

NOBLE CUARTO No lo creo así, hermosa.

LAFEU Queda todavía una uva (estoy seguro de que tu padre bebía); pero si no eres un asno, yo soy un muchacho de catorce años. Ya te conozco.

HELENA (*A BERTRÁN.*) No me atrevo a decir que te tomo, sino que, mientras viva, me entrego, con mis servicios, a la guía de tu poder. Este es el hombre.

REY Pues entonces, joven Bertrán, tómala: es tu mujer.

BERTRÁN ¿Mi mujer, majestad? Rogaré a vuestra alteza que en un asunto como este me dé licencia para usar la ayuda de mis propios ojos.

REY ¿Sabes, Bertrán, lo que ella ha hecho por mí?

BERTRÁN Sí, mi buen señor, pero nunca espero saber por qué me tendría que casar con ella.

REY Tú sabes que me ha levantado de mi lecho de enfermedad.

BERTRÁN Pero ¿se sigue de ello, mi señor, que el hacerme caer tenga que responder a vuestro levantar? La conozco mucho: se ha educado a costa de mi padre: ¿mi mujer, la hija de un pobre médico? ¡Antes me infame un eterno desprecio!

REY Así, es solo la falta de rango lo que desprecias en ella, y yo lo puedo crear... Es extraño que nuestras sangres, reunidas juntas, no admitan distinción en color, peso y calor, y sin embargo se separan con tan fuertes diferencias. Aunque ella sea todo lo que es virtuoso

(salvo lo que te disgusta, el ser hija de un pobre médico), te disgusta la virtud por su nombre: pero no lo hagas así. Cuando surgen cosas virtuosas desde el lugar más bajo, ese lugar queda dignificado por quien las hace. El honor es hidrópico cuando hinchán los grandes títulos sin ninguna virtud. El bien solo es bien sin nombre: así lo es la vileza: la cualidad debe tomarse por lo que es, no por el título. Es joven, juiciosa, hermosa: en eso, es heredera inmediata de la Naturaleza, y eso engendra honor: es infamia del honor lo que presume de haber nacido del honor y no se parece a su padre. Los honores prosperan cuando los obtenemos más bien de nuestros actos que de nuestros antepasados. Las meras palabras son esclavas corrompidas en todo epitafio, en toda tumba: un trofeo mentiroso, muchas veces enmudecido donde el polvo y el olvido condenado forman la tumba. ¿Qué cabría decir, en efecto, de unos huesos honorables? Si puede gustarte esta criatura, como doncella, yo puedo crear lo demás. La virtud y ella misma son su propia dote: el honor y la riqueza vendrán de mí.

BERTRÁN No puedo amarla, ni quiero esforzarme en ello.

REY Te haces agravio a ti mismo, si te empeñas en escoger.

HELENA Señor, estoy contenta de que os hayáis restablecido: dejemos lo demás.

REY Mi honor está en juego, y para defenderlo tengo que aplicar mi poder. Ea, toma su mano, orgulloso muchacho despreciativo, indigno de este buen don, tú que encadenas en vil desprecio mi afecto y los méritos de ella: que no puedes imaginar que, echando nuestro peso en su platillo falto, te elevaremos hasta lo alto de la balanza: que no quieres saber que está en nuestra mano plantar tu honor donde nos place hacer que crezca. Refrena tu

desprecio, obedece a nuestra voluntad, que se esfuerza por tu bien: no hagas caso a tu desdén, sino, inmediatamente, haz a tu propia suerte ese favor obediente que exige su fidelidad y reclama nuestro poder, o si no, te desterraré para siempre de mi cuidado, echándote a los tambaleos y las caídas descuidadas de la juventud y la ignorancia, soltándote encima mi venganza y mi odio en el nombre de la justicia sin ningún término de compasión. Habla, di tu respuesta.

BERTRÁN Perdonad, mi gracioso señor, pues someto mi fantasía a vuestros ojos: cuando considero cuánto engrandecimiento y cuánta porción de honor acuden volando a donde lo mandáis, encuentro que la que hace poco era más baja en mis pensamientos más nobles, ahora, alabada por el rey, se ennoblece tanto como si hubiera nacido así.

REY Tómalala de la mano, y dile que es tuya, y yo le prometo un contrapeso: si no llega a tu rango, yo llenaré más su balanza.

BERTRÁN Acepto su mano.

REY La buena suerte y el favor del rey sonrían sobre este contrato, cuya ceremonia seguirá enseguida a la orden recién nacida, y se realizará esta noche. La fiesta solemne esperará hasta más adelante, aguardando a los amigos ausentes. Si la amas, tu amor será para mí sagrado: si no, se apartará.

Salen.

PAROLES y LAFEU *se quedan atrás,
comentando esta boda.*

LAFEU ¡Oíd, señor! Una palabra con vos.

PAROLES Como os plazca, señor.

LAFEU Vuestro amo y señor ha hecho bien en retractarse.

PAROLES ¿Retractarse? ¿Mi amo y señor?

LAFEU Sí, ¿no hablo una lengua clara?

PAROLES Muy pera, y que no se puede entender sin consecuencias sangrientas. ¿Mi amo?

LAFEU ¿No acompañáis al conde de Rosellón?

PAROLES A cualquier conde, a todos los condes, a todo lo que sea hombre.

LAFEU A lo que es hombre del conde: el señor del conde tiene otro estilo.

PAROLES Sois demasiado viejo, señor: contentaos con esto, sois demasiado viejo.

LAFEU Tengo que decirte, mozo, que escribo «hombre», y a ese título no te puede elevar la edad.

PAROLES (*Sacando la espada.*) No me atrevo a hacer, lo que de sobra me atrevo a hacer.

LAFEU Durante dos comidas, te consideré un muchacho bastante sensato: te desahogabas decentemente hablando de tu viaje, y podía pasar, pero los pañuelos y banderitas que te rodean me disuadieron de múltiples maneras de que te creyera nave de mucha carga. Ahora te he descubierto, y cuando te vuelva a perder, no me importará. No sirves para nada sino para ponerte a servir, y aún para eso casi no lo mereces.

PAROLES Si no tuvieras contigo el privilegio de la antigüedad...

LAFEU No te sumerjas demasiado en cólera, no sea que apresures tu sentencia, que si... ¡Dios tenga compasión de ti, pollito! Que te vaya bien, mi buena ventana de celosía: no necesito abrirte, porque veo bien a través de ti. Dame la mano.

PAROLES Señor, me tratáis con la más egregia indignidad.

LAFEU Sí, con todo mi corazón, y te lo mereces.

PAROLES No lo he merecido, señor mío.

LAFEU Sí, a fe, hasta la última dracma, y no te rebajo ni un escrúpulo.

PAROLES Bueno, será más cuerdo.

LAFEU Lo antes que puedas, porque tienes que tragar un sorbo de lo contrario. Si alguna vez te atan en tu bufanda y te pegan, verás lo que es estar orgulloso de tus vínculos. Tengo deseos de mantener conocimiento contigo, o mejor dicho, mi conocimiento sobre ti, para poder decir cuando haga falta es un hombre que conozco.

PAROLES Señor, me causáis una vejación insoportable.

LAFEU Querría que fueran penas del infierno por tu bien, y que yo te lo diera eternamente: pero ya he dejado atrás el dar nada a nadie, como te dejo ahora, con toda la prisa que me permita la edad.

Sale LAFEU.

PAROLES Bueno, tienes un hijo que me quitará esta deshonra: asqueroso, viejo sucio, asqueroso señor. Bueno, tengo que tener paciencia, no se puede encadenar a la autoridad. Por vida mía, le voy a pegar, si le puedo encontrar en buena ocasión; aunque fuera el doble del doble de un señor. No tendré más compasión de su edad que la que tendría de... Le pegaré, si le puedo volver a encontrar.

Entra LAFEU.

LAFEU Mozo, tu amo y señor se ha casado: una noticia para ti: tienes una nueva señora.

PAROLES Con la mayor sinceridad ruego a vuestra señoría que enmiende de algún modo estos agravios. Él es

solo mi buen señor: Aquel que sirvo allá arriba es mi amo.

LAFEU ¿Quién, Dios?

PAROLES Sí, señor.

LAFEU El diablo es tu amo. ¿Por qué te atas los brazos remangados con esa moda? ¿Conviertes las mangas en calzones? ¿Lo hacen otros sirvientes? Harías mejor en poner tus partes inferiores donde está tu nariz. Por mi honor, si fuera por lo menos dos horas más joven, te pegaría. Me parece que eres una ofensa para todos, y que todos deberían pegarte. Creo que fuiste creado para que los hombres te echaran el aliento encima.

PAROLES Es un trato duro y que no merezco, señor.

LAFEU Vamos allá, señor: en Italia te pegaron por robar un grano de granada; eres un vagabundo y un viajero poco honrado. Eres más insolente con los nobles y las personas honorables de lo que te permite con su heráldica el derecho de tu nacimiento y tu virtud. No mereces otra palabra más: si no, te llamaría villano. Te dejo.

Sale LAFEU.

Entra BERTRÁN.

PAROLES Bien, muy bien, conque es así: bien, muy bien, ocultémoslo un rato.

BERTRÁN ¡Hundido y condenado a preocupaciones para siempre!

PAROLES ¿Qué ocurre, corazón mío?

BERTRÁN Aunque lo he jurado ante el solemne sacerdote; no la llevaré nunca a la cama.

PAROLES ¿Qué? ¿Qué, corazón mío?

BERTRÁN Ah, mi Paroles, me han casado: me iré a las guerras toscanas, y nunca la llevaré a la cama.

PAROLES Francia es una perrera y no merece más las pisadas de un pie de hombre: ¡a la guerra!

BERTRÁN Hay carta de mi madre: todavía no sé lo que dice.

PAROLES Sí, habría que saberlo... ¡A la guerra, muchacho, a la guerra! Lleva su honor invisible en una caja el que abraza a su mujercita aquí en casa, consumiendo en brazos de ella, la médula viril que debía dominar el salto y la alta corveta del fiero corcel de Marte: ¡a otras regiones! Francia es un establo; así, pues, a la guerra los que traficamos en jacas.

BERTRÁN Así será: la enviaré a mi casa, haré saber a mi madre el aborrecimiento que le tengo y por qué he huido, y escribiré al rey lo que no me atrevo a decir. Su regalo de ahora me proveerá para esos campos de batalla italianos donde luchan nobles compañeros. La guerra no es lucha al lado del manicomio y la mujer detestada.

PAROLES ¿Estás seguro de que este *capriccio* durará en ti?

BERTRÁN Ven conmigo a mi cuarto y aconséjame. Yo la mandaré allá enseguida: mañana yo me iré a la guerra, y ella a su tristeza solitaria.

PAROLES Vaya, esas pelotas rebotan: sí que traen ruido. Es duro: joven casado, hombre acabado. Así pues, vamos allá, y dejadla valientemente. Ea, el rey os ha hecho agravio, pero a callar; así es.

Salen.

ESCENA IV

En el palacio real.

Entran HELENA y el GRACIOSO.

HELENA Mi madre me saluda cariñosamente: ¿está bien?

GRACIOSO No está bien, pero conserva la salud: está muy contenta, pero no está bien: pero, gracias a Dios está muy bien, y no le falta nada de este mundo: y sin embargo, no está bien.

HELENA Si está muy bien, ¿qué es lo que la hace sufrir, para que no esté muy bien?

GRACIOSO La verdad, está muy bien, desde luego, salvo por dos cosas.

HELENA ¿Qué dos cosas?

GRACIOSO Una, que no está en el cielo, a donde Dios la envíe rápidamente: la otra, que está en la tierra, de donde Dios la haga salir rápidamente.

Entra PAROLES.

PAROLES Bendita seáis, mi afortunada señora.

HELENA Espero, señor, que contaré con vuestra buena voluntad para tener mi propia buena fortuna.

PAROLES Tuvisteis mis oraciones para abrirles paso, y las seguís teniendo para conservarlas. Bueno, mi villano, ¿cómo está mi vieja señora?

GRACIOSO Si vos recibierais sus arrugas y yo su dinero, querría que pasara como decís vos.

PAROLES ¡Pero si yo no digo nada!

GRACIOSO Pardiez, prudente que sois: pues muchas lenguas de criados provocan la ruina de sus amos. No decir nada, no hacer nada, no saber nada y no tener nada, ha de ser una gran parte de vuestro empleo, que está al borde de no ser nada.

PAROLES Quita allá, eres un villano.

GRACIOSO Debíais haber dicho, señor: Ante un villano, eres un villano: es decir, ante mí, eres un villano;^[4] eso hubiera sido la verdad.

PAROLES Vamos allá, eres un loco ingenioso: ya te he encontrado.

GRACIOSO ¿Me habéis encontrado en vos mismo, señor? ¿O se os ha enseñado a encontrarme? La búsqueda, señor, ha sido provechosa, y en vos mismo podéis encontrar mucho loco, para placer del mundo y beneficio de la risa.

PAROLES Un buen villano, a fe, y bien alimentado. Señora, mi señor se va a marchar esta noche: le llama un asunto muy serio. Reconoce la gran prerrogativa del rito del amor, que el momento reclama como a vos debido, pero lo aplaza por impedimento obligado. Su falta y su dilación están esparcidas de aromas que se destilan ahora en la retorta del tiempo para hacer que la hora venidera rebose de gozo y el placer se vierta por encima del borde.

HELENA ¿Qué más dispone?

PAROLES Que al momento os despidáis del rey, y hagáis como si esta prisa procediera de vos misma, reforzándola con las excusas que consideréis que la hagan necesidad verosímil.

HELENA ¿Qué más manda?

PAROLES Que, obtenido esto, os pongáis enseguida a sus nuevas órdenes.

HELENA En todo cumpliré su voluntad.

PAROLES Así lo contaré.

Sale PAROLES.

HELENA Sí, por favor. (*Al GRACIOSO.*) Mozo, ven.

Salen.

ESCENA V

En el palacio del rey.

Entran LAFEU y BERTRÁN.

LAFEU Pero espero que vuestra señoría no le considere un soldado.

BERTRÁN Sí, señor, y de probada valentía.

LAFEU Lo pensáis porque él mismo lo ha dicho.

BERTRÁN Y por otros testimonios garantizados.

LAFEU Entonces mi reloj no va bien: tomé a esta alondra por un verderón.

BERTRÁN Os aseguro, señor, que es muy grande en conocimiento y otro tanto de valiente.

LAFEU Entonces he pecado contra su experiencia y he delinquido contra su valentía, y mi situación en eso es peligrosa, porque no encuentro arrepentimiento en mi corazón. Aquí viene: os ruego que nos hagáis amigos: quiero perseguir su amistad.

Entra PAROLES.

PAROLES Señor, se harán esas cosas.

LAFEU Por favor, señor, ¿quién es su sastre?

PAROLES ¿Eh, señor?

LAFEU Ah, le conozco bien, sí, señor: es un buen artesano un sastre muy bueno.

BERTRÁN ¿Ha ido ella a ver al rey?

PAROLES Ha ido.

BERTRÁN ¿Se marchará esta noche?

PAROLES Según deseáis que haga.

BERTRÁN He escrito mis cartas, he metido en arcas mis tesoros, he dado órdenes sobre nuestros caballos, y esta noche, cuando debería tomar posesión de la esposa, acabaré antes de empezar.

LAFEU Un buen viajero vale algo al fin de una comida; pero uno que miente tres tercios, y que emplea una verdad conocida para hacer pasar con ella mil naderías, debería ser escuchado una sola vez y pegado tres veces. Dios os salve, capitán.

BERTRÁN ¿Hay algún rozamiento entre mi señor y vos, monsieur?

PAROLES No sé cómo he merecido caer en desgracia de este señor.

LAFEU Habéis tomado carrerilla para caer en ella, con botas y espuelas y todo, como el que saltó dentro de la nata, y habéis de salir de ella corriendo antes que deber dar razón de vuestra residencia dentro.

BERTRÁN Quizá le habréis confundido, mi señor.

LAFEU Y siempre pensaré así de él, aunque le sorprenda rezando. Que os vaya bien, mi señor, y creedme esto: no puede haber almendra en esta cáscara ligera. El alma de este hombre está en sus ropas. No os fiéis de él en asunto de grave importancia. He domesticado a otros como este, y conozco sus caracteres. (*A PAROLES.*) Adiós, monsieur, he hablado de vos mejor de lo que habéis merecido o mereceréis por mi parte, pero tenemos que hacer el bien contra el mal.

Sale LAFEU.

PAROLES Un señor necio, juraría.

BERTRÁN No lo creo así.

PAROLES Pues ¿no le conocéis?

BERTRÁN Sí, le conozco, y la fama común le hace pasar por digno. Aquí viene mi atasco.

Entra HELENA.

HELENA Señor, como se me ha mandado de parte vuestra, he hablado con el rey, y he obtenido su licencia para marchar enseguida; solamente, él desea hablar a solas con vos.

BERTRÁN Obedeceré su deseo. Helena, no habéis de asombraros de mi conducta, que no muestra acuerdo con el momento, ni cumple con la atención y el deber que se me requieren. No estaba preparado para tal asunto, de modo que me encuentro muy trastornado. Esto me mueve a pedirlos que ahora os pongáis en camino a casa enseguida, y más bien reflexionéis que preguntéis por qué os lo ruego así, pues mis motivos son mejores de lo que parecen, y mis obligaciones son más necesarias de lo que os parece a primera vista a vos que no las conocéis... Esta carta es para mi madre: no os veré hasta dentro de dos días, de modo que os dejo a vuestro juicio.

HELENA Señor, no puedo decir nada más sino que soy vuestra más obediente servidora.

BERTRÁN Vamos, vamos, basta de eso.

HELENA Y siempre, con leal observancia, trataré de suplir aquello en que las estrellas de mi casa no han sido capaces de estar a la altura de mi gran fortuna.

BERTRÁN Dejad eso: mi prisa es muy grande. Adiós: id a casa.

HELENA Perdón, señor, por favor.

BERTRÁN Bueno, ¿qué ibais a decir?

HELENA No soy digna del tesoro que poseo, ni me atrevo a decir que es mío; y sin embargo lo es, pero, como un ladrón miedoso, querría robar de buena gana lo que la ley me concede por propio.

BERTRÁN ¿Qué querríais?

HELENA Algo, apenas tanto... nada, desde luego: no os quiero decir lo que querría, mi señor... A fe, sí: solo los desconocidos y enemigos se separan sin besarse.

BERTRÁN Por favor, no nos entretengamos, sino a caballo deprisa.

HELENA No quebrantaré vuestro mandato, mi buen señor. ¿Dónde están mis otros acompañantes? Adiós, monsieur.

Sale HELENA.

BERTRÁN Vete a casa, donde nunca iré mientras pueda blandir mi espada y escuchar el tambor. Vamos allá, huyamos.

PAROLES Valientemente, ¡*coraggio!*

Salen.

TERCER ACTO

ESCENA I

Florenia. En el palacio ducal.

Trompetas. Entran el DUQUE de Florenia y los dos NOBLES franceses, con un tropel de soldados.

DUQUE Así, punto por punto, ahora habéis oído las razones fundamentales de esta guerra, cuya gran decisión ha hecho verter mucha sangre, y tiene sed de más.

NOBLE PRIMERO La lucha parece sagrada para el bando de vuestra alteza: negra y temible para el adversario.

DUQUE Por eso nos asombramos mucho de que nuestro primo de Francia, en un asunto tan justo, cierre su pecho contra nuestros ruegos de que preste ayuda.

NOBLE SEGUNDO Mi buen señor, no puedo exponer las razones de nuestro Estado, sino solo como hombre corriente y al margen, que entiende el gran horóscopo de un consejo con fuer zas incapaces para moverse él mismo: por eso no me atrevo a decir lo que pienso de ello, ya que tantas veces como he hecho suposiciones me he encontrado en fundamentos inseguros para equivocarme.

DUQUE Sea como le plazca.

NOBLE PRIMERO Pero estoy seguro de que los más jóvenes de nuestra nobleza, empachados de su ocio, acudirán aquí día tras día a buscar su medicina.

DUQUE Serán bienvenidos, y todos los honores que puedan salir volando de nos, en ellos se posarán. Ya sabéis

bien vuestros encargos: cuando haya puestos mejores, os corresponderán a vosotros. Mañana, al campo.

Trompetas.

Salen.

ESCENA II

En el palacio de Rosellón.

Entran la CONDESA y el GRACIOSO.

CONDESA Todo ha sucedido como yo quería que sucediera, salvo que él no viene con ella.

GRACIOSO A fe mía, entiendo que mi joven señor es un hombre muy melancólico.

CONDESA ¿Por qué síntomas?

GRACIOSO Pues se mira las botas y canta: se arregla las vueltas de las botas, y canta; hace preguntas, y canta; se monda los dientes, y canta. Conozco un hombre que tenía esta manía de melancolía y vendió un castillo por una canción.

CONDESA Déjame ver qué escribe, y cuándo piensa venir.

GRACIOSO (*Aparte.*) A mí no me gusta Isabel desde que he estado en la corte. Nuestros bacalaos y nuestras Isabeles del campo no son nada como los bacalaos y las Isabeles de la corte: a mi Cupido le han saltado la tapa de los sesos, y yo empiezo a amar como un viejo ama el dinero: sin gusto.

CONDESA ¿Qué tenemos aquí?

GRACIOSO Ni más ni menos que lo que tenéis ahí.

Sale el GRACIOSO.

CONDESA (*Lee.*) «Os he mandado a casa una nuera: ha devuelto la salud al rey y me ha deshecho a mí. Me he casado con ella, pero no la he llevado a la cama, y he jurado hacer eterno el no. Oiréis decir que me he

escapado: sabedlo antes que os llegue la noticia. Si hay bastante anchura en el mundo, me mantendré a larga distancia. Mis respetos a vos. Vuestro infortunado hijo, Bertrán.» No está bien, muchacho temerario y sin riendas, huir de los favores de tan bondadoso rey, y atraer su indignación sobre tu cabeza despreciando a una doncella demasiado virtuosa para el desprecio de un emperador.

Entra el GRACIOSO.

GRACIOSO Ah, señora, allí hay tristes noticias entre dos soldados y mi joven señora.

CONDESA ¿Qué pasa?

GRACIOSO Bueno, hay algún consuelo en las noticias, algún consuelo: a vuestro hijo no le matarán tan pronto como creía yo que le matarían.

CONDESA ¿Por qué habrían de matarle?

GRACIOSO Eso digo yo, señora, si se ha escapado, como oigo que ha hecho: el peligro está en mantenerse firmes: eso es lo que pierde a los hombres, aunque con ello se engendren los niños. Aquí vienen quienes os dirán más. Por mi parte, yo he oído solo que vuestro hijo se había escapado.

Sale el GRACIOSO.

*Entra HELENA,
con los dos NOBLES.*

NOBLE SEGUNDO Dios os guarde, señora.

HELENA ¡Señora, mi señor se ha ido, se ha ido para siempre!

NOBLE PRIMERO No digáis eso.

CONDESA Acuérdate de la paciencia. Caballeros, perdonad: he sentido tantos sobresaltos de gozo y de dolor que la primera visión de ninguna de las dos cosas no me

hace asustarme como mujer. ¿Dónde está mi hijo, por favor?

NOBLE PRIMERO Señora, se ha ido a servir al duque de Florencia. Le hemos encontrado yendo allá, pues de allá venimos, y después de cierta misión que tenemos para la corte, volveremos allá otra vez.

HELENA Mirad su carta, señora: es mi documento de repudio: «Cuando puedas quitarme del dedo el anillo que nunca me he de quitar, y me muestres un hijo engendrado en tu cuerpo y de que yo sea padre, entonces llámame marido: pero en ese *entonces* yo escribo un *nunca*.» ¡Terrible sentencia!

CONDESA ¿Trajisteis vosotros esta carta, caballeros?

NOBLE PRIMERO Sí, señora, y por su contenido, lamentamos nuestro trabajo.

CONDESA Por favor, señora, ten mejor ánimo: si los acaparas, todos los dolores son tuyos, y me robas la mitad: era hijo mío, pero yo borro su nombre de mi sangre, y tú eres mi hija. ¿Hacia Florencia ha ido?

NOBLE PRIMERO Sí, señora.

CONDESA Y para ser soldado.

NOBLE PRIMERO Tal es su noble propósito, y creo que el duque le concederá todo el honor que reclama la buena conveniencia.

CONDESA ¿Volvéis allá?

NOBLE SEGUNDO Sí, señora, con las alas más rápidas de la prisa.

HELENA (*Lee.*) «Mientras no tengo mujer, no tengo nada en Francia.» ¡Es amargo!

CONDESA ¿Dice eso ahí?

HELENA Sí, señora.

NOBLE SEGUNDO A lo mejor no es más que el atrevimiento de su mano, sin que el corazón estuviera de acuerdo.

CONDESA Nada en Francia, mientras no tenga mujer: no hay aquí nada que sea demasiado bueno para él salvo ella solamente: y ella merece a un noble que tenga a su servicio veinte muchachos tan torpes como él y que la llamen señora a cada momento. ¿Quién estaba con él?

NOBLE SEGUNDO Un criado solo, y un caballero que conocí otra vez.

CONDESA ¿No era Paroles?

NOBLE SEGUNDO Sí, ese, mi buena señora.

CONDESA Un tipo muy viciado, lleno de malicia; mi hijo, con su influencia, corrompe una naturaleza bien heredada.

NOBLE SEGUNDO Desde luego, señora, ese tipo tiene mucho de ese demasiado que hace que se le tenga en tanto.

CONDESA Sois bienvenidos, caballeros. Os ruego, cuando veáis a mi hijo, que le digáis que su espada nunca puede ganar el honor que pierde. Os rogaré que le llevéis más por escrito.

NOBLE PRIMERO Os serviremos, señora, en eso y en todos vuestros dignísimos asuntos.

CONDESA Nada de eso, sino en intercambio de cortesías. ¿Queréis venir conmigo?

Salen la CONDESA y los dos NOBLES.

HELENA «Mientras no tengo mujer, no tengo nada en Francia.» Nada en Francia mientras no tenga mujer: no, Rosellón, no la tendrás en Francia, y así lo volverás a tener todo... Pobre señor; ¿soy yo quien

te destierra de tu país y expongo tus tiernos miembros a los azares de la guerra cruel? ¿Y soy yo quien te echo de las diversiones de la corte, donde te disparaban bellos ojos, para que seas blanco de mosquetes humeantes? ¡Ah, mensajeros de plomo, que cabalgáis sobre la violenta velocidad del fuego, volad con mala puntería, agitado el aire invulnerable que canta cuando se le traspasa, y no toquéis a mi señor! Quienquiera sea el que dispare contra él, seré yo quien le ha puesto allí: quienquiera sea el que ataque su pecho valiente, yo soy la desgraciada que le lleva a ello, y, aunque no le mate, yo soy la causa por la que tuvo lugar su muerte. Más me valdría encontrar al león voraz cuando ruge por el cruel apretón del hambre: más me valdría que todas las miserias que van unidas a la naturaleza fueran mías a la vez. No, ven tú a casa, Rosellón; ven de donde el honor solo saca del peligro una cicatriz. Me iré yo: el estar yo aquí es lo que te aleja de aquí: ¿me quedará para que sea así? No, no, aunque el aire del Paraíso ventilara la casa y los ángeles sirvieran, me marcharía. Que la compasiva fama informe de mi huida para consolar tu oído. Ven, noche; acaba, día, pues, pobre ladrona, me escaparé furtivamente con la tiniebla.

Sale.

ESCENA III

Florenia. Ante el palacio ducal.

*Trompetas. Entran el DUQUE de Florenia, BERTRÁN,
tambores y trompetas, soldados y PAROLES.*

DUQUE Serás el general de nuestra caballería, y nosotros, engrandecidos en nuestra esperanza, ponemos nuestro mejor cariño y confianza en tu suerte prometedora.

BERTRÁN Señor, es una carga demasiado pesada para mi fuerza, pero me esforzaré en sobrellevarla por

vuestro ilustre bien, hasta el último extremo del riesgo.

DUQUE Entonces, ve allá, y que la Fortuna juegue sobre tu próspero yelmo como tu amante llena de auspicios.

BERTRÁN En este día, gran Marte, me pongo en tus filas. Hazme solo como mis pensamientos, y me mostraré amante de tu tambor y aborrecedor del amor.

Salen todos.

ESCENA IV

Rosellón. En el palacio de la condesa.

Entran la CONDESA y el MAYORDOMO.

CONDESA ¡Ay! ¿Por qué tomaste su carta? ¿No podías saber que iba a hacer lo que ha hecho, si me enviaba una carta? Vuélvela a leer.

MAYORDOMO (*Lee.*) «Peregrina a Santiago he echado a andar: tanto ha pecado en mí el ávido amor que, para expiar mis culpas santamente, descalza por el duro suelo voy. Escribid, que del riesgo de la guerra, vuelva a casa vuestro hijo y mi señor, y bendecidle en paz. En tanto, lejos, yo bendigo su nombre con fervor: decid que me perdone sus fatigas. Como maligna Juno, le eché yo, lejos de sus amigos, a la guerra donde la muerte acecha a su valor. Para la muerte y yo, vale en exceso: me voy con ella y libertad le doy.»

CONDESA ¡Ah, qué agudos aguijones hay en sus dulcísimas palabras! Rinaldo, nunca te ha faltado tanto el juicio como al dejarla marchar así. Si yo hubiera hablado con ella, podría haber desviado sus intenciones, lo que ha evitado así.

MAYORDOMO Perdonadme, señora: si os hubiera dado la carta anoche, se la podría haber alcanzado; sin embargo, escribe que la persecución sería vana.

CONDESA ¿Qué ángel ha de bendecir a este indigno marido?

No le puede ir bien, a no ser que las oraciones de ella, a quien el cielo se complace en oír y gusta de conceder, le consigan el indulto de la ira de la mayor justicia. Escribe, escribe, Rinaldo, a este indigno marido de su mujer: y que cada palabra esté cargada del peso de su valor, que él pondera como demasiado ligero: escribe punzantemente mi grandísimo dolor, aunque él lo siente poco. Despacha el mensajero más apropiado: quizá cuando él oiga que ella se ha ido, volverá, y puedo tener esperanza de que ella, al saberlo, volverá aquí sus pasos de prisa, guiados por el amor. Cuál de los dos me es más querido, no tengo capacidad en mis sentidos para distinguirlo. Busca ese mensajero: mi corazón está cargado, y mi ancianidad es débil. El dolor querría lágrimas, y la tristeza me manda hablar.

Salen.

ESCENA V

Ante las murallas de Florencia. Un toque de trompeta, lejos.

Entran una anciana VIUDA de Florencia, su hija DIANA, VIOLANTE, MARIANA y otros ciudadanos.

VIUDA Ea, venid, pues si se acercan a la ciudad, perderemos toda la vista.

DIANA Dicen que el conde francés se ha portado honrosamente.

VIUDA Se dice que ha hecho preso al principal jefe de ellos y que con su propia mano mató al hermano del duque... Hemos perdido nuestro esfuerzo: se han ido por un camino contrario, escuchad; lo podéis conocer por las trompetas.

MARIANA Ea, volvamos otra vez, y contentémonos con las noticias... Bueno, Diana, ten cuidado con este conde

francés: el honor de una doncella es su buena fama, y ninguna herencia es tan rica como la honestidad.

VIUDA Ya he contado a mi vecina que has sido solicitada por un caballero compañero de él.

MARIANA Conozco a ese villano, ¡que lo ahorquen!; un tal Paroles, un sucio alcahuete en sus incitaciones al joven conde. Cuidado con ellos, Diana: sus promesas, sus seducciones, juramentos, regalos y todos esos artificios de la lujuria, no son lo que parecen. Muchas doncellas han sido seducidas así, y lo lamentable es que el ejemplo, que tan terrible se muestra en la ruina de la virginidad, no puede con todo eso disuadir a las demás, para que no se prendan en la liga que las amenaza en las ramas. Espero no tener que aconsejarte más, pero espero que tu propia gracia te hará seguir donde estás, aunque no se supiera de otro peligro que de perder así la modestia.

DIANA No tendréis que temer por mí.

Entra HELENA, de peregrina.

VIUDA Así lo espero. Mirad, aquí viene una peregrina: sé que parará en mi casa. Allí se envían unas a otras. Le preguntaré: Dios os proteja, peregrina, ¿a dónde os dirigís?

HELENA A Santiago el Grande. Os suplico, ¿dónde se alojan los romeros?

VIUDA Aquí, en San Francisco, junto a la puerta.

HELENA ¿Es por aquí?

*Suena una marcha militar,
lejos.*

VIUDA Sí que lo es. Oíd, vienen por esta parte. Si queréis aguardar, santa peregrina, por lo menos hasta que pasen las tropas, os llevaré a donde os habéis de

alojar: tanto más cuanto que creo que conozco a vuestra anfitriona tan bien como a mí misma.

HELENA ¿Sois vos misma?

VIUDA Si os parece bien, peregrina.

HELENA Os doy las gracias, y esperaré a cuando os parezca bien.

VIUDA ¿Habéis venido, me parece, de Francia?

HELENA Así es.

VIUDA Aquí veréis a un compatriota vuestro que ha hecho grandes hazañas.

HELENA ¿Cómo se llama, por favor?

DIANA El conde de Rosellón; ¿le conocéis?

HELENA Solo de oídas, por haber oído hablar muy noblemente de él: de cara no le conozco.

DIANA Sea como sea, aquí se le considera valiente. Se escapó de Francia, según cuentan, pues el rey le había casado contra su voluntad. ¿Creéis que es así?

HELENA Sí, seguro que es la pura verdad. Conozco a su dama.

DIANA Hay un caballero al servicio del conde que habla muy mal de ella.

HELENA ¿Cómo se llama?

DIANA Monsieur Paroles.

HELENA Ah, en materia de alabanzas, pienso como él: al lado de la valía del gran conde mismo, ella es demasiado baja para que su nombre se repita: todos sus méritos son una honestidad reservada, que nunca he oído que se pusiera en duda.

DIANA Ay, pobre señora, es dura servidumbre llegar a ser la esposa de un señor que la aborrece.

VIUDA ¡Ah, sí, la buena criatura! Dondequiera que esté, su corazón tendrá un peso de tristeza: esta joven doncella podría gastarle una mala pasada si quisiera.

HELENA ¿Qué queréis decir? ¿Acaso el galante conde la solicita con propósitos deshonestos?

VIUDA Así es, y emplea todo lo que en tal pretensión puede corromper el tierno honor de una doncella pero ella está armada contra él, y mantiene su vigilancia en la defensa más honesta.

Tambor y banderas.

Entran el conde de Rosellón, BERTRÁN,

PAROLES y todo el ejército.

MARIANA ¡No permitan otra cosa los dioses!

VIUDA Ea, ya vienen: ese es Antonio, el hijo mayor del duque, y ese es Escalo.

HELENA ¿Cuál es el francés?

DIANA Ese, el de la pluma: es un hombre muy valiente. Ojalá quisiera a su mujer: si fuera más honesto, valdría mucho más. ¿No es un hermoso caballero?

HELENA Me parece muy bien.

DIANA Lástima no sea honesto: el de ahí es ese villano que le lleva a tales cosas. Si yo fuera su dama, envenenaría a ese bribón.

HELENA ¿Cuál es?

DIANA Ese simio de pañoletas. ¿Por qué está melancólico?

HELENA Quizá le hayan herido en la batalla.

PAROLES ¿Perder nuestro tambor? Bueno.

MARIANA Está malignamente ofendido por algo. Mirad, nos ha observado.

VIUDA Pardiez, que os ahorquen.

MARIANA ¡Vuestra cortesía, para un lacayo!

Salen BERTRÁN

y los demás.

VIUDA Ha pasado la tropa. Venid, peregrina, os llevaré a donde habéis de alojaros. Hay ya en mi casa cuatro o cinco penitentes con votos de ir al gran Santiago.

HELENA Os doy las gracias humildemente. Y veamos si les parece bien a esta señora y esta gentil doncella cenar con nosotras esta noche: las costas y el agradecimiento serán para mí. Y para pagaros más, daré a esta virgen consejos dignos de atención.

AMBAS Aceptamos con gusto vuestra oferta.

Salen.

ESCENA VI

Campamento ante Florencia.

Entran el CONDE de Rosellón y los dos NOBLES franceses, como antes.

NOBLE SEGUNDO No, mi buen señor, ponedle a ello: que haga como quiere.

NOBLE PRIMERO Si vuestra señoría no encuentra que es un cobarde, no me tengáis más en consideración.

NOBLE SEGUNDO Una burbuja, mi señor, por mi vida.

BERTRÁN ¿Creéis que estoy engañado hasta tal punto con él?

NOBLE SEGUNDO Creedlo, mi señor, por mi propio conocimiento directo, sin rencor, solo hablando de él como de un pariente mío: es un gran cobarde, un embustero infinito e interminable, un quebrantador de promesas a cada momento; no es poseedor de ninguna buena cualidad, ni es digno del trato con vuestra señoría.

NOBLE PRIMERO Sería bueno que le conocierais, no sea que, descansando demasiado en el valor que no tiene, vaya a fallaros en algún asunto grande y de confianza, en algún grave peligro.

BERTRÁN Querría saber en qué acción determinada puedo probarle.

NOBLE PRIMERO Ninguna mejor que hacerle ir a buscar su tambor, como le habéis oído asegurar que está dispuesto a hacer tan confiado.

NOBLE SEGUNDO Yo, con una tropa de florentinos, le sorprenderé de repente: tomaré unos que esté seguro que él no los va a distinguir de los enemigos, y le ataremos y le vendaremos de tal modo, que no podrá menos de suponer que le llevan al campo enemigo, y entonces le traeremos a nuestras propias tiendas. Basta que vuestra señoría esté presente en su examen: si por prometerle la vida y bajo la más fuerte compulsión del vil temor no ofrece traicionarnos y entregar toda la información en su poder contra vos, y eso con la divina añadidura de su alma bajo juramento, entonces no os fiéis de mi juicio en nada.

NOBLE PRIMERO Oh, por el gusto de la risa, que traiga su tambor: dice que tiene una estratagema para ello. Cuando vuestra señoría vea el final de su resultado, y en qué metal se ha de fundir esta falsa masa de mineral precioso, si no le dais la diversión del tamborilero, es que vuestra inclinación no se puede cambiar. Ahí viene.

Entra PAROLES.

NOBLE SEGUNDO Ah, por el gusto de la risa, no estorbéis el honor de su proyecto: que traiga su tambor con cualquier mano.

BERTRÁN ¿Qué hay, monsieur? Ese tambor se te ha atragantado en tu disposición.

NOBLE PRIMERO El demonio se lo lleve: no es más que un tambor.

PAROLES No es más que un tambor; ¿no es más que un tambor? ¡Un tambor así perdido! Sí que fue excelente orden: cargar con nuestra caballería sobre nuestras propias alas, y hundir a nuestros propios soldados.

NOBLE PRIMERO No había nada que censurar en la orden del servicio: fue un desastre de guerra que ni el mismo César podría haber evitado aunque hubiera estado allí para mandar.

BERTRÁN Bueno, no podemos lamentar mucho nuestro resultado; algún deshonor hemos tenido con la pérdida de ese tambor, pero no es posible recobrarlo.

PAROLES Pudo haberse recobrado.

BERTRÁN Pudo, pero ahora no.

PAROLES Ha de recobrase: si no fuera porque el mérito del servicio rara vez es atribuido al verdadero y exacto realizador, yo obtendría ese tambor, o bien otro: si no, *hic jacet*.^[5]

BERTRÁN Bueno, si tienes ganas, a ello, monsieur. Si crees que tu secreto en la estratagema puede traer otra vez ese instrumento de honor a sus cuarteles naturales sé magnánimo en la empresa y ve allá. Yo honraré este intento como digna hazaña: si te va bien en él, el duque hablará de ti y te aplicará todo lo demás que corresponde a su grandeza hasta la última sílaba de tu dignidad.

PAROLES Por la mano de un soldado, que lo emprenderé.

BERTRÁN Pero no tienes que dormirte en ello.

PAROLES Iré a ello esta tarde: ahora voy enseguida a calcular mis dilemas, a animarme en mi certidumbre, y a ponerme en mis mortales preparativos: y a medianoche tendréis noticias mías.

BERTRÁN ¿Puedo tomarme la libertad de informar a su alteza que has ido a ello?

PAROLES No sé cuál será el resultado, señor, pero el intento lo juro.

BERTRÁN Sé que eres valiente y estoy dispuesto a garantizar las posibilidades de tu valor militar. Adiós.

PAROLES No me gustan las muchas palabras.

Sale PAROLES.

NOBLE SEGUNDO No te gustan más que el agua a un pez. ¿No es este un tipo extraño, señor, que parece emprender tan confiadamente un asunto (que sabe que no se ha de hacer), y se condena a hacerlo, atreviéndose más a condenarse que a hacerlo?

NOBLE PRIMERO No le conocéis, señor, como nosotros: es seguro que sabrá deslizarse en la predilección de cualquiera, y durante una semana escapará a muchos descubrimientos, pero una vez que se le descubre, ya se le tiene para siempre.

BERTRÁN ¡Cómo! ¿Pensáis que no va a hacer nada en absoluto de lo que tan seriamente se dispone a hacer?

NOBLE SEGUNDO Nada en absoluto, pero volverá con una invención, y os echará encima dos o tres mentiras verosímiles. Sin embargo, casi le hemos acorralado, y esta noche veréis su caída: pues, desde luego, no es como para que vuestra señoría le considere.

NOBLE PRIMERO Os divertiremos un poco con el zorro antes de desollarlo. El viejo señor Lafeu fue el primero en

sacarle de la madriguera con humo: cuando su disfraz y él se hayan separado, ya me diréis qué canalla os parece: esta misma noche lo veréis.

NOBLE SEGUNDO Tengo que ir a preparar mis trampas; quedará atrapado.

BERTRÁN Vuestro hermano vendrá conmigo.

NOBLE PRIMERO Como plazca a vuestra señoría: os dejo.

Sale NOBLE PRIMERO.

BERTRÁN Ahora os llevaré a la casa y os enseñaré esa muchacha de que os hablaba.

NOBLE SEGUNDO Pero decís que es honesta.

BERTRÁN Ese es su único defecto: no he hablado con ella más que una vez, y la encontré prodigiosamente fría, pero le he enviado a ese mismo granuja a quien seguimos la pista, con regalos y cartas, que ella me devolvió; y eso es todo lo que he hecho... Es una linda criatura: ¿queréis venir a verla?

NOBLE SEGUNDO Con todo mi corazón, señor.

Salen.

ESCENA VII

Florenia. En casa de la viuda.

Entran HELENA y la VIUDA.

HELENA Si no me creéis que soy ella, no sé cómo os puedo dar más seguridades sin perder los cimientos sobre los que educo.

VIUDA Aunque mi situación haya caído, fui bien nacida. No sé nada de estos asuntos, y no querría ahora exponer mi reputación en ningún acto que la manche.

HELENA Yo tampoco querría que lo hicierais. Primero, dadme crédito: el conde es mi marido, y cuanto os he dicho bajo vuestro secreto jurado es así, palabra

por palabra: entonces, no podéis errar al conceder la bondadosa ayuda que he de tomar prestada de vos.

VIUDA Os debería creer, porque me habéis mostrado algo que bien demuestra que sois grande en fortuna.

HELENA Tomad esta bolsa de oro, y dejadme comprar hasta aquí vuestra amistosa ayuda: yo os la pagaré y volveré a pagar de nuevo cuando lo haya logrado el conde corteja a vuestra hija, poniendo su lascivo asedio a su belleza, dispuesto a poder con ella: que ella acabe por consentir tal como la dirigiremos que es mejor que lo haga. Ahora, su apasionada sangre no negará nada de lo que ella pida: el conde lleva un anillo que se ha transmitido en su familia de padres a hijos, en cuatro o cinco generaciones, desde que lo llevó el primer padre. Ese anillo lo tiene en alta estimación, pero en su vano fuego, por conseguir su voluntad, no le parecería demasiado precioso, por más que se arrepintiera luego.

VIUDA Ahora veo el fondo de vuestra intención.

HELENA Entonces veis que es legítima: no es otra cosa sino que vuestra hija, antes de parecer vencida, le pida este anillo: le dé una cita, y, al fin, me entregue a mí para ocupar el momento, ausentándose ella castamente. Después, para casarla, añadiré tres mil coronas a lo que ya he dado.

VIUDA Me he rendido. Enseñad a mi hija cómo tiene que ir adelante, para que el tiempo y el lugar vayan de acuerdo con este engaño tan legítimo. Todas las noches viene con músicas de todas clases y canciones compuestas a su modestia. De nada nos sirve reprenderle para que se aleje de nuestros aleros, pues se empeña en ello como si le fuera la vida.

HELENA Pues entonces, esta noche probaremos nuestra conspiración, que, si sale bien, es mala intención en un acto legítimo, y legítima intención en un acto ilegítimo, en que ninguno de los dos pecará, y sin embargo habrá un acto pecador. Pero vamos a ello.

Salen.

CUARTO ACTO

ESCENA I

Junto al campamento de los florentinos.

Entra el NOBLE SEGUNDO francés, con otros cinco o seis SOLDADOS, en emboscada.

NOBLE SEGUNDO No puede venir por otro camino sino por esta esquina del seto. Cuando caigáis sobre él, hablad el lenguaje terrible que os plazca; aunque no lo entendáis vosotros mismos, no importa, pues debemos hacer como si no le entiendiéramos, salvo uno de nosotros, a quien hemos de presentar como intérprete.

SOLDADO PRIMERO Buen capitán, dejadme ser el intérprete.

NOBLE SEGUNDO ¿No le conoces? ¿No conoce él tu voz?

SOLDADO PRIMERO No, señor, os lo aseguro.

NOBLE SEGUNDO Pero ¿qué jerga usarás con nosotros?

SOLDADO PRIMERO La misma que me habléis.

NOBLE SEGUNDO Debe figurarse que es alguna banda de extranjeros al servicio del enemigo. Ahora, él sabe un poco de todos los idiomas de por aquí, de modo que cada cual debe ser hombre de su propia fantasía, sin saber qué nos decimos los unos a los otros; con tal que parezca que nos entendemos, va bien para nuestro propósito: lenguaje de chovas, mucho ruido, y ya está bien. En cuanto a vos, intérprete, tenéis que parecer muy político... Pero, eh, por tierra; ahí

viene, para matar dos horas en un sueño, y luego volver y jurar las mentiras que invente.

Entra PAROLES.

PAROLES Las diez: dentro de tres horas será el momento de marcharse a casa. ¿Qué diré que he hecho? Tiene que ser una invención muy plausible para salir adelante. Empiezan a ponerme al descubierto, y últimamente las vergüenzas han llamado a mi puerta con demasiada frecuencia. Encuentro que mi lengua es demasiado atrevida, pero mi corazón tiene por delante el miedo a Marte y a sus criaturas, sin atreverse a lo que dice mi lengua.

NOBLE SEGUNDO (*Aparte.*) Esta es la primera verdad de que tu lengua se ha hecho culpable.

PAROLES ¿Qué demonios me tenía que mover a emprender la recuperación de este tambor, sin ignorar su imposibilidad, y sabiendo que no tenía semejante propósito? Tengo que hacerme unas heridas a mí mismo, y decir que las recibí en la hazaña: pero si son ligeras no servirán. Dirán: ¿Cómo has escapado con tan poco? Y heridas grandes, no me atrevo a hacerme: así, ¿qué demostración puedo hacer? Lengua, tengo que meterte en la boca de una vendedora de manteca, y comprarle otra al mudo de Bayaceto, si me metes en estos peligros con tanto charlar.

NOBLE SEGUNDO (*Aparte.*) ¿Es posible que sepa lo que es, y sea lo que es?

PAROLES Me gustaría que bastase para el asunto darme cortes en la ropa, o romper mi espada española.

NOBLE SEGUNDO (*Aparte.*) No podemos permitirte lo.

PAROLES O quitarme la barba, y decir que fue en la estratagema.

NOBLE SEGUNDO (*Aparte.*) No serviría.

PAROLES O echar al agua la ropa, y decir que me desnudaron.

NOBLE SEGUNDO (*Aparte.*) Difícilmente serviría.

PAROLES Aunque si jurase que salté por la ventana de la ciudadela...

NOBLE SEGUNDO (*Aparte.*) ¿Desde qué altura?

PAROLES ... a treinta brazas...

NOBLE SEGUNDO (*Aparte.*) Tres juramentos grandes apenas harían creer eso.

PAROLES Me gustaría tener cualquier tambor del enemigo: juraría que lo había recobrado.

NOBLE SEGUNDO (*Aparte.*) Enseguida oirás uno.

PAROLES Un tambor ahora, del enemigo...

Toque de alarma, dentro.

Le atacan.

NOBLE SEGUNDO *Throca movosus, cargo, cargo, cargo.*

TODOS *¡Cargo, cargo, cargo, villiada par corbo, cargo, cargo!*

PAROLES ¡Ah, pagaré rescate! ¡No me tapéis los ojos! (*Le atan y le vendan los ojos.*)

INTÉRPRETE [SOLDADO PRIMERO] *Boskos thromuldo boskos.*

PAROLES Sé que sois del regimiento de Muscos, y perderé mi vida por faltarme idioma. Si hay aquí un alemán o danés o flamenco o italiano o francés, que hable conmigo, y yo le revelaré algo que deshará a los florentinos.

INTÉRPRETE *Boskos vauvado*, yo te entiendo y sé hablar tu lengua. *Kerelybonto*, señor, encomiéndate a tu fe,

pues tienes siete puñales al pecho.

PAROLES ¡Oh!

INTÉRPRETE Ah reza, reza, reza: *manka ravanaia dulce*.

NOBLE SEGUNDO *Oscorbidulchos volivorco*.

INTÉRPRETE Al general le parece bien dejarte por ahora vivo, y, con los ojos vendados como estás, te llevará allá para saber cosas de ti. A lo mejor le puedes informar de algo que te salve la vida.

PAROLES Ah, dejadme vivir, y os mostraré todos los secretos de nuestro bando, sus fuerzas, y sus planes sí, diré cosas que os asombrarán.

INTÉRPRETE ¿Pero lo harás con lealtad?

PAROLES Si no, condenadme.

INTÉRPRETE *Acordo lenta*. Vamos allá, se te concede un respiro.

Sale el INTÉRPRETE [SOLDADO PRIMERO],
con PAROLES y otros SOLDADOS.

NOBLE SEGUNDO Id a decir al conde de Rosellón y a mi hermana que hemos cazado el pájaro y le conservaremos encaperuzado hasta que sepamos de ellos.

SOLDADO SEGUNDO Yo iré, capitán.

NOBLE SEGUNDO Informa de que quiere traicionarnos a todos ante nosotros mismos.

SOLDADO SEGUNDO Así lo haré, señor.

NOBLE SEGUNDO Hasta entonces, guardadle a oscuras y bien encerrado.

Salen.

ESCENA II

Florencia. En casa de la viuda.

Entran BERTRÁN y DIANA.

BERTRÁN Me han dicho que os llamabais Fontibel.

DIANA No, mi buen señor: Diana.

BERTRÁN Con título de diosa, y digno de él, de sobra. Pero, linda alma, en vuestra hermosa figura, ¿no tiene parte el amor? Si el vivo fuego de la juventud no alumbra vuestro ánimo, no sois doncella sino un monumento. Cuando estéis muerta, seréis igual que como sois ahora, pues sois fría y severa, y ahora deberíais ser como fue vuestra madre cuando se engendró vuestra dulcísima persona.

DIANA Ella entonces era honesta.

BERTRÁN Así deberíais ser.

DIANA No: mi madre hizo su deber, el mismo (mi señor) que debéis a vuestra mujer.

BERTRÁN Basta de eso: por favor, no luches contra mis juramentos. Me obligaron a ella, pero te quiero a ti con el propio impulso dulcísimo del amor, y para siempre te daré todos los derechos de la obediencia.

DIANA Sí, así nos obedecéis hasta que os obedecemos, pero cuando tenéis nuestras rosas, apenas nos dejáis más que las espinas para que nos pinchemos y os burláis de nuestro despojo.

BERTRÁN ¡Cómo! ¡Yo he jurado!

DIANA No son los muchos juramentos lo que hace la verdad, sino el sencillo juramento único que se jura con sinceridad. No juramos por una cosa que no es santa, sino que tomamos por testigo al Altísimo. Entonces, decidme, por favor, si yo jurara por los sagrados atributos de Júpiter que os quiero mucho, ¿creeríais mis juramentos, si os amase sin deber? No tiene valor jurar, por Aquel a quien aseguro que amo, que

voy a actuar contra él. Así pues, vuestros juramentos son palabras y malos pactos sin sellar, al menos en mi opinión.

BERTRÁN Cámbiala, cámbiala: no seas tan piadosamente cruel: el amor es santo, y mi integridad nunca conoció los engaños de que acusas a los hombres. No te alejes más de mí, sino concédete a mis deseos enfermos, que entonces recobrarán la salud. Di que eres mía, y mi amor perseverará siempre como empieza.

DIANA Veo que los hombres enredáis las cosas de tal modo que nos abandonamos a nosotras mismas. Dadme ese anillo.

BERTRÁN Te lo prestaré, querida mía, pero no tengo poder para dártelo separándome de él.

DIANA ¿No queréis, señor?

BERTRÁN Es un honor que pertenece a nuestra casa, heredado desde muchos antepasados, y para mí el perderlo sería el mayor oprobio del mundo.

DIANA Mi honor es un anillo semejante: mi castidad es la joya de nuestra casa, heredada desde muchos antepasados, y para mí el perderla sería el mayor oprobio del mundo. Así vuestra propia prudencia saca al honor como campeón a mi favor, contra vuestro vano ataque.

BERTRÁN Ea, toma mi anillo: mi casa, mi honor, sí, hasta mi vida es tuya, y me dejaré mandar por ti.

DIANA Cuando dé la medianoche, llamad a la ventana de mi cuarto: yo me cuidaré de que mi madre no oiga. Ahora os ruego, por el vínculo de la lealtad, que cuando hayáis conquistado mi lecho aún virginal, no os quedéis en él más que una hora, ni me habléis. Mis motivos son muy graves, y los conoceréis

cuando este anillo os sea devuelto: yo os pondré esta noche otro anillo en el dedo, que, pase lo que pase con el tiempo, pueda dar testimonio al porvenir de nuestras acciones pasadas. Adiós, hasta entonces; no faltéis: habéis conquistado en mí una esposa, aunque con eso mi esperanza llegue a su fin.

BERTRÁN Un cielo en la tierra he ganado cortejándote.

DIANA Vivid muchos años para agradecérselo al cielo y a mí: quizá lo hagáis así al fin.

Sale BERTRÁN.

Mi madre me había dicho exactamente cómo me iba a cortejar, igual que si estuviera metida en su corazón. Dice que todos los hombres tienen iguales juramentos. Había jurado casarse conmigo cuando su mujer haya muerto: así, yaceré con él cuando esté enterrada. Puesto que los franceses son tales engañadores, que se case con ellos quien quiera: yo viviré y moriré doncella. Solo con este engaño pienso que no es pecado enredar al que quiere ganar ilícitamente.

Sale DIANA.

ESCENA III

En el campamento de los florentinos.

Entran los dos NOBLES franceses, y dos o tres soldados.

NOBLE PRIMERO ¿No le habéis dado la carta de su madre?

NOBLE SEGUNDO Se la he entregado hace una hora: hay algo en ella que le ha picado en su mismo ser, pues al leerla, se ha cambiado casi en otro hombre.

NOBLE PRIMERO Se ha hecho merecedor de mucha censura por rechazar a tan buena esposa y tan dulce dama.

NOBLE SEGUNDO Y sobre todo, ha incurrido en el perpetuo disgusto del rey, que acababa de templar su generosidad para cantarle felicidad. Os diré una

cosa, pero debéis dejarla oculta en oscuridad dentro de vos.

NOBLE PRIMERO Una vez que la hayáis dicho, está muerta, y yo soy su sepulcro.

NOBLE SEGUNDO Ha corrompido aquí en Florencia a una joven dama de gran renombre de castidad, y esta noche saciará su deseo en los despojos de ese honor. Le ha dado a ella su anillo de familia, y se considera afortunado con este lujurioso acuerdo.

NOBLE PRIMERO ¡Que Dios contenga nuestros malos deseos! En cuanto somos nosotros mismos, ¡qué cosas somos!

NOBLE SEGUNDO Nada más que nuestros propios traidores. Y, como pasa siempre en todas las traiciones, en que vemos que se entregan a sí mismos hasta que llegan a sus aborrecibles finales, así él, en esta acción, conspira contra su propia nobleza y se inunda en su propia corriente.

NOBLE PRIMERO ¿No se considera condenable en nosotros ser trompeteadores de nuestros intentos ilícitos? Entonces ¿no tendremos esta noche su compañía?

NOBLE SEGUNDO No hasta después de medianoche, pues está sujeto a una sola hora.

NOBLE PRIMERO Que se acerca deprisa. Me alegraría hacerle ver la disección de su compañero, para que pudiera tomar medida de sus propios juicios, en que tan adornadamente ha engastado esta piedra falsa.

NOBLE SEGUNDO No emprenderemos nada con este hasta que llegue él, pues su presencia debe ser el látigo del otro.

NOBLE PRIMERO Mientras tanto, ¿qué habéis oído de estas guerras?

NOBLE SEGUNDO He oído decir que hay tratos de paz.

NOBLE PRIMERO Más aún, os aseguro que se ha decidido la paz.

NOBLE SEGUNDO ¿Qué hará entonces el conde de Rosellón?
¿Seguirá viajando más allá, o se volverá otra vez a Francia?

NOBLE PRIMERO Por esa pregunta, observo que no sois confidente total de sus designios.

NOBLE SEGUNDO No lo permita Dios, señor: entonces tendría mucha parte en sus actos.

NOBLE PRIMERO Señor, su mujer huyó de casa hace unos dos meses, afirmando que iba en peregrinación a Santiago de Compostela, santo designio que cumplió con la más austera piedad, y, mientras estaba allí, la ternura de su naturaleza, como presa de su dolor... en fin, que exhaló su último aliento en un gemido, y ahora canta en el cielo.

NOBLE SEGUNDO ¿Cómo se ha sabido eso?

NOBLE PRIMERO La parte más sólida, por sus propias cartas, que hacen ver que es cierto el relato hasta el momento de su muerte: en cuanto a su propia muerte, que no podía estar a su cargo decir, la ha confirmado de modo fidedigno el rector de allí.

NOBLE SEGUNDO ¿Tiene el conde toda esa información?

NOBLE PRIMERO Sí, y las confirmaciones al detalle, punto por punto, consolidando plenamente la verdad.

NOBLE SEGUNDO Lamento de corazón que se vaya a alegrar de esto.

NOBLE PRIMERO ¡Qué intensamente!, a veces, nos consolamos con nuestras pérdidas.

NOBLE SEGUNDO ¡Y qué intensamente, otras veces, ahogamos en lágrimas nuestro beneficio! La gran dignidad que le ha adquirido aquí su valor, será recibida en la patria con una vergüenza no menor.

NOBLE PRIMERO La trama de nuestra vida es de tejido mezclado, lo bueno y lo malo reunidos: nuestras virtudes se enorgullecerían si no las azotaran nuestras faltas, y nuestros delitos caerían en desesperación si no fueran consolados por nuestras virtudes.

Entra un SIRVIENTE.

¿Qué hay? ¿Dónde está tu señor?

SIRVIENTE Ha encontrado por la calle al duque, señor, y se ha despedido solemnemente de él: su señoría se va mañana por la mañana a Francia. El duque le ha ofrecido cartas de recomendación para el rey.

NOBLE SEGUNDO No le resultarán superfluas, aunque tengan más de lo que pueden alabar.

*Entra el conde BERTRÁN
de Rosellón.*

NOBLE PRIMERO No pueden ser demasiado dulces para la acritud del rey. Aquí está su señoría. ¿Qué hay, mi señor? ¿No ha pasado ya la medianoche?

BERTRÁN Esta noche he resuelto dieciséis asuntos, con trabajo como para un mes. En resumen de lo conseguido: me he despedido del duque, dando mis adioses a quienes le rodean: he sepultado una esposa, he llorado por ella, he escrito a mi señora madre que vuelvo, he preparado mi expedición, y, entre estas principales cuestiones a despachar, he realizado otras acciones más delicadas: la última era la más grande, pero todavía no la he terminado.

NOBLE SEGUNDO Si el asunto es de alguna dificultad y os marcháis de aquí esta mañana, requiere prisa en vuestra señoría.

BERTRÁN Digo que el asunto no está terminado porque temo oír hablar de él después... Pero tengamos este diálogo entre el loco y el soldado. Vamos, sacad acá ese modelo falso que me ha engañado como un profeta de doble sentido,

NOBLE SEGUNDO Sacadle acá: el pobre villano de valentón lleva toda la noche metido en los cepos.

BERTRÁN No importa; sus talones se lo han merecido por usurpar tanto tiempo las espuelas. ¿Cómo anda?

NOBLE SEGUNDO Ya he dicho a vuestra señoría no anda, porque está en los cepos. Pero para responderos como queréis que se os entienda, llora como una moza que ha vertido la leche, y se ha confesado con Morgan, creyendo que es un fraile, desde que recuerda hasta el mismo reciente desastre de ponerle en los cepos, y ¿qué creéis que ha confesado?

BERTRÁN ¿Nada sobre mí, supongo?

NOBLE SEGUNDO Se le ha tomado confesión, y se le leerá a la cara; si vuestra señoría entra en ella, como creo que entra, habéis de tener paciencia para oírla.

Entra PAROLES, con el INTÉRPRETE.

BERTRÁN ¡La peste se lo lleve! ¡Con los ojos vendados! No puede decir nada de mí; callad, callad.

NOBLE PRIMERO Llega la gallina ciega. *Porto tartarossa.*

INTÉRPRETE Manda que se os torture: ¿qué vais a decir sin eso?

PAROLES Confesaré lo que sé sin violencia. Aunque me hagáis picadillo como una empanada, no puedo decir más.

INTÉRPRETE *Bosko chimurcho.*

NOBLE PRIMERO *Boblibindo chicurmurco.*

INTÉRPRETE Sois misericordioso, general... Nuestro general manda que respondáis a lo que os voy a preguntar siguiendo una lista.

PAROLES Y responderé con verdad, como espero vivir.

INTÉRPRETE «Primero, pregúntesele cuántos de caballería hay en las fuerzas del duque.» ¿Qué decís a eso?

PAROLES Cinco o seis mil, pero muy débiles e inútiles: las tropas están todas dispersas, y los jefes son unos bribones muy malos, por mi honra y mi crédito, como espero vivir.

INTÉRPRETE ¿Anoto así vuestra respuesta?

PAROLES Hacedlo: estoy dispuesto a recibir el Sacramento sobre ello, como queráis.

BERTRÁN (*Aparte.*) A él, todo le da igual. ¿Qué granuja sin salvación es este?

NOBLE PRIMERO (*Aparte.*) Os engañáis, mi señor; es monsieur Paroles, el valiente militarista (como decía él mismo), que llevaba toda la teoría de la guerra en el nudo de su pañuelo y su práctica en la vaina de la espada.

NOBLE SEGUNDO (*Aparte.*) Nunca me volveré a fiar de un hombre porque tenga la espada limpia, ni creeré que tiene nada dentro porque lleve elegantemente sus vestidos.

INTÉRPRETE Bueno, ya está anotado.

PAROLES Dije cinco o seis mil de a caballo: quiero decir la verdad, anotad «o aproximadamente», pues quiero decir la verdad.

NOBLE PRIMERO En eso está muy cerca de la verdad.

BERTRÁN Pero no le daré las gracias por el modo como la dice.

PAROLES Unos desgraciados villanos, os ruego que digáis.

INTÉRPRETE Bueno, ya está apuntado.

PAROLES Os doy humildemente las gracias, señor; la verdad es la verdad: esos villanos son unos terribles desgraciados.

INTÉRPRETE «Pregúntesele qué fuerza tienen de infantería.»
¿Qué decís a eso?

PAROLES A fe mía, señor, que diré la verdad, aunque solo haya de vivir hasta la presente hora. Vamos a ver: Espurio, unos ciento cincuenta; Sebastián, otros tantos; Corambo, otros tantos; Jacques, otros tantos; Gultiano, Cosme, Ludovico y Gratio, doscientos cincuenta cada uno; mi propia compañía, Chitofero, Vaumond, Bentio, doscientos cincuenta cada uno; de modo que la lista completa, sanos y podridos, por vida mía, no alcanza al total de quince mil, la mitad de los cuales no se atreven a sacudirse la nieve de los capotes por no hacerse pedazos de la sacudida.

BERTRÁN (*Aparte.*) ¿Qué habrá que hacerle?

NOBLE PRIMERO (*Aparte.*) Nada, sino darle las gracias. (*Al INTÉRPRETE.*) Preguntadle sobre mí, y qué prestigio tengo ante el duque.

INTÉRPRETE Bueno, está anotado: «Se le preguntará si un tal capitán Dumain, francés, está en su bando; y qué reputación tiene ante el duque, cuál es su valor, su honradez y su experiencia en la guerra: y si piensa que sería posible, con sumas de oro bien pesadas, corromperle para que hiciera traición». ¿Qué decís a esto? ¿Qué sabéis de eso?

PAROLES Os ruego que me dejéis responder por separada a cada pregunta. Hacédmelas una a una.

INTÉRPRETE ¿Conocéis al capitán Dumain?

PAROLES Le conozco: era un aprendiz de remendón en París, de donde lo desterraron con azotes por preñar a la tonta del barrio, una inocente muda, que no le podía decir que no.

BERTRÁN (*Aparte, conteniendo al NOBLE PRIMERO.*) No, por favor, con tened las manos, aunque sé que sus sesos están destinados a la primera teja que caiga.

INTÉRPRETE Bueno, ese capitán ¿está en el bando del duque de Florencia?

PAROLES Sí, que yo sepa, y bien piojoso.

NOBLE PRIMERO (*Aparte, a BERTRÁN.*) No, no me miréis así: enseguida oiremos hablar de vuestra señoría.

INTÉRPRETE ¿Qué reputación tiene ante el duque?

PAROLES El duque solo le conoce como un pobre oficial mío, y el otro día me escribió que le echara de la compañía. Creo que tengo la carta en el bolsillo.

INTÉRPRETE Pardiez, la buscaremos.

PAROLES Hablando con seriedad, no sé si está ahí, o si está archivada con otras cartas del duque, en mi tienda.

INTÉRPRETE Aquí está, aquí hay un papel: ¿os lo leo?

PAROLES No sé si es o no es.

BERTRÁN (*Aparte.*) Nuestro intérprete lo hace bien.

NOBLE PRIMERO Estupendamente.

INTÉRPRETE «Diana, el conde es tonto, pero está lleno de oro...»

PAROLES Eso no es la carta del duque, señor: es una advertencia a una muchacha decente de Florencia, una tal Diana, para que anduviese con cuidado con las seducciones de un tal conde de Rosellón, un muchacho necio y vanidoso, pero muy rijoso, aparte de eso. Por favor, señor, guardadla otra vez.

INTÉRPRETE No, primero la leeré, con vuestro permiso.

PAROLES Os aseguro que mi intención en esto era muy honesta, en beneficio de la muchacha, pues sabía que el joven conde es un mozo peligroso y lascivo: una verdadera ballena para la virginidad, devorando todos los pececillos que encuentra.

BERTRÁN (*Aparte.*) ¡Condenado bribón con forro de lo mismo!

INTÉRPRETE «... cuando jure, tú dile que suelte el oro, y guárdalo:

en cuanto pone el mingo, nunca paga la baza;

un acuerdo bien hecho ya está medio ganado:

hazlo así, luego es tarde: cóbrale en anticipo,

y adviértele, Diana, que te ha dicho un soldado:

Hay que andar con los hombres: los mozos, solo besos.

Para esta cuenta, el conde es un pobre bellaco,

que paga adelantado, pero no cuando debe.

Tuyo, como al oído te lo tiene jurado, Paroles.»

BERTRÁN (*Aparte.*) Se le hará pasar por en medio del ejército azotándole, con estos versos en la frente.

NOBLE SEGUNDO (*Aparte.*) Ahí tenéis a vuestro devoto amigo, señor, el lingüista múltiple, el soldado armipotente.

BERTRÁN (*Aparte.*) Antes podía aguantar cualquier cosa menos un gato; y ahora este es un gato para mí.

INTÉRPRETE Por las miradas del general, señor, entiendo que tendremos que ahorcaros.

PAROLES ¡Mi vida, señor, sea como sea! No es que tenga miedo de morir, pero siendo tantos mis pecados querría arrepentirme de ellos todo el resto de mi vida natural. Señor, dejadme vivir en un calabozo, en los capos, donde sea, con tal de vivir.

INTÉRPRETE Veremos qué puede hacerse, con tal que confeséis francamente. Así pues, volvamos otra vez con ese capitán Dumain: habéis respondido sobre su reputación ante el duque y su valor. ¿Qué hay de su honradez?

PAROLES Señor, es capaz de robar un huevo de un convento: en cuanto a violaciones y raptos, se puede comparar con Neso. Presume de no cumplir los juramentos: para quebrantarlos es más fuerte que Hércules. Es capaz de mentir, señor, con tal volubilidad, que creeríais que la verdad es tonta. La ebriedad es su mejor virtud, pues se emborracha como un cerdo, y mientras duerme hace poco daño, salvo a las ropas de su cama: pero como conocen sus costumbres, le tumban en la paja. Tengo poco más que decir sobre su honradez: tiene todo lo que no debería tener un hombre honrado: y no tiene nada de lo que debería tener un hombre honrado.

NOBLE PRIMERO (*Aparte.*) Empiezo a quererle por esto.

BERTRÁN (*Aparte.*) ¿Por esta descripción de tu honradez? Por mi parte, ¡que la peste se lo lleve! Cada vez es más gato.

INTÉRPRETE ¿Qué decís de su experiencia en la guerra?

PAROLES A fe, señor, fue a la cabeza de los tambores ante los cómicos ingleses: no quiero calumniarle, y no sé más de su valor militar, salvo que en Inglaterra tuvo el honor de ser oficial en un sitio que llaman Mile End para enseñar a ponerse en fila de dos. Querría hacerle todo el honor posible a ese hombre pero de esto no estoy seguro.

NOBLE PRIMERO (*Aparte.*) Se ha hecho tanto más villano que la villanía, que le redime el ser tan raro.

BERTRÁN (*Aparte.*) ¡La peste se lo lleve! Siempre es un gato.

INTÉRPRETE Si estimáis en tan poco precio sus cualidades, no necesito preguntaros si el oro le corromperá para que traicione.

PAROLES Señor, por un cuarto de escudo está dispuesto a vender los derechos a la salvación, su herencia de ella y a privar de ella a sus descendientes perpetuamente, en concesión plena y total.

INTÉRPRETE ¿Qué tal es su hermano, el otro capitán Dumain?

NOBLE SEGUNDO (*Aparte.*) ¿Por qué le pregunta sobre mí?

INTÉRPRETE ¿Cómo es?

PAROLES Un cuervo del mismo nido: en conjunto, no tan grande como el primero en lo bueno, pero mucho más grande en lo malo. Supera a su hermano en cobarde, aunque su hermano tiene fama de ser uno de los mejores que hay. En la retirada, corre más que cualquier lacayo: pardiez, al avanzar, le dan calambres.

INTÉRPRETE Si se os salva la vida, ¿os comprometéis a traicionar a los florentinos?

PAROLES Sí, y al general de su caballería, el conde de Rosellón.

INTÉRPRETE Iré a susurrárselo al general y a saber qué dispone.

PAROLES ¡Basta de tamborileos! ¡Malditos sean todos los tambores! Solo por parecer valeroso y para engañar las suposiciones de ese lascivo muchachito, el conde, me he metido en este peligro, pero ¿quién habría sospechado una emboscada donde me sorprendieron?

INTÉRPRETE No hay remedio, señor, sino que habéis de morir: el general dice que habéis descubierto tan traidoramente los secretos de vuestro ejército y habéis dado tan pestilentes informes sobre hombres de noble consideración, que no podéis servir al mundo para ningún uso honrado, así que habéis de morir. Vamos verdugo, fuera con su cabeza.

PAROLES Ah, señor, dejadme vivir, o dejadme ver mi muerte.

INTÉRPRETE Sí que la veréis, y os despediréis de todos vuestros amigos. (*Le destapa los ojos.*) Ea, mirad alrededor, ¿conocéis a alguien?

BERTRÁN Buenos días, noble capitán.

NOBLE SEGUNDO Dios os bendiga, capitán Paroles.

NOBLE PRIMERO Dios os guarde, noble capitán.

NOBLE SEGUNDO Capitán, ¿qué saludos queréis mandar al señor Lafeu? Me voy a Francia.

NOBLE PRIMERO Buen capitán, ¿queréis darme una copia de los versos que escribisteis a Diana en beneficio del conde de Rosellón? Si no fuese yo muy cobarde, os obligaría a dármelos. Pero adiós.

Salen BERTRÁN y los NOBLES.

INTÉRPRETE Estáis deshecho, capitán, todo entero, menos el pañuelo, que tiene todavía un nudo.

PAROLES ¿A quién no se le puede aplastar con una conspiración?

INTÉRPRETE Si encontrarais un país donde hubiera solo mujeres que hubieran recibido tanta vergüenza como vos, podríais comenzar una raza de desvergonzados. Adiós, señor, me voy también a Francia: allí hablaré de vos.

Sale el INTÉRPRETE.

PAROLES Sin embargo, estoy agradecido: si mi corazón fuera grande, estallaría con esto... No seré ya capitán sino que quiero comer y beber y dormir tan blando como si fuera capitán. Simplemente lo que soy me hará vivir: quién sabe qué es un jactancioso, témallo, pues llegará a ocurrir que todos los jactanciosos se descubrirán como burros. Enmohécete, espada; enfriaos, rubores, y viva Paroles con mayor seguridad en la vergüenza. Me han hecho un tonto: prosperaré por la tontería. Hay sitio y medios para todos los hombres que viven: yo los buscaré.

Sale.

ESCENA IV

Floencia. En casa de la viuda.

Entran HELENA, la VIUDA, y DIANA.

HELENA Para que veáis bien que no os he hecho agravio, uno de los mayores del mundo cristiano será mi fiador: ante su trono es necesario que me arrodille antes de completar mis intenciones. Hubo un tiempo en que le hice un favor deseado, tan precioso casi como su vida, que haría asomar la gratitud por el pecho berroqueño de un tártaro, a responder dando las gracias. Me han informado de que su majestad está en Marsella, y tenemos buen medio de transporte a esa ciudad. Habéis de saber que me suponen muerta: el ejército se disuelve y mi marido se vuelve a casa, donde, con ayuda del cielo, y con el permiso de mi

buen señor el rey, estaremos antes que el que nos ha de dar la bienvenida.

VIUDA Gentil señora, nunca habéis tenido una servidora a cuya confianza fuera tan grato un asunto vuestro.

HELENA Ni vos, señora, habéis tenido nunca una amiga cuyos pensamientos trabajen con más fidelidad por recompensar vuestro afecto. No dudéis que el cielo me ha traído para ser la dote de vuestra hija, igual que a ella la ha destinado a que fuera mi apoyo y mi ayuda para tener marido. Pero ¡qué hombres extraños, que pueden hacer tan dulce uso de lo que odian cuando la lasciva confianza de los pensamientos engañados mancha la noche de pez! Así la lujuria juega con lo que aborrece, tomándolo por lo que está lejos... Pero de eso, después... Vos, Diana, bajo mis tristes indicaciones, habéis de sufrir todavía un poco por mi bien.

DIANA Aunque la muerte y el honor fueran con vuestras imposiciones, soy vuestra para sufrir por vuestra voluntad.

HELENA Un poco todavía, os ruego... Pero pronto el tiempo traerá el verano, y las rosas silvestres tendrán hojas además de espinas, y serán tan olorosas como punzantes. Hemos de marcharnos, nuestro coche está preparado y el tiempo nos apremia. «Bien está todo lo que bien acaba», siempre «el fin corona la obra». Como quiera que vayan las cosas, el final es gloria.

Salen.

ESCENA V

Rosellón. En el palacio de la condesa.

Entran el GRACIOSO, la CONDESA y LAFEU.

LAFEU No, no, no, vuestro hijo fue descaminado por un tipo vestido de tafetán acuchillado, cuyo villano azafrán

habría vuelto de su color a toda la juventud de masa sin cocer de una nación entera: vuestra nuera viviría a estas horas, y vuestro hijo estaría aquí en casa, más favorecido por el rey que por aquel zángano de cola roja de que hablo.

CONDESA ¡Ojalá no le hubiera conocido! Ha sido la muerte de la dama más virtuosa con que ha merecido elogios la Naturaleza por crearla. Si hubiera participado de mi carne y me hubiera costado los cariñosos gemidos de una madre, no habría podido tenerle un cariño más arraigado.

LAFEU Era una dulce señora, era una dulce señora. Podremos recoger mil hierbas antes de dar con otra hierba semejante.

GRACIOSO Desde luego, señor, era la mejorana dulce de la ensalada, o más bien, la hierba de gracia.

LAFEU Esas no son verduras de ensalada, villano: son hierbas de olor.

GRACIOSO Yo, señor, no soy buen Nabucodonosor: no entiendo mucho de verduras.

LAFEU ¿Qué presumes de ser, un villano o un loco?

GRACIOSO Un loco, señor, al servicio de una mujer, y un villano al servicio de un hombre.

LAFEU ¿Y esa distinción?

GRACIOSO Al hombre le engañaría con su mujer haciendo su servicio.

LAFEU Así, desde luego, serías un villano a su servicio.

GRACIOSO Y por su mujer, señor, para hacerla servicio, haría verdaderas locuras.

LAFEU Tienes razón, eres a la vez un villano y un loco.

GRACIOSO A vuestro servicio.

LAFEU No, no, no.

GRACIOSO Pues señor, si no puedo servirlos, puedo servir a un príncipe tan grande como vos.

LAFEU ¿Quién es; un francés?

GRACIOSO A fe, señor, tiene nombre inglés, pero su fisonomía es más caliente en Francia que allí.

LAFEU ¿Qué príncipe es ese?

GRACIOSO El Príncipe Negro, señor, por otro nombre, el Príncipe de las Tinieblas, alias el Demonio.

LAFEU Toma, aquí tienes mi bolsa. No te la doy para separarte del amo de que hablas: sigue sirviéndole siempre.

GRACIOSO Yo, señor, soy hombre de bosques, y siempre me han gustado los grandes fuegos, y el amo de que hablo mantiene una buena hoguera, pero, desde luego, es el príncipe de este mundo: que su alteza se quede en su corte. Yo busco la casa con la puerta estrecha, que entiendo que es demasiado pequeña para que puedan entrar las pomposidades: algunos que se humillan quizá entren, pero la mayor parte será demasiado friolera y delicada, y buscarán el sendero florido que lleva a la puerta ancha y al gran fuego.

LAFEU Vete por tu lado: empiezo a hartarme de ti, y te lo digo antes, porque no querría reñir contigo. Vete por tu lado: que cuiden bien de mis caballos, sin mañas.

GRACIOSO Si les trato con mañas, serán mañas de jamelgo que son tuyas por derecho natural.

Sale el GRACIOSO.

LAFEU Un villano malicioso e infeliz.

CONDESA Así es. Mi difunto señor se divertía mucho con él, y se ha quedado aquí por voluntad de él: él lo considera una licencia para sus desvergüenzas, y, desde luego, no tiene freno, sino que corre a donde quiere.

LAFEU Yo le quiero mucho; no me parece mal... Estaba a punto de deciros, ya que he oído de la muerte de la buena dama, y que mi señor vuestro hijo vuelve a casa, que he movido al rey mi señor a que hable a favor de mi hija, a la cual, cuando ambos eran pequeños, su majestad había propuesto en primer lugar, por generosa atención. Su majestad me ha prometido hacerlo, y no hay cosa más oportuna para hacer cesar el disgusto que siente hacia vuestro hijo. ¿Qué le parece a vuestra señoría?

CONDESA Estoy muy satisfecha, señor, y deseo que se pueda realizar con felicidad.

LAFEU Su majestad vuelve a toda prisa de Marsella, tan sano de cuerpo como cuando contaba treinta años. Estará aquí mañana, si no me engaña uno que rara vez ha fallado en tales informaciones.

CONDESA Me alegra: tengo esperanza de verle antes de morir. He recibido cartas de que mi hijo estará aquí esta noche: suplico a vuestra señoría que permanezca conmigo hasta que se encuentren.

LAFEU Señora, estaba pensando de qué manera podría ser admitido sin riesgo.

CONDESA No necesitáis sino apelar al privilegio de vuestra nobleza.

LAFEU Señora, he usado de él con mucho atrevimiento, pero, gracias a Dios, aún sigue valiendo.

Entra el GRACIOSO.

GRACIOSO Ah señora, ahí está vuestro hijo mi señor con un parche de terciopelo en la cara, que, si hay debajo herida o no, el terciopelo lo sabe: pero es un buen parche de terciopelo. Su mejilla izquierda es una mejilla de dos pelos y medio, pero la derecha está desnuda.

LAFEU Una herida noblemente recibida, o una herida noble, es un buen distintivo de honor: seguramente es eso.

GRACIOSO Pero es una cara trinchada.

LAFEU Vamos a ver a vuestro hijo, por favor: deseo hablar con el noble y joven soldado.

GRACIOSO A fe, hay una docena de ellos, con sombreros finos y delicados, y con plumas muy cortesanas, que inclinan la cabeza y hacen reverencias a cualquiera.

Salen.

QUINTO ACTO

ESCENA I

Una calle de Marsella.

*Entran HELENA, la VIUDA y DIANA,
con dos acompañantes.*

HELENA Aunque esta desmesurada prisa día y noche debe consumir vuestro ánimo, no podemos remediarlo. Pero pues que habéis hecho iguales los días y las noches gastando vuestros delicados miembros en mis asuntos, animaos a contar con que habéis crecido tanto en mi agradecimiento que nada os podrá desarraigar.

Entra un CABALLERO halconero.

¡En dichoso momento! Este hombre puede ayudarme a hacerme oír de su majestad si quiere aplicar su poder. Señor, Dios os proteja.

CABALLERO Y a vos.

HELENA Señor, os he visto en la corte de Francia.

CABALLERO He estado allí alguna vez.

HELENA Supongo, señor, que no habéis caído del prestigio que acompaña a vuestra valía, y, por tanto, animada por muy duros azares, que hacen prescindir de las maneras escrupulosas, os ruego que uséis de vuestra valía, por lo que os quedará siempre agradecida.

CABALLERO ¿Qué deseáis?

HELENA Que tengáis a bien entregar al rey esta humilde petición, y ayudarme, con la reserva de poder que

tengáis, a llegar a su presencia.

CABALLERO El rey no está aquí.

HELENA ¿No está aquí, señor?

CABALLERO No, desde luego: se marchó de aquí anoche, y con más prisa de lo que acostumbra.

VIUDA ¡Señor, cómo perdemos nuestras fatigas!

HELENA «Bien está todo lo que bien acaba», todavía, aunque el tiempo parezca adverso y los medios poco apropiados. Os lo ruego: ¿adónde ha ido?

CABALLERO Pues, según entiendo, a Rosellón, a donde voy también yo.

HELENA Os suplico, señor, puesto que vais a ver al rey antes que yo, que entreguéis este papel a su generosa mano, lo cual supongo que no os procurará censura, sino más bien os hará agradecer la molestia que os tomáis por ello. Yo iré tras de vos con toda la buena rapidez que nos permitan nuestros medios.

CABALLERO Lo haré por vos.

HELENA Y encontraréis que se os agradece bien, pase lo que pase. Tenemos que montar otra vez a caballo. Vamos, vamos, preparémonos.

Salen.

ESCENA II

En el palacio de Rosellón.

Entran el GRACIOSO y PAROLES.

PAROLES Buen señor Lavache, dad a mi señor Lafeu esta carta. Antes, señor, me conocíais mejor, cuando tenía trato con trajes más nuevos: pero ahora estoy enfangado por el mal humor de la fortuna, y huelo algo fuerte a su fuerte disgusto.

GRACIOSO Ciertamente, el disgusto de la Fortuna debe ser muy sucio, si huele tan fuerte como dices. Desde ahora, no comeré más pescado frito de la Fortuna. Por favor, ponte del lado contrario al viento.

PAROLES Bueno, no necesitáis taparos la nariz, señor: hablo solo por metáfora.

GRACIOSO Desde luego, señor, si tu metáfora apesta, me taparé la nariz, o ante la metáfora de cualquier otro. Por favor, vete más allá.

PAROLES Por favor, señor, entregad este papel.

GRACIOSO Puf, apártate, por favor: ¡dar a un noble un papel que viene de la letrina de la Fortuna! Mira, aquí viene él mismo.

Entra LAFEU.

Señor, aquí hay un animal doméstico de la Fortuna,^[6] un gato de la Fortuna (aunque no un gato de algalia) que ha caído en el sucio estanque de pesca de su disgusto, y según dice, se ha enfangado con eso. Por favor, señor, tratad al pobre merluzo como podáis, pues parece un pobre villano, caído, ingenioso, necio y granuja. Compadezco su apuro con mis sonrisas de consuelo, y lo dejo a vuestra señoría.

Sale el GRACIOSO.

PAROLES Señor, soy un hombre a quien la Fortuna ha arañado cruelmente.

LAFEU ¿Y qué queréis que haga? Ya es tarde para cortarle las uñas. ¿En qué habéis hecho el villano con la Fortuna para que os arañe? Ella, por sí misma, es buena mujer y no le gusta que los villanos prosperen mucho bajo ella. Ea, aquí tenéis un cuarto de escudo. Que los jueces de paz os pongan en paz con la Fortuna: yo tengo otros asuntos.

PAROLES Ruego a vuestra señoría que me oiga una sola palabra.

LAFEU Pedís un solo penique más. Vamos, lo tendréis, ahorraos esa palabra.

PAROLES Mi buen señor, me llamo Paroles.

LAFEU Entonces pedís más de una palabra. ¡Por los clavos de Cristo! Dadme la mano: ¿qué tal está vuestro tambor?

PAROLES Ah, mi buen señor, vos fuisteis el primero en descubrirme.

LAFEU ¿Yo, de veras? Y yo fui el primero en perderte.

PAROLES En vos está, señor, el procurarme alguna gracia pues vos me la hicisteis perder.

LAFEU ¡Fuera de aquí, villano! ¿Me pones a la vez en el cargo de Dios y del diablo? El uno te lleva a la gracia, y el otro te saca de ella. El rey viene; lo sé por sus trompetas. Mozo, pregunta por mí después. He hablado de ti anoche: aunque eres un loco y un villano, comerás. Vamos, sígueme.

PAROLES Doy alabanza a Dios por vos.

Salen.

ESCENA III

En el palacio de la condesa de Rosellón.

Trompetas. Entran el REY, la anciana CONDESA, LAFEU, los dos NOBLES franceses, con séquito.

REY Hemos perdido una joya en ella, y nuestra estima se ha hecho más pobre de este modo: pero vuestro hijo, como furioso de lo cura, no ha tenido sentido para hacer llevar a su destino su aprecio.

CONDESA Eso ha pasado, majestad, y os ruego que lo consideréis como rebelión de la naturaleza, cometida en el ardor de la juventud, cuando el fuego y el

aceite, demasiado fuertes para las fuerzas de la razón, la dominan y se inflaman.

REY Mi noble señora, he olvidado y perdonado todo, aunque mis venganzas hubieran puesto la mira en él, aguardando el momento de disparar.

LAFEU Tengo que decir (pero primero pido perdón) que el joven señor ofendió gravemente a su majestad, a su madre y a su dama, pero a sí mismo se hizo el mayor agravio. Perdió una mujer cuya belleza asombraba a la contemplación de los más experimentados ojos, cuyas palabras cautivaban todos los oídos, y a cuya preciosa perfección daban título de señora aun los corazones que despreciaban servir.

REY Alabar lo perdido hace más sentido el recuerdo. Bueno, llamadle aquí: estamos reconciliados, y la primera vista matará todo rencor. Que no nos pida perdón: la naturaleza de su gran ofensa está muerta, y, más hondo que el olvido, enterramos sus irritantes reliquias. Que se acerque como extraño, no como ofensor: decidle que así es nuestra voluntad que haga.

SIRVIENTE Así lo haré, señor.

Sale el SIRVIENTE.

REY (*A LAFEU.*) ¿Qué dice de vuestra hija? ¿Habéis hablado?

LAFEU Todo lo suyo está encomendado a vuestra majestad.

REY Entonces tendremos boda. Me han enviado cartas que le exaltan mucho en fama.

Entra el conde BERTRÁN.

LAFEU Tiene buen aspecto con la fama.

REY No soy un día de cariz fijo, pues quizá veas en mí a la vez brillo de sol y granizada: pero las nubes agitadas

dejan paso a los rayos más claros. Acércate, pues; otra vez hace buen tiempo.

BERTRÁN Amado soberano, perdonadme las culpas de que tanto me arrepiento.

REY Todo está curado. Ni una palabra más del tiempo consumido, sino tomemos el instante por los pelos, pues somos viejos, y, en nuestras más rápidas disposiciones, se mete furtivamente el inaudible y silencioso pie del tiempo, antes que podamos realizarlas. ¿Recordáis a la hija de este señor?

BERTRÁN Con admiración, majestad: al principio había fijado en ella mi elección, antes que mi corazón se atreviese a hacer de mi lengua un heraldo demasiado osado. Fijando en ella la impresión de mis ojos, el desprecio me dio su altanera deformación de perspectiva, que retorció las líneas de todos los demás rostros, y se burló de todo color bello, y lo presentó alterado, extendiendo o contrayendo todas las proporciones en espectáculo horrible. Por eso ocurrió que aquella a quien todos alababan, y a quien yo he amado desde que he perdido, para mis ojos fue el polvo que los irritaba.

REY Bien excusado: el haberla amado reduce en varios grados tu gran deuda. Pero el amor que llega demasiado tarde, como el perdón arrepentido que se lleva demasiado despacio, se vuelve agria amargura contra el poderoso que lo envía, clamando: «Era bueno lo que ya no está». Nuestras culpas precipitadas aprecian trivialmente las cosas serias que tenemos, sin conocerlas hasta que conocemos su sepulcro. A menudo nuestros rencores, injustos contra nosotros mismos, destruyen a nuestros amigos, y luego lloran sobre su polvo: nuestro amor, al despertarse, llora al ver lo que se ha hecho, mientras el vergonzoso odio pasa toda la tarde

durmiendo la siesta. Sea este el toque fúnebre de Helena, y ahora olvídala. Envía tu prenda de amor a la bella Magdalena: se han obtenido los principales consentimientos, y aquí nos quedaremos para ver el segundo día de boda de nuestro viudo, que el amado cielo bendiga mejor que el primero, o si no, antes que ellos se reúnan, acábate en mí, oh, Naturaleza.

LAFEU Vamos allá, hijo mío, en quien debe absorberse el nombre de mi casa: dame una prenda de tu parte para hacer con su chispa que se encienda el espíritu de mi hija y venga deprisa. (BERTRÁN *le da un anillo.*) Por mi vieja barba y por todos los pelos que hay en ella, Helena, que ha muerto, era una dulce criatura: un anillo como este vi en su dedo cuando se despidió de la corte.

BERTRÁN No era de ella.

REY Por favor, dejádmelo ver: mis ojos, mientras hablaba, se han fijado muchas veces en él. Este anillo era mío, y cuando se lo di a Helena, le encargué que, si alguna vez su destino tenía necesidad de mi ayuda, con esta señal la socorrería. ¿Tuvisteis astucia para arrebatarle lo que más le podía ayudar?

BERTRÁN Mi gracioso soberano, como os plazca tomarlo, el anillo nunca ha sido de ella.

CONDESA Hijo, por vida mía, yo la he visto llevarlo, y lo estimaba al igual de su misma vida.

LAFEU Estoy seguro de que se lo vi llevar.

BERTRÁN Os engañáis, señor, ella no lo ha visto jamás: me lo echaron por una ventana en Florencia, envuelto en un papel, que contenía el nombre de la que lo tiró. Era noble, y creía que yo estaba libre, pero cuando declaré mi situación, y la informé por entero de que no podía corresponderle en forma honrosa, tal como

ella se me había ofrecido, ella lo dejó, aunque de mala gana, y no quiso volver a recibir el anillo jamás.

REY El mismo Pluto, que conoce las esencias de la vida y la benéfica medicina, no tiene mayor conocimiento del misterio de la naturaleza, que yo de este anillo. Fue mío, fue de Helena, quienquiera que os lo diera: así, como sabéis que os conocéis a vos mismo, confesad que era de ella, y con qué ruda violencia se lo quitasteis. Ella invocó a los Santos para jurar que nunca se lo quitaría del dedo a no ser que os lo diera a vos mismo en el lecho, al que nunca habéis ido, o que nos lo mandara en alguna gran aflicción suya.

BERTRÁN Ella no lo vio nunca.

REY Hablas con falsía, como amo mi honor, y haces que me vengan temerosas conjeturas a las que no querría dar paso: si resultara que eres tan inhumano... No resultará así: y sin embargo, no sé... La odiabas a muerte, y ahora ha muerto, y nada, salvo el haberle cerrado los ojos yo mismo, me lo podría hacer creer más que el ver este anillo. Lleváosle. Como quiera que resulte la cuestión, mis pruebas pasadas acusaran a mis temores de poca vanidad, habiendo vanamente temido demasiado poco. Fuera con él: averiguaremos más este asunto.

BERTRÁN Si demostráis que este anillo fue alguna vez suyo, os sería igual de fácil demostrar que yo hice de marido en su lecho en Florencia, donde ella nunca estuvo.

Sale BERTRÁN, llevado entre guardias.

Entra un CABALLERO.

REY Estoy envuelto en pensamientos funestos.

CABALLERO Augusto soberano, no sé si seré de censurar o no; aquí hay una petición de una florentina, que por

cuatro o cinco retrasos no ha llegado a tiempo de entregarla ella misma. Lo he tomado ganado por la hermosa gracia y las palabras de la pobre suplicante, que, por lo que yo sé, ahora aguarda aquí. Su asunto se echa de ver en ella con un rostro preocupado, y me ha dicho, en dulce mensaje de palabra, que la cosa se refiere a vuestra majestad y a ella.

REY (*Lee.*) «Tras de sus muchas promesas de casarse conmigo cuándo su mujer hubiera muerto, me ruborizo de decir que me ganó. Ahora el conde de Rosellón está viudo, sus juramentos están en mi poder, y yo le he pagado con mi honor. Se escapó furtivamente de Florencia, sin despedirse, y yo le sigo a su país pidiendo justicia. Concedédmela, oh, rey; en vos es donde más reside. Si no, un seductor prospera y una pobre doncella queda deshecha. Diana Capuleto.»

LAFEU Me compraré un yerno en una feria, pero a este le pregonaré: no quiero nada con él.

REY Los cielos han pensado bien en ti, Lafeu, mostrando este descubrimiento. Id a buscar a esas pretendientes: id deprisa, y traed otra vez al conde.

Entra BERTRÁN con los guardias.

Tengo miedo, señora, de que la vida de Helena le fuera arrebatada de mala manera.

CONDESA Pues justicia contra los culpables.

REY Me extraña, señor, puesto que las esposas son monstruos para vos, y huís de ellas en cuanto les juráis ser suyo, que, sin embargo, deseáis casaros. ¿Quién es esta mujer?

Entran la VIUDA, DIANA y el CABALLERO.

DIANA Mi señor, soy una desgraciada florentina descendiente de los antiguos Capuletos: mi

pretensión, según entiendo, ya la conocéis, y así pues, sabéis hasta qué punto puedo ser compadecida.

VIUDA Señor, soy su madre, cuya ancianidad y honor sufren bajo la queja que traemos ambas, habiendo de acabarse sin vuestro remedio.

REY Venid acá, conde, ¿conocéis a estas mujeres?

BERTRÁN Señor, ni puedo ni quiero negar que las conozco...
¿Traen otras acusaciones contra mí?

DIANA ¿Por qué miráis de modo tan extraño a vuestra esposa?

BERTRÁN No es nada mío, señor.

DIANA Si os casáis, entregáis esta mano, y es mía: entregáis los votos del cielo, que son míos: os entregáis a vos mismo, que es sabido que es mío: pues yo, por juramento, estoy tan hecha una sola cosa con vos; que quien se case con vos ha de casarse conmigo, o con los dos o con nadie.

LAFEU Vuestra reputación es demasiado escasa para mi hija: no sois marido para ella.

BERTRÁN Señor, esta es una criatura necia y trastornada con que algunas veces me he reído: que vuestra majestad ponga en mi honor pensamientos más nobles que suponer que lo voy a hundir aquí.

REY Señor, en cuanto a mis pensamientos, no contáis con su amistad mientras que vuestras acciones los conquisten con más nobleza. Demostrad vuestro honor más que como está en mi pensamiento.

DIANA Mi buen señor, preguntadle bajo su juramento si no cree que obtuvo mi virginidad.

BERTRÁN Es una desvergonzada, señor, y era la diversión general del campamento.

DIANA Me agravia, señor: si así fuera, me podría haber comprado al precio común. No le creáis. Ah, observad este anillo, que no tiene igual en alta estimación y rico valor: y, con todo eso, se lo dio a la diversión del campamento, si lo soy yo.

CONDESA Enrojece; le han tocado. Seis antepasados, antes que él, legaron esa gema a la generación siguiente, que la poseía y la usaba. Esta es su esposa: el anillo lo prueba mil veces.

REY Creo que decís que habéis visto aquí en la corte uno que podría atestiguarlo.

DIANA Eso dije, señor, pero me repugna presentar tan mal instrumento: se llama Paroles.

LAFEU He visto hoy a ese hombre, si es hombre.

REY Buscadle y traedle aquí.

BERTRÁN ¿Y qué con él? Se le conoce como un villano perverso, con todos los vicios del mundo, manchado y depravado, de naturaleza enferma solo de decir una verdad. ¿Soy yo esto o lo otro según lo que él diga? Ese es capaz de decir cualquier cosa.

REY Ella tiene ese anillo vuestro.

BERTRÁN Creo que sí: es cierto que me gustaba y que la abordé al modo lascivo de la juventud. Ella sabía mantenerse a distancia y me echó el anzuelo enloqueciendo mi empeño con negativas (porque todos los impedimentos en el camino del antojo son motivos de más antojo), y, en fin, su infinita astucia, con su gracia vulgar, me sometieron a su albedrío: obtuvo el anillo, y yo obtuve lo que cualquier inferior podría haber comprado al precio de mercado.

DIANA He de tener paciencia: vos, que antes habéis rechazado una esposa tan noble, podéis menospreciarme justamente así. Pero, por favor (puesto que os falta virtud, yo perderé un marido): mandad a buscar vuestro anillo. Me volveré a casa; dadme el mío otra vez.

BERTRÁN No lo tengo.

REY ¿Qué anillo era el vuestro, decidme?

DIANA Señor, muy parecido al que tenéis en el dedo.

REY ¿Conocéis este anillo? Este anillo era suyo hace poco.

DIANA Y yo se lo di estando en la cama.

REY Entonces la historia sale falsa: ¿no se lo tirasteis por la ventana?

DIANA He dicho la verdad.

Entra PAROLES.

BERTRÁN Señor, confieso que el anillo era de ella.

REY Te erizas de mala manera; cualquier pluma te sobresalta... ¿Es este el hombre de que hablabais?

DIANA Sí, mi señor.

REY Dime, mozo, pero dime la verdad, te lo mando, sin miedo al disgusto de tu amo, que yo evitaré si te portas con justicia: ¿qué sabes de él y de esta mujer que está aquí?

PAROLES Con la venia de vuestra majestad, mi amo ha sido un caballero honorable: tenía esas mañas que tienen los caballeros.

REY Vamos, vamos, al asunto: ¿amó a esta mujer?

PAROLES A fe, señor, la amó, pero ¿cómo?...

REY ¿Cómo, di?

PAROLES La amó, señor, como un caballero ama a una mujer.

REY ¿Eso cómo es?

PAROLES La amó, señor, y no la amó.

REY Igual que tú eres un bribón y no eres un bribón. ¿Qué tipo equívoco es este?

PAROLES Soy un pobre hombre, y a las órdenes de vuestra majestad.

LAFEU Es un buen tambor, señor, pero un mal orador.

DIANA ¿Sabéis que me prometió el matrimonio?

PAROLES A fe, sé más de lo que quiero decir.

REY Pero ¿no quieres decir todo lo que sabes?

PAROLES Sí, con la venia de vuestra majestad: yo medié entre ellos, como dije, pero además, él la amaba, pues, desde luego, estaba loco por ella, y hablaba de Satanás, y del Limbo, y de las Furias, y de no sé qué. Sin embargo, fue en calidad de aquello, en ese tiempo, entre ellos, como supe de lo de acostarse juntos, y de otras propuestas, como prometerla el matrimonio, y cosas de que me estaría mal hablar; así que no voy a decir lo que sé.

REY Ya lo has dicho todo, a no ser que puedas decir que están casados, pero eres demasiado sutil en tus declaraciones: así que apártate. Ese anillo, ¿decís que era vuestro?

DIANA Sí, mi buen señor.

REY ¿Dónde lo comprasteis? ¿O quién os lo dio?

DIANA Ni me lo dieron, ni lo compré.

REY ¿Quién os lo prestó?

DIANA Tampoco me lo prestaron.

REY ¿Dónde lo encontrasteis, entonces?

DIANA No lo encontré.

REY Si no fue vuestro de ninguna de esas maneras, ¿cómo pudisteis dárselo?

DIANA Nunca se lo di.

LAFEU Esta mujer, señor, es un guante cómodo, se quita y se pone a gusto.

REY Ese anillo era mío; yo se lo di a su primera mujer.

DIANA Por lo que yo sé, podría ser vuestro o de ella.

REY Quitádselo: no me gusta ahora ella. A la cárcel con ella, y fuera con él: a no ser que me digas de dónde sacaste este anillo, mueres en esta misma hora.

DIANA Nunca os lo diré.

REY Lleváosla.

DIANA Daré fianza, majestad.

REY Ahora te considero una prostituta vulgar.

DIANA Por Júpiter, si alguna vez he conocido hombre, sois vos.

REY ¿Por qué le has acusado a él durante todo este tiempo?

DIANA Porque es culpable, y no es culpable: sabe que no soy doncella, y lo jurará: yo juraré que soy doncella, y él no lo sabe. Gran rey, no soy ninguna desvergonzada, por mi vida: o soy doncella, o soy la mujer de este viejo.

REY Ofende nuestros oídos; ¡a la cárcel con ella!

DIANA Buena madre, saca mi fianza.

Sale la VIUDA.

Esperad, real señor; se ha ido a buscar al joyero dueño del anillo, y él será mi fiador. En cuanto a este señor, que me ha ofendido, como sabe él mismo, aquí le doy por absuelto. Él sabe que ha infamado mi lecho y que en esa ocasión ha hecho concebir a su mujer: aunque esté muerta, siente el niño darle golpes. De modo que aquí está mi enigma: Una que ha muerto está viva. Y ahora mirad la solución.

Entran HELENA y la VIUDA.

REY ¿No es un exorcista quien engaña el fiel deber de mis ojos? ¿Es de verdad lo que veo?

HELENA Mi buen señor, es solo la sombra de una esposa lo que veis: el nombre, no la cosa.

BERTRÁN Las dos cosas, oh, perdón.

HELENA Ah, mi buen señor, cuando yo me parecía a esta doncella, os encontraba prodigiosamente cariñoso. Aquí está vuestro anillo, y mirad, aquí está vuestra carta, que dice: «Cuando puedas obtener este anillo de mi dedo, y tengas un hijo mío, etc.» Hecho esto, ¿quieres ser mío ahora que estás doblemente ganado?

BERTRÁN Si ella, majestad, puede hacerlo saber con claridad, la querré mucho y siempre, mucho.

HELENA Si no resulta claro y se muestra que no es cierto, mortal divorcio se interponga entre tú y yo. Ah, mi querida madre, ¿te veo viva?

LAFEU Mis ojos huelen cebollas; voy a llorar enseguida. Buen tambor, préstame un pañuelo. Gracias, acompáñame a casa, que me voy a divertir contigo. Deja en paz tus reverencias; son muy torpes.

REY Conozcamos esta historia punto por punto, para hacer que la pura verdad rebose de placer. (*A DIANA.*) Si eres aún una flor fresca y sin cortar, elige tu marido

y yo te pagaré tu dote. Pues puedo suponer que por tu honesta ayuda has conservado esposa a una esposa, y te has conservado doncella. De todo esto y todo lo ocurrido, grande y pequeño, nos contará con comodidad el mayor ocio. Todo hasta ahora parece bien, y si termina así de bien el amargo pasado, la dulzura es más gratamente recibida.

Trompetas.

EPÍLOGO La función se ha acabado: ahora el rey mendiga.

Todo acabará bien, si oís la pretensión
de que expreséis contento: lo cual os pagaremos
con afán de agradaros, cada día mejor.
Dadnos vuestra indulgencia y os damos nuestro arte,
con vuestro aplauso a cambio de nuestro corazón.

Salen todos.



MEDIDA POR MEDIDA

versión de

Circe Maia

Representada en la corte en diciembre de 1604. El único texto conservado es el del Primer Folio de 1623, compuesto, según algunos estudiosos, a partir de una reelaboración teatral del original de Shakespeare.



DRAMATIS PERSONAE

El DUQUE, Vincentio

ÁNGELO, el delegado

ESCALO, un viejo lord

CLAUDIO, un joven caballero

LUCIO, personaje extravagante

Dos personajes similares

PREBOSTE

PEDRO Y TOMÁS, dos frailes

ELBOW, alguacil necio

FROTH, un caballero tonto

Un rufián, llamado POMPEYO

ABHORSON, un verdugo

BERNARDINO, un prisionero disoluto

ISABELLA, hermana de Claudio

MARIANA, prometida de Ángelo

JULIETA, amada de Claudio

FRANCISCA, una monja

SEÑORA OVERDONE, dueña de un burdel

JUEZ

MUCHACHO, sirviente de Mariana

VARRIO, amigo del duque

Caballeros, guardias, oficiales y acompañantes

Escena: la acción transcurre en Viena

PRIMER ACTO

ESCENA I

Una sala en el palacio del duque.

Entran el DUQUE, ESCALO, señores y escoltas.

DUQUE Escalo.

ESCALO Señor.

DUQUE Hablar de los principios del gobierno
parecería en mí un discurso afectado
pues me han hecho saber que vuestra ciencia
excede toda lista de consejos
que os pudiera entregar: no queda más, entonces,
que vuestra habilidad y suficiencia
y que ambos trabajen. Nuestro pueblo
y su naturaleza, nuestras instituciones
nuestros procedimientos de justicia
os son tan conocidos
como el arte y la práctica al mejor
que recordar pudiéramos.
Aquí están nuestras órdenes, de las cuales
no debéis apartaros.

Da a ESCALO un papel.

Llamadlo aquí, quiero decir
que se presente frente a nosotros Ángelo.

Sale un asistente.

¿Qué aspecto de nosotros adoptará, os parece?
Porque debéis saber que lo hemos elegido
a suplir nuestra ausencia, con especial cuidado.
He de darle prestado todo poder:
terror, clemencia, todos los instrumentos
de nuestra autoridad. ¿Qué pensáis de esto?

ESCALO Si alguien en Viena es digno
de asumir tanto honor y tanta gracia
es lord Ángelo.

Entra ÁNGELO.

DUQUE Vedle por dónde viene.

ÁNGELO Siempre obediente a vuestra voluntad
he venido a saber vuestros deseos.

DUQUE Ángelo,
hay una índole en tu vida
que hace al observador conocer totalmente
toda tu historia. Tú y lo que tienes
no son tan solo tuyos, pues seríais derrochados
tú en tus virtudes, ellas solo en ti.
El cielo hace lo mismo que hacemos
con las antorchas: no encenderlas
por ellas mismas, pues si nuestras virtudes
no marcharan delante de nosotros
sería lo mismo que si no existieran.
Los espíritus finos son creados
para asuntos sutiles: la Naturaleza

no presta un solo trazo de sus excelencias
sino, como una diosa avara, es acreedora
de la gracia y el uso. Pero hago este discurso
a quien puede notar que una parte de mí
se encuentra en él. Toma, pues, Ángelo.

Le ofrece a ÁNGELO un papel.

En nuestra ausencia tú eres nosotros;
muerte y clemencia en Viena
vivirán en tu lengua y corazón. El viejo Escalo
aunque primero en ser llamado, es tu segundo.
Ten tu nombramiento.

ÁNGELO Mi buen señor, permitid que el metal de mi persona
sea probado un poco más, antes de que vuestra efigie
se imprima en él en toda su grandeza.

DUQUE No hay escapatoria. Os hemos elegido
muy cuidadosamente; recibid este honor.

ÁNGELO toma el nombramiento.

Nuestra prisa es tan grande
que tan solo a sí se escucha, y así deja
sin plantearse cuestiones importantes.
Os hemos de escribir
de acuerdo al tiempo y a las circunstancias
sobre cómo nos va, y enterarnos queremos
de lo que ocurre aquí. Así, adiós.
Os dejo en la confianza
de la realización de estos designios.

ÁNGELO Permitid, mi señor,

que os acompañe algo en el camino.

DUQUE Mi prisa me lo impide.

No es necesario que tengáis escrúpulos.

Vuestros fines serán también los míos

para aplicar la ley o suavizarla

según vuestra conciencia lo juzgue necesario.

Dadme la mano. Me iré en secreto:

amo a mi pueblo, mas no exponerme ante sus ojos.

Aunque sea beneficioso, no disfruto

de los fuertes aplausos y los vehementes «salve».

No me parece un hombre de discreción segura

el que esté en ello interesado.

Una vez más, adiós.

ÁNGELO ¡Que el cielo os acompañe en vuestras intenciones!

ESCALO ¡Que os lleve y traiga con felicidad!

DUQUE Os agradezco. Adiós.

Sale el DUQUE.

ESCALO (*A* ÁNGELO.) Desearía, señor, venia para conversar

libremente con vos, pues me preocupa

mirar el fondo de mi situación. Tengo un poder

pero de qué extensión, de qué naturaleza

no he sido todavía instruido.

ÁNGELO Es lo mismo conmigo. Retirémonos juntos

y pronto lograremos

sobre este punto, entera satisfacción.

ESCALO Así lo espero en vuestro honor.

Salen.

ESCENA II

Entra LUCIO con otros dos caballeros.

LUCIO Si el duque y los otros duques no entran en tratativas con el rey de Hungría, entonces todos los duques atacarán al rey.

PRIMER CABALLERO El cielo nos conceda la paz, pero no la del rey de Hungría.

SEGUNDO CABALLERO Amén.

LUCIO Discurres como aquel pirata santurrón, que se hacía a la mar con los diez mandamientos, pero borraba uno.

PRIMER CABALLERO ¿«No robarás»?

LUCIO Sí, ese lo eliminaba.

PRIMER CABALLERO Bueno, era una orden para él y toda la tripulación de que abandonaran sus funciones: se daban a robar. No hay un soldado entre todos nosotros a quien le guste (cuando se dan las gracias antes de la comida) la petición que implora por la paz.

SEGUNDO CABALLERO Nunca he oído que a un soldado le disgustara eso.

LUCIO Te creo, porque creo que nunca estuviste donde se dicen las gracias antes de la comida.

SEGUNDO CABALLERO ¿No? Una docena de veces, por lo menos, en varios tiempos.

PRIMER CABALLERO ¿En tiempos musicales, dices?

LUCIO En cualquier medida y en cualquier lenguaje.

PRIMER CABALLERO O en cualquier religión, creo.

LUCIO ¿Y por qué no? Dar gracias es dar gracias, fuera de toda controversia. Por ejemplo, tú eres un bandido

rematado, a despecho de cualquier gracia.

PRIMER CABALLERO Bueno, estamos cortados por la misma tijera.

LUCIO Sí, con la diferencia que puede haber entre el orillo de la tela y el terciopelo. Tú eres el orillo.

PRIMER CABALLERO Y tú el terciopelo: eres un buen terciopelo; eres una pieza tres veces raspada, te garanto. Prefiero ser orillo de un tosco tejido inglés y no un terciopelo de Francia, pelado como el tuyo. ¿Entiendes mi sentir?

LUCIO Sí, y se te siente penosamente. Dado que lo confiesas sobre tu salud, mientras viva nunca he de beber después de ti.

PRIMER CABALLERO Creo que me he perjudicado hablando así. ¿Es cierto?

SEGUNDO CABALLERO Sí, lo has hecho, estés infectado o no.

Entra la SEÑORA OVERDONE.

LUCIO ¡Mirad, mirad por dónde viene la señora Mitigación! He adquirido bajo su techo enfermedades bastantes como para llegar a...

SEGUNDO CABALLERO ¿A cuánto?

PRIMER CABALLERO Adivina.

SEGUNDO CABALLERO Tres mil dólares por año.

PRIMER CABALLERO Ah, mucho más todavía.

LUCIO Agrégale una corona francesa.

PRIMER CABALLERO Estás siempre imaginando enfermedades en mí, pero te equivocas: estoy sano.

LUCIO ¿Suenas a sano? No, suenas a hueco: tus huesos están huecos. Los ha vaciado el libertinaje.

PRIMER CABALLERO (*A la SEÑORA OVERDONE.*) Y bien, ¿cuál de vuestras caderas tiene más ciática?

SEÑORA OVERDONE Bueno, bueno. Allá va uno arrestado y llevado a prisión que vale más que cinco mil de todos vosotros.

PRIMER CABALLERO ¿Quién es? Te lo ruego.

SEÑORA OVERDONE Es Claudio, el señor Claudio.

PRIMER CABALLERO ¿Claudio en la cárcel? ¡No es posible!

SEÑORA OVERDONE No, pero sé que es así. Lo vi arrestado y conducido; y lo que es más, dentro de tres días se le cortará la cabeza.

LUCIO Después de tantas tonterías que hemos dicho, no lo puedo creer todavía. ¿Estás segura de que es así?

SEÑORA OVERDONE Estoy segura. Es por haber hecho un hijo a la señora Julieta.

LUCIO Creedme, puede ser cierto. Había prometido hace dos horas venir a verme y él siempre fue muy respetuoso de sus promesas.

SEGUNDO CABALLERO Además, esto nos acerca a lo que conversábamos antes.

PRIMER CABALLERO Pero sobre todo concuerda con la proclama.

LUCIO Vamos. Sepamos qué hay en esto de verdad.

Salen LUCIO y los CABALLEROS.

SEÑORA OVERDONE Así, uno por la guerra, otro por dolencias, otro por la horca y otro por pobreza, ¡mi clientela se encoge!

*Entra POMPEYO,
ayudante de la dueña del burdel.*

SEÑORA OVERDONE ¿Qué pasa?

POMPEYO Allá llevan a un hombre a la prisión.

SEÑORA OVERDONE Bien, ¿y qué ha hecho?

POMPEYO Una mujer.

SEÑORA OVERDONE ¿Pero cuál es su delito?

POMPEYO Pescar truchas en río privado.

SEÑORA OVERDONE ¿Qué, entonces? ¿Hay una doncella con hijo, por su causa?

POMPEYO No, mas por su causa hay una mujer con doncella. ¿No habéis oído la proclama?

SEÑORA OVERDONE ¿Qué proclama?

POMPEYO Todas las casas de los suburbios de Viena serán demolidas.

SEÑORA OVERDONE ¿Y las que están en la ciudad?

POMPEYO Quedarán para semilla. Se hubieran demolido también, pero un sensato burgués intercedió por ellas.

SEÑORA OVERDONE Pero ¿demolerán nuestras casas de recreo en los suburbios?

POMPEYO Hasta los cimientos, señora.

SEÑORA OVERDONE Pues por cierto que en la sociedad hay un cambio. ¿Qué va a ser de mí?

POMPEYO No temáis. A los buenos consejeros no les faltan dientes. Aunque cambie vuestro barrio, no necesitaréis cambiar de oficio. Yo seré siempre vuestro ayudante. Valor. Os tendrán piedad. Habéis gastado vuestros ojos en el servicio... Seréis considerada.

*Entran el PREBOSTE y oficiales
con CLAUDIO y JULIETA.*

SEÑORA OVERDONE ¿Qué hay ya para hacer aquí, ayudante Tomás? Retirémonos.

POMPEYO Aquí viene el señor Claudio, conducido por el preboste. Y allí está la señora Julieta.

Salen

la SEÑORA OVERDONE y POMPEYO.

CLAUDIO Amigo, ¿por qué me muestras así al mundo?

Condúceme a prisión, donde debo quedarme.

PREBOSTE No lo hago por gusto; son las órdenes estrictas de lord Ángelo.

CLAUDIO Así la Autoridad, la semidiosa,

hace pagar al peso las ofensas.

Son palabras del cielo: sobre quien quiera, caen

y no lo harán en quien no quieran.

Sin embargo, es justicia.

Entran LUCIO y los dos CABALLEROS.

LUCIO Claudio, esta restricción, ¿de dónde viene?

CLAUDIO De la excesiva libertad, buen Lucio.

Como la indigestión es madre del ayuno,

cada cosa que hacemos con uso inmoderado

se vuelve restricción. Nuestras inclinaciones

van, sedientas, al mal, como las ratas

a su propio veneno lo devoran;

y al beberlo, morimos.

LUCIO Si yo pudiera hablar tan sabiamente bajo arresto enviaría a buscar a algunos de mis acreedores. Sin embargo prefiero las vanidades de la libertad a la moralidad de la prisión. ¿Qué delito has cometido, Claudio?

CLAUDIO Aquel que al nombrarse, ofendería otra vez.

LUCIO ¿Qué, asesinato?

CLAUDIO No.

LUCIO ¿Lujuria?

CLAUDIO Puedes llamarlo así.

PREBOSTE Vamos, señor, en marcha.

CLAUDIO (*Al PREBOSTE.*) Una palabra, amigo Lucio, debo hablarte.

LUCIO Cien palabras, si de algo te sirvieran.

CLAUDIO Esto es así: por un contrato
totalmente legal, he sido dueño
del lecho de Julieta
(conoces a la dama)
y es casi mi mujer, salvo por no haber hecho
una declaración necesaria, oficial.
La razón de no hacerla fue acrecentar
el monto de una dote
que guardaban en cofre sus amigos.
A todos escondimos nuestro amor
hasta que el tiempo nos favoreciera;
pero el secreto de nuestro mutuo amor
está escrito en el cuerpo de Julieta.

LUCIO ¿Está encinta?

CLAUDIO Infortunadamente.

Y el que está ahora en el lugar del duque
(sea por lucimiento de su puesto

o porque ve en el cuerpo público un caballo
al que debe dominar y hacer sentir su espuela,
sea por tiranía o eminencia... no sé, me confundo)
el nuevo gobernante ha despertado
todas las viejas leyes,
que, como deslustradas armaduras
colgaban de los muros. El sol ha recorrido
ya diecinueve veces el zodiaco
sin que ninguna de ellas se haya usado
y ahora las pone sobre mí. Seguro
que es por hacerse un nombre.

LUCIO Apuesto a que es así, y tu cabeza está sobre tus
hombros tan poco segura que una lechera enamorada
podría derribarla con un suspiro. Haz que venga el
duque, apela a él.

CLAUDIO Lo he hecho, pero no se encuentra
en ningún lado; por favor, te ruego
busca a mi hermana; hoy entra en el claustro.
Pídele que te escuche, hazle saber mi estado
implórale por mí, que se haga amiga
de este estricto señor que representa al duque
e interceda por mí. Tengo gran esperanza
en su edad juvenil: la juventud es dialecto
que, sin palabras, emociona a los hombres.
Además, cuando razona y habla
suele ser persuasiva.

LUCIO Ruego que pueda hacerlo, tanto para animar a otros como tú que sufren tan grave imposición, como por el disfrute de tu vida, pues sentiría mucho que la perdieras tan tontamente por un juego de tic-tac. Iré a verla.

CLAUDIO Gracias, buen amigo Lucio.

LUCIO En dos horas.

CLAUDIO Vamos, oficial, adelante.

Salen.

ESCENA III

Un monasterio.

Entran el DUQUE y el FRAILE TOMÁS.

DUQUE No, reverendo padre: desechad esa idea.

No creáis que es el dardo azaroso del amor
el que atraviesa un pecho íntegro: mi deseo
de un asilo secreto es por propósitos
más graves, más difíciles que aquellos
de ardiente juventud.

FRAILE TOMÁS ¿Vuestra gracia podría revelármelos?

DUQUE Reverendo, nadie conoce tanto

como vos cuánto amo la vida retirada
y en cuán poco he tenido frecuentar asambleas
a las que asisten solo
los jóvenes, el lujo, la vana ostentación.
He entregado a lord Ángelo
(un hombre muy estricto y de firme abstinencia)
mi absoluto poder, mi puesto, aquí en Viena.
Él supone que he ido hasta Polonia

pues ese es el rumor que he propagado
y así fue recibido. Ahora, reverendo,
preguntaréis tal vez por qué hago esto.

FRAILE TOMÁS Me agradaría saberlo, mi señor.

DUQUE Poseemos estrictos estatutos y leyes muy severas.

A los corceles díscolos es preciso sofrenarlos
y los hemos dejado dormir catorce años,
igual que a un gran león en una cueva,
sin salir de caza. O tal vez como padres
indulgentes, que ataron sus varas de abedul
solo para mostrarlas a los niños: susto
dan al principio; y luego, por no usarlas
son más razón de burlas que de miedo.
Así ha pasado con nuestros decretos:
al no ser aplicados, están muertos.
Libertad excesiva se lleva a la justicia
por la nariz; el niño golpea a la nodriza
y así, completamente torcido y derrotado
marcha el decoro.

FRAILE TOMÁS Está en vuestro poder

liberar esa atada justicia en cuanto lo queráis
y aún más impresionante habría sido
que lo hicierais vos mismo, y no lord Ángelo.

DUQUE Temo que demasiado impresionante.

La culpa ha sido mía en soltar tantas trabas
para tantas acciones reprobables.

Sería tiranía golpearlos, castigarlos
por lo que permití yo mismo: que un hecho
malvado se realice, con permiso
y no sufra castigo. Por esto, reverendo
le he entregado a Ángelo mi cargo.
Él sí puede, en mi nombre, golpear como se debe
y yo mismo quedar fuera del juego
sin provocar calumnias. Para ver su gobierno
visitaré, vestido como fraile
de esta orden, al príncipe y al pueblo.
Por lo tanto, te ruego,
préstame un hábito de monje, instruyéndome
cómo actuar, para personificar
a un verdadero fraile. Más razones
he de ofrecer un día con más tiempo.
Solo esta última: lord Ángelo es formal,
se cuida de la envidia; puede apenas creerse,
de su sangre, que fluye,
o que gusta más del pan que de las piedras.
Partiendo desde aquí podremos observar
si el poder cambia los propósitos
que se habían exhibido.

Salen.

ESCENA IV

Un convento de religiosas.

Entran ISABELLA y FRANCISCA, una monja.

ISABELLA ¿No tenemos las monjas mayores privilegios?

FRANCISCA ¿No te parecen estos ya muy amplios?

ISABELLA Es verdad. No hablo de pedir más, al contrario:

yo querría mayores restricciones
en la comunidad de Santa Clara.

LUCIO (*Dentro.*) ¡Hola! ¡Paz en estos lugares!

ISABELLA (*A FRANCISCA.*) ¿Quién llama fuera?

FRANCISCA Es la voz de un hombre. Mi querida Isabella,
abre y ve qué quiere. Tú puedes, yo no puedo.

Tú no has hecho tus votos; cuando los hagas
no podrás ya hablar con ningún hombre
sino en presencia de la superiora.

Luego, si hablas, no mostrarás tu rostro
o, si lo muestras, no deberás hablar.

LUCIO *llama otra vez.*

Llama de nuevo; ruego le contestes.

ISABELLA (*Abriendo la puerta.*)

¡Paz y prosperidad! ¿Quién es que llama?

Entra LUCIO.

LUCIO Salud, virgen, si eres, y que lo eres

lo proclaman bastante tus mejillas de rosa.
¿Me harías el servicio de llamar a Isabella
novicia en el convento y encantadora hermana
de Claudio, su desdichado hermano?

ISABELLA ¿Y por qué desdichado, si os puedo preguntar?

Yo soy Isabella, sabedlo; soy su hermana.

LUCIO Encantadora y bella, vuestro hermano

os saluda y envía su saludo.

Pero para ser breve: está en prisión.

ISABELLA ¡Desgraciada de mí! ¿Por qué está preso?

LUCIO Por lo que, siendo yo el juez,
debería ser gracia, no castigo.

Su amiga espera un hijo.

ISABELLA No inventéis una historia.

LUCIO Es verdad. Aunque es mi usual pecado
el bromear con muchachas,
(lejos mi lengua de mi corazón)
no lo haré con las vírgenes.
Digo que os considero como un ser del cielo.
Vuestro renunciamento os transforma en espíritu
inmortal; y, hablando con franqueza, os veo
como a una santa.

ISABELLA Blasfemáis del bien al burlaros de mí.

LUCIO No lo creáis. Y os diré en pocas palabras:
vuestro hermano y su amante se abrazaron
y como lo plantado germina en primavera
y el campo descuidado se transforma
en plenitud abundante, así el vientre pleno
muestra el cuidado asiduo.

ISABELLA ¿Alguien con hijo a causa de él?

¿Mi prima Julieta?

LUCIO ¿Es ella vuestra prima?

ISABELLA Por adopción, como los colegiales

cambian su nombre; ilusoriamente,
pero por fuerte afecto.

LUCIO Es ella.

ISABELLA Oh, ¡que la despose!

LUCIO Ese es el punto.

El duque se ha ausentado extrañamente.
Instruyó caballeros, entre ellos yo mismo,
con la esperanza de la acción, pero ahora sabemos,
por aquellos al tanto
de todos los resortes del estado,
que sus vanas promesas en realidad estaban
a infinita distancia de sus propios designios.
En su lugar y con pleno poder y autoridad
hoy gobierna lord Ángelo, un hombre cuya sangre
es un jugo de nieve, uno que nunca siente
las urgentes puntadas que nos dan los sentidos,
pues opaca su filo natural, debilitándolos,
por medio del estudio y del ayuno.
Él, para intimidar costumbres naturales
(que han corrido parejas junto a la odiosa ley
como ratones junto a los leones)
desenterró un edicto
bajo cuyo rigor cae la vida misma
de vuestro hermano.
Ya lo ha hecho arrestar
y hará cumplir con él el estatuto

en todo su rigor, para dar un ejemplo.

No hay ninguna esperanza a menos que podáis
con ruegos y plegarias conmover a lord Ángelo.

Esta es la razón de mi injerencia
en este asunto, por vos y vuestro hermano.

ISABELLA ¿Busca lord Ángelo su vida?

LUCIO Ya lo han sentenciado, y por lo que he oído
hay dada una orden para su ejecución.

ISABELLA ¡Ay! ¡Qué pobre habilidad la mía
para hacerle algún bien!

LUCIO Ensayad el poder que en realidad tenéis.

ISABELLA ¡Mi poder! ¡Ah! Lo dudo...

LUCIO Nuestras dudas no son traidoras:

nos hacen perder el bien que lograríamos,
al temer el intento. Id a ver a lord Ángelo
y que aprenda de vos, que, cuando solicitan
las vírgenes, los hombres conceden como dioses.
Cuando ellas piden y lloran de rodillas
les pertenece todo cuanto piden
como si fuera suyo.

ISABELLA Veré qué puedo hacer.

LUCIO Sí, mas enseguida.

ISABELLA Lo cumpliré sin más demora,
sin otra dilación que el prevenir
a la madre abadesa del asunto.
Humildemente, gracias.

Saludad a mi hermano de mi parte. Esta noche
le enviaré noticias de mi éxito.

LUCIO Me despido de vos.

ISABELLA Adiós, mi buen señor.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Entran ÁNGELO, ESCALO, un JUEZ y acompañantes.

ÁNGELO La ley no debe ser un espantajo
para asustar los pájaros de presa;
ni mantener la misma forma hasta que el hábito
haga de ella, no sin terror, sino su percha.

ESCALO Sí, pero con todo
más vale ser filósofos, y aun cortar un poco,
que caer de plano y morir de golpe.
Es que este caballero, a quien yo salvaría
tiene un padre honorable, nobilísimo.
Vuestra excelencia es recta en su virtud
pero debiera saber
si, en la fiebre de vuestros afectos
habiendo combinado tiempo y lugar, o este y deseo
o presintiendo el ardor de vuestra sangre
que podía alcanzar su propósito,
si alguna vez en vuestra vida
no errasteis en el punto que ahora censuráis
y os echasteis la ley a la cabeza.

ÁNGELO Una cosa es ser tentado, Escalo:

otra es caer. No he de negar
que en el jurado (dueño de la vida
del prisionero) habrá un ladrón o dos
que sean más culpables que aquel a quien hoy juzgan.
Lo que se ofrece a la justicia
esta la toma. ¿Quién conoce las leyes
que los ladrones tienen entre ellos?
Es natural el agacharse
a levantar del suelo la joya que encontramos
porque la hemos visto; mas aquello que no vemos
lo pasamos por encima sin siquiera pensarlo.
No puedes disminuir su crimen diciéndome
que yo podría haber cometido iguales faltas.
Más bien debes decirme que yo, que lo censuro,
si ofendiera en forma igual, en igual forma
debería ser sentenciado.
Que nada sea parcial. Señor, ese hombre debe morir.

Entra el PREBOSTE.

ESCALO Sea como queráis.

ÁNGELO ¿Dónde está el preboste?

PREBOSTE Aquí, a vuestro servicio.

ÁNGELO Ocupaos de que Claudio

sea ejecutado mañana, a las nueve.

Llevalle un confesor. Que se prepare.

Este es el fin de su peregrinaje.

Sale el PREBOSTE.

ESCALO Bueno, ¡Dios lo perdone y nos perdone a todos!

a algunos el pecado los levanta

y la virtud a otros, en cambio, hace caer.

Algunos, entre vicios, no rinden cuenta a nadie,

otros son condenados por una sola falta.

Entran ELBOW y oficiales con FROTH y POMPEYO.

ELBOW Vamos, llevadlos: si estas son buenas gentes en una sociedad que no hace más que practicar sus abusos en las casas públicas, entonces no conozco la ley. Vamos, llevadlos.

ÁNGELO ¿Qué pasa, señor? ¿Cómo os llamáis y de qué se trata?

ELBOW Con el permiso de vuestra excelencia, soy el alguacil del duque y mi nombre es Elbow. Me apoyo en la justicia, señor, y traigo aquí frente a vuestra señoría a dos notorios benefactores.

ÁNGELO ¡Benefactores! ¿Qué benefactores son esos? ¿No serán malhechores?

ELBOW Con el permiso de vuestra excelencia, no sé bien qué son, pero sin duda son unos verdaderos bribones, de eso estoy seguro. Y desprovistos de toda profanación en el mundo, que los buenos cristianos deberían tener.

ESCALO Muy bien expresado. He aquí un funcionario sabio.

ÁNGELO Continúa. ¿Qué calidad tienen? ¿Os llamáis Elbow? ¿Por qué no habláis, Elbow?

POMPEYO No puede, señor. Está desconcertado.

ÁNGELO ¿Y vos qué sois, señor?

ELBOW ¡Señor él! Es un mozo de taberna, un alcahuete; sirve a una mala mujer cuya casa de los suburbios ha sido,

como se dice, demolida y ahora ha puesto una casa de baños que también, según creo, es una casa de pésima nota.

ESCALO ¿Cómo sabes eso?

ELBOW Mi mujer, señor, a quien aborrezco ante el cielo y ante vuestra excelencia...

ESCALO ¿Cómo? ¿A tu mujer?

ELBOW Sí, señor, que gracias al cielo es una mujer honesta.

ESCALO ¿Y por eso la aborreces?

ELBOW Digo, señor, que yo detesto tanto como ella que esa casa, si no es casa de libertinaje, sea una lástima para ella, pues es una malísima casa.

ESCALO ¿Cómo lo sabéis, alguacil?

ELBOW Por mi mujer, señor. Si fuera dada al pecado cardinal hubiera podido ser acusada de fornicación, adulterio y de toda suciedad.

ESCALO ¿Por obra de la dueña de esa casa?

ELBOW Sí, señor, por obra de la señora Overdone. Pero como ella le ha escupido al rostro, lo ha desafiado...

POMPEYO Señor, con permiso de vuestra excelencia, eso no es cierto.

ELBOW Pruébalo delante de estos lacayos, pruébalo, hombre honorable.

ESCALO (*A ÁNGELO.*) ¿Oís cómo usa los términos al revés?

POMPEYO Señor, está embarazada y con antojos, propios de su estado, por ciruelas cocidas; y como no teníamos más que dos, desde hace tiempo, y estaban en un plato, como si dijéramos, de fruta, un plato de unos tres peniques... Vuestras señorías han visto esos

platos; no son platos de porcelana pero son buenos platos...

ESCALO Vamos, vamos, continúa, el plato no interesa al asunto.

POMPEYO No, en verdad, señor, ni un comino, estáis en lo cierto. Pero, para venir al asunto, como decía, esta señora Elbow, estando encinta, como dije, y con vientre grueso, tenía antojos de ciruela, y como no había más que dos en el plato, el señor Froth, aquí presente, este mismo hombre, habiendo comido las otras, como he dicho y habiéndolas pagado, como digo, muy honradamente; porque como sabéis, señor Froth, no podría devolveros los seis peniques...

FROTH No, es verdad.

POMPEYO Estabais, pues, rompiendo los carozos de dichas ciruelas...

FROTH Sí, eso hacía, en efecto.

POMPEYO Perfectamente. Os decía, entonces, si os acordáis que tal y tal persona no tenían esperanza de curar de la enfermedad que sabéis, a menos que siguiesen una buena dieta.

FROTH Todo eso es verdad.

POMPEYO Pues bien, entonces...

ESCALO Vamos, eres un necio tedioso. Al grano: ¿qué se le ha hecho a la mujer de Elbow para que él tenga motivo de queja? Vayamos a lo que se le ha hecho.

ELBOW A eso no se puede ir.

ESCALO No, señor, no era esa mi intención.

POMPEYO Llegaréis, con permiso de vuestra excelencia. Y os lo ruego, mirad bien al buen señor Froth, que está aquí. Es un hombre que tiene ochenta libras de renta

y cuyo padre murió el día de Todos los Santos. ¿No fue el día de Todos los Santos, señor Froth?

FROTH La noche de Todos los Santos.

POMPEYO Muy bien, espero que sea verdad. Él, señor, estaba sentado, como digo, en una silla baja, en el Banco de la Uva, donde le gusta sentarse en la taberna, ¿no es cierto?

FROTH Me gusta, porque es un lugar abierto y bueno en el invierno.

POMPEYO Muy bien, entonces; ojalá sea verdad.

ÁNGELO Esto va a durar como una noche de invierno en Rusia. Voy a retirarme y dejaros a vos oír la causa, esperando que encontraréis causa para hacerlos azotar a todos.

ESCALO No lo espero menos que vos. Buenas noches a vuestra señoría.

Sale ÁNGELO.

Vamos, señor, una vez más, ¿qué se le hizo a la señora Elbow?

POMPEYO ¿Una vez? Señor, no hay nada que se le haya hecho solo una vez.

ELBOW Os ruego, señor, preguntadle qué le hizo este hombre a mi mujer.

POMPEYO Os lo ruego, preguntádmelo.

ESCALO Bien: ¿qué le hizo a la señora?

POMPEYO Os ruego, señor, mirad a este hombre en la cara. Buen señor Froth, mirad a su excelencia; es con un buen fin. ¿Ve vuestra excelencia esta cara?

ESCALO Sí, veo bien.

POMPEYO ¿Ve algo malo en esa cara?

ESCALO Pues no.

POMPEYO Pues juraría sobre la Biblia que su cara es lo peor que hay en él. Bien, entonces, ¿cómo pudo hacerle a la mujer del alguacil algún daño?

ESCALO Tiene razón. Alguacil, ¿qué decís de esto?

ELBOW Primeramente, si os place, que la casa es una casa respetada; luego, que este mozo es respetado y que la dueña es una mujer respetada...

POMPEYO A fe mía, señor, que su mujer es mucho más respetada que todos nosotros.

ELBOW ¡Mientes, lacayo! ¡Mientes, perverso lacayo! ¡Está por venir el tiempo en que sea respetada por hombre, mujer o niño!

POMPEYO Señor, él la respetó antes de que se casaran.

ESCALO ¿Pero quién es más sensato aquí, la justicia o la iniquidad? ¿Es cierto esto?

ELBOW ¡Oh, tú, miserable lacayo, malvado Aníbal! ¿Que yo la respeté antes de casarme con ella? ¡Si alguna vez lo hice con ella o ella conmigo, que no se me considere más al servicio del duque! ¡Pruébalo, malvado Aníbal o acabaré por zurrarte!

ESCALO Si os aplicara una bofetada podríais iniciar un proceso por difamación también.

ELBOW ¿Ah, sí? Agradezco a vuestra señoría el aviso. ¿Qué cree vuestra señoría que debo hacer con este malvado?

ESCALO Realmente, oficial, puesto que ha cometido ciertas ofensas que revelaríais si os fuera posible, dejadle continuar sus actividades y descubriréis cuáles son.

ELBOW ¡Bien! Agradezco a vuestra señoría. (*A POMPEYO.*) Ya ves, perverso lacayo, lo que ha caído sobre ti: debes

continuar, lacayo, debes continuar.

ESCALO (*A FROTH.*) ¿Dónde habéis nacido, amigo?

FROTH Aquí, en Viena, señor.

ESCALO ¿Tenéis ochenta libras de renta?

FROTH Así es, señor.

ESCALO (*A POMPEYO.*) ¿Cuál es vuestra condición?

POMPEYO Mozo de mesón, señor, ayudante de una pobre viuda.

ESCALO ¿El nombre de la señora?

POMPEYO Señora Overdone.

ESCALO ¿Ha tenido más de un marido?

POMPEYO Nueve, señor. Overdone, el último.

ESCALO ¡Nueve! (*A FROTH.*) Acercaos aquí, señor Froth. No querría que tuvierais relaciones amistosas con mozos de taberna. Os llevarán todo, señor, y los colgaréis. Podéis retiraros, y que no oiga más de vos.

FROTH Gracias, señoría. Por mí mismo no entro nunca en una taberna; solo me llevan.

ESCALO Bueno, basta de esto. Adiós, señor Froth.

Sale FROTH.

Venid un poco para acá, señor ayudante. ¿Cuál es vuestro nombre?

POMPEYO Pompeyo.

ESCALO ¿Qué más?

POMPEYO Trasero.

ESCALO Pues vuestro trasero es vuestro mayor atributo. En el peor sentido, eres Pompeyo el grande. En parte eres

rufián y en parte mozo de taberna, ¿no? Anda, más te vale ser sincero.

POMPEYO Por mi fe, señor, soy un pobre diablo que trata de vivir.

ESCALO ¿Cómo? ¿Ayudando a la dueña de un burdel? ¿Como alcahuete? ¿Qué piensas de esa profesión? ¿Es legal?

POMPEYO Si la ley lo permite...

ESCALO Pues la ley no lo permite ni lo permitirá en Viena.

POMPEYO ¿Quiere decir entonces que vuestra señoría hará castrar a todos los jóvenes de la ciudad?

ESCALO No, Pompeyo.

POMPEYO Entonces seguirán yendo. Si vuestra señoría quiere dictar órdenes contra meretrices y bribones nada tiene que temer de gente como yo.

ESCALO Pues ya hay órdenes en vías de ejecución, Pompeyo, puedo decírtelo. Se trata de cortar la cabeza y ahorcar.

POMPEYO Si hacéis cortar la cabeza y colgar a todos los que ofendan esa ley por diez años, tendréis que promulgar un edicto para conseguir cabezas nuevas. Si esta ley se mantiene en Viena por diez años, alquilaré la mejor casa de la ciudad a tres peniques por rincón. Si vivís para verlo, decid que Pompeyo os lo advirtió.

ESCALO Gracias, buen Pompeyo, y en retribución de tu profecía, escucha: que no te encuentre frente a mí por cualquier queja, ni por vivir donde vives. Si lo haces, te derrotaré en tus tiendas, y seré un César para ti. Hablando claro, te haré azotar. Así que de momento, Pompeyo, adiós.

POMPEYO Agradezco a vuestra señoría el buen consejo (*aparte*), pero lo seguiré como la carne y la fortuna lo decidan mejor. ¿Azotarme? Que el carrero azote a su caballo. Al corazón valiente no puede el látigo alejarlo de su oficio.

ESCALO Venid aquí, señor Elbow; acercaos, señor alguacil. ¿Cuánto hace que ejercéis ese cargo?

ELBOW Siete años y medio, señor.

ESCALO Pensé, por la eficiencia con que lo desempeñáis, que llevabais en él cierto tiempo. ¿Siete años sin interrupción?

ELBOW Y medio, señor.

ESCALO ¡Ay!, ha debido ser penoso. Se os perjudica al manteneros tanto en el cargo. ¿No hay hombres en este distrito capaces de ejercerlo?

ELBOW A fe mía, señor, muy pocos expertos en el asunto. Cuando son elegidos se alegran de pasarme el deber a mí. Consiento en ello por algún dinero y cumplo con todos.

ESCALO Mira, tráeme los nombres de los seis o siete más eficientes de tu parroquia.

ELBOW ¿A vuestra casa, señor?

ESCALO A mi casa. Ve con Dios.

Salen ELBOW y los oficiales.

¿Qué hora es?

JUEZ Las once, señor.

ESCALO Os ruego que vengáis a cenar conmigo.

JUEZ Mis más humildes gracias.

ESCALO Me aflige la muerte de Claudio, pero no hay remedio.

JUEZ El señor Ángelo es severo.

ESCALO Pero es necesario. La clemencia deja de serlo si se la usa demasiado a menudo. El perdón el es el padre de la segunda desgracia. Aún así, ¡pobre Claudio! No hay remedio. Vamos, señor.

Salen.

ESCENA II

Entran el PREBOSTE y un SIRVIENTE.

SIRVIENTE Él está atendiendo una causa, pero vendrá enseguida.

Le he advertido de vuestra presencia.

PREBOSTE Por favor, os lo ruego.

Sale el SIRVIENTE.

Conoceré su decisión, tal vez logre cambiarlo.

¡Ay, si solo ha delinquido en sueños!

Toda secta y edad han probado ese vicio

¡y ha de morir por ello!

Entra ÁNGELO.

ÁNGELO ¿Qué pasa, preboste?

PREBOSTE ¿Es vuestra voluntad que Claudio muera?

¿Y ya mañana mismo?

ÁNGELO ¿No te lo he dicho ya? ¿No tienes órdenes?

¿Por qué preguntas de nuevo?

PREBOSTE Para no apresurarme demasiado.

He visto a veces

después de ejecutada la sentencia

arrepentirse al juez.

ÁNGELO Hazla cumplir. Deja lo que me incumbe.

Haz tu oficio o abandona tu puesto.

Será mejor sin ti.

PREBOSTE Suplico vuestra gracia me perdone.

Julietta gime, ¿qué hay que hacer con ella?

Ya pronto dará a luz.

ÁNGELO Llévala entonces

a algún lugar más adecuado. ¡Y rápido!

Entra un SIRVIENTE.

SIRVIENTE Aquí está la hermana del hombre condenado

y pide acceso a vos.

ÁNGELO ¿Tiene él hermana?

PREBOSTE Sí, mi señor. Muy virtuosa doncella.

Ya pronto ha de ser monja.

Si no lo es aún.

ÁNGELO Bueno, hazla pasar.

Sale el SIRVIENTE.

Llevaos de aquí a la fornicadora.

Que tenga solo lo estrictamente necesario.

Se darán órdenes para ello.

Entran LUCIO e ISABELLA.

PREBOSTE Con el permiso de vuestra señoría.

Se dispone a retirarse.

ÁNGELO Quedaos un rato más.

(A ISABELLA.) Sed bienvenida. ¿Qué deseáis?

ISABELLA Soy una solicitante, que afligida

pide a vuestra gracia que la escuche.

ÁNGELO Bien, ¿cuál es vuestra demanda?

ISABELLA Existe un vicio al que aborrezco tanto
que lo que más deseo
es ver sobre él el golpe de la ley.
Por él no rogaría y sin embargo debo
hacerlo. Estoy en guerra
entre querer y no querer.

ÁNGELO Bueno, ¿qué asunto?

ISABELLA Mi hermano ha sido condenado a muerte.

Os ruego castiguéis la falta,
no a mi hermano.

PREBOSTE (*Aparte.*) ¡El cielo te ha colmado de favores!

ÁNGELO ¿Que condene la falta y no al que la realiza?

La falta está ya condenada por las leyes.
Mi función sería cero
si condenara faltas, que están registradas,
y dejara a los culpables sueltos.

ISABELLA ¡Justa pero severa ley!

Tuve un hermano, entonces.
Que el cielo guarde a vuestra señoría.

LUCIO (*Aparte, a ISABELLA.*) No abandonéis así.

Volved, rogadle.
Arrodillaos frente a él, prendeos de su traje.
Sois demasiado fría.
Si estuvierais pidiendo un alfiler
lo pediríais con el mismo tono.
A él, os digo.

ISABELLA ¿Debe pues morir?

ÁNGELO No hay más remedio, joven.

ISABELLA Podríais perdonarlo.

Nada reprocharían la clemencia
ni el cielo ni los hombres.

ÁNGELO No lo haré.

ISABELLA Pero podríais hacerlo, ¿o no?

ÁNGELO Lo que no quiero hacer, no puedo hacerlo.

ISABELLA Pero podríais, y no hacer daño a nadie

si vuestro corazón acaso respondiera
a la misma piedad que hay en el mío.

ÁNGELO Ha sido sentenciado, ya es muy tarde.

LUCIO (*Aparte, a ISABELLA.*) Sois demasiado fría.

ISABELLA ¿Muy tarde? Pues no. Cuando digo algo

puedo volver atrás. Creedme esto:
de todas las insignias que poseen los grandes,
la corona del rey, la espada del regente,
del mariscal el sable o la toga del juez,
nada les sienta tanto, ni con mitad de gracia,
que la clemencia. Si él hubiera ocupado
vuestro lugar, y vos el suyo, entonces
hubierais resbalado igual que él,
pero él no habría sido tan severo.

ÁNGELO Por favor, retiraos.

ISABELLA ¡Querría yo tener vuestro poder

y que Isabella fuerais vos! ¿Sería así?

No, os diría qué es ser juez
y qué ser prisionero.

LUCIO (*Aparte.*) Sí, conmovedlo. Ese es el tono.

ÁNGELO Vuestro hermano violó la ley.

Desperdiciáis palabras.

ISABELLA ¡Ay, ay! Todas las almas que han sido
fueron al mismo tiempo condenadas
y aquel que podría así guardarlas
encontró el remedio. ¿Qué ocurriría
si el Juez Supremo os juzgara ahora
por lo que sois? Pensad en ello.
La compasión saldrá de vuestros labios
como de un hombre nuevo.

ÁNGELO Resignaos, hermosa doncella, es la ley
quien lo condena, no soy yo.
Si él fuera mi pariente, mi hermano, aun mi hijo,
igual sería así. Morirá mañana.

ISABELLA ¿Mañana? ¡Es demasiado pronto! ¡Esperad!
¡No está preparado aún para morir!
Hasta en nuestras cocinas
matamos a las aves cuando es su estación:
¿y con menos respeto serviremos al cielo,
que a nuestras toscas personas?
Mi buen señor, pensad:
¿ha hecho morir a alguien esa falta?
En verdad hay muchos que la han cometido.

LUCIO (*Aparte, a ISABELLA.*) Sí, bien dicho.

ÁNGELO La ley no había muerto, aunque dormía.

Esos muchos no habrían faltado
si el primer hombre que infringió el edicto
hubiera respondido por sus hechos.
Ahora está despierta:
toma nota de todo lo que ocurre y cual profeta
observa en un espejo las futuras maldades,
bien ahora, bien por rémora
de negligencia concebidas:
así, en progreso hacia el nacimiento
ahora no tendrán ya sucesivas fases
y antes de haber nacido, morirán.

ISABELLA ¡Pero mostrad compasión!

ÁNGELO La muestro si muestro la justicia
pues compadezco a quienes no conozco,
aquellos a quienes las ofensas sin castigo
corromperían. Obro bien cuando impido
que, viviendo, repita el ofensor su acto.
Resignaos, vuestro hermano ha de morir mañana.

ISABELLA Seréis, pues, el primero en dictar tal sentencia
y él, el primero en padecerla.
Oh, es excelente
poseer una fuerza gigantesca
pero tiránico como gigante usarla.

LUCIO Bien dicho.

ISABELLA Si pudieran los hombres arrojar grandes rayos

como lo hace Júpiter, el dios no estaría
jamás tranquilo: aun el más despreciable,
el más pequeño funcionario,
usaría su cielo para truenos
¡y nada más que truenos!

Cielo clemente,
tú hieres, con tu rayo sulfuroso y agudo
a la encina nudosa, a la que nada parte,
mucho más que al suave mirto.

Pero el hombre, orgulloso,
investido en pequeña y breve autoridad
(más ignorante de lo más seguro:
su esencia vítrea) como un mono enojado
realiza ante el cielo fantásticas piruetas
que hacen llorar a los ángeles
quienes, frente a nuestras penas,
reirían como mortales.

LUCIO (*Aparte, a ISABELLA.*) A él, a él, muchacha; aflojará,
lo veo.

PREBOSTE (*Aparte.*) Ruego al cielo que lo convenza.

ISABELLA No podemos pesar a nuestro hermano

en la misma balanza que a nosotros.

Los grandes hombres pueden bromear con los santos:
es ingenioso en ellos,
en hombres inferiores es profanación.

LUCIO (*Aparte, a ISABELLA.*) Tienes razón, muchacha; más de eso.

ISABELLA Lo que en el capitán es palabra colérica solo es blasfemia en un soldado.

LUCIO (*Aparte, a ISABELLA.*) ¿Conoces tú de eso? Más, entonces.

ÁNGELO ¿Por qué me decís estas cosas?

ISABELLA Porque la autoridad, aun errada, tiene una medicina en sí misma que despelleja el vicio desde lo alto. Id al fondo de vuestra alma golpead allí y preguntad a vuestro corazón si acaso no conoce algo como la falta de mi hermano: si os confiesa culpabilidades semejantes no dejaréis resonar en vuestra lengua nada contra la vida de mi hermano.

ÁNGELO (*Aparte.*) Me habla y todo lo que dice tiene un sentido que alimenta al mío.

(*A ISABELLA.*) Adiós, que os vaya bien.

ISABELLA Gentil señor, volved, no os retiréis.

ÁNGELO Pensaré en ello. Volveré por la mañana.

ISABELLA Oíd cómo pienso sobornaros.

ÁNGELO ¿Sobornarme? ¿A mí? ¿Con qué?

ISABELLA Sí, con dones que se compartan con el cielo.

LUCIO (*Aparte, a ISABELLA.*) Lo has estropeado todo.

ISABELLA No con los siclos de probado oro
ni con preciosas piedras, más o menos caras
según el capricho los estime,
sino con plegarias, que llegarán al cielo
y allí entrarán, antes de que amanezca,
plegarias de almas consagradas a Dios
de penitentes vírgenes, de almas dedicadas
a nada temporal.

ÁNGELO Bien, volved mañana.

LUCIO (*A ISABELLA.*) Está bien ya, partamos.

ISABELLA El cielo guarde a vuestra señoría.

ÁNGELO (*Aparte.*) Amén; pues por ese camino voy a la
tentación
donde se cruzan las plegarias.

ISABELLA ¿A qué hora mañana
he de volver a vuestra señoría?

ÁNGELO Cualquiera antes del mediodía.

ISABELLA Dios os proteja.

Salen ISABELLA, LUCIO y el PREBOSTE.

ÁNGELO ¡De ti, y aun de tu virtud!

¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Es falta suya o mía?
¿Quién peca más: tentador o tentado? ¡Ah!
No ella; ella no tienta. Soy yo mismo
quien, junto a la violeta, en pleno sol
hago lo que hace la carroña, no la flor:
corrompo el aire con especiada potencia.

¿Será posible que el candor
trastorne así los sentidos
más que la femenina ligereza?
Teniendo suficiente campo abierto
¿desearemos también arrasar el santuario
y arrojar las vilezas justo allí?
¡Ah, vergüenza, vergüenza!
¿Qué haces tú o qué eres, Ángelo?
¿La deseas tan locamente por aquello
que la hace virtuosa?
¡Que su hermano viva!
El ladrón tiene ahora permiso de robar
si el juez, él mismo roba. ¡Qué! ¿La amo, acaso,
que deseo escucharla una vez más
y regocijarme con sus ojos? ¿Con qué sueño?
¡Oh, astuto enemigo! ¡Para atrapar un santo
pones la santidad en tu anzuelo!
Más peligrosa
es esa tentación que nos lleva al pecado
por amor de tus virtudes: jamás la cortesana
con su doble poder, arte y naturaleza,
me conmovió así. Esta virtuosa virgen
me ha subyugado totalmente. Hasta ahora
cuando veía un hombre enamorado
sonreía y me preguntaba
cómo era posible.

Sale.

ESCENA III

Un cuarto en la prisión.

*Entran el DUQUE, vestido como un fraile,
y el PREBOSTE.*

DUQUE Un saludo, preboste, pues creo que lo sois.

PREBOSTE Soy el preboste. ¿Qué deseáis, buen fraile?

DUQUE Mi propia caridad y mi bendita orden
me hacen visitar las almas afligidas
aquí en esta prisión. Permitidme, lo ruego,
verlos, y también conocer
qué tipo de delito han cometido;
así podré ejercer
con buen conocimiento de causa, mis funciones.

PREBOSTE Haría más que eso, si fuera necesario.

Entra JULIETA.

Aquí llega una dama
que, al caer en las llamas de su joven edad,
ha manchado su nombre. Está encinta
y el responsable, sentenciado: un joven
más dispuesto a cometer tales ofensas
que a morir por ellas.

DUQUE ¿Cuándo ha de morir?

PREBOSTE Mañana, según creo.

(*A JULIETA.*) He arreglado ya todo para vos:
esperad y seréis conducida.

DUQUE (*A JULIETA.*) Hermosa joven, ¿os arrepentís
del pecado que lleváis?

JULIETA Sí, me arrepiento, y sufro
pacientemente la vergüenza.

DUQUE Os enseñaré
sobre cómo escuchar vuestra conciencia
para probar si es profunda
vuestra penitencia, o tal vez superficial.

JULIETA Aprenderé con gusto.

DUQUE ¿Amáis al hombre que os ha deshonrado?

JULIETA Sí, como a la mujer que lo deshonró.

DUQUE Así que vuestro ofensivo acto
fue mutuamente consentido.

JULIETA Mutuamente.

DUQUE Habéis pecado entonces más que él.

JULIETA Confieso y me arrepiento, padre mío.

DUQUE Debéis hacerlo, hija, mas no solo
porque el pecado trajo esta vergüenza,
cuya aflicción es siempre nuestra,
no del cielo; pues en tal caso
no lo harías por amor del cielo
sino por temor de su castigo.

JULIETA Me arrepiento de haber obrado mal
y acepto con dicha la vergüenza.

DUQUE Manteneos así. Vuestro cómplice
debe morir mañana, según creo
y he de hablar con él para instruirlo.
La gracia sea con vos; *benedicite*.

Sale el DUQUE.

JULIETA ¡Morir mañana! ¡Oh, ley injusta
que conserva una vida cuyo goce
es perpetua agonía de horror!

PREBOSTE Tengo lástima por él.

Salen.

ESCENA IV

Un cuarto en la casa de ÁNGELO.

ÁNGELO Cuando quiero rezar y pensar ocurre entonces
que rezo y pienso sobre muchas cosas.
El cielo escucha mis palabras vanas
y está mi fantasía, sin escuchar mi lengua,
siempre anclada en Isabella. Cielo en mi boca
que no hace más que murmurar su nombre.
Dentro del corazón, creciente y fuerte,
la concepción del mal. El estado, su estudio,
como un libro leído en exceso
se ha vuelto tedioso; mi gravedad,
de la cual (ojalá nadie escuche) me enorgullezco,
preferiría se cambiara
en pluma que el aire agita porque sí.
¡Oh, posición, oh, formas!
¡Cuán a menudo con vuestras vestimentas,
con las insignias de un cargo,
provocáis el temor en los tontos
y atáis las almas sabias
a la falsa apariencia! Sangre, eres siempre sangre.

Escribamos «buen ángel» en el cuerno del diablo:
no será su divisa.

Entra un SIRVIENTE.

¿Cómo, quién está ahí?

SIRVIENTE Una tal Isabella, una hermana,
desea veros.

ÁNGELO Haced que pase.

Sale el SIRVIENTE.

¡Oh, cielos!

¿Por qué mi sangre fluye al corazón
y así lo vuelve inútil por sí mismo
quitándole además a todo el cuerpo
su necesario aplomo?

Las necias multitudes así actúan
cuando alguien se desmaya:
se acercan a ayudar y detienen el aire
que haría revivirlo; también el vulgo,
súbdito de un buen rey, olvida su papel
y en su amor obsequioso, mas sin tacto,
incurre en molestia.

Entra ISABELLA.

¿Qué ocurre, hermosa joven?

ISABELLA Vengo a saber cuál es vuestro deseo.

ÁNGELO (*Aparte.*) Que lo supieras me agradaría más
que el que lo preguntaras.

(*A ISABELLA.*) Vuestro hermano no puede vivir.

ISABELLA Aun así, el cielo guarde a vuestra señoría.

ÁNGELO Pero puede vivir un tiempo,

y aun tanto como nosotros; mas debe morir.

ISABELLA ¿Por sentencia vuestra?

ÁNGELO Sí.

ISABELLA ¿Cuándo, os suplico?

Para que en ese tiempo, largo o corto,
pueda prepararse y su alma no enferme.

ÁNGELO Ah, ¡vergüenza de esos sucios vicios!

Perdonar a quien ha robado un hombre a la naturaleza
es como perdonar la dulzura lasciva
que ha acuñado la imagen del cielo
en estampas prohibidas. Es tan simple
robar una vida legítima
como verter metal en moldes vedados
para crear una falsa.

ISABELLA Así se establece en el cielo, no en la tierra.

ÁNGELO ¿Eso pensáis? Entonces

os voy a preguntar, muy rápidamente,
qué preferiríais: ¿que la justa ley
arrebate la vida a vuestro hermano
o entregar vuestro cuerpo a la dulce impureza
como aquella a quien él ha deshonrado?

ISABELLA Señor, creedme: entregaría siempre
el cuerpo antes que el alma.

ÁNGELO No hablo del alma. Los pecados
que nos arrastran pueden numerarse;

no dar razón de sí.

ISABELLA ¿Cómo decís?

ÁNGELO No garantizo esto, pues puedo hablar
en contra de lo dicho. Responded:
yo, que soy la voz de la ley puesta en vigor
pronuncio una sentencia en contra de la vida
de vuestro hermano. ¿No habría caridad
aun en el pecado, para salvar su vida?

ISABELLA Por favor, eso quiero.

Tomo el peligro todo sobre mi alma,
y no sería pecado, sino caridad.

ÁNGELO Si lo hicierais al precio de vuestra alma
se contrapesarían pecado y caridad.

ISABELLA Si rogar por su vida es un pecado
que haga el cielo pesarlo sobre mí;
si es un pecado acceder a ello
rogaré en la mañana que se agregue a mis faltas
y nada quede a vuestra cuenta.

ÁNGELO No, escuchadme: no sigue vuestro pensamiento
lo que propone el mío, o sois muy ignorante,
o simuláis entonces y no está nada bien.

ISABELLA Dejadme así, ignorante, en nada buena
si no en reconocer lo que no valgo.

ÁNGELO Así desea la sabiduría parecer más brillante
al juzgarse ella misma y acusarse,
del mismo modo que antifaces negros

escudan la belleza y la proclaman
aún diez veces más alto
que lo que ella misma podría propagar.
Escuchadme. Para ser entendido hablaré con rudeza.
Vuestro hermano ha de morir.

ISABELLA ¿Y entonces?

ÁNGELO Porque su ofensa es tal, que así aparece
respondiendo a la ley con esa pena.

ISABELLA Cierto.

ÁNGELO Imaginad que no hay modo de salvar su vida
(aunque no apruebo este ni otro modo,
sino en suposición) que vos, su hermana,
siendo deseada por quien tiene crédito
con el juez o en muy alta posición,
liberaréis a vuestro hermano
de las esposas de la ley, que a todos
los ciudadanos ata. Así, no habría
ningún medio terrenal de salvarle, salvo
el de entregar a ese hombre los tesoros
de vuestro cuerpo, y si no aceptarais,
él moriría. ¿Qué pensáis de ello?

ISABELLA Igual para mi hermano que para mí misma.

Si estuviera enfrentándome a la muerte
las heridas de látigos serían como rubíes
y entraría en la muerte como a un lecho
anhelado largamente,

antes que dar mi cuerpo a la vergüenza.

ÁNGELO Entonces vuestro hermano

ha de morir.

ISABELLA Será menos oneroso.

Mejor muera un hermano en un momento
antes de que su hermana, por querer salvarlo,
muera para siempre.

ÁNGELO ¿Y no seríais entonces tan cruel como la ley
que habíais calumniado?

ISABELLA Un rescate ignominioso no es lo mismo
que un perdón libre; son como dos casas
diferentes. La piedad legítima
en nada se parece a una redención con mancha.

ÁNGELO La ley era un tirano para vos, hace poco,
y también pareció que no veíais vicio
en el comportamiento de vuestro hermano,
sino un desliz.

ISABELLA Perdonad, señor; a menudo nos ocurre
que para obtener lo que deseamos
no decimos lo que en verdad pensamos.
Debo excusar en algo lo que odio
en consideración del que amo tiernamente.

ÁNGELO Frágiles somos todos.

ISABELLA Y que mi hermano muera entonces
no como feudatario, sino tan solo él
y por su propia debilidad heredada.

ÁNGELO No, las mujeres son frágiles también.

ISABELLA Como el frágil espejo en que se miran

y que se quiebra tanto como formas da.

¡Mujeres! ¡El cielo las asista!

Los hombres dañan a sus creaciones

aprovechándose de ellas. No una vez,

sino diez veces frágiles podéis llamarnos,

pues somos tiernas como nuestra piel

y crédulas a falsas impresiones.

ÁNGELO Lo veo así

y por el testimonio de vuestro propio sexo,

y puesto que no podemos ser más fuertes

que las faltas que acaso nos sacuden,

seré entonces osado:

os tomo la palabra. Lo que sois

debéis serlo, es decir, una mujer;

si fuerais más ya no seríais nada.

Si sois una, como muy bien lo expresa

vuestra apariencia, demostradlo ahora

vistiendo la librea destinada.

ISABELLA Solo una lengua tengo, buen señor.

Volved, os pido, a vuestro anterior lenguaje.

ÁNGELO Sencillamente pensad que os amo.

ISABELLA Mi hermano amó a Julieta y me habéis dicho

que por esa razón debe morir.

ÁNGELO No morirá, Isabella, si vos me amáis.

ISABELLA Sé que podéis usar una licencia
para hablar de una forma que parece
un poco indigna y no lo es,
por ver lo que otros piensan.

ÁNGELO Creedme, por mi honor:
mis palabras expresan mi propósito.

ISABELLA ¡Ja! ¡Cuán poco honor para que se lo crea!
¡Pernicioso propósito! ¡Falsedad, impostura!
¡Te voy a denunciar, Ángelo, piénsalo!
O me firmas ahora el perdón de mi hermano
o diré a toda voz frente al mundo
qué clase de hombre eres.

ÁNGELO ¿Quién te creerá, Isabella?

Mi nombre tan sin tacha y vida austera,
con mi palabra en contra de la tuya
y mi alta posición en el estado
pesarán sobre tu acusación de modo tal
que te ahogarás con tus propias palabras
y olerán a calumnia. Ya he empezado
y ahora suelto las riendas de mi sensualidad.
Habrás de consentir a mi fiero apetito;
deja de lado todos los rubores
y sutilezas que impiden lo que buscan. Salva a tu
hermano
entregando tu cuerpo a mi deseo,
o él no solo morirá

sino que, por tu culpa, se arrastrará su muerte
en largo sufrimiento.

Contéstame mañana, o por esta pasión
que guía ahora mi conducta
seré un tirano para él. En cuanto a vos,
decid lo que queráis, que mi mentira
por sobre tu verdad ha de prevalecer.

Sale ÁNGELO.

ISABELLA ¿A quién he de quejarme? ¡Oh, bocas peligrosas
que con la misma lengua
tanto condenan como absuelven,
haciendo que la ley se incline a sus caprichos,
pesando el bien y el mal según lo dicte
su apetito! Iré a ver a mi hermano.
Aunque ha caído por fuerza de su sangre
él tiene un espíritu honorable.
Si en vez de una cabeza poseyera veinte,
las pondría en el tajo sangriento, a ser cortadas,
antes que permitir que el cuerpo de su hermana
se entregara a la horrible polución.
Isabella, vive casta; hermano mío, muere.
Más que nuestro hermano es nuestra castidad.
Le contaré lo que reclama Ángelo
y dispondré su alma para el descanso eterno.

Sale.

TERCER ACTO

ESCENA I

Entran el DUQUE como fraile y el PREBOSTE con CLAUDIO.

DUQUE ¿Esperáis entonces el perdón de lord Ángelo?

CLAUDIO El miserable no tiene

más medicina que la esperanza.

Esperando vivir, me preparo a la muerte.

DUQUE Aceptad con certeza vuestra muerte;

sea muerte o sea vida, será así lo más dulce.

Razonad de este modo con la vida:

si en realidad te pierdo, pierdo en verdad una cosa

que solo un tonto guardaría; un aliento servil

a todas las influencias de los cielos

que esta habitación, que ahora las guarda,

hora a hora deteriora. Eres, vida,

el bufón de la muerte;

para ella trabajas tratando de evitarla

y sin embargo corres hacia ella. No eres noble

pues todos tus vestidos, tus adornos,

se nutren de bajezas.

Y en modo alguno eres valiente

pues temes el ataque, suave y tierno,

de un pobre gusano.

Tu mejor descanso el sueño,
y muchas veces lo buscas; sin embargo
temes la muerte, que no es otra cosa.

Tú no eres tú misma, porque vives
de millares de granos que han salido del polvo.

Feliz no eres

pues lo que no tienes te esfuerzas por tenerlo
y si algo tienes pronto lo olvidas.

No eres constante, sufres raros cambios
según la luna. Aun rica, eres pobre,
pues como un asno, cargado de lingotes, dobla el
lomo,

tú llevas tus riquezas solo en viaje de ida
porque luego la muerte te descarga. Amistades no
tienes:

a tus propias entrañas que te llaman señor
y a lo que fluye de tus propios flancos
los maldice la gota, el salpullido, el reuma,
por no acabarte pronto.

No tienes juventud ni edad;
eres como un dormir después de haber comido
que sueña con los dos, pues toda tu bendita juventud
envejece y pide limosna

dolida de perlesía; y cuando eres vieja y rica
no tienes calor, pasión ni belleza
que hagan agradables tus riquezas. ¿Qué hay en esto

que merezca llevar el nombre vida? Se ocultan en ella
más de mil muertes; mas tememos a la muerte
que lo empareja todo.

CLAUDIO Os agradezco humildemente.

Tratando de vivir me encuentro con la muerte,
y buscando la muerte encuentro vida. Que venga,
pues.

ISABELLA (*Desde dentro.*) ¡Hola! ¡Paz, gracia, buena
compañía!

PREBOSTE ¿Quién hay ahí? Entra. Esos deseos
os hacen bienvenida.

Entra ISABELLA.

DUQUE (*A CLAUDIO.*)

Estimado señor, pronto os veré nuevamente.

CLAUDIO Piadoso fraile, os lo agradezco.

ISABELLA Deseo hablar tan solo unas palabras
un instante, con Claudio.

PREBOSTE Muy bienvenida. Mirad, señor,
aquí está vuestra hermana.

DUQUE (*Aparte, al PREBOSTE.*) Preboste, deseo hablar con
vos unas palabras.

PREBOSTE Las que queráis.

DUQUE Llevadme donde pueda escucharlos sin ser visto.

Salen

el DUQUE y el PREBOSTE.

CLAUDIO Y bien, hermana, ¿cuál es el consuelo?

ISABELLA Pues bien, es como todos los consuelos

que en realidad son buenos.

Lord Ángelo, por asuntos en el cielo,

te envía allí como su embajador

y allí seréis eterno huésped.

Es necesario hacer preparativos

rápidos, pues partirás mañana.

CLAUDIO ¿Entonces no hay remedio?

ISABELLA Ninguno, salvo uno tal que salva una cabeza

y parte un corazón en dos.

CLAUDIO ¿Pero hay alguno?

ISABELLA Sí, hermano, tú podrías vivir.

Hay en el juez una diabólica clemencia

que, si lo imploraras, te salvaría la vida,

mas encadenándote hasta la muerte.

CLAUDIO ¿En prisión perpetua?

ISABELLA Sí, perpetua; aunque tuvieras toda la tierra,

te restringiría a un fin determinado.

CLAUDIO ¿Pero en qué modo?

ISABELLA De tal naturaleza, que, si lo consintieras

quitándote el honor, quedarías desnudo.

CLAUDIO Déjame conocerlo.

ISABELLA Te temo, Claudio. Tiemblo cuando pienso

que tal vez prefirieras una vida febril

o seis o siete inviernos respetaras

más que el perpetuo honor. ¿Sabrás morir?

Miedo es anticiparnos a la muerte

y el pobre escarabajo que pisamos
sufre del mismo modo por su cuerpo
que un gigante cuando muere.

CLAUDIO ¿Por qué me avergüenzas así?

¿Piensas acaso que mis decisiones
son floridas palabras? Si he de morir
tomaré a la tiniebla como novia,
y la estrecharé en mis brazos.

ISABELLA ¡Así habla mi hermano! ¡Y la voz de mi padre

desde su tumba, también se ha expresado!

Sí, debes morir, pues demasiado noble
eres para vivir en la bajeza.

Ese representante del duque, con aspecto de santo,
cuyo rostro y palabras tan compuestas
golpean y paralizan a los jóvenes
como hace el halcón con las aves domésticas,
es en verdad un demonio.

Su suciedad interior parecería
arrojada hacia afuera

tan hondo estanque como el mismo infierno.

CLAUDIO ¿El principesco Ángel?

ISABELLA Ah, la astuta librea del infierno

al condenado cuerpo cubre e inviste
con principesca ropa. ¿Piensas tú, Claudio,
que debiera cederle, yo, mi virginidad
para que te libere?

CLAUDIO ¡No puede ser! ¡Oh, cielos!

ISABELLA Sí, él te daría por esta sucia ofensa

la libertad para ofender aún más. Esta noche es el momento

en que tendría que hacer lo que aborrezco,
o morirás mañana.

CLAUDIO No debes hacerlo.

ISABELLA Oh, si fuera mi vida

la entregaría por tu liberación
como a un simple alfiler.

CLAUDIO Gracias por tus palabras, mi querida Isabella.

ISABELLA Prepárate, pues, Claudio, que tu muerte es
mañana.

CLAUDIO Sí. ¿Está alertado pues de tal manera

que puede despreciar la ley

cuando debiera hacerla cumplir?

Entonces no es pecado, o, con seguridad,
de los siete capitales es el menor.

ISABELLA ¿Cuál es el menor?

CLAUDIO Si fuera condenable, él, que es tan cauto,

¿por qué se haría castigar eternamente
por algo momentáneo? Oh, Isabella...

ISABELLA ¿Qué dice mi hermano?

CLAUDIO La muerte es espantosa.

ISABELLA Y vivir con vergüenza es detestable.

CLAUDIO Sí, pero morir, ir no sabemos dónde,

yacer en frío encierro y corromperse;
que este sensible y tibio movimiento,
masa de arcilla se vuelva, y el espíritu
(capaz de dar y producir deleite)
en turbulento fuego se bañe o bien resida
en un espeluznante lugar de grueso hielo.
Estar aprisionado en vientos invisibles
lanzado con violencia por el mundo,
que flota en el espacio,
o peor que el peor
de aquellos a quienes nuestros pensamientos
imaginan aullando. ¡Es demasiado horrible!
La más fastidiosa y aborrecible vida
que la edad, la penuria, el dolor o la prisión
nos puedan imponer, sería un paraíso
comparada a la muerte.

ISABELLA ¡Ay, ay!

CLAUDIO Mi dulce hermana, déjame vivir.

Cualquier pecado que cometas, por salvar a tu
hermano,
habrá de disculparlo la naturaleza.
Se volverá virtud.

ISABELLA ¡Ah, bestia, cobarde desleal!

¡Miserable infame!
¿Mi vicio te hará hombre?
¿No es algo así como un incesto

conseguir la vida
con la vergüenza de tu hermana?
¿Será que el cielo protegió a mi madre
si ella engañó a mi padre alguna vez?
Este torcido salvajismo
no puede haber surgido de la sangre paterna.
Este es mi reto: ¡Perece! ¡Muere! Podría doblarme,
librarte de tu suerte, pero no lo haré.
Rezaré mil plegarias por tu muerte;
para salvarte ni una.

CLAUDIO No, escúchame, Isabella...

ISABELLA ¡Ah, vergüenza, vergüenza!

Pecar en ti no es accidente, sino oficio.

Tenerte piedad sería libertinaje.

Lo mejor es que mueras enseguida.

CLAUDIO Escúchame, Isabella...

Vuelve a entrar el DUQUE como fraile.

DUQUE Permitidme una palabra, joven hermana, una sola.

ISABELLA ¿Qué deseáis?

DUQUE Si dispusierais de tiempo libre podríamos en algún momento tener una conversación. Lo que requiero es por vuestro propio beneficio.

ISABELLA No tengo tiempo libre; mi presencia aquí debió ser sustraída a otros asuntos, pero os escucharé ahora mismo.

DUQUE (*Aparte, a CLAUDIO.*) Hijo, he oído lo que ha pasado entre tú y tu hermana. Ángelo nunca tuvo el propósito de corromperla. Solo quiso poner a prueba

su virtud para ejercitar su juicio de la naturaleza humana. Ella, teniendo la verdad y el honor consigo, lo ha rechazado, que era lo que él quería; soy el confesor de Ángelo y sé que esto es verdad; por lo tanto prepárate para la muerte. No trates de alentar el valor con esperanzas engañosas: mañana has de morir. Árrodíllate y prepárate.

CLAUDIO Permitidme pedirle perdón a mi hermana. Estoy tan desilusionado de la vida, que pleitearía por verme libre de ella.

DUQUE Mantén esa actitud. Adiós. (*Sale* CLAUDIO.)
¡Preboste, una palabra!

Vuelve a entrar el PREBOSTE.

PREBOSTE ¿Qué deseáis, padre?

DUQUE Que tan pronto como habéis venido os marchéis. Dejadme un momento con la joven. Mi espíritu y mi hábito aseguran que nada tiene que perder con mi compañía.

PREBOSTE En buena hora.

Sale el PREBOSTE.

DUQUE La mano que os ha hecho hermosa os hizo buena; la bondad mezquina en belleza hace a la belleza breve en bondad; pero la gracia, siendo el alma de vuestro ser, conservará su forma siempre hermosa. El ataque que Ángelo os ha hecho por azar ha llegado a mi conocimiento. Aunque de la fragilidad humana sobran ejemplos, la de Ángelo me asombra. ¿Cómo haréis para satisfacer a ese sustituto y salvar a vuestro hermano?

ISABELLA Ahora voy a resolverlo; prefiero que mi hermano muera por la ley a que mi hijo nazca ilegalmente. ¡Pero cómo Ángelo ha engañado al duque! Si alguna

vez el duque vuelve y puedo hablarle, abriré mis labios en vano si no lo delato.

DUQUE No estará mal hacerlo. Pero ahora Ángelo puede evitar nuestras acusaciones; él mismo os juzgaría, seguramente. Por eso, prestad atención a mi consejo: por el amor del bien se presenta un remedio por sí mismo. He pensado que podríais aplicarlo en sumo beneficio de una dama que ha sido deshonrada; salvar a vuestro hermano de la enojada ley; no manchar vuestra graciosa persona y agradar mucho al ausente duque por si retorna alguna vez a oír de sus asuntos.

ISABELLA Dejadme oír más sobre eso. Mi voluntad es hacer cualquier cosa que no se oponga a la verdad de mi espíritu.

DUQUE La virtud es atrevida y la bondad no es temerosa. ¿Habéis oído hablar de Mariana, la hermana de Federico, el bravo marino que murió en un naufragio?

ISABELLA He oído hablar de la dama, y muy buenas palabras escuché junto a su nombre.

DUQUE Es a quien debía desposar Ángelo. Estuvo prometido a ella por juramento y anunciado el matrimonio. En el intervalo entre el contrato y la boda, Federico naufragó y en el naufragio se perdió también la dote de su hermana. Notad qué grave fue esto para la pobre dama: allí perdió un noble y renombrado hermano que en su amor hacia ella siempre fue bondadoso; con él lo principal de su fortuna, su dote de casamiento; y con ambos perdió a su futuro marido, Ángelo, de virtuoso aspecto.

ISABELLA ¿Cómo es posible? ¿Ángelo la abandonó?

DUQUE La dejó bañada en lágrimas y ni una de ellas enjugó con su consuelo; renegó de sus promesas, simulando haber descubierto deshonor en ella. En suma, la dejó abandonada a sus propios lamentos, los que todavía duran por su culpa. Y él, como el mármol, contempla esas lágrimas sin arrepentirse.

ISABELLA ¡Sería un mérito para la muerte llevarse a la pobre del mundo! ¡Qué corrupción de la vida dejar que viva ese hombre! ¿Pero cómo puede salir de esto la muchacha?

DUQUE Es una herida que vos podéis curar, y la cura no solo salvará a vuestro hermano sino que lo hará sin deshonor.

ISABELLA Mostradme cómo, padre.

DUQUE La dama que he nombrado continúa en su primer afecto; la injusta maldad, que con toda razón debía haber agotado su amor, por el contrario lo ha hecho mas violento e ingobernable, como hace un obstáculo con una corriente. Id con Ángelo, contestad sus requerimientos con una aparente obediencia. Mostraos de acuerdo con sus demandas, pero bajo ciertas condiciones: primero, que vuestra estadía no será larga; que deben reinar el silencio y la oscuridad y que el lugar os sea conveniente. Habiendo acordado esto, lo demás se resolverá bien; avisaremos a la joven ultrajada para que ocupe vuestro lugar en la cita. Si después el encuentro se divulga, acaso lo obligue a cumplir su palabra y así, por esto, puede que vuestro hermano se salve, vuestro honor se conserve, la pobre Mariana salga favorecida y el corrupto representante del duque quede desenmascarado. Voy a preparar a la joven para esta empresa. Si pensáis que podéis llevar esto a término, el beneficio doble que se obtenga

redundará contra el reproche de haber cometido engaño.

ISABELLA Ya imaginarlo me da contento, y creo que se realizará a la mejor perfección.

DUQUE Depende mucho del modo como lo representéis. Id a toda prisa a buscar a Ángelo; si esta noche os apremia a dormir con él, prometedle que accederéis. Yo voy inmediatamente a San Lucas; allí, en una granja rodeada de fosos, reside la abandonada Mariana. Nos veremos allí, y apresuraos con Ángelo.

ISABELLA Os agradezco por este consuelo. Adiós, buen padre.

Entran ELBOW y oficiales con POMPEYO.

ELBOW Bien, si no se lo remedia y seguís comprando y vendiendo hombres y mujeres como si fueran bestias, tendremos a todo el mundo bebiendo vino bastardo, tinto y blanco.

DUQUE Oh, cielos, ¿qué es esto?

POMPEYO El mundo no es lugar alegre, desde el momento en que, de dos prestamistas, el más alegre se arruina, y al peor la ley le permite abrigarse con traje forrado. Y forrado en piel de zorro y de cordero, para dar a entender que la habilidad, siendo más rica que la inocencia, gusta de la ostentación.

ELBOW Seguid vuestro camino, señor. Dios os bendiga, buen fraile.

DUQUE Y a vos, buen hermano. ¿Qué delito ha cometido este hombre?

ELBOW Sabed, señor, que ha ofendido a la ley y creemos, señor, que también es ladrón, pues le hemos encontrado

una extraña ganzúa que hemos enviado al gobernante.

DUQUE ¡Fuera, bribón! ¡Perverso alcahuete!

La maldad que por tu causa se hace
es tu medio de vida. ¿Acaso piensas
en llenarte la tripa o en vestirme
con tan inmundo vicio? Di a ti mismo:
de actos abominables y bestiales
yo como, bebo, me acomodo y vivo.
Crees que es vida esa vida
tan asquerosamente servil. Anda, enmiéndate.

POMPEYO En verdad es asqueroso en cierto modo, mi señor;
sin embargo yo probaría...

DUQUE Solo lo probarías si el diablo
te ha entregado pruebas para el pecado.
Oficiales, llevadlo a la prisión.
Corrección e instrucción trabajarán
para que cambie esta grosera bestia.

ELBOW Debe ser presentado al representante del gobierno
y ya se le ha advertido: el gobierno no tolerará
el negocio de la prostitución. Si lo hace y se presenta
frente a él, mejor le estaría estar a una milla de aquí
en algún recado.

DUQUE ¡Ah, que estuviéramos todos, como algunos parecen
estar, libres de faltas, como las faltas mismas
libres de la apariencia!

ELBOW Su cuello entraría muy bien en vuestro cinturón;

una cuerda para él, señor.

Entra LUCIO.

POMPEYO Presiento ayuda: ¡pido fianza! He aquí un caballero que es amigo mío.

LUCIO ¿Cómo, noble Pompeyo? ¿A los pies de César? ¿Te pasean en triunfo? ¿Cómo, no hay estatuas de Pigmalión recién vueltas mujeres que metan la mano en el bolsillo y la saquen cerrada? ¿Qué me respondes, eh? ¿Qué dices de esta nueva melodía, asunto y método? ¿Se ha ahogado en la última lluvia? ¿Está el mundo como antes, hombre? ¿De qué modo? ¿Triste y de pocas palabras o cómo? ¿En qué forma?

DUQUE Siempre así; ¡aún peor!

LUCIO ¿Qué es de ese manjar mío, tu patrona? ¿Siempre buscando, procurando?

POMPEYO La verdad, señor, es que ya se ha comido toda la carne y ahora está ella misma en la batea.

LUCIO Bien, eso es bueno. Está en el derecho y debe ser así, tanto para la prostituta fresca como para la libertina empolvada; es una consecuencia inevitable. ¿Vas a prisión, Pompeyo?

POMPEYO Sí, señor, por cierto.

LUCIO Pues bien, nada tiene de malo, Pompeyo. Adiós. Ve y di que te he enviado yo. ¿Por deudas o qué?

ELBOW Por ser un rufián, por ser un rufián.

LUCIO Bien, entonces, llevadlo a prisión. Si la prisión corresponde a un rufián, entonces está bien: rufián es sin duda y de toda antigüedad; nacido rufián. Ahora te volverás un buen marido, Pompeyo; te mantendrás en casa.

POMPEYO Espero, señor, que vuestra señoría sea mi fiador.

LUCIO Sin duda que no, Pompeyo, no es la usanza. Rezaré,
Pompeyo, para que aumenten tus cadenas. Cuanta
más paciencia tengas, más claro se verá tu valor.
Adiós, fiel Pompeyo. Dios te bendiga, fraile.

DUQUE Y a vos.

LUCIO ¿Bridget aún se pinta la cara, Pompeyo?

ELBOW (*A POMPEYO.*) Andando, señor.

POMPEYO (*A LUCIO.*) ¿Entonces no seréis mi fiador?

LUCIO Entonces, Pompeyo, no ahora.

ELBOW Andando, señor, vamos.

LUCIO A prisión, Pompeyo.

Salen ELBOW y oficiales con POMPEYO.

LUCIO ¿Qué novedades del duque, buen fraile, qué
novedades?

DUQUE No conozco ninguna. ¿Podéis decirme alguna vos?

LUCIO Hay quien dice que está con el emperador de Rusia;
otros dicen que en Roma; ¿pero, dónde creéis vos
que está?

DUQUE No lo sé; pero donde sea, le deseo el bien.

LUCIO Ha sido una treta loca y extravagante escaparse del
gobierno y usurpar el lugar del mendigo, para el que
no ha nacido. Lord Ángelo gobierna bien en su
ausencia. Lo hace hasta traspasando los límites.

DUQUE Hace bien en eso.

LUCIO No le haría daño ser un poco más tolerante con la
lascivia. Hay algo demasiado avinagrado en sus
maneras, fraile.

DUQUE Es un vicio demasiado extendido y la severidad debe curarlo.

LUCIO En verdad, el vicio tiene una gran familia, y buenos aliados; pero es imposible extirparlo, fraile, a menos que se acaben el comer y el beber. Dicen que este Ángelo no fue hecho por hombre y mujer según la forma ordinaria de creación; ¿os parece que es verdad?

DUQUE ¿Cómo habría sido hecho, entonces?

LUCIO Algunos dicen que nació de una sirena y otros que fue engendrado por dos bacalaos secos. Es cierto que su orina se congela como hielo. Eso sé que es verdad. Y de que es un títere incapaz de generar, no cabe duda.

DUQUE Os burláis, señor, y habláis con ligereza.

LUCIO ¡Vaya, es cosa de despiadados llevarse la vida de un hombre por la rebelión de una bragueta! ¿Habría hecho algo así el ausente duque? Antes que hacer colgar a uno por haber procreado bastardos, pagaría por el cuidado de mil. Él sabía de estas cosas por él mismo y eso lo llevaba a ser comprensivo.

DUQUE Nunca oí que el ausente duque fuera mujeriego. No tenía inclinaciones de ese tipo.

LUCIO Oh, señor, os engañáis.

DUQUE No es posible.

LUCIO ¿Que no? ¿El duque? A una pordiosera de cincuenta años su costumbre era ponerle un ducado en la escudilla. El duque tenía sus extravagancias. Se emborrachaba también, permitidme que os lo informe.

DUQUE Ciertamente que le calumniáis.

LUCIO Señor, yo era uno de sus íntimos. Un hombre reservado era el duque, y creo que conozco la causa de su partida.

DUQUE ¿Cuál sería, os suplico, la causa?

LUCIO No, perdonad. Es un secreto que debe quedar encerrado entre los dientes y los labios. Pero os puedo dar a entender esto: la mayoría de sus súbditos lo consideraba un sabio.

DUQUE Sin duda lo era.

LUCIO Era un individuo muy superficial, ignorante y sin juicio.

DUQUE O esto es envidia vuestra, o bien locura o error. El curso entero de su vida y los asuntos que ha dirigido le harían su mejor defensa si la necesitara. Que sus realizaciones defiendan, y aparecerá al envidioso como docto estadista y soldado. Habláis pues torpemente o, si le conocéis mejor, la malicia os nubla el conocimiento.

LUCIO Señor, lo conozco y aprecio.

DUQUE El aprecio habla con más conocimiento y el conocimiento con mejor aprecio.

LUCIO Vamos, señor, yo sé lo que sé.

DUQUE No lo creo, puesto que no sabéis de qué habláis. Pero si alguna vez retorna el duque, como lo piden nuestras plegarias, deseo que respondáis frente a él. Si es sincero lo que habéis dicho, tendréis el valor de mantenerlo. Me comprometo a llamaros y os pido que me digáis vuestro nombre.

LUCIO Señor, mi nombre es Lucio, bien conocido del duque.

DUQUE Os conocerá mejor, señor, si vivo para informarle.

LUCIO No os temo.

DUQUE Oh, esperáis que el duque no regrese o me imagináis un adversario inofensivo; mas, ciertamente, no puedo dañaros mucho. ¿Renegaréis de lo que habéis dicho?

LUCIO Antes me colgarían. Os engañáis conmigo, fraile. Pero basta ya. ¿Podéis decirme si Claudio morirá o no mañana?

DUQUE ¿Por qué ha de morir, señor?

LUCIO ¿Por qué? Por haber llenado una botella con embudo. Desearía que el duque del cual hablamos regresara. Su castrado representante despoblará la provincia con la continencia. Los gorriones tendrán prohibido hacer sus nidos en los aleros, por lascivos. El duque dejaría en la sombra los actos cometidos en la sombra; nunca los traería a la luz. ¡Ojalá hubiera retornado! ¡Cielos! A Claudio lo condenan por desatar un vestido. Adiós, buen fraile, os pido que roguéis por mí. El duque (os lo digo de nuevo) solía comer cordero en viernes. Ya no está para eso, pero (os lo digo) se pondría boca a boca con una mendiga aunque oliera a pan moreno y ajo. Decid que lo he dicho así. Adiós.

Sale LUCIO.

DUQUE Ni poder ni grandeza en las cosas mortales
escapan a la crítica; la calumnia,
(la que hiere en la espalda)
golpea a la virtud más blanca.
¿Qué rey sería tan fuerte
para detener la lengua mentirosa?

*Entran ESCALO, PREBOSTE y oficiales
con la SEÑORA OVERDONE.*

ESCALO Vamos, a la cárcel con ella.

SEÑORA OVERDONE

Mi buen señor, sed bueno conmigo. Vuestra señoría es

considerado un hombre clemente. ¡Mi buen señor!

ESCALO ¿Reprendida dos y tres veces y siempre incurriendo en el mismo delito? Esto haría blasfemar a la clemencia y volverla tirana.

PREBOSTE Es una alcahueta con once años de actividad, si vuestra señoría me permite decirlo.

SEÑORA OVERDONE Señor, esa es una acusación de cierto Lucio contra mí. En tiempos del duque, la señora Catalina Keedown esperaba un niño de él, y él le prometió matrimonio. Su niño ya tendrá quince meses el día de San Felipe y San Jacobo. Lo he criado yo misma y ved cómo trata de calumniarme.

ESCALO Ese sujeto es licencioso; debe comparecer ante nosotros. Llevadla a prisión. Vamos, no más palabras.

Salen los oficiales con la SEÑORA OVERDONE.

Preboste, no se alterarán las órdenes de mi hermano Ángelo. Claudio morirá mañana. Que tenga asistencia espiritual y la preparación más caritativa. Si Ángelo gobernara con mi piedad, no pasaría esto con Claudio.

PREBOSTE Si os place, este fraile ha estado con él y lo ha aconsejado para recibir la muerte.

ESCALO Salud, buen padre.

DUQUE Salud y bendiciones para vos.

ESCALO ¿De dónde sois?

DUQUE No de este país, aunque ahora me toca

vivir por algún tiempo aquí. Soy un hermano

de una orden de gracia y llego desde Roma
en misión especial para su santidad.

ESCALO ¿Qué hay de nuevo en el mundo?

DUQUE Nada, salvo que existe tal fiebre de bondad que su
disolución debe curarla. Solo se busca la novelería y
es tan peligroso envejecer en cualquier tipo de
actividad, como es virtuosa la inconstancia en toda
empresa. Hay escasa verdad lo bastante viva para
dar seguridad a las sociedades pero suficiente
seguridad para hacer perversas a las asociaciones.
Sobre esta paradoja gira mucho de la sabiduría del
mundo. Las nuevas son hartas viejas y sin embargo
nuevas son de cada día. Os ruego, señor, ¿en qué
disposición se encontraba el duque?

ESCALO

En una en que sobre todo se esfuerza en conocerse a
sí mismo.

DUQUE ¿A qué placer se daba?

ESCALO Más que alegrarse con aquello que se proponía
regocijarse prefería ver alegres a los otros. Un
caballero de gran temperancia. Pero dejémoslo
librado a los acontecimientos, rogando que le sean
prósperos, y hacedme saber cómo encontráis
preparado a Claudio. Me han dicho que le habéis
hecho una visita.

DUQUE Él declara que no ha recibido del juez castigo injusto
y acepta humildemente y de buena gana la
resolución de la justicia. Sin embargo, su propia
fragilidad lo había llevado a creer en engañosas
promesas de vida de las cuales debí desengañarlo, y
ahora está dispuesto a morir.

ESCALO Habéis cumplido vuestra función frente a los cielos,
y el prisionero igualmente frente a vos. Me he

esforzado en favor del pobre caballero al extremo de mis posibilidades, pero a mi hermano juez lo he encontrado tan severo que me ha obligado a decirle que es la justicia en persona.

DUQUE Si su propia vida respondiera a la severidad de sus procedimientos, estaría bien, pero si, por casualidad, él fallara, se sentenciaría a sí mismo.

ESCALO Voy a visitar al prisionero. Adiós, que os vaya bien.

DUQUE La paz sea con vos.

Salen ESCALO y el PREBOSTE.

Quien posee la espada del cielo
será incorrupto, para ser severo:
conocerá el modelo por sí mismo, que hará
erguirse a la gracia y a la virtud marchar.
Cuando juzgue a los otros, el peso no dará
ni más ni menos que lo que pesa él mismo.
Vergüenza para aquellos que con crueldad golpean
las faltas que ellos mismos cometieran;
¡vergüenza para Ángel, una y otra vez
por arrancar el vicio que deja en sí crecer!
¡Oh! ¡Que un hombre pueda así esconderse
y pueda, desde fuera, parecer un ángel!
¡Y cómo el parecido en los delitos
(engaños en el tiempo realizando)
puede arrastrar, con una telaraña
a lo más sustancial y más pesado!
Contra el vicio, he de aplicar ingenio:
con Ángel esta noche ha de pasar

su antigua prometida, la cual fue rechazada;
así el disfraz, a través de la engañada,
con falsedad retribuirá el chantaje,
y verificará el viejo contrato.

Sale el DUQUE.

CUARTO ACTO

ESCENA I

Entran MARIANA y un MUCHACHO cantando.

MUCHACHO (*Canta.*)

Llévate esos labios lejos
que (tan dulces) perjuraron
y esos ojos, luz del alba
que hasta al alba engañaron;
pero devuélveme mis besos,
sellos del amor, aunque sellaron
tan en vano, tan en vano.

Entra el DUQUE

como fraile.

MARIANA Deja ya de cantar; sal, date prisa.

Aquí llega quien trae consuelo; su consejo
ha calmado a menudo mi amargo descontento.

Sale el MUCHACHO.

Os pido perdonéis, señor, pues desearía
que no me hubierais encontrado así,
tan musical; dejadme que me excuse y, creed,
mi alegría es triste y mi dolor, placentero.

DUQUE Está bien, pues la música posee tal encanto que
cambia

el mal en bien y el bien logra hacer daño. Os ruego,
¿ha

preguntado alguien por mí durante el día? Justo a esta
hora tenía aquí una cita.

MARIANA Nadie ha preguntado por vos; he permanecido aquí
todo el día.

Entra ISABELLA.

DUQUE Creo lo que afirmáis, pero ha llegado la hora. Voy a
pediros que os retiréis un rato; es posible que os
vuelva
a llamar por un asunto de vuestro beneficio.

MARIANA Estoy siempre a vuestro servicio.

Sale MARIANA.

DUQUE Un buen encuentro, sed bienvenida.

¿Qué noticias tenéis de ese buen delegado?

ISABELLA Tiene un jardín rodeado por un muro;
por el lado de atrás lo cubre un viñedo
y se entra a ese viñedo por un portal de planchas
al cual se accede con esta llave grande.
Esta otra pequeña es de una puertecita
que conduce al jardín desde el viñedo.
Allí he hecho mi promesa
de reunirme con él a medianoche.

DUQUE ¿Sabréis hallar ese camino por vos misma?

ISABELLA He tomado debida y cuidadosa nota.

Con tono susurrante y con culpable prisa
él mismo me ha indicado dos veces el camino.

DUQUE ¿Y no habéis acordado cumplir nada más?

ISABELLA No, nada, salvo que ha de ser en lo oscuro

y le he hecho saber que mi estadía
será muy breve; le he informado
que voy allí con una acompañante
que cree que la cita es por mi hermano.

DUQUE Muy bien urdido.

Todavía no he hecho saber a Mariana
nada de esto. ¡Entrad ahora!

Entra MARIANA.

Os ruego conozcáis a esta doncella.

Viene a haceros un favor.

ISABELLA Deseo lo mismo.

DUQUE (*A MARIANA.*) ¿Estáis persuadida de mi estima?

MARIANA Buen fraile, lo sé bien, y tengo pruebas.

DUQUE Tomad entonces a vuestra compañera
por la mano, y oíd de ella la historia
que va a contaros. Esperaré aquí mismo
pero en verdad debéis apresuraros
porque ya llega la vaporosa noche.

MARIANA ¿Queréis que caminemos juntas?

Salen MARIANA e ISABELLA.

DUQUE Oh, prestigio, grandeza,
millones de ojos desleales te contemplan;
volúmenes enteros se han escrito
(búsquedas falsas y contradictorias)

sobre tus hechos; miles de ocurrencias
te hacen padre de sus vanos sueños
y de las distorsiones de sus fantasías.

Entran MARIANA e ISABELLA.

Bienvenidas. ¿Os habéis puesto de acuerdo?

ISABELLA Ella se encargará de todo, padre,
si se lo aconsejáis.

DUQUE No solo lo aconsejo; lo suplico.

ISABELLA No hay mucho que decir
cuando os vayáis, tan solo (suave y bajo)
«Recordad ahora a mi hermano».

MARIANA Nada temáis.

DUQUE Ni vos tampoco, hija. No debéis temer.
Él es vuestro marido por contrato previo,
de modo que unirse así no es pecado.
Vuestro reclamo es justo
y embellece el engaño. Vamos, venid.
Nuestra cosecha tardará en madurar,
pues falta aún preparar el terreno.

Salen.

ESCENA II

Entran

el PREBOSTE y POMPEYO.

PREBOSTE Venid acá, tunante. ¿Podéis cortarle la cabeza a un
hombre?

POMPEYO Si es hombre soltero, señor, puedo; pero si es
casado, es la cabeza de su mujer, y a una mujer yo
no puedo cortarle la cabeza.

PREBOSTE Vamos, basta de palabrerías; dadme una respuesta directa. Mañana por la mañana deben morir Claudio y Bernardino. Hay aquí en nuestra prisión un verdugo público a quien le falta un ayudante. Si te decides a ayudarlo, quedarás libre de tus grillos; si no lo haces, cumplirás tu tiempo completo de prisión y no saldrás libre sin ser antes azotado sin lástima, pues has sido un alcahuete notorio.

POMPEYO Señor, he sido alcahuete ilegal desde tiempo sin memoria, pero ahora me alegrará ser verdugo legal. Agradeceré recibir instrucciones de mi colega.

PREBOSTE ¡Eh! ¡Abhorson! ¿Dónde está Abhorson?

Entra ABHORSON.

ABHORSON ¿Me llamáis, señor?

PREBOSTE Hombre, he aquí un colega que os ayudará mañana en la ejecución. Si pensáis que sirve, contratadlo por un año y dejad que viva aquí con vos; si no, empleadlo ahora y despedidlo después. No puede objetar nada pues ha sido alcahuete.

ABHORSON ¿Alcahuete?, ¡qué vergüenza! Desacreditará nuestra profesión.

PREBOSTE Vamos, señor, pesáis lo mismo: una pluma desnivelaría la balanza.

Sale el PREBOSTE.

POMPEYO Os ruego, señor, por vuestra gracia (que sin duda la tenéis a pesar de vuestro aspecto patibulario) decidme: ¿llamáis a vuestra profesión un arte?

ABHORSON Sí, señor, es un arte.

POMPEYO Pintar, señor, he oído decir, es un arte; las rameras, siendo miembros de mi profesión y usando pintura prueban que es un arte también. Pero qué arte hay en ahorcar a una persona, no puedo imaginármelo.

ABHORSON Señor, es un arte.

POMPEYO Probadlo.

ABHORSON Todo equipo para un hombre honrado le conviene al ladrón...

POMPEYO Si es pequeño para el ladrón, el hombre honrado lo considera demasiado grande. Si es demasiado grande para el ladrón, al honrado le parece pequeño. De manera que todo equipo de hombre honrado se ajusta al ladrón.

Entra el PREBOSTE.

PREBOSTE ¿Os habéis entendido?

POMPEYO Señor, lo serviré, pues encuentro que vuestro verdugo hace un trabajo con más penitencia que el de rufián: se pide más a menudo perdón.

PREBOSTE Vos, granuja, preparad el bloque y el hacha para las cuatro de la mañana.

ABHORSON Vamos, rufián, te enseñaré mi oficio. Sígueme.

POMPEYO En verdad que deseo aprender, señor. Y espero que cuando tengáis ocasión para usarme por vuestra cuenta me hallaréis preparado; ciertamente, señor, por vuestra bondad os estoy en deuda.

PREBOSTE Llamad a Bernardino y a Claudio.

Salen

ABHORSON y POMPEYO.

A uno compadezco; al otro, ni una pizca
(aunque fuera mi hermano), pues es un asesino.

Entra CLAUDIO.

Mira, aquí está la orden, Claudio, de tu muerte.

Ahora es medianoche, y a las ocho, mañana,
seréis hecho inmortal. ¿Dónde está Bernardino?

CLAUDIO Está sumido en sueños como hace el inocente
trabajador, que yace en sus huesos cansados.
No despertará.

PREBOSTE ¿Quién puede hacerle un bien? Preparaos, pues.

Golpean.

Pero escuchad, ¿qué es ese ruido?
¡Los cielos os consuelen!

Sale CLAUDIO. Lllaman dentro.

¿Y ahora? Espero que sea un perdón o algún
aplazamiento para el gentil Claudio.

Entra el DUQUE como fraile.

Bienvenido, padre.

DUQUE ¡Los mejores espíritus nocturnos
te envuelvan, buen preboste!
¿Quién ha llamado últimamente?

PREBOSTE Nadie, después del toque de queda.

DUQUE ¿Ni Isabella?

PREBOSTE No.

DUQUE No tardará en venir.

PREBOSTE ¿Qué recurso hay para Claudio?

DUQUE Hay alguno en la esperanza.

PREBOSTE Tenemos un gobernante severo.

DUQUE No es así, no es así; su vida es paralela
a las líneas y golpes que ha dado su justicia.
Él domina con santa abstinencia
todo lo que en sí percibe
al controlar a otros. Si él mismo

estuviera manchado de aquello que corrige
sería entonces tiránico,
pero no siendo así, es justo.

Lllaman dentro.

Ya han llegado.

Sale el PREBOSTE.

Este es un buen preboste; muy raramente ocurre
que un carcelero curtido
sea amigo de los hombres.

Entra el PREBOSTE. Lllaman dentro.

¿Qué es ese ruido ahora?

¿Qué espíritu apresurado

hiere los resistentes portones con sus golpes?

PREBOSTE Allí ha de permanecer hasta que el oficial
se levante para hacerlo pasar. Ya lo han llamado.

DUQUE ¿No tenéis todavía

la contraorden a la muerte de Claudio?

PREBOSTE Ninguna, señor.

DUQUE Aunque el alba ya se acerca,

preboste, algo oiréis antes de la mañana.

PREBOSTE Algo sabéis, tal vez, y sin embargo
no hay atisbo de una contraorden.

Además, desde el sitio de la justicia mismo
lord Ángelo ha expresado lo contrario
frente a toda su audiencia.

Entra un MENSAJERO.

Este es el enviado de su señoría.

DUQUE Y aquí llega el perdón de Claudio.

MENSAJERO Mi señor os ha enviado esta nota y algo más me ha encomendado: que no debéis alterar ni el más pequeño artículo, ni en tiempo, ni en asunto ni en otra circunstancia. Y os doy los buenos días, pues ya es casi el alba.

Sale el MENSAJERO.

DUQUE (*Aparte.*) El perdón es comprado con pecado cometido por el que perdona.

Posee la ofensa más rapidez
cuando nace de autoridad más alta.

Cuando el vicio perdona, tan amplio es el perdón
que, por amar la falta, acepta al ofensor
como amigo. Y ahora, señor, ¿qué novedades?

PREBOSTE Os lo diré: lord Ángelo, creyéndome probablemente remiso en mi oficio, me advierte con singular aviso, harto extrañamente, pues nunca lo ha hecho antes.

DUQUE Por favor, leedlo.

PREBOSTE (*Lee*) «Aunque oigáis algo en contrario, ved que Claudio sea ejecutado a las cuatro de la mañana y en la tarde Bernardino. Para mi mejor satisfacción, enviadme la cabeza de Claudio a las cinco. Cumplid debidamente, pues más cosas dependen de esto que lo que puede ahora explicarse. Así, no falléis en vuestro oficio, pues responderéis con vuestra vida.»

DUQUE ¿Quién es ese Bernardino que será ejecutado en la tarde?

PREBOSTE Un bohemio de origen, pero criado aquí, y desde hace muchos años preso.

DUQUE ¿Cómo es que el duque no lo ha liberado ni lo ha hecho ejecutar? He oído que no es su costumbre obrar así.

PREBOSTE Sus amigos han logrado prorrogar la condena; y además su delito, hasta el gobierno de lord Ángelo, no tenía comprobación efectiva.

DUQUE ¿Ahora la tiene?

PREBOSTE Es manifiesta y él no la ha negado.

DUQUE ¿Ha mostrado arrepentimiento en la prisión? ¿Cómo lo ha afectado?

PREBOSTE Es un hombre a quien la muerte no espanta más que un sueño de borracho. Indiferente, despreocupado, sin miedo al pasado, el presente o el porvenir, insensible a la muerte y desesperadamente mortal.

DUQUE Necesita consejo.

PREBOSTE No escuchará ninguno. Ha tenido cierta libertad dentro de la prisión; dado que pudiera escaparse, no lo haría. Muchas veces al día está ebrio, y a veces días enteros. Lo hemos despertado a menudo como para llevarlo al cadalso y le hemos mostrado supuestas órdenes; no lo afectan en absoluto.

DUQUE Sabremos más de él luego; en vuestra frente, preboste está escrito: «Honestidad y constancia». Si no lo leyera así, mi antigua habilidad me engañaría; pero confiando en mi perspicacia, me arriesgaré. Claudio, a quien tenéis orden de ejecutar, no es más violador de la ley que Ángelo, que lo ha sentenciado. Para se os haga manifiesto necesito cuatro días, por lo cual os pediré un favor, una peligrosa merced.

PREBOSTE Os ruego, ¿cuál es?

DUQUE La dilación de la muerte.

PREBOSTE Ay, ¿cómo puedo hacerlo teniendo el tiempo limitado y una orden expresa de enviar la cabeza a Ángelo? Mi suerte será igual a la de Claudio si tuerzo esto infinitamente.

DUQUE Por el voto de mi orden os lo garantizo. Si mis instrucciones pueden ser vuestra guía, haced que Bernardino sea ejecutado en la mañana y enviad la cabeza al señor Ángelo.

PREBOSTE Ángelo los ha visto a ambos; descubrirá el engaño.

DUQUE Oh, la muerte disfraza bien, y se puede agregar algo. Afeitadle la cabeza y la barba y decid que fue deseo del condenado que lo rapen antes de morir. Sabéis que esto es común. Si por esta acción os sobreviniera algo que no sean agradecimientos y buena fortuna, por el santo del cual soy devoto, me comprometo a defenderos con peligro de mi vida.

PREBOSTE Perdonadme, buen padre, pero va contra mis juramentos.

DUQUE ¿Habéis jurado fidelidad al duque o a su sustituto?

PREBOSTE A él y a sus sustitutos.

DUQUE ¿Pensáis entonces que hacéis falta si el duque avala vuestros procedimientos?

PREBOSTE ¿Pero qué posibilidad hay de ello?

DUQUE No es posibilidad sino certeza. Sin embargo, ya que os veo tan temeroso que ni mi hábito, integridad o persuasión puedan tranquilizaros, iré más lejos de lo que pensaba, para quitaros todo temor. Mirad aquí, señor, aquí están la escritura y el sello del duque. (*Le muestra una carta.*) Vos conocéis su letra, no lo dudo, y su firma no os es extraña.

PREBOSTE Los conozco a ambos.

DUQUE De lo que aquí se habla es del regreso del duque. Lo leeréis enseguida a vuestro placer y encontraréis que en dos días estará aquí. Esto es algo que Ángelo no sabe, pues él recibirá hoy mismo cartas de tenor diferente, anunciándole tal vez la muerte del duque, tal vez su entrada en un monasterio, pero para nada lo que está escrito aquí. No os sorprendáis de que ocurra así; todas las dificultades se solucionarán cuando se conozcan. Llamad a vuestro verdugo y que caiga la cabeza de Bernardino. Le haré una confesión y lo aconsejaré para mejor vida. Aún estáis sorprendido, pero esto os decidirá absolutamente. Vamos, ya casi amanece.

ESCENA III

Entra POMPEYO.

POMPEYO Estoy tan bien relacionado aquí como lo estaba en nuestra casa de placeres. Uno se diría en la propia casa de la señora Overdone, pues aquí están muchos de sus viejos clientes. Se encuentra el joven maese Velozi; está aquí por un paquete de papel de estraza y una mala ginebra, ciento noventa y siete libras, de las cuales hizo cinco marcos en dinero contante. Es cierto que la ginebra no fue muy requerida, pues las mujeres viejas ya habían muerto. Luego tenemos al maestro Cabriola, a quien puso pleito el señor Tres Pelos, el mercero, por cuatro vestidos de color durazno, que le han vuelto mendigo. Tenemos también al señor Aturdido y al joven señor Gran Juramento, al señor Espuela de Cobre y al señor Lacayo Hambriento, el hombre del espadón y el puñal, el perseguidor de herederas, que ha matado a la lujuriosa Pastel; al señor Ataque Directo en los Torneos, al señor Lazo en el Zapato, el gran viajero, y al violento Media Jarra, que apuñaló al señor Olla, y pienso en cuarenta más, todos duchos en nuestro comercio, y ahora «bajo la gracia del Señor».

ABHORSON Granuja, trae aquí a Bernardino.

POMPEYO ¡Señor Bernardino, a levantaros que os cuelguen!

ABHORSON ¡Eh, Bernardino!

BERNARDINO (*Dentro.*)

¡Así os ahogue la viruela! ¿Quién hace ese ruido?

¿Quiénes sois vosotros?

POMPEYO Vuestro amigo, señor, el verdugo. Dignaos ser lo bastante bueno para levantaros y dejaros ahorcar.

BERNARDINO ¡Fuera, villanos, fuera! Tengo sueño.

ABHORSON Dile que debe despertarse, y rápido.

POMPEYO Por favor, señor Bernardino, despertaos hasta que os ejecuten y dormid después.

ABHORSON Ve a buscarlo y tráelo.

POMPEYO Ya viene, señor, ya viene. Oigo el ruido de su colchón de paja.

Entra BERNARDINO.

ABHORSON ¿Está el hacha sobre el bloque, granuja?

POMPEYO Todo pronto, señor.

BERNARDINO ¿Qué pasa, Abhorson, qué novedades hay?

ABHORSON Por cierto, señor, desearía que comenzarais urgentemente vuestras plegarias, pues ha llegado la orden.

BERNARDINO Borbón, me he pasado la noche bebiendo. No estoy preparado para eso.

POMPEYO Oh, mejor todavía, señor, porque el que bebe toda la noche y es colgado en la mañana, duerme mejor la mañana siguiente.

Entra el DUQUE como fraile.

ABHORSON Mirad, señor, aquí llega vuestro padre confesor.
¿Aún creéis que bromeamos?

DUQUE Señor, inducido por mi caridad y habiendo escuchado cuán pronto habéis de partir, he venido para ofrecer consejos, consuelo y rezar juntos.

BERNARDINO Fraile, yo no. He estado bebiendo toda la noche y necesito más tiempo para prepararme. No consentiré en morir hoy, eso es seguro.

DUQUE Oh, señor, es preciso, os lo ruego. Pensad en el viaje que emprenderéis.

BERNARDINO Juro que no he de morir hoy y nadie me persuadirá de ello.

DUQUE Pero escuchad...

BERNARDINO Ni una palabra más. Si queréis decirme algo, venid a mi celda, de donde por hoy no saldré.

Sale BERNARDINO. Entra el PREBOSTE.

DUQUE ¡Incapaz de vivir o morir! ¡Ah, corazón de piedra!

PREBOSTE Seguidle, amigos míos, y conducidle al tajo.

Salen ABHORSON y POMPEYO.

¿Y bien, señor, cómo habéis encontrado al preso?

DUQUE Preparado no está para la muerte
y transportarlo así, en ese estado,
sería condenable.

PREBOSTE Esta mañana ha muerto, en la prisión,
por una fiebre cruel, un Ragozino,
conocido pirata,
de una edad similar a la de Claudio;
su barba y su cabello

son del mismo color... ¿Podríamos, acaso,
dejar por hoy la ejecución del réprobo,
esperar a que esté mejor dispuesto,
y dar satisfacción al gobernante
con este Ragozino, tan semejante a Claudio?

DUQUE Oh, es una coincidencia que el cielo nos envía.

Despachad eso pronto, pues, prefijada por Ángelo
la hora se acerca. Ved que esto se haga
y enwiad de acuerdo a lo ordenado, en tanto
yo persuado a ese bribón
de que muera voluntariamente.

PREBOSTE Eso se hará, buen padre, con presteza.

Pero aquel Bernardino debe morir de tarde;
¿y cómo haremos para dejar con vida
a Claudio, sin recibir castigo,
si se sabe que vive?

DUQUE Haced esto:

confinad en secreto a Bernardino y Claudio
y antes que el sol salude dos veces desde el cielo
a los que están fuera, encontraréis
vuestra seguridad manifestada.

PREBOSTE Me pongo bajo vuestra protección.

DUQUE Rápido, ejecutad el plan
y haced llegar la cabeza a Ángelo.

Sale el PREBOSTE.

Ahora enviaré cartas a Ángelo

(las llevará el preboste) en las cuales
le haré saber que ya regreso
y que por importantes razones debo hacerlo
públicamente. Es mi deseo
encontrarme en la fuente consagrada,
con él, a distancia de un milla
de la ciudad. Desde allí,
en forma bien graduada y metódica
juzgaremos a Ángelo.

Entra el PREBOSTE con la cabeza de Ragozino.

PREBOSTE Aquí está la cabeza; la llevaré yo mismo.

DUQUE Es adecuado. Volved pronto,
pues yo debo decir algunas cosas
solo a vuestros oídos.

PREBOSTE Me apresuro.

Sale el PREBOSTE.

ISABELLA (*Dentro.*) ¡Eh, aquí!

DUQUE Es la voz de Isabella; viene a saber
si ya ha llegado el perdón de su hermano.
Pero he de mantenerla ignorante de todo
para hacer que el consuelo de su desolación
sea completamente inesperado.

Entra ISABELLA.

ISABELLA Hola, con vuestro permiso.

DUQUE Buenos días a vos, bella y graciosa niña.

ISABELLA Mejor saludo, si es de tan santo varón.

¿Envío el gobernante el perdón de mi hermano?

DUQUE Vuestro hermano, Isabella, está libre del mundo;
su cabeza, cortada, fue enviada ya a Ángelo.

ISABELLA ¡No es posible!

DUQUE No es de otra manera.

Mostrad vuestra cordura, hija, y tened paciencia.

ISABELLA ¡Ah, iré a buscarlo y le arrancaré los ojos!

DUQUE No seréis admitida a su presencia.

ISABELLA ¡Infeliz Claudio, desdichada Isabella!

¡Ah, mundo injusto, más que maldito Ángelo!

DUQUE Nada de eso le hace daño

ni os sirve una pizca a vos misma.

Reprimidlo entonces, y esperad, por el cielo.

Escuchad lo que digo y encontraréis

en cada sílaba una verdad fidedigna.

El duque llegará mañana, enjugad vuestros ojos.

Un hermano de nuestro convento, que es su confesor,

me da este aviso: él ya se ha anunciado

a Escalo y Ángelo,

que piensan encontrarlo en las puertas.

para entregarle su poder. Moveos

con paso firme por el buen camino

que yo deseo, y conseguiréis

lo que anheláis: castigo al miserable,

el favor del duque, vuestra venganza

y honor para todos.

ISABELLA Me dejaré guiar por vos.

DUQUE Llevad esta carta al padre Pedro;

es la que él me entregó, en la que me informaba
del retorno del duque.

Decidle que es la señal

de que deseo verlo en casa de Mariana.

Le informaré de todo y él os llevará

hasta donde están el duque y Ángelo.

Acusadlo de frente y con firmeza. Yo mismo, por
desgracia

no podré estar presente, por un voto sagrado

que me obliga a ausentarme.

Dándole una carta.

Llevad la carta,

cortad ese afligido fluir de vuestros ojos,

aligerad el corazón y no confiéis ya nunca

en nuestra Orden Sagrada, si es que os he llevado

por mal camino. ¿Quién se encuentra allí?

Entra LUCIO.

LUCIO Buen fraile, ¿y el preboste?

DUQUE No está aquí, señor.

LUCIO Oh, hermosa Isabella, palidezco al ver vuestros ojos
tan enrojecidos. Debéis tener paciencia. Yo me veo
ya comiendo solo agua y salvado, pues no me
atrevería a llenarme el estómago, tanto temo
excitarme. Pero dicen que mañana llega el duque. A
fe mía, Isabella, yo apreciaba a vuestro hermano. Si
el extravagante duque de los escondrijos oscuros
estuviera aquí, Claudio habría vivido.

Sale ISABELLA.

DUQUE Señor, el duque os está bien poco en deuda por vuestros informes, pero felizmente su reputación no depende de ellos.

LUCIO Fraile, no conocéis al duque tan bien como yo. Él entiende de cazar más de lo que vos creéis.

DUQUE Responderéis de eso algún día. Que lo paséis bien.

LUCIO No, esperad, os acompañaré un rato. Os contaré historias muy lindas del duque.

DUQUE Ya me habéis contado demasiadas, señor, si son verdaderas. Si no lo son, ninguna sería bastante.

LUCIO Una vez me llevaron ante él por haberle hecho un hijo a una muchacha.

DUQUE ¿Hicisteis semejante cosa?

LUCIO Sí, la hice, pero tuve que negarlo, pues me habrían hecho casar con la fruta podrida.

DUQUE Señor, vuestra compañía es más divertida que honorable. Que os vaya bien.

LUCIO A fe mía, os acompañaré hasta el final de la calle. Si la charla sobre libertinaje os ofende, hablaremos poco de eso. Sí, fraile, soy como el cardo: me pego.

ESCENA IV

Entran ÁNGELO y ESCALO.

ESCALO Cada carta que ha enviado ha desdicho a otra.

ÁNGELO De la forma más inconsistente y contradictoria. Sus acciones semejan mucho la locura. Ruego al cielo que tenga afectada la sensatez. ¿Y por qué hemos de salir a las puertas de la ciudad para entregarle nuestra autoridad?

ESCALO No lo sé.

ÁNGELO ¿Y por qué debemos proclamar, una hora antes de su llegada, que cualquiera que reclame justicia pueda peticionar en la calle?

ESCALO Da razones. Dice que es para despachar a los quejosos y librarnos de las maquinaciones, que en adelante no se podrán hacer valer contra nosotros.

ÁNGELO Bueno, os ruego que deis las órdenes para que la proclamación sea en la mañana. Os encontraré en vuestra casa. Avisad a todos los de alto rango que deben ir a encontrarlo.

ESCALO Lo haré, señor, pasadlo bien.

Sale ESCALO.

ÁNGELO Este acto me trastorna, me vuelve torpe, inepto para todo. ¡Una virgen desflorada, por una figura pública que debería instrumentar la ley contra ello! Sin embargo, su tímido pudor no le permitirá proclamar ante el público la pérdida de su virginidad. ¿Cómo me haría el reproche?

No, la razón dice que no se atreverá;
mi autoridad es tan grande y respetada
que no hay escándalo que pueda afectarla
sin que el acusador salga arruinado.

Él debería haber vivido;
pero su propia juventud ardiente
habría buscado un día la venganza
por recibir la vida deshonorada
a un precio de vergüenza.

Ay, cuando olvidamos el honor
nada marcha derecho; querríamos
y al mismo tiempo no.

Sale.

ESCENA V

*Entran el DUQUE como él mismo
y el FRAILE PEDRO.*

DUQUE (*Entregándole unas cartas.*)

Entregad esas cartas en el tiempo oportuno.
El preboste conoce todos nuestros propósitos
y al estar ya en marcha estos proyectos
mantened y cumplid las instrucciones
siempre de acuerdo a nuestros planes;
aunque a veces debáis torcer vuestro discurso
según lo exigirá el asunto. Llamad donde Flavio
y decidle dónde me encuentro. Dad la misma noticia
a Valentino y Rawland; también Craso
y pedidles que traigan las trompetas a las puertas.

FRAILE PEDRO Me apresuraré.

Sale el FRAILE PEDRO.

Entra VARRIO.

DUQUE Te doy las gracias, Varrio; has venido muy rápido.

Ven, caminemos. Otros amigos
se nos unirán pronto. ¡Mi amable Varrio!

Salen.

ESCENA VI

Entran

ISABELLA y MARIANA.

ISABELLA Hablar tan evasivamente me repugna.

Yo querría decir la verdad, pero acusarlo sin más
es vuestra parte. El fraile me ha aconsejado hacerlo
(dice) para ocultar nuestros propósitos.

MARIANA Dejaos guiar por él.

ISABELLA Además, dice que si por ventura

le oigo hablar contra mí, como si fuera
mi adversario, no me extrañe, y lo tome
como una medicina amarga y necesaria
para obtener buenos frutos.

MARIANA Querría que el hermano Pedro...

Entra el FRAILE PEDRO.

ISABELLA Silencio, el fraile llega.

FRAY PEDRO Venid, os he encontrado un lugar apropiado

donde veréis al duque fácilmente.

No pasará sin veros.

Ya han sonado dos veces las trompetas

y los más prestigiosos y serios ciudadanos

han alcanzado ya las puertas de la ciudad; muy pronto

el duque hará su entrada. ¡Marchemos!

Salen.

QUINTO ACTO

ESCENA I

Trompetas. Entran el DUQUE, como él mismo, VARRIO, PREBOSTE, OFICIALES, CABALLEROS, ÁNGELO, ESCALO, LUCIO y CIUDADANOS por diversas puertas.

DUQUE (*A* ÁNGELO.)

Muy apreciado primo, felizmente os encuentro. (*A* ESCALO.)

Nuestro fiel, viejo amigo, me da alegría veros.

ÁNGELO Y ESCALO Feliz retorno a vuestra real alteza.

DUQUE Doy muy cordiales gracias a los dos.

Hemos investigado sobre vos, y escuchado
tantos elogios de vuestra justicia
que nuestra alma ansía recibáis
pública gratitud,
precediendo a mayores recompensas.

ÁNGELO Me siento aún más sujeto a mi deber.

DUQUE Oh, vuestros méritos hablan alto, y no debo
mantener en las cámaras secretas
del corazón aquello que merece,
con caracteres de bronce, una fortificada sede
contra las mordeduras del tiempo
y el borrón del olvido.

Dadme vuestra mano
y dejad que los súbditos contemplan
cómo las cortesías exteriores proclaman
el favor interior. Vamos, Escalo,
caminaréis conmigo; dadme también la mano
pues buen apoyo sois.

*Entran FRAY PEDRO
e ISABELLA.*

FRAY PEDRO (*A ISABELLA.*)

Ahora es vuestra oportunidad. Hablad alto
y arrodillaos delante de él.

ISABELLA ¡Justicia, regio duque! Volead la mirada
sobre esta deshonrada, querría decir doncella.
Oh, digno príncipe,
no le restéis honor a vuestros ojos
mirando otro objeto
hasta no haber escuchado mis quejas.
¡Pido se haga justicia!
¡Justicia, justicia!

DUQUE Relatad vuestros prejuicios.

Qué, por quién, y sed breve.
Aquí está lord Ángelo, que os hará justicia.
Confiadle todo a él.

ISABELLA Oh, digno duque,
¿me pediréis que busque redención por el diablo?
Escuchadme vos mismo, pues lo que debo hablar
me hará ser castigada, si es que no soy creída,

o lograr finalmente el desagravio. ¡Escuchadme!

ÁNGELO Señor, temo que su espíritu se encuentre trastornado.

Ha venido a pedirme por su hermano
que ha sido muerto por causa de justicia.

ISABELLA ¡Por causa de justicia!

ÁNGELO Hablará de la forma más extraña y amarga.

ISABELLA La más extraña pero más verdadera.

Que Ángelo haya perjurado, ¿no es extraño?

Que Ángelo sea asesino, ¿no es extraño?

Que Ángelo sea un adúltero, ladrón,
hipócrita y violador de vírgenes

¿no es, acaso, el colmo de lo extraño?

DUQUE Sí, diez veces extraño.

ISABELLA Tan cierto como que es Ángelo

es que esto es raro y cierto a la vez.

Sí, diez veces es verdad, pues la verdad es verdad
hasta el fin de la cuenta.

DUQUE Llevadla, pobre alma:

tiene el sentido perturbado.

ISABELLA Oh, príncipe, os imploro, así como creéis

que hay un consuelo más allá del mundo,
no desdeñéis mis quejas debido a la opinión
de que estoy atacada de locura.

No creáis imposible lo que suena improbable.

No es imposible

que uno de los más ruines miserables
pueda parecer serio, reservado y tan justo
como Ángel; y aun así puede Ángel
con todos sus atuendos, sus títulos, sus formas
ser un archivillano. Creedlo, noble príncipe.
Si es algo menos, es nada; pero más sería
si tuviese más nombres la maldad.

DUQUE Francamente, si está loca

como creo lo está,
su locura adopta raras formas de sentido
una coherencia entre una cosa y otra
como nunca he escuchado en la locura.

ISABELLA Oh, generoso duque, no insistáis más en ello.

No rechacéis razones por ser desordenadas;
dejad a vuestra razón discurrir
para que la verdad aparezca donde estaba escondida
y se esconda lo falso que parece verdad.

DUQUE Muchos que no están locos

tienen seguramente
más falta de razón. ¿Qué queríais decir?

ISABELLA Soy hermana de Claudio

condenado por acto de fornicación
a perder su cabeza, por sentencia de Ángel.
Siendo yo novicia de una orden religiosa
fui enviada por Claudio; el mensajero, cierto Lucio...

LUCIO Ese soy yo, vuestra gracia.

Fui hacia ella por Claudio, y le expresé el deseo
de que probara fortuna con lord Ángelo
para obtener el perdón de su hermano.

ISABELLA Ese es él, ciertamente.

DUQUE (*A LUCIO.*) No estáis autorizado a hablar.

LUCIO No, mi buen señor,
ni se ha expresado que debiera callarme.

DUQUE Lo expreso ahora, entonces.

Espero que toméis nota de ello
y cuando tengáis asunto propio
rogad al cielo entonces ser perfecto.

LUCIO Lo garantizo, vuestra señoría.

DUQUE Pues es un documento que os concierne, atención.

ISABELLA El caballero este ha contado mi historia
o parte de ella...

LUCIO Ciertamente.

DUQUE Será cierto pero os equivocáis
hablando antes de tiempo. (*A ISABELLA.*) Proseguid.

ISABELLA Fui pues a la casa de este regente pernicioso y
perverso...

DUQUE Eso es hablar fuera de razón.

ISABELLA Perdonad. La frase es apropiada a su materia.

DUQUE Corregida otra vez. Al asunto; seguid.

ISABELLA Brevemente,
y dejando de lado todo lo innecesario
(cómo le rogué, me arrodillé y pedí,

cómo me rechazó y cómo repliqué)
pues esto es muy extenso, la muy vil conclusión
comienzo a decir con angustia y vergüenza:
que solo por la entrega de mi cuerpo
y de mi castidad a su lascivia
(a su concupiscente intemperancia)
soltaría a mi hermano. Y tras largo debate,
y derrotado mi honor por el amor fraterno,
cedí frente a él. Pero al amanecer,
una vez satisfecho su deseo,
ha enviado la orden
de cortar la cabeza de mi hermano.

DUQUE ¡Será posible!

ISABELLA Y tan posible como verdadero.

DUQUE Cielos, criatura infeliz, o no sabes lo que dices
o te han inducido contra el honor de Ángelo
a esta conspiración odiosa. Él es íntegro,
sin mancha, y no parece razonable
que persiga en los otros (y con tanta vehemencia)
faltas que son tuyas. Si hubiera actuado así
pesaría a tu hermano con su misma balanza,
no lo haría matar. Alguien te ha incitado;
confiesa la verdad; di por consejo de quién
vienes a quejarte.

ISABELLA ¿Entonces, esto es todo?

¡Oh, ángeles benditos,

ayudadme a esperar pacientemente
que se revele el mal tan encubierto ahora
en compostura! Los cielos os protejan del dolor.
Yo, que he sido injuriada, me voy sin que me crean.

DUQUE Y es mejor que os vayáis. ¡Oficial!

Llevadla a la prisión.

ISABELLA
es detenida.

¿Acaso dejaremos
que un insultante escándalo caiga
sobre quien se encuentra aquí, a nuestro lado?
Esto es conspiración. ¿Quién más sabía
de vuestras intenciones?

ISABELLA Alguien a quien querría
tener aquí, el padre Ludovico.

Sale ISABELLA con custodios.

DUQUE Un padre confesor, seguramente.

¿Quién lo conoce?

LUCIO Mi señor, yo lo conozco.

Es un fraile muy amigo de la intriga.
No me gusta ese hombre; si hubiera sido laico,
por alguna palabra que dijo contra vos
(cuando os hallabais en vuestro retiro)
yo lo habría atizado.

DUQUE ¿Palabras contra mí? ¡Vaya buen fraile!

¡Y enviar a esta pobre mujer a hablar en contra
de quien nos ha representado! ¡Buscadlo!

LUCIO Ayer de noche, mi señor, a ella y al fraile
los vi en la prisión; un fraile insolente,
un tipo despreciable.

FRAY PEDRO ¡La bendición del cielo a vuestra gracia!
Yo me encontraba cerca, mi señor, y he oído
cómo sois engañado: primero, esta mujer
acusa, injustamente, a vuestro delegado,
injuriando a quien está tan libre de pecar
con ella, como ella con alguien no nacido.

DUQUE Lo creemos así.

¿Conocéis a ese fraile Ludovico, de quien ella nos
habla?

FRAY PEDRO Lo conozco como un hombre muy santo,
no como indigno intrigante de asuntos seculares
según acaba de acusarlo este caballero.
Un hombre que jamás ha calumniado
a vuestra gracia.

LUCIO Pues sí, señor, lo hizo, y muy vilmente.

FRAY PEDRO Bueno, a su tiempo él podrá dar testimonio
pero está enfermo, ahora, con muy severa fiebre.
A su pedido, y sabiendo la queja
que se haría en contra de Ángelo, he venido hasta
aquí
para hablar en su nombre, lo que él sabe
como verdad o falsedad; lo que él, con su voto,
con plena prueba, logrará aclarar
cuando se presente. Ahora, frente a esta mujer,

y para justificar al caballero,
que fue acusado en forma personal y grosera,
oiréis a quien va a contradecirla
cara a cara, hasta que ella confiese.

DUQUE Buen fraile, oigamos eso.

Se va FRAY PEDRO.

¿No sonreís a esto, lord Ángelo?
¡Oh, cielos, vanidad de tontos infelices!
Dadnos asientos.

Se traen dos asientos.

Venid, mi primo Ángelo, seré imparcial en esto:
sed el juez de vuestra propia causa.

El DUQUE y ÁNGELO se sientan.

Entran FRAY PEDRO y MARIANA, velada.

¿Esta es la testigo, fraile?
Que muestre la cara y luego hable.

MARIANA Perdonad, mi señor, no mostraré mi rostro
hasta que me lo pida mi esposo.

DUQUE ¿Cómo? ¿Estáis casada?

MARIANA No, mi señor.

DUQUE ¿Sois pues doncella?

MARIANA No, mi señor.

DUQUE ¿Viuda, entonces?

MARIANA Tampoco, mi señor.

DUQUE Cómo, ¿no sois nada entonces? ¿Ni doncella, ni
viuda, ni esposa?

LUCIO Mi señor, tendrá que ser una ramera. Muchas no son solteras, ni casadas ni viudas.

DUQUE Que se calle ese individuo. Ojalá tuviera alguna causa para defenderse a sí mismo.

LUCIO Bien, mi señor.

MARIANA Mi señor, confieso que nunca me he casado
y confieso, además, no ser doncella.

He conocido a mi esposo
pero él no sabe que me conoció a mí.

LUCIO Estaría borracho, no veo otra salida.

DUQUE En beneficio del silencio
ojalá lo estuvieras tú también.

LUCIO Bien, mi señor.

DUQUE Esta mujer no es testigo para Ángelo.

MARIANA A eso voy, mi señor.
quien lo ha acusado de fornicación
de la misma manera ha acusado a mi esposo
y lo acusa, señor, cuando en ese momento,
yo tenía a mi esposo entre mis brazos
con todos los efectos del amor.

ÁNGELO ¿Acusa a otro que a mí?

MARIANA No que yo sepa.

DUQUE ¿No? Dijisteis vuestro esposo.

MARIANA Justamente, señor, y ese es Ángelo
quien cree no haber conocido nunca mi cuerpo
mas cree que conoce el de Isabella.

ÁNGELO Rara impostura. Veamos tu rostro.

MARIANA Mi esposo me lo pide; alzaré el velo.

Se descubre.

Este es el rostro (oh, tú, cruel Ángelo)
que juraste valía la pena de mirar;
esta es la mano que, por un contrato,
se unió a la tuya, y este es el cuerpo
que se llevó la cita de Isabella
y en su persona imaginaria
te satisfizo en tu jardín de rosas.

DUQUE (*A ÁNGELO.*) ¿Acaso conocéis a esta mujer?

LUCIO Carnalmente, dice ella.

DUQUE ¡Nada más, bribón!

LUCIO Ya es bastante, mi señor.

ÁNGELO Mi señor, os confieso que conozco a esta joven
y hace ya cinco años se habló de matrimonio
entre ella y yo, pero fue anulado,
en parte porque su prometida dote
no alcanzó a lo acordado, pero principalmente
por su reputación, que sufrió un deterioro
por ligereza de conducta. Hace cinco años
que no le hablo, ni la veo ni oigo
de ella, por mi honor.

MARIANA (*Arrodillándose.*) Noble príncipe,
como viene la luz del cielo y las palabras
del aliento; como hay sentido en la verdad

y verdad en la virtud,
soy la prometida esposa de este hombre
con toda la potencia con que las palabras
se cambian en promesas; y, mi buen señor,
la noche del martes pasado, en la casa
de su jardín, me tuvo como esposa. Siendo esto
verdad
dejad que me levante libremente
o, de otro modo, me quedaré aquí mismo
como estatua de mármol.

ÁNGELO Es cierto que de momento he sonreído.

Pero ahora, señor, dadme poderes plenos
para usar de la justicia:
acaba de acabarse mi paciencia. Percibo
que estas pobres mujeres no son más
que instrumentos de quien (más poderoso)
las ha impulsado a esto. Permitidme, señor,
que descubra la intriga.

DUQUE (*Levantándose.*)

Ciertamente, con gusto.
Castigad a los culpables
como deseáis para estar satisfecho.
Tú, necio fraile, tú, mujer intrigante,
junto a aquella otra que se ha ido;
por más que todos jurarais
por todos y cada uno de los santos,
¿seríais acaso testimonio válido

contra el valor y el crédito
que se ha sellado en nuestra aprobación?
Vos, lord Escalo,
sentaos con mi primo; prestadle vuestra ayuda
para hallar el engaño, y de dónde deriva.
Hay otro fraile que los ha instigado;
que se lo haga venir.

FRAY PEDRO Debiera estar aquí, mi señor, pues sin duda
indujo a estas mujeres a quejarse.
Vuestro preboste sabe dónde vive;
él puede ir a traerlo.

DUQUE Id de inmediato.

Sale el PREBOSTE.

Y vos, mi noble y autorizado primo,
a quien concierne oír este asunto hasta el fin
haced como os parezca respecto a esas injurias
que merecen castigo. Os dejo por un tiempo;
pero no abandonéis el lugar hasta tanto
estén bien aclaradas las calumnias.

Sale el DUQUE.

ESCALO Mi señor, lo haremos plenamente.

ESCALO se sienta en el lugar del DUQUE.

Señor Lucio, ¿no dijisteis que conocíais a ese
fray Ludovico, como persona deshonesto?

LUCIO *Cucullus non facit monachum.* Honesta solo en sus
ropas, pues habló muy ruinmente del duque.

ESCALO Os pedimos que permanezcáis aquí hasta que venga y podamos usar sus palabras. Resultará notable, ese fraile.

LUCIO Como ninguno en Viena, os lo puedo decir.

ESCALO Llamad aquí a Isabella, quisiera hablar con ella.

Sale un oficial.

Os ruego, mi señor, permitidme interrogarla. Veréis cómo la manejo.

LUCIO (*Aparte.*) No mejor que lo hizo él, según ella dijo.

ESCALO ¿Qué decís?

LUCIO Digo, señor, que si la manejaís en privado confesará más rápido; tal vez públicamente se avergüence.

Entra ISABELLA con un oficial.

ESCALO Le hablaré, en principio, oscuramente.

LUCIO Es lo mejor; las mujeres son más livianas a medianoche.

ESCALO Venid, señora, aquí hay una dama que niega lo que habéis dicho.

*Entran el DUQUE, vestido como fraile,
y el PREBOSTE.*

LUCIO Mi señor, aquí viene el bandido del cual os he hablado,

¡aquí, con el preboste!

ESCALO A muy buen tiempo. No le habléis hasta que os llamemos.

LUCIO Mmm.

ESCALO (*Al DUQUE.*) Vamos, señor, ¿habéis inducido a estas mujeres a calumniar a lord Ángelo? Ellas han confesado que sí.

DUQUE Es falso.

ESCALO ¡Cómo! ¿Sabéis dónde estáis?

DUQUE Que haya respeto por vuestro lugar

y que el diablo

alguna vez sea honrado por su trono ardiente.

¿Dónde está el duque? Él debiera escucharme.

ESCALO El duque está en nosotros; os oiremos hablar.

Pero hablad con justicia.

DUQUE Hablaré con audacia. Oh, pobres almas,

¿buscáis al cordero donde está el zorro?

Despedíos entonces

de vuestras esperanzas de justicia.

¿Se ha ido el duque?

Vuestra causa también. El duque es injusto:

ha hecho a un lado vuestra justa demanda

y ha puesto vuestro juicio en boca del villano

a quien vinisteis a acusar.

LUCIO ¡Este es el sinvergüenza de quien yo os hablaba!

ESCALO ¿Cómo es posible, irreverente fraile?

¿No es suficiente que hayáis sobornado

a estas mujeres para que acusaran

a un hombre digno, sino que vos mismo

hacéis oír palabras insultantes,

le llamáis villano a sus propios oídos

y aludís, al pasar, al propio duque

para juzgarlo como injusto?

Lleváoslo de aquí. ¡Al potro con él!

Te descoyuntaremos, miembro a miembro, pero
sabremos su propósito. ¡Caray! ¡Injusto!

DUQUE No os acaloréis. El duque

no descoyuntaría un dedo de mi mano
más de lo que haría con uno suyo.

No soy su súbdito; tampoco pertenezco
a esta parroquia. Mi asunto en este estado
hace testigo aquí en Viena,
donde he visto a la corrupción bullir
y derramarse fuera de la olla.

Hay leyes para todas las faltas
pero las faltas están tan apoyadas
que los más fuertes estatutos
parecen esas listas de incorrecciones
que se contemplan en las barberías,
más para burla que para advertencia.

ESCALO ¡Calumnias al estado! ¡A la cárcel con él!

ÁNGELO ¿Qué podéis decir en su contra, *signor* Lucio?

¿Es este el hombre del que nos hablabais?

LUCIO Es él, mi señor. Ven aquí, tonsurado. ¿Me conoces?

DUQUE Os recuerdo, señor, por el tono de vuestra voz. Os
conocí en la prisión, en ausencia del duque.

LUCIO ¿Ah, sí? ¿Y recordáis lo que dijisteis de él?

DUQUE Muy claramente, mi señor.

LUCIO ¿Sí? ¿Y era el duque un fornicador, un loco, un cobarde, como habéis dicho?

DUQUE Debéis cambiar de personaje conmigo, antes de pasar el informe. Así hablabais vos de él, y mucho más, mucho peor.

LUCIO Ah, condenado fraile, ¿no te tiré de la nariz por tus discursos?

DUQUE Mantengo que amo al duque tanto como a mí mismo.

LUCIO Mirad cómo el villano intenta acomodarse después de sus traicioneras palabras.

ESCALO A semejante individuo no se le debe hablar. ¡Fuera con él, a la prisión! ¿Dónde está el preboste? ¡A la prisión! Ponedle grilletes y que no hable más. Fuera también con estas mujerzuelas y todos sus cómplices.

MARIANA es levantada y arrestada.

El PREBOSTE sujeta al DUQUE.

DUQUE Alto, señor, un momento.

ÁNGELO ¿Qué, se resiste? Ayudadlo, Lucio.

LUCIO ¡Vamos, señor, vamos! ¡Uf! Cabeza rapada, bandido mentiroso, ¿tienes que estar encapuchado? Muestra tu rostro de bribón, maldita sea, que la viruela te lleve. Muestra la cara desvergonzada y que te ahorquen. ¿No sale la capucha?

Le quita la capucha y revela al DUQUE.

ÁNGELO y ESCALO se levantan.

DUQUE De todos los bribones tú eres el primero

que ha hecho un duque. Ahora,

preboste, libera de mi parte a estos tres.

(A LUCIO.) No escapéis, señor: el fraile y vos

deben tener una conversación. Prendedlo.

LUCIO (*Aparte.*) Esto resultará peor que la horca.

DUQUE (*A ESCALO.*) Perdono todo lo que habéis hablado.

Sentaos, pues. Tomaremos ahora el otro asiento.

(*A ÁNGELO.*) Señor, con permiso.

Toma el asiento

de ÁNGELO.

¿Tienes una palabra de ingenio o impudicia

que aún te pueda ayudar? Si la tienes,

confía en ella hasta que yo sea oído.

No te resistas más.

ÁNGELO Temido señor,

sería más culpable que la culpa

si pensara que puedo pasar inadvertido

cuando percibo, como poder divino,

a vuestra gracia

que ha vigilado todas mis acciones.

Por tanto, buen príncipe,

no más largas sesiones solo para oprobio;

dejad que mi confesión sea mi juicio,

inmediata sentencia y consecuente muerte.

Esa es toda la gracia que pido.

DUQUE Ven hacia aquí, Mariana.

(*A ÁNGELO.*) ¿Has estado alguna vez comprometido

con esta mujer?

ÁNGELO Lo estuve, mi señor.

DUQUE Llévatela de aquí y cástate con ella.

Haz tú tu oficio, fraile. Consumado lo cual,
ven aquí otra vez. Acompáñalo, preboste.

Salen ÁNGELO y MARIANA con FRAY PEDRO y el PREBOSTE.

ESCALO Señor, me sorprende más su falta de honra
que la extraña forma en que ha ocurrido todo.

DUQUE Venid aquí, Isabella.

Vuestro fraile es ahora vuestro príncipe.
Tal como fui dedicado y atento a vuestra situación,
no cambio el corazón con el hábito, pues todavía
actúo en vuestro beneficio.

ISABELLA Oh, perdonad que yo,
súbdita vuestra,
empleara en mi ayuda vuestro magno poder
el cual desconocía.

DUQUE Sois perdonada, Isabella.

Pero ahora, mi querida doncella
debierais ser generosa conmigo;
yo sé que pesa en vuestro corazón
la muerte del hermano, y que os preguntáis
por qué me he ocultado para trabajar por él
en vez de hacer patente mi poder
y evitar que su vida se perdiera.
Bondadosa doncella,
fue la premura de la ejecución
(que pensé llevaría más tiempo)

lo que arruinó mi propósito; la paz sea con él.

Es mejor esa vida, que ya no teme la muerte
que solo para temer vive.

Conformaos con eso.

Vuestro hermano es feliz.

ISABELLA Así hago, mi señor.

Entran ÁNGELO y MARIANA con FRAY PEDRO y el PREBOSTE.

DUQUE A este recién casado que aquí se aproxima

cuya imaginación lasciva ha impresionado
vuestro bien defendido honor, debéis de perdonar
por el bien de Mariana; sin embargo,

como él ha condenado a vuestro hermano,

y siendo reo en doble violación

de castidad sagrada y de la promesa

de conservar la vida a vuestro hermano,

aún la clemencia de las leyes grita,

y se la puede escuchar decirlo con su lengua:

«Un Ángelo por Claudio, la muerte por la muerte

premura por premura y placer por placer;

lo mismo por lo mismo, medida por medida».

Tu falta, Ángelo, así manifestada,

aunque tú la negaras, te niega el favor.

Te condenamos pues al mismo bloque

en que tuvo que arrodillarse Claudio

y con igual premura. Llevadlo ahora de aquí.

MARIANA Oh, piadoso señor, espero

que no os habréis burlado al darme esposo.

DUQUE Fue vuestro esposo el que os engañó.

Consintiendo en salvar vuestro honor
he pensado en la boda; para evitar reproches
que podrían ahogar un buen futuro,
todas sus propiedades
(que por confiscación nos pertenecen)
las otorgamos sin embargo a vos,
y así podréis tener mejor esposo.

MARIANA Apreciadísimo señor,

yo no deseo otro hombre, ni mejor.

DUQUE No lo deseéis a él; nuestro juicio es terminante.

MARIANA (*Arrodillándose.*) Gentil señor...

DUQUE No hacéis más que gastar esfuerzo en vano.

Llevallo hacia la muerte. (*A LUCIO.*) Ahora, señor, con
vos.

MARIANA ¡Mi buen señor! Dulce Isabella, poneos de mi lado

y también de rodillas; el resto de mi vida
la pondré yo, a mi vez, para serviros.

DUQUE La importunáis en forma irrazonable.

Si ella se arrodillara para pedir clemencia
el espíritu vivo de su difunto hermano
rompería las losas de su tumba
y, horrorizado, se la llevaría.

MARIANA Isabella, os lo pido,

dulce Isabella, arrodillaos conmigo.

Levantad vuestras manos, nada más, no es preciso
que digáis nada; yo lo diré todo.

Los hombres son moldeados por sus faltas
(así se dice) y en la mayoría
es mejor ser un poco malos.

Así podrá mi esposo mejorar. Oh, Isabella,
¿no os arrodilláis conmigo?

DUQUE Él muere por la muerte de Claudio.

ISABELLA (*Arrodillándose.*) Generoso señor,

contemplad, si es posible, a este hombre condenado
como si mi hermano aún viviera. Deseo creer
que la sinceridad gobernó su conducta
hasta que me miró; si es así,
no permitáis que muera.

Mi hermano fue juzgado con justicia:
hizo lo que le llevó a la muerte.

En Ángelo, en cambio,
los actos no pasaron de fallidos intentos,
muertos en el camino. Los meros pensamientos
no están sujetos a condena;
quedan solo en intenciones.

MARIANA Tan solo en eso, mi señor.

DUQUE Vuestros ruegos son en vano. Levantaos.

MARIANA e ISABELLA

se levantan.

He recordado ahora otra falta.

Preboste, ¿cómo fue Claudio ejecutado

en hora tan inusual?

PREBOSTE Así me lo ordenaron.

DUQUE ¿Hubo una orden para ello?

PREBOSTE No, mi señor, fue un mensaje privado.

DUQUE Por lo cual quedáis fuera de vuestro cargo.

Entregadme las llaves.

PREBOSTE Perdón, noble señor.

Pensé que era una falta, mas no estaba seguro.

Me arrepentí tras haberlo meditado.

Para dar testimonio hay alguien en prisión
que por orden privada debería haber muerto,
y he dejado con vida.

DUQUE ¿Quién es él?

PREBOSTE Se llama Bernardino.

DUQUE Eso debiste hacer con Claudio.

Traedlo ahora, que quiero verlo.

Sale el PREBOSTE.

ESCALO Lamento que alguien, tan instruido y sabio,
como vos, lord Ángelo, habéis parecido,
haya faltado así, por calor de la sangre
y por falta, después, de juicio equilibrado.

ÁNGELO Me apena haber causado tanta pena
y hondo, en mi arrepentido corazón
lo siento tan profundamente, que deseo
más recibir la muerte que la clemencia.
Es lo que merezco y lo que pido.

Entra el PREBOSTE con BERNARDINO, CLAUDIO con el rostro cubierto y JULIETA.

DUQUE ¿Cuál es ese Bernardino?

PREBOSTE Este, mi señor.

DUQUE Un fraile me ha contado de este hombre.

Granuja, dime,
se ha dicho que tu alma porfiada
no entiende nada más que de este mundo,
y a eso has arreglado tu conducta.
Aunque estás condenado, te perdono
y ruego que aproveches esta gracia
para mejores tiempos por venir.
Fraile, aconsejadlo.
Lo dejo en vuestras manos. Y aquel, ¿quién es,
el que tiene su rostro así escondido?

PREBOSTE Es otro prisionero al que he salvado.

Habría debido morir
en el momento en que Claudio perdía su cabeza.
Es tan igual a Claudio como igual a sí mismo.

Descubre a CLAUDIO.

DUQUE Si es como vuestro hermano,
por él será perdonado y por vos misma
pues si me dais la mano y decís que sois mía
será Claudio mi hermano también; pero dejemos
eso para un mejor momento. Ahora
puede lord Ángelo percibir que está a salvo.
Me parece que veo más vivaces sus ojos.

Y bien, Ángelo, el mal ya te ha quitado.

Debes amar a tu mujer; su valor es el tuyo.

Encuentro en mí voluntad de perdón

pero en este lugar se encuentra alguien

a quien no puedo perdonar.

(A LUCIO.) Vos, bribón, que me llamasteis tonto

y cobarde, lascivo, imbécil y demente,

¿cómo es posible que haya merecido

de vos semejante tratamiento?

LUCIO A fe mía, señor, era un modo de hablar

y nada más; si queréis colgarme

podéis hacerlo, claro, pero preferiría

que os complaciera más que me azotaran.

DUQUE Azotadlo primero y colgadlo después.

Proclamadlo, preboste, por toda la ciudad:

si hay alguna mujer que reclama de él

paternidad de un niño (como él mismo dijo)

que se presente ante este tribunal

y él se desposará con ella. Terminadas

las nupcias, será azotado e irá a la horca.

LUCIO Os lo ruego, señor, no me caséis con una puta.

Vuestra alteza ha dicho que yo os hice duque,

no me recompenséis haciéndome cornudo.

DUQUE Pues por mi honor que os casaréis con ella.

Tus calumnias perdono y por lo tanto

cancelo los otros castigos.

Llebadlo a la prisión
y haced que mi deseo se ejecute.

LUCIO Casarme con una ramera, mi señor, será tortura
de muerte por compresión, látigo y horca.

DUQUE Calumniar a un príncipe lo merece.

*Salen los oficiales
con LUCIO.*

Ella, Claudio, que fue deshonrada
restaurará su honor; y para vos, Mariana,
la alegría es ahora; ámala, Ángelo.
La he confesado y conozco su virtud.
Vuestra bondad agradezco, mi buen amigo Escalo,
y habrá más expresiones de esta gratitud.
Gracias a vos, preboste, por vuestros cuidados
y por guardar los secretos. Os nombraremos
para un cargo de mayor dignidad. Perdonadlo,
Ángelo, por haberos llevado la cabeza
de Ragozino en vez de la de Claudio.
La ofensa se perdona a sí misma. Isabella,
a una proposición que os beneficia
deseo que prestéis vuestros oídos.
Todo lo que poseo es vuestro; lo vuestro, mío.
Llebadnos al palacio, y allí os mostraremos
todo cuanto os queda aún por conocer.

Salen.



PERICLES, PRÍNCIPE DE TIRO

versión de

Andrés Ehrenhaus

Fue inscrita en el registro de publicaciones en mayo de 1608. Fue fruto de la colaboración con George Wilkins, que escribió las primeras nueve escenas. Quizá por ello no fue incluida en el Primer Folio de 1623 y solo se recopiló en el Tercer Folio de 1664. Anteriormente, en 1609, se había publicado un Cuarto, que aquel año se reimprimió seis veces.



DRAMATIS PERSONAE

John GOWER, el presentador

ANTÍOCO, rey de Antioquía

PERICLES, príncipe de Tiro

HELICANO, consejero de Tiro

ESCANES, consejero de Tiro

SIMÓNIDES, rey de Pentápolis

CLEÓN, gobernador de Tarso

LISÍMACO, gobernador de Mitilene

CERIMÓN, un médico de Éfeso

THALIART, un canalla

FILEMÓN, criado de Cerimón

LEONINO, un asesino

Un SENESCAL

Un RUFIÁN

BOULT, su criado

Tres PESCADORES, súbditos de Simónides

Tres PIRATAS

La HIJA DE ANTÍOCO

DIONISA, mujer de Cleón

THAISA, hija de Simónides

MARINA, hija de Pericles y Thaisa

LICÓRIDA, nodriza de Marina

Una ALCAHUETA

DIANA, diosa de la castidad

Nobles, damas, caballeros, marineros y
mensajeros

ESCENA I

Entra GOWER como Prólogo.

GOWER De cenizas Gower ha resurgido
y esta apariencia frágil ha asumido
para ofreceros una antigua canción
que hará vuestra delicia y distracción.
Ya fue cantada antaño en festivales,
en vigiliass, fiestas y carnavales,
y las damas y caballeros de antes
la leían como reconfortante.
Su fin es hacer al hombre excelso:
et bonum quo antiquius, eo melius.
Si vosotros, gente de hoy, mostráis estima
por el vetusto estilo de mi rima
y si al oír de un viejo bardo el canto
sentís mayor satisfacción que espanto,
yo a la vida con gusto volvería
y como un cirio aquí la agotaría.
Henos en Antioquía: la gran ciudad
que Antíoco erigió para reinar.
De toda Magna Siria la más bella,
como aseguran los viejos libros de ella.

Tomó el rey por esposa a una mujer
que dejole una heredera, al fallecer,
tan rozagante, lozana y tan jovial,
tan desbordante de gracia celestial,
que el padre se prendó de su belleza
e indújola al incesto con presteza.
¿Mala hija? ¡Peor padre! Hundir en cieno
a la pro genie es ruin y en nada bueno.
Mas ellos, ciegos por lo acostumbrado,
no veían en su obrar ningún pecado.
Y era tan bella esta dama pecadora
que muchos príncipes, en mala hora,
para sus lechos y como compañía
de sus juegos maritales la querían.
El rey, para ahuyentarlos y, en secreto,
para aferrarla a él, dictó un decreto:
quien quisiera desposarla y darle hijos
debía resolver un acertijo
o moriría. Así muchos lo hicieron
y allí... cuelgan las testas que perdieron.

Se revela una hilera de cabezas.

Lo que ahora sigue, a vuestro juicio dejo
pues no hallaré juez más cabal ni más parejo.

Sale GROWER.

*Trompeta. Entran ANTÍOCO, PERICLES y acompañantes ricamente
ataviados.*

ANTÍOCO Joven príncipe de Tiro, estáis bien advertido

del riesgo que asumís.

PERICLES Lo estoy, Antíoco, y considero
que, ante recompensa tan gloriosa,
la muerte como riesgo es poca cosa.

ANTÍOCO ¡Música!

Música.

Traed a nuestra hija con sus galas nupciales,
como si el mismo Júpiter fuera a desposarla.
Al ser concebida, y antes de intervenir Lucina,
la naturaleza rodeó de dicha su presencia
y, reunidos en consejo, se sentaron los planetas
a urdir las mejores perfecciones para ella.

Entra la HIJA DE ANTÍOCO.

PERICLES Vedla, viene ataviada como la primavera.

De todas las gracias es ella la primera
y su pensamiento destaca en excelencia.
Su rostro es libro de alabanzas: allí se leen
solo placeres exquisitos y en él no tienen
cabida las tristezas: la ira traicionera
jamás será su dulce compañera.
¡Oh, dioses, que me creasteis hombre y que mandáis
sobre el amor, y que mi pecho ávido llenáis
de deseos de probar este fruto celestial
o morir en el intento, acudid en mi ayuda
y dadme, así como yo acato vuestra voluntad,
la gracia de lograr esta inmensa ventura!

ANTÍOCO Príncipe Pericles...

PERICLES ... que querría ser hijo del gran Antíoco.

ANTÍOCO Aquí, en este jardín de las Hespérides,

hay un fruto de oro, mas peligroso de tocar

(*Señala las cabezas.*) pues lo guardan mortíferos
dragones.

(*Señala a su hija.*) Su rostro, como el cielo, incita a
contemplar

su gloria infinita, que habréis de merecer.

Mas si no la merecierais, ya que han osado
tocarla vuestros ojos, seréis sacrificado.

Estos bravos príncipes también fueron famosos
y los rumores los volvieron codiciosos;
ahora os cuentan con sus lenguas mudas
que aquí reposan, insepultos, bajo estrellas,
mártires todos de Cupido y sus querellas,
y con sus rostros exangües os advierten
que en las redes del amor ronda la muerte.

PERICLES Mucho agradezco que me enseñéis, Antíoco,

lo frágiles que somos los mortales

y que mediante estos despojos tan brutales
me preparéis para morir, si cabe.

Pues la muerte es un espejo que refleja
que la vida es un suspiro y fiarse de ella
es un error. Haré mi testamento como hace
el enfermo del mundo que, al atisbar el cielo,
entristece y no busca ya el gozo terreno.

A vos, y a todo hombre de bien, os dejo

una dichosa paz: es deber principesco;
mis riquezas, a la tierra, pues de allí vinieron;
(*a la princesa*) y a vos el fuego puro de mi amor
eterno.

(*A ANTÍOCO.*) Si he de andar por esa senda de vida o
muerte,

dispuesto estoy, Antíoco: golpead bien fuerte.

ANTÍOCO Ya que desoís mis consejos, leed el enigma

(*arroja bruscamente el acertijo*)

y si al haberlo hecho, no explicáis su sentido,
moriréis cual murieron cuantos os han precedido.

HIJA DE ANTÍOCO (*A PERICLES.*)

¡Que, entre todos ellos, seáis el afortunado!

¡Entre todos ellos, os deseo a vos felicidad!

PERICLES Como un audaz campeón acepto el reto

y no busco consejo en otros pensamientos
que la bravura y la lealtad.

Levanta y lee el acertijo.

«Aunque no soy culebra me alimento
de carne de quien fuera mi sustento.

Busqué un marido y cuando lo buscaba
en un padre encontré lo que anhelaba.

Él es padre, hijo y esposo amante;
yo soy esposa, hija y también madre.

¿Cómo es posible esto en solo dos?

Si quieres seguir vivo, resuélvelo.»

(*Aparte.*) ¡Flaco remedio! Poderes que dotáis al cielo

de incontables ojos que escrutan a los hombres,
si aquello que he leído y me estremece es cierto,
¿por qué no nubláis para siempre sus visiones?
Bello cristal de luz, os amé y aún os podría amar
si este precioso cofre no contuviera tanto mal.
Mas no puedo callar: mi mente se subleva
pues quien llama a una puerta no se honra
si sabe que allí dentro el pecado ronda.

(Mira a la hija.) Sois un laúd cuyos sentidos son las
cuerdas

que, tañidas para el justo placer de un hombre,
atraerían a una audiencia de dioses a la tierra.

Mas al haber sido pulsadas a destiempo
solo el infierno baila al son del instrumento.

Renunciar a vos, pues, será el mejor remedio.

ANTÍOCO Príncipe, a riesgo de vuestra vida, no la toquéis

que nuestra ley en ello es igualmente estricta.

El tiempo ha expirado. Si no exponéis
la solución, recibid vuestra sentencia.

PERICLES Gran rey,

es mucho menos grato oír los pecados propios
que cometerlos; si ahora yo hablo, me condeno.

Quien tenga un libro de los actos de los reyes
y quiera mantenerse a salvo, que lo cierre.

Pues el vicio, si se divulga, es como el viento errante
que al soplar llena de polvo los ojos de los otros
y nubla su visión; mas cuando el aire escampa

los ojos irritados ven dónde está la trampa:
frenar el viento daña. El topo ciego eleva
montículos que claman que el hombre es un tirano
de la tierra, y en ese obrar muere el gusano.
Los reyes, dioses terrenos, refrendan sus vicios;
si Júpiter desbarra, ¿quién osará decirlo?
Saber es riesgo suficiente. Y si al airearlo
el mal aumenta, haremos bien en sofocarlo.
Tal como amamos el vientre que nos dio sustento,
mi lengua ama la testa que la lleva dentro.

ANTÍOCO (*Aparte.*) Cielos, también yo quiero esa testa: ¡ha
dado

con el sentido del enigma! Pero seamos
obsequiosos... Mi joven príncipe de Tiro,
puesto que calláis y vuestro tiempo ya ha expirado,
la letra estricta del edicto nos faculta
para acabar con vuestros días de inmediato.
Ahora bien: la esperanza que trasunta un árbol
tan bien plantado como vos me induce a daros
cuarenta días de respiro. Si en ese lapso
acertáis a desentrañar el acertijo,
en premio a nuestro gesto habré ganado un hijo.
En tanto, se os dispensarán las atenciones
que dictan nuestro honor y vuestros valores.

Floreo. Salen todos menos PERICLES.

PERICLES ¡Su cortesía es solo un velo del pecado!

Como el hipócrita que actúa a conciencia,

lo único bueno que posee es la apariencia.
Si fuera cierto que yo me he equivocado
sería también verdad que vos no sois tan malo
como para quemar vuestra alma en el incesto.
Mas ahora los instintos depravados
os han convertido al mismo tiempo en padre e hijo
pues quien debe yacer con ella es su marido;
y vuestra hija, manchando el lecho de su madre,
no ha hecho sino comer pedazos de esa carne.
Y aunque os nutrís de flores excelentes,
no destiláis más que veneno, cual serpientes.
Adiós, bella Antioquía, pues sé por experiencia
que quien comete actos sombríos sin dudarlo
tampoco duda si ha de actuar para ocultarlos.
También sé que un pecado atrae al siguiente
y que el asesinato y la lujuria son parientes.
Veneno y felonía son las manos
con que el pecado se libra del oprobio,
y temo mucho que si no me fugo
os convirtáis, por vuestro bien, en mi verdugo.

Sale PERICLES.

Regresa ANTÍOCO.

ANTÍOCO Pericles sabe el significado del enigma,
y ello significa que quiero su cabeza.
No dejaré que viva y pregone mi bajeza
ni que le diga al mundo que Antíoco ha pecado
de un modo tan innoble.

Por eso, cuanto antes muera el príncipe, mejor.

Si él cae, yo mantendré en alto mi honor.

Pero ¿quién se apersona ahora?

Entra THALIART.

THALIART ¿Me requería, vuestra alteza?

ANTÍOCO Ah, Thaliart, vos me sois fiel y sois discreto.

Guardad mis acciones más privadas en secreto
y vuestra lealtad será recompensada.

Thaliart, mirad, aquí hay veneno y oro.

Odíamos al príncipe de Tiro: ha de morir.

No os conviene saber el motivo.

Responded: ¿es cosa hecha?

THALIART Es cosa hecha, señor.

ANTÍOCO No se hable más.

Entra un MENSAJERO premioso.

Explicate y refrescarás tu aliento.

MENSAJERO Mi señor, el príncipe Pericles ha partido.

Sale.

ANTÍOCO (*A THALIART.*)

Id tras él si queréis seguir vivo. Y así como la flecha
que dispara el buen arquero da en el centro,
no regreséis si no es para decir:
«Majestad, Pericles está muerto».

THALIART Señor,

con una vez que esté al alcance de mi arma
me bastará para cazarlo. Adiós, alteza.

ANTÍOCO ¡Adiós!

Sale THALIART.

Mientras su muerte no sea una certeza
mi corazón no podrá dar paz en mi cabeza.

Sale ANTÍOCO; las cabezas son ocultadas.

ESCENA II

*Entra PERICLES, malhumorado,
con sus nobles.*

PERICLES Dejadme solo.

Salen los nobles.

¿Por qué son tan mudables
mis pensamientos? ¿Por qué la melancolía
de ojos llorosos quiere hacerme compañía
y turba cada instante del día y de la noche,
que habría de ser tumba del pesar y el reproche?
Aquí hay placeres y mis ojos los rehúyen
aunque dejé el peligro atrás, en Antioquía.
Su brazo es corto: estoy fuera de alcance
y sin embargo esta distancia no me alivia
ni los placeres o el arte me complacen.
Supongo que es así: cuando moldeamos
nuestras pasiones a partir del miedo,
viven y se nutren de la angustia luego.
Y aquello que temimos que nos ocurriera

crece y ahora es miedo a que ya no suceda.
En cuanto a mí, ¿cómo enfrentarme
al gran Antíoco, cuyo poder tan grande
le permite traducir en hechos su voluntad?
Él cree que he hablado; yo juro callar.
Aunque asegure que pretendo honrarlo,
de nada sirve si él piensa lo contrario.
Y no descansará hasta haber borrado
aquello que, de conocerse, habría de ultrajarlo.
Invadirá mi país con fuerzas hostiles
y desplegará un poder militar tan vasto
que mis compatriotas no harán sino temblar
y vencerá a mis tropas antes de luchar.
Castigaré a mis súbditos, que son inocentes:
es esto y no la inquietud por mi suerte
(pues, como la copa del árbol, yo defiendo
y cubro las raíces que me dan sustento)
lo que preocupa y mina mi cuerpo y mi alma
y me castiga, antes de que Antíoco lo haga.

Entran HELICANO y otros NOBLES.

PRIMER NOBLE ¡Que reine la dicha en vuestro corazón
sagrado!

SEGUNDO NOBLE ¡Y que en vuestro espíritu haya paz y
sosiego
hasta que volváis junto a nosotros!

HELICANO Basta, señores, dejad hablar a la experiencia.

(A PERICLES.) Adular de más al rey no es adecuado.

La lisonja es el fuelle que insufla al pecado
y aquello que halagamos solo es ascua
que al soplar se recalienta y resplandece.
Puesto que el rey es humano y se equivoca,
una advertencia frugal, en cambio, nunca choca.
Cuando el *Signior* Sedoso habla de tregua
os halaga pero en verdad busca la guerra.
Perdonadme, príncipe, o dadme en las costillas:
me inclino cuanto pueden mis rodillas.

Se arrodilla.

PERICLES Que salgan todos menos vos. Averiguad cuanto
antes

qué barcos atracan en el puerto
y con qué carga, y luego regresad.

Salen los NOBLES.

Helicano,
me habéis conmovido. ¿Cómo véis mi semblante?

HELICANO Cejijunto, mi temido señor.

PERICLES Si entre las cejas de un monarca veis un dardo,
¿cómo se atreve vuestra lengua a molestarlo?

HELICANO ¿Cómo se atreve la planta a contemplar el cielo
de donde se alimenta?

PERICLES Sabéis que si quisiera
podría quitaros aquí la vida.

HELICANO Yo mismo afilé el hacha.

Solo os queda empuñarla.

PERICLES (*Levantándolo.*) Levantaos, os ruego,

y tomad asiento. No sois un lisonjero
y lo agradezco. ¡Impida el cielo que el monarca
solo oiga a quienes le embellecen las faltas!
Buen consejero y siervo para un príncipe
que con vuestro saber hacéis de él vuestro siervo,
¿qué proponéis que haga?

HELICANO Soportar con paciencia

los pesares que os infligís vos mismo.

PERICLES Habláis como el médico, Helicano,

dispuesto a administrar una poción que,
de ser vos el afectado, os haría temblar.

Escuchad con atención: fui a Antioquía
donde arriesgué, como sabéis, la vida
a cambio del favor de una belleza
con quien procrear y tener descendencia
que a mí me diera brazos, y al pueblo dicha.

Su rostro era un vergel de maravillas; lo demás,
oídmelo bien, negro como el incesto.

Pero al saber que yo sabía, el padre inicuo
no se mostró furioso sino amable. Mas cuando
un tirano besa, es hora de ir temblando.

Al acuciar este temor, busqué el amparo
de la noche que me fuera más propicia
para huir. Llegado aquí, reflexioné
sobre lo sucedido y lo aún por suceder.

Puesto que es un tirano, los temores de ese hombre

no menguan con los años: se vuelven mayores.
Si él sospechara, como no dudo que sospecha,
que yo pretendo poner al descubierto
el número de príncipes que han muerto
para salvaguardar su oscuro contubernio,
no dudará en alzar al país en armas
y en acusarme de haberlo desairado.
Y a causa de, por así llamarla, mi insolencia,
a todos la guerra, que ignora la inocencia,
flagelará. El amor a mi pueblo, del cual vos,
que hace un momento me reprendíais, formáis
parte...

HELICANO Ay, señor.

PERICLES ... me quita el sueño y empalidece el rostro,
y me confunde la razón con mil y un titubeos
pues no sé cómo obviar la tempestad que veo
y, a falta de esperanza que ofrecerles,
mi deber principesco es condolerme.

HELICANO Bien, mi señor, pues permitís que os hable,
os hablaré con libertad. Teméis a Antíoco
y con razón, creo yo, pues el tirano
intentará mataros, con una guerra abierta
o bien con la traición más encubierta.
Viajad, por tanto, mi señor, durante un tiempo,
hasta que olvide Antíoco su rencorosa ira
o antes corte el destino el hilo de su vida.

Delegad el mando en alguien, majestad.

Si en mí, seré más fiel que el día a la claridad.

PERICLES No dudo de vuestra lealtad, pero ¿y si él
me quitara los derechos en mi ausencia?

HELICANO Mezclaríamos nuestras sangres con la tierra,
que nos ha dado vida y es quien nos alimenta.

PERICLES Adiós, entonces, Tiro. A Tarso me dirijo,
donde estaré pendiente de las nuevas
y por vuestras cartas sabré cómo he de actuar.
Delego en vos el cuidado y bienestar
de mis súbditos, pues sois tenaz y sabio.
Me basta la palabra, no os pido una promesa:
quien no respeta una, puede romper las dos.
Vos y yo nos mantendremos tan salvos y tan sanos
que el tiempo, aunque lo intente, no logrará negarlo:
vos seréis súbdito brillante; yo, soberano.

Salen.

ESCENA III

Entra THALIART.

THALIART Así que esto es Tiro, y esta es la corte. Aquí debo
matar al rey Pericles. Si no lo hago, me colgarán
cuando regrese, de ello no hay duda. Es peligroso:
ya se ve que es un individuo prudente y discreto,

pues prefirió no conocer ninguno de los secretos del rey cuando pudo hacerlo. Ahora comprendo que sus razones tenía. Porque si un rey le pide a un hombre que sea un canalla, este se ve obligado por compromiso a serlo. Chis, que aquí vienen los nobles de Tiro.

Entran HELICANO, ESCANES
y otros NOBLES.

HELICANO Ya no es preciso, nobles amigos de Tiro,
que hagáis más consultas sobre si el rey se ha ido.
Su voluntad sellada, dejada a mi cuidado,
dice a las claras que ha marchado.

THALIART (*Aparte.*) ¿Cómo? ¿El rey se ha ido?

HELICANO Mas si además deseáis saber por qué
se fue sin el adiós de vuestro afecto,
intentaré arrojar algo de luz a este respecto.
Estando en Antioquía...

THALIART (*Aparte.*) ¿Qué es eso de Antioquía?

HELICANO El rey Antíoco, ignoro por qué envites,
le tomó cierta aversión, o eso creyó Pericles.
Y puesto que temía haberlo desairado,
se castigó a sí mismo en desagravio.
Por ello ha decidido embarcar y unir su suerte a
la del marino, que vive retando.

THALIART (*Aparte.*) Vaya, todo parece señalar que no seré
colgado aunque me empeñe en ello. Pericles ha
partido, pero el rey se alegrará de oír que se ha
salvado en tierra para perecer en altamar. Será mejor
que me presente.

En voz alta.

¡Salud, nobles de Tiro!

HELICANO Bienvenido seáis, señor Thaliart, si Antíoco os envía.

THALIART

Me envía, en efecto, con un mensaje para el príncipe Pericles.

Pero puesto que al desembarcar me han informado que vuestro señor se había marchado con rumbo incierto,

llevaré el mensaje de regreso a su lugar de origen.

HELICANO Nuestro deseo no es otro,

pues va dirigido a nuestro amo, no a nosotros.

Mas antes de partir permitiréis que, como amigos de Antíoco, os agasajemos aquí, en Tiro.

ESCENA IV

Entran CLEÓN, gobernador de Tarso, con su esposa DIONISA y comitiva.

CLEÓN Dionisa mía, ¿queréis hacer un alto

y ver si hablar de las desgracias ajenas

nos enseña a no pensar en nuestras penas?

DIONISA Sería avivar un fuego con la ilusión de ahogarlo.

Aquel que quita tierra a una colina por su alzada,

derriba una montaña y eleva otra más alta.
Oh, esposo desdichado, así son los pesares:
aunque con ojos abatidos los vemos grandes,
si los podemos crecen más, como los árboles.

CLEÓN Ay, Dionisa,

¿a quién le urge comer y no lo dice?
¿Quién puede callar el hambre hasta morirse?
¿Cómo evitar que nuestra lengua implore,
que se oigan nuestras quejas y nuestros ojos lloren
sin más respiro que el que exigen los pulmones?
Si el cielo duerme mientras sufren sus criaturas,
habremos de clamar a gritos por su ayuda.
Veréis: llevamos tantos años de quebranto
que, falto de aliento, me apoyaré en el llanto.

DIONISA Como os parezca, mi señor.

CLEÓN Esta ciudad de Tarso, cuyo gobierno ostento,

recibía bienes de muchos a manos llenas
y en las calles se agolpaban sus riquezas.
Tenía torres tan altas que besaban el cielo
y no había forastero indiferente a ella.
Sus hombres y mujeres iban tan peripuestos
que eran como espejos para su mutuo arreglo.
Sus mesas alegraban la vista de tan cargadas
y sus manjares más que alimentar, deleitaban.
Reíamos de la pobreza y, orgullosos,
decir ayuda nos resultaba odioso.

DIONISA Oh, cuánta razón tenéis.

CLEÓN Pero ved lo que el cielo obra en un cambio:

estas bocas, que hace poco la tierra y el mar
y el cielo no daban abasto para contentar
pese a ofrecer sus frutos en abundancia,
ahora, como las casas que el desuso arruina,
se están muriendo de hambre por falta de rutina.
Aquellos paladares que ni hace dos veranos
buscaban novedades para abrir boca,
hoy ruegan por pan y se alegran si les toca.
Aquellas madres que nada escatimaban
para nutrir a sus pequeños, hoy podrían
comerse a los niñitos que ayer tanto querían.
Tan afilados dientes tiene el hambre que marido
y mujer echan a suertes a quién toca ser comido.
Aquí un noble llora y más allá una dama;
muchos sucumben y los que continúan
no tienen fuerza para darles sepultura.
¿No digo la verdad?

DIONISA Nuestras mejillas y ojos magros lo atestiguan.

CLEÓN Ojalá que las ciudades que hoy disfrutan
del cuerno de la abundancia y lo derrochan
en fiestas frívolas, escuchen nuestro llanto,
¡pues podrían ser suyas las penurias de Tarso!

Entra un NOBLE, desfalleciente y lento.

NOBLE ¿Dónde está el señor gobernador?

CLEÓN Aquí. Decid qué fatigas os traen con tanta prisa,
pues no serán consuelos vuestras noticias.

NOBLE Hemos avistado en la costa más cercana
una importante flota que se acerca.

CLEÓN Me lo temía.

Una desgracia nunca viene sola
sino acompañada de su sucesora.
Es nuestro caso: una nación vecina,
aprovechándose de nuestra desventura,
ha llenado de tropas sus naves vacías
para abatir a quienes ya lo estamos
y conquistar a unas pobres gentes
cuya derrota carece de alicientes.

NOBLE Disipad ese temor, pues por su aspecto
y sus banderas blancas, vienen en son de paz,
como benefactores y no en son de hostilidad.

CLEÓN Habláis como si hubierais olvidado
que cuanto más abyectos, más atildados.
Pero, sea lo que sea lo que traigan,
no hay nada que temer:
quien ha tocado fondo, más no puede caer.
Decidle a su general que aquí lo espero
para saber de dónde viene y para qué,
y qué intenciones tiene.

NOBLE Así lo haré, señor.

CLEÓN Si viene en son de paz, bienvenido sea;

no nos defenderemos si viene en son de guerra.

Entran el NOBLE, PERICLES y comitiva.

PERICLES (*A CLEÓN.*) Señor gobernador, pues de esa guisa os llaman:

no dejéis que nuestras naves y nuestros hombres
os encandilen como la certera luz de un faro.

Hemos sabido en Tiro de vuestras estrecheces
y hemos cruzado vuestras calles desoladas.

No venimos para añadir dolor a vuestro llanto
sino para aliviarlo de su pesada carga;

tal vez podáis pensar que nuestros barcos
están, como el caballo de Troya, atiborrados
de venas tensas y músculos inquietos.

Mas no: transportan trigo para hacer pan
y alimentar a quienes, de otro modo, morirán.

TODOS LOS DE TARSO (*Caen de rodillas llorando.*)

¡Que los dioses de Grecia os protejan!

Y rezaremos por vos.

PERICLES Levantaos, os lo ruego.

No es reverencia sino amistad lo que buscamos
y amparo para nosotros y nuestros barcos.

CLEÓN ¡Si alguien de aquí os lo niega u os pagara
con pensamientos ingratos, ya sea una esposa,
un hijo o yo mismo, que sobre él caiga
la maldición del cielo y de los hombres!
Hasta entonces, y espero que por siempre,
sea bienvenida vuestra gracia entre nosotros.

PERICLES Por bienvenidos nos damos. Que haya algarabía
hasta que nuestras estrellas ceñudas sonrían.

Salen.

ESCENA V

Entra GOWER.

GOWER Habéis visto a un rey poderoso
que con su hija es incestuoso,
y a un mejor príncipe y señor
actuar fielmente y con honor.
Haced silencio, ahora, os lo ruego,
pues aún no acaban sus desvelos.
Veréis cómo el que bien se apaña
pierde una miga y gana una montaña.
El hombre de buen proceder,
a quien mi bendición daré,
aún sigue en Tarso, cuya gente
cree en sus palabras ciegamente
y para no olvidar su gesto
le han erigido un monumento.
Mas vuestros ojos serán testigos
de lo contrario: ¿para qué sigo?

Escena muda.

Por una puerta entran, conversando, PERICLES y Cleón, seguidos de su séquito. Por otra puerta entra un caballero con una carta para PERICLES. PERICLES muestra la carta a Cleón; luego recompensa al mensajero y lo unge caballero. Salen PERICLES por una puerta y Cleón por la otra.

Quedó en casa el buen Helicano
y no para comerse el grano
que otros sembraron, ni la miel
pues barre el mal y alienta el bien.
A su monarca tiene al tanto
de lo que en Tiro está pasando:
que un tal Thaliart vino a buscarlo
con intención de asesinarlo;
y le aconseja que no espere
en Tarso hasta que Thaliart llegue.
Pericles, pues, se hace a la mar
donde es despótico el azar:
de pronto el aire se encabrita
y truena, y la profundidad se agita,
y lejos de salvarlo, aciaga,
la nave en la que va, naufraga.
Todo se hunde: hombres y carga,
solo el buen príncipe se salva.
Pericles se ve condenado;
de costa en costa es trasegado
hasta que su suerte se altera
y el mar lo arroja a una ribera.

Entra PERICLES, empapado y semidesnudo.

Helo aquí. En cuanto al resto,

no incumbe a Gower sino al texto.

Rayos y truenos.

PERICLES ¡Cesad ya vuestra furia, coléricas estrellas!

Oh, truenos, lluvia, viento, no olvidéis que el hombre
es solo una sustancia que está a vuestra merced
y, por naturaleza, yo así lo estoy también.

El mar me ha revolcado entre peñascos,
llevándome de costa en costa hasta que al fin
no albergué otro pensamiento que morir.

Vuestro inmenso poder habría de contentarse
con despojar a un príncipe de su fortuna;
ahora que lo arrojasteis de su sepulcro acuoso
no anhela más que hallar aquí eterno reposo.

Se sienta.

Entran dos humildes PESCADORES, patrón y mozo.

PRIMER PESCADOR (*En voz alta.*) ¡Eh, tú, Pellejo!

SEGUNDO PESCADOR ¡Ea, ven y trae aquí esas redes!

PRIMER PESCADOR ¡Qué, Rompecalzones! ¿No me has oído?

*Entra un TERCER PESCADOR tosco, con capucha y un sucio saco de
cuero a la espalda, de ropa indecorosa y feo aspecto. Lleva redes para
secar y reparar.*

TERCER PESCADOR ¿Qué hay, patrón?

PRIMER PESCADOR ¡Vamos, muévete de una vez! Ven ya o te
traigo a palos.

TERCER PESCADOR A fe mía, patrón, que pienso en los
desgraciados que acaban de ahogarse aquí mismo
hace un momento.

PRIMER PESCADOR ¡Ay de ellos! Sí, me ha roto el corazón oír
con qué desesperación nos pedían auxilio, cuando a

duras penas podíamos auxiliarnos a nosotros mismos.

TERCER PESCADOR Nada, patrón, ¿no os dije yo que habría tormenta cuando vi cómo saltaba y hacía cabriolas la marsopa? Dicen que son mitad carne, mitad pez. ¡Malditas sean! No asoman el hocico y ya me veo calado hasta los pies. Patrón, no entiendo cómo pueden vivir los peces en el agua.

PRIMER PESCADOR Toma, como los hombres en tierra firme: los grandes se comen a los pequeños. Nada hay más parecido a nuestros ricachones que una ballena: juega y retoza con sus pobres presas delante de sus fauces hasta que al fin las engulle de un bocado. He oído decir que estas ballenas de secano ya no cierran la boca hasta no haberse tragado la parroquia entera, con iglesia, campanario, campanas y todo el lote.

PERICLES (*Aparte.*) Una acertada alegoría.

TERCER PESCADOR Pero, patrón, si yo soy el sacristán, ese día subo al campanario.

SEGUNDO PESCADOR ¿Para qué, hombre?

TERCER PESCADOR Para que también me trague a mí, y una vez dentro de su tripa armo yo tal revuelo de campanas que la bestia acabaría echando fuera el campanario, la iglesia y la parroquia al completo. Pero si el buen rey Simónides pensara como yo...

PERICLES (*Aparte.*) ¿Simónides?

TERCER PESCADOR ... purgaríamos el país de todos estos zánganos que engordan de miel ajena.

PERICLES (*Aparte.*) ¡Cómo se valen del escamoso fruto de la mar

para escrutar las debilidades de los hombres,
y cómo extraen de su acuático imperio

cuanto puede ser digno de loa o vituperio!

Adelantándose.

La paz sea con vosotros, honestos pescadores.

SEGUNDO PESCADOR ¡Honestos! ¿Qué es eso, amigo? Si es un día que os hace gracia, quitadlo del calendario y nadie lo echará en falta.

PERICLES Ya veis, el mar me ha vomitado en vuestra costa...

SEGUNDO PESCADOR ¡Y bien borracho había de estar el mar para vomitaros en nuestro camino!

PERICLES Un hombre que, en la vasta partida de tenis entre las aguas y el viento ha sido la pelota, os implora piedad. Sabed que este que os habla es alguien que jamás mendigó nada.

PRIMER PESCADOR ¿Cómo, amigo? ¿No podéis mendigar? Pues aquí en nuestro país de Grecia los hay que ganan más pidiendo que nosotros trabajando.

SEGUNDO PESCADOR Entonces al menos sabréis pescar.

PERICLES No lo he intentado nunca.

SEGUNDO PESCADOR Pues moriréis de hambre, tenedlo por seguro. Últimamente no se consigue nada si no es pescándolo.

PERICLES De lo que fui, ya no conservo ni el recuerdo,

y ahora soy lo que la necesidad me dicta:

un hombre muerto de frío. Tengo las venas

heladas y de vida solo un hilo

para entibiar la lengua y pedir auxilio.

Si no me lo prestáis, os ruego que, siquiera,

me enterréis como un hombre cuando muera.

Cae a tierra.

PRIMER PESCADOR ¿Cuándo muera, dice? Los dioses no lo permitan. (*A PERICLES, alzándolo del suelo.*) Aquí tengo una capa: ponéosla que os calentará. Palabra que sois un hombre esbelto. Vamos, vendréis a casa y comeremos carne en los días de fiesta y pescado en los de ayuno, además de algún pastel o salchicha. Y siempre seréis bienvenido.

PERICLES Gracias, señor.

SEGUNDO PESCADOR Vaya, amigo. ¿No habéis dicho que no sabíais mendigar?

PERICLES Tan solo he suplicado.

SEGUNDO PESCADOR ¿Tan solo suplicado? Entonces me haré suplicador también, para evitar los azotes.

PERICLES ¿Acaso azotan aquí a los mendigos?

SEGUNDO PESCADOR Oh, no a todos, amigo mío, no a todos. Pues si los azotaran a todos, ¿qué más quisiera yo que ser alguacil? Ea, patrón, iré a recoger la red.

Salen los PESCADORES SEGUNDO y TERCERO.

PERICLES (*Aparte.*) ¡Cómo aligeran estas bromas su duro trabajo!

PRIMER PESCADOR Escuchad, señor. ¿Sabéis qué sitio es este?

PERICLES No del todo.

PRIMER PESCADOR Bien, pues os lo digo: estamos en Pentápolis y nuestro rey es el buen Simónides.

PERICLES ¿Buen Simónides lo llamáis?

PRIMER PESCADOR Así es, señor. Y él lo merece por gobernar en paz y con buen tino.

PERICLES Pues si sus súbditos consideran bueno su gobierno, es un rey afortunado. ¿A qué distancia de la costa está su corte?

PRIMER PESCADOR Rediez, señor, a medio día de camino. Y os diré que tiene una hermosa hija y que mañana es su cumpleaños. Habrá una justa y vendrán príncipes y caballeros de todas las partes del mundo para medirse por su amor.

PERICLES Si mi fortuna igualara mis deseos, con gusto me sumaría a ellos.

PRIMER PESCADOR Ah, señor, las cosas sean como puedan ser; y lo que un hombre no tenga, legítimo es que lo obtenga por el alma de su esposa.

*Entran los PESCADORES SEGUNDO y TERCERO,
recogiendo una red.*

SEGUNDO PESCADOR ¡Ayuda, patrón, ayuda! Aquí hay un pez prendido en la red como los derechos de un hombre en la ley: costará mucho liberarlo. *(Antes de que llegue la ayuda, sale la presa.)* Ah, mal rayo lo parta, por fin ha salido y, ¿qué resulta ser? Una armadura herrumbrosa.

PERICLES ¡Una armadura, amigos! Dejadme verla, os ruego.

Gracias, Fortuna, por compensarme de algún modo después de todos los reveses que me has dado.

Aunque esto ya era mío, pertenecía a la herencia que mi finado padre, en su lecho mortuario, puso en mis manos con este estricto encargo:

«Consérvala, Pericles; ha sido fiel escudo entre la muerte y yo». Y señaló este brazal:

«Consérvala, pues me ha salvado, y si te ves, los dioses no lo quieran, en similar apuro, también te salvará». La guardé con cariño

hasta que el torvo mar, que no hace distinciones,

la arrebató con furia y ahora la trae en calma.

Te doy las gracias. Pues el naufragio es menos grave
si recupero el digno legado de mi padre.

PRIMER PESCADOR ¿Qué barruntáis, señor?

PERICLES Os ruego, amigos, que me deis esta coraza
pues en su día sirvió de escudo a un soberano:
lo sé por esta marca. Él me apreciaba
y en su buen nombre quisiera conservarla;
también que me guiéis hasta la corte real
para mezclarme entre los otros caballeros.
Y si mi pobre suerte llega un día a ser mejor
os pagaré con creces, pues soy vuestro deudor.

PRIMER PESCADOR ¿Cómo? ¿Queréis batiros por la dama?

PERICLES Demostraré mi destreza con las armas.

PRIMER PESCADOR Sea, cogedla, y que los dioses os protejan
cuando la llevéis puesta.

SEGUNDO PESCADOR Sí, pero oíd, amigo mío: fuimos
nosotros quienes produjimos de las enmarañadas
olas esta vestimenta. Ha de haber ciertas
condonaciones, ciertas propinas. Espero, señor, que
si prospera vuestro empeño, recordaréis de quiénes
la habéis obtenido.

PERICLES Creedme, así lo haré.

Gracias a vuestro esfuerzo voy vestido de acero.

Y a pesar de la violenta rapiña del mar,
esta joya conserva en mi brazo su lugar.

Con lo que vale podré montar un noble corcel
cuyo andar haga las delicias de todo aquel

que vaya a verlo soltar la carrera.

Pero aún me faltan, amigo mío, las perneras.

SEGUNDO PESCADOR Las proveeremos. Os daré mi mejor túnica para haceros un par, y yo mismo os conduciré a la corte.

PERICLES Entonces que el deseo esté a la altura del honor:

o me alzo en este día, o iré de mal en peor.

Salen con redes y armadura.

ESCENA VI

Trompas. Entran SIMÓNIDES y THAISA, con NOBLES y ASISTENTES y se sientan en dos tronos.

SIMÓNIDES ¿Están dispuestos los caballeros para entrar en liza?

PRIMER NOBLE Lo están, majestad,

y esperan vuestra llegada para presentarse.

SIMÓNIDES Decidles que ya estamos; y que nuestra hija, cuyo cumpleaños festeja este torneo, se sienta aquí, hija de la Belleza, concebida por Natura para asombro de quienes la miran.

Sale el NOBLE.

THAISA Os suele complacer, mi real padre, exagerar mis méritos muy por encima de su cualidad.

SIMÓNIDES Y así ha de ser, pues los príncipes son

modelos que hace el cielo a imagen suya.
Los príncipes, como las joyas descuidadas,
pierden renombre y lustre si se los menoscaba.
Ahora tendrás, hija, el honor de recibir
la adarga de cada caballero y su divisa.

THAISA Lo haré, por mi honor, como mejor pueda.

*Floreo. El primer caballero pasa
y su escudero le presenta el escudo a la princesa.*

SIMÓNIDES ¿Quién es el primero que se acerca?

THAISA Un caballero de Esparta, ilustre padre,
y la divisa que porta en el escudo
es un etíope negro que apunta al sol
y la sentencia: *Lux tua vita mihi.*

*THAISA enseña el escudo a SIMÓNIDES, quien lo devuelve, por medio
de su hija, al paje.*

SIMÓNIDES Mucho te ama si su vida de ti depende.

*Floreo. Pasa el segundo caballero, ricamente ataviado y precedido de su
paje. Entrega el escudo a THAISA.*

¿Quién es el segundo en presentarse?

THAISA Un príncipe de Macedonia, mi real padre,
y la divisa de su escudo es una dama
que vence a un caballero armado; y la sentencia,
dice: *Più per dolcezza che per forza.*

Se lo presenta al REY, que lo devuelve al paje.

SIMÓNIDES Más por la suavidad que por la fuerza.

Floreo. Pasa el tercer caballero.

¿Y de dónde es este?

THAISA De Antioquía,

y su divisa, una guirnalda de caballería.

El lema: *Me pompae provexit apex.*

Se lo presenta al REY, quien se lo devuelve al paje.

SIMÓNIDES Deseo de renombre expresa

que lo ha guiado a tal empresa.

Pasa el cuarto caballero.

¿Qué porta el cuarto?

THAISA Es de Atenas, lleva

una antorcha encendida cabeza abajo,

y la sentencia: *Qui me alit, me extinguit.*

SIMÓNIDES Que enseña que la belleza, a voluntad,

puede inflamar pero también puede matar.

Pasa el quinto caballero.

¿Quién es el quinto?

THAISA Es un príncipe de Corinto,

y presenta una mano envuelta en nubes

blandiendo oro probado en la piedra de toque.

Su lema es *Sic spectanda fides.*

SIMÓNIDES Así debe considerarse la fe.

*El sexto caballero, PERICLES, pasa con su herrumbrosa
armadura, sin escudo ni escudero. Presenta su divisa directamente a
THAISA.*

¿Cuál es la sexta y última, que con esmero

y cortesía presenta el propio caballero?

THAISA Parece forastero; y presenta una rama

toda reseca salvo por un extremo.

Su lema es *In hac spe vivo.*

SIMÓNIDES Ahora su estado es lastimoso, pero espera

poder reverdecer si está a tu vera.

PRIMER NOBLE Habrá de procurar un desempeño

mejor del que se augura por su traza,
pues de su porte herrumbrado se deduce
que ha manejado más la fusta que la lanza.

SEGUNDO NOBLE Sin duda es extranjero, pues concurre
a una justa con extraña indumentaria.

TERCER NOBLE Dejó hasta hoy que enmoheciera su coraza
para limpiarla con el polvo de esta plaza.

SIMÓNIDES Es una necedad basarse en lo aparente
para juzgar el fondo de la gente.

(*Cornetas.*) Pero, esperad, vienen los caballeros;
retirémonos a la galería.

Salen.

Cornetas. Desde las lizas llegan voces y aclamaciones.

Todos gritan: «¡El caballero pobre!».

ESCENA VII

*Entran SIMÓNIDES, THAISA y el séquito por una puerta, y por otra, el
SENESCAL conduciendo a PERICLES y otros caballeros que vienen de
las justas.*

SIMÓNIDES (*A los CABALLEROS.*) Caballeros,
huelga decir que sois todos bienvenidos;
creo que añadir, como en un frontispicio,

a vuestros logros la destreza con las armas
sería abusar de lo cortés o lo esperado,
pues en la acción se manifiesta la templanza.
Disponéos a la dicha, que en ella está el festejo.
Consideraos, príncipes, mis invitados.

THAISA (*A PERICLES.*) A vos, mi caballero y huésped, os doy
el galardón de la victoria y os coronó
rey de este día de alegría.

PERICLES Lo debo menos, señora, a mi virtud que a la suerte.

SIMÓNIDES Llamadle como sea: es vuestro día
y espero que aquí nadie os tenga envidia.
El arte, a sus artistas, los hace diferentes:
a algunos buenos pero a otros excelentes,
y vos sois su pupilo aventajado. Ven, reina de la
fiesta,
pues eso eres, hija, y ocupa tu sitio;
el resto, según su jerarquía, senescal.

CABALLEROS Buen Simónides, nos sentimos muy honrados.

SIMÓNIDES Vuestra presencia nos alegra. Amamos la honra
y quien odia el honor, a los dioses deshonra.

SENECAL (*A PERICLES.*)

Vuestro sitio, señor.

PERICLES Oh, dadme uno cualquiera.

PRIMER CABALLERO No discutáis, señor, pues somos
caballeros
y no sentimos ni con el corazón ni con los ojos

envidia por el grande o desprecio por el cojo.

PERICLES Sois en verdad corteses, caballeros.

SIMÓNIDES Sentaos, señor, sentaos.

(*Aparte.*) Por Zeus, señor del pensamiento,
mi admiración merma el placer del alimento.

THAISA (*Aparte.*) Por Juno, reina del matrimonio, todo
manjar

me resulta soso y solo él me azuza el paladar.

(*A SIMÓNIDES.*) No hay duda de que es un señor
galante.

SIMÓNIDES (*A THAISA.*) No es más que un caballero errante
que ha hecho lo mismo que los restantes:
romper una lanza o dos. Déjalo estar.

THAISA (*Aparte.*) Para mí es un diamante entre el cristal.

PERICLES (*Aparte.*) Este rey es el vivo retrato de mi padre

y me recuerda la gloria que un día fue suya;
reverentes lo rodeaban las princesas,
como si él fuera el sol y ellas, estrellas.

Delante de él, toda corona languidecía
como una luz menor, tal era su eminencia.

Y ahora su hijo, luciérnaga nocturna,
brilla en la sombra, mas no a la luz diurna.

Lo cual me enseña que el Tiempo es soberano:
no solo es padre de los hombres, sino su fosa,
les da lo que a él le place y no otra cosa.

SIMÓNIDES ¿Estáis alegres, caballeros?

CABALLEROS ¿Cómo no estarlo en vuestra real presencia?

SIMÓNIDES Bebed, entonces, de esta copa a rebosar
por los labios amados de vuestra pretendida
como yo brindo por vosotros.

CABALLEROS Os damos gracias, majestad.

SIMÓNIDES Pero aguardad un instante:

veo muy melancólico a aquel caballero,
como si los festejos y diversiones
no alcanzaran la dignidad de sus blasones.
¿No lo has notado, Thaisa?

THAISA ¿Me incumbe acaso, padre?

SIMÓNIDES Oh, hija, escucha:

los príncipes deben vivir como si fueran dioses
y ser espléndidos con aquellos que los honran;
si no serían como mosquitos que hacen ruido
y al matarlos vemos que eran puro zumbido.
De modo que, para endulzar su bienvenida,
di que esta copa a su salud será bebida.

THAISA Pero, padre, quizá no sea correcto

mostrarme tan osada con un extranjero.

Podría ofenderse, pues el hombre considera
desvergonzada a la mujer que es lisonjera.

SIMÓNIDES ¿Cómo?

¡Haz lo que digo o me enfadarás!

THAISA (*Aparte.*) Oh, dioses, no podría obedecer con más
agrado.

SIMÓNIDES Dile además que deseamos conocer
su procedencia, su nombre y su linaje.

THAISA *alza la copa hacia* PERICLES.

THAISA Mi padre el rey, señor, brinda por vos.

PERICLES Se lo agradezco.

THAISA Deseándoos tanto vigor como vino se escancie.

PERICLES Os agradezco a él y a vos, y ante él me inclino.

Hace una reverencia al REY.

THAISA Dice asimismo que desea saber de vos
la procedencia, el nombre y el linaje.

PERICLES Soy Pericles, caballero de Tiro
educado en las artes y las armas.
En busca de aventuras por el mundo,
fui despojado por el mar de naves y de hombres.
Tras naufragar, las olas me arrojaron a estas costas.

THAISA *regresa con el* REY.

THAISA Os da las gracias. Dice llamarse Pericles
y ser un caballero de Tiro
cuyo infortunio en el mar le hizo perder
hombres y naves, y lo arrojó a estas costas.

SIMÓNIDES Por los dioses, lamento su infortunio:
he de ayudarlo a que disipe su tristeza.

SIMÓNIDES *se incorpora, va hacia* PERICLES *y lo abraza.*

Alégrate: lo que te ha quitado el infortunio
te será devuelto con fortuna a través mío.
Tendrás en mí un amigo, y otro más en mi país;
como muestra de aprecio ya mismo te concedo

un bravo corcel blanco y espuelas de oro,
trofeos a la altura de tu mérito, y dignos
de las hazañas vistas este día.

PERICLES Acepto y agradezco tan noble cortesía.

SIMÓNIDES ¡Alzaos, caballeros! En las trivialidades
se nos va el tiempo, que pide diversiones.
Incluso en armadura, que así os convoco,
sabréis improvisar un baile de soldados
y no penséis en escudaros tras la excusa
de que el estrépito molestará a las damas
pues los hombres les gustan en armas o en la cama.

Los CABALLEROS bailan.

A envite oportuno, feliz ejecución.
Señor, esta dama también quiere ejercicio,
y es sabido que en Tiro los caballeros sois
tan excelentes en los bailes más movidos
como en las danzas reposadas y tranquilas.

PERICLES Así ha de ser en quienes las practican, mi señor.

SIMÓNIDES Oh, si es por cortesía que os negáis, yo, igual
de cortésmente, os insisto.

Bailan.

¡Bien, separaos!

Gracias a todos, gracias, habéis bailado bien.

(A PERICLES.) Y vos más que nadie. ¡Pajes, candiles
para llevar

a cada caballero a sus alcobas! Señor,
a vos os hemos alojado junto a las nuestras.

PERICLES Como disponga vuestra gracia.

SIMÓNIDES Es tarde, príncipes, para tertulias amorosas,
que es donde apunta vuestro anhelo, lo sé bien.
Que cada cual, por tanto, concilie el sueño
y mañana busquen todos ganar con empeño.

Salen por diversos lados.

ESCENA VIII

Entran HELICANO y ESCANES.

HELICANO No, Escanes, habríais de saber esto:

Antíoco estaba hundido en el incesto.
Los altos dioses no quisieron postergar
la venganza que le habían reservado
ante lo odioso de su ofensa capital.
Así, cuando más grande era su gloria
y mientras se sentaba con su hija
en un carro de un valor inestimable,
cayó un fuego del cielo que redujo
sus cuerpos a despojos tan hediondos
que quienes antes los habían venerado
se negaron a enterrarlos con sus manos.

ESCANES Extraño hecho.

HELICANO Y sin embargo justo, pues

la grandeza de este rey no fue reparo
para el rayo del cielo, y pagó su pecado.

ESCANES Es muy cierto.

Entran tres NOBLES, y se mantienen aparte.

PRIMER NOBLE Mirad, ninguno puede deliberar en privado
o tener derecho a hablarle salvo él.

SEGUNDO NOBLE Si esto continúa, habremos de quejarnos.

TERCER NOBLE Y maldito sea aquel que no nos secunde.

PRIMER NOBLE Seguidme, pues... Señor Helicano, unas
palabras.

HELICANO ¿Connigo? Bienvenidos. Feliz día, señores.

PRIMER NOBLE Debéis saber que nuestros agravios crecen
de tal manera que han empezado a desbordar.

HELICANO ¡Agravios! ¿Cuáles? No deshonréis al príncipe
que amáis.

PRIMER NOBLE No te deshonres tú, noble Helicano.

Si el príncipe está vivo, déjanos saludarlo
o dinos dónde su paso favorece el suelo.
Si vive en algún sitio, allí lo buscaremos;
si yace en su sepulcro, hasta el sepulcro iremos.
Así, pues, si está vivo es para gobernarnos;
honrémoslo, si no, con ritos funerarios
y celebremos elecciones libres.

SEGUNDO NOBLE Nos ronda la certeza de que ha muerto
y, estando nuestro reino sin cabeza,
tememos que, cual edificio sin tejado,
muy pronto caiga en ruinas. Noble señor,

nadie ha mostrado mejor mano
para el mando que vos: sed nuestro soberano.
TODOS (*Arrodillándose.*) ¡Viva el noble Helicano!
HELICANO ¡Por vuestro honor, frenad vuestros sufragios!

Si aún estimáis en algo al príncipe, frenadlos.

Los NOBLES se incorporan.

Si yo os hiciera caso, me lanzaría a la mar,
donde por horas de apuro hay un minuto de paz.
Os ruego que aguardéis durante un año
hasta que vuestro rey regrese de su ausencia;
si al cabo de ese tiempo no volviera,
soportaré pacientemente vuestro yugo.
Mas si no logro transmitir os este afecto,
id a buscar, como súbditos nobles,
poniendo en ello vuestra sed de aventura;
si lo encontrarais y con él volviérais
como diamantes de su corona os sentaríais.

PRIMER NOBLE Quien no atiende a razones es un necio
y, puesto que Helicano así lo ha expuesto,
pondremos en el viaje nuestro esfuerzo.

HELICANO Juntemos pues las manos con mutuo afecto:
cuando se unen sus pares, salvado está su reino.

Salen.

ESCENA VIII

*Entran PERICLES y CABALLEROS
con candiles.*

PRIMER CABALLERO Vuestra estancia, señor.

PERICLES Os ruego me dejéis solo.

Si acaso, un instrumento delicioso
traedme, para solaz, que quiero
aliviar un poco el nocturno tedio;
aunque más me convendría el sueño.

PRIMER CABALLERO Enseguida.

Sale.

SEGUNDO CABALLERO Vuestro deseo será satisfecho.

No quiere el rey que se os desobedezca.

PERICLES Gracias. Y ahora, a las almohadas
y al refresco de una noche en calma.

Salen los CABALLEROS. PERICLES toca y canta.

El día, que aún tiene autoridad
para ahuyentar la noche y la oscuridad,
trae ya la luz. Cediendo a su demanda
iré a saludar a su gracia.

Sale con el instrumento.

ESCENA IX

Por una puerta entra SIMÓNIDES, leyendo una carta.

Los CABALLEROS vienen a su encuentro.

PRIMER CABALLERO Buen día tenga el buen Simónides.

SIMÓNIDES Mi hija pide, caballeros, que os anuncie

que aún esperará otros doce meses para
emprender vida de casada.

Los motivos solo los sabe ella pues
no he podido sonsacarla.

SEGUNDO CABALLERO ¿Y no podemos verla, mi señor?

SIMÓNIDES A fe mía que no. Con mucho celo

se ha encerrado en sus habitaciones.

Aún llevará la librea de Diana

durante doce lunas; lo ha jurado

por los ojos de Cintia y su honor virginal.

TERCER CABALLERO Triste es la despedida, pero nos vamos.

Salen los CABALLEROS.

SIMÓNIDES Bien,

se han marchado en paz. En la carta mi hija

me dice que o se casa con el extranjero

o renuncia a seguir viendo la luz del día.

Muy bien, señora; tu voluntad es la mía

y me complace. Pero, ¡con qué resolución

opina sin importarle si estoy o no de acuerdo!

El caso es que comparto su criterio

y no me interpondré en su decisión.

¡Cuidado! Aquí viene él. Disimulemos.

Entra PERICLES.

PERICLES La suerte os acompañe, buen Simónides.

SIMÓNIDES Y a vos, señor. Os he de agradecer

la dulce música que habéis tocado ayer.

No creo exagerar si os digo que mi oído

nunca había disfrutado de más bella armonía.

PERICLES Es más por amabilidad vuestra, alteza,

que por mérito mío.

SIMÓNIDES Sois un maestro en música.

PERICLES El peor de sus discípulos, mi buen señor.

SIMÓNIDES Dejad que os haga una pregunta:

¿qué pensáis de mi hija, caballero?

PERICLES Pues que es una princesa muy virtuosa.

SIMÓNIDES Y también muy bella, ¿no os parece?

PERICLES Tan bella como un día de verano: espléndida.

SIMÓNIDES Señor, mi hija os tiene en mucha estima,

ah, sí, en tanta que podríais ser su maestro

y ella vuestra pupila: pensad en ello.

PERICLES No soy digno de ser su educador.

SIMÓNIDES Ella no piensa así: leed, si no.

Le da la carta a PERICLES, que la lee.

PERICLES (*Aparte.*) ¿Qué es esto?

¡Aquí dice que ama al caballero de Tiro!

Es un ardid del rey para acabar conmigo.

Se arrodilla ante el REY.

No me tendáis ninguna trampa, noble señor.

Soy solo un desdichado caballero extranjero

que jamás pensó en cortejar a vuestra hija
sino en dar todo de sí por honrarla con hombría.

SIMÓNIDES Habéis hechizado a mi hija, y en verdad
sois un villano.

PERICLES ¡Por los dioses, que no!

Nunca he pensado en cometer la más ligera ofensa
ni me he propuesto hacer ninguna acción propensa
a conseguir su amor o vuestro descontento.

SIMÓNIDES Mentís, traidor.

PERICLES ¿Traidor?

SIMÓNIDES Traidor, sí.

PERICLES (*Alzándose.*) A aquel que me llame traidor yo le
devuelvo,

salvo que sea el rey, en la garganta su mentira.

SIMÓNIDES (*Aparte.*) Por los dioses, admiro su coraje.

PERICLES Mis actos son tan nobles como mis razones,
que nunca han demostrado ser de baja estofa.
Yo vine a vuestra corte por una causa noble
y no como un perturbador de vuestro estado.
Quien diga lo contrario, sin saber nada,
es enemigo de mi honor y de mi espada.

SIMÓNIDES ¿Ah, no? Pues aquí está mi hija para probarlo.

Entra THAISA.

PERICLES (*A THAISA.*) Puesto que sois tan virtuosa como
bella,

decidle a vuestro airado padre si mi boca
os ha solicitado nunca, o si mi mano

ha escrito sílaba alguna que os cortejara.

THAISA Pero, señor, si así hubiera sido,

¿por qué ofenderme si me habéis complacido?

SIMÓNIDES ¡Vaya, muchacha! ¿Tan perentoria eres?

(*Aparte.*) Lo cual me alegra de todo corazón...

¿Es hombre para ti? ¿Pondrás tus esperanzas
en este Teseo errante cuyo origen ignoras,
sin sangre, sin linaje, sin nada que pueda
erguir a la altura de tus perfecciones?

THAISA (*Arrodillándose.*) Por baja que sea su cuna (aunque
su vida

muestra lo contrario), tiene virtud,
que es el fundamento de cualquier nobleza,
bastante para hacerlo noble. Sabed
que yo lo amo. Y vuestro designio poderoso
nunca confinará la fuerza del amor.

Padre realísimo, lo que mi secreta pluma
escribió, mi lengua lo confirma franca.

No hay vida para mí sino en su amor
ni más ser que en la dicha de su honor.

SIMÓNIDES Buenos e iguales han de emparejarse.

No siendo así, sofocaremos el fuego
que tu mente ha encendido con maleza,
o nos traerá pesares. Y en cuanto a vos,
señor, sabeos proscrito de mi corte.
Pero me niego a sofrenar tanto mi ira.

Vuestra ambición, señor, os costará la vida.

THAISA (*A PERICLES.*) Por cada gota de tu sangre que derrame
habrá vertido otra de su hija única.

SIMÓNIDES Ya verás, te haré entrar en vereda,
¿cómo te atreves a ofrecer, sin mi permiso,
tu amor y tus afectos a un extraño?
(*Aparte.*) Quien, por cuanto está a la vista,
podría ser, y nada apunta a lo contrario,
de tan noble linaje como yo...

Toma bruscamente la mano de THAISA.

Por tanto, escucha, hija mía: harás mejor
en avenirte a mí. Y vos, señor, oíd:

Toma bruscamente la mano de PERICLES.

obedecedme o me veré obligado a haceros...
marido y mujer.

Une las manos de ambos.

Venid, pues, y unid manos y labios como sello,

PERICLES y THAISA se besan.

y una vez unidos, destruiré vuestros anhelos:
para mayor desgracia, ¡que Dios os dé alegría!
¿Qué os parece? ¿Estáis contentos?

THAISA (*A PERICLES.*) Sí, si me amáis, señor.

PERICLES Como a mi vida y la sangre que la alimenta.

SIMÓNIDES ¿Estáis ambos de acuerdo?

AMBOS Sí, si ello le place a vuestra alteza.

SIMÓNIDES Tanto me place que os caso en buena hora;
luego podéis ir a la cama sin demora.

Salen.

ESCENA X

Entra GOWER.

GOWER El sueño al personal ha adormecido,
la casa es un concierto de ronquidos
acrecentados por buches y vientres
llenos a placer tras boda y banquete.
El gato, con ojos como carbones,
duerme junto al hueco de los ratones,
y al pie del horno los grillos cantan
pues la tibieza el malestar espanta.
Himeneo guía hasta el lecho nupcial
a la novia, donde la virginidad
perdida produce una criatura. Pero
estad atentos, que el tiempo ligero
ha de discurrir con vuestro concurso:
ved la pantomima; luego oíd mi discurso.

Escena muda.

Entran Pericles y Simónides por una puerta, con su séquito. Un mensajero llega hasta ellos, se arrodilla y entrega una carta a Pericles, quien se la enseña a Simónides. Los nobles también se hincan de rodillas ante Pericles. Luego entran Thaisa, embarazada, y Licórida, una nodriza. El rey le enseña la carta a su hija, quien se regocija. Thaisa y Pericles se despiden de Simónides y parten con Licórida y séquito. Simónides y los demás salen por otra puerta.

Por más de un camino desolado

en pos de Pericles se ha iniciado
una busca por los cuatro puntos
que mantienen ceñido al mundo;
una búsqueda de tales proporciones
que ni en caballos ni en galeones
se ha escatimado nada. Al fin, de Tiro,
tras responder la fama al escrutinio,
arriban hasta Tarso y a la corte
sendas misivas del siguiente porte:
muertos Antíoco y su hija, en Tiro
los hombres fuertes han ofrecido
al justo Helicano la corona real;
mas él sofoca el motín palacial
y al rechazar la corona expresa
que, si el rey Pericles no regresa
transcurridas dos veces seis lunas,
ya no opondrá objeción alguna
a ser coronado. En esto llega
a Pentápolis la buena nueva
que alboroz a toda la región
y eleva este unánime clamor:
«¿Quién podía haber soñado siquiera
que nuestro heredero un monarca era?». En fin: Pericles a Tiro ha de partir
y, aunque preñada, la reina quiere ir
con él. ¿Hay alguien que lo impida?

Soslayemos el dolor de la partida.
Thaisa embarca consigo a la nodriza.
Magnánimo, Neptuno las olas riza
y cuando ya la quilla ha hecho medio camino
la diosa Fortuna invierte sus destinos;
el fiero norte, soplando sin parar,
levanta tan terrible tempestad
que, cual pato que, perdido, se sumerge,
la nave ora se hunde, ora emerge.
La dama grita y, ¡ay!, su sobresalto
desata en ella la labor del parto;
lo que sucede durante el vendaval
con vuestros ojos lo vais a contemplar.
Ya no diré palabra acerca de esto
pues la actuación se ocupará del resto
con mucha más pericia que mi verbo.
La escena se sitúa, os lo recuerdo,
en cubierta, donde, a merced del mar
Pericles se adelanta para hablar.

Sale.

ESCENA XI

*Rayos y truenos. Entra PERICLES,
a bordo de un barco.*

PERICLES ¡Dios de esta inmensidad, apacigua las olas
que bañan cielo e infierno! ¡Y tú que tienes
poder sobre los vientos, ponles fuertes grilletes
tras hacerlos bajar a lo profundo; acalla
tus ensordecedores truenos y atenúa
tus sulfurosas llamaradas! Licórida,
dime, ¿qué hace mi reina? Y tú, tormenta infecta,
¿escupes sobre ti misma? La muerte es sorda
a los silbidos marineros, leves susurros
que nadie oye. ¡Licórida! ¡Oh, Lucina,
divina patrona y dulce partera de aquellas
que por la noche lloran, yo te convoco a bordo
de esta nave danzante! ¡Alivia los dolores
de parto de mi reina! ¿Qué hay, Licórida?

Entra LICÓRIDA con un bebé en brazos.

LICÓRIDA He aquí algo demasiado joven para este trance,
y si tuviera raciocinio querría morir
igual que yo. Alzad en brazos esta parte
de vuestra reina muerta.

PERICLES ¿Cómo, Licórida? ¿Qué dices?

LICÓRIDA Calma, señor. No secundéis a la tormenta.

De vuestra reina, solo esto queda vivo:
una pequeña hija. En nombre de ella,
tened valor y consolaos.

PERICLES ¡Oh, dioses!

¿Por qué nos invitáis a amar vuestros regalos

si luego nos los arrancáis de cuajo? Nosotros,
aquí abajo, no los reclamamos y, por tanto,
os superamos en honor.

LICÓRIDA Paciencia, buen señor,
pensad en vuestra niña.

Le da la criatura.

PERICLES, *mirándola con pesar, meneando la cabeza y llora.*

PERICLES ¡Que tengas dulce vida,
pues nunca ha habido parto más desasosegado!
¡Que sea tu temple amable y dócil! Tuya ha sido
la más brusca bienvenida que, a este mundo,
jamás tuvo hijo de príncipe. ¡Feliz sea el resto!
Tu nacimiento ha sido tan ruidoso como agua,
fuego, tierra y aire podían bregar para anunciar
que saldrías del vientre. ¡Pobre pizca de mundo!
Desde el principio ya has perdido más de cuanto
vayas a cosechar, por buena que sea tu estrella.
¡Que los dioses te amparen con su mejor mirada!

Entran el CAPITÁN y un MARINERO.

CAPITÁN ¿Cómo va el ánimo, señor? Que Dios os guarde.

PERICLES Valor no es lo que falta: no temo a la tormenta
pues más mal ya no puede hacerme. Mas por amor
a esta pobre criatura que hoy en la mar se estrena,
querría que amainara.

CAPITÁN (*En voz bien alta.*) ¡Afloja esas bolinas! No quieres
amainar, ¿verdad? ¡Sopla y revienta, pues!

MARINERO Mientras estemos en mar abierta, tanto me da que las olas y la espuma quieran ir con las nubes a besar la luna.

CAPITÁN (*A PERICLES.*) Señor, se ha de lanzar por la borda a la reina. La mar está muy brava y el viento sopla duro, y no se calmarán hasta que no nos libremos del cadáver.

PERICLES Solo son supersticiones vuestras.

CAPITÁN Perdonadme, señor. Nosotros, en el mar, siempre lo hemos hecho así, y somos muy estrictos con las costumbres. No demoréis en darnos a la reina, pues hemos de lanzarla al agua.

PERICLES Haced lo que os parezca. ¡Pobre reina mía!

LICÓRIDA Aquí yace, señor.

Corre una cortina y descubre el cuerpo de THAISA en una cama.

PERICLES *entrega la niña a LICÓRIDA.*

PERICLES (*A THAISA.*) En qué terrible lecho has alumbrado, adorada.

Sin luz ni fuego, los despiadados elementos
te han olvidado por completo; ni tengo tiempo
para darte sagrada sepultura, pues debo
echarte, casi sin féretro, a las olas,
donde en lugar de monumento funerario
y lámparas eternas, la bufante ballena
y las aguas inquietas cubrirán tu cuerpo,
entre las caracolas. Licórida,
di a Néstor que me traiga especies, tinta, papel
y el arcón de las joyas; y pídele a Nicandro
el cofre de satén. Recuesta a la criatura

sobre la almohada. Y date prisa. Yo diré
una plegaria de despedida. ¡Vamos, mujer!

Sale LICÓRIDA.

MARINERO Señor, bajo las escotillas tenemos una caja
dispuesta,
calafateada y untada de alquitrán.

PERICLES Gracias, marinero. Y dime, ¿qué costa es esa?

CAPITÁN Estamos frente a Tarso.

PERICLES Hacia allí pon rumbo, buen marinero,
y no hacia Tiro. ¿Cuándo podríamos llegar?

MARINERO Si el viento amaina, al alba.

PERICLES ¡Vamos a Tarso!

Allí visitaré a Cleón, pues no es prudente
que la niña viaje hasta Tiro. La dejaré
bajo el cuidado de una buena nana.

Ve, marinero, de inmediato te traigo el cuerpo.

Salen el CAPITÁN por una puerta y el MARINERO por la escotilla.

PERICLES sale hacia donde está THAISA, corriendo la cortina.

ESCENA XII

*Entra CERIMÓN con un hombre pobre
y un CRIADO.*

CERIMÓN ¡Eh, Filemón!

Entra FILEMÓN.

FILEMÓN ¿Ha llamado mi amo?

CERIMÓN Da lumbre y carne a estos pobres hombres.

La noche ha sido tempestuosa y turbulenta.

Sale FILEMÓN.

CRIADO He pasado muchas noches, pero ninguna
peor que esta.

CERIMÓN Vuestro amo habrá muerto antes de que regreséis:

no hay remedio capaz de ayudar

a que la naturaleza lo cure.

(Al hombre.) Dale esto

al boticario y dime cómo actúa.

Entran dos CABALLEROS.

Salen el CRIADO y el hombre.

PRIMER CABALLERO Buenos días.

SEGUNDO CABALLERO Buenos días tenga vuestra gracia.

CERIMÓN Caballeros, ¿qué os trae a hora tan temprana?

PRIMER CABALLERO Señor,

nuestras desamparadas casas frente al mar
tiemblan como si hubiera un sismo. Si las vigas
maestras ceden, todo caerá con ellas.

El miedo y la sorpresa me han sacado de casa.

SEGUNDO CABALLERO Por eso os hemos molestado tan
temprano y no por excesiva diligencia.

CERIMÓN Ya, lo comprendo bien.

PRIMER CABALLERO A mí, en cambio, me asombra que vos,
que vivís con tanta holgura, os hayáis sacudido
tan prontamente el sueño dorado del reposo.

Es muy extraño que la naturaleza
sea tan condescendiente con las cuitas
sin estar obligada a ello.

CERIMÓN Siempre he tenido

por mejores dones a la pericia y la virtud
que a la fortuna y la nobleza, pues estas
un heredero necio puede desperdiciarlas,
en tanto que aquellas son inmortales y hacen
del hombre un dios. Es bien sabido que desde siempre
he estudiado medicina, en cuyos misterios,
y respetando a los autores ejemplares,
he llegado con la práctica a desentrañar
y dominar las benéficas infusiones
que residen en piedras, metales y plantas.
Y puedo hablar de las perturbaciones que obra
la naturaleza, y de sus curas; lo cual me da
mayor satisfacción y me hace más feliz
que estar sediento de honores frágiles y vanos
o que apilar en sacas de seda mi tesoro
para gozo de los idiotas y la muerte.

SEGUNDO CABALLERO Señor, por todo Éfeso habéis dejado
muestras

de vuestra caridad, y por cientos se declaran
criaturas vuestras, pues los habéis curado.
Y no solo vuestro saber o vuestros desvelos
sino también vuestra bolsa, siempre abierta,
os han forjado una reputación imborrable.

*Entran FILEMÓN y dos o tres criados
cargando un cofre.*

FILEMÓN Así, alzádla un poco.

CERIMÓN ¿Qué es eso?

FILEMÓN Señor, el mar

acaba de arrojar a la playa esta caja.

Es parte de un naufragio.

CERIMÓN Dejadla; le echaré una mirada.

SEGUNDO CABALLERO Parece un ataúd, señor.

CERIMÓN Sea lo que sea,

pesa tremendamente. ¡Abridla sin demora!

Los otros empiezan a trabajar.

Si el vientre del mar estaba ahíto de oro,
es un golpe de suerte que haya querido
vomitárnoslo a nosotros.

SEGUNDO CABALLERO Vaya si lo es, señor.

CERIMÓN ¡Qué bien calafateada y alquitranada está! ¿Dices
que la ha arrojado el mar?

FILEMÓN Nunca había visto una ola tan inmensa como la que
empujó la caja hasta la playa, señor.

CERIMÓN Abridla ya, mas con cuidado. ¡Qué olor tan dulce
emana!

Fuerzan la tapa.

SEGUNDO CABALLERO Un olor delicado.

CERIMÓN Como jamás había oído. ¡Vamos, alzád la tapa!

Quitan la tapa.

¡Oh, dioses poderosos! ¿Qué hay aquí? ¡Un cuerpo!

PRIMER CABALLERO ¡Qué extraño es esto!

CERIMÓN ¡Amortajado en ricas telas,
embalsamado y perfumado con hierbas finas!
¡Y además veo aquí un documento!

Saca un papel del cofre.

¡Apolo, asísteme en su lectura!
«Si este ataúd alguna vez
llegara a tierra, hago saber
que yo, Pericles rey, perdí
a la reina que yace aquí.
Nada compensa su valía;
y si alguien la enterrara un día
a esta riqueza habrá añadido
el agradecimiento divino.»
¡Pericles, si aún sigues vivo, tu corazón
está partido de dolor! Esto habrá sido anoche.

SEGUNDO CABALLERO Es muy posible, señor.

CERIMÓN Anoche fue, no hay duda:

¡mirad qué aspecto tan lozano tiene! Qué toscos
quienes la echaron a las aguas. Haced un fuego
en casa y traedme las redomas del anaquel.

Sale FILEMÓN.

Aunque la muerte haya usurpado muchas horas
a la naturaleza, el fuego vital puede
volver a arder en el espíritu invadido. Sé
de un egipcio que, tras nueve horas muerto,
volvió, con la debida curación, a estar despierto.

Entra FILEMÓN

con recipientes, trapos y lumbre.

Bien hecho, cómo no: trapos y fuego.

Os ruego que toquéis los sonos
tristes y simples que tenemos.

Música.

¿Y esa vihuela? ¡No corras tanto, caracol!
¡Más música! Os lo suplico, dadle aire.
Caballeros, la reina volverá a la vida.
En sus entrañas despunta un tibio aliento.
No ha estado más de cinco horas desvanecida;
¡ved cómo en ella reverdece la vida!

PRIMER CABALLERO

Mediante vos los cielos prolongan nuestro asombro
y os cubren de eterna fama.

CERIMÓN ¡Está viva!

Mirad: sus párpados, como dos cofrecillos
de las joyas celestes que perdió Pericles,
han comenzado a separar sus bordes de oro.
Diamantes del agua más preciada, aparecen
para que el mundo sea dos veces caro. Vive
y haznos llorar con tu destino, bella criatura
de aspecto singular.

La REINA se mueve.

THAISA Oh, dulce Diana,

¿dónde estoy? ¿Y mi señor? ¿Qué mundo es este?

SEGUNDO CABALLERO ¿No es increíble?

PRIMER CABALLERO Y muy extraño.

CERIMÓN Bajad la voz, buenos vecinos.

Dadme una mano: llevémosla a la habitación
de al lado. Traed lienzos. Hemos de ser muy cautos
pues una recaída sería mortal. Vamos, señores, vamos,
¡y que Esculapio nos asista!

Salen, cargando a THAISA.

ESCENA XIII

*Entran PERICLES, CLEÓN, DIONISA y Licórida
con un bebé en brazos.*

PERICLES Muy honorable Cléon, he de marcharme:
los doce meses han pasado y en Tiro reina
una tensa paz. Mi corazón siempre estará
en deuda con vos y vuestra esposa. ¡Los dioses
os compensen!

CLEÓN La suerte tornadiza, que a vos
os hirió mortalmente, también sobre nosotros
lanza su cruel mirada.

DIONISA ¡Oh, vuestra dulce reina!
Si la fatalidad no os la hubiera quitado,
¡benditos mis ojos!

PERICLES Solo nos está dado
obedecer a lo supremo. Yo bien podría

rugir airado como el mar donde ella yace, mas
no cambiaría nada. Dejo a vuestro cuidado
a mi dulce hija Marina, a quien así llamé
pues nació en altamar. Dadle las atenciones
de una hija e instruirla como una princesa,
os lo ruego, para que sus maneras coincidan
con su cuna.

CLEÓN Nada temáis, señor. Pensad

que en vuestra hija honraremos a aquel que supo
alimentar con su trigo a nuestro pueblo, que aún
os nombra en sus plegarias. Y si la negligencia
afeara mi conducta, sabed que el mismo pueblo
al que habéis auxiliado me exigiría cuentas.
Pero si mi naturaleza necesitara un acicate,
¡que los dioses nos castiguen a mí y los míos
hasta el fin de mi estirpe!

PERICLES Os creo; me inducen a ello

vuestra bondad y honor, y ahora vuestros votos.
Señora: por Diana luminosa y venerada,
hasta que mi hija no se case renunciaré
a cortarme el cabello, aunque esto me confiera
un enfermizo aspecto. Me voy. Adiós.
Criad bien a mi hija y para siempre os daré
mi bendición, buena señora.

DIONISA Ni por mi propia hija

mostraré mayor afecto que por la vuestra,

mi señor.

PERICLES Recibid mis gracias y mis rezos.

CLEÓN Os acompañaremos hasta la orilla
y allí os entregaremos al fingidor Neptuno
y al buen viento del cielo.

PERICLES Acepto vuestra oferta.

Venid, mi estimada señora. Oh, por favor,
Licórida, no llores.
Cuida de tu pequeña ama, pues de ella
dependerá luego tu suerte. Vamos, mi señor.

Salen.

ESCENA XIV

Entran CERIMÓN y THAISA.

CERIMÓN En vuestro féretro encontramos esta carta,
señora, y algunas joyas que están a vuestra
disposición. ¿Reconocéis la letra?

THAISA Es de mi esposo. Recuerdo claramente
que me embarqué aunque estaba a punto de parir,
mas si lo hice a bordo, por los dioses del cielo
que lo ignoro. Puesto que ya no volveré
a ver al rey Pericles, mi señor, quiero vestir
los hábitos vestales y renunciar para siempre

a todo regocijo.

CERIMÓN Señora, si os proponéis cumplir lo que habéis
dicho,

sabed que el templo de Diana no está lejos,
y allí podréis vivir hasta que os llegue la hora.
Además, si lo queréis, tengo allí una sobrina
que puede haceros compañía.

THAISA Solo puedo daros las gracias; y más nada.

Pequeño don para semejante dádiva.

Salen.

ESCENA XV

Entra GOWER.

GOWER Imaginaos que Pericles llega a Tiro

y a su satisfacción es recibido.

Hemos dejado a su reina desolada
en Éfeso, a Diana consagrada.

Ahora en Marina poned vuestra atención,
pues ha crecido en Tarso, donde Cleón
la instruyera en el arte musical,
arte que ella absorbió con gracia tal
que por todos pronto fue admirada.

Mas, ay, la envidia despiadada,

monstruo que suele provocar la ruina
de los elogios merecidos, a Marina,
con la filosa daga de la traición,
quiere matar. Cleón tenía, a la sazón,
una hija casadera y bien formada
llamada Filotena, dedicada,
según da habida cuenta este relato,
a estar junto a Marina en todo rato:
bien cuando esta con sus gráciles dedos
blancos deshacía los enredos
de la seda, o cuando atravesaba
con la aguja la tela y la hermoseaba
al herirla, o bien cuando al son del laúd
cantaba, invitando a la quietud
al plañidero ruiñeñor, o cuando,
con cálamo constante, honrando
a su patrona Diana, escribía;
mas esta Filotena pretendía
competir con la sin par Marina,
como si el cuervo a la paloma albina
de Pafos en blancura desafiara.
Marina todos los elogios acapara,
más con abnegación que con codicia.
Esto desluce tanto las delicias
de Filotena que la esposa de Cleón
urde, celosa, la criminal traición

de matar a Marina, pues estima
que así su hija ocupará la cima.
Su infame plan pronto se fortalece
cuando la nana Licórida fallece

Se descubre una tumba.

y se apresta Dionisa la maldita
a asestar el golpe que medita.
El hecho, no ocurrido todavía,
lo encomiendo a vuestra fantasía;
si yo he puesto a rodar al tiempo alado
al ritmo de mi verso entrecortado,
fue gracias a que vuestros pensamientos
han hecho compañía a mis intentos.

Entran DIONISA y LEONINO.

Aquí viene Dionisa con Leonino,
que tiene por oficio el de asesino.

DIONISA Recuerda tu promesa, juraste que lo harías.

No es más que un golpe, y nunca nadie lo sabrá.
Nada en el mundo te será más provechoso
ni más fácil de hacer. No dejes que la gélida
conciencia ni el fogoso amor llenen tu pecho
de cautela; ni permitas que la débil piedad,
que hasta las mujeres desdeñamos, te acobarde.
Sé un soldado de tu causa.

LEONINO Lo haré a pesar de que ella es admirable.

DIONISA Con más razón habría de estar junto a los dioses.

Entra MARINA con una cesta de flores

y va hacia la tumba.

Mira, aquí llega, llorando a su nodriza muerta.

¿Estás decidido?

LEONINO Lo estoy.

MARINA No, voy a robar del verdegal de Tellus

para adornar tu césped con colores: flores

azules, amarillas, lilas y pensamientos,

como un tapiz caerán sobre tu tumba

mientras dure el verano. ¡Pobre de mí!

Nací en plena tormenta y allí murió mi madre.

El mundo es desde entonces una constante

tempestad que me aleja de mis amigos.

DIONISA ¡Cómo, Marina! ¿Por qué paseas sola?

¿Cómo es que mi hija no te acompaña?

No dejes que las penas te desangren:

busca consuelo en mí. ¡Señor, cómo ha marcado

tu rostro este dolor inoportuno!

Ven, dame esas flores. Camina por la orilla

con Leonino; allí la brisa es fresca

y te despeja y abre el apetito. Y tú,

Leonino, coge su brazo y hazle compañía.

MARINA No, os lo ruego. No quiero privaros de vuestro
criado.

DIONISA Oh, vamos, vamos.

Yo os quiero a ti y al rey Pericles

como si fuerais de mi sangre. No pasa un día

sin que esperemos a tu padre; y si viniera

y encontrara a nuestra maravilla tan marchita
deploraría los trajines de su viaje
y nos acusaría de haber desatendido
tu salud y beneficio. Ve, te lo ruego,
pasea, y recupera tu alegría; no pierdas
la lozanía que arrebatava las miradas
de viejos y jóvenes. Descuídате de mí:
puedo volver a casa sola.

MARINA De acuerdo, iré,

aunque me faltan ganas para hacerlo.

DIONISA Vamos, vamos, sé que te hará bien.

Pasead por lo menos media hora, Leonino,
y recuerda lo dicho.

LEONINO Confiad en mí, señora.

DIONISA (*A MARINA.*) He de dejarte ahora, querida mía.

Camina sin prisa o se te agitará la sangre.

Ya ves, me preocupo por ti.

MARINA Gracias, dulce señora.

Sale DIONISA.

MARINA ¿El viento que sopla es de poniente?

LEONINO Del sudoeste.

MARINA Cuando nací, soplaba viento norte.

LEONINO ¿Ah, sí?

MARINA Según contaba mi nodriza, mi padre jamás

perdió el valor y gritaba: «¡Ánimo, marinos!»
mientras las jarcias llagaban sus manos reales

y, aferrado al palo maestro, hacía frente a un mar
que casi parte la cubierta en dos.

LEONINO ¿Cuándo decís que fue eso?

MARINA El día en que nací.

Nunca hubo olas ni viento más rabiosos.
Una racha voltea del obenque a un marinero
que sube a arriar velas. «¡Ea!», le grita otro,
«¿ya te marchas?», y con destreza saltan juntos,
empapados, de proa a popa. El contramaestre
toca el silbato, grita el capitán, hay confusión...

LEONINO Vamos, rezad vuestras plegarias.

MARINA ¿Qué queréis decir?

LEONINO Si os hace falta un momento para rezar,
os lo concedo. Rezad pero no os demoréis,
pues los dioses son rápidos de oído y yo juré
hacer de prisa mi trabajo.

MARINA ¿Por qué vais a matarme?

LEONINO Para complacer a mi señora.

MARINA ¿Por qué puede querer matarme ella?

Jamás, que yo recuerde, le he hecho daño
en toda mi existencia. Nunca le dirigí
palabras ásperas ni me solivianté
con criatura alguna; creedme, por favor,
jamás maté un ratón ni lastimé una mosca
y si, contra mi voluntad, pisé un gusano,
lloré por él. ¿Cómo pude ofenderla tanto?

¿Qué beneficio le traerá mi muerte?

¿Qué peligro le entraña mi vida?

LEONINO Mi cometido

no es discutir el hecho sino hacerlo.

MARINA Pero vos no lo haréis por nada del mundo, espero.

Tenéis un rostro amable y se os adivina
persona de buen corazón. Vi cómo os herían,
hace poco, por separar a dos que peleaban.

Ese gesto os ennobleció. Repetidlo ahora.

Vuestra señora quiere mi vida; interponeos
y salvad, pobre de mí, a la más débil.

LEONINO (*Desenvainando.*) He jurado

y cumpliré.

Entran unos PIRATAS a la carrera.

PRIMER PIRATA ¡Quieto, villano!

LEONINO *huye y se esconde tras la tumba.*

SEGUNDO PIRATA ¡Una pieza, una pieza!

TERCER PIRATA ¡A medias, camaradas, a medias! Deprisa,
subámosla a bordo ya.

Vuelve LEONINO.

Salen los PIRATAS con MARINA.

LEONINO Estos bellacos que se han llevado a Marina

están al servicio del gran Valdés. Mejor así:
no hay esperanza de que vuelva. Yo juraré
que la he matado y arrojado al mar. Aunque quizá
tan solo se solacen con ella y no la suban
a bordo. De ser así, todo está claro:

he de matar a la que ellos ultrajaron.

Sale.

La tumba se oculta.

ESCENA XVI

*Un letrero de burdel. Entran un RUFÍAN,
una ALCAHUETA y BOULT.*

RUFÍAN ¡Boult!

BOULT ¿Señor?

RUFÍAN Rastrea bien el mercado. Mitilene está llena de galanes y esta temporada hemos perdido demasiado dinero por falta de chicas.

ALCAHUETA Nunca habíamos estado tan escasos de criaturas. Apenas tenemos tres, y las pobres no pueden hacer más de lo que hacen. Con tanta acción continua, ya casi están podridas.

RUFÍAN Pues busquémoslas más frescas, cuesten lo que cuesten. Sin una pizca de sensatez, no hay negocio que prospere.

ALCAHUETA Llevas razón. No basta con criar bastardas, que de esas pobres habré criado unas once...

BOULT Exacto: hasta los once, para descarriarlas después. Y qué, ¿voy a rastrear el mercado o no?

ALCAHUETA Qué remedio, hombre. El género que tenemos está tan baqueteado que un buen viento las barrería como a hojas secas.

RUFÍAN Llevas razón. A ser sinceros, dos de ellas están malsanas. Y el pobre transilvano se acostó con la golfilla y ahora está muerto.

BOULT Se ve que tardó poco en despacharlo: lo convirtió en merienda de gusanos. Pero será mejor que vaya a rastrear el mercado.

Sale BOULT.

RUFÍAN Dos o tres mil sequines de oro serían una buena suma para vivir con holgura y retirarnos.

ALCAHUETA ¿Y por qué habríamos de retirarnos? Dime: ¿tendrás vergüenza de ganar cuando seas viejo?

RUFÍAN Oh, nuestra reputación no va a la par de las ganancias, ni las ganancias a la de los peligros. Por tanto, si mientras somos jóvenes podemos juntar un buen puñado, no veo desacertado que vayamos cerrando la botica. Además, estamos en tan malos términos con los dioses que eso solo ya es razón para el retiro.

ALCAHUETA Venga, que otros los ofenden tanto o más.

RUFÍAN ¿Tanto o más? Sí, y mejor también. Nuestra ofensa es peor porque ni siquiera tenemos un oficio. En lo nuestro no hay vocación. Pero aquí viene Boulton.

Entra BOULT con los PIRATAS y MARINA.

BOULT (*A los PIRATAS.*) Venid por aquí, patrones. ¿Decís que es virgen?

PRIMER PIRATA Oh, sí, señor, lo es, sin duda.

BOULT (*Al RUFÍAN.*) Jefe, he llegado a un acuerdo por la pieza que veis aquí. Si la queréis, bien; si no, perderé la fianza.

ALCAHUETA ¿Y qué cualidades tiene, Boulton?

BOULT Tiene una buena cara, habla bien y sus ropas son de excelente calidad. No hace falta más para quedárnosla.

ALCAHUETA ¿Cuánto piden por ella, Boulton?

BOULT Cien sestercios, dicen, y se niegan a rebajar un solo céntimo.

RUFIAN (A los PIRATAS.) De acuerdo. Seguidme, patrones. Se os pagará al momento. Mujer, llévala adentro y enséñale lo que ha de hacer, para que no esté demasiado verde en la labor.

Salen el RUFIAN y los PIRATAS.

ALCAHUETA Boulton, toma sus señas, el color del cabello, la piel, la talla, su edad y la garantía de que es virgen, y grita «El mejor postor será el primero en tenerla». Si los hombres de ahora fuesen como los de antes, una doncella así no sería cosa barata. Haz como te he dicho.

BOULT Sin demorar un instante.

Sale BOULT.

MARINA ¡Ay, si Leonino no hubiera dudado tanto!

¡Debió asestar el golpe y hablar menos,
o ser más crueles los piratas y arrojarme
por la borda para reunirme con mi madre!

ALCAHUETA ¿De qué te lamentas, bonita?

MARINA Me lamento de serlo.

ALCAHUETA Vamos, vamos, los dioses han hecho contigo un buen trabajo.

MARINA No los acuso a ellos.

ALCAHUETA Has venido a parar a mis manos, y desde ahora en ellas vivirás.

MARINA Entonces, mejor habría sido

no escapar de aquel en cuyas manos debí morir.

ALCAHUETA ¡Bah! Vivirás en el placer.

MARINA No.

ALCAHUETA Oh, claro que lo harás, y probarás toda clase de caballeros. Y lo harás a gusto y bien. Conocerás pieles de todos los colores. ¿Por qué te tapas los oídos ahora?

MARINA ¿No sois una mujer?

ALCAHUETA ¿Y qué iba ser si no?

MARINA O mujer honrada o ninguna.

ALCAHUETA ¡Rediez! Ya te daré yo, novata. Tendré que hacer algo contigo. Ven aquí, eres un pimpollo bobalicón y será mejor que te enderece como yo sé.

MARINA ¡Los dioses me protejan!

ALCAHUETA Si les place a los dioses protegerte por medio de los hombres, entonces deberás buscar consuelo en los hombres, alimento y estímulo. Mira, ha vuelto Boulton.

Entra BOULT.

Dime, señor, ¿la has pregonado en el mercado?

BOULT La he pregonado casi tantas veces como cabellos tiene. He dibujado su retrato con mi voz.

ALCAHUETA Y dime, te lo ruego, ¿cómo ha reaccionado la gente, sobre todo los más jóvenes?

BOULT Que me cuelguen si no me escucharon como si se tratara del testamento de sus padres. Había un español con la boca hecha agua que casi se va a la cama con su descripción.

ALCAHUETA Lo tendremos aquí mañana con su mejor cuello puesto.

BOULT Mañana no, esta misma noche. Pero, patrona, ¿recordáis al caballero francés, aquel que va paticojo?

ALCAHUETA ¿Quién, monsieur Veroles?

BOULT El mismo. Intentó hacer una cabriola al oír mi descripción pero se le escapó un gemido, y juró que vendría a verla mañana.

ALCAHUETA Bueno, bueno. Este traje consigo su enfermedad y aquí más bien se dedica a renovarla. Seguro que viene a aligerarse de sus coronas de sol a nuestra sombra.

BOULT Vaya, si nuestros clientes vinieran de todas las naciones deberíamos alojarlos bajo este signo.

ALCAHUETA (*A MARINA.*) Ven aquí, por favor. Hay fortunas esperándote. Hazme caso: aparenta hacer por miedo aquello que haces por placer. Desprecia las ganancias precisamente cuando más obtienes. Eso de llorar por la vida que llevas excita la compasión de tus amantes, y sería extraño que esa compasión no provoque buenas opiniones y esas opiniones un beneficio neto.

MARINA No os entiendo.

BOULT (*A la ALCAHUETA.*) Oh, llevadla adentro, patrona, llevadla adentro. Todos sus remilgos se acabarían rápidamente con un poco de acción directa.

ALCAHUETA A fe mía que llevas razón, y sería lo mejor. Porque hasta la novia más puesta va con vergüenza al tálamo por más garantías que tenga.

BOULT Creedme, algunas sí y otras no. Pero, patrona, puesto que he regateado el precio...

ALCAHUETA Quieres una tajada del estofado.

BOULT ¿Me la daríais?

ALCAHUETA ¿Quién te la negaría? Ven aquí, jovencita, me gusta mucho lo que llevas puesto.

BOULT Si es por mí, no necesita cambiarlo.

ALCAHUETA (*Dándole dinero.*) Boulton, gástate esto en la ciudad. Explica qué clase de pupila nueva tenemos. Cuantos más clientes consigas, mejor. Cuando la naturaleza moldeó esta pieza, fue generosa contigo. Anuncia por tanto sus excelencias y cosecharás de lo que siembre tu pregón.

BOULT Os garantizo, patrona, que el trueno no despierta a las anguilas tan deprisa como mi relato de sus virtudes enardece a los calenturientos. Esta noche me traeré a algunos conmigo.

Sale BOULT.

ALCAHUETA Ven, querida, sígueme.

MARINA Si el fuego quema, corta el cuchillo y ahoga el agua, trabado mantendré el nudo de mi virginidad.

¡Ayúdame en mi empeño, Diana!

ALCAHUETA ¿Qué tenemos nosotros que ver con Diana?
¿Quieres hacer el favor de seguirme?

Salen.

Desaparece el letrero.

ESCENA XVII

Entran con ropas de luto

CLEÓN y DIONISA.

DIONISA ¿Qué tontería es esta? Lo hecho, hecho está.

CLEÓN ¡Oh, Dionisa, la luna y el sol jamás

han contemplado un crimen más salvaje!

DIONISA Os estáis comportando como un niño.

CLEÓN Si yo fuera el amo supremo de este mundo,

renunciaría al mundo por deshacer el hecho.

¡Una dama, más por virtud que por linaje,

una princesa comparable a la corona

más noble de la tierra! ¡Oh, malvado Leonino!

A quien también envenenasteis, por cierto.

Si hubierais bebido de su misma copa,

habríais cometido una delicadeza. ¿Qué

le diréis a Pericles cuando reclame a su hija?

DIONISA Que está muerta. Las nodrizas no son hados

capaces de preservarla para siempre.

Murió, diré, de noche. ¿Quién lo desmentirá?

A menos que con cándida impiedad gritéis,

para atribuiros fama de honesto,

«Fue muerta a traición».

CLEÓN Ah, vamos, vamos.

De todas las maldades bajo el cielo, no hay otra

más execrada por los dioses.

DIONISA Sed pues de los que creen

que los pardales de Tarso volarán raudos

a decírselo a Pericles. Vergüenza da pensar
que vuestra casta sea tan ilustre y noble
y vuestro ánimo tan cobarde.

CLEÓN Aquel que aprueba

un acto tan infame aun cuando antes
no lo haya consentido, difícilmente tenga
un origen honorable.

DIONISA Sea, pues.

No obstante nadie salvo vos sabe cómo murió
ni lo sabrá, al callar Leonino para siempre.
Marina ensombrecía a mi hija y se interpuso
entre ella y su ventura. Ya nadie la miraba
pues todos los ojos buscaban a Marina,
mientras que nuestra hija era ignorada
como una esclava indigna de saludo. Esto
me partió el alma y, si decís que es antinatural
lo que hice, es que no la amáis con bien;
yo en cambio creo que mi acto de cariño
por nuestra única hija me enaltece.

CLEÓN El cielo os perdone.

DIONISA En cuanto al rey Pericles,

¿qué ha de decir? Hemos llorado en su cortejo
y aún guardamos duelo. Su cenotafio
está casi acabado y en él con letras de oro
expresamos nuestras alabanzas y cuidados,
y ha sido nuestro el gasto.

CLEÓN Sois como la arpía

que mientras pone su más tierna cara de ángel,
clava a traición las uñas de águila.

DIONISA Y vos como el supersticioso que se queja
a los dioses de que el invierno mate a las moscas.
Pero sé bien que haréis tal como os digo.

Salen.

ESCENA XVIII

Entra GOWER.

GOWER Así abreviamos tiempo y acortamos distancias,
navegamos en un dedal si place a nuestras ansias
y en el intento arrastramos a la imaginación
de frontera en frontera, de región en región.
Si vosotros dais consenso, no es un crimen usar
la misma y única lengua en todo clima y lugar
donde transcurre la historia. Aquel que quiera seguir
la trama paso a paso, que oiga lo que he de decir
durante los interludios. Pericles se lanza
nuevamente al proceloso mar en la confianza
de ver a su hija, luz de su vida, acompañado
de numerosos caballeros y soldados.
El viejo Helicano va con él. Dejan atrás,

gobernando Tiro, al viejo Escanes; recordad
que Helicano no hace mucho lo ascendiera
a los más altos cargos. Naves ligeras
y amables brisas llevan al rey a su destino
(pensad que su pensamiento es el marino
capaz de que los vuestros viajen más allá);
llega en busca de su hija, pero ella ya no está.
Vedlos moverse como polvo removido:
ya pondré de acuerdo vuestro ojo y vuestro oído.

Escena muda.

Entra Pericles por una puerta con toda su comitiva; Cleón y Dionisa en ropas de duelo por la otra. Cleón corre una cortina y enseña la tumba a Pericles; este se lamenta, se viste de luto y parte sumido en gran tristeza.

Luego salen Cleón, Dionisa y el resto.

¡Ved sufrir al crédulo a costa del engaño!
Esta pasión prestada no le hace menos daño
y, con la pena devorándolo por dentro,
envuelto en lágrimas, suspiros y lamentos,
Pericles embarca y abandona Tarso. Antes
jura nunca cortarse el pelo ni lavarse
el rostro. Viste de luto y a la mar. Resiste
una tormenta que contra su navío embiste
y con buen tino la sortea. Ahora os pido
que oigáis el epitafio de Marina, urdido
por la pérfida Dionisa.

Lee la inscripción en el sepulcro de Marina.

«Yace aquí la más dulce y bella flor,
marchita en la cima de su esplendor.

Aunque tronchada de la Naturaleza
era el mejor retoño: era buena.»
Nada enmascara mejor a la vileza
que la lisonja dicha con blandeza.
Dejemos que Pericles crea muerta a su hija
y que la dama Fortuna su camino rija;
nuestro escenario, entretanto, ha de mostrar
la desdicha de esta hija forzada a realizar
tan innoble servicio. Paciencia a quien la tiene,
pues, e imaginad que estamos en Mitilene.

Sale.

ESCENA XIX

Letrero de un burdel.

Entran dos CABALLEROS.

PRIMER CABALLERO ¿Habíais oído cosa semejante?

SEGUNDO CABALLERO No, ni la volveré a oír en un sitio como
este si ella se marcha.

PRIMER CABALLERO ¡Mira que venir a predicar religión justo
aquí! ¿Lo habríais soñado siquiera?

SEGUNDO CABALLERO Qué va. Venid, ya he tenido suficientes
prostíbulos por hoy. ¿Y si fuéramos a oír cantar a las
vestales?

PRIMER CABALLERO Lo que digáis, con tal de que sea
virtuoso. Creo que a partir de ahora me apartaré de

la lujuria.

Salen los dos CABALLEROS.

Entran el RUFÍAN, la ALCAHUETA y BOULT.

RUFÍAN Vaya, con gusto pagaría el doble de su valor por que no hubiera venido nunca.

ALCAHUETA ¡Maldita sea! Es capaz de congelar al dios Priapo y borrar del mapa a toda una generación. O hacemos que la violen o nos la quitamos de encima. En lugar de cumplir con los clientes y prestarme el servicio de su profesión, me viene con sus escrúpulos, sus razones, sus elevados motivos, sus plegarias y sus rodillas hincadas. Si el demonio le regateara un beso, lo sacaría puritano.

BOULT A fe mía que si no la violo pronto nos ahuyenta la caballería y convierte a todos nuestros pecadores en monjes.

RUFÍAN ¡Yo la prefiero sifilítica que con esa palidez verdosa!

ALCAHUETA A fe mía que no hay mejor solución con ella que la sífilis. Ya tenemos aquí al señor Lisímaco, disfrazado.

BOULT Si esta zorra renegada cooperase con los clientes, tendríamos a señores y a villanos.

Entra LISÍMACO,

disfrazado.

LISÍMACO ¡Qué tal, qué tal! ¿A cuánto la docena de vírgenes?

ALCAHUETA ¡Los dioses os bendigan, excelencia!

BOULT Me alegro de ver a vuestra excelencia con buena salud.

LISÍMACO No me extraña: os conviene que vuestros clientes se sostengan sobre un buen par de piernas. Bueno, pues, ¿tienes alguna saludable abyección para que

un hombre se entretenga y continúe retando al médico?

ALCAHUETA Algo tenemos, señor, si ella se dignase... Eso sí, nunca ha habido en Mitilene otra como ella.

LISÍMACO ¿Si se dignase a realizar el acto oscuro, quieres decir?

ALCAHUETA Excelencia, vos sabéis bien cómo ponerlo en palabras.

LISÍMACO Está bien, llamadla.

Sale el RUFÍAN.

BOULT En cuanto a carne y sangre, señor, es blanca y roja como una rosa; y qué rosa sería si no tuviera...

LISÍMACO Si no tuviera, ¿qué?

BOULT Oh, no, señor, yo también tengo decoro.

LISÍMACO Lo cual dignifica la fama del alcahuete tanto como la castidad da reputación al noble.

ALCAHUETA Aquí viene la que crece en la rama. Jamás cosechada, os lo aseguro.

Entra el RUFÍAN con MARINA.

¿No es preciosa la criatura?

LISÍMACO A fe mía que no está mal para alguien que vuelve de un largo viaje por mar. Ten, esto es para vosotros. Ahora, dejadnos.

Le paga al RUFÍAN.

ALCAHUETA ¿Me permitís, excelencia, un par de palabras antes de marcharme?

LISÍMACO No faltaba más.

ALCAHUETA (*Aparte, a MARINA.*) En primer lugar, habrás notado que el hombre es honorable.

MARINA Eso deseo, para notarlo oportunamente.

ALCAHUETA En segundo lugar, es el gobernador de este país y me debo a él.

MARINA Si gobierna el país, sin duda os debéis a él. Aunque no veo qué hay de honorable en ello.

ALCAHUETA Te lo ruego, deja de lado tu esgrima virginal y sé amable con él, ¿sí? Puede llenarte el delantal de oro.

MARINA Recibiré agradecida lo que generosamente me dé.

LISÍMACO (*A la* ALCAHUETA.) ¿Has acabado?

ALCAHUETA Mi señor, todavía no está amansada, ¿sabéis? Habréis de ser paciente si queréis que funcione a placer. Bueno, dejemos a vuestra excelencia solo con ella. Vamos, vamos.

Salen la ALCAHUETA, *el* RUFÍAN y BOULT.

LISÍMACO A ver, bonita, ¿cuánto tiempo hace que eres del oficio?

MARINA ¿Qué oficio, señor?

LISÍMACO Vaya, no podría nombrarlo sin ofender.

MARINA No hay razón para que mi oficio me ofenda. Os ruego que lo nombréis.

LISÍMACO ¿Cuánto llevas en la profesión?

MARINA Desde que tengo memoria.

LISÍMACO ¿Tan pronto te lanzaste? ¿Estabas para juegos a los cinco o a los siete?

MARINA Antes aún, señor, si es que lo sigo estando.

LISÍMACO Pero la casa donde vives proclama que te vendes.

MARINA ¿Y sabiendo que es esa clase de casa os atrevéis a venir? He oído decir que sois de origen honorable y

que gobernáis este lugar.

LISÍMACO ¿Cómo? ¿Acaso tu principal te ha dicho quién soy?

MARINA ¿Quién es mi principal?

LISÍMACO Bueno, tu hortelana, la que siembra y planta escándalo e iniquidad.

MARINA *llora.*

Ah, veo que te has enterado de mi poder y te reservas para ver si sacas mayor tajada. Pero te advierto, bonita, que mi autoridad puede cerrar los ojos a los defectos o mirar benévolamente las faltas. Y también puede compensar mi disgusto a placer. Del cual disgusto no te dispensará tu belleza, ni mi afecto, que me ha traído aquí, tolerará se prolongue más. Anda, llévame a un lugar más privado. Vamos, vamos.

MARINA Si vuestra autoridad os ha enseñado

a gobernar a otros, no deberíais

permitiros un desatino personal.

Mostrad ahora si sois honorable.

Es el momento de dar razón al juicio

de quienes os han presumido digno.

¿Por qué el que imparte justicia a todos

se ensañará con una? Si me arrebatáis

el honor, habréis abierto una brecha

en el suelo prohibido; demasiados

entrarán luego por ella, y de sus desmanes

el culpable serás tú. Hasta en pensamiento

llevo la vida y la castidad sin mancha.

Demoled con violencia este edificio,

obra del Cielo, y, a más de perder
honra y justicia, me habréis empobrecido.
Aún sois bueno, señor. ¿Hemos acaso de volar
derecho al fuego que nos quema?
Si es cierto que el dueño de esta casa,
según se dice, es el médico, y su beneficiario
el cirujano, ¿tendré yo que infectarme
para proveer el sustento de ambos?

LISÍMACO ¿Qué? ¿Cómo dices? Sigue, sé cauta.

MARINA (*De rodillas.*) Para mí,
que soy doncella, la más severa de las suertes
ha reservado esta pocilga, donde he visto
venderse más cara la peste que el remedio.
¡Si los dioses me liberaran
de este lugar pecaminoso, no dudaría
en convertirme en el más mísero pajarillo
de los que surcan el aire puro!

LISÍMACO (*Conmovido.*) No sabía
que hablaras tan bien; jamás lo habría soñado.

La alza en brazos.

Si hubiera acudido aquí con la mente corrupta,
la habrían enmendado tus palabras.

Le seca el llanto.

Y las lágrimas me has limpiado de tal modo
que el pensamiento se me ha vuelto inmaculado.
Una pieza de oro para tu virginidad,
ten, y veinte que alivien tu honradez.

¡Persevera en tu intachable
camino y que los dioses te den fuerzas!

MARINA ¡Y que a vos os protejan!

LISÍMACO Hasta las puertas y ventanas me huelen mal.

Adiós. Eres un ejemplo de virtud. Y ya
no dudo de que tu formación fue noble.
Ten, aquí hay más oro para ti.
¡Maldito sea, y muera como un ladrón,
quien venga a robarte la pureza! Si vuelves
a oír hablar de mí, será para tu bien.

*Entra BOULT, se detiene en la puerta
y hace gestos de obediencia.*

BOULT Por favor, excelencia, ¿hay algo para mí?

LISÍMACO ¡Al diablo, maldito portero! De no ser
porque esta virgen la apuntala, esta casa
os sepultaría bajo sus ruinas. ¡Fuera!

Sale LISÍMACO.

BOULT ¿Qué es esto? Habrá que cambiar de método contigo.
Que me capen como a un chucho si tu perversa
castidad, que no vale ni un desayuno en la hierba
más mugrosa bajo el cielo, es capaz de llevar todo
un establecimiento a la ruina. Ven por aquí.

MARINA ¿Adónde queréis llevarme?

BOULT He de rebanarte la virginidad antes de que lo haga el
verdugo. Ven por aquí. Ya no habrá más caballeros
espantados. Ven por aquí, te digo.

Entran la ALCAHUETA y el RUFÍAN.

ALCAHUETA ¿Qué hay? ¿Cómo va eso?

BOULT De mal en peor, patrona. No ha hecho más que hablar palabras santas con el señor Lisímaco.

ALCAHUETA ¡Qué abominable!

BOULT Hace que nuestra profesión se vuelva hedionda ante los dioses.

ALCAHUETA ¡Rediez, que la cuelguen para siempre!

BOULT El caballero estaba dispuesto a tratarla como un caballero y ella lo despidió, más frío que una bola de nieve y hasta rezando plegarias.

RUFÍAN Boul, llévatela. Úsala a placer. Rompe el cristal de su virginidad y ablanda el resto.

BOULT Ni aunque fuese una era más llena aún de cardos dejaría de ararla.

MARINA ¡Oíd, dioses, oíd!

ALCAHUETA Ya está con sus conjuros. ¡Llévatela! ¡Ojalá nunca hubiera entrado por esa puerta! ¡Que la cuelguen, rediez! Esta muchacha nació para arruinarnos. ¿Por qué te niegas a seguir el camino de las mujeres? ¡Rediez, vete ya, bandeja de castidad con romero y laurel!

Salen la ALCAHUETA y el RUFÍAN.

BOULT *(Tomándola de la mano con rudeza.)*

Vamos, damita, ven por aquí.

MARINA ¿Adónde queréis llevarme?

BOULT A quitarte la joya que guardas con tanto celo.

MARINA Os lo ruego, antes decidme una cosa.

BOULT De acuerdo, si es solo una.

MARINA ¿Cómo desearías que fuera tu enemigo?

BOULT Pues, desearía que fuera como mi patrón o, mejor,
como mi patrona.

MARINA Ninguno de ellos es la mitad de malo que tú,
ya que ambos te superan en autoridad.
Tu vil oficio no lo querría para sí
ni el demonio más vituperado del infierno;
eres el maldito portero que hace pasar
a cada truhán que viene en busca de su zorra.
Expones las orejas al airado guantazo
de cualquier tunante, y te alimentas
de lo que han vomitado unos pulmones infectos.

BOULT ¿Qué prefieres que haga? ¿Que vaya a la guerra, eso
prefieres, donde un hombre puede servir siete años y
dejarse allí una pierna, y acabar sin poderse comprar
siquiera una de palo?

MARINA Cualquier cosa menos la que haces. Vacía
letrinas, o aguas servidas, o matorrales;
haz de ayudante del verdugo público:
todos estos oficios son mejores que el tuyo.
Pues ni un mono, si hablara, podría nombrar
tu profesión sin sonrojarse. ¡Oh, dioses,
libradme con salud de este lugar!
Ten, este oro es para ti.
Si tu patrón quiere ganar dinero conmigo,
dile que sé cantar, tejer, coser y danzar,
amén de otros talentos de los que no me jacto,
y que estaría dispuesta a enseñarlos.

Esta es una ciudad muy populosa y no dudo
de que habrá alumnas abundantes.

BOULT ¿Eres capaz de enseñar todo eso que has dicho?

MARINA Si no lo fuera, puedes llevarme adentro y
prostituirme con el lacayo más servil que suele
frecuentar la casa.

BOULT Bueno, veré qué puedo hacer por ti. Si puedo
colocarte, lo haré.

MARINA Pero entre mujeres decentes.

BOULT A fe mía que frecuento muchas de esta clase. Pero
puesto que mis patrones te han comprado, no podrás
marcharte sin su consentimiento. Les comunicaré tus
intenciones y estoy seguro de que se mostrarán
razonables. Ven, haré lo que pueda. Ven por aquí.

Salen.

Quita el letrero.

ESCENA XX

Entra GOWER.

GOWER Así, según sigue el relato, Marina escapa
del burdel y encuentra una casa decente.
Canta y baila como los dioses, y atrapa
con sus dotes divinas a los allí presentes.
Enmudece a los sabios y son tan naturales
sus bordados de tallos, aves, ramas y nuezas

que su arte es hermana de las rosas reales
y sus sedas, gemelas de las rojas cerezas.
No le faltan pupilas de distinguida casta
que con holgura le pagan; Marina entrega
todo el dinero a la alcahueta y eso le basta.
Volvamos ahora la vista al padre, que llega
al país donde vive su hija, tras mucho batallar
entre las olas; allí habíamos abandonado
su rastro. Imaginemos, pues, que ha ido a anclar
en estas costas. La ciudad, en tanto, ha comenzado
a celebrar la fiesta anual que honra a Neptuno.
Desde el puerto, Lisímaco ya ha advertido
la nave de Tiro con sus gallardetes brunos,
y hacia ella dirige su falúa, decidido.
Imaginaos una vez más a bordo de la nave
del desdichado Pericles, donde tendrá lugar
el desarrollo de la acción y más, si cabe.
Ahora solo os resta sentaros y escuchar.

Sale.

ESCENA XXI

*Entran HELICANO por arriba, y por abajo dos MARINEROS, uno
perteneciente al navío tirense, otro a una falúa de Mitilene.*

MARINERO TIRENSE (*Al* MARINERO DE MITILENE.)

El señor Helicano podrá atenderos.

Oh, aquí está.

(*A* HELICANO.) Señor,

ha llegado una falúa de Mitilene

trayendo al gobernador Lisímaco, que pide

subir a bordo. ¿Cuál es vuestro deseo?

HELICANO Que él satisfaga el suyo. Llama a algunos
caballeros.

Sale el MARINERO DE MITILENE

por la primera puerta.

MARINERO TIRENSE ¡Atención, caballeros! Mi señor os llama.

HELICANO *sale por la segunda puerta, arriba. Vuelve a entrar por abajo.*

Entran dos o tres CABALLEROS.

PRIMER CABALLERO ¿Llamaba vuestra señoría?

HELICANO Caballeros, hay un personaje importante que
solicita subir a bordo; os ruego que lo tratéis con
gentileza.

Entran por la primera puerta LISÍMACO

con caballeros y el MARINERO DE MITILENE.

MARINERO DE MITILENE (*A* LISÍMACO.) Señor,

este es el hombre a quien debéis

dirigir vuestras preguntas.

LISÍMACO ¡Salud, venerable señor! ¡Los dioses os protejan!

HELICANO Y a vos os permitan superarme en años

y morir como querría yo.

LISÍMACO Vuestro deseo es grato.

Soy el gobernador de Mitilene.

Desde la costa, mientras festejaba la gloria

de Neptuno, vi aproximarse esta bella nave
y he querido conocer su procedencia.

HELICANO Señor, nuestra nave es de Tiro y está a bordo el
rey,
un hombre que lleva tres meses sin decir nada
a nadie, y que solo se alimenta
para alargar su pena.

LISÍMACO ¿Y a qué se debe su amargura?

HELICANO Sería tedioso referirlo todo,
pero la fuente principal de sus pesares
es la pérdida de su hija y de su esposa.

LISÍMACO ¿Podemos verlo?

HELICANO Podéis.

Pero será del todo inútil pues no habla
con nadie.

LISÍMACO Permitid que lo intente.

HELICANO Contempladlo.

HELICANO *descorre una cortina y se ve a PERICLES en un diván,
con la barba crecida, el pelo enmarañado, uñas indecentes y vestido con
harapos.*

El que aquí veis era un hombre admirable
hasta que, una noche mortal, el infortunio
lo redujo a esto.

LISÍMACO ¡Salud, oh, rey! ¡Los dioses sean con vos!
¡Salud y reverencia!

PERICLES *se encoge bajo la almohada.*

HELICANO Es todo en vano, señor, no os hablará.

PRIMER NOBLE Señor,

hay una doncella en Mitilene que me juego
sabr  arrancarle palabra.

LISÍMACO Bien pensado.

Sin duda ella, con sus dulces melodías
y otras selectas cualidades, penetrar 
a través de sus ensordecidas facultades
que ahora están a medias obstruidas.
Ella es alegre y bella como la que más
y ahora la encontraréis con sus amigas
en el frondoso refugio situado al margen
de la isla.

Sale un NOBLE.

HELICANO S  bien que será en vano. Pero no desde emos
nada que suene a remedio. Y ya que nos habéis
dado un trato tan amable, aceptad, os ruego,
que os paguemos con oro algunas provisiones,
que a bordo no es que falten sino que ya
no son tan frescas.

LISÍMACO Oh, señor, si os ramos

negaros esta atención, incluso el dios más justo
castigar  la comarca con un gusano
en cada rama. Mas permitid que vuelva
a interesarme en detalle por los motivos
que abruman a vuestro rey.

HELICANO Sentaos, señor, y o d.

Ah, pero mirad, nos interrumpen.

*Entra el NOBLE con MARINA
y una DONCELLA.*

LISÍMACO Ah, he aquí la dama de que os hablaba.

¡Bienvenida, hermosa! ¿No es celestial?

HELICANO Es una dama radiante.

LISÍMACO Lo es tanto que, si yo estuviera convencido
de que proviene de noble alcurnia y linaje,
no encontraría novia mejor para casarme.
Hermosa, todo el bien que irradia la belleza
ha de servir para curar a este paciente real.
Si con vuestras prósperas y eficaces artes
lográis arrancarle una respuesta, recibiréis
en pago a tan santo remedio aquello
que más deseáis.

MARINA Señor, pondré mi empeño
y mis mejores cualidades en su curación
mas, salvo mi compañera y yo, nadie
debe acercarse a él.

LISÍMACO Vamos, dejémoslos solos;

¡y que los dioses la bendigan!

Los SEÑORES se apartan. MARINA canta. LISÍMACO se acerca.

¿Ha escuchado la canción?

DONCELLA No, ni nos ha mirado.

LISÍMACO (*A los otros.*) Ved, ahora intentará hablarle.

MARINA (*A PERICLES.*) ¡Salud, señor! Prestad oídos.

PERICLES ¡Hum, ha!

La rechaza toscamente.

MARINA Soy una muchacha,

señor, que nunca buscó concitar las miradas
pero a quien siempre miraron como a un cometa;
la que os habla, señor, sufrió una pena que tal vez
sea semejante, en su justa medida, a la vuestra.

Aunque la desventura se ha ensañado conmigo,
sabed que mi ascendencia es comparable
a la de los más poderosos soberanos.

Pero el tiempo arrancó de raíz mis lazos
y me hizo esclava de los caprichos del mundo
y sus azares.

(Aparte.) Creo que desistiré;
y sin embargo algo me hace sonrojar
y susurra «No marches hasta que haya hablado».

PERICLES Mi desventura... lazos... nobles lazos...
semejantes

a los míos... ¿No era así? ¿No decíais eso acaso?

MARINA Decía, mi señor, que si supierais mi linaje
no osaríais maltratarme.

PERICLES Os creo. Miradme a los ojos, os lo ruego.

Sois como alguien que... ¿De qué país venís?
¿De estas costas?

MARINA No, ni de ninguna otra;

pero he nacido como cualquier mortal y soy
lo que parezco.

PERICLES *(Aparte.)* Mi dolor es tan grande

que me desborda el llanto. Mi amada esposa era
como esta joven, y mi hija podría haberse
parecido a ella; tiene la misma frente
y la estatura de mi reina, fresca y esbelta;
su voz de plata, sus ojos como diamantes
de rico engaste, y la manera de andar de Juno;
jamás sacia a los oídos que alimenta,
pues al oírla tienen más hambre. ¿Dónde vivís?

MARINA Donde soy solo una extranjera. Es ese sitio
que se divisa desde aquí.

PERICLES ¿Dónde os criasteis?

¿Cómo adquiristeis las cualidades que aumentan
aún más vuestra valía?

MARINA Si yo os contara mi historia, la tomaríais
por una fantasía desdeñable.

PERICLES Os ruego, hablad.

Ninguna falsedad puede salir de vos, pues
parecéis modesta como la justicia y digna
como un palacio donde reina la verdad. Sabed
que os creeré, y haré que mis sentidos crean
los puntos más increíbles del relato; pues guardáis
gran parecido con una que yo amé. ¿Quiénes
eran los vuestros? ¿No decíais cuando os empujé,
al veros, que descendéis de una familia
de linaje noble?

MARINA Eso he dicho, sí.

PERICLES Habladme de los vuestros. Habéis dicho, creo,
que fuisteis arrastrada del agravio a la injuria
y que pensáis que vuestras penas equivalen,
si las pesamos, a las mías.

MARINA Algo así he dicho,
y no he dicho más que lo que, a mi entender,
me ha parecido razonable.

PERICLES Contad la historia:
si encuentro la milésima fracción en ella
de lo que yo he sufrido, vos sois el hombre y yo
la niña plañidera; mas veo en vos la imagen
de la Paciencia, que ante las tumbas de los reyes
sonríe inalterada. ¿Quiénes eran los vuestros?
¿Cómo los perdisteis? ¿Y cuál es vuestro nombre,
dulce criatura? Venid, sentaos. Contádmelo.

MARINA *se sienta.*

MARINA Me llamo Marina, señor.

PERICLES ¡Oh, no os burléis!

Algún dios iracundo os ha enviado aquí
para que el mundo ría a mi costa.

MARINA Tened paciencia,
buen señor, o ya no sigo.

PERICLES De acuerdo, la tendré.

Mas no sabéis cuánto me habéis sobresaltado
al decirme que os llamáis Marina.

MARINA El nombre

me lo puso una persona de gran autoridad:
mi padre, que era rey.

PERICLES ¿Cómo, hija de un rey
y de nombre Marina?

MARINA Prometisteis creerme.

No obstante, puesto que no deseo disturbaros,
detendré aquí el relato.

PERICLES ¿Pero no sois un hada?

¿Os late el pulso y sois de carne y hueso?

Os lo suplico, continuad. ¿Dónde nacisteis?

¿Por qué os llamáis Marina?

MARINA Así me llamo

porque nací en altamar.

PERICLES ¡En altamar! ¿Y de qué madre?

MARINA De una madre que también era hija de un rey

y murió en el instante en que nací;

así lo relataba mi buena nana Licórida,

envuelta en llanto.

PERICLES ¡Oh, deteneos un momento!

(*Aparte.*) Este es el sueño más extraño con que el
letargo

se haya burlado de los insensatos. No puede

ser mi hija: ¡está enterrada!

(*A MARINA.*) ¿Dónde os criaron?

Contadlo todo, hasta el final de vuestra historia,

y ya no os interrumpiré.

MARINA ¿Por qué os burláis? Creedme: mejor sería dejarlo.

PERICLES Crearé cada una de las sílabas que vos

vayáis a pronunciar. Y ahora, por favor, ¿cómo
llegasteis hasta aquí? ¿Quién os crió?

MARINA Mi padre, el rey, fue quien me dejó en Tarso

hasta que el cruel Cleón y su malvada esposa
se propusieron matarme. A tal efecto
persuadieron a un villano, y cuando estaba a punto
de hacerlo, unos piratas me rescataron
y me trajeron a Mitilene. Pero, señor,
¿adónde queréis llegar? ¿Por qué lloráis? Quizá
penséis que soy una impostora. Oh, no: doy fe,
yo soy la hija del rey Pericles,
si es que el buen rey Pericles vive.

PERICLES (*Incorporándose.*) ¡Venid, Helicano!

HELICANO (*Adelantándose.*) ¿Llamáis, señor?

PERICLES Vos sois un consejero noble y serio

y de probada sensatez. Decidme, si podéis,
quién es esta doncella que tantas lágrimas
me ha hecho derramar.

HELICANO Lo ignoro, mi señor.

Pero aquí está el gobernador de Mitilene,
que habla muy bien de ella.

LISÍMACO Nunca ha querido hablar

de su familia y, cuando se le preguntaba,
se sentaba a llorar en silencio.

PERICLES ¡Oh, Helicano, honorable señor, pegadme!

Dadme un pellizco, deprisa, hacedme daño
antes de que este mar de dicha que me inunda
desborde las orillas de mi mortalidad
y en su dulzura zozobre. Ven, acércate,

MARINA *se levanta.*

tú que has dado vida a aquel que te engendró;
tú que naciste en el mar, fuiste enterrada en Tarso
y en el mar vuelta a encontrar. ¡Oh, Helicano,
poneos de rodillas! Dad gracias a los dioses
en voz más alta que el rugido del trueno: esta es
Marina. Pero ¿cuál era el nombre de tu madre?
Pues nunca confirmamos lo bastante la verdad
aunque las dudas duerman para siempre.

MARINA Por favor, decidme antes vuestro título.

PERICLES Yo soy Pericles de Tiro; y ahora me dirás
el nombre de mi difunta reina, pues hasta ahora
tus respuestas precisas te han nombrado heredera
y a Pericles, tu padre, han devuelto la vida.

MARINA (*Arrodillándose.*)

¿Tan solo he de decir, para ser hija vuestra,
que el nombre de mi madre era Thaisa?
Thaisa era mi madre, y mi comienzo
fue su fin.

PERICLES Ponte de pie, yo te bendigo: ¡eres mi hija!

MARINA *se levanta.*

PERICLES *la besa.*

(*A su séquito.*) Dadme vestidos nuevos. Está viva, Helicano;

no murió en Tarso, como había pretendido el execrable Cleón. Ella os lo contará todo cuando os hinquéis, y justificará con hechos que es la princesa verdadera. ¿Quién es este?

HELICANO Señor, es el gobernador de Mitilene, que al enterarse de vuestro triste estado os ha venido a ver.

PERICLES (*A LISÍMACO.*) Os abrazo, señor.

Traed mis ropas.

Lo visten con ropa limpia.

Lo veo y no lo creo. Mi hija: ¡que el cielo la bendiga! Oíd, ¿qué es esa música? Dile a Helicano, Marina, díselo todo punto por punto, pues aún parece albergar dudas de que tú seas mi hija.

Música celestial.

¿Oís la música?

HELICANO Mi señor, no oigo ninguna.

PERICLES ¿Ninguna? ¡La música de las esferas!

Escucha, Marina mía.

LISÍMACO (*Aparte a los otros.*) Mejor no contradecirlo. Seguidle el juego.

PERICLES ¡Sonidos maravillosos! ¿No los oís?

LISÍMACO ¿Música, señor? La oigo.

PERICLES ¡Música celestial!

No puedo sino oírla y un pesado sopor
me cierra los ojos. Dejadme descansar.

Se duerme.

LISÍMACO Una almohada para su cabeza. Dejémoslo.

(*A MARINA y a los otros.*) Pues bien, compañeros y
amigos,

si he de ser sincero con lo que creo,
sabed que os recordaré.

Salen todos menos PERICLES.

DIANA baja del cielo.

DIANA Mi templo se encuentra en Éfeso. Ve allí enseguida
a imponer un sacrificio en el altar.

Allí, cuando estén reunidas mis vestales
y delante del pueblo congregado,
revela cómo perdiste en el mar a tu mujer.

Lamenta tu infortunio y el de tu hija, aciagos,
a viva voz, con detalle y sin desfallecer.

Si no lo hicieras, tu vida será ingrata;
hazlo y serás feliz, ¡por mi arco de plata!

Ahora despierta y cuenta este sueño.

Sube al cielo.

PERICLES Diana celestial, diosa argentina,

haré como has mandado. ¡Helicano!

*Entran LISÍMACO, HELICANO
y MARINA.*

HELICANO ¿Señor?

PERICLES Tenía intención de regresar a Tarso y atacar
al desleal Cleón, pero primero he de cumplir

otra tarea. Poned nuestras henchidas velas
rumbo a Éfeso. Luego os diré por qué.

Sale HELICANO.

Señor, ¿podríamos repostar en vuestra orilla
y pagaros con oro todas las provisiones
que requiera nuestra empresa?

LISÍMACO Señor,

de todo corazón. Y cuando toquemos tierra
os he de hacer un pedido.

PERICLES Daos por complacido

aunque de cortejar a mi hija se tratase,
pues dicen que habéis sido muy cortés con ella.

LISÍMACO Señor, tomaos de mi brazo.

PERICLES Ven, Marina.

Salen PERICLES con MARINA de un brazo y LISÍMACO del otro.

ESCENA XXII

Entra GOWER.

GOWER Casi toda la arena ha caído ya

y la que resta pronto enmudecerá.

Como último favor os pediría,
pues mucho debo a vuestra cortesía,
que imaginéis con lujo de detalles

qué galas, fiestas y pasacalles;
qué certámenes magnificentes
organizó en Mitilene el regente
en honor del rey. Y tan bien lo honró
que este la mano le concedió
de la agraciada Marina. Pero
el sacrificio era lo primero,
como dijo Diana; tened coraje
e imaginemos cumplido el viaje:
las velas se hinchán con celeridad
y los deseos se hacen realidad.
Ved: al templo de Éfeso arriba
el rey con toda su comitiva.
Lo poco que duró la travesía
se debe a vuestra amable fantasía.

GOWER se hace a un lado.

*Entran PERICLES y su séquito, LISÍMACO,
HELICANO y MARINA.*

PERICLES ¡Salve, Diana! Cumpló con tu justo mandato
y declaro aquí que yo, Pericles, rey de Tiro,
tras huir de mi país, contraí matrimonio
en Pentápolis con la hermosa Thaisa.

THAISA se sobresalta.

Ella murió en el mar, durante el parto, al dar a luz
a una niña, Marina, la cual, ¡oh, divinidad!,
aún viste tu túnica plateada. Ella, en Tarso,
quedó a cargo de Cleón, que a la edad de catorce

ordenó asesinarla. Pero su estrella cambió
y fue a parar a Mitilene. Y al recalar allí
quiso la suerte traer a la doncella a bordo
de nuestra nave, donde sus límpidos recuerdos
la revelaron como mi hija.

THAISA ¡Ese rostro, esa voz!

Vos sois, vos sois... ¡Oh, real Pericles!

Se desmaya.

PERICLES ¿Qué dice la monja? ¡Se muere, ayuda, caballeros!

CERIMÓN Noble señor, si es cierto

lo que habéis dicho ante el altar de Diana,
ella es vuestra esposa.

PERICLES No, solemne aparecido:

estos mismos brazos la lanzaron por la borda.

CERIMÓN Frente a estas costas, sin duda.

PERICLES Sin duda alguna.

CERIMÓN Fijaos en la dama. La abrume la euforia.

Una tempestuosa madrugada, el mar la arrojó
a estas playas. Yo mismo abrí su féretro: había
ricas joyas dentro. Tras reavivarla la envié
a este templo de Diana.

PERICLES ¿Podríamos verlas?

CERIMÓN Poderoso señor, las podéis ver en mi casa;

seréis mi huésped. Pero mirad, Thaisa
se recupera.

THAISA ¡Oh, dejadme contemplarlo!

Si él no es nada mío, mi santidad no prestará
oídos licenciosos a mis vanos sentidos
y, vean lo que vean, los cerrará. Oh, señor,
¿sois o no Pericles? Como él habéis hablado
y a él os parecéis. ¿Habéis mentado un tifón,
un parto, una muerte?

PERICLES ¡La voz de Thaisa!

THAISA Yo soy esa Thaisa, a la que creísteis muerta
y sumergida.

PERICLES (*Tomando la mano de THAISA.*)

¡Diana inmortal!

THAISA Ahora os reconozco bien.

Cuando, apenados, abandonamos Pentápolis
mi padre, el rey, os dio un anillo como este.

Señala el anillo de PERICLES.

PERICLES Sí, sí, este es. Oh, dioses, vuestra bondad presente
convierte mis desgracias pasadas en un juego.
Haríais bien si tras besar sus labios me fundís
y no se me ve más. Venid, dejaos enterrar
entre estos brazos una segunda vez.

Se abrazan y se besan.

MARINA (*Arrodillándose junto a THAISA.*) Mi corazón
arde por lanzarse al regazo de mi madre.

PERICLES Mirad, Thaisa, quien se arrodilla es vuestra carne,
la carga que alumbrasteis en el mar, y a quien llamé
Marina por esa causa.

THAISA ¡Bendita hija mía!

HELICANO ¡Salve, mi señora y mi reina!

THAISA No sé quién sois.

PERICLES ¿Recordáis que os dije que cuando huí de Tiro
delegué el mando en un leal y noble, anciano?
¿Aún recordáis su nombre? A menudo
lo mencionaba.

THAISA Su nombre era Helicano.

PERICLES ¡He aquí una nueva confirmación!

Abrazadlo, querida Thaisa: ese hombre es él.
Ahora decidme por favor cómo os hallaron,
cómo pudisteis revivir y a quién agradecer,
aparte de los dioses, este increíble milagro.

THAISA Al señor Cerimón, esposo mío. Este hombre,
a quien los dioses infundieron sus poderes,
os lo contará de cabo a rabo.

PERICLES (*A CERIMÓN.*) Digno señor,
no hay mortal que sea mejor ministro de los dioses
ni más sobrehumano que vos. Decidme cómo
volvió a vivir la reina muerta.

CERIMÓN Así lo haré, señor.

Pero primero, os ruego, acompañadme a casa
donde os podré mostrar lo que encontré junto a ella
y explicaros en detalle cómo llegó
hasta este templo.

PERICLES Diana inmaculada,

bendita sea tu aparición; prometo ofrecerte
oblaciones nocturnas. Thaisa, este príncipe
es el galante prometido de nuestra hija,
y con él se casará en Pentápolis.

(A MARINA.) Y ahora

a esta pelambre hirsuta
que afea mi aspecto daré debida forma,
y lo que estuvo catorce años sin conocer
la cuchilla, será afeitado para tu boda.

THAISA El señor Cerimón tiene cartas fiables, señor:
mi padre ha muerto.

PERICLES ¡El cielo lo haga estrella! No obstante,
mi reina, primero celebraremos la boda
y luego nos retiraremos a ese reino;
nuestro hijo y nuestra hija reinarán en Tiro.
Señor Cerimón, tras esta pausa os insistimos
en que contéis el resto: guiadnos, que os seguimos.

Salen todos menos GOWER.

GOWER En Antíoco y su hija tenéis la evidencia
de que al pecado abyecto le llega su sentencia.
Pericles, su reina e hija, son testimonio fiel
de que, aunque la fortuna se ensañe en modo cruel
con la virtud, si esta rechaza la vileza
y mira al cielo, la dicha premia su entereza.
En Helicano habéis tenido, cada vez,
un ejemplo de fe, de lealtad y de honradez.

Cerimón el venerable ha demostrado
el valor piadoso del saber bien aplicado.
En cuanto a los infames Dionisa y Cleón,
cuando hubo trascendido su criminal traición,
las propias gentes de la ciudad se enfurecieron
y Cleón y los suyos con el palacio ardieron:
a los dioses no parecióles inadecuado
castigar un crimen fallido pero intentado.
¡Y agradeciendo vuestra paciencia sin fin,
os deseamos lo mejor! La obra acaba aquí.

Sale.



CIMBELINO

versión de

Javier Montes

Escrita entre 1609 y 1610. Probablemente fue representada en la corte en invierno de 1610. El único texto conservado es el del Primer Folio de 1623, parece plausible que fuera compuesto a partir de una transcripción de Ralph Crane, el escriba de los King's Men.



DRAMATIS PERSONAE

CIMBELINO, rey de Britania

La REINA, su segunda esposa

IMOGENIA, su hija, tenuta con la anterior reina,
después disfrazada del paje Fidelio

PÓSTUMO Leonato, su esposo

CLOTEN, hijo de la reina y de su anterior marido

PISANIO, sirviente de Póstumo

CORNELIO, médico

HELENA, dama de honor de Imogenia

Dos NOBLES que acompañan a Cloten

Dos HIDALGOS

Dos CAPITANES britanos

Dos CARCELEROS

FILARIO, anfitrión de Póstumo en Roma

GIACOMO, noble italiano, amigo de Filario

Un FRANCÉS, amigo de Filario

Un HOLANDÉS, amigo de Filario

Un ESPAÑOL, amigo de Filario

Cayo LUCIO, embajador romano y después
general de las tropas romanas

Filarmonio, AUGUR

Dos SENADORES romanos

Un CAPITÁN romano

BELARIO, noble que vive desterrado cerca del
puerto de Milfo bajo el nombre de Morgan

GUIDERIO, hijo de Cimbelino, supuesto hijo de
Belario bajo los nombres de Polidoro y Cadwal

ARVIRAGO, hijo de Cimbelino, supuesto hijo de
Belario bajo los nombres de Polidoro y Cadwal

JÚPITER

SICILIO Leonato, padre de Póstumo, aparición

Su esposa, MADRE de Póstumo, aparición

Los dos HERMANOS de Póstumo, aparición

Nobles, damas, músicos, mensajeros y soldados

PRIMER ACTO

ESCENA I

Entran dos HIDALGOS.

HIDALGO PRIMERO No veréis sino rostros ceñudos.

Menos pende de los astros nuestro humor
que del rey el de sus cortesanos.

HIDALGO SEGUNDO ¿Qué sucede, pues?

HIDALGO PRIMERO Su hija y heredera, destinada por él
al único hijo de su esposa, una viuda
a quien se unió hace poco, ha concedido su mano
a un hidalgo pobre pero digno. Una vez casada
a él le destierran, a ella la recluyen.
Y todo es dolor fingido, aunque el corazón
del rey pena de veras.

HIDALGO SEGUNDO ¿Solo el del rey?

HIDALGO PRIMERO También el de quien la perdió como
esposa.

Y el de la reina, que mucho deseaba el matrimonio.
Mas no hay en la corte quien no se alegre
con lo que finge lamentar, aunque tuerzan el gesto
acordes con el humor del rey.

HIDALGO SEGUNDO ¿Y eso por qué?

HIDALGO PRIMERO El que perdió a la princesa es malo
incluso para la maledicencia.

Quien se hizo con ella (es decir, quien la ganó)
es hombre digno, ay, y como tal desterrado.

Criatura así vanamente buscaríais
en el mundo, pues no hay sobre su faz
quien pueda igualarle. Nadie sino él
está dotado de tan bello exterior
y tanta sustancia.

HIDALGO SEGUNDO Lejos vais en el elogio.

HIDALGO PRIMERO Solo hasta donde él mismo alcanza,
y más que daros su medida justa
me quedo corto.

HIDALGO SEGUNDO ¿Cuál es su nombre y estirpe?

HIDALGO PRIMERO No sabría llegar a sus raíces. Sicilio,
su padre, unió su honra a la de Casibelo
contra los romanos y obtuvo
sus blasones de Tenancio, a quien sirvió
gloriosamente hasta ganar por sobrenombre
«Leonato». Dos hijos antes había tenido,
muertos por la espada en las guerras
de aquel tiempo. El padre, anciano
y sin descendencia, murió de pena,
y con nuestro hidalgo en su vientre
su dulce esposa le siguió al dar a luz.
El propio rey toma al niño a su cargo,

le da por nombre Póstumo Leonato,
le educa y le hace ayuda de cámara,
imbuyendo en él toda la ciencia
que a su edad era asequible.
Él la bebió como respiramos aire,
al tiempo mismo que se la ofrecían.
Ya en su primavera dio cosecha.
Vivió en la corte, cosa extraña,
amado y respetado. Modelo para los jóvenes,
para los maduros, espejo de buena crianza;
los más graves le tenían por guía infantil
de los seniles. El precio que pagó por él
su dama bien dice cuánto le estima.
En su elección puede leerse la virtud
y el temple del que nos ocupa.

HIDALGO SEGUNDO Solo por vuestras palabras ya le respeto.

Mas, decidme, ¿no tiene el rey más hijos?

HIDALGO PRIMERO Ella es la única. Tuvo otros dos,
escuchad si os interesa: con tres años
el mayor, el benjamín en pañales,
fueron robados de sus cunas. Y hasta hoy
no se ha sabido más de ellos.

HIDALGO SEGUNDO ¿Cuándo sucedió eso?

HIDALGO PRIMERO Hará unos veinte años.

HIDALGO SEGUNDO ¡Que así sean raptados los hijos de un rey,
que tan mal los guardasen, que la busca

fuese tan lenta que no pudiesen ser hallados!

HIDALGO PRIMERO Por ridícula que suene la negligencia
no deja de ser cierta.

HIDALGO SEGUNDO Y yo bien os creo.

HIDALGO PRIMERO Retirémonos. Aquí está nuestro hidalgo
con la reina y la princesa.

Salen los HIDALGOS.

Entran PÓSTUMO, la REINA e IMOGENIA.

REINA No, hija mía, estad segura, en mí no hallaréis
mala voluntad para con vos, como se dice
de tantas madrastras. Sois mi cautiva,
mas el carcelero os dará las llaves
de vuestra prisión. En cuanto a vos,
Póstumo, apenas calme la ira del rey
abogaré por vuestra causa. A fe mía
que aún arde su cólera, y será mejor
que acatéis su condena con la resignación
que os inspire la prudencia.

PÓSTUMO Si así os place
partiré hoy mismo, alteza.

REINA Conocéis el riesgo.
Daré ahora un paseo por el jardín
lamentando los pesares del amor contrariado,
aunque el rey ha prohibido que os dejen a solas.

Sale la REINA.

IMOGENIA ¡Ah, cortesía traidora! ¡Qué bien acaricia
esta tirana las heridas que causa!

Amado esposo, fiel a mi deber sagrado
algo temo la furia de mi padre,
mas no lo que pueda acarrearle su cólera.
Debes partir, que yo afrontaré
la saeta constante de sus ojos airados.
La sola idea de volverte a ver, mi bien,
será mi consuelo.

PÓSTUMO ¡Reina y señora mía!

No llores más, o daré razones
para sospechar en mí más ternura
de la que al hombre conviene. Siempre seré
el marido más fiel que jamás dio su palabra.
Iré a Roma, a casa de Filario, amigo
de mi padre, a quien yo solo conozco
por carta. Escíbeme allí, mi reina,
y con los ojos beberé tus palabras
aunque de hiel sea la tinta.

Entra la REINA.

REINA Deprisa, os lo ruego.

Si llegase el rey quién sabe cuánto enfado
caería sobre mí. (*Aparte.*) A pesar de ello
debo hacerle venir. Nunca soy yo quien le agravia.
Por favores toma mis ultrajes,
y premia mis ofensas con largueza.

Sale la REINA.

PÓSTUMO Si la despedida

durase el tiempo que nos queda por vivir,

más odioso aún sería separarnos. Adiós.

IMOGENIA No, espera un poco.

Adioses así serían mezquinos
incluso antes de un paseo a caballo.
Mira, amor, este diamante fue de mi madre.
Tómalo, corazón mío, guárdalo hasta el día
en que Imogenia haya muerto y vuelvas a casarte.

Le da un anillo.

PÓSTUMO ¿Qué? ¿Otra esposa? ¡Dioses clementes,
no me deis sino esta, y para abrazar a otra
ligad mis brazos con ataduras mortales!
Aquí, aquí permanecerás mientras viva.

Se pone el anillo.

Tú, dulcísima, la más bella, en estas prendas
sales perdiendo lo mismo que al trocar tanto
por mi humilde persona. Lleva esto

Le da un brazalete.

en mi recuerdo. Es un grillete de amor,
con él aprisiono a la más bella cautiva.

IMOGENIA ¡Ah, dioses!

¿Cuándo volveremos a vernos?

Entran

CIMBELINO y nobles.

PÓSTUMO ¡El rey!

CIMBELINO ¡Vil criatura, fuera de mi vista!

Morirás si tu indignidad continúa
mancillando mi corte. Desaparece,

veneno de mi sangre.

PÓSTUMO ¡Que los dioses

te protejan y bendigan a los hombres

buenos de esta corte! Adiós.

Sale PÓSTUMO.

IMOGENIA No puede la muerte

aguijonear con más saña.

CIMBELINO Criatura falsa,

tú que debías aliviar mi vejez

sumas a mi edad un año.

IMOGENIA Os lo ruego, señor,

no os aflijáis con tanta cólera. Soy inmune

a esa furia. Un dolor más sutil atenúa

mis tormentos y temores.

CIMBELINO ¿Renuncias a mi gracia y obediencia?

IMOGENIA Renuncio a la esperanza y me abandono.

CIMBELINO ¡Pudo ser tuyo el único hijo de mi reina!

IMOGENIA ¡Tanto mejor que no lo fuera! Elegí al águila

y desprecié al milano.

CIMBELINO Tomaste a un mendigo que haría

de mi trono sede de bajeza.

IMOGENIA No, antes bien

le añadí lustre.

CIMBELINO ¡Ah, qué villanía!

IMOGENIA Señor,

por culpa vuestra amo a Póstumo.

Le educasteis como a un compañero
de juegos, y es digno de cualquier mujer.
Apenas valgo lo que por mí paga.

CIMBELINO ¿Estás loca acaso?

IMOGENIA ¡Casi, señor, que el cielo me sane!

Ojalá fuese mi padre un cabrero,
y Leonato el hijo de un pastor vecino.

Entra la REINA.

CIMBELINO ¡Insensata!

(*A la REINA.*) Han vuelto a verse. No cumplisteis
mis órdenes. Lleváosla
y encerradla.

REINA Os lo ruego, calmaos.

Paz, hija y señora mía, paz. Buen soberano,
dejadnos solas, y tratad de hallar consuelo
en vuestro buen sentido.

CIMBELINO No, que destile

una gota de sangre al día hasta que su locura
la mate anciana.

Sale con los nobles.

REINA Mirad que tendréis que ceder.

Entra PISANIO.

Aquí está vuestro sirviente. ¿Y bien? ¿Qué hay de
nuevo?

PISANIO Vuestro hijo alzó la espada contra mi señor.

REINA ¡Ja! Espero que nadie fuese herido.

PISANIO Pudo serlo él,

pero más que luchar mi señor jugaba,
y la furia no le asistía. Unos hidalgos
les separaron.

REINA Me alegra oírlo.

IMOGENIA Vuestro hijo está de parte de mi padre,
y se apoya en él contra un desterrado.
¡Cuánto valor! Ojalá se enfrentasen los dos
en África, que yo con una aguja pincharía
al que retrocediese. (*A PISANIO.*) ¿Por qué abandonaste
a tu amo?

PISANIO Por orden suya. No quiso que le acompañase
al puerto, y me dio instrucciones
de obedeceros si os placía
encomendarme algo.

REINA Siempre os sirvió
fielmente. Me atrevo a afirmar
que seguirá haciéndolo.

PISANIO Humildemente agradezco a su alteza.

REINA Os lo ruego, demos un paseo.

IMOGENIA Venid a mi encuentro en media hora.
Vos al menos podéis ver partir a mi señor.
Ahora dejadme.

*Salen la REINA e IMOGENIA
por un lado y PISANIO por otro.*

ESCENA II

Entran CLOTEN y dos NOBLES.

NOBLE PRIMERO Señor, no estaría mal que mudaseis la camisa. La violencia de la lucha os hace humear como un sacrificio. Por donde el aire sale, el aire entra, y aquí fuera no lo hay tan dulce como el que vos exhaláis.

CLOTEN Cambiaría mi camisa si estuviese sangrienta. ¿Llegué a herirle?

NOBLE SEGUNDO (*Aparte.*) No por cierto, a él menos que su paciencia.

NOBLE PRIMERO ¿Herirle? Su cuerpo es coraza impenetrable si no está herido. Si no está herido, es camino holgado para el acero.

NOBLE SEGUNDO (*Aparte.*) Su acero, como un mal pagador, se escurrió por los callejones traseros.

CLOTEN El muy villano no me hizo frente.

NOBLE SEGUNDO (*Aparte.*) No, solo huyó hacia delante, directo a tu encuentro.

NOBLE PRIMERO ¿Haceros frente? Por si no tuvieseis ya muchas tierras, él las aumentó al cederos terreno.

NOBLE SEGUNDO (*Aparte.*) Cedió tantas pulgadas como océanos posee. ¡Mentecatos!

CLOTEN Ojalá no hubiesen llegado a separarnos.

NOBLE SEGUNDO (*Aparte.*) Ojalá, así hubieras medido por tierra cuán larga es tu idiotez.

CLOTEN ¡Y pensar que ella me rechazó por él!

NOBLE PRIMERO Siempre os dije, señor, que su belleza y su inteligencia no van parejas. Bella apariencia, sí, pero pocos destellos despide su ingenio.

NOBLE SEGUNDO (*Aparte.*) No brilla ante los necios para que el reflejo no la moleste.

CLOTEN Acompañadme a mis aposentos. Quisiera enterarme de que sufrió algún daño.

NOBLE SEGUNDO (*Aparte.*) Pues yo no quisiera oír que hubo daño, salvo que se tratase de la caída de un burro. Ese no sería grande.

CLOTEN (*Al NOBLE SEGUNDO.*) ¿No venís?

NOBLE PRIMERO Yo os acompañaré, mi señor.

CLOTEN No, vayamos los tres.

NOBLE SEGUNDO Sí, mi señor.

Salen.

ESCENA III

Entran IMOGENIA y PISANIO.

IMOGENIA Ojalá arraigases en los muelles del puerto para interrogar a los navíos. Si se extraviaran sus cartas, tan terrible sería la pérdida como la del indulto que aguarda el condenado. ¿Qué fue lo último que te dijo?

PISANIO Habló de su reina, su reina.

IMOGENIA ¿Y agitó después el pañuelo?

PISANIO Y lo besó, mi señora.

IMOGENIA ¡Lienzo insensible, más feliz que yo!

¿Y eso fue todo?

PISANIO No. Mientras mis ojos y mis oídos pudieron distinguirlo, se mantuvo en el puente agitando su pañuelo, su guante, su sombrero, expresando así como podía la angustia de su espíritu; cuánto se demoraba en surcar

su alma las olas, cuán demasiado aprisa
navegaba el barco.

IMOGENIA Debiste quedarte

y contemplarle hasta que a tus ojos pareciese
del tamaño de un cuervo.

PISANIO Mi señora, así lo hice.

IMOGENIA Yo hubiera tirado de los cordones de mis ojos,

rompiéndolos para seguirle mirando
hasta que la lejanía le hiciese más fino que una aguja;
sí, le hubiesen seguido hasta que minúsculo
como un mosquito se desvaneciese en el aire,
para solo entonces volver el rostro llorando.

Mas, mi buen Pisanio, ¿cuándo nos llegarán noticias
suyas?

PISANIO Descuidad, señora: en cuanto tenga ocasión.

IMOGENIA No nos despedimos, aunque le guardaba

las más bellas palabras. Antes de poder
decirle cómo pensaría en él a ciertas horas,
con estos y aquellos pensamientos, o de hacerle
jurar que no traicionaría con las italianas
su honor y mi cariño, o de encomendarle
que en sus oraciones fuese a mi encuentro
en los maitines, las vísperas y las nonas,
porque entonces me hallaría aguardándole
en el cielo, antes de intercalar el beso del adiós
entre dos dulces palabras, llegó mi padre

y como el tiránico viento del norte
heló los brotes que florecían.

Entra una DAMA.

DAMA Mi señora, la reina

solicita vuestra compañía.

IMOGENIA (*A PISANIO.*) Aquello que te pedí, despáchalo
aprisa.

Yo me reuniré con la reina.

PISANIO Así lo haré, mi señora.

Salen IMOGENIA y la DAMA por una puerta y PISANIO por otra.

ESCENA IV

*Entran FILARIO, GIACOMO, un FRANCÉS,
un HOLANDES y un ESPAÑOL.*

GIACOMO Creedme, señor, si os digo que le conocí en
Britania. Ya se inflaba entonces su reputación, y se
esperaba que creciera hasta ponerse a la altura del
nombre que recibió. Pero yo nunca le tuve especial
admiración, aunque me hubiesen desplegado junto a
él el catálogo de sus talentos y los hubiese leído
punto por punto.

FILAMO Habláis de alguien que por entonces no tenía las
cualidades y los dones visibles que hoy posee.

FRANCÉS Yo le he visto en Francia. Y allá tenemos muchos
otros que tanto como él hubiesen podido sostenerle
la mirada al sol.

GIACOMO Estoy seguro de que su matrimonio con la hija del
rey, por el que se le apreciará más que por
cualidades propias, acrecentará su renombre
inmerecidamente.

FRANCÉS Lo mismo que su destierro.

GIACOMO Sí, y lo mismo que la simpatía de quienes están del lado de la princesa y lamentan su separación solo por respaldar su criterio, aunque mal podría resistir las censuras por haber elegido un mendigo sin grandes cualidades. Mas ¿por qué razón se dispone a vivir con vos? ¿Cómo os habéis hecho de repente tan amigos?

FILAMO Su padre y yo servimos juntos en el mismo ejército, y a él más de una vez debí la vida.

Entra

PÓSTUMO.

Aquí viene el britano. Servidle de distracción como conviene a caballeros de mundo y a extranjeros de su calidad. Os lo ruego, trabad amistad con este hidalgo en tanto que noble amigo mío. Dejaré que su valor por sí mismo salga a relucir antes que alabarle en su presencia.

FRANCÉS (*A* PÓSTUMO.) Señor, nos conocimos en Orleans.

PÓSTUMO Y desde entonces os debo cortesías que por mucho que pague nunca alcanzaré a saldar.

FRANCÉS Mi señor, sobrestimáis mi humilde servicio. Me alegró reconciliaros con mi compatriota; hubiera sido una lástima veros enfrentados con los funestos propósitos que entonces albergabais por una causa tan ligera y trivial.

PÓSTUMO Os pido disculpas, mi señor. Por entonces yo era un joven viajero más dispuesto a salir al paso de lo que oía que a escuchar lo que dictaba la experiencia de otros; pero según mi diferente opinión (si no es ofensa decir que es diferente), la disputa no fue a la ligera.

FRANCÉS Lo era de más para someterla al arbitrio de las espadas de dos hidalgos que se hubiesen herido de

muerte el uno al otro.

GIACOMO ¿Podemos cortésmente preguntar cuál fue la discrepancia?

FRANCÉS Desde luego, creo yo. Fue pública la disputa, y puede referirse sin ser contradicha. Se pareció mucho a la riña de anoche, cuando cada uno de nosotros alababa a las mujeres de su propia tierra, pues en ocasión parecida este caballero afirmó y quiso garantizar con su sangre que su dama era más bella, virtuosa, sabia, casta, constante, agraciada y poco veleidosa que la mejor de las mujeres de Francia.

GIACOMO O esa dama ya ha fallecido, o a estas alturas nuestro hidalgo ya mudó de opinión.

PÓSTUMO Tan firme se mantiene su virtud como mi juicio.

GIACOMO Frente a las damas de Italia no debierais alabarla tanto.

PÓSTUMO Aunque se me provocase del mismo modo que en Francia no retiraría ni uno solo de mis elogios, aunque soy ahora más adorador que amante.

GIACOMO Tanta belleza y tanta bondad son demasiadas para una dama de Britania. Si aventajase a algunas que yo conozco del mismo modo que vuestro diamante sobrepasa en brillo a cuantos he visto, creería que es mejor que muchas; pero ni yo he visto el más precioso diamante que pueda hallarse sobre la tierra, ni vos tal dama.

PÓSTUMO La valoré según su precio; lo mismo hago con mi diamante.

GIACOMO ¿Y en cuánto estimáis el precio de la piedra?

PÓSTUMO En más de lo que el mundo posee.

GIACOMO Entonces vuestra dama está muerta o vale menos que esa bagatela.

PÓSTUMO Estáis equivocado. La una puede ser vendida o regalada, si hubiese riquezas suficientes para comprarla o méritos que permitiesen aceptarla. La otra no está en venta, y regalo no es sino de dioses.

GIACOMO ¿Que los dioses os ofrecieron?

PÓSTUMO Y que por su gracia conservaré.

GIACOMO Podéis creerla vuestra; mas debéis saber que las aves forasteras suelen posarse en estanques ajenos. Vuestro anillo puede ser robado; así que de vuestro par de tesoros el uno es tan frágil como el otro incierto. Un ladrón astuto o un cortesano avezado bien pudieran tratar de hacerse con ambos.

PÓSTUMO No hay en vuestra Italia cortesano tan hábil que comprometa el honor de mi dama, si es que la creéis frágil a la hora de perderlo o conservarlo. Y aunque bien sé que contáis con hordas de ladrones, no temo por mi anillo.

FILARIO Dejemos así las cosas, señores.

PÓSTUMO De todo corazón, mi señor. Debo agradecer a este noble *cavaliere* que no me trate como a un extraño: desde el principio hay confianzas.

GIACOMO Con cinco charlas como esta conquistaría el terreno de vuestra linda dama y la doblgaría hasta rendirla. Solo preciso de licencia y de ocasión para intimar con ella.

PÓSTUMO No, no.

GIACOMO Me atrevo a empeñar en ello la mitad de mi fortuna contra vuestro anillo, aunque me parece que exagero su valor. Pero mi apuesta atañe más a

vuestra confianza que a su fidelidad. No os ofendáis:
apostarí a lo mismo respecto a cualquier dama.

PÓSTUMO Mucho os engañáis con tan ciega creencia, y no
dudo que recibiréis en pago lo que vuestra osadía
merece.

GIACOMO ¿Y qué será ello?

PÓSTUMO La repulsa. Aunque vuestro intento, como gustáis
de llamarlo, merece más: el castigo.

FILARIO Señores, basta. Todo ha ido demasiado aprisa. Que
vuestras diferencias mueran como nacieron. Os
ruego un mejor entendimiento.

GIACOMO Mi fortuna entera y la de mi vecino hubiese
apostado en prenda de lo que afirmé.

PÓSTUMO ¿Qué dama elegiríais como víctima de vuestro
asedio?

GIACOMO La vuestra, que tan segura juzgáis en su
constancia. Dadme recomendaciones que me abran
las puertas de su corte, y ya en nuestro segundo
encuentro estaré en condiciones de traeros su honra,
que vos tan a salvo imagináis. Apuesto diez mil
ducados contra vuestro anillo.

PÓSTUMO A vuestro oro opondré el mío propio, porque
estimo tanto esta joya como mi dedo, es parte de él.

GIACOMO El miedo os hace sensato. No podríais impedir que
la carne de mujer se pudiese aunque la pagaseis a
un millón por onza. Mas vuestro temor ya es indicio
de vuestra fe.

PÓSTUMO Habláis por hablar. Espero que vuestro propósito
sea más serio.

GIACOMO Soy dueño de mis palabras, y mantendré lo dicho.
Lo juro.

PÓSTUMO ¿Lo haréis? Mi anillo quedará en prenda hasta vuestro regreso. Firmemos un acuerdo. La bondad de mi dama excede con mucho lo indigno de vuestro pensamiento. Soy yo quien os propone la apuesta. Aquí está mi anillo.

FILARIO No toleraré esta apuesta.

GIACOMO Por los dioses, está ya acordada. Si no aportase pruebas suficientes de haber gozado la parte más querida del cuerpo de vuestra amada, mis diez mil ducados serán tan vuestros como el anillo. Si partiese dejando su honra intacta, aquella joya, esta y mi oro son vuestros. Solo os pido una recomendación que me haga más fácil frecuentarla.

PÓSTUMO Acepto las condiciones. Pongámoslas por escrito. Solo a esto tendréis que responder: si llegáis hasta ella y me probáis vuestro triunfo, dejaréis de tenerme por enemigo. No valdría ella tanto como para ser causa de nuestra disputa. Si no llegáis a seducirla, de vuestra opinión vil y vuestro ultraje a su pureza responderéis con la espada.

GIACOMO Estrechad mi mano, queda convenido. Todo esto deberá consignarse legalmente y por escrito. Partiré de inmediato hacia Britania, antes de que el trato coja frío y muera. Buscaré mi oro y haré que la apuesta quede registrada.

PÓSTUMO Estoy de acuerdo.

Sale PÓSTUMO con GIACOMO.

FRANCÉS ¿Creéis que todo esto seguirá adelante?

FILARIO El *signore* Giacomo no cejará en su intento. Vamos tras ellos.

Salen.

ESCENA V

Entran la REINA, DAMAS y CORNELIO.

REINA Coged las flores mientras las perla el rocío.

Daos prisa. ¿Quién tiene la lista?

DAMA Yo, mi señora.

REINA No tardéis.

Salen las DAMAS.

Y vos, doctor, ¿traéis las pociones?

CORNELIO Sí, con vuestro permiso. Aquí están, mi señora.

Le da una caja.

Pero, sin deseo de ofenderos, mi conciencia
exige que pregunte a su alteza por el destino
de tan venenosas sustancias, capaces de causar
una lenta agonía, no por pausada
menos terrible y mortal.

REINA Me asombra, doctor,

esa pregunta. ¿No fui durante años
vuestra discípula? ¿No me enseñasteis vos
a elaborar, destilar y conservar esencias,
y tantas otras cosas que hasta el rey
más de una vez solicitó mis pociones?

¿No es comprensible por tanto
que pretenda ahora ampliar mi saber
con más experimentos?

¿O me juzgáis diabólica? Probaré la fuerza
de vuestros brebajes en criaturas
indignas de la horca, nunca en humanos,
y aplicaré después contravenenos

para considerar sus virtudes y sus efectos.

CORNELIO Su alteza

endurecerá su corazón con estas prácticas.

Por otra parte, contemplar tales efectos
resultará a la vez perjudicial y odioso.

REINA Oh, por eso no os preocupéis.

Entra PISANIO.

(Aparte.) Aquí viene el chacal adulator
sobre el que actuaré primero, esbirro
de su amo y enemigo de mi hijo.

¿Qué hay, Pisanio? Doctor, por ahora prescindo
de vuestros servicios. Podéis marchar.

CORNELIO *(Aparte.)* Sospecho de vos, señora.

Mas no haréis ningún daño.

REINA *(A PISANIO.)* Dos palabras, escucha.

CORNELIO *(Aparte)* No me gusta. Está convencida de poseer
extraños y lentos venenos. Conozco
su índole, y no confiaría drogas tan nocivas
a mujer tan pérfida. Las que le he dado
embotan por un tiempo los sentidos.
Quizá las pruebe primero en gatos y perros,
luego picará más alto. Mas no hay peligro
en ellas: la apariencia de muerte que producen
no es sino parálisis temporal del entendimiento,
que vuelve después renovado. Se engañará
gracias al falso efecto, y yo soy honrado

al engañarla.

REINA No precisaré de vos, doctor,

hasta que os llame.

CORNELIO Me retiro humildemente.

Sale CORNELIO.

REINA (*A PISANIO.*) ¿Dices que aún llora? ¿No crees que el tiempo

la calmará, poniendo buen juicio

donde reina la locura? Cumple tu misión.

Cuando puedas decirme que acepta a mi hijo

te responderé yo que eres tan noble

como tu amo. O más aún, porque su suerte

yace derrotada, y su buen nombre

apenas respira. Volver no puede,

seguir donde está le es imposible. Mudando

de casa tan solo troca miseria por miseria,

y cada día que pasa expira el fruto

de un día de afanes. ¿Qué puedes esperar

si te apoyas en quien no se tiene,

sin poder rehacerse y sin amigos

capaces de sustentarle?

Deja caer la caja.

Él la recoge.

En verdad ignoras

lo que has recogido. Úsalo en tu misión.

Es una droga que yo misma elaboré

y que por cinco veces al rey salvó de la muerte.

No sé de mejor cordial. No, llévatela
como anticipo de los grandes bienes que te destino.
Haz ver a tu señora el modo en que pintan
sus asuntos. Debe parecer idea tuya.
Piensa en lo mucho que sacas con el cambio.
Sin perder a tu ama ganarás el favor de mi hijo.
Convenceré al rey para que te conceda
un rango acorde con tu deseo. Y yo misma,
tras conducirte a tantas recompensas,
me obligaré a premiar con largueza
tus méritos. Llama a mis damas.

Sale PISANIO.

Piensa bien lo que te digo. Truhán astuto
y fiel, no conseguiré engañarte. Valedor
de su amo, le recuerda a ella que no afloje
los lazos que les atan. Si llega a beber
lo que le ofrecí, su ama perderá
al embajador de su amado. Ella misma,
si no cambia de parecer, no tardará mucho
en probarlo.

Entran PISANIO y las damas.

Vaya, vaya. Muy bien, muy bien.
Llevad las violetas, las primulas y las primaveras
a mis aposentos. Adiós, Pisanio.
Piensa bien lo que te dije, Pisanio.

PISANIO Procuraré hacerlo.

Salen la REINA y las damas.

Si fallo a mi señor, yo mismo me ahorcaré.

Nada más que eso por su alteza haré.

Sale PISANIO.

ESCENA VI

Entra IMOGENIA sin compañía.

IMOGENIA Padre cruel, madrastra falsa,

necio pretendiente de la esposa

de un desterrado. ¡Ah, mi esposo, corona

de mis penas, objeto de tantas vejaciones!

Ojalá como a mis hermanos me hubiesen raptado.

¡Qué felicidad! Triste destino tienen los deseos

de los poderosos. Benditos los humildes

y sus sueños honrados que maduran con las
estaciones.

¿Quién anda ahí? ¡Marchaos!

Entran

PISANIO y GIACOMO.

PISANIO Mi señora, un noble hidalgo romano

os trae cartas de mi señor.

GIACOMO ¿Palidecéis, señora?

El noble Leonato está sano y salvo,

y saluda a su alteza con ternura.

Le da las cartas.

IMOGENIA Gracias, buen señor.

Sois más que bienvenido.

Lee las cartas.

GIACOMO (*Aparte.*) ¡Todo es único en su belleza!

Si está dotada de un alma parecida

ella es el fénix de Arabia, y yo pierdo
la apuesta. Ayúdame, atrevimiento.
Audacia, ármame de la cabeza a los pies,
o huiré como los partos mientras lucho.
O más bien huiré solamente.

IMOGENIA (*Leyendo en voz alta.*) «Es del más noble rango, y
a su cortesía quedé infinitamente obligado. Trátalo
en consecuencia, tal como valoras mi confianza.
Leonato.»

(*A GIACOMO.*) Hasta aquí leeré en alto,
pero mi corazón por entero se alegra
con el resto, y lo toma agradecido.
Sed tan bienvenido, noble señor,
como puedan expresar mis palabras
y probar mis actos.

GIACOMO Gracias, gentil dama.

¿Estarán locos los hombres? Les dio ojos
la naturaleza para contemplar la bóveda
celeste, las riquezas del mar y de la tierra,
discernir los orbes incandescentes en lo alto
y los guijarros incontables en las playas,
¿y aun así tan preciosas lentes no distinguen
lo bello de lo horrendo?

IMOGENIA ¿Qué os admira tanto?

GIACOMO No pueden ser los ojos, porque hasta los monos,
ante dos mujeres tales, a la una aprobarían
apartando a la otra a manotazos. Tampoco

será el entendimiento, pues hasta un idiota
juzgaría sabiamente en este caso. Ni el apetito:
la inmundicia, frente a tanta excelencia,
haría que la gula vomitase en ayunas
y perdiese las ganas de alimento.

IMOGENIA ¿De qué estáis hablando?

GIACOMO Del ansia colmada,
del deseo saciado pero insatisfecho,
de la tinaja que siempre está llena y vacía,
que suspira por la bazofia tras el cordero.

IMOGENIA ¿Qué os perturba tanto? ¿Estáis bien?

GIACOMO Sí, mi señora, gracias. (*A PISANIO.*) Os lo ruego,
decid a mi criado que espere donde le dejé.
Es extranjero e insolente.

PISANIO Me dirigía, señor,
a darle la bienvenida.

Sale.

IMOGENIA ¿Se encuentra bien mi esposo?

Decidme, ¿cómo está su salud?

GIACOMO Bien, mi señora.

IMOGENIA ¿Se muestra alegre? Espero que sí.

GIACOMO Muy alegre. No hay por allá recién llegado
más jovial y jubiloso. Le llaman
el britano dicharachero.

IMOGENIA Cuando estaba aquí
se inclinaba a la melancolía, y muchas veces

ni él sabía la razón.

GIACOMO Nunca le vi yo triste.

Tiene un amigo, un eminente monsieur
francés, que parece amar mucho
a una moza que dejó en las Galias. Humea
grandes suspiros, y el britano chistoso
(quiero decir, vuestro señor) ríe a carcajadas
y grita: «¡Ay, yo me parto al pensar que alguien
que sabe por la Historia, por relatos y por experiencia
cómo son las mujeres y cuál su naturaleza
irremediable, decida malgastar su libertad
añorando las firmes ataduras!».

IMOGENIA ¿Eso dice?

GIACOMO Sí, mi señora, llorando de risa.

Es desternillante escucharle cuando
se burla del francés. Pero bien saben
los cielos que ciertos hombres
merecen también esas censuras.

IMOGENIA Él no, espero.

GIACOMO No, no, él no. Y eso que debiera agradecer mejor
los méritos que recibió del cielo.
Por sí solo tiene ya muchos. Y vos, a quien
cuento entre ellos, los superáis a todos.
Siento admiración y piedad al tiempo.

IMOGENIA ¿De qué os apiadáis?

GIACOMO De dos criaturas, a fe mía.

IMOGENIA ¿Soy yo una de ellas?

Me estáis mirando. ¿De qué catástrofe soy víctima
para merecer vuestra piedad?

GIACOMO ¡Qué pena!

¡Escondirse así del sol radiante para retozar
en mazmorras tenebrosas!

IMOGENIA Señor,

os lo ruego, responded más claramente
a mis preguntas. ¿Por qué me compadecéis?

GIACOMO Y pensar que otras...

Iba a decir que gozan con vuestro...
Mas toca a los dioses vengaros,
y no a mí hablar de ello.

IMOGENIA Parecéis

saber algo que me concierne. Sospechar
que las cosas vayan mal es peor
que estar seguros: la certeza excusa
el remedio o lo procura, si llega
a tiempo. Reveladme por tanto
lo que decís y calláis a la vez.

GIACOMO Ojalá

fuese mía esa mejilla, para reposar
en ella mis labios; esa mano cuyo
tacto forzaría la fidelidad del alma;
ese ser que al inflamarlos ataja
la inquietud de mis ojos. Maldito

fuera yo si entonces babease sobre labios
tan hollados como la escala del Capitolio,
si estrechase manos callosas a fuerza
de falsías que son trabajos, si buscase
unos ojos tan opacos y viles como la turbia
luz que el sebo fétido alimenta. Justo
sería que las plagas infernales se abatiesen
sobre tal vergüenza.

IMOGENIA Parece que debo temer

que mi señor haya olvidado Britania.

GIACOMO Y a sí mismo.

No tenía la intención de referir su veleidad
miserable, mas vuestras virtudes por ensalmo
llevaron el relato de mi mente sellada
hasta mi lengua.

IMOGENIA No quiero saber más.

GIACOMO ¡Alma gentil, vuestra causa enferma
mi corazón de pena! Bella dama, casando
con un rey doblaríais su imperio. ¡Y veros
al nivel de zorras pagadas con dinero
de vuestros cofres, de cortesanas
enfermas que trocan oro en ponzoñas
y en todas las podredumbres
de la naturaleza! ¡El mismo veneno
se envenena con ellas! Si no os vengáis,
no sois hija de reina, ni estáis a la altura

de tan noble linaje.

IMOGENIA ¿Vengarme?

¿Cómo seré vengada? Si fuese cierto
(pues tengo un corazón que mis oídos
tardarán en convencer), si fuese cierto,
¿cómo seré vengada?

GIACOMO Entre sábanas frías

os tiene, cual sierva de Diana, mientras
cabalga sobre furcias de todas las especies
para vuestro ultraje, a costa vuestra... vengaos.
Yo me consagro a daros dulces placeres,
más noble que quien huyó de vuestra cama,
y tan discreto como fiel quedará siempre
ligado a vuestro afecto.

IMOGENIA ¡Cómo! ¡Pisanio!

GIACOMO Permitid que me ponga al servicio de esos labios.

IMOGENIA ¡Fuera! Malditos sean mis oídos, que tanto

tiempo te atendieron. Si tuvieses honor,
tu relato no tendría el final
repugnante que persigues. Ultrajas
a un hidalgo tan ajeno a tus cuentos
como tú al honor, y ofendes a una dama
que siente el mismo desdén por ti
y por el diablo. ¡Ven aquí, Pisanio!
El rey mi padre sabrá de tus insultos.
Si le parece apropiado que un forastero

insolente tome su corte por un burdel
romano y desahogue en ella sin pudor
su torpe juicio, bien poco le interesa
esa corte, y menos aún respeta
a su propia hija. ¡Aquí, Pisanio!

GIACOMO Feliz Leonato, puedo jurarlo.

La fe que en ti deposita tu dama
merece tu confianza, y tu perfecta
virtud su firme crédito. Por muchos
años vivid dichosa, señora del más noble
hidalgo jamás nacido. Estáis destinada
tan solo a lo más noble. Perdonadme.
Hablé así para saber si vuestra palabra
tenía firmes raíces, y volveré a poner
a vuestro señor donde corresponde.
Es el más fiel de los hombres, y quienes
le conocen, hechizados, le entregan
la mitad del corazón.

IMOGENIA Reparáis vuestras torpezas.

GIACOMO Se sienta como un dios entre los hombres.

Es tal su dignidad que por ella excede
su apariencia la de los simples mortales.
Princesa, no os enfade que intentase
engañaros con falsas historias. La reacción
confirmó el buen juicio que mostrasteis
al elegir un esposo tan poco común

que, como bien sabéis, no puede equivocarse.

Mi afecto hacia él me llevó a trillaros,
mas los dioses, al contrario que a las otras,
os hicieron solo de grano. Por favor, perdonadme.

IMOGENIA Está bien. Tened por vuestro mi poder en la corte.

GIACOMO Humildemente, gracias. Casi olvidaba
solicitaros un favor mínimo pero importante,
pues concierne a vuestro esposo.

Yo mismo y otros nobles amigos
tenemos que ver en el asunto.

IMOGENIA ¿De qué se trata?

GIACOMO Unos doce de nosotros, todos romanos,
y vuestro esposo, la mejor pluma
del ala, reunimos dinero para ofrecer
al emperador un regalo que yo mismo
compré en Francia. Vajillas labradas,
y joyas de exquisita forma y gran valor.
Siendo extranjero me inquieta no poder
guardarlas en lugar seguro. ¿Podríaís vos
custodiarlas?

IMOGENIA Desde luego,
empeño mi honor en su recaudo.
Si mi señor tiene interés por ellas
las guardaré en mi propia alcoba.

GIACOMO Enunarca
las vigilan mis hombres. Ordenaré

que por esta noche os la confíen.

Debo partir mañana.

IMOGENIA ¡Oh, no, no!

GIACOMO Sí, pues alargando el regreso acortaría
la confianza en mi palabra. Desde la Galia
crucé los mares con el propósito y bajo
la promesa de encontraros.

IMOGENIA Agradezco el esfuerzo.

¡Pero no partáis mañana!

GIACOMO Ah, debo hacerlo.

Si queréis enviar carta a vuestro esposo
escribidla esta noche. Dilaté demasiado
el plazo, crucial para la entrega
de nuestra ofrenda.

IMOGENIA Escribiré.

Enviadme el arca, será bien custodiada
y fielmente devuelta. No me deis las gracias.

Salen separadamente.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Entran CLOTEN y los dos NOBLES.

CLOTEN ¿Dónde se ha visto un hombre con tan mala suerte?
¡Cuando mi bola iba a dar en el blanco, me la empujan lejos! Había apostado cien libras, y un don nadie hijo de puta me reta a duelo por blasfemar, como si él fuese dueño de todos los juramentos y yo no pudiese usarlos a mi gusto.

NOBLE PRIMERO ¿Qué consiguió con eso? Le partisteis la cabezota con la bola.

NOBLE SEGUNDO Si hubiese tenido los sesos como los de quien le abrió la tapa, se le habrían escurrido todos fuera.

CLOTEN Cuando a un hidalgo le viene en gana blasfemar, no hay pasmarote que pueda cortarle en seco, ¿o no?

NOBLE SEGUNDO No, mi señor... (*aparte*) pero tampoco es cuestión de cortarles las orejas.

CLOTEN ¡Hijo de perra! ¿Que le proporcionase una satisfacción? ¡Si al menos hubiese sido alguien hecho de mi pasta!

NOBLE SEGUNDO (*Aparte.*) Entonces hubiese olido a perros muertos.

CLOTEN ¡Nada en el mundo me puede humillar más, así le parta un rayo! Ojalá no fuese yo de tan alto rango. No se atreven a luchar conmigo porque mi madre es la reina. Cualquier don nadie puede pelear hasta

hartarse, y yo aquí, de un lado para otro, como un gallo con el que no se atreven.

NOBLE SEGUNDO (*Aparte.*) Eres un gallo y un capón, y con la cresta caída se te escapan los gallos.

CLOTEN ¿Decías algo?

NOBLE SEGUNDO No es apropiado que mi señor se pelee con cada tipejo al que ofende.

CLOTEN No, ya lo sé, pero sí que es apropiado ofender a mis inferiores.

NOBLE SEGUNDO Sí, tan solo para vos es apropiado.

CLOTEN Pues eso es lo que digo.

NOBLE PRIMERO ¿Oísteis hablar del forastero que llegó anoche a la corte?

CLOTEN ¿Un extraño, y yo sin saberlo?

NOBLE SEGUNDO (*Aparte.*) También él es un tipo extraño, y no lo sabe.

NOBLE PRIMERO Es italiano, y dicen que amigo de Leonato.

CLOTEN ¿Leonato? Ese es un rufián que bien mereció el destierro; y el otro también lo será, sea quien sea. ¿Quién os lo ha dicho?

NOBLE SEGUNDO Uno de los pajes de su alteza.

CLOTEN ¿Será apropiado que vaya a su encuentro? ¿No arriesgaré mi dignidad?

NOBLE SEGUNDO Os sería imposible arriesgarla, mi señor.

CLOTEN Me sería difícil, creo yo.

NOBLE SEGUNDO (*Aparte.*) Eres un tontaina rematado, y tus actos, por tontos que sean, no te desdoran.

CLOTEN Acompañadme, voy a ver a ese italiano. Lo que hoy perdí en la petanca se lo ganaré esta noche a él.

Vamos, vamos.

NOBLE SEGUNDO En un instante me reuniré con vos.

Salen CLOTEN y el PRIMER NOBLE.

¡Que la astuta diablesa de su madre
engendrarse un asno tal! Nada respeta
la maldad de esa mujer, y sin embargo
su hijo no sabe que veinte menos dos son
dieciocho. ¡Ay, pobre princesa,
divina Imogenia, cuánto te hacen sufrir
un padre por tu madrastra gobernado,
una madre que urde intrigas cada hora,
un pretendiente más odioso que el terrible
destierro de tu marido y que el divorcio
vil al que quiere forzarte! ¡Que el cielo
afiance los muros de tu honor y del templo
de tu espíritu! ¡Ojalá algún día jubiloso
puedas gozar de tu patria con tu esposo!

Sale.

ESCENA II

*Se coloca un arca. Se introduce una cama sobre la que está acostada
IMOGENIA, leyendo un libro. Entra HELENA, una dama.*

IMOGENIA ¿Quién anda ahí? ¿Es Helena, mi aya?

HELENA Sí, mi señora.

IMOGENIA ¿Qué hora es?

HELENA Casi medianoche, señora.

IMOGENIA Entonces llevo tres horas leyendo. Ya se cansaron
mis ojos. Marca la página donde me quedé.

Ve a dormir. No te lleves la vela, déjala ardiendo.
Y si a las cuatro consigues despertarte,
avísame, te lo ruego. El sueño me vence.

Sale HELENA.

A vosotros, dioses, me encomiendo.
De los duendes y los demonios nocturnos
protegedme.

IMOGENIA se duerme. GIACOMO sale del arca.

GIACOMO Cantan los grillos, y el descanso sosiega
los sentidos fatigados de los hombres.
Sigiloso como yo Tarquinio anduvo
sobre las esteras, por no despertar a la castidad
al violarla. ¡Ah, Citerea, cómo adornas tu lecho,
lirio fresco más blanco que los lienzos!
¡Tocarte, besarte, solo un beso! ¡Rubíes sin par,
qué dulces sois! Su aliento perfuma la alcoba.
Sobre ella inclina la vela su llama,
quiere adivinar entreabriendo sus párpados
las luces veladas por las celosías, de un blanco
y de un azul robados al añil del cielo.
Pero me debo a mi plan... estudiar el cuarto.
De todo lo que alberga tomaré nota.

Escribe en una tablilla.

Estas pinturas y aquellas, allá una ventana,
los ornamentos del lecho, los tapices con tales
figuras y el argumento de las historias.
Ah, pero alguna marca de nacimiento

sería mejor testigo y apoyaría mi relato
más que un millar de insulsos muebles.
Oh, sueño, mono amaestrado de la muerte,
cae sobre ella, que sus sentidos se asemejen
a los de una estatua yacente en su sepulcro.
Sal, sal. ¡Más complicado que el nudo gordiano!

Le quita el brazalete.

Ya es mío. Testimonio tan sólido, unido a la tarea
interior de la conciencia, enloquecerá a su esposo.
En su seno izquierdo un lunar con cinco
manchas, como los estambres escarlatas
de las primulas. He aquí la prueba
más decisiva que jamás vio juez alguno.
Ella le hará creer que abrí el cerrojo
y robé el tesoro de su honra. Basta.
¿Por qué seguir? ¿Por qué escribir lo que a fuego
queda grabado en la memoria? Leyó hasta
muy tarde la historia de Tereo. La hoja quedó
aquí doblada, cuando Filomela cede. Tengo
lo que preciso. Al cofre, y cerremos la tapa.
¡Aprisa, aprisa, dragones nocturnos! ¡Aurora,
abre los ojos al cuervo! Me escondo con temor.
Junto a mí queda un ángel, infierno alrededor.

Un reloj da la hora.

Una, dos, tres. ¡Ya es la hora, es la hora!

Entra en el arca.

El lecho y el arca son retirados.

ESCENA III

Entran CLOTEN y los dos NOBLES.

NOBLE PRIMERO Su alteza es el más paciente perdedor y el que con más sangre fría recibe un as.

CLOTEN Cualquiera se queda helado cuando va perdiendo.

NOBLE PRIMERO Pero no todos perderían con la flema de su alteza. Cuando ganáis sois el más apasionado y exaltado de los hombres.

CLOTEN Ganar inflama a cualquiera. Si pudiera cazar a esa tonta de Imogenia, tendría todo el oro que quisiese. ¿Es ya casi de día, verdad?

NOBLE PRIMERO Ya ha amanecido, mi señor.

CLOTEN Ojalá lleguen con la música. Me aconsejaron darle una serenata al amanecer, me dijeron que eso penetraría en su alma. (*Entran los músicos.*) Vamos, tocad. Bueno será que consigáis penetrarla con vuestros dedos. Y lo intentaremos también con la lengua. Si no funciona nada de eso, habrá que dejarla correr. Pero nunca renunciaré a ella. Primero una pieza excelente compuesta con ingenio. Luego una dulcísima canción de letra admirable. Y después la dejaremos reflexionar.

MÚSICO (*Canta.*)

Oye, oye, a la puerta del cielo la alondra canta,
mi dama, ya Febo bosteza y se levanta,
y guía sus corceles, sirviéndoles de arriero,
al cáliz del narciso que es su abrevadero.
Ya la dorada caléndula está abierta.
¡Con todo lo que es bello, despierta,
despierta, despierta!

CLOTEN Muy bien, podéis marcharos. Si esto la penetra consideraré que vuestra música es la mejor. Y si no, será que tiene un defecto en los oídos que ni crines de caballos, ni tripas de becerros, ni voces de eunucos bien capados podrán solucionar.

Salen los músicos.

Entran CIMBELINO y la REINA.

NOBLE SEGUNDO Aquí viene el rey.

CLOTEN Estoy contento por haberme quedado despierto hasta tan tarde: gracias a eso estoy despierto tan temprano. Lo menos que puede hacer es agradecerme como un padre el servicio que le he prestado. Buenos días a su majestad, y también a mi señora madre.

CIMBELINO ¿Estás de guardia ante la puerta de nuestra hija testaruda? ¿No quiere salir?

CLOTEN La he cortejado con músicos, pero no acusa recibo.

CIMBELINO El exilio de su esbirro está reciente.

Aún no le ha olvidado. En poco tiempo
se borrará la huella de su memoria,
y entonces será tuya.

REINA (*A CLOTEN.*) Agradece al rey

que no deje pasar las ocasiones
de predisponer a su hija en tu favor.
Disponte a cortejarla con esmero,
y aprovecha el momento oportuno.
Que sus desplantes redoblen tus ofrendas.
Simula que un impulso invencible es padre
de tu homenaje y acata siempre sus deseos,

salvo si te rechaza: entonces hazte
el tonto.

CLOTEN ¿Tonto yo? De eso nada.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO (*A CIMBELINO.*)

Con licencia, señor: embajadores romanos.

Su jefe es Cayo Lucio.

CIMBELINO Noble persona

pese a sus belicosos propósitos.

Mas no es culpa suya, y le recibiremos
conforme al rango de quien le envía.

Dada la generosidad que mostró antaño
debemos concederle nuestra atención.

Hijo querido, saluda a tu amada
y reúnete con nosotros. Precisaremos de ti
para acoger al romano. Venid, mi reina.

Salen todos excepto CLOTEN.

CLOTEN Si está ya en pie, hablaré con ella.

Si no, que duerma y sueñe.

(*Llama a la puerta.*) ¡Con licencia! ¡Eh!

Sé que sus damas la acompañan.

¿Y si le untase las manos a alguna?

Todas las puertas abre el oro, sí,
y corrompe a las propias guardesas
de Diana, llevando la cierva al cazador
furtivo. El oro condena a muerte al honrado
e indulta al ladrón, o cuelga a los dos

en la horca. ¿Qué no podrá hacer y deshacer?

De alguna de sus damas haré mi abogada,

porque ni yo me aclaro con este pleito.

¡Con licencia!

Vuelve a llamar.

Entra una DAMA.

DAMA ¿Quién aporrea la puerta?

CLOTEN Un hidalgo.

DAMA ¿Hidalgo solamente?

CLOTEN Sí, y también hijo de hidalga.

DAMA Eso ya es más

de lo que pueden decir gentes con sastres

tan careros como los que os visten. ¿Qué quiere mi señor?

CLOTEN ¿Está ya dispuesta tu ama?

DAMA Sí.

Dispuesta a no salir.

CLOTEN Aquí tienes oro.

Compraré tus buenas palabras.

DAMA ¿Cuáles? ¿Mi buen nombre? ¿O las que me parezca

bien decir sobre vos? La princesa.

Sale la DAMA.

Entra IMOGENIA.

CLOTEN Buenos días, hermana. Vuestra dulce mano...

IMOGENIA Buenos días, señor. Mucho gastáis en comprar

desaires. Las gracias que os doy demuestran

que ando escasa de gracias y tengo pocas

para regalar.

CLOTEN Aun así, os juro que os amo.

IMOGENIA Sería lo mismo que no hubieseis jurado.

Si persisten vuestros juramentos, yo persistiré
en ignorarlos.

CLOTEN Eso no es un respuesta.

IMOGENIA Hablo tan solo por no haceros creer

que callando otorgo. Dejadme sola.

A todas vuestras zalemas opondré
desplantes. Alguien con tanto juicio
debería aprender la lección y contenerse.

CLOTEN Dejaros en vuestra locura sería pecado.

No lo haré.

IMOGENIA Los necios no curan a los locos.

CLOTEN ¿Me estáis llamando necio?

IMOGENIA Porque estoy loca.

Vuestra medida atajaría mi demencia
curándonos a ambos. De veras lamento,
señor, que vuestra palabrería me haga
olvidar los modales de una dama. Sabed
para siempre que conozco bien mi corazón,
y de corazón afirmo que me sois indiferente.
Tan cerca está la caridad de faltarme
que casi os odio, y ojalá este alarde
fuese más vuestro que mío.

CLOTEN Volvéis a pecar

desobedeciendo a vuestro padre. El lazo
que decís que os une al ruin villano,
criado con limosnas, con las migajas
y las sobras de la corte, ni es lazo
ni es nada. Es un plebeyo, y aunque
los plebeyos pueden unirse libremente
en coyundas que solo engendran
arrapiezos y mendigos, de tal libertad
os priva el decoro que acompaña
a la corona. No debéis faltar a la dignidad
de vuestro rango con un vulgar siervo,
que solo vale para lacayo de librea
o pinche de cocina... ni eso.

IMOGENIA Tipejo infame,

no podrías cuidar de su caballo
aunque fueses hijo de Júpiter, menos aún siendo
quien eres. Subirías de rango y serías
envidiado si tus virtudes te ganasen
el cargo de ayudante del verdugo
de su reino, y por tanto honor muchos
te odiarían.

CLOTEN ¡Que las nieblas del sur le pudran!

IMOGENIA Nunca conocerá mayor desgracia que la de andar

en tu boca. Prefiero el menor atavío
que jamás ciñó su cuerpo a todos los pelos
que te cubren, aunque cada uno engendrarse

un hombre como tú. ¡Ven, Pisanio!

Entra PISANIO.

CLOTEN ¿Su menor atavío? Por el diablo...

IMOGENIA (*A PISANIO.*) Llama ahora mismo a mi aya
Dorotea.

CLOTEN ¿Sus atavíos?

IMOGENIA Me ronda un imbécil, me asusta
y me enfurece. Pide a mi aya que busque
una pulsera que cayó de mi brazo
por descuido. Era de tu señor. ¡Maldita
fuese yo si la trocase por todos los tesoros
de los reyes de Europa! Creo haberla visto
esta mañana. Estoy segura de que anoche
estaba en mi brazo. Le di un beso. Espero
que no partiese para decir a mi señor
que besé algo que no era él.

PISANIO Ya lo veréis, no se ha perdido.

IMOGENIA Espero que no. Ve a buscarla.

Sale

PISANIO.

CLOTEN Me habéis insultado.

¿«Su menor atavío»?

IMOGENIA Sí, mi señor, eso dije.

Si queréis ir a juicio, buscaos testigos.

CLOTEN Informaré a vuestro padre.

IMOGENIA Y a vuestra madre.

Es mi protectora, y por eso estoy segura

de que pensará lo peor de mí. Con el peor
de los disgustos os dejo yo.

Sale IMOGENIA.

CLOTEN Me vengaré.

¿«Su menor atavío»? Muy bien.

Sale CLOTEN.

ESCENA IV

Entran

PÓSTUMO y FILARIO.

PÓSTUMO No temáis, señor. Ojalá estuviese tan seguro
de poder conquistar al rey como de la firmeza
de la honra de Imogenia.

FILARIO ¿Qué medios empleáis con él?

PÓSTUMO Ninguno. Confío en la mudanza del tiempo,
tirito ahora en el invierno y aguardo días
más benignos. Con estas esperanzas tan ajadas
apenas correspondo a vuestro afecto. Moriré
en gran deuda con vos si me fallasen.

FILARIO Vuestros méritos y compañía pagan
de sobra mi ayuda. A estas alturas
vuestro rey ya sabrá del gran Augusto,
Cayo Lucio habrá cumplido su misión.
Y si no paga con intereses el tributo
se enfrentará a Roma, cuya memoria
aún debe serle dolorosa.

PÓSTUMO No soy hombre de estado
ni pretendo serlo, pero en verdad opino

que el asunto nos llevará a la guerra. Antes
de que se pague una sola moneda
del tributo desembarcarán en Britania
las legiones de la Galia. Nuestras gentes
están más organizadas que cuando César
se burló de su impericia sin dejar
de considerar su arrojo.
Su disciplina y su coraje probarán
a sus adversarios que son un pueblo
merecedor de la estima del mundo.

Entra GIACOMO.

FILARIO Mirad, Giacomo.

PÓSTUMO Habéis cabalgado los ciervos más ligeros,
y todos los vientos besaron vuestras velas
para hacer volar el navío.

FILARIO Sed bienvenido.

PÓSTUMO Espero que la respuesta recibida fuese
tan breve como vuestro viaje.

GIACOMO Vuestra dama

se cuenta entre las más hermosas que jamás viera.

PÓSTUMO Y es la más virtuosa. Si no, que asome su belleza
a las ventanas y atraiga con falsías el corazón
de los falsos.

GIACOMO Tengo cartas para vos.

PÓSTUMO Será bueno lo que dicen.

GIACOMO Es muy probable.

PÓSTUMO *lee las cartas.*

FILARIO ¿Visteis a Cayo Lucio en la corte
de Britania?

GIACOMO Estaban a su espera,
mas no había llegado.

PÓSTUMO Todo va bien por ahora.

¿Brilla este diamante como solía, o lo encontráis
demasiado opaco para vuestra elegancia?

GIACOMO Perdiéndolo hubiese perdido su peso en oro.

Dos veces más lejos viajaría por volver
a gozar de una noche tan breve y tan dulce
como la mía en Britania: gané el anillo.

PÓSTUMO La joya es difícil de ganar.

GIACOMO No tanto,
siendo tan fácil la dama.

PÓSTUMO No toméis
a broma la derrota. Sabéis muy bien
que nunca seremos amigos.

GIACOMO Lo seremos
si cumplís nuestro acuerdo. Si no volviese
con cabal conocimiento de vuestra esposa,
ciertamente más lejos llegaría la disputa.
Pero aquí proclamo que con su honra
gané vuestra sortija. Y no ofendí ni al marido
ni a la esposa, porque cumplí la voluntad
de ambos.

PÓSTUMO Si lográis probar que gozasteis

de su lecho, os daré mi mano y mi anillo.

Si no, la idea rastrera que teníais de su honor
se ganará o perderá por mi espada o la vuestra,
o quedarán ambas sin dueño a merced
de quien las encuentre.

GIACOMO Mis pruebas, señor,

tan palpables como he de ofrecerlas,
lograrán convenceros. Y mi juramento
respaldaría su fuerza, aunque no dudo
que vos mismo lo juzgaréis innecesario.

PÓSTUMO Hablad.

GIACOMO Lo primero, su dormitorio...

Donde confieso no haber dormido, pero
lleno de cosas que bien valían la vigilia.
Tapices de oro y plata lo adornaban, figurando
el encuentro de la altiva Cleopatra y su romano,
con el Cidno desbordado por orgullo
o bajo el peso de las barcas: una pieza
tan soberbia que en ella se admiraba
a un tiempo la habilidad y el precio; tan bien
tejida y tan precisa que la vida misma
parecía escaparse de ella.

PÓSTUMO Es cierto.

Pero podéis haber oído aquí
esos comentarios, de mí o de otros.

GIACOMO Más pormenores

confirmarán mi narración.

PÓSTUMO Si no lo hacen

ultrajarán vuestra honra.

GIACOMO La chimenea está

en el lado sur de la alcoba, y en su frontal
se baña la casta Diana. Nunca vi figuras
tan capaces de contar una historia. El escultor
creó una segunda naturaleza: muda, quieta
y sin aliento, sobrepasó a la primera.

PÓSTUMO También

de eso se habla mucho, y bien podríais
haber escuchado el relato.

GIACOMO Querubines dorados

adornan el techo de la alcoba. Y me olvidaba
de los ciegos cupidos de plata que sirven
de morillos ante el fuego, haciendo equilibrios
sobre sus antorchas.

PÓSTUMO ¿Nada más?

Suponiendo que hayáis visto todo eso (y habría
que alabar vuestra memoria), el pormenor
del contenido de su alcoba en nada atañe
a la apuesta que acordamos.

GIACOMO Palideced, pues,

y permitidme tan solo mostraros esta joya:

Muestra el brazalete.

mirad, ya la he guardado. La casaré con vuestro
anillo y me quedaré con ambos.

PÓSTUMO ¡Oh, Júpiter!

Dejadme verla de nuevo. ¿Es la misma
que le ofrecí?

GIACOMO Lo es, y mucho se la agradezco.

Parece que la estoy viendo al desprenderla
de su brazo. El donaire del gesto excedía el regalo
y acrecentó su valor. Me lo tendió comentando
que en su día le tuvo cierta estima.

PÓSTUMO Tal vez se la quitó
para enviármela.

GIACOMO ¿Dice eso en su carta?

PÓSTUMO Oh, no, no, no, es verdad. Tomad esto también.

Dándole a GIACOMO el anillo.

Es para mis ojos un basilisco, me mataría
mirarlo. No hay honor donde hay belleza,
verdad donde se aparenta, amor que resista
un rival. Las promesas de mujeres
valen tan poco como el nudo
de aire que las ata a sus virtudes.
¡Oh, falsedad desmedida!

FILARIO Paciencia, señor,

recobrad el anillo, aún pudiera ser vuestro.
Tal vez perdió el brazalete. ¿Quién sabe
si alguna de sus damas lo robó

cediendo al soborno?

PÓSTUMO Tenéis razón. Espero

que así lo consiguiese. Dadme mi anillo.

Recupera su anillo.

Quiero alguna prueba referida a su cuerpo
y más decisiva. Esta fue robada.

GIACOMO La obtuve de su brazo, por Júpiter.

PÓSTUMO Escuchadle, lo jura por Júpiter. Es cierto,

guardad el anillo, es cierto. Ella nunca
hubiera perdido la pulsera. Sus doncellas
son fieles y devotas. ¿Sobornarlas un extraño?
No, en verdad la ha poseído.

El emblema de su lujuria es este.

Muy caro pagó el nombre de puta.

Le da el anillo a GIACOMO.

Ahí lo tienes, toma tu sueldo. ¡Así os arrastren
a los dos todos los diablos del infierno!

FILARIO Calma.

Ni la evidencia basta para convencer
a quien prefiere ser bienpensado.

PÓSTUMO No habléis

más de ello. Él la montó.

GIACOMO Si queréis

que lo confirme, os diré que bajo su seno,
tan dulce al tacto, tiene un lunar, con razón
orgullosa de tan linda morada. Por mi vida,

apenas lo besé se reanimó mi apetito,
aunque ya estaba saciado. ¿Recordáis
esa marca?

PÓSTUMO Sí, y corrobora otra mancha,
tan grande que colmaría un infierno vacío.

GIACOMO ¿No queréis seguir oyendo?

PÓSTUMO Ahórrate la aritmética, sobran las veces.

¡Tanto da una que un millón!

GIACOMO Puedo jurar.

PÓSTUMO No.

Si juras no haberlo hecho, mentirás,
y te mataré si niegas que me hiciste
cornudo.

GIACOMO No negaré nada.

PÓSTUMO ¡Si estuviese aquí le arrancaría los miembros
uno a uno! Iré allí, iré a la corte, la descuartizaré
ante su padre. Algo haré.

Sale PÓSTUMO.

FILARIO ¡No puede dominarse!

Habéis ganado. Vayamos tras él
y moderemos la cólera
que alienta contra sí mismo.

GIACOMO De todo corazón.

Salen.

ESCENA V

Entra PÓSTUMO.

PÓSTUMO ¿Será en verdad necesario que de la vida

del hombre participen las mujeres? Bastardos
somos todos, quién sabe dónde andaba el tipo
a quien llamé padre cuando me acuñaron.
Algún monedero me falsificó con su herramienta.
Tanto como mi madre la Diana de sus tiempos,
parecía mi esposa la de estos. ¡Oh, venganza,
venganza! Tantas veces contuvo
mi lícito placer y me rogó moderación
con un pudor tan sonrosado y dulce,
tan capaz de enardecer al mismísimo Saturno,
que la creí más casta que la nieve nunca hollada.
¡Oh, diablos todos! Y este Giacomo paliducho,
en una hora o menos, ¿sería a la primera?,
tal vez sin hablar, cual jabalí cebado, gritó «¡Ah!»
y la montó. Ni halló ni esperaba la resistencia
que hubiesen debido oponerle. Ojalá pudiese
dar con la parte de mujer que llevo en mí.
Ella es la que conduce al hombre al vicio.
La mentira es de las hembras.
La zalema es suya. El engaño, suyo.
Suyos, suyos, los pensamientos de lujuria
y de deseo. La venganza es suya.
Ambiciones, lascivias, veleidades, desdenes,
apetitos de la carne, calumnias, inconstancias,
los vicios todos que el hombre puede enumerar,
qué digo, los que el infierno conoce,

suyos son más por entero que en parte,
porque ni en el vicio perseveran,
se cansan de su falta en un minuto
y la abandonan por otra que dura aún menos.
Escribiré contra ellas, malditas, voy a odiarlas,
aunque más sabio sería, así lo creo,
rogar que muy pronto alcancen su deseo.
Ni los demonios darían con mejor castigo.

Sale.

TERCER ACTO

ESCENA I

Fanfarria. Entran con pompa CIMBELINO, la REINA, CLOTEN y NOBLES por una puerta, y Cayo LUCIO y su séquito por otra.

CIMBELINO Decid, ¿qué nos quiere César Augusto?

LUCIO Cuando Julio César (cuyo recuerdo
vive aún en los ojos de los hombres
y ocupará por siempre lenguas y oídos)
conquistó Britania, tu tío Casibelo,
el de famosas hazañas que el mismo César
alabó justamente, prometió a Roma un tributo
en su nombre y en el de sus sucesores:
tres mil libras al año que tú te has negado
a pagar.

REINA Y nunca más serán pagadas,
sabadlo ya.

CLOTEN Vendrán muchos Césares
antes de otro Julio. Britania es un mundo
por sí sola, y no pagaremos para ser dueños
de nuestras propias narices.

REINA Tal como se impuso,
nos negamos a pagarlo. Recordad,
soberano, a vuestros reales ancestros,

y la bizarría de nuestra isla, parque
de Neptuno, lindada y custodiada
por altivos robles y aguas rugientes,
por arenas que no soportarán las naves
enemigas y las devorarán hasta el mástil.
Remedo de conquista llevó a cabo César,
no se jactó aquí de venir, ver y vencer.
Sintió su primera vergüenza cuando
por dos veces le rechazaron nuestras costas.
Sus barcos, torpes juguetes, como cáscaras
de huevo zozobraban en la mar terrible,
estrellándose contra las rocas. Y en señal
de regocijo Casibelo, quien en su día
¡mercenaria Fortuna! estuvo a punto
de doblegar la espada de César,
con fuegos festivos iluminó la ciudad de Lud
inflamando el valor de los britanos.

CLOTEN Vamos, no hay más tributo que pagar. Nuestro reino
es ahora más fuerte que entonces, y ya dije que no
hay césares como los de antes. Otros pueden tener
narices aquilinas, pero ninguno brazos tan fuertes.

CIMBELINO Hijo, deja acabar a tu madre.

CLOTEN Todavía contamos entre los nuestros muchos de
pulso tan firme como Casibelo. No digo que yo sea
uno de ellos, pero sí que tengo manos. ¿Tributo por
qué? ¿Por qué pagarlo? Si César fuese capaz de
tapar el sol con una manta, si se metiese la luna en el
bolsillo, le pagaríamos tributo para gozar de su luz.
Si no es así, señor, no habrá tributo, sabedlo ya.

CIMBELINO (*A* LUCIO.) Debéis saber

que éramos libres hasta que Roma
la odiosa exigió tributo.

La ambición de César, que se infló
hasta dilatar los confines del mundo,
contra toda justicia nos impuso el yugo.

Y propio de nuestra sangre aguerrida
será liberarnos. Por eso decimos
al César que fue Mulmucio,
nuestro antecesor, quien promulgó
las leyes que mutiló su espada,
y que emprendaremos su restauración
en virtud de nuestro poder y pese a Roma.
Mulmucio redactó las leyes,
él fue el primer britano en ceñir
corona y nombre de rey.

LUCIO Lamento,

Cimbelino, proclamar la enemistad
de César Augusto, que tiene por vasallos
más reyes que tú siervos en palacio.
Escúchalo pues de mí. Guerra y ruina
te anuncio en nombre de César. Contad
con su furia irresistible. Dicho esto,
por mi parte te doy las gracias.

CIMBELINO Sé bienvenido,

Cayo. Tu César me armó caballero,

junto a él pasé mi juventud
y aprendí el honor que quiere arrebatarme
y me obliga a defender a toda costa.
Los panonios y los dálmatas luchan ahora
por su libertad, blandos serían los britanos
de no seguir su ejemplo. Y blandura en nosotros
no hallará César.

LUCIO Los hechos lo dirán.

CLOTEN Su majestad os da la bienvenida. Quedaos con
nosotros un día o dos. Si más tarde nos buscáis con
otras intenciones, nos encontraréis tras nuestro
cinturón de agua salada. Vuestro será si conseguís
arrancárnoslo. Si caéis en la empresa, nuestros
cuervos engordarán gracias a vos, y se acabó el
asunto.

LUCIO Sea, señor.

CIMBELINO Conozco la voluntad del César, y él la mía.

Solo queda daros la bienvenida.

Fanfarria.

Salen.

ESCENA II

Entra PISANIO leyendo una carta.

PISANIO ¿Cómo? ¿Adulterio? ¿Por qué calla el nombre
de su acusador? ¡Ah, Leonato, mi amo,
qué infección extraña enfermó tu oído!
¿Qué falso italiano de lengua y manos
venenosas abusa de tu buena fe atolondrada?
¿Infiel? No. Por su fidelidad
la castigan, y más que como mujer

como una diosa rechaza asaltos
que no resistirían muchas virtudes.
Ah, mi amo, tu alma junto a la suya luce
tan pobre como tu fortuna. ¿Cómo? ¿Matarla yo?
¿Por los votos de fidelidad que a ti
me atan? ¿Yo? ¿A ella? ¿Su sangre?
Si eso es prestar un buen servicio,
no sea yo nunca servicial. ¿Cuál será
mi aspecto, si me cree tan bestial
y capaz de cumplir tal orden?
(*Lee.*) «Hazlo. Las órdenes contenidas
en la carta que le escribo te darán la ocasión.»
¡Papel maldito, negro como la tinta que te cubre!
Trampa insensata, ¿podrás ser cómplice
y parecer inocente? Aquí viene.

Entra IMOGENIA.

Fingiré ignorar la misión encomendada.

IMOGENIA ¿Qué hay, Pisanio?

PISANIO Señora, carta de mi señor.

IMOGENIA ¿De tu señor? ¡Del mío, de Leonato!

Muy sabio sería el astrólogo que conociese
las estrellas como yo su letra... El futuro
sería para él un libro abierto. Dioses clementes,
que la carta tenga el sabor de la salud
de mi esposo, de su cariño, de su alegría
(no, eso no, que nuestra separación debe afligirle;

algunas penas son medicinas, y esta tristeza es tónico
del amor), en fin, de su alegría en todo lo demás.
Lacre dichoso, con tu permiso. ¡Benditas abejas,
que fabrican los sellos custodios de secretos!
No esperan lo mismo los amantes que quienes andan
en negocios turbios. Encarcelas a los criminales
y encierras las misivas de Cupido. ¡Dioses, buenas
noticias!

(Abre la carta y la lee.)

«La justicia y la cólera de tu padre si me prendiese en
su reino serían menos crueles que tú, la más gentil de
las criaturas, si tus ojos se negasen a confortarme. Has
de saber que estoy en Cambria, en el puerto de
Milford. Haz lo que tu amor te aconseje. Así te desea
toda felicidad quien permanece fiel a sus votos y es
cada vez más tu rendido amante, Leonato Póstumo.»

¡Pronto, un caballo con alas!

¿Oyes, Pisanio? Está en el puerto
de Milford. Lee y dime qué distancia
nos separa de él. Si para tratar naderías
se tardase una semana en recorrerla,
¿no podré yo volando franquearla
en un día? Por eso, mi fiel Pisanio,
que suspiras como yo por ver a tu señor,
que suspiras (ay, qué digo) no tanto
como yo (que suspiras un poco menos).
Ah, no como yo, porque mi anhelo excede
al propio exceso... Dime deprisa (un consejero
en amores debe aturdir los oídos colmándolos)

cuán lejos queda el bendito Milford. Y en ruta
me dirás por qué Gales tuvo la dicha de llegar
a tan buen puerto. Y antes cómo habremos
de huir y excusar nuestra ausencia. Y antes aún
cómo llegaremos, ¿por qué buscar excusas
antes de tiempo? Ya pensaremos en eso. Habla,
te lo ruego, ¿cuántas centenas de millas
podremos cabalgar en una hora?

PISANIO Una de sol a sol

sería bastante para vos, y hasta de sobra.

IMOGENIA Caramba, ni a la horca se iría tan despacio.

A mí me han hablado de caballos más rápidos
que la arena en los relojes. Tonterías.

Dile a mi aya que se finja enferma
y que se vaya a casa de su padre.

Y búscame ahora mismo un traje
de montar apropiado para la mujer
de un comerciante.

PISANIO Señora, pensadlo bien.

IMOGENIA Solo veo lo que está ante mí.

La niebla me oculta los lados
del camino y el porvenir
de mis actos. Por favor, cumple mis órdenes.
Escúchame bien, mi partido está tomado.
Solo el camino a Milford veo despejado.

Salen.

ESCENA III

*Entran BELARIO, GUIDERIO y ARVIRAGO,
venidos de una cueva.*

BELARIO Bello día para pasarlo bajo tan agobiante techo.

Inclinaos. Este umbral os enseña a venerar
a los dioses y os arrodilla para la oración
del alba. Bajo los altos arcos de los reyes
pasan los ogros de impíos turbantes
que no se quitan ni para saludar al sol.
¡Salve, cielo amable! Vivimos entre rocas,
pero somos contigo menos duros que otros
mejor acomodados.

GUIDERIO ¡Salve, cielo!

ARVIRAGO ¡Salve!

BELARIO Nos ejercitaremos en la montaña. Subid
a la cumbre, tenéis piernas jóvenes.
Yo cruzaré por el llano. Cuando me veáis
más pequeño que un cuervo, pensad
que la posición nos mengua o acrecienta,
y recordad mis historias de cortes,
príncipes e intrigas guerreras, donde se sirve
tan solo en espera de la recompensa.
Sabiendo esto hallamos provecho en todo
lo que vemos, y consuela recordar
que más protege al escarabajo su coraza
que al águila sus alas. Ah, la vida es más noble
que el servicio pagado con reprimendas, más rica
que vagar por dos reales, más digna que pudrirse

en sedas sin pagar, que nos ganan las lisonjas
del sastre al hacernos sus deudores.

No es vida que se compare a la nuestra.

GUIDERIO Habláis por experiencia. Somos polluelos
que nunca volaron lejos del nido ni probaron
aires extraños. Tal vez sea mejor esta vida,
si la vida reposada es buena. Dulce para vos,
que otra más amarga conocisteis, y propia
de vuestros años. Mas para nosotros
es celda de ignorancia, es viajar en sueños,
es prisión del que debe dinero y no se aventura
más allá del umbral de su casa.

ARVIRAGO ¿De qué hablaremos
a vuestra edad? Cuando al sombrío
diciembre sirvan de heraldo vientos y lluvias,
¿de qué charlaremos en la cueva helada
para matar las horas glaciales? Nada hemos
visto. Somos animales: astutos como zorros
en la caza, feroces como lobos devorando sus presas.
Valerosos para abatir cuanto huye. Como pájaros
cautivos hacemos de la jaula un coro y cantamos
libremente nuestra esclavitud.

BELARIO ¡Qué forma de hablar!

Quisiera que conocieseis las usuras ciudadanas,
las intrigas de la corte, difícil de dejar
y de tener por amiga, desde cuya cumbre

se despeña quien la alcanza, tan resbaladiza
que el miedo es peor que la caída; o el oficio
de la guerra, que busca peligros
en nombre de la gloria y el honor, muere
en su intento y ve cómo sus proezas encuentran
calumnias por epitafios. A menudo el bien
con el mal se premia, y peor aún, debe
inclinarse ante el castigo. Muchachos,
en mí puede leerse tal historia. Mi cuerpo
está marcado por las espadas de Roma,
y mi fama fue grande en su día. Cimbelino
me estimaba, mi nombre despuntaba siempre
al tratar de soldados. Era yo entonces un árbol
lleno de frutos. Mas una noche la tormenta,
o el robo si lo preferís, me despojó
de mis tesoros maduros, mis propias hojas,
y desnudo me enfrenté al vendaval.

GUIDERIO ¡Triste favor!

BELARIO Mi culpa, como sabéis, no fue otra
sino que dos villanos, cuya palabra
falsa tuvo más peso que mi honor
intachable, juraron ante Cimbelino
que yo conspiraba con Roma. Fui desterrado,
y por veinte años estas rocas han sido
mis dominios. Aquí he vivido con honra
y libertad, pagando más tributos a los cielos

que en mis años mozos. ¡Y ahora escalad
la montaña! Así no hablan los cazadores.
Quien primero alcance al ciervo será el rey
de la fiesta, servido por los otros dos
sin temor de los venenos que acechan
a los poderosos. Os encontraré en el valle.

Salen

GUIDERIO y ARVIRAGO.

¡Qué duro es sofocar la llama de la naturaleza!
Ni ellos saben que son hijos
del rey ni Cimbelineo que están vivos.
Me creen su padre, y aunque criados
sin lujo y forzados a encogerse en esta cueva,
sus pensamientos rozan el techo
de los palacios, y su estirpe
les hace príncipes en las tareas más sencillas.
Polidoro, primogénito de Cimbelineo
y heredero de Britania, a quien el rey
llamó Guiderio... Por Júpiter, cuando
en mi escabel le cuento pasadas hazañas,
su espíritu vuela hacia mi relato. Si digo
«Así cayó mi enemigo, así pisé su cuello»
la sangre real afluye a sus mejillas,
transpira al tensar sus músculos, y con gestos
ilustra mis palabras. Su hermano menor,
Cadwal, el que fue Arvirago,
como otro personaje entra en la historia

y despliega una fantasía aún mayor.

Suena un cuerno de caza.

¡Empezó la caza!

Ah, Cimbelino, el cielo y mi conciencia
conocen lo injusto de mi destierro.

Por eso robé a los tiernos infantes
y te privé de sucesión como tú
me privaste de mis tierras. Eurifila,
fuiste su nodriza. Te creyeron su madre,
todos los días veneran tu tumba.

Y en mí, en Belario, a quien llaman
Morgan, ven a su padre.

Suena un cuerno de caza.

¡A la caza!

Sale BELARIO.

ESCENA IV

Entran PISANIO e IMOGENIA

en traje de montar.

IMOGENIA Me dijiste al desmontar que el sitio
quedaba cerca. Ni mi madre deseó
verme por primera vez tanto como
yo anhelo. Pisanio, ¿dónde está Póstumo?
¿Qué te hace mirarme así? ¿Por qué
suspiras? Quien dibujase tu cara
pintaría un personaje angustiado
a más no poder. Trata de aparentar
menos temor, o el pánico turbará
mi juicio sereno. ¿Qué sucede?

PISANIO *le da una carta.*

¿Por qué con cara tan larga me alargas ese papel?

Si son noticias de verano, sonríe.

Si de invierno, disimula el dolor

en tu semblante. ¿La letra de mi esposo?

¡Esa Italia envenenada le ha confundido

y se halla en un mal trance! Habla, hombre.

Quizá tu lengua atenúe unas penas

que leídas me resultarán mortales.

PISANIO Leed,

y veréis en mí, desgraciado, la criatura

más odiada por Fortuna.

IMOGENIA (*Lee.*) «Tu ama, Pisanio, jugó a ser puta en mi cama, y las pruebas de ello sangran en mi corazón. No me inspiro en mezquinas conjeturas sino en testimonios tan fuertes como mi pena y tan seguros como mi venganza. Tú, Pisanio, la llevarás a cabo en mi nombre, si tu lealtad no se ha teñido de su traición. Mácala con tus propias manos. Tendrás tu oportunidad en el puerto de Milford. Con esa intención le escribí una carta. Si una vez allí temes hierla o hacerme saber que cumpliste mi orden, serás el alcahuete de su deshonor, tan infiel como ella para conmigo.»

PISANIO (*Aparte.*) ¿Para qué desenvainar la espada? El papel

ya le ha cortado la garganta. No, fue la calumnia,

de filo más cortante que el cuchillo, de lengua

más ponzoñosa que los gusanos del Nilo,

de aliento que jinete de los aires engaña

al mundo entero. Reyes, reinas y nobles, doncellas,

matronas y hasta los secretos de la tumba
profana viperina. (A IMOGENIA.) ¿Cómo estáis, señora?

IMOGENIA ¿Traicionarle en su lecho? ¿Qué es traicionar?

¿Yacer en vela y pensar en él? ¿Llorar hora
tras hora? Y si el sueño derrota a la naturaleza,
¿quebrarlo con pesadillas y despertarse
gritando? ¿Es esa la traición en su lecho?

PISANIO Dulce señora, eso temo.

IMOGENIA ¿Yo, traidora? Tu conciencia será testigo.

Giacomo, le llamaste falso y te creí un villano.
Ahora veo que no mentías. Alguna
zorra italiana, hija de sus potingues,
le ha seducido. Pasó mi sazón,
soy ropa que la moda dejó atrás,
demasiado rica para colgar en su percha
sin ser rasgada. ¡Haced retales conmigo!
Ah, las promesas de los hombres traicionan
a las mujeres. Tu perfidia, esposo,
torna fingida tu virtud, ese cebo de hembras
que no nació donde prospera.

PISANIO Señora, escuchad.

IMOGENIA Tras la mentira de Eneas los justos
fueron tenidos por falsos, y el llanto de Sinón
desacreditó otros sinceros usurpando la piedad
debida a la desgracia cierta. Así tú, Póstumo,
ensucias con tu fermento a los hombres

de bien. Bondad y gentilezas se vuelven perjurios
por tu falta. (*A PISANIO.*) Ven, amigo, tú sí que serás
honrado,
cumple las órdenes de tu señor. Cuando le veas,
habla siquiera un poco en favor de mi obediencia.
Mira, yo misma te doy la espada. Tómala
y golpea la casa inocente de mi amor,
mi corazón. No temas, nada contiene
salvo pena. Ya no vive en ella tu amo,
y él era todo su lujo. Golpea, cumple
su mandato. Serías valiente en mejor causa,
pero ahora pareces cobarde.

PISANIO ¡Aparta, vil herramienta,
no condenarás mi brazo!

IMOGENIA Debo morir,
y mal servirás si no me quitas tú la vida.
Contra la muerte por la propia mano pesa
un veto divino que acobarda la mía. Vamos,
aquí está mi corazón. Pero algo le defiende.
Aguarda, aguarda, no debes hallar resistencia.
Será la vaina de tu espada. ¿Qué es esto?

Saca unas cartas de su corpiño.

¿Se volvieron herejías las cartas
del fiel Leonato? Fuera, fuera,
corruptoras de mi fe, nunca más
protegeréis mi corazón.
Así confían los crédulos en los falsos

profetas. La traición hiere de muerte
a quien golpea, pero los traidores
caen en mayor desgracia.

Y tú, Póstumo, por quien desobedecí
al rey mi padre y desdeñé el cortejo
de los príncipes de mi rango, comprenderás
un día que no fue aquello cosa frecuente.
Y me duele imaginar tu dolor
al recordarme cuando te agote
esa con la que te revuelcas. (A PISANIO.) Acaba.

El cordero suplica al matarife. ¿Dónde está
tu cuchillo? Demasiado tardas en cumplir
las órdenes de tu amo, que son las mías.

PISANIO Ah, señora, no duermo desde que recibí
esa orden.

IMOGENIA Cumple entonces y vete a la cama.

PISANIO Prefiero velar saltándome los ojos.

IMOGENIA ¿Por qué comenzaste entonces?

¿Por qué arrastrarme tantas millas con engaños?
¿Por qué este lugar y nuestro viaje?
¿Y el cansancio de los caballos, la ocasión
propicia? ¿La inquietud por mi ausencia de la corte,
adonde no volveré? ¿Por qué fuiste tan lejos
si después te amilanas, cuando ya ocupas
tu puesto y se divisa la corza?

PISANIO Por ganar

tiempo y librarme de una misión tan horrible,
discurriendo entretanto una salida. Buena señora,
oídmeme con paciencia.

IMOGENIA Agota tu lengua, habla.

Dicen que soy una furcia, y mi oído azotado
por la calumnia no resistirá otra herida
ni otro intento de sanarlo. Pero habla.

PISANIO Pensé

que no debíais desandar el camino.

IMOGENIA Lógico,

si me trajiste para matarme.

PISANIO No por eso.

Siendo tan astuto como honesto
resultará bien mi propósito. Mi señor
debe haber sido engañado. Algún canalla,
sí, diestro en su arte, os infligió a los dos
esta terrible herida.

IMOGENIA Alguna ramera romana.

PISANIO No, a fe mía.

Anunciaré vuestra muerte enviándole
pruebas sangrientas para cumplir
sus instrucciones. La corte os echará en falta,
y eso acabará de convencerle.

IMOGENIA ¡Cómo, buen amigo!

¿Qué haré yo mientras tanto? ¿Dónde encontraré un
techo,

de qué viviré, cuál será el consuelo de mis días
si estoy muerta para mi esposo?

PISANIO Si volviereis a la corte...

IMOGENIA Ni corte, ni padre, ni nada que tenga que ver
con esa nulidad absoluta, el imbécil
de Cloten, cuyo cortejo ha sido para mí
un asedio.

PISANIO Si no es en la corte, en ningún
lugar de Britania debéis quedaros.

IMOGENIA ¿Y dónde entonces?

¿Es que solo en Britania brilla el sol? ¿No hay días
y noches sino en Britania? Nuestra patria
es una página arrancada al libro del mundo,
nido de cisnes en un lago inmenso. Te ruego
que recuerdes que hay quien vive fuera de Britania.

PISANIO Me alegra que consideréis otros lugares.

Lucio Romano, el embajador,
llega mañana al puerto de Milford.
Si sois capaz de revestir vuestros designios
de un manto tan oscuro como vuestra fortuna,
si sabéis disfrazar lo que de revelarse
ocasionaría gran peligro, emprenderéis
un camino hermoso y de bellas vistas.
Tal vez os conduzca a la casa de Póstumo,
o al menos tan cerca que de sus acciones
llegasen a vuestros oídos

hora tras hora informes fieles.

IMOGENIA Por conseguirlos

todo arriesgaría si no peligrase
mi modestia.

PISANIO Bien, esta es la idea.

Olvidad que sois mujer. Trocaréis
autoridad en obediencia, recato y dulzura
(siervos de las mujeres, o esencia
misma de ellas) en descaro y osadía
burlona, pronta en la respuesta,
atrevida y pendenciera como la comadreja.
Sí, olvidad el precioso tesoro de vuestras
mejillas, exponiéndolas (¡Ah, crueldad!,
mas no hay remedio) al sobo codicioso
y los zafios besos de Titán. Olvidad
también los afeites laboriosos
que fueron la envidia de Juno.

IMOGENIA Sé breve. Adivino tu propósito,
y ya casi soy un hombre.

PISANIO Antes

debéis parecerlo. Ya pensé en eso, y guardo
en mis alforjas sombrero, calzas, jubón
y todo lo que va con ellos. Así disfrazada
y aparentando los modales de un muchacho
presentaos ante el noble Lucio, ofrecedle
vuestros servicios, exponed vuestras virtudes,

y si tiene oído para la música quedará convencido.
Es honrado y generoso, sin duda
os tomará a su cargo. En cuanto
a los recursos para vivir, yo os proveeré
con largueza, y ni ahora ni más tarde
dejaré de hacerlo.

IMOGENIA Tú eres todo el consuelo
que me conceden los dioses. Por favor, vete.
Hay más que hablar, pero lo haremos
a su debido tiempo. En esta aventura
también soy soldado, y trataré de mostrar
el coraje de un príncipe. Vete, te lo ruego.

PISANIO Mi señora, breve será la despedida.
Si me echan en falta, sospecharán
que fui yo quien os sustrajo a la corte.
Aquí tenéis una caja que me dio la reina.
Su contenido es precioso. Si enfermáis
en la mar, si os sentís mal en tierra,
una pulgarada os libraré de molestias.
Buscad refugio y vestid vuestra hombría.
Que los dioses os guíen.

IMOGENIA Amén. Y gracias.

Salen separadamente.

ESCENA V

*Fanfarria. Entran CIMBELINO, la REINA,
CLOTEN, LUCIO y nobles.*

CIMBELINO (*A LUCIO.*)

Hasta aquí os acompañaré. Adiós, por tanto.

LUCIO Gracias, majestad. Mi emperador
me ordena partir, y lamentaré hablarle
de vos como enemigo.

CIMBELINO Nuestros súbditos
no soportarán su yugo, y no sería digno
de un rey mostrar menos soberanía
de la que reclaman.

LUCIO Sea. He de solicitaros
escolta hasta el puerto de Milford.
(*A la REINA.*) Grandes venturas a vos, señora, (*a*
CLOTEN) y a vos.

CIMBELINO (*A los nobles.*) Señores, quedáis a su servicio.
No omitáis en un ápice las honras debidas.
Adiós pues, noble Lucio.

LUCIO Vuestra mano, señor.

CLOTEN Amiga es ahora, y enemiga de aquí en adelante.

LUCIO Los hechos nos dirán el nombre
del vencedor. Adiós.

CIMBELINO No dejéis al noble Lucio, mis señores,
hasta cruzar el Severn. Bienaventuranza a vos.

Salen

LUCIO y los nobles.

REINA Se va ceñudo, y mucho nos honra
haberle dado razones para ello.

CLOTEN Mejor así.

Eso querían vuestros valientes britanos.

CIMBELINO Lucio ya escribió al emperador

acerca de lo que aquí sucede.

Será conveniente preparar caballeros y carros.

Las tropas que tiene en las Galias pronto

serán aunadas, y desde allí las conducirá

a la guerra.

REINA No es asunto que tomar con calma,

y debe ser despachado con firmeza.

CIMBELINO La previsión de los acontecimientos ya nos hizo

adelantarnos. Mas, mi gentil reina,

¿dónde está nuestra hija? No compareció

ante el romano, ni cumplió con el deber

de darnos los buenos días. Parece más llena

de rencor que de respeto. Lo hemos notado.

Que acuda ante nosotros, porque al tolerarlo

hemos sido demasiado benévolos.

Salen uno o varios.

REINA Mi señor,

desde el exilio de Póstumo lleva una vida

retirada, y solo el tiempo habrá de curarla.

Os ruego que no os dirijáis

a ella con dureza. Es tan sensible

a las censuras que cada palabra

es un golpe, y cada golpe la muerte.

Entra un MENSAJERO.

CIMBELINO ¿Dónde está ella? ¿Hay razón para el desaire?

MENSAJERO Majestad, sus aposentos están cerrados,
y nadie responde a nuestro vocerío.

REINA En mi última visita me rogó
que disculpase ante vos su encierro,
porque su enfermedad le haría
faltar al deber que todas las mañanas
está obligada a cumplir. Esto me pidió
que os hiciese saber, mas la gran ocasión
me hizo olvidarlo.

CIMBELINO ¿Cerradas sus puertas?
¿Nadie la ha visto desde hace tanto tiempo?
Quiera el cielo que yerre en mis temores.

Sale CIMBELINO con el MENSAJERO y nobles.

REINA Hijo, deprisa, ve tras el rey.

CLOTEN Y a ese tal Pisanio, su viejo criado,
hace dos días que no le veo.

REINA Vamos, síguele.

Sale CLOTEN.

¡Pisanio, el gran valedor de Póstumo!
Tenía un veneno que yo le di. Cree que es
una sustancia preciosa, confío
en que esté ausente por haberla tomado.
¿Pero dónde estará ella?
Quizá la desesperación se apoderó
de su alma, o su amor ardiente le dio alas

para volar hasta Póstumo. Partió
hacia la muerte o la deshonra, y ambas
apoyan mi propósito. Quedando ella fuera
tan solo por mí la corona espera.

Entra CLOTEN.

¿Qué sucede, hijo mío?

CLOTEN Es cierto, ha huido.

Entrad a calmar al rey. Ha montado en cólera,
y nadie se atreve a acercarse.

REINA Tanto mejor.

¡Ojalá esta noche le prive del día de mañana!

Sale.

CLOTEN La amo y la odio. Porque es bella y noble,
y cada prenda suya es más exquisita
que la de cualquier dama, la de todas las damas
o mujer alguna. Tiene lo mejor de unas y otras,
y la suma de todas a todas excede.
Por eso la amo. Pero al desdeñarme
favoreciendo a Póstumo el plebeyo
desacredita su juicio y empaña sus virtudes.
En ese punto diré que la odio, y más,
que quiero venganza. Cuando los tontos...

Entra PISANIO.

¿Quién anda ahí? ¿Andas intrigando, canalla?
Ven aquí. Ah, correveidile, villano,
¿dónde está tu ama? Habla o te verás
en el infierno.

PISANIO ¡Oh, mi buen señor!

CLOTEN ¿Dónde está tu ama? Por Júpiter,
no volveré a preguntarlo. Canalla astuto,
si no suelta tu corazón el secreto
yo mismo lo despedazaré para encontrarlo.
¿Está con Póstumo, de cuyas arrobos de vileza
ni un ápice de bondad puede sacarse?

PISANIO Ay, señor,
¿cómo podría? ¿Cuándo desapareció?
Él está en Roma.

CLOTEN ¿Y dónde está ella, señor mío?
Acércate. No más tartamudeos. Dime
qué ha sido de ella.

PISANIO ¡Oh, mi excelente señor!

CLOTEN Excelente truhán,
di de una vez dónde está,
empieza. Basta de «excelente señor».
Habla o tu silencio en este momento
te condenará a muerte.

PISANIO Si es así, señor,
este papel contiene todo cuanto sé
sobre su huida.

Le da una carta a CLOTEN.

CLOTEN Veamos. La perseguiré
hasta el mismo trono de Augusto.

PISANIO (*Aparte*) O morirás

en el intento. Muy lejos debe estar ya,
y la carta provocará tu viaje, no su peligro.

CLOTEN ¡Hum!

PISANIO (*Aparte*) Escribiré a mi señor acerca de su muerte.

¡Imogenia, que de vuelta algún día pueda verte!

CLOTEN ¿Es verdadera esta carta, villano?

PISANIO Señor, así lo creo.

CLOTEN Es la letra de Póstumo, la reconozco. Si en lugar de ser un canalla te decidieses a servirme bien y a emprender diligente las tareas que te encomendase (o sea, que cualquier canallada que yo te pida debes realizarla pronto y lealmente) te tendré por un hombre honrado. No te faltarán mis recursos para ampararte ni mi voz para tu medro.

PISANIO Está bien, mi señor.

CLOTEN ¿Me servirás? Con tanta paciencia y firmeza te has aferrado a la pobre fortuna del miserable Póstumo, que si eres agradecido no podrás dejar de servirme a mí con diligencia. ¿Quieres servirme?

PISANIO Sí, mi señor.

CLOTEN Alarga la mano, aquí tienes mi bolsa. ¿Guardas las ropas que pertenecieron a tu amo?

PISANIO Mi señor, tengo en mi cuarto las que vestía cuando se despidió de mi señora.

CLOTEN Pues tu primer servicio será traérmelas. Ve ahora mismo.

PISANIO Así lo haré, señor.

Sale PISANIO.

CLOTEN Nos reuniremos en Milford... caramba, olvidé preguntarle una cosa, después debo acordarme. Allí

te mataré, Póstumo, villano. Ojalá tuviese ya esas ropas. Ella me dijo (y ahora vomito esa hiel amarga) que sentía más respeto por el más insignificante de los atavíos de Póstumo que por mi noble persona y cualidades. Pues embutido en ese traje he de violarla. Primero le mataré a él ante sus ojos. Entonces comprenderá ella mi valor, que se convertirá en el tormento de su desdén. Con él caído en tierra, pronunciados mis insultos a su cuerpo muerto, y tras saciar mi deseo (ya he dicho que lo haré, para humillarla, vestido con las ropas que tanto estima), a la corte la llevaré a empujones, a casa a patadas. Se regocijó en su desprecio, y yo seré feliz en mi venganza.

Entra PISANIO con las ropas de PÓSTUMO.

¿Son esas las ropas?

PISANIO Sí, mi señor.

CLOTEN ¿Cuánto hace que salió para Milford?

PISANIO Apenas habrá llegado.

CLOTEN Lleva la ropa a mi cuarto. Esa es mi segunda orden. La tercera es que te vuelvas mudo en lo que respecta a mis planes. Muéstrate obediente, y se pondrán a tu alcance cosas verdaderamente grandes. Mi venganza está en Milford, ojalá tuviese alas para alcanzarla. Sígueme y sé fiel.

Sale CLOTEN.

PISANIO Siguiéndote me perdería. Hay que ser infiel

para serte fiel, y nunca lo seré al más leal de todos. Vete a Milford, que no hallarás a quien persigues. Cielos, bendicidla.

Que lento sea tu apremio
y vanos trabajos tu premio.

Sale PISANIO.

ESCENA VI

*Entra IMOGENIA sola, vestida de muchacho,
y se sitúa ante la cueva.*

IMOGENIA Tediosa me parece la vida de hombre.

Estoy agotada, y por dos noches hice cama
del suelo. Si mi resolución no me curase
ya habría enfermado. Milford, cercano
parecías cuando Pisanio te señaló desde la cima.

Oh, Júpiter, los asilos huyen de los míseros
cuando más los necesitan. Dos mendigos
me dijeron que no podía errar el camino.

¿Mentirán los pobres a sabiendas
de que su miseria es ya prueba o castigo?
Sí, seguro, porque ni los ricos dicen verdad.

Pecar en la opulencia es peor que mentir
por penuria, y más afea el engaño al rey
que al pordiosero. Mi amado señor, te cuento
entre los falsos. Pensando en ti olvido el hambre,
aunque estoy a punto de desfallecer.

¿Pero qué es eso? El sendero conduce hasta esa
cueva.

Será refugio de salvajes. Mejor no llamar.

No me atrevo. Pero la necesidad no derrota
a la naturaleza, la enardece. Abundancia y paz
crían cobardes, la aspereza fue siempre madre
de valientes. ¡Eh! ¿Hay alguien? Que hable
si es civilizado. Si es salvaje, que me preste

o me robe. ¡Eh! ¿No hay respuesta? Entraré espada
en alto. Y si mi adversario la teme
tanto como yo, no se atreverá ni a mirarla.
¡Cielos, que así sea mi enemigo!

IMOGENIA *sale por la boca de la cueva. Entran* BELARIO, GUIDERIO
y ARVIRAGO.

BELARIO Tú, Polidoro, cazaste mejor y serás
rey del banquete. Cadwal y yo haremos
de cocinero y sirviente. Así lo acordamos.
El sudor del trabajo se agostaría si quedase
sin objeto. Vamos, nuestros estómagos
harán sabroso lo más sencillo. La fatiga
ronca sobre las piedras, y la pereza ociosa
halla dureza en las plumas. Que haya en ti paz,
pobre morada que quedas sin custodia.

GUIDERIO Estoy muy cansado.

ARVIRAGO Pues yo estoy débil de fuerzas y fuerte en apetito.

GUIDERIO Hay carne fría en la cueva. Matemos el hambre
mientras se asa lo que cazamos.

BELARIO (*Mirando hacia el interior de la cueva.*)

Quietos, no entréis.
Si no estuviese tragándose nuestra comida
juraría que es un hada.

GUIDERIO ¿Qué hay?

BELARIO Un ángel, por Júpiter, o su parangón
terrestre. Contemplad a un dios tan joven
como un muchacho.

IMOGENIA *sale de la cueva.*

IMOGENIA Buenos señores, no me hagáis daño.

Llamé antes de entrar, y pensaba comprar
o mendigar lo que he tomado. En verdad
nada robé, ni hubiera robado oro de haberlo visto
esparcido por los suelos. Aquí tenéis dinero
en pago a mi comida. Iba a dejarlo sobre la mesa
después de confortarme y antes de partir
rezando por mi benefactor.

GUIDERIO ¿Dinero, chaval?

ARVIRAGO El oro y la plata no son sino barro,
y solo valen para quienes adoran
dioses de barro.

IMOGENIA Ya veo que estáis enfadados.

Si me matáis por mi falta, sabed que hubiese muerto
de no haberla cometido.

BELARIO ¿Adónde te diriges?

IMOGENIA Al puerto de Milford.

BELARIO ¿Cómo te llamas?

IMOGENIA Fidelio, señor. Tengo un pariente que parte
hacia Italia. Se embarcó en Milford,
y yendo a su encuentro, muerto de hambre,
cometí mi crimen.

BELARIO Por favor, guapo muchacho, no nos tomes
por salvajes ni creas nuestros espíritus acordes
con nuestra morada. Sé bienvenido. Es casi de noche.

Antes de partir tendrás mayor consuelo, y te
agradeceremos

que te quedes a probarlo. Muchachos,
dadle la bienvenida.

GUIDERIO Si fueses una mujer, chaval,
mucho te rondaría para ser tu prometido.
Sí, dime tu precio para que pueda comprarte.

ARVIRAGO Queriéndole

como a un hermano me consolaré de que no sea
mujer.

(A IMOGENIA.) Y a ti te doy la misma bienvenida que
le daría

a él tras una larga ausencia. Sé bienvenido.

Estás entre amigos, alégrate.

IMOGENIA Amigos desde luego,
pues me llamáis hermano. (*Aparte.*) Si hubiesen sido
los hijos de mi padre, mi rango
sería menor y equilibrado en la balanza
frente al tuyo, Póstumo.

Los tres hombres hablan aparte.

BELARIO Alguna desgracia le aflige.

GUIDERIO Ojalá pudiese yo consolarle.

ARVIRAGO O yo, sea cual sea, cueste

lo que cueste, no importa el peligro. ¡Dioses!

BELARIO Oíd, muchachos.

Susurran entre ellos.

IMOGENIA (*Aparte.*) No más que ellos dos

valdría cualquier gran hombre en la corte
diminuta de esta cueva, sin sirvientes,
reforzadas sus virtudes por su propia
conciencia, olvidados del halago vano
de la plebe inconstante. Perdonadme,
dioses, cambiaría mi sexo por ser su camarada,
ya que Leonato se tornó falso.

BELARIO Así lo haremos.

Muchachos, aderecemos la caza.
Gentil mozo, entra. Es pesado hablar
en ayunas. Si quieres tras la cena
nos contarás tu historia.

GUIDERIO Acércate, por favor.

ARVIRAGO

Con menos gozo recibe la noche el búho, la alondra el
alba.

IMOGENIA Gracias, señor.

ARVIRAGO Por favor, acércate.

Salen por la boca de la cueva.

ESCENA VII

*Entran dos SENADORES romanos
y TRIBUNOS.*

PRIMER SENADOR Así reza el edicto imperial:

Puesto que nuestros soldados
luchan ahora contra panonios
y dálmatas y las legiones de la Galia
no cuentan con fuerzas suficientes

contra los britanos, debemos concitar
el apoyo de los patricios en esta empresa.
Nombra procónsul a Lucio,
y en vosotros, tribunos, delega plenos poderes
para la leva inmediata. ¡Larga vida al César!

UN TRIBUNO ¿Es Lucio el general de sus ejércitos?

SEGUNDO SENADOR Sí.

UN TRIBUNO ¿Y se encuentra ahora en la Galia?

PRIMER SENADOR Con esas legiones

de las que os hablaba y que vuestros reclutamientos
deben reforzar. Una orden fijará el número de
hombres
y la fecha de su expedición.

UN TRIBUNO Cumpliremos nuestro deber.

Salen.

CUARTO ACTO

ESCENA I

*Entra CLOTEN solo,
vestido con las ropas de Póstumo.*

CLOTEN Debo estar cerca del lugar donde se reunirán, si las indicaciones de Pisanio son ciertas. ¡Qué bien me sirven sus ropas! ¿Por qué no debería servirme igual su amada, si también fue hecha por el que hizo al sastre? Y tanto más porque se dice, con perdón de la frase, que para que una mujer sirva hay que dejarla bien servida. Así que soy yo el que tendrá que trabajar. Me atrevo a decírmelo a mí mismo, porque un hombre no es vanidoso solo por charlar con el espejo de su alcoba. Mi cuerpo no está peor conformado que el suyo. Y soy no menos joven, no inferior en talentos, superior en los privilegios de rango y estirpe, igualmente versado en las lides militares, más dotado para la lucha cuerpo a cuerpo. Y a pesar de todo esa tontaina lo prefiere a mí. ¡Lo que es la vida! Póstumo, en me nos de una hora yo descabalgare esa cabeza que ahora es jinete de tus hombros, tu dama será violada, tus ropas hechas jirones ante sus ojos. Y después la devolveré a patadas a su padre. Quizá se enfade un poco por mi rudeza, pero mi madre, que domestica muy bien su mal genio, sabrá mudarlo to do en mi favor. Este es el lugar del encuentro conforme a la descripción, y ese tipo no se atrevería a engañarme.

Sale.

ESCENA II

*Entran BELARIO, GUIDERIO, ARVIRAGO e IMOGENIA como Fidelio,
venidos de la cueva.*

BELARIO (*A IMOGENIA.*) Te encuentras mal. Quédate en la
cueva.

Nos reuniremos contigo tras la caza.

ARVIRAGO (*A IMOGENIA.*) Quédate, hermano.

¿Acaso no somos hermanos?

IMOGENIA Eso deben ser los hombres.

Aunque su rango diferencia un barro de otro,
son iguales en el polvo. Estoy muy enfermo.

GUIDERIO (*A BELARIO y ARVIRAGO.*) Id vosotros de caza. Yo
me
quedo con él.

IMOGENIA No es necesario. Aunque me falta salud no estoy
tan mal.

Y no soy de esos mequetrefes de ciudad
que antes de enfermar parecen muertos.

Dejadme, seguid con vuestras tareas.

Quebrándose el hábito todo se quiebra.

Estoy doliente, pero no me sanaréis
si os quedáis a mi lado. La compañía
no consuela al solitario. No estoy
tan enfermo, puesto que puedo hablar
de ello. Tened confianza. No robaré nada
que no sea yo mismo, y podéis dejarme morir
si el hurto es tan pobre.

GUIDERIO Te quiero: ya lo he dicho.

Con tanta calidad y peso como amo

a mi padre.

BELARIO ¿Qué? ¿Cómo, cómo?

ARVIRAGO Si eso es pecado, yo mismo me unzo
al yugo de su falta. No sé por qué amo
a este chico, y vos mismo decís que la razón
del amor es sinrazón. Si con el ataúd a la puerta
me preguntasen quién debe morir, yo diría:
«Antes mi padre que este muchacho».

BELARIO (*Aparte.*) ¡Oh, qué noble raza!

¡Honor de la naturaleza, gloriosa estirpe!
Cobardes engendra el cobarde, miserias el miserable.
Natura ofrece grano y salvado, gracia y desdén.
No soy su padre, y aún así me pregunto
por qué lo prefieren.

(*En voz alta.*) Son las nueve de la mañana.

ARVIRAGO (*A IMOGENIA.*) Hermano, adiós.

IMOGENIA Gozad con la cacería.

ARVIRAGO Y tú de salud. Estoy listo, señor.

IMOGENIA (*Aparte.*)

Amables gentes. ¡Dioses, cuántas mentiras habré
oído!

Los cortesanos dicen que todo es salvaje
lejos de la corte. ¡Experiencia, tú los desmientes!
Los mares imperiosos crían monstruos, y los arroyos
que les pagan tributo nos llenan el plato
de buen pescado. Estoy enferma, muy enferma.

Pisanio, probaré tu pócima.

Toma la droga.

Los hombres hablan aparte.

GUIDERIO No pude desatar su lengua.

Dijo que era bien nacido mas desafortunado,
azotado por la deshonra y sin embargo honorable.

ARVIRAGO Lo mismo me respondió, aunque dijo que luego
quizá contase más.

BELARIO ¡A la caza, a la caza!

(*A IMOGENIA.*) Te dejamos por ahora, entra y descansa.

ARVIRAGO (*A IMOGENIA.*) No tardaremos.

BELARIO (*A IMOGENIA.*) No caigas enfermo, por favor:

tienes que ser la gobernanta de esta casa.

IMOGENIA Sano o enfermo, a vosotros estoy ligado.

IMOGENIA entra

en la cueva.

BELARIO Y lo estarás

por siempre. Este muchacho, triste y todo,
parece de noble cuna.

ARVIRAGO ¡Canta como un ángel!

BELARIO Con delicadeza cocinó aquellas raíces,
y sazonó un caldo que Juno convaleciente
encontraría a su gusto.

ARVIRAGO Noblemente alterna

sonrisas y suspiros, parece suspirar
por no sonreír. Y la sonrisa se burla
del suspiro cuando sale del santuario

para encanallarse junto a los vientos
que los marineros insultan.

GUIDERIO Yo he notado

que pena y paciencia, enraizadas en él,
mezclan sus raigones.

ARVIRAGO Ojalá la paciencia

prosperes, y el fétido saúco de la pena
afloje sus raíces en torno a la cepa.

BELARIO Es muy entrada la mañana. Vamos. ¿Quién anda
ahí?

Entra CLOTEN

vestido con las ropas de Póstumo.

CLOTEN No encuentro a los fugitivos. Ese canalla
se burló de mí. Me desmayo.

BELARIO (*Aparte, a ARVIRAGO y GUIDERIO.*)

¿Los «fugitivos»?

¿Hablará de nosotros? Creo reconocerlo,
es Cloten, el hijo de la reina. Temo alguna
emboscada.

No lo he visto en todos estos años, pero sé que es él.

Nos consideran proscritos. ¡Vámonos!

GUIDERIO (*Aparte, a ARVIRAGO y BELARIO.*)

Es solo uno. Mirad vos y mi hermano
si tiene compañía. Alejaos, y dejadme
a solas con él.

Salen

ARVIRAGO y BELARIO.

CLOTEN ¡No tan rápido! ¿Quiénes sois

para huir así? ¿Bandidos de estas montañas?

He oído hablar de ellos. ¿Qué clase de villano eres?

GUIDERIO Mi mayor villanía es escatimar un mamporro
cuando contesto a un villano.

CLOTEN Eres un bandido,

un renegado, un salteador. Ríndete, ladrón.

GUIDERIO ¿Rendirme a quién? ¿A ti? ¿Y tú quién eres?

¿No son mi ánimo y mi corazón tan grandes
como los tuyos? Es verdad que tus palabras
abultan más, yo no llevo puñal en la boca.

Dime quién eres y por qué debo rendirme.

CLOTEN ¿No se me conoce por la ropa, canalla?

GUIDERIO No, ni a tu abuelo

el sastre, payaso. Él fue quien hizo las ropas que al
parecer

te hacen a ti.

CLOTEN Rematado bellaco, no fue mi sastre

quien las hizo.

GUIDERIO Da las gracias entonces

al que te las regaló. Debes ser medio tonto,
y hasta me cuesta pegarte.

CLOTEN Ladrón ofensivo,

oye mi nombre y tiembla.

GUIDERIO ¿Cuál es tu nombre?

CLOTEN Cloten, canalla.

GUIDERIO No me hace temblar que te llames

Cloten Canalla. Si te llamasas Sapo, Víbora
o Araña me darías más miedo.

CLOTEN Para asustarte más,

no, para confundirte, te diré que soy
hijo de la reina.

GUIDERIO Pues lo siento por ti, porque no estás
a la altura de tu nacimiento.

CLOTEN ¿No te doy miedo?

GUIDERIO Yo solo temo a los sabios a quienes respeto.
De los tontos me río sin temor.

CLOTEN Morirás.

Cuando haya acabado contigo con mis propias manos
perseguiré a esos que salieron corriendo,
y a las puertas de la ciudad de Lud plantaré
vuestras cabezas. Ríndete.

CLOTEN y GUIDERIO *luchan y salen.*

Entran BELARIO y ARVIRAGO.

BELARIO ¿No hay nadie por ahí?

ARVIRAGO Ni un alma. Seguramente os equivocasteis con él.

BELARIO No sé. Hace mucho que no lo veo,
pero el tiempo no ha desdibujado
sus facciones. Su voz desafinada
y su hablar entrecortado eran los mismos.
Estoy seguro de haber visto a Cloten.

ARVIRAGO Aquí los dejamos.

Ojalá mi hermano se las arregle bien con él,
si es tan fiero como decís.

BELARIO Cuando aún era un hombre

a medio hacer no le temía a nada.

Y eso que la falta de juicio a menudo
es madre de la cobardía.

Entra GUIDERIO con la cabeza de CLOTEN.

Aquí está tu hermano.

GUIDERIO Este Cloten era un bufón, una bolsa vacía

sin dinero dentro. Ni Hércules hubiera podido
sacarle los sesos, porque no tenía.

Pero de no haberme adelantado ese cretino
llevaría ahora en las manos mi cabeza.

BELARIO ¿Qué has hecho?

GUIDERIO Lo sé muy bien: decapitar a un tal Cloten,

hijo de la reina, según decía, que me llamó traidor
y paleto, y que juró que con su propia mano
iba a prendernos, a segar nuestras cabezas
sobre el terreno donde prosperan y a replantarlas
en la ciudad de Lud.

BELARIO Estamos perdidos.

GUIDERIO ¿Por qué, mi buen padre? ¿Qué podemos

perder sino las vidas que juraba arrebatarnos?
La ley no nos protege. ¿Por qué deberíamos
respetarla y tragarnos las amenazas
de cualquier pedazo de carne fanfarrón

que venga dándoselas de juez y de verdugo?
¿Encontrasteis a sus compañeros?

BELARIO No vimos

ni un alma, pero el buen sentido me dice
que algún sirviente debía acompañarle.
Aunque su talante era capricho continuo
y siempre pasaba de lo malo a lo peor,
ningún frenesí, ningún delirio insensato
hubiera podido traerle hasta aquí a solas.
Quizá oyese en la corte que vivíamos
en una cueva y cazábamos sin sujeción
a las leyes, y que con el tiempo pudiéramos
cobrar mayores fuerzas. Sería propio de él
hacerse el bravucón jurando capturarnos.
Pero no es probable que viniese solo,
que se aventurase a ello y se lo permitieran.
Hay razones para temer que el cadáver
traerá más cola que cabeza.

ARVIRAGO Quesea

lo que los dioses quieran. Mi hermano hizo bien
en cualquier caso.

BELARIO No tenía hoy humor

para la caza. La enfermedad de Fidelio
me hacía pesada la caminata.

GUIDERIO Con la misma espada

que amenazaba mi cuello le corté la cabeza.

La tiraré al río que corre tras las rocas
para que al llegar al mar le cuente
a los peces que es Cloten, el hijo de la reina.
No haré más por él.

Sale GUIDERIO.

BELARIO Me temo que habrá venganza.

Ojalá no lo hubieses hecho, Polidoro,
aunque te sienta bien el valor.

ARVIRAGO Quisiera

ser yo el culpable y que sobre mí recayese
la venganza. Polidoro, te quiero como a un hermano,
pero envidio tu hazaña. Ojalá las mayores represalias
nos pongan a prueba y nos obliguen
a hacerles frente.

BELARIO En fin, ya está hecho.

No cazaremos más hoy, ni buscaremos peligros
donde no hay provecho. Volvamos a las rocas.
Tú y Fidelio seréis los cocineros. Yo me quedaré
hasta que vuelva el imprudente Polidoro
y le conduciré hasta nuestra cena.

ARVIRAGO ¡Pobre Fidelio!

Con gusto volveré junto a él. Por devolverle
el color le sacaré sangre a toda una parroquia de
Clotens
y me tendría por compasivo.

ARVIRAGO sale y se interna en la cueva.

BELARIO ¡Ah, diosa,

divina Natura, cuánto luces
en estos príncipes! Son tan gentiles
como el céfiro que sopla y no alborota
los pétalos de la violeta. Y cuando hierve
su sangre azul tan bravos como el huracán
que arranca de raíz el pino en la ladera
y lo arroja al valle. Es prodigioso
que un instinto invisible les incline
a la realeza innata, el honor no aprendido,
la cortesía nunca imitada y ese valor silvestre
que da mejor cosecha que el cultivado.
Aun así me inquieta lo que augura
la llegada de Cloten y lo que su muerte
pueda acarrearlos.

Entra GUIDERIO.

GUIDERIO ¿Dónde está mi hermano?

He arrojado la cabezota de Cloten a la corriente
como embajada a su madre. El cuerpo será mi rehén
hasta que vuelva.

Música solemne.

BELARIO ¡Mi instrumento!

Escucha, Polidoro, cómo suena. ¿Por qué
lo tañe Cadwal? ¡Escucha!

GUIDERIO ¿Está él en casa?

BELARIO Se marchó hace un instante.

GUIDERIO ¿Qué pretende? No sonaba desde la muerte

de mi querida madre. Las ceremonias solemnes
deben conmemorar solemnes sucesos. ¿Qué será?
Llantos por bobadas y vanas alegrías
son penas de mono, de niños tonterías.
¿Se habrá vuelto loco?

*Sale ARVIRAGO de la cueva
llevando en sus brazos a IMOGENIA, muerta.*

BELARIO Mira, aquí viene.

Lleva en sus brazos la causa funesta
que nos hizo acusarle.

ARVIRAGO Ha muerto el pajarillo

que tanto quisimos. Antes pasar
de los dieciséis años a los sesenta,
de los saltos ágiles a las muletas,
que tener que contemplar esto.

GUIDERIO (*A IMOGENIA.*) ¡Gentil, dulcísimo lirio!

Mucho peor luces en los brazos de mi hermano
que cuando florecías por tu propio pie.

BELARIO ¡Ah, melancolía!

¿Quién pudo nunca sondear tu fondo,
llegar hasta el lodo del puerto donde fondea
tu barcaza? Bendito muchacho, solo Júpiter sabe
en qué gran hombre te hubieras convertido.
Frágil criatura, has muerto de melancolía.
(*A ARVIRAGO.*) ¿Cómo le hallaste?

ARVIRAGO Yerto, con la sonrisa

de quien durmiendo antes siente las cosquillas de una
mosca

que el aguijón de la muerte. Su mejilla derecha
reposaba en una almohada.

GUIDERIO ¿Dónde?

ARVIRAGO En el suelo.

Tenía los brazos enlazados, le creí dormido
y me quité los chanclos para apagar el ruido
de mis pasos.

GUIDERIO ¡Pero si parece dormido!

Si ha muerto, su sepultura será un lecho.

Las hadas visitarán su tumba

(a IMOGENIA) y no te rozarán siquiera los gusanos.

ARVIRAGO Con las flores más bellas, Fidelio, mientras se
sucedan

los veranos y yo viva, haré más amable tu tumba.

No te faltará la flor que imita tu rostro,

la pálida primavera, ni la campánula,

del tenue azul de tus venas, ni la rosa silvestre,

de perfume menos dulce que tu aliento.

Con su pico compasivo el petirrojo ¡ah, vergüenza

de los ricos herederos cuyos padres

yacen olvidados! Te traerá todo eso, sí,

y musgo de terciopelo cuando no haya flores

para abrigar tu cuerpo en el invierno.

GUIDERIO Por favor,

no juegues a decir lindezas sobre algo

tan serio. Enterrémosle, y que nuestra admiración
no retrase lo que debe hacerse.

Llevémosle hasta su tumba.

ARVIRAGO Decid, ¿dónde reposará?

GUIDERIO Junto a la bondadosa Eurifila, nuestra madre.

ARVIRAGO Así sea. Y aunque son ya viriles nuestras voces,

Polidoro, llevémosle cantando a la sepultura,
con las mismas melodías y palabras que otrora
la acompañaron, cambiando Eurifila por Fidelio.

ARVIRAGO Cadwal, no puedo cantar. Lloraré y declamaré
contigo,

que la pena, si desafina, es peor que las mentiras
de sacerdotes y oráculos.

ARVIRAGO Recitemos entonces.

BELARIO Veo que los grandes pesares alivian

los pequeños, pues olvidasteis a Cloten.

Era hijo de reina, muchachos, y muy caro pagó
venir como enemigo. Grandes y míseros
se deshacen en el mismo polvo, pero el respeto,
ángel custodio del mundo, fuerza la distinción
entre los rangos. Nuestro adversario
era un príncipe, y si murió
como enemigo, como príncipe enterradle.

GUIDERIO Traedlo aquí.

Muertos ambos, lo mismo vale el cuerpo de Tersites
que el de Áyax.

ARVIRAGO (*A* BELARIO.)

Id a buscarlo, diremos entretanto
nuestra canción. Comienza, hermano.

Sale BELARIO.

GUIDERIO No, Cadwal, pongámosle cara a poniente.

Mi padre conoce la razón para ello.

ARVIRAGO Es cierto.

GUIDERIO Vamos a cambiarle de sitio.

ARVIRAGO Así. Empecemos.

GUIDERIO

Ya no temas del sol los ardores
ni del invierno la cólera aciaga.
Cumpliste en la tierra tus labores,
volviste a tu casa, ganaste tu paga.
En cenizas y polvo toda mocedad
mudará algún día la cruel edad.

ARVIRAGO

Ya no temas al déspota airado,
a ningún tirano debes obediencia.
Del pan y el abrigo olvida el cuidado,
entre el junco y el roble no habrá diferencia.
El cetro, la ciencia y la sabiduría
polvo serán al llegar su día.

GUIDERIO

Ya no temas al rayo cegador.

ARVIRAGO

Ni te asuste el trueno al retumbar.

GUIDERIO

Ya no temas la calumnia ni el rumor.

ARVIRAGO

Por siempre acabaron el gozo y el pesar.

GUIDERIO y ARVIRAGO

Todos los amantes con toda su alegría
polvo serán al llegar su día.

GUIDERIO

Quien invoque a las sombras no podrá conjurarte.

ARVIRAGO

Ni embrujo o maleficio sabrá cómo dañarte.

GUIDERIO

Espectros y fantasmas respetan tu reposo.

ARVIRAGO

No te rozará su hechizo tenebroso.

GUIDERIO y ARVIRAGO

Sea en paz tu vida consumada
y véase tu tumba siempre honrada.

*Entra BELARIO con el cuerpo de Cloten
vestido con las ropas de Póstumo.*

GUIDERIO Ya celebramos las exequias. Tendedlo en el suelo.

BELARIO Traigo algunas flores, a medianoche cogeré más.

Deben esparcirse sobre las tumbas cuando están
empapadas de rocío nocturno. Eras como las flores
que ahora se marchitan. También agostadas

se verán pronto las briznas derramadas.
Venid, nos arrodillaremos más lejos.
Vuelven a la tierra que les dio la vida.
Sus penas y gozos el mundo entero olvida.

Salen BELARIO, ARVIRAGO y GUIDERIO.

IMOGENIA (*Despertándose.*)

Decidme, señor, ¿cómo se llega a Milford?
¿Por ese bosque? Gracias. ¿Queda muy lejos?
Dios santo, ¿seis millas todavía? He caminado
toda la noche. Me acostaré para dormir.

Ve el cadáver.

¡Pero cuidado, sin compañeros de cama!
¡Dioses y diosas! Si estas flores son los goces
del mundo, la sangre de este hombre
serán sus pesares. Espero estar soñando,
igual que creía ser la guardiana
de una cueva y preparar la comida
de gentes honestas. Mas no era cierto.
Fue un dardo de humo lanzado al humo,
hijo de los vapores de la mente.
Los ojos como la razón pueden cegarse.
Por mi fe que aún estoy temblando.
¡Cielos, si guardáis una gota de piedad,
mínima como el ojo de un reyezuelo,
derramadla! El sueño continúa. Ya desperté,
mas dentro y fuera de mí aún lo siento.

No imaginado, bien palpable. ¿Un hombre sin cabeza?

¿Con las ropas de Póstumo? Conozco la forma de su pierna. Esta es su mano, su pie de Mercurio, su muslo de Marte, los músculos de Hércules.

Pero su rostro de Júpiter... ¡Crimen celeste!

¿Qué es esto? No lo encuentro.

¡Yo te maldigo, Pisanio, como Hécuba furiosa maldijo a los griegos! Conspiraste con el maligno Cloten y degollaste a mi señor. ¡De aquí en adelante leer y escribir será traicionar! Maldito Pisanio, que con sus cartas (¡ah, maldito!)

taló el mástil del más bello navío. Ay, Póstumo, ¿dónde está tu cabeza? ¿Dónde está? Ay de mí, ¿dónde? ¿Por qué no te cortó Pisanio el corazón en lugar de la cabeza? ¿Cómo fue capaz?

¿Pisanio? Fueron Cloten y él. Su maldad y su codicia causaron el desastre.

¡Está claro, está claro! La droga que me dio como cordial asesinó mis sentidos.

Eso confirma que este es su crimen.

¡Oh, que tu sangre sonroje mis mejillas lívidas para inspirar más terror a quien nos encuentre!

¡Oh, mi señor, mi señor!

Abraza el cuerpo.

Entran LUCIO, OFICIALES ROMANOS y un AUGUR.

OFICIAL ROMANO (*A* LUCIO.) Según vuestro deseo las
guarniciones

de las Galias han cruzado los mares.

Aquí en el puerto de Milford os aguardan
dispuestos junto a sus barcos.

LUCIO ¿Y qué hay de Roma?

OFICIAL ROMANO El Senado alentó a los habitantes
y los caballeros de Italia, gentes
dispuestas que prometen servir noblemente
a las órdenes del valiente Giacomo,
hermano del duque de Siena.

LUCIO ¿Cuándo se les espera?

OFICIAL ROMANO Con el próximo viento favorable.

LUCIO Su diligencia
da alas a nuestros propósitos. Que los capitanes
reúnan las tropas.

Sale uno o más.

(*Al* AUGUR.) ¿Qué anuncian vuestros sueños
respecto a esta guerra?

AUGUR He ayunado rogando una señal a los dioses,
y anoche me concedieron una visión:
el águila romana, ave de Júpiter,
volaba de los pantanos del sur hacia poniente
hasta desvanecerse entre los rayos del sol.
A menos que mis pecados enturbien mis augurios,
esto predice el éxito de las huestes romanas.

LUCIO Soñad así

a menudo, y sea siempre cierto.

Ve el cuerpo de Cloten.

Esperad,

¿qué tronco es este sin su copa? Parece la ruina
de un noble edificio. Y el paje sobre él
diríase muerto o dormido. Muerto más bien,
porque repugna a la naturaleza yacer
junto a la carroña y dormir sobre los muertos.

Veamos el rostro del muchacho.

OFICIAL ROMANO Está vivo, señor.

LUCIO Entonces nos hablará del cadáver.

Muchacho, infórmanos de tu suerte,
parece suplicar que la interroguen.
¿Quién te sirve de sangrienta almohada?
¿Y quién cercenó la labor de la naturaleza
mutilando tan bella estampa? ¿Cuál es tu parte
en el triste naufragio? ¿Qué sucedió? ¿Quién es él?
Y tú, ¿quién eres?

IMOGENIA No soy nada. O tal vez nada ser

fuese mejor. Este era mi amo, un britano
valiente y bondadoso a quien los bandidos
dieron muerte. Ay, no quedan amos así.
Ya puedo vagar de un sitio a otro,
suplicar un empleo, probar muchos y buenos,
servir fielmente, que nunca encontraré

un amo como él.

LUCIO Pobre muchacho,

tus lamentos me conmueven más

que su sangre. Dime su nombre.

IMOGENIA Richard du Champ. (*Aparte.*) Espero que al oírlas

los dioses disculpen mis mentiras inofensivas.

(*En voz alta.*) ¿Decíais, señor?

LUCIO ¿Cómo te llamas?

IMOGENIA Fidelio, señor.

LUCIO Esa mismísima virtud representas.

Tu nombre se ajusta a tu lealtad,

y ella a tu nombre. ¿Probarás suerte conmigo?

Quizá no sea tan buen amo,

pero sí te amaré lo mismo.

Ni las cartas del emperador encenderían

mi afecto tan aprisa como tus méritos. Sígueme.

IMOGENIA Lo haré, señor. Pero antes, con la venia

de los dioses, pondré a mi amo al abrigo

de las moscas, tan profundo como puedan

cavar las pobres piquetas de mis dedos.

Si os place emplearme os seguiré tras cubrir

su tumba con hojas y hierbas. Recitaré

cien oraciones, o más si puedo, y dejaré

su servicio entre lágrimas y suspiros.

LUCIO Y yo seré más un padre que un amo. Amigos míos,

este muchacho nos enseña a cumplir

con los deberes de un hombre. Busquemos
el más bello rincón florido. Allí cavarán su tumba
nuestros picos y alabardas. Llevadle a hombros.
Muchacho, por ti le enterraremos como a un soldado.
Seca tus ojos, alegra tu cariz,
de esta caída te alzarás más feliz.

Salen

con el cadáver de Cloten.

ESCENA III

Entran CIMBELINO, nobles y PISANIO.

CIMBELINO Volved con noticias de ella.

Salen uno o más.

Un desvarío, una fiebre causada por la ausencia
de su hijo pone en peligro su vida.
¡Cielos, qué profundos golpes me asestáis!
Me falta Imogenia, mi gran consuelo.
La reina yace desesperada en su lecho,
y una guerra temible se avecina.
¡Su hijo, tan necesario ahora, ha desaparecido!
Todo me aflige más allá de la esperanza.
(*A PISANIO.*) Pero a ti, bribón, que finges no saber
nada de su partida, te arrancaremos la verdad
con tormentos.

PISANIO Señor, mi vida es vuestra.

Humildemente os la ofrezco. Pero en verdad
ignoro dónde está mi ama, por qué ha huido
o cuándo pretende volver. Ruego a su alteza

que me tenga por su leal servidor.

UN NOBLE Mi señor,

él estaba aquí cuando su fuga.

Me atrevo a dar fe de su sinceridad,
fielmente seguirá a vuestro servicio.

En cuanto a Cloten, sin duda le encontrarán
si se le busca con diligencia.

CIMBELINO Los tiempos son turbulentos.

(A PISANIO.) Por ahora quedas en libertad,
aunque persiste nuestra sospecha.

UN NOBLE Majestad,

las legiones romanas de la Galia
han arribado a la costa junto al refuerzo
de los patricios que el Senado reclutó.

CIMBELINO ¡Qué diera yo por los consejos de mi reina y mi
hijo!

Me abruman los cuidados.

UN NOBLE Mi señor, vuestros ejércitos

bien pueden enfrentarse a las legiones.

Y vengan más, pues a más podéis desafiar.

Tan solo debéis poner en marcha unas fuerzas
que ansían ya moverse.

CIMBELINO Os lo agradezco. Retirémonos

y afrontemos lo que se avecina. No temo el daño que
venga

de Italia, pero me aflige lo que aquí sucede. Vamos.

Salen

CIMBELINO *y nobles.*

PISANIO No he recibido carta de mi señor
en respuesta a mi relato de la muerte
de Imogenia. Es extraño. Ni sé nada
de mi ama, aunque prometió dar noticias
a menudo. Ignoro qué habrá sido de Cloten,
y todo esto me inquieta. Aún deben los cielos
hacer su trabajo. Siendo falso soy sincero:
por no mentir miento. Si no muero en la guerra
probaré al rey mi amor a la patria.
El tiempo todo lo aclara y deshará el entuerto:
los barcos a la deriva Fortuna lleva a buen puerto.

Sale.

ESCENA IV

Entran BELARIO, GUIDERIO *y* ARVIRAGO.

GUIDERIO El clamor nos rodea.

BELARIO Salgamos de aquí.

ARVIRAGO ¿Qué placer queda en la vida si se huye
de aventuras y hazañas?

GUIDERIO ¿Y qué esperanzas
hay de ocultarse? Como britanos
nos matarán las legiones romanas,
o nos tomarán por bárbaros renegados
y se servirán de nosotros antes de matarnos.

BELARIO Hijos, busquemos refugio en las cumbres.
No podemos engrosar las filas del rey.
No nos conocen ni estamos alistados.

La muerte de Cloten puede descubrir
nuestra morada y permitir que adivinen
lo que hemos hecho. El castigo sería la muerte
y el tormento.

GUIDERIO Ese temor

ni es propio de vos
ni nos convence ahora.

ARVIRAGO No es probable

que ante los relinchos de los caballos romanos
y los fuegos de sus campamentos, con los ojos
y los oídos ocupados en asuntos vitales,
noten nuestra presencia y pierdan el tiempo
en preguntarse quiénes somos.

BELARIO Oh, muchos soldados

me conocen. Ya veis que los años
no me hicieron olvidar a Cloten,
aunque entonces era un niño.
Por otro lado, el rey ni merece
ni servicio ni vuestro afecto. A causa de mi exilio
os faltó buena crianza y lleváis una vida
áspera, privados de la consideración
que vuestra cuna prometía, esclavos
del invierno helado e hijos curtidos del estío.

GUIDERIO De ser así, más vale dejar de ser. Unámonos

a ellos, os lo ruego. No nos conocen
ni a mi hermano ni a mí. Y vos estáis tan cambiado

y tan lejos de sus pensamientos que nada sospecharán.

ARVIRAGO Por el brillo del sol os juro que me uniré a ellos.

¡Qué cosa es esa de no haber visto jamás
morir a un hombre, ni más sangre
que la de liebres miedosas, cabras en celo
y venados! ¡Nunca he montado un caballo
distinto al mío, sin espuelas ni herraduras!
Me avergüenza alzar los ojos al sol sagrado
y gozar de sus rayos siendo un pobre don nadie.

GUIDERIO Por los cielos, yo voy.

Si queréis bendecirme
y darme la venia, tanto mejor.
Si no, que los romanos
me castiguen.

ARVIRAGO Eso digo yo. Amén.

BELARIO Si en tan poco tenéis vuestras vidas,
no velaré yo más por la mía,
tan quebrantada. ¡Iré con vosotros!
Si en las guerras de la patria halláis la muerte
compartiremos la tumba que nos depare la suerte.
Adelantaos. (*Aparte.*) Su sangre se irrita y ansía el
momento
de correr probando su real nacimiento.

Salen.

QUINTO ACTO

ESCENA I

Entra PÓSTUMO vestido a la manera romana y con un trapo ensangrentado en las manos.

PÓSTUMO Tela sangrienta, he de conservarte,
pues un día quise verte así teñida.
¡De seguir mi ejemplo,
hombres casados, cuántos mataríais a esposas mejores
que vosotros
por un simple paso en falso! Oh, Pisanio,
un buen criado cumple tan solo
las órdenes prudentes. Dioses, castigando antes
mis pecados me habríais evitado este.
La noble Imogenia ya estaría arrepentida,
y yo, despreciable, merezco antes vuestra venganza.
Pero ay, os lleváis de este mundo a muchos
por pequeñas faltas, probándoles vuestro amor
al impedir que recaigan. A otros les dejáis sumar
crimen al crimen hasta inspirarles un asco al mal
que les redime. Pero Imogenia es vuestra.
Bendigo vuestra voluntad, bendecidme
para poder acatarla. He llegado hasta aquí
entre los nobles romanos, para luchar contra el reino

que fue de mi dama. Britania, con haber matado
a tu señora basta. Paz, no quiero herirte. Así que,
cielos
clementes, oíd con paciencia mis propósitos.
Me despojaré de mis ropas italianas y adoptaré
la figura de un campesino britano.

Se desviste.

Así combatiré
a quienes me trajeron. Así moriré por ti, Imogenia,
por quien mi vida es muerte a cada aliento.
Así, anónimo, sin recibir piedad ni odio,
me lanzaré a los brazos del peligro.
Me hallarán más aguerrido
de lo que parezco así vestido.
Dioses, insufladme la fuerza de los Leonatos.
Para contrariar del mundo los usos y la ciencia,
agrandaré el contenido menguando la apariencia.

Sale.

ESCENA II

Marcha militar. Entran Lucio, GIACOMO y el ejército romano por un lado y el ejército britano por el otro. Póstumo Leonato se cuenta entre sus filas, como un soldado pobre mente vestido. Marchan y salen. Clamor de batalla vuelven a entrar GIACOMO y Póstumo, luchando. Póstumo vence y desarma a GIACOMO, y después le deja solo.

GIACOMO La culpa oprime mi pecho y me arrebat
el valor. Calumnié a una dama, princesa
de esta tierra, y sus aires se vengán debilitándome.
De otra forma jamás me hubiera vencido
en mi oficio ese rústico villano.

Si en defensa de mi rango me muestro tan necio
justo es que mis blasones reciban el desprecio.
Si como ese plebeyo excede a nuestros nobles
le superan a él los hidalgos britanos,
ellos serán dioses, nosotros solo humanos.

Sale.

ESCENA III

*La batalla continúa. Clamor de armas. Las trompetas tocan a retirada.
Los britanos huyen, Cimbélino es hecho prisionero. Después entran en su
auxilio BELARIO, GUIDERIO y ARVIRAGO.*

BELARIO Resisitid, resistid, el terreno nos favorece.

El paso está guardado. Solo nos derrotará
la cobardía.

GUIDERIO y ARVIRAGO

Resisitid, resistid y luchad.

*Entra PÓSTUMO disfrazado de soldado pobremente vestido y secunda a
los britanos.*

Rescatan a CIMBELINO y salen.

ESCENA IV

Las trompetas tocan a retirada.

Entran LUCIO, GIACOMO

e IMOGENIA como Fidelio.

LUCIO (*A IMOGENIA.*)

Aléjate de las tropas y ponte a salvo. Los amigos
se están matando entre sí, y es tal el desorden que la
guerra
parece tener los ojos vendados.

GIACOMO Son sus refuerzos.

LUCIO Extraño curso tomó la jornada. Recuperémonos
mientras podamos, o habrá que retirarse.

Salen.

ESCENA V

Entran separadamente PÓSTUMO, como un sol dado pobre, y un NOBLE britano.

NOBLE ¿Vienes del frente de batalla?

PÓSTUMO Yo hice frente, aunque parece que vos huisteis.

NOBLE Sí.

PÓSTUMO No puedo culparos. Todo se hubiese perdido

de no secundarnos los cielos. El propio rey
quedó sin flancos, su ejército deshecho
y solo se veían espaldas britanas corriendo
por el desfiladero. El enemigo exultante,
con la lengua fuera, absorto en la matanza,
con menos armas que tarea, hería de muerte a unos,
rozaba a otros, y caían los demás de puro miedo.
Los muertos por la espalda y los cobardes
que vivirán para morir con más oprobio
atascaban el camino.

NOBLE ¿Dónde estaba ese camino?

PÓSTUMO Cercano a la batalla, excavado y con taludes de
hierba.

Eso dio ventaja a un viejo soldado,
ciertamente honroso: bien merece la larga vida
que prueban sus barbas blancas,
pues fue capaz de luchar por su patria.
Bloqueó el camino junto a dos muchachos
más apropiados para el juego
que para la matanza, de rostros más bellos

que otros que sus dueños protegen con máscaras.
Cerraron el paso y gritaron a los fugitivos:
«¡Los ciervos britanos mueren corriendo,
no los hombres! ¡Las almas cobardes
vuelan a las tinieblas! Resistid o bestialmente
os daremos como romanos lo que evitáis como
bestias.
Afrontad con fiereza lo que dejáis atrás.
¡Resistid, resistid!». Tres son legión si los demás
no hacen nada. Valientes como tres mil
y como otros tantos luchando, al grito
de «¡Resistid!» devolvieron el color
a los semblantes, sacando partido del lugar.
La nobleza de su porte era una arenga
capaz de hacer de las rocas lanzas.
En parte avergonzados, en parte
con nuevos ánimos, los pocos
que por imitación se mostraban cobardes
(¡gran pecado en la guerra!) como leones
se revolvieron contra los domadores.
Al verse cazado el cazador se retira en desbandada.
Las águilas remontan cual gallinas el vuelo,
desandando con vergüenza sus pasos
victoriosos. Como las últimas provisiones
de las travesías, en la necesidad dan la vida
los cobardes. ¡Y cómo golpean al hallar descubiertas
las espaldas! Los muertos, los moribundos,

los que habían perdido a sus amigos,
los que de diez en diez un solo adversario
derrotaba, eran de pronto carniceros de veinte
cada uno. Los que preferían la muerte al combate
se tornan el terror de la batalla.

NOBLE Curioso lance:

un camino angosto, un anciano y dos muchachos.

PÓSTUMO No, que no os sorprenda. Tenéis más dotes

para asombraros por las hazañas ajenas
que para realizarlas. ¿Queréis oír una rima
para repetirla después en son de burla? Aquí va:
«Dos muchachos, un anciano y una senda
derrotaron a Roma y se hicieron leyenda».

NOBLE Caramba, no os enojéis, señor.

PÓSTUMO Ay de mí, ¿por qué?

De cualquier cobarde amigo seré.

Tengo por seguro que según su costumbre
huirá de mi amistad sin mucha pesadumbre.

¡Me habéis hecho poeta!

NOBLE Adiós, que os veo enojado.

Sale el NOBLE.

PÓSTUMO ¿Otra vez huyendo? Así son los hidalgos.

¡Noble mezquino, en el mismo campo de batalla
me pide a mí noticias! Cuántos hoy hubieran
dado su rango por su pellejo. Pusieron pies
en polvorosa y aun así murieron. Hechizado

por el dolor, no pude hallar la muerte
donde gemía ni sentirla donde atacaba.
Horrible monstruo extrañamente escondido
en finas tazas, lechos blandos y dulces palabras.
Le sirven más ministros que soldados con espadas.
Pues la encontraré. Aunque combatí por mi patria,
dejo de ser britano. Volveré al lado de Roma.
No lucharé más, me entregaré al primer campesino
que me dé un golpecito en el hombro. Gran carnicería
hizo el romano. Terrible venganza será la de Britania.
Solo con la muerte seré rescatado,
mi aliento extinguirá uno u otro lado.
No lo llevaré y no debo guardarlo:
por la dulce Imogenia quiero aniquilarlo.

*Entran dos CAPITANES britanos
y soldados.*

PRIMER CAPITÁN Loado sea Júpiter, Lucio fue preso.

El anciano y sus hijos debían ser ángeles.

SEGUNDO CAPITÁN Había otro, vestido pobremente,
que luchó junto a ellos.

PRIMER CAPITÁN Eso dicen.

Pero no se le encuentra. ¡Alto! ¿Quién va?

PÓSTUMO Un romano

que no desfallecería ahora si los refuerzos
le hubiesen secundado.

SEGUNDO CAPITÁN (*A los soldados.*)

¡Prendedle!

Ni un solo perro italiano, ni una pierna siquiera
de Roma volverá para contar cómo picoteaban los
cuervos.

Su fanfarronería es de patricio. Llévadle ante el rey.

*Fanfarria. Entran Cimbelino y los nobles, Belario, Guiderio, Arvirago,
Pisano y cautivos romanos. El CAPITÁN lleva a PÓSTUMO ante
Cimbelino, quien le entrega a un carcelero. Salen todos excepto
PÓSTUMO y dos CARCELEROS que le encadenan de pies y manos.*

PRIMER CARCELERO Con tantas cadenas no podrán rescatarte.

Pace si encuentras pasto.

SEGUNDO CARCELERO O estómago.

Salen los CARCELEROS.

PÓSTUMO Bienvenido cautiverio, ruta de liberación.

No soy como el enfermo de gota
que prefiere gemir sin descanso
a que le cure la muerte, el médico
infalible que abrirá mis candados.
Conciencia, estás más aherrojada
que mis miembros. Dioses benignos,
que las penitencias rompan mis grilletes
y me liberen para siempre. ¿No basta mi
remordimiento?

Con él contentan los niños a sus padres.

Los dioses son más clementes: me arrepentiré
mejor bajo unas cadenas más deseadas
que impuestas. Y en pago del rescate
libertador, llevadme a mí por entero.

Sois más compasivos que los hombres mezquinos
que toman de sus deudores arruinados

un tercio, un sexto, un diezmo, dejándoles
medrar de nuevo en su penuria: no quiero yo eso.
Por la preciosa vida de Imogenia os doy la mía,
menos preciosa pero acuñada también
por vosotros. En negocios cabales no se pesan
las monedas. Se mira la efigie,
no el metal. Tomad pues la mía,
troquelada a vuestra imagen.
Poderes supremos, cobraos la cuenta con mi vida
cancelando así tan fríos lazos. Ah, Imogenia,
te hablaré en silencio.

Se duerme. Música solemne. Entra, como en una aparición, SICILIO Leonato, padre de Póstumo, un anciano vestido de guerrero. Lleva de la mano a una noble matrona, esposa y MADRE de Póstumo. Se oye una melodía. Después se oye otra y aparecen los dos jóvenes Leonatos, HERMANOS de Póstumo, mostrando las heridas de guerra que les causaron la muerte. Rodean a PÓSTUMO mientras yace dormido.

SICILIO Señor del rayo, ahorra tu furia
a las moscas mortales.
Enójate con Marte, riñe con Juno
cuando censure tus adulterios.
Solo el bien ha hecho ese hijo mío
cuyo rostro no llegué a ver.
Morí cuando él en el cálido vientre
aguardaba el momento de nacer.
Si te llaman padre de huérfanos,
debiste reemplazar al terrenal.
Guardarle y tutelarle como un padre
que cuida a su hijo frente a todo mal.

MADRE Lucina me negó su ayuda,
los dolores del parto me mataron.
Arrancaron al niño de mi seno.
Desvalido entre enemigos le dejaron,
triste criatura.

SICILIO Natura y sus ancestros
le dotaron tan bellamente
que en él el mundo entero
vio a mi glorioso descendiente.

PRIMER HERMANO Una vez adulto
en Britania solo una mujer
podía estar a su altura.
Nadie sino Imogenia supo ver
cuántos eran sus méritos,
cuán alto su valer.

MADRE ¿Por qué se burlaron de su matrimonio,
por qué hubo de verse exiliado,
lejos del solar de sus ancestros
y de su tesoro máspreciado,
la dulce Imogenia?

SICILIO ¿Por qué dejaste que Giacomo,
vil entre los falsarios,
colmase su corazón
de celos innecesarios
y propiciase las burlas
de romanos mercenarios?

SEGUNDO HERMANO Por eso de regiones más calmas

nuestros padres y nosotros vinimos.

Luchando por nuestra patria

con valor y coraje morimos,

las leyes y los fueros de Tenancio

con honra y con sangre defendimos.

PRIMER HERMANO Similares hazañas ante Cimbelino

Póstumo ha realizado.

Siendo así, Júpiter, rey de dioses,

¿por qué tanto has retardado

el favor debido a su mérito,

en penurias transformado?

SICILIO Abre tu ventana de cristal y mira.

No inflijas más tormentos

ásperos y despiadados

sobre una estirpe valiente.

MADRE Nuestro hijo es bueno, Júpiter,

apiádate de él, sufriente.

SICILIO Mira más allá de tu morada marmórea;

socórrele, o nosotros, pobres fantasmas,

ante el sínodo brillante de los dioses

elevaremos estas quejas.

HERMANOS Ayúdale, Júpiter, o apelaremos

recusando tu justicia.

JÚPITER *desciende entre truenos y relámpagos, cabalgando un águila.*

Lanza un rayo.

Los espíritus caen de rodillas.

JÚPITER Espíritus viles de bajas regiones, no ofendáis
nuestros oídos. ¡Callad! ¿Cómo osáis,
fantasmas, acusar al Tonante cuyo rayo
desde el cielo a todo rebelde alcanza?
Pobres sombras del Elíseo, alejaos,
yaced sobre las flores siempre lozanas.
Que no os estorben los mortales accidentes.
No os tocan ya esos cuidados.
Yo marco a mis predilectos y pospongo
mi favor por dar a la postre más gozo.
Debéis alegraros. Mi poder alzaré a ese hijo abatido.
El consuelo se acerca, sus penas ya pasaron.
El astro Júpiter presidió su nacimiento,
y en nuestro templo tomó a su esposa.
Levantaos y desapareced. Será señor de Imogenia,
tanto más feliz por su aflicción.
Colocad esta tablilla sobre su pecho,
pues en ella se encuentra su fortuna.

*Da a los espíritus una tablilla que colocan
sobre el pecho de Póstumo.*

Partid ahora. Si no cesa el estrépito
de vuestro descontento provocaréis el mío.
Llévame, águila, al palacio cristalino.

Asciende a los cielos.

SICILIO El trueno le trajo, y su aliento cargaba
de azufre el aire. El águila sagrada
parecía querer prendernos con sus garras.

No hay en el Elíseo nada más suave que su vuelo.

Alisaba su ala con su pico,
señal del contento de su amo.

TODOS LOS ESPÍRITUS Gracias, Júpiter.

SICILIO Ya se cierra el pavimento de mármol,
ya penetró en su radiante morada.
La orden que nos dio será acatada.

Los espíritus se desvanecen.

PÓSTUMO (*Despertándose.*) Sueño, como un ancestro
engendraste

para mí un padre, una madre y dos hermanos.

Mas, ¡burla cruel!, se han ido,
esfumándose tras haber nacido.

Estoy despierto. Así sueñan los miserables
con el favor de los poderosos, pero nada
encuentran al despertar. Y miento,
porque muchos que ni sueñan ni merecen
mercedes viven bañados en ellas.

Yo mismo desconozco la razón del dulce sueño.

¿Hechizan los espíritus esta tierra? ¿Qué es este
escrito?

Labor finísima, no sigas los usos del mundo vano
siendo más noble que tu contenido, ni sean tus
palabras

cortesanas: cumple lo que prometes.

Lee.

«Cuando el cachorro del león que a sí mismo se
ignora sin procurarlos encuentre los besos del dulce

aliento; y cuando de un regio cedro caigan las ramas muertas y retoñen al unirse de nuevo al tronco, entonces tendrán su fin las miserias de Póstumo, hallará su fortuna Britania y reinarán la paz y la abundancia.»

Aún estoy soñando, o esto es el delirio
de un loco. O ambas cosas o ninguna,
o puro sinsentido, o palabras de un sentido
indescifrable. En todo caso se parece al curso
de mi vida, y aunque sea por simpatía
guardaré este escrito.

Entra el CARCELERO.

CARCELERO Y bien, señor, ¿listo para la muerte?

PISANIO Mi carne está en su punto. Y hasta un poco pasada.

CARCELERO Pues habrá que colgarla. Si estáis listo para eso,
bien os han cocinado.

PÓSTUMO Si resulto buen almuerzo para los espectadores, el
plato habrá valido su precio.

CARCELERO Os saldrá cara la nota. Pero mirad la parte buena: ya nunca tendréis que pagar nada, ni temeréis las cuentas de la taberna, que dan tanta pena en los adioses como alegrías en el recibimiento. Llega uno muerto de hambre y se va dando tumbos tras beber demasiado, lamentando haber pagado de más y haber tomado de más a cambio. La cabeza y la bolsa por igual vacías: los sesos abrumados bajo el peso de la ligereza, y la bolsa ligera tras perder tanto peso. De esas contradicciones quedaréis liberado. ¡Ah, cuánta caridad en una cuerda que sin valer un real de un tirón salda miles! No hay más deber ni más haber que ella. La sogá liquida lo que ha sido, lo que es y

lo que será. Vuestro cuello sirve de libro, pluma y ábaco. Así se remata la cuenta.

PÓSTUMO Me alegra más morir que a ti la vida.

CARCELERO Claro, señor. No le duelen las muelas a quien duerme. Pero quien fuese a dormir como vos no dudaría en cambiarle el puesto al verdugo que viene a arroparle. Mirad que no sabéis el rumbo que lleváis.

PÓSTUMO Lo sé muy bien, compañero.

CARCELERO Entonces vuestra muerte conserva los ojos en su calavera. Nunca la vi así pintada. O creéis a los que dicen saberlo, o fingís saber lo que en verdad desconocéis, o pretendéis averiguarlo por vuestros propios medios. Y me temo que no volveréis para contarnos adónde os llevó vuestro viaje.

PÓSTUMO Pues yo te diré que a nadie le faltan ojos para orientarse hacia donde yo voy, aunque algunos prefieran cerrarlos.

CARCELERO ¡Qué burla infinita, que los ojos cumplan su misión haciéndonos ver el camino de la ceguera! Lo que sí sé es que la horca es el camino que los cierra.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO Quítale las cadenas y lleva al prisionero ante el rey.

PÓSTUMO Me traes buenas noticias, pronto seré liberado.

CARCELERO Entonces me ahorcarán a mí.

PÓSTUMO Serías más libre que como carcelero. No hay grilletes para los muertos.

Salen

PÓSTUMO y el MENSAJERO.

CARCELERO Solo quien quisiera casarse con la horca y tener patibulitos con ella tendría más ganas de conocerla. Por muy romano que sea, la verdad es que llevo vistos peores canallas deseando salvar la vida. En fin, también hay romanos que mueren contra su voluntad. Eso me pasaría a mí en su lugar. Ojalá todos estuviésemos siempre de acuerdo en hacer el bien. ¡Ah, sería la ruina de verdugos y cadalsos! Hablo en contra de mi provecho, pero tan buena intención me ascendería derecho.

Sale.

ESCENA VI

Fanfarria. Entran CIMBELINO, BELARIO, GUIDERIO, ARVIRAGO, PISANIO y nobles.

CIMBELINO (*A BELARIO, GUIDERIO y ARVIRAGO.*)

Quedaos a mi lado, campeones del trono
enviados por los dioses. Siento pena
por no poder hallar al pobre soldado
que tan noblemente luchó. Sus andrajos
humillaron las corazas doradas,
su pecho desnudo supo afrontar
la muralla inexpugnable de broqueles.

BELARIO Nunca vi furia tan noble en tan pobre ser,
tantas hazañas realizadas por quien a los ojos
ofrecía tan solo triste apariencia.

CIMBELINO ¿No hay noticias de él?

PISANO Entre los vivos y los muertos le han buscado
sin encontrarle.

CIMBELINO Lamento ser entonces
depositario de su recompensa, que sumaré

(a BELARIO, GUIDERIO y ARVIRAGO)

a la que merecéis, corazón, hígado y sesos
de una Britania que vive por vuestro mérito.

Es hora de saber de dónde procedéis. Decid.

BELARIO Señor, en Cambria nacimos hidalgos.

Preciarse de más sería fanfarronear,
salvo si insistimos en nuestra honra.

CIMBELINO Arrodillaos.

Se arrodillan.

CIMBELINO *les arma caballeros.*

Alzaos, caballeros armados en el campo de batalla.

Seréis escoltas de mi persona, revestidos
de la dignidad que conviene a vuestro rango.

BELARIO, GUIDERIO y ARVIRAGO *se levantan.*

Entran CORNELIO y damas.

Hay inquietud en vuestros rostros.

¿Así celebráis nuestra victoria?

Más parecéis de Roma que britanos.

CORNELIO ¡Salve, majestad!

Amargaré vuestro gozo al anunciar
la muerte de la reina.

CIMBELINO ¿Quién peor que un galeno

para dar ese mensaje? La medicina alarga la vida,
pero la muerte también se llevará
al doctor. ¿Cómo murió?

CORNELIO Tras una agonía tan horrenda y desatada
como su vida, que fue cruel con el mundo

y al fin más cruel consigo misma. Os contaré
su confesión si dais licencia. Sus damas
podrán corregirme si miento, pues entre llantos
presenciaron su final.

CIMBELINO Hablad, os lo ruego.

CORNELIO Primero confesó no haberos amado,
pues antes que a vos estimaba la grandeza
que de vos tomaba. Casó con vuestra corona,
era esposa de vuestro rango y os odiaba.

CIMBELINO Solo ella

lo sabía, y de no haberlo dicho en trance de muerte
no lo hubiera creído. Continúa.

CORNELIO Vuestra hija, a quien tanto amor
decía profesar, ofendía su vista
más que un escorpión. Y de no haber
huido la hubiese envenenado
para acabar con su vida.

CIMBELINO ¡Demonio refinado!

¿Quién adivina el interior de una mujer? ¿Hay más?

CORNELIO Más y peor. Confesó tener listo para vos
un mortífero mineral que minuto a minuto
minaría vuestra vida consumiéndola
despacio, junto a vuestro lecho
os engañaría con lloros, mimos
y cuidados. Con sus artes pretendía
que nombraseis heredero de la corona

a su hijo. Pero su extraña ausencia
hizo fracasar sus designios, y despechada
perdió la contención. Reveló sus propósitos
sin parar mientes en los cielos ni en los hombres.
Y lamentando que sus maldades no dieran fruto
murió desesperada.

CIMBELINO Vosotras sus damas, ¿es eso cierto?

UNA DAMA Lo es, majestad.

CIMBELINO No culparé a mis ojos,

pues era muy bella, ni a mis oídos engañados
por sus lisonjas, ni a mi corazón que la juzgó
conforme a su apariencia. Hubiera sido un crimen
desconfiar de ella. Ay, hija mía, bien puedes decir
y comprobar en tus penurias que estuve loco.
¡Que el cielo remedie tantos males!

*Entran LUCIO, GIACOMO, el AUGUR y otros prisioneros ro manos
seguidos de PÓSTUMO e IMOGENIA disfrazada de Fidelio, todos ellos
custodiados por soldados britanos.*

No vienes ahora en busca de tributo, Cayo.

Los britanos te han hecho olvidar la exigencia,
aunque más de un valiente hemos perdido.

Sus familias ruegan por que vuestra muerte
traiga paz a sus almas, y así se hará.

Piensa pues en tu situación.

LUCIO Pensad vos en los azares de la guerra.

Por accidente ganasteis la batalla.

Pasado su calor, nosotros no hubiésemos

hecho mal a nuestros prisioneros.
Pero si los dioses disponen
que sean nuestras vidas el rescate, sea.
Para un romano es bastante sufrir
con corazón romano. Augusto vivirá
para recordarnos, y eso ya me contenta.
Solo una cosa os pido: salvad la vida de mi
muchacho,

Sitúa a IMOGENIA ante CIMBELINO.

nacido en Britania. Nunca patrón alguno tuvo paje
tan gentil, tan diestro y diligente, tan atento a su
señor,
tan sincero, tan lleno de virtudes, tan tierno.
Si permitís que a mi súplica se sumen sus virtudes
me atrevo a decir que no sabréis negaros.
Nunca hizo daño a ningún britano,
aunque sirviese a un cónsul de Roma. Perdonadle,
y no escatiméis la sangre de los otros.

CIMBELINO Debo haberle visto,

su rostro me resulta familiar. Muchacho,
tu apariencia te ha ganado mi favor, y pasarás
a servirme. No sé por qué ni para qué
te perdono la vida, pero no se lo agradezcas a tu amo.
Vive y ruega a Cimbelino la merced que desees.
Si se ajusta a mi bondad y a tu condición
será otorgada, aunque me pidas al más noble
de los prisioneros.

IMOGENIA Humildemente os lo agradezco.

LUCIO No te diré que supliques por mi vida, muchacho,
pero sé que lo harás.

IMOGENIA No. No, por desgracia.

Tengo otra cosa pendiente. Veo algo más amargo
que la muerte. Vuestra vida, buen señor,
tendrá que arreglárselas sola.

LUCIO El chico me desdeña,
me abandona, me hace burla: cuán pronto mueren los
gozos
que nos dan las doncellas y los mozos.
¿Por qué parecerá tan confuso?

CIMBELINO ¿Qué quieres tú, muchacho?

Te voy cogiendo cada vez más cariño: medita tú cada
vez más
tu petición. ¿Conoces a ese a quien estás mirando?
Habla, ¿quieres su vida? ¿Es pariente o amigo tuyo?

IMOGENIA Es un romano, no más de mi sangre que yo
de la de su alteza. Siendo yo vasallo
vuestro, estoy quizá más cerca.

CIMBELINO ¿Entonces por qué le miras así?

IMOGENIA Os lo diré en secreto, señor, si queréis
escucharme.

CIMBELINO De todo corazón, sí,
y lo haré atentamente. ¿Cómo te llamas?

IMOGENIA Fidelio, señor.

CIMBELINO Serás mi favorito, mi paje.

Yo seré tu señor. Ven conmigo y habla libremente.

CIMBELINO *e* IMOGENIA

hablan aparte.

BELARIO (*Aparte, a* GUIDERIO *y* ARVIRAGO.) ¿Habrá
resucitado
aquel muchacho?

ARVIRAGO Se parece

al dulce mancebo muerto como un grano de arena a
otro.

¡Y se llama Fidelio! ¿Qué os parece?

GUIDERIO El que estaba muerto vive.

BELARIO Silencio, silencio, esperemos. No nos ha mirado,
paciencia. Hay gentes que se parecen. De haber sido
él
nos hubiese hablado.

GUIDERIO Pero le vimos muerto.

BELARIO Callad y esperad.

PISANIO (*Aparte.*) Es mi señora.

Si ella vive ya no me importa
lo que suceda.

CIMBELINO (*A* IMOGENIA.)

Ven a mi lado y expresa en voz alta
tu deseo. (*A* GIACOMO.) Dad un paso al frente.
Responded al muchacho con franqueza,
o por gracia de nuestro poder y nuestra honra
los tormentos más terribles trillarán la mentira

hasta aventar la verdad. (*A IMOGENIA.*) Vamos, hálbale.

IMOGENIA Mi deseo es que este hidalgo revele
cómo consiguió ese anillo.

PÓSTUMO (*Aparte.*) ¿Qué puede importarle eso?

CIMBELINO (*A GIACOMO.*) Decid, ¿cómo llegó a vuestro dedo
ese diamante?

GIACOMO Ibas a torturarme para obtener una respuesta
que será tu tortura.

CIMBELINO ¿Cómo? ¿La mía?

GIACOMO Me alegra verme obligado a contar
lo que esconder me atormenta. Con vilezas
conseguí este anillo. Perteneció a ese Leonato
por ti desterrado. Y lo que más puede apenarte,
como a mí, es que nunca vieran los cielos
un hidalgo más noble. ¿Quieres saber más?

CIMBELINO Todo lo que a esto respecta.

GIACOMO Tu hija, modelo de virtudes,
por quien mi corazón supura sangre y a quien vacila
en recordar mi falso ánimo... disculpadme,
desfallezco.

CIMBELINO ¿Mi hija? ¿Qué hay con ella? Recobra tus
fuerzas.

Prefiero que vivas hasta que la naturaleza disponga
a que mueras sin contarle todo. Esfuérzate y habla.

GIACOMO Hace tiempo (maldito el reloj
que marcó la hora) en Roma

(maldita la casa) se celebraba
un banquete (¡si al menos las viandas
que llevé a mi boca hubiesen sido veneno!),
y el noble Póstumo (¿qué puedo decir?,
demasiado bueno para departir con canallas,
el mejor entre los mejores) nos oía
melancólico presumir de las mujeres
de Italia, cuya belleza deja mudo
al mejor orador; cuyas formas superan
las de Venus y las de Minerva;
cuyo talante almacena todos los rasgos
que el hombre aprecia en la mujer,
sin contar con el anzuelo del matrimonio
que es su hermosura cegadora...

CIMBELINO Estoy en ascuas.

Ve derecho al asunto.

GIACOMO Demasiado pronto

lo haré, a no ser que tu dolor tenga prisa.
Como conviene a un hidalgo enamorado
de una mujer soberana, Póstumo aguardó
el momento, y sin despreciar lo que preciábamos
(templado como la virtud misma) inició el retrato
de su dama. Y cuando hubo sumado su carácter
a sus palabras nuestras amadas parecieron
simples fregonas o mozas de cocina,
y necios tartamudos nosotros mismos.

CIMBELINO Vamos, vamos, al grano.

GIACOMO La castidad de tu hija... ahí comenzó el asunto.

Habló como si a su lado fuesen tórridos
los sueños de Diana, y solo ella fría.
Miserable de mí, yo dudé de su alabanza
y aposté mi oro contra el anillo
que llevaba en su dedo. Afirmé
que me haría sitio en su cama
y con su adulterio ganaría la sortija.
Él, confiando en la honra de su esposa
tanto como resultó ser justo, ofrece
en prenda el anillo. Y aunque hubiese sido un rubí
del carro de Febo, o el carro entero,
más garantía no hubiese precisado.
Yo vuelo a Britania con tales designios.
Quizá recordéis haberme visto en la corte,
donde vuestra hija me mostró
el abismo que separa el amor de la vileza.
Congelada mi esperanza, que no mis deseos,
mi malicia de italiano sacó provecho
de la ingenuidad de vuestra raza. Seré breve:
mi trampa triunfó de tal modo
que volví con engañosas prendas,
suficientes para enloquecer al noble Leonato.
Debilité la fe en su dama describiendo
los tapices y pinturas de su alcoba

y mostrándole este brazalete
(¡ay, cuánta astucia para ganarlo!).
Cuando hablé de las marcas secretas
sobre su cuerpo, terminó por creer roto
el lazo de su castidad en mi provecho.
Entonces, me parece estar viéndole...

PÓSTUMO (*Dando un paso al frente.*) ¡Y le estás viendo,
diablo italiano! ¡Ay de mí, idiota crédulo,
terrible asesino, ladrón y todo lo que hayan sido
los canallas pasados, presentes y por venir!
¡Ah, dadme una cuerda, un puñal,
un veneno, un juez implacable!
Tú, rey, llama a los torturadores
más diestros. Hago mejores las cosas
más horribles de la tierra,
soy peor que todas ellas. Yo soy Póstumo,
el asesino de tu hija. Miento vilmente,
pues a otro menos vil, ladrón sacrílego,
ordené que la matara. Ella era templo de virtud,
la virtud misma. Escupidme, lapidadme,
lanzadme al barro, azuzad contra mí
los perros callejeros. ¡Llámesese a cada villano
Póstumo Leonato, y será la villanía menos de lo que
era!
¡Oh, Imogenia! ¡Mi reina, mi vida, mi amada!
¡Oh, Imogenia, Imogenia, Imogenia!

IMOGENIA (*Corriendo a abrazarle.*) Paz, mi señor, oíd, oíd.

PÓSTUMO ¿Haces teatro con esto? Niñato burlón,
tu papel está por tierra.

*De un empujón arroja a IMOGENIA
al suelo.*

PISANIO Señores, ayudad a mi dama,
es la vuestra. ¡Mi señor Póstumo,
solo ahora mataste a Imogenia! ¡Ayuda, ayuda!
(A IMOGENIA.) Mi dulce señora.

CIMBELINO ¿Sigue girando el mundo?

PÓSTUMO ¿De dónde me viene este vértigo?

PISANIO (A IMOGENIA.) Despertad, mi señora.

CIMBELINO Si fuera ella será que los dioses quieren
fulminarme
con mortal gozo.

PISANIO (A IMOGENIA.)
¿Cómo se encuentra mi ama?

IMOGENIA ¡Oh, apártate de mi vista!
Me diste veneno. Fuera, hombre maligno.
No respire cerca de los príncipes.

CIMBELINO Es la voz de Imogenia.

PISANIO Que los dioses me aplasten con rocas
de azufre si no tenía yo por preciosa
la caja que os ofrecí. Me la dio la reina.

CIMBELINO Más novedades aún.

IMOGENIA Era veneno.

CORNELIO ¡Oh, dioses!

Olvidé una cosa confesada por la reina

(*a PISANIO*) que probará tu honradez.

«Si Pisanio», me dijo, «ofrece a su ama
la pócima que le di como cordial, le dará
su merecido a esa rata.»

CIMBELINO ¿Qué estás diciendo, Cornelio?

CORNELIO La reina, señor, a menudo me importunaba

pidiéndome venenos. Pretendía
que aumentaba su ciencia matando
criaturas viles, gatos y perros abandonados.
Yo recelaba más maldad en sus propósitos,
y destilé para ella cierta droga. Al ser tomada
cesaría por un tiempo el aliento vital,
pero al poco la naturaleza recuperaría
el uso de sus funciones. (*A IMOGENIA.*) ¿La probasteis?

IMOGENIA Creo que sí, pues estuve muerta.

BELARIO (*Aparte, a GUIDERIO y ARVIRAGO.*)

Muchachos,
ese fue nuestro engaño.

GUIDERIO Es ciertamente Fidelio.

IMOGENIA (*A PÓSTUMO.*) ¿Por qué arrojaste lejos de ti a tu
esposa?

Imagina ahora que estás sobre un acantilado,
y vuelve a arrojarme.

Le abraza.

PÓSTUMO Pende como fruta de mis brazos

hasta que el árbol muera, alma mía.

CIMBELINO (*A IMOGENIA.*)

¿Cómo? ¿Mi hija, mi propia carne? ¿Harás de mí
un don nadie? ¿No me hablarás?

IMOGENIA (*Arrodillándose.*) Bendecidme, señor.

BELARIO (*Aparte a GUIDERIO y ARVIRAGO.*)

Amabais a este joven, pero no os culpo.
Teníais motivos.

CIMBELINO ¡Que mis lágrimas

sean para ti agua bendita!

Poniéndola en pie.

Imogenia,
tu madre ha muerto.

IMOGENIA Siento oírlo, mi señor.

CIMBELINO Ah, nada valía, y por su culpa

nos encontramos hoy como extraños.

Mas no se sabe por qué ni adónde partió su hijo.

PISANIO Señor, libre ya de temores os diré la verdad.

Al conocer la fuga de mi ama, el príncipe Cloten
vino a mi encuentro espada en ristre,
llena de espumarajos la boca.

Juró matarme si no revelaba su destino.

Por acaso tenía en mi poder

una carta engañosa de mi amo,

y ella le condujo hasta los montes

de Milford. Vestido con ropas de mi señor

que logró arrebatarme y fuera de sí
salió al galope, con la sucia intención de violar
el honor de la princesa. Ignoro lo que pudiera
sucederle más tarde.

GUIDERIO Yo terminaré la historia:

aquí mismo le maté.

CIMBELINO ¡Qué! ¡No lo quieran los dioses!

No deseo que tus hazañas arranquen de mi boca
una dura sentencia. Te lo ruego, joven valiente,
desdícete de lo dicho.

GUIDERIO Lo dije y lo hice.

CIMBELINO Era un príncipe.

GUIDERIO Uno muy impertinente. Sus insultos
no eran principescos, y me provocó
con palabras que me harían enfrentarme
al propio mar si así rugiera. Le corté
la cabeza, y me alegro de que ahora
no esté aquí para contarlo.

CIMBELINO Lo siento por ti.

Tu lengua te condena, y caerá sobre tus hombros
el peso de la ley. Debes morir.

IMOGENIA Al cadáver sin cabeza

tomé por mi señor.

CIMBELINO (*A los soldados.*)

Amarrad al criminal
y lleváoslo de mi vista.

BELARIO Espera, señor rey.

Este hombre es mejor que el otro
a quien mató, de tan buena cuna como tú,
y más digno de ti que todo un rebaño de Clotens,
por muchas cicatrices que tuviesen. Soltad sus brazos,
no fueron hechos para ser atados.

CIMBELINO Soldado viejo,

¿probarás mi cólera echando a perder
unos méritos no premiados? ¿Cómo podrá ser su cuna
tan alta como la mía?

ARVIRAGO En eso ha exagerado.

CIMBELINO (A BELARIO.) Y morirás por ello.

BELARIO Moriremos los tres,

pero yo he de probar que al menos dos
son tan dignos como afirmé. Hijos míos,
lo que voy a decir redundará en mi peligro
y en vuestra felicidad.

ARVIRAGO Vuestro peligro es el nuestro.

GUIDERIO Y vuestra nuestra alegría.

BELARIO Escucha, pues.

Gran rey, tuviste en tiempos un súbdito
llamado Belario.

CIMBELINO ¿Qué hay con él?

Es un traidor desterrado.

BELARIO Con los años

se ha convertido en el que aquí ves. Desterrado, sí,

pero nunca traidor.

CIMBELINO (*A los soldados.*)

¡Prendedle!

Nada en el mundo logrará salvarle.

BELARIO ¡Menos humos!

Primero págame la crianza de tus hijos.

Puedes confiscármela tan pronto
la reciba.

CIMBELINO ¿La crianza de mis hijos?

BELARIO Exagero mi osadía y mi insolencia. Vedme
arrodillado.

Arrodillándose.

Antes de alzarme habré elevado a mis hijos.

Luego podéis disponer del padre.

Majestad, estos dos hidalgos
se toman por mis hijos, pero no lo son.
Son fruto de vuestra carne, mi señor,
sangre de vuestra sangre.

CIMBELINO ¿Cómo? ¿Hijos míos?

BELARIO Y vos su padre. Yo, el viejo Morgan,
soy aquel Belario que antaño desterrasteis.
Vuestro capricho fue todo mi crimen,
mi traición y mi castigo. Mis penas,
toda mi ofensa. A estos gentiles príncipes
(porque lo son) eduqué durante veinte años.
Aprendieron las artes que pude enseñarles.
Mi crianza fue la que su majestad conoce.

Su nodriza Eurifila, a quien desposé,
robó a los niños cuando fui expulsado.
Yo la incité a hacerlo, pero había recibido el castigo
antes de cometer el daño. El golpe a mi lealtad
provocó mi traición. Cuanto más os doliese
su pérdida más satisfaría mi propósito
al raptarlos. Ahora, mi buen señor,
os devuelvo a vuestros hijos.
Pierdo así a los más dulces compañeros
sobre la tierra. Que la bendición de los cielos
se derrame sobre ellos como el rocío,
porque merecen poblar el firmamento
con nuevas estrellas.

CIMBELINO Hablas llorando.

El servicio que los tres prestasteis
es más inaudito aún que tu historia.
Perdí a mis hijos. Si ellos lo son,
no podría desearlos más dignos.

BELARIO (*Poniéndose en pie.*) Un momento todavía.

Este a quien llamo Polidoro, muy digno príncipe
por ser vuestro, es en realidad Guiderio.
Y este otro, mi Cadwal, Arvirago,
vuestro hijo pequeño. Estaba envuelto
en primorosos pañales, tejidos por la reina
su madre, y fácilmente puedo presentarlos
como prueba.

CIMBELINO Guiderio tenía en la garganta
un lunar, una estrella color de sangre.
Era señal de prodigios.

BELARIO Este es,
y aún conserva el sello de Natura.
Sabiamente se lo estampó la diosa
para aducirlo ahora como prueba.

CIMBELINO Ah, ¿habré parido de pronto tres hijos?
Nunca una madre alumbró tanta alegría.
¡Benditos seáis, y volved a reinar desde las órbitas
que tan singularmente abandonasteis!
Ay, Imogenia, tú pierdes un reino.

IMOGENIA No, mi señor,
gano dos mundos. Gentiles hermanos,
¿volvemos a encontrarnos? Ciertamente soy
yo la más sincera. Me llamasteis hermano
cuando era vuestra hermana, yo os dije hermanos
y en verdad lo erais.

CIMBELINO ¿Llegasteis a conoceros?

ARVIRAGO Sí, mi buen señor.

GUIDERIO Y nos quisimos desde el principio,
hasta que le dimos por muerto.

CORNELIO Por culpa de la poción de la reina.

CIMBELINO ¡Extraño instinto!
¿Cuándo lo habré escuchado todo?
De este relato abreviado parten ramas

que deberán ser detalladas. ¿Dónde y cómo viviste?
¿Por qué servías al cónsul cautivo?
¿Cómo te separaste de tus hermanos?
¿Cómo les hallaste? ¿Por qué y con quién
huiste de la corte? Todo esto, y vuestros motivos
para luchar, y no sé cuántas cosas más,
quisiera preguntaros junto al resto de circunstancias,
una por una. Pero no es momento ni lugar
para largas entrevistas. Mirad a Póstumo
anclado en Imogenia, vedla a ella
derramar con sus ojos rayos benignos
sobre él, sus hermanos y su antiguo señor,
sobre mí mismo, hiriendo a cada cual con un gozo
distinto.
Y todos por igual corresponden.
Dejemos este lugar y saturemos el templo
con el humo de nuestros sacrificios.
(A BELARIO.) Eres mi hermano, y por tal te tendré
siempre.

IMOGENIA (A BELARIO.)

También sois mi padre. Salvándome me hicisteis
vivir este dulcísimo momento.

CIMBELINO Todos alegres

salvo los prisioneros. También ellos
deben alegrarse probando nuestra merced.

IMOGENIA (A LUCIO.)

Mi buen señor, aún he de serviros.

LUCIO ¡Bendita seas!

CIMBELINO Ojalá aquel soldado tan mísero
como noble luchador estuviese aquí
para honrar la gratitud de un rey.

PÓSTUMO Yo soy, señor, el soldado que pobremente
secundó a estos tres. Vestía acorde
con la intención que me guiaba. Hablad, Giacomo,
y decid si era yo. Os arrojé a tierra,
y pude daros muerte.

GIACOMO (*Arrodillándose.*)

De nuevo estoy por tierra,
mi conciencia me doblega como hizo
primero vuestra fuerza. Tomad la vida
que tantas veces os debo. Y vuestro anillo
antes, y el brazalete de la princesa más fiel
que jamás dio su palabra.

PÓSTUMO (*Poniéndole en pie.*)

No os arrodilléis. Mi poder sobre vos os indulta,
mi rencor es el perdón. Vivid,
y sed mejor desde ahora.

CIMBELINO ¡Noble condena!

Aprendo de la generosidad de mi yerno.
Perdón es la palabra para todos.

ARVIRAGO (*A PÓSTUMO.*) Ciertamente

nos ayudasteis como un hermano.
Nos alegra que lo seáis.

PÓSTUMO Soy vuestro siervo, príncipes. (A LUCIO.) Mi buen señor de Roma

llamad a vuestro augur. En mi sueño
creí ver a Júpiter sobre su águila
y a otros espíritus de mi propia sangre.
Al despertar hallé esta tablilla
sobre mi pecho, mas sus palabras
son tan oscuras que no consigo
entenderlas. Permitid que sus poderes
traten de descifrarlas.

LUCIO Filarmonio.

AUGUR Decid, mi señor.

LUCIO Leed y aclaradnos su sentido.

AUGUR (*Lee la tablilla.*) «Cuando el cachorro del león que a sí mismo se ignora sin procurarlos encuentre los besos del dulce aliento; y cuando de un regio cedro caigan las ramas muertas y retoñen al unirse de nuevo al tronco, entonces tendrán su fin las miserias de Póstumo, hallará su fortuna Britania y reinarán la paz y la abundancia.»

Tú, Leonato, eres el cachorro del león.

La conveniente y apta raíz
de tu nombre así lo afirma.

(A CIMBELINO.) El dulce aliento es tu hija,

llamada en latín *mollis aer*, y de allí *mulier*.

(A PÓSTUMO.) Y adivino que tal sea

la más fiel de las esposas, que incluso
sin seros conocida, inesperada,

os envolvió con su aliento plegándose
a la letra del oráculo.

CIMBELINO Bien puede ser.

AUGUR El regio cedro, Cimbelino,
eres tú, y tus ramas caídas
son tus hijos, robados por Belario
y dados por muertos, que ahora retoñan
para unirse al árbol. Su descendencia
promete ser la paz y la abundancia.

CIMBELINO Pues bien, mi paz comienza ahora.
Cayo Lucio, aunque victoriosos
nos sometemos al César y al Imperio.
Pagaremos ese tributo del que la perversa
reina quiso disuadirnos. Sobre ella
y los suyos cayó el brazo férreo
de la justicia celeste.

AUGUR Los dedos de los dioses tañen
las armonías de esta paz.
La visión que conté a Lucio
antes de la batalla que aún humea
se realiza en este instante.
Pues el águila romana planeaba
altiva del sur al oeste, hasta desvanecerse
en los rayos del sol. Y eso presagiaba
que el águila augusta, César,
de nuevo aliaría su favor al del radiante

Cimbelino, que brilla a poniente.

CIMBELINO Loados sean los dioses,

y que los humos de nuestros altares
suban enroscándose hasta ellos.

Proclamamos la paz ante nuestros súbditos.

Avancemos. Que las insignias de Roma y
de Britania ondeen juntas. Marcharemos así
a través de Lud, y ratificaremos la concordia
en el templo de Júpiter, sellándola con festejos.

Con sangre en las manos todavía,
jamás de una guerra nació tal armonía.

Fanfarria.

Salen.



CUENTO DE INVIERNO

versión de

Marcelo Cohen

Representada en el teatro Globe en mayo de 1611 y en la corte en noviembre de 1611, y de nuevo a principios de 1613, para celebrar la boda de la princesa Isabel con Federico, el elector palatino. El único texto conservado, muy limpio, es el del Primer Folio de 1623.



DRAMATIS PERSONAE

LEONTES, rey de Sicilia

MAMILIO, su hijo, joven príncipe de Sicilia

CAMILO, noble siciliano

ANTÍGONO, noble siciliano

CLEÓMENES, noble siciliano

DION, noble siciliano

Un MARINERO

Un CARCELERO

HERMIONA, reina de Leontes

PERDITA, hija de Leontes y Hermiona

PAULINA, esposa de Antígono

EMILIA, dama asistente de Hermiona

POLIXENO, rey de Bohemia

FLORIZEL, su hijo, príncipe de Bohemia

Viejo PASTOR, supuesto padre de Perdita

Un CLOWN, su hijo

AUTÓLICO, un pícaro

ARQUÍDAMO, noble de Bohemia

MOPSA, pastora

DORCAS, pastora

Un OFICIAL

TIEMPO, como Coro

DAMAS, CABALLEROS, SIRVIENTES, otros nobles,
pastoras y pastores

PRIMER ACTO

ESCENA I

Entran CAMILO y ARQUÍDAMO.

ARQUÍDAMO Ya te digo, Camilo: si por casualidad un día visitas mi tierra con el mismo propósito que me ha traído aquí, verás qué diferentes son mi Bohemia y tu Sicilia.

CAMILO Pienso que este verano el rey de Sicilia quiere hacerle al de Bohemia la visita que justamente le debe.

ARQUÍDAMO En comparación, entonces, nuestra hospitalidad va a ser pobre; solo nos justificará el amor que pondremos. Porque sin duda...

CAMILO Por favor...

ARQUÍDAMO De veras, sé bien de qué hablo. Somos incapaces de tanta magnificencia, tan fuera de lo común... No se me ocurre qué decir. Les daremos bebidas narcóticas para que, con los sentidos velados, pasen por alto las insuficiencias. Así no podrán elogiarnos, pero al menos tampoco nos acusarán.

CAMILO Agradeces demasiado algo que se dio de corazón.

ARQUÍDAMO Créeme, hablo como dicta el entendimiento y manda la honestidad.

CAMILO No hay generosidad del rey de Sicilia que el de Bohemia no merezca. De niños se educaron juntos, y entre los dos arraigó tal afecto que hoy no podría

dejar de florecer. Desde que las solemnidades de la edad adulta y las obligaciones reales los hicieron separarse, si no en carne y hueso se han encontrado por medio de regalos, cartas y embajadas amistosas, de modo que, aunque ausentes uno de otro, es como si hubiesen estado juntos, dándose la mano por encima de la distancia o abrazándose desde puntos cardinales opuestos. Ojalá el cielo conserve este amor.

ARQUÍDAMO Me parece que no hay maldad en el mundo capaz de alterarlo. Ustedes tienen en el príncipe Mamilio una fuente de ánimo imposible de valorar con palabras. No conozco ningún caballerito que prometa más.

CAMILO Comparto totalmente tus esperanzas. Es un muchacho formidable, capaz de dar vigor al pueblo y reanimar a los viejos. Algunos que ya andaban con bastón cuando nació hoy quisieran vivir para verlo hecho un hombre.

ARQUÍDAMO ¿Y si no preferirían morirse?

CAMILO Sí, si no hubiera otra excusa para seguir viviendo.

ARQUÍDAMO Si el rey no tuviera un hijo, rogarían vivir con bastones para verlo nacer.

Salen.

ESCENA II

Entran LEONTES, HERMIONA, MAMILIO,
POLIXENO y CAMILO.

POLIXENO Desde que sin desasosiego dejé el trono,
el pastor ha visto ya nueve mudanzas
del astro de las aguas. Bien podría, hermano mío,
pasar un tiempo igual agradeciéndote
y quedar sin embargo en deuda eterna.

Como una cifra colocada a la derecha,
mi «Gracias» multiplica muchas más
que la anteceden.

LEONTES Guárdate las gracias por ahora
y dánoslas cuando te vayas.

POLIXENO Señor, eso es mañana.

Tengo aprensiones de que alguna cosa pueda
gestarse o suceder mientras no estoy, o en casa soplen
vientos crueles que a la vuelta me demuestren
que el temor era fundado. Además, ya estarás harto
de albergarme.

LEONTES Hermano mío, me parece
que no has probado aún nuestra dureza.

POLIXENO Más tiempo es imposible.

LEONTES Tan solo siete noches.

POLIXENO Mañana, te soy franco.

LEONTES Digamos la mitad, entonces,
y en esto no consiento negativas.

POLIXENO No me presiones de este modo, por favor.

En todo el mundo no hay ninguna lengua
que pueda convencerme con tanta rapidez
como la tuya. Y me convencería ahora,
si lo que pides fuese imprescindible,
aunque más me conviniera negártelo. Mis asuntos
me llaman al hogar y, si tu afecto me retiene,
será un castigo para mí, y mi estadía un peso

y una pena para tu alma. Por el bien de ambas,
adiós, hermano.

LEONTES ¿Y nuestra reina se tragó la lengua?

Dile algo.

HERMIONA Pensaba, señor, callarme hasta el momento

en que lo hicieras jurar que no se quedaría.

Eres muy frío en la insistencia. Dile que en su
Bohemia

todo está bien; que ayer nos lo aseguraron.

Díselo y lo privarás de la mejor defensa.

LEONTES Bien dicho, Hermione.

HERMIONA Si el caso es que desea

ver a su hijo, el argumento es poderoso.

Si es eso lo que ocurre, que lo diga y se vaya;

le bastará jurarlo para que no lo detengamos:

lo echaremos a golpes de aguja de tejer.

(A POLIXENO.) Con todo, yo pediría a su real presencia

que nos prestase una semana. Cuando usted se lleve

a Bohemia a mi señor, le permito retenerlo

un mes más que el tiempo prefijado; y eso que amo

a mi señor Leontes como quiere a su marido

la dama más devota. Y bien: ¿se queda?

POLIXENO No, señora.

HERMIONA ¿No está diciendo sí?

POLIXENO De veras que no puedo.

HERMIONA ¿De veras? Me rechaza con votos algo flojos.

Pero aunque fuera usted tan fuerte que pudiese
desencajar el cielo a juramentos,
yo le diría igual: «Señor, nada de irse».

De veras, no se marcha; y el «de veras» de una dama
es tan potente como el de un señor. ¿Quiere
marcharse aún?

Me obliga a retenerlo, no en calidad de huésped,
sino de prisionero; tal que cuando se despida,
pueda pagar la cuenta y ahorrarse el agradecimiento.

Bien, ¿qué elige? ¿Prisionero mío o huésped?

Por el temible «de veras» que ha invocado
tendrá que ser uno de dos.

POLIXENO Señora, entonces huésped.

Ser prisionero entrañaría aquí una ofensa
que más difícil me sería cometer a mí
que a usted castigar.

HERMIONA Entonces no seré carcelera

sino anfitriona atenta. Venga, quiero preguntarle
qué diabluras hacían de chicos usted y mi señor.
¿Eran dos caballeritos?

POLIXENO Éramos, hermosa reina,

dos chicos que tenían el mañana
por una copia exacta del presente
y la infancia por eterna.

HERMIONA ¿Y mi señor no era

el más travieso de los dos?

POLIXENO Jugábamos al sol como corderos gemelos
y nos balábamos el uno al otro; era un trasiego
de inocencias; nada sabíamos de las maneras
de hacer daño, ni se nos ocurría que alguien
pudiera hacerlo. Si hubiéramos vivido así por siempre
y nuestras tenues almas no se hubieran reforzado
con sangre más espesa, con coraje habríamos jurado
ante el cielo que éramos sin culpa y limpios
de pecado original.

HERMIONA De lo que se deduce
que desde entonces tropezaron.

POLIXENO Ah, santa señora,
desde entonces se nos impusieron tentaciones.
En aquellos días inexpertos mi mujer era una niña
y usted, precioso ser, no había hechizado aún los ojos
de mi compañero de juegos.

HERMIONA ¡Por Dios, qué piropos!
No acabe el argumento, a ver si nos acusa
a su reina y a mí de ser dos brujas. Pero siga;
responderemos por las faltas que debieron cometer
por culpa nuestra; si es que con nosotras
pecaron por primera vez, y continuaron pecando,
y en la vida no tuvieron resbalones
más que con nosotras.

LEONTES ¿Lo has convencido ya?

HERMIONA Se quedará, señor.

LEONTES Mientras que a mí se me negaba.

Querida Hermiona, nunca habías hablado
con más tino.

HERMIONA ¿Nunca?

LEONTES Salvo una vez.

HERMIONA ¿Ah, sí? ¿He hablado bien dos veces? Y la
primera,

¿cuándo fue? Te ruego que me digas. Lléname de
elogios,

engórdame como una vaca. Por cada buena acción
que muere muda, caen otras mil que esperan en la
fila.

Nuestro pago es la lisonja. Basta un beso suave
para hacernos correr doce mil yardas; a espuelazos
no cruzaremos ni un campito. Pero al grano:
mi segunda buena acción fue lograr que él se quedara.
¿Y cuál fue la primera? O no te entiendo bien,
o es la mayor de dos hermanas. ¡Ah, si se llamara
Gracia!

¿Conque una vez hablé con tino antes? ¿Cuándo fue?
Vamos, dilo. Me muero por oírlo.

LEONTES Bueno, fue

cuando tres amargos meses tuvieron que pasar
y marchitarse hasta abrirse tu blanca mano
para sellar nuestro amor. «Soy tuya para siempre»,
dijiste ese día.

HERMIONA Eso sí se llama Gracia.

Mira, dices bien. Dos veces hablé como es debido.

La primera me valió el más noble esposo.

La segunda tener más tiempo a un buen amigo.

Le toma la mano a POLIXENO.

LEONTES (*Aparte.*) ¡Demasiado ardor! ¡Demasiado!

Los excesos de amistad terminan en reunión de
sangres.

Me tiembla el corazón; es como si bailara,
pero no de alegría. No. Puede que estas atenciones
sean inocentes, que la fogosidad

nazca de un corazón sincero, fértil, desbordante,
que honra a su dueña. Puede ser, no lo niego.

Pero hacer palmitas y restregar los dedos
como están haciendo ahora, y ensayar sonrisas
como ante el espejo, suspirando como quien ha visto
un ciervo moribundo, son formas de agasajo
que no les gustan ni a mi cabeza ni a mi pecho.

Mamilio, ¿eres mi hijo?

MAMILIO Sí, señor.

LEONTES ¡Claro, caray!

Sí, ese es mi pollo. ¿Qué, te has embarrado la nariz?

Dicen que es un calco de la mía. Veamos, capitán.

Tenemos que ser limpios... No como un cuerno, sino
pulcros...

Sin embargo de los ciervos, los cabritos,

los terneros, se dice que son limpios... ¿Todavía

sobándole la mano...? ¿Qué hay, mi ternero
juguetón?

¿Eres mi ternero?

MAMILIO Sí, señor, si usted lo dice.

LEONTES Para parecerte a mí te faltan la pelambre

y los cuernos que despuntan; sin embargo se comenta
que somos como dos gotas... Lo dicen las mujeres.

Esas dicen cualquier cosa. Pero aun si fueran falsas
como tintura renegrida, como el viento, como el agua,
falsas como le gusta que sean los dados

al que no distingue entre lo mío y lo suyo,
lo cierto es que este chico se parece a mí.

Ven aquí, mocito. Mírame con esos ojos de cielo.

Tierno canallita, querido mío, carne
de mi carne. ¿Será posible que tu madre...?

¡Ah, pasión, tu intensidad da en el centro!

Eres de la naturaleza de los sueños
y, como los sueños, obras lo imposible.

Te alías con lo irreal sin ser compañera
de nada. Por eso es de lo más verosímil
que puedas juntarte con algo, y lo consigas,
y más allá de lo permisible, y yo lo sienta
aquí en la infección de mi cerebro
y este latido en las sienes.

POLIXENO ¿Qué le pasa al rey?

HERMIONA Parece algo turbado. ¿Qué te sucede, señor?

LEONTES ¿Qué ánimo hay? ¿Cómo estás tú, mi hermano?

HERMIONA Frunces el ceño como si te preocupase algo.

Señor, ¿estás molesto?

LEONTES No, te lo aseguro.

¡Qué raro cómo a veces el cariño natural
delata su capricho, su ternura, y se transforma
en diversión de corazones crueles! Se diría
que mirando las facciones de mi hijo he vuelto atrás
veintitrés años; me vi con chaquetón de terciopelo
verde, sin calzas, destemplado el puñalito,
porque a menudo esos juguetes lastiman a los niños.
Qué parecido era entonces a este germen, pensé,
a esta inmadura vaina, este varón. Mi honesto amigo,
¿aceptarías peladuras por dinero?

POLIXENO No, señor, me pelearía.

LEONTES ¿Ah, sí? ¡Que la suerte esté
contigo! Dime, hermano, quieres tanto
a tu joven príncipe como es evidente que quiero
yo al mío?

POLIXENO Señor, cuando estoy en casa,
él es mi trabajo, mi ocupación, mi alegría;
amigo del alma algunas veces, otras enemigo;
mi parásito, mi jefe, mi gobierno, todo.
Con él se acortan los días de verano;
su ánimo de niño ahuyenta esos pensamientos
que enturbian la sangre.

LEONTES Lo mismo me sucede a mí

con este muchachito... Y ahora me lo llevo, y dejo
que ustedes traten con calma sus asuntos. Hermiona,
muestra cuánto me quieres prodigándole a mi
hermano
lo mejor que tenemos en Sicilia;
recuerda que solo está en mi corazón después de ti
y de este remolón.

HERMIONA Si por casualidad nos buscas,
estaremos en el parque. ¿Te esperamos allí?

LEONTES Hagan a su gusto; yo sabré encontrarlos
dondequiera que estén. (*Aparte.*) Bien, mordieron el
anzuelo
y no han notado que estoy soltando línea.
¡Vayan, vayan!
¡Hay que ver cómo le acerca el morro!
¡Y el descarado conyugal con que se arma,
como ante un esposo complaciente!

Salen POLIXENO y HERMIONA.

¡Ya se han ido!
¡Como la copa de un pino, y con horqueta en la
cabeza!
(*A MAMILIO.*) Ve a jugar, muchacho. Tu madre juega,
y yo también, pero un papel tan desgraciado
que me enviarán a chiflidos a la tumba,
y a campanadas de desprecio. Ve a jugar, muchacho.
O mucho me equivoco o cornudos hubo siempre,

y en este mismo instante hay más de un hombre
que, mientras toma a su esposa por el brazo,
no sospecha que en su ausencia el vecino la ha
llenado,
que don Sonrisas ha pescado en su laguna.
Pobre consuelo es pensar que otros también tienen
puertas
y que, como las mías, esas puertas se han abierto
contra su voluntad. Si todos aquellos
cuya mujer es infiel desesperasen, buena parte
de la humanidad se colgaría. No hay remedio;
en donde tenga influencia, el planeta lujurioso
ejercerá su poder: este y oeste, norte y sur.
De lo que se concluye: para el vientre no hay defensa
inquebrantable. Dejará que el enemigo entre y salga
con lanza y capuchón. Como yo, hay miles
que están contaminados sin saberlo. (A MAMILIO.) ¿Y
bien, muchacho?

MAMILIO Dicen que soy como tú.

LEONTES Hombre, es un consuelo.

Camilo, ¿estás ahí?

CAMILO Sí, mi buen señor.

LEONTES Vete a jugar, Mamilio. Eres un chico honesto.

Sale MAMILIO.

Camilo, el gran señor se quedará más tiempo.

CAMILO No le ha costado poco esfuerzo conseguirlo.

Cada vez que usted lanzaba el ancla,

él se iba.

LEONTES ¿Lo notaste?

CAMILO No quería ceder a los pedidos; le importaban
sobre todo sus asuntos.

LEONTES Tú también te diste cuenta...

(*Aparte.*) Ya me rodean, bisbiseando, haciendo burlas,
«El rey es un tal por cual...», y así. Por supuesto,
yo soy el último en saberlo. ¿Y cómo fue, Camilo,
que decidió quedarse?

CAMILO Por pedido de la amable reina.

LEONTES Cierto lo del pedido; lo de «amable» debería
ser pertinente también, pero no. ¿Hay alguna otra
mollera con discernimiento que se haya apercebido?
Porque tu inteligencia, como esponja, absorbe más
que las corrientes. ¿Así que solo los entendimientos
más sutiles lo han visto? ¿Unas pocas mentes
superiores? ¿Tal vez el vulgo es totalmente ciego
a asuntos de esta especie? Habla.

CAMILO ¿Asuntos, mi señor? La mayoría entiende, creo,
que el rey de Bohemia se quedará un tiempo más.

LEONTES ¿Eh?

CAMILO Se quedará más tiempo.

LEONTES Sí, ¿pero por qué?

CAMILO Para satisfacer a su alteza y los requerimientos
de nuestra graciosa señora.

LEONTES ¿Satisfacer?

¿Satisfacer los requerimientos de tu señora?

Basta ya. Te he confiado, Camilo, lo más entrañable
de mi corazón, los más íntimos secretos,
de los cuales, como un sacerdote, tú
me purgaste el pecho; me despedí de ti
reformado y penitente. Y sin embargo
tu integridad me engañó, pues no era cierta.

CAMILO ¡Dios me libre, señor!

LEONTES Insisto: tú no eres honrado;

o, si te inclinas a serlo, eres un cobarde
que enlaza la honradez por las patas traseras
para impedir que llegue a meta; o bien un servidor
seguro por demás de que arraigó en mi confianza,
y por eso negligente; o si no un necio
que, viendo que puede alzarse con el pozo,
se toma el juego a la chacota.

CAMILO Mi señor,

puede que sea necio, cobarde y negligente;
no hay hombre que esté libre de esas cosas,
y entre las muchas incidencias de este mundo
necedad, negligencia o cobardía asoman
fatalmente alguna vez. Pero, señor, en sus asuntos,
si me empeñé en la negligencia fue por necio
y si en la necedad por negligente,
sin medir las consecuencias. Si fui cobarde
y me privé de actuar por miedo al resultado,

y al cabo resultó que más me habría valido actuar,
mi cobardía no fue muy diferente
de la que infecta a los más sabios. Estas faltas,
mi señor, son tan comunes que ni el hombre más
honrado
se salva de cometerlas. Pero le ruego a su alteza
que me presente mi falta claramente,
y si la niego es que la falta no fue mía.

LEONTES ¿Pero no has visto, Camilo? Sí que has visto,
no hay duda, o llevas lentes más opacas
que el cuerno de un cornudo... O has oído,
porque el rumor no puede estarse mudo
frente a un espectáculo tan obvio... O has pensado,
ya que no hay reflexión sin pensamiento...
¿No es mi mujer resbaladiza? Si lo admites,
si no te atreves a negar que tienes ojos,
oídos, pensamiento, di que mi mujer
es una zorra y que, como una campesina
que se entrega sin haber jurado ante el altar,
merece un nombre infame. Dame razones. Habla.

CAMILO Me niego a presenciar que se calumnie
a mi señora y soberana de este modo
sin vengarla ahora mismo. Que me muera
si alguna vez ha dicho usted semejante indignidad.
Con solo repetirlo cometería una falta
tan grave como aquella de la cual la está acusando.

LEONTES ¿Quieres decir entonces que susurrarse no es nada?

¿Y acercar las mejillas? ¿Y restregar las narices?
¿Besar con toda la boca? ¿Cortar la risa
con suspiros (esa infalible señal de impudicia)?
¿Montar pie sobre pie? ¿Esconderse en los rincones?
¿Desear que los relojes se apresuren, que las horas
sean minutos, el mediodía medianoche? ¿Y todo el
mundo
miope menos ellos? ¿Ellos, más infames por no
vistos?
¿Es nada todo eso? Bien, así también es nada
el mundo entero, el cielo que lo cubre es nada,
Bohemia es nada, nada mi mujer, y nada de estas
naderías es nada.

CAMILO Que mi señor se cure
de esta enfermiza noción, y bien pronto,
porque es un gran peligro.

LEONTES Tal vez, pero es cierta.

CAMILO No, mi señor, no, no.

LEONTES ¡Sí, embustero, sí!

Mientes, Camilo, y te detesto. Pedazo de rufián,
o eres un siervo irresponsable, o un oportunista
ambiguo que ve lo bueno y lo malo al mismo tiempo
y a los dos se inclina. Si mi mujer tuviera el hígado
tan infectado como la propia vida, no viviría
ni una hora más.

CAMILO ¿Y quién la infecta?

LEONTES Hombre, ese que la lleva colgada del pescuezo

como una medalla, Bohemia; ese con el cual,
si yo tuviera criados fieles cuyos ojos
cuidaran igualmente mi honor y su provecho
personal, tomarían las medidas que evitaran
más desastres. Y tú, que has sido su copero,
que por mi decisión te alzaste de la nada
a una posición de autoridad, que tan claro
como el cielo y la tierra se ven el uno al otro
has visto cómo me agraviaban,
podrías prepararle al enemigo
una bebida que fuera para mí reconfortante
y a él lo enviara al sueño eterno.

CAMILO Sí, señor,

podría, y no con una rápida poción,
sino con algo lento que no fuese
brutal como el veneno; pero no logro creer
que en mi temida señora, en su honor insuperable,
haya una falta semejante. Quiero a mi señor...

LEONTES ¡Si piensas que no es cierto, ve a pudrirte!

¿Tan desquiciado me crees, tan demente,
para inventar yo mismo este tormento?
¿Para ensuciar el blanco puro de mis sábanas,
que si está limpio ampara el sueño y si manchado
es un zarzal de espinas y aguijones?
¿Para arrojar oprobio, sin razones maduras,

sobre la sangre del príncipe, mi hijo,
a quien creo mío y quiero como mío? ¿Haría eso yo?
¿Alguien lo haría?

CAMILO Debo creerle, mi señor;

le creo. Y haré que Bohemia se lo pague...
Siempre y cuando una vez que lo haya suprimido
su majestad acepte como antes a la reina,
aunque sea en bien del hijo de ambos,
para callar así las malas lenguas
en los reinos aliados y sus cortes.

LEONTES Tu consejo

coincide con lo que tengo decidido.
No causaré la menor mancha a su honor.

CAMILO Entonces vaya, mi señor, y con la cara alegre
que la amistad viste en las fiestas, únase a Bohemia
y a la reina. Yo seré el copero. Si ese hombre
recibe de mí bebida buena, no me considere
nunca más su servidor.

LEONTES Bien, pues. Esto es todo.

Hazlo y la mitad de mi corazón te pertenece.
De lo contrario, partirás el tuyo.

CAMILO Lo haré, señor.

LEONTES Seré amable, como me has aconsejado.

Sale LEONTES.

CAMILO ¡Desdichada señora! Pero bueno, ¿y yo?

¿En qué dilema estoy ahora? Debo envenenar

al buen Polixeno, sin otro motivo
que obedecer a un amo que en contra de sí mismo
quiere que todos actúen como él. Si lo hago,
vendrá la recompensa... Si estuviera en mí
encontrar miles de ejemplos de hombres
que después de traicionar a su monarca prosperaron,
no lo haría; pero como no hay cobre, pergamino
ni piedra que registre caso alguno, adelante,
que la maldad jure en vano. Traicionaré
a la corte. Lo haga o no, me pondré la soga al cuello.
¡Que una estrella propicia me ilumine!
Aquí viene Bohemia.

Entra POLIXENO.

POLIXENO Es extraño: se diría
que la amistad por mí está declinando. ¿Nadie habla?
Buen día, Camilo.

CAMILO ¡Salud, ilustrísimo señor!

POLIXENO ¿Qué hay de nuevo en la corte?

CAMILO Nada nuevo, mi señor.

POLIXENO El rey lleva tal cara que parece
que hubiera perdido una provincia, o una región
más preciada que él mismo. Acabo de encontrarlo
y saludarlo como siempre, y él,
desviando la mirada, hizo una mueca de desprecio
y se marchó enseguida, dejándome curioso
de saber qué le ha cambiado así los modos.

CAMILO No me atrevo a saberlo, mi señor.

POLIXENO ¿No te atreves? ¿Lo sabes y no te atreves?

Dime claramente qué le pasa; pues uno
sabe lo que sabe, y no es posible decir
que no se atreve a revelarlo. Buen Camilo,
veo en tu cara cambios que reflejan
cómo cambió también la mía; porque,
si tan cambiado me encuentro, debe ser que soy
yo mismo parte de los cambios.

CAMILO Hay aquí un mal

que ha destemplado a algunos de nosotros. Sin
embargo
no puedo nombrar la enfermedad, que usted contagia
aunque esté sano.

POLIXENO ¿Que contagio yo?

No me atribuyas ojo de basilisco.
Bajo esta mirada han mejorado muchos
y no ha muerto nadie. Camilo, como caballero
que eres, culto y experimentado, cualidades
que engalanan a nuestra nobleza tanto
como los apellidos de nuestros padres (a quienes
nos honra superar), te suplico: si sabes
algo que importa que yo sepa, no lo guardes
prisionero en la ignorancia.

CAMILO No puedo responder.

POLIXENO ¿Un mal que yo contagio aunque estoy sano?

Tengo que saber. ¿Me oyes bien, Camilo?
Por todo lo humano que el honor reconoce,
entre lo cual mi ruego no es lo mínimo,
te imploro que me digas qué daño
sospechas se me acerca; si está lejos
o está próximo y cómo puedo prevenirlo,
si es el caso. Y si no, cómo sobrellevarlo.

CAMILO Puesto que me lo exigen el honor
y una persona que creo honorable, se lo diré, señor.
Escuche ahora mi consejo y sígalo con la misma
rapidez con la que lo pronuncio; de otro modo,
usted y yo estaremos perdidos
y entonces, adiós para siempre.

POLIXENO Habla, buen Camilo.

CAMILO Ha recibido orden de matarlo.

POLIXENO ¿De quién, Camilo?

CAMILO Del rey.

POLIXENO ¿Por qué razón?

CAMILO Piensa, o no, jura con toda convicción,
como si lo hubiera visto o hubiera sido
instigador, que usted ha tocado
pecaminosamente a su señora.

POLIXENO ¡Si eso es cierto, que lo mejor de mi sangre
se vuelva légamo infecto y mi nombre quede
encadenado al del que traicionó al más santo!
Que lo más puro de mi reputación se transforme

en peste para la nariz más embotada
y mi presencia provoque más rechazo,
no, más odio, que la peor infección
que se haya conocido.

CAMILO Es en balde que usted jure
por cada astro del cielo y sus influjos;
prohibirle al mar que obedezca a la luna
sería menos vano que apelar a juramentos o razones
para destejer la locura del rey, cuyo fundamento
es su fe y durará lo que le dure el cuerpo.

POLIXENO ¿Cómo echó raíz?

CAMILO Lo ignoro; pero sé que es más prudente
evitar lo ya crecido que indagar cómo nació.
Por eso, si se anima a confiar en la honradez
encerrada en este cofre, llévesela en prenda
y huya esta misma noche. Yo, en secreto,
pondré a su séquito al corriente y en grupos de dos
o tres lo sacaré de la ciudad por varias puertas.
Por mi parte, me pongo a su servicio,
porque aquí ya he sellado mi suerte. No dude
de mí; por mis padres que he dicho la verdad.
Si busca más pruebas, no podré confirmarla;
pero usted no estará más seguro que un condenado
a ejecución por voz del propio rey.

POLIXENO Te creo;

te he visto en tu cara el alma suya. Dame esa mano.

Guíame y tus honores serán vecinos de los míos.

Tengo las naves preparadas y hace ya dos días
que mi gente espera que zarpemos. Estos celos
son por causa de una dama exquisita; han de ser
tan grandes como ella es inusual; tan violentos
como él es poderoso; y visto que él se cree
deshonrado por un hombre que le juró amistad,
la venganza, a buen seguro, será más virulenta.

Me abruman las sombras del miedo. Ojalá esta
marcha

apresurada sea propicia y alivie a la reina,
obsesión de él pero inocente de una conjetura
equivocada. Ven, Camilo. Si salgo con vida
te respetaré como a un padre. Vamos ya.

CAMILO Está en mi autoridad mandar sobre las llaves
de todas las puertas. Deprisa, majestad. Partamos.

Salen.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Entran HERMIONA, MAMILIO y DAMAS.

HERMIONA Llévense al niño con ustedes; a veces no soporto
que me agite tanto.

PRIMERA DAMA Venga aquí, mi señor.

¿Quiere jugar conmigo?

MAMILIO No, de ti no quiero nada.

PRIMERA DAMA ¿Por qué, mi amito?

MAMILIO Das besos pegajosos y me tratas como si
todavía fuera un niño. (*A la otra DAMA.*) A ti te quiero
más.

SEGUNDA DAMA ¿Y eso por qué, señor mío?

MAMILIO No porque tengas
cejas más negras; aunque a ciertas mujeres, dicen,
las cejas negras les sientan, en vez de pobladas
están en arco o como en medialuna
trazada con pincel.

SEGUNDA DAMA ¿Y eso de dónde lo has sacado?

MAMILIO De la cara de las damas. Dime, por favor
de qué color son tus cejas.

SEGUNDA DAMA Azules, mi señor.

MAMILIO No te burles. He visto narices de mujer
azules, pero cejas nunca.

PRIMERA DAMA Oye: tu madre
la reina está cada día más redonda. Muy pronto
saludaremos a un nuevo príncipe muy lindo
y entonces querrás retozar con nosotras,
si te lo permitimos.

SEGUNDA DAMA Esa panza
se ha agrandado mucho últimamente. ¡Enhorabuena!

HERMIONA ¿Qué se cuece entre ustedes? Ven aquí, señor,
ya estoy contigo de nuevo. Siéntate a nuestro lado
y cuéntanos un cuento.

MAMILIO ¿Lo quieres alegre o triste?

HERMIONA Tan alegre como te guste a ti.

MAMILIO Para el invierno es mejor un cuento triste; conozco
uno de aparecidos y duendes.

HERMIONA Que sea ese,
caballerito. Ven, ven, siéntate y procura
que tus aparecidos me asusten; tú sabes hacerlo.

MAMILIO Había una vez un hombre...

HERMIONA Así no. Siéntate, ven.

MAMILIO ... que vivía junto a un cementerio. Lo contaré
en voz baja, para que no oigan esos grillos.

HERMIONA De acuerdo. Acércate y dímelo al oído.

Entran LEONTES, ANTÍGONO y CABALLEROS.

LEONTES ¿Lo encontraron allí? ¿Con el séquito? ¿Y con Camilo?

CABALLERO Estaban detrás de unos pinos. Nunca he visto a nadie escapar tan deprisa. Los seguí con la mirada hasta los barcos.

LEONTES ¡Qué bendición la mía:

censuré con justicia y acerté en el dictamen!
¡Ah, si supiera menos! ¡Qué maldito he de ser para ser tan bendito! En el fondo de la copa puede haber un araña, y uno puede beber y, no teniendo el conocimiento infectado, no sufrir el veneno; pero si alguien le pone el detestable bicho ante los ojos, y le hace saber lo que ha bebido, le entran náuseas y temblores violentos en las tripas. Yo bebí, y además vi la araña. Camilo ha sido para ellos celestino y asistente. Conspiran contra mi vida y mi corona.

Todas las sospechas se confirman: antes ya de estar a mi servicio, ese tramposo era empleado de él; ha descubierto mi plan y me deja hecho un pingajo, sí, un juguete de su antojo. ¿Cómo pudo abrir las puertas tan fácilmente?

CABALLERO Por la misma autoridad

de que tantas veces se valió para transmitir

las órdenes de su alteza.

LEONTES Lo sé muy bien.

(A HERMIONA.) Dame el niño. Me alegra que no hayas sido tú

la que le dio de mamar. Aunque se me parece en algo, lleva demasiada sangre tuya.

HERMIONA ¿Qué es esto, Leontes? ¿Una broma?

LEONTES Llévense al niño de aquí. Que no se le acerque.

Llévenselo, y que ella se entretenga con lo que lleva en el vientre. Esa hinchazón es cosa de Polixeno.

Sale una DAMA con MAMILIO.

HERMIONA Yo solo digo que no es cierto, y juro

que debes confiar en mi palabra así te inclines a desmentirla.

LEONTES Mírenla, señores,

mírenla bien; antes de haber terminado de decir que es una mujer hermosa, sus justos corazones habrán de lamentar su indecencia. ¡Honorable!

Alábenla ustedes por la fachada, que en mi opinión merece elogio, y enseguida vendrá la mueca resignada, el «mmm» o el «ja», los mezquinos gestos que usa la calumnia...

O me equivoco, la compasión, porque la calumnia insulta incluso a la virtud. No bien ustedes digan que es hermosa, esas muecas, esos «mmm» y esos «ja»

se interpondrán antes de que puedan añadir
que es honesta. Sépanlo por el que tiene
más motivo de sufrirlo: ¡es una adúltera!

HERMIONA Si eso que dices lo dijera un canalla,
el más consumado canalla de este mundo,
más canalla sería por decirlo; pero tú, señor,
solo estás equivocado.

LEONTES Te equivocaste tú, señora;
tomaste a Polixeno por Leontes. Tú, esa cosa
que me niego a nombrar ya por su rango
no vaya a ser que el vulgo, sentado el precedente,
use el mismo lenguaje para todos
y abandone la distinción de jerarquía
entre príncipe y mendigo. Ya he dicho
que es adúltera. Y he dicho con quién fue.
Más aún: es traidora. Y Camilo,
su secuaz, conoce bien cosas que a ella
debiera avergonzarle confesar
salvo al más despreciable de los cómplices:
que es una ensuciacamas, y de las peores
que la turba llama con epítetos inmundos;
sí, y que estaba al corriente de la fuga.

HERMIONA No, por mi vida que no sabía nada de nada.
¡Y cómo te va a pesar, cuando sepas ver más claro,
haberme acusado en público de este modo!
Mi buen señor, poco podrás entonces repararme

diciendo que estabas errado.

LEONTES No, si me equivoco

en el cimiento sobre el que alzo el edificio,
ni el centro de la tierra bastaría
para sostener un trompo. ¡Largo! ¡A la cárcel!
Una sola palabra en su defensa, y el que la diga
se condena.

HERMIONA Siento el influjo de un planeta aciago.

Debo ser paciente hasta que el cielo
se muestre más propicio. Buenos señores,
al contrario de lo corriente en mi sexo,
no soy muy dada al llanto; puede que la falta
de ese rocío vano les seque la piedad; pero tengo
aquí alojada esa pena del honor cuyo fuego
es más intenso que el torrente de las lágrimas.
Les ruego que se pronuncien sobre mí
con el juicio claro que da la caridad, y así
se cumpla la voluntad del rey.

LEONTES ¿No me han oído?

HERMIONA ¿Quién va a acompañarme? Ruego a su alteza

permita a mis damas estar conmigo; bien se ve
que mi estado lo requiere. (*A las DAMAS.*) No lloren,
pobres bobas, no hay motivo. Cuando sepan de
seguro
que su ama merecía la prisión, entonces sí,
suelten el llanto al verme. Pero esta cárcel

renovará mi honra. Adiós, señor, yo nunca
quise verte dolorido; ahora confío
en que he de... Vamos, mis mujeres, tienen venia.

LEONTES Hagan lo que mando. ¡Fuera!

Salen HERMIONA y las DAMAS, escoltadas.

CABALLERO Su alteza, le ruego, haga volver a la reina.

ANTÍGONO Piense, señor, en lo que hace, no sea
que la justicia se le transforme en violencia
y las víctimas sean tres grandes: usted,
su hijo y nuestra reina.

CABALLERO Yo, señor, me atrevo
a dar mi vida, y lo haré, si me la acepta,
en prenda de que la reina es intachable
a los ojos del cielo y a los suyos... Quiero decir
en lo que usted la acusa.

ANTÍGONO Si no es así,
pondré el establo en el cuarto de mi esposa,
no le aflojaré las riendas ni un palmo
y me fiaré de ella solo mientras vea;
pues si la reina es falsa, lo es también
cada pulgada de mujer y cada onza
de carne de cualquiera...

LEONTES Calla de una vez.

CABALLERO Mi buen señor...

ANTÍGONO Es por usted, no por nosotros, que le hablamos.
Está bajo un engaño, una maquinación de alguien

que ojalá se condene. ¡Como yo sepa quién es lo pelo a latigazos! Si hay en la reina... Tengo tres hijas: la mayor de once años, la segunda de nueve y la menor de unos cinco; si resulta que esto es cierto, van a pagarlo ellas. Las castraré a las tres; no llegarán a los catorce para engendrar bastardos. Son de mi sangre: me caparé yo mismo antes de permitir que dejen una prole infame.

LEONTES ¡Basta, callen ya!

Husmean este asunto con un olfato más frío que la nariz de un muerto; pero yo sí lo veo, y lo siento, como uno siente esto (*se golpea el pecho*) y ve el instrumento con que palpa.

ANTÍGONO Si fuera así

no haría falta tumba para enterrar la honra; no habría ni un puñado de honor para limpiar la cara de esta tierra renegrida.

LEONTES ¡Caramba! ¿Quiere decir que miento?

ANTÍGONO En este caso,

señor, preferiría que mintiese usted y no yo. Más me contentaría confirmar la honra de ella que en verdad su sospecha, así me culpe usted por lo que sea.

LEONTES ¿Pero quién

nos manda discutir estas cosas con ustedes

en vez de seguir un impulso indeclinable?
Mi condición no requiere de consejos suyos;
si lo he contado fue por cortesía, nada más.
Y si por ser un poco lelos, o acaso simularlo,
no pueden o no quieren ver una verdad tamaña,
vayan sabiendo que prescindo de su ayuda.
Termine bien o mal, disponer el asunto
es solo cosa mía.

ANTÍGONO Ojalá entonces, mi señor,
lo hubiese cavilado solamente en silencio,
sin decir nada.

LEONTES ¿Y eso cómo? O tú te has vuelto
ignorante con la edad, o bien naciste tonto.
Sumándose a la intimidad que hubo entre ellos
(grosera, como bien cabe imaginar,
y a la que nada faltó salvo un testigo presente,
y no por tener pruebas, sino tan solo para ver,
pues todos los otros indicios la afirmaban),
la huida de Camilo nos obligó a proceder.
Pero para obtener confirmación mayor,
(ya que en asuntos de importancia precipitarse
es lamentable), he enviado a Cleómenes y a Dion,
hombres, ya se sabe, de harta competencia,
al templo de Apolo en la sagrada Delfos.
Así pues, ellos traerán la verdad del oráculo,
cuyo consejo espiritual ha de frenarme

o azuzarme a actuar. ¿Está bien hecho?

CABALLERO Muy bien hecho, mi señor.

LEONTES Aunque estoy satisfecho y no requiero
más que lo que sé, el oráculo va a tranquilizar
otras conciencias que la mía; las de esos,
por ejemplo, que por credulidad e ignorancia
no aceptan la verdad. Por eso hemos resuelto
confinar a la reina lejos de nuestro trono,
por si de ella dependiera ejecutar
el acto traicionero de los dos que han escapado.
Bien, vengan conmigo. Tengo que hablar en público.
Esto va a sacudir a todo el mundo.

ANTÍGONO De risa,
en mi opinión, si la verdad llega a saberse.

Salen.

ESCENA II

Entran PAULINA, un caballero y asistentes.

PAULINA (*Al caballero.*) Llame al carcelero; dígame quién
soy.

Sale el caballero.

Gentil señora mía, no hay en toda Europa
una corte digna de ti. ¿Qué haces tú en la cárcel?

Entra el caballero con el CARCELERO.

Me conoce, ¿no es cierto?

CARCELERO Como dama honorable
por quien tengo gran respeto.

PAULINA Le suplico entonces

que me lleve ante la reina.

CARCELERO No puedo, señora;

me han dado orden expresa de no hacerlo.

PAULINA Cuánto alarde para impedir que visitantes

gentiles accedan al honor y la decencia. Por favor,

¿y estará permitido ver a alguna de sus damas?

A cualquiera de ellas. Emilia, por ejemplo.

CARCELERO Si la señora tiene a bien mandar

que sus asistentes se alejen,

traeré a Emilia aquí.

PAULINA Llámela, por favor.

Ustedes retírense.

Salen el caballero y los asistentes.

CARCELERO Y, señora,

yo debo estar presente en la entrevista.

PAULINA Bien, que sea.

Sale el CARCELERO.

Cuánto trabajo para manchar lo inmaculado;

más que para teñir toda una pieza.

Entra el CARCELERO

con EMILIA.

PAULINA Ah, mi amiga,

¿cómo está nuestra graciosa señora?

EMILIA Tan bien como podría estar una mujer

tan venerable y desvalida. A causa de penas

y disgustos como nunca sufrió una dama sensible,

ha dado a luz de forma un poco prematura.

PAULINA ¿Es un varón?

EMILIA Una niña, y viera usted qué hermosa.

Llena de vida y de vigor. A nuestra reina
le da un gran consuelo mirarla. «Mi pobre
prisionera»,
dice, «yo soy tan inocente como tú».

PAULINA Eso lo juro. ¡Maldito sea el peligro

de estas chifladuras que le dan al rey!

Tiene que darse cuenta; y lo hará. Es una tarea
que conviene más a una mujer; me ocuparé yo.

Si me pongo melosa, que la lengua se me ampolle
y nunca vuelva a ser instrumento de mi rabia.

Emilia, hazme el favor de decir a la reina
que soy su sirvienta fiel; si se atreve a confiarme
la bebita, se la enseñaré al rey y alzaré
la voz en defensa de ella. No sabemos aún
cuánto puede ablandarse al ver a la criatura.
A veces, cuando fallan las palabras
el silencio inocente impone su pureza.

EMILIA Su honor y su bondad son tan evidentes, señora,

que la empresa solo puede terminar con bien.

No hay mujer más adecuada para esta gran tarea.

Si su señoría acepta esperarme aquí al lado,
transmitiré su noble ofrecimiento a la reina,
que casualmente hoy había ideado un plan así
pero temía confiarlo a un emisario

por miedo a verse rechazada.

PAULINA Dile, Emilia,

que usaré esta lengua; y que si muestra tanto ingenio
como audacia hay en mi pecho, a nadie le quepa duda
de que me irá bien.

EMILIA Dios la bendiga.

Voy donde la reina. (*Al CARCELERO.*) Acérquese, por
favor.

CARCELERO Señora, si la reina envía a la niña,

no sé qué castigo me espera a mí
por dejarla pasar sin permiso.

PAULINA No tema, señor;

esa niña, que estaba presa en un vientre,
por ley de la naturaleza ahora es libre
y está a salvo de la cólera del rey y exculpada
de toda falta de la reina, si hubo alguna.

CARCELERO Eso creo yo.

PAULINA Descuide, entonces; juro por mi honor

que seré un muro entre usted y el peligro.

Salen.

ESCENA III

Entra LEONTES.

LEONTES No encuentro reposo de noche ni de día.

Es una debilidad tomarme así las cosas;
mera flaqueza, si la causa no estuviera viva...

O parte de la causa... Ella, la adúltera.

Porque ese rey lascivo ya está fuera de mi alcance

fuera del blanco y la mira de mi mente,
a salvo de conjuras; pero a ella sí
puedo engancharla. Tal vez si desapareciera
consumida por las llamas, yo recuperaría
la mitad de mi descanso. ¿Quién anda ahí?

Entra un SIRVIENTE.

SIRVIENTE ¿Señor?

LEONTES ¿Cómo se encuentra el niño?

SIRVIENTE Esta noche durmió bien. Es muy posible
que la fiebre haya pasado.

LEONTES ¡Que la nobleza

de ese chico haya entendido la deshonor de su madre!
Desfalleció, se vino abajo, tan a pecho
se tomó la infamia y la cargó sobre su cuerpo,
que perdió el ánimo, el sueño, el apetito
y empezó a languidecer. Déjame solo. Ve a fijarte
cómo sigue.

Sale el SIRVIENTE.

Fuera, basta de pensar en él;
la sola idea del desquite me consume; poderoso
como es él, más lo es con sus cómplices y aliados.
Que espere un tiempo, entonces. De momento,
me tomaré venganza en ella. Camilo y Polixeno
se ríen de mí y se entretienen con mi pena.
No reirían tanto si los tuviera a mano
ni reirá ella, que está en mi poder.

Entran PAULINA con el bebé, ANTÍGONO,

CABALLEROS y SIRVIENTES.

CABALLERO No debe entrar.

PAULINA Al contrario, caballeros, secúndenme ustedes.

¿Temen más despertar la furia de un tirano
que perder la vida de una reina? ¿Un alma inocente,
más llena de gracia que él de desconfianza?

ANTÍGONO Bueno, suficiente.

SIRVIENTE Señora, esta noche

no ha dormido y ordenó expresamente
que no entrara nadie.

PAULINA No se sulfure, señor.

Yo vengo a traerle el sueño. Son gente como ustedes,
que lo rondan como sombras y suspiran
no bien lo oyen gemir inútilmente,
los que alimentan la razón de la vigilia.
Yo traigo palabras ciertas, curativas,
honestas como las más, para purgarlo de ese humor
que no lo deja dormir.

LEONTES ¿Qué es ese alboroto?

PAULINA Ningún alboroto, señor. Una consulta
imprescindible sobre los padrinos
que va a necesitar su alteza.

LEONTES ¿Cómo dices?

¡Fuera con esta impertinente! Antígono,
te ordené que no se me acercara. Sabía
que iba a hacerlo.

ANTÍGONO Le advertí bien, mi señor,

que se guardara de venir si no quería provocar
su disgusto y el mío.

LEONTES ¿Y qué? ¿No puedes dominarla?

PAULINA Puede impedir que mienta. Pero a menos

que haga como usted y me encarcele
por incurrir en honradez, le aseguro
que de dominarme, nada.

ANTÍGONO Ya la ha oído usted mismo.

Cuando lleva las riendas yo la dejo
correr, y no tropieza.

PAULINA Mi señor,

vengo a verlo, y le suplico que me escuche.
Soy su leal servidora, su médico personal,
su consejera obediente; y sin embargo parezco
menos leal que muchos otros pues me atrevo
a aliviarlo de sus males. Vengo de parte
de su buena reina.

LEONTES ¡Buena!

PAULINA Buena, sí mi señor; buena reina. Muy buena.

¡Y si fuera varón lo probaría con la espada,
así fuese el menos fuerte de todos!

LEONTES Sáquenla de aquí.

PAULINA Si en algo aprecian sus ojos, más les vale

no ponerme la mano encima. Me iré por mi voluntad,
pero antes cumpliré un encargo. La buena reina

(porque es buena) le ha dado a luz una hija.

Aquí está. Le pide que la bendiga.

Pone el bebé en el suelo.

LEONTES ¡Fuera!

¡Bruja y marimacho! ¡Fuera ya! ¡Echen de una vez
a esta alcahueta refinada!

PAULINA No exagere.

Desconozco esa materia tanto como usted
me desconoce a mí, y no soy menos decente
que usted loco; lo cual, según anda este mundo,
para pasar por decente basta, le aseguro.

LEONTES

¡Traidores! ¡Ninguno la echará! (*A ANTÍGONO.*) Dale la
bastarda,
viejo caduco, pingajo de tu hembra, echado
del gallinero por esta clueca. Toma la bastarda.
Agárrala, te digo, y dáselo a tu arpía.

PAULINA Indignas sean para siempre esas manos

si te atreves a levantar a la princesa
después de que la haya insultado sin razón.

LEONTES El tipo le teme a su mujer.

PAULINA Y ojalá

usted le temiese a la suya; seguro que así
llamaría suyos a sus hijos.

LEONTES ¡Nido de traidores!

ANTÍGONO Yo no, por esta luz.

PAULINA Ni yo, ni nadie aquí

salvo uno solo, él, que con un aguijón
más duro que una espada hiere su propio honor
sagrado, el de su reina, el de un hijo
que es todo una promesa y el de esta criatura,
y no querrá (y es una maldición que no podamos
obligarlo) arrancarse la raíz de esas ideas,
tan podrida como sano está el roble más verde
o una roca.

LEONTES ¡Zorra de lengua infatigable!

Primero atiza al marido y ahora me persigue
a mí. Esta mocosa no es mía, ni un pelo.
Es hija de Polixeno. ¡Fuera de aquí con ella
y con su perra madre! ¡Que las devoren las llamas!

PAULINA Es suya; y, como dice el proverbio, tan igual

a usted que es un castigo. Fíjense, señores:
es una copia perfecta del padre en miniatura.
Los ojos, la nariz, hasta los labios,
la forma de fruncir el entrecejo, la frente, no,
este valle, los hoyuelos en la pera y las mejillas,
la sonrisa, la forma y contextura,
de las manos, las uñas y los dedos.
Y tú, diosa Naturaleza, que la has hecho
tan parecida al padre, si puedes ordenarle
también la inteligencia, no le mezcles
el amarillo de los celos con los otros colores,

para que jamás sospeche, como el padre,
que sus hijos no son de su marido.

LEONTES ¡Vieja bruja!

Y tú, sinvergüenza, mereces que te ahorquen
por no frenarle la lengua.

ANTÍGONO Si colgara

a todos los maridos que cometen esa falta
no le quedaría un solo súbdito.

LEONTES ¡Por última vez, sáquenla de aquí!

PAULINA El hombre más indigno y desnaturalizado
no se comportaría peor.

LEONTES ¡Te mandaré a la hoguera!

PAULINA No me importa. El hereje es el que enciende el
fuego,

no el consumido por las llamas. No le diré tirano,
pero el trato cruel que ha dado a nuestra reina,
sin más pruebas para acusarla que su imaginación
desquiciada, huele a capricho de tirano
y a los ojos del mundo será un escándalo innoble.

LEONTES (*A* ANTÍGONO.) ¡Por tu juramento de obediencia,
llévatela de aquí! Si yo fuera un tirano,
¿qué sería de su vida? No se atrevería
a decírmelo siquiera. ¡Largo con ella!

PAULINA Les pido que no me empujen. Ya me voy.

Cuide al bebé, mi señor; es su hija. Quiera Zeus
enviarle un espíritu más atinado. ¡Quítenme

esas manos de encima! Como sigan mimándole
la locura, ninguno de ustedes le hará
el menor bien. Calma, calma. Adiós. Me retiro.

Sale PAULINA.

LEONTES (*A ANTÍGONO.*) Tú instigaste a tu mujer a hacer esto,
traidor.

¿Hija mía? Apártala de mi vista. Ya que tanto
te entenece, llévatela enseguida de aquí
y arrójala a las llamas. Tú, estoy diciendo, tú
y ningún otro. En este mismo instante.

Dentro de una hora has de decirme que está hecho,
y con pruebas fehacientes, o pagarás con la vida
y con todo lo que consideres tuyo. Si te niegas
y prefieres enfrentarte con mi furia, dilo ahora;
estas manos se encargarán de aplastarle
los sesos a la bastarda. Anda, échala al fuego,
ya que incitaste a tu mujer.

ANTÍGONO Yo no fui, mi señor.

Estos caballeros, gente noble, quizá puedan
hablar en mi descargo.

CABALLEROS Podemos, majestad.

Él no es culpable de que la mujer haya venido.

LEONTES ¡Sarta de farsantes!

ANTÍGONO Le ruego, señor mío, denos crédito.

Siempre lo hemos servido lealmente, y suplicamos
que de la misma manera nos juzgue. En recompensa
a nuestros buenos servicios pasados y por venir,

le pedimos de rodillas que renuncie
a un propósito espantoso y sanguinario
que tendrá un final siniestro. De rodillas.

LEONTES ¿Qué soy yo? ¿Una pluma a merced de cada
viento?

¿Debo vivir para ver a esta bastarda
arrodillarse y llamarme padre? Es preferible
quemarla ahora que maldecirla luego. Pero sea:
que viva. Y sin embargo no. (*A ANTÍGONO.*) Tú, ven
aquí.

Tú, que tanto has complacido a tu gallina,
esa partera, en salvarle la vida a la bastarda...
Porque eso es, una bastarda, como blancos son
los pelos de mi barba... ¿Qué harías por evitar
que esta cachorra muriese?

ANTÍGONO Cualquier cosa, mi señor,
de la que fuera capaz y que el honor me impusiera.
Al menos esto: por salvar a la inocente empeñaría
la poca sangre que me queda. Lo que sea posible.

LEONTES Será posible. Jura por esta espada
que cumplirás lo que te mande.

ANTÍGONO Lo juro, mi señor.

LEONTES Presta atención y cumple. ¿Me has oído?
Porque si faltas en un solo punto, no solo
morirás tú sino también esa lengua viperina
que tienes por esposa, a quien por esta vez perdono.
Como vasallo nuestro, te ordenamos

que tomes a esta bastarda de aquí, la lleves
a algún lugar remoto y desierto, allende
las fronteras de nuestro reino, y allí la dejes,
sin más cuidado, a sus propios recursos
y merced de la intemperie. Así como un azar extraño
la trajo a nuestra tierra, te ordeno por lo más justo,
contra peligro de tu alma y tormento de tu cuerpo,
que como extraña la dejes en un lugar cualquiera
donde el azar la críe o la aniquile. Recógela.

ANTÍGONO Juro que lo haré, aunque sería más piadoso
matarla ahora.

Recoge a la niña.

Ven, pobre bebé. Que un poderoso
espíritu enseñe a los halcones y los cuervos
a hacerte de nodrizas. Dicen que a veces los lobos
y los osos dejan de lado el instinto salvaje
y se dejan llevar por la piedad. Señor, le deseo
más prosperidad que la que augura este acto.
Y que una bendición se ponga de su lado
y libre de crueldades a esta pobre criatura
condenada al quebranto.

Sale ANTÍGONO.

LEONTES No, no criaré
un fruto ajeno.

Entra un SIRVIENTE.

SIRVIENTE Con permiso, señor. Hace una hora
llegaron postas de los enviados al oráculo.

Sanos y salvo, Cleómenes y Dion han desembarcado
en Delfos y están ya en camino hacia la corte.

CABALLERO Congratulémonos, señor. Han procedido
con una diligencia pasmosa.

LEONTES Sí, hace solamente

veintitrés días que partieron. Esta rapidez anuncia
que el gran Apolo nos dirá muy pronto la verdad
de nuestro asunto. Prepárense, señores.

Deben reunir un tribunal para que juzguemos
a nuestra dama infiel; porque así como
se la ha acusado en público, en público
será juzgada con justicia. Mientras ella viva
llevaré el corazón como una carga. Déjenme solo
y vean de cumplir mis recados.

Salen.

TERCER ACTO

ESCENA I

Entran CLEÓMENES y DION.

CLEÓMENES El clima es delicado, dulce el aire,
la isla feraz y el templo excede en mucho
todos los elogios que se oyen.

DION Por mi parte,
me cautivaron más que nada las túnicas celestes
(no sé si el término es preciso) y la solemnidad
de los devotos. Ah, ¡y el sacrificio!
¡Qué espiritual, ceremoniosa y grave
fue la ofrenda!

CLEÓMENES Pero, por sobre todo,
la voz ensordecedora del oráculo,
como el trueno de Zeus, me sorprendió de tal forma
que quedé anonadado.

DION Si este viaje
resulta tan feliz para la reina (¡Dios lo quiera!),
como fue para nosotros novedoso, veloz
y placentero, bien valió la pena hacerlo.

CLEÓMENES ¡Apolo quiera que todo sea para bien!
No me gustan nada esas declaraciones

que cargan de faltas a la pobre Hermiona.

DION La violencia que rezuma de este asunto
debe explicarse o terminar cuando el oráculo,
sellado por el gran augur de Apolo,
revele el contenido; en ese instante
sabremos algo extraordinario. Ven. Cambiemos
las monturas. Y que el desenlace sea favorable.

Salen.

ESCENA II

Entran LEONTES, CABALLEROS y OFICIALES.

LEONTES Con gran tristeza advertimos que este juicio
nos oprime el corazón. La acusada es hija
de un monarca, esposa nuestra y bienamada.
No se nos tache de tiranos, puesto que procedemos
con justicia manifiesta, y este curso seguirá
hasta la absolución o la culpa. Traigan a la rea.

OFICIAL Su majestad ordena que la reina
comparezca en este tribunal.

Entran HERMIONA, *entre guardias,*

PAULINA y *varias damas.*

¡Silencio!

LEONTES Lean los cargos.

OFICIAL Se acusa aquí y hace responsable a Hermiona, reina
del noble rey Leontes, de alta traición por haber
incurrido en adulterio con Polixeno, rey de Bohemia,
y haber conspirado con Camilo contra la vida de
nuestro soberano señor el rey, su esposo real;
habiéndose descubierto en parte el cual intento, la
inculpada, en contra de la fe y la lealtad debidas por
un súbdito sincero, para mayor seguridad aconsejó a

los mencionados escapar de noche y los ayudó a conseguirlo.

HERMIONA Como lo que tengo por decir debe por fuerza
impugnar la acusación, y el testimonio a mi favor
no puede provenir sino de mí, sería inútil
declararme inocente. Puesto que se descuenta
que mi integridad no es tal, no bien la exprese
se tomará por falsa. Y sin embargo, si los dioses
contemplan el hacer de los humanos, como es cierto,
la inocencia, no lo dudo, hará que la calumnia
se avergüence y que la tiranía se estremezca
por mor de la paciencia. Tú sabes como nadie,
mi señor, aunque ahora parezcas no saberlo,
que mi vida ha sido casta, fiel y recatada
como infeliz soy yo ahora; y eso es más
que lo que puede dar la historia como ejemplo,
aun puesta a la vista en un teatro. Y heme aquí,
compañera del lecho de mi rey, mitad del trono,
hija de un gran monarca y madre
de un heredero esperanzado, obligada a chacharear
de pie en defensa de mi vida y de mi honra
ante quienquiera se le antoje venir a escucharme.
Si de la vida se trata, la aprecio tan poco
como a esta pena pesada que muy bien me ahorraría;
pero el honor, que descende de mí a lo que es mío,
es lo único que quiero defender. Apelo
a tu conciencia, mi señor; recuerda cómo

antes de que tu corte recibiera a Polixeno
me tenías en tu estima, y merecidamente;
y desde que él llegó, ¿con qué conducta he
transgredido
lo aceptable para tener que estar aquí?
¡Si algo he hecho en acción o pensamiento
apenas por debajo de lo honroso,
que el corazón de todos los presentes se endurezca
y la carne de mi carne escupa injurias
en el foso de mi tumba!

LEONTES Nadie ha dicho

que esas depravaciones requiriesen
más descaro para negar su existencia
que para ser cometidas.

HERMIONA Son muy ciertas

tus palabras, solo que a mí no me calzan.

LEONTES No vas a reconocerlo.

HERMIONA No hay nada que yo deba

confesar, salvo haber hecho algo que solo ahora
cae sobre mí como una falta. Respecto a Polixeno,
con quien aquí se me acusa, reconozco
que lo quiero como demanda su honra; con el amor
cortés que corresponde a la señora que soy;
el amor que tú mismo me exigiste profesarle
y que escatimar habría sido de mi parte
desobediencia a ti y a la vez ingratitud

con tu amigo, cuyo amor, desde el primer
balbuceo de la infancia, se dijo libremente
todo tuyo. En cuanto a conspirar, seguiría
ignorando el gusto de ese plato, así me lo ofreciesen
recién cocinado. Sé únicamente que Camilo
fue siempre un hombre honrado; y a buen seguro
ni los dioses, ignorantes como yo,
saben por qué dejó la corte.

LEONTES Tú sabías

de su marcha, como sabes bien lo que has jurado
hacer aquí en su ausencia.

HERMIONA Señor, hablas un idioma

que no entiendo. Mi vida, que pongo a tus pies,
está a merced de tus sueños.

LEONTES Mis sueños son tus actos.

Has parido una bastarda de ese Polixeno
y yo solo lo soñé. Como las de tu calaña,
eres desvergonzada y mentirosa; pero lejos
de salvarte, negar el crimen te pierde;
y así como ordené tirar la cría a su elemento,
porque no la reclamaba ningún padre,
tú sufrirás nuestra justicia, cuya pena
más ligera, ya verás, va a ser la muerte.

HERMIONA Ahórrate, señor, las amenazas. El engendro

con que quieres asustarme es lo que busco.

La vida para mí no es un provecho;

doy por perdido mi consuelo y mi corona,
tu favor, pues veo que se va y no sé por qué.
De mi otra dicha, el primer fruto de mi vientre,
se me aísla como si pudiese infectarlo.
Mi bien tercero, por su mala estrella,
me lo arrancaron del pecho, para asesinarla,
cuando aún llevaba mi inocente leche
en la boca cándida. Por toda la ciudad
me llaman ramera; con un odio excesivo
se me niega el derecho a descansar en cama
que tiene la mujer que haya alumbrado; y por último
me empujan hasta aquí, a la intemperie, privada
todavía de mis mejores fuerzas. Entonces,
mi señor, ¿qué bendición es esta vida
para que la muerte me asuste? Por eso, adelante.
Pero antes escucha, y no me malentiendas;
ya no por mi vida, que me importa un bleo,
sino por mi honor, que quiero redimir.
Te advierto que si vas a condenarme por sospechas,
cuando guarda silencio toda prueba
que no hayas despertado con tus celos,
esto será despotismo, no justicia. Señorías,
me confío a las palabras del oráculo.
Que me juzgue Apolo.

CABALLERO Es una solicitud

muy justa. En nombre de Apolo, pues,

escuchemos el oráculo.

Salen algunos OFICIALES.

HERMIONA Mi padre fue el emperador de Rusia.

¡Ah, si viviera y pudiese presenciar
cómo juzgan a su hija! ¡Si me viese
en este yermo de desdicha, no con ojos
de venganza, sino de compasión!

Entran OFICIALES con CLEÓMENES y DION.

OFICIAL Cleómenes y Dion: ¿juran sobre esta espada
de justicia que, habiendo estado en Delfos,
traen de allí el oráculo sellado
que les diera en mano el sumo sacerdote
y que no han osado romper el santo sello
ni leer los secretos que contiene?

CLEÓMENES Y DION Lo juramos.

LEONTES Rompan el sello y lean.

OFICIAL (*Leyendo*) «Hermiona es casta, Polixeno intachable,
Camilo un súbdito leal, Leontes un tirano celoso, su
inocente hija bien nacida y el rey vivirá sin heredero
si lo que se ha perdido no se encuentra.»

LEONTES ¡Bendito sea el gran Apolo!

HERMIONA ¡Y alabado!

LEONTES ¿Has leído con fidelidad?

OFICIAL Claro, mi señor.

Exactamente como está escrito.

LEONTES No hay en ese oráculo una pizca de verdad.

¡Son todas mentiras! Procedamos con el juicio.

Entra un SIRVIENTE

SIRVIENTE ¡Señor, señor, mi rey!

LEONTES ¿A qué vienen esos gritos?

SIRVIENTE ¡Me odiará, señor, por traerle esta noticia!

De miedo y preocupación por la suerte de la reina,
su hijo el príncipe se nos ha ido.

LEONTES ¿Cómo que se ha ido?

OFICIAL Señor, se ha muerto.

LEONTES Apolo está furioso

y el propio cielo castiga mi injusticia.

HERMIONA se desmaya.

¡Qué sucede!

PAULINA La noticia ha destruido a la reina. Vea ahora
lo que consigue la muerte.

LEONTES Llévensela de aquí.

Tiene agobiado el corazón; ya se repondrá.

He creído demasiado en mis sospechas.

Por favor, denle con cuidado algún remedio
que la devuelva a la vida.

Salen PAULINA y las damas llevando a HERMIONA.

Perdóname, Apolo,

la blasfemia que lancé contra tu oráculo.

Me reconciliaré con Polixeno,

cortejaré a mi reina y llamaré al buen Camilo,
a quien proclamo hombre veraz y misericordioso;
pues transportado por los celos a pensar
en sangre y en venganzas, me decidí por Camilo

para que envenenara a mi amigo Polixeno;
y habría sucedido si Camilo, en su bondad,
no hubiese demorado la misión por más que yo
lo amenazara con la muerte si incumplía
y le ofreciera recompensa por lograrlo.
Él, humano y honorable, reveló el propósito
a mi noble huésped y, dejando aquí su cargo
(que como ustedes saben era importante)
se encomendó a la incertidumbre del acaso
sin más fortuna que su honor. ¡Cómo reluce
a través de mis herrumbres! ¡Y cómo su virtud
ennegrece mis acciones!

Entra PAULINA.

PAULINA ¡Catástrofe y desgracia!

¡Córtenme los lazos del corset, o el corazón
los romperá cuando me estalle!

LEONTES ¿A qué viene, mujer, este arretrato?

PAULINA ¿Qué estudiados tormentos me reserva, dictador?

¿La rueda, el potro, la hoguera? ¿Desollarme?
¿Hervirme
en plomo o en aceite? ¿Qué suplicio antiguo o nuevo
recibiré yo, que por cada palabra merezco
sufrir de usted lo peor? Mire lo que ha logrado
conchabando el despotismo con los celos
(fantasías absurdas en un niño, necedad
e inmadurez en una niña de nueve), mire, pues,
y enloquezca hasta el meollo; porque todos

sus disparates pasados fueron simples anticipos.
Su traición a Polixeno no fue nada;
tan solo demostró que, como necio, era inconstante
y desagradecido. Ni debe tenerse en mucho
que envenenase el honor del buen Camilo
haciéndolo matar a un rey; son faltas leves
si se las compara con otras más monstruosas,
entre ellas que arrojara a su hijita
al antojo de los cuervos, cuando el mismo diablo
habría llorado fuego antes de hacerlo.
Tampoco pienso endosarle la muerte
del joven príncipe, cuyo honorable razonamiento
(demasiado alto para una edad tan tierna)
partió un corazón incapaz de concebir
que un padre bruto y aturdido hallara una mancha
en su prudente señora. Por estas cosas
no lo haré responder; pero la última...
¡Suelten el llanto, señores, cuando lo haya dicho!
La reina, la reina, esa criatura dulce
y adorable, ha muerto. Y todavía no ha caído
la venganza.

CABALLERO ¡Que no lo permitan los dioses!

PAULINA Digo que ha muerto y lo juro. Y si palabra
y juramento no les bastan, vayan ustedes y vean;
si alguno puede devolverle el brillo de los ojos,
el rubor de los labios, la tibieza

o el aliento, lo serviré como se sirve
a un dios. Y en cuanto a usted, tirano,
no se arrepienta de sus actos; no hay lamento
que pueda remediarlos. Nada le queda
salvo desesperar. Ni mil rodillas
hincadas a lo largo de mil años, desnudas
y en ayuno sobre el monte más árido
en una eterna tempestad de invierno,
lograrán que los dioses se dignen mirarlo.

LEONTES Sigue, sigue. Nada que digas será suficiente;
me tengo merecidas las palabras más amargas.

CABALLERO Cierra la boca ya. Sea como fuere,
tú no eres quién para soltar impertinencias.

PAULINA Lo siento. Sé arrepentirme de una falta
en cuanto veo que la he cometido. Por desgracia,
acabo de exhibir mi crudeza de mujer;
le he conmovido el noble corazón. De nada vale
sufrir pena por algo que pasó
y ya no puede remediarse. No vayan ustedes
a afligirse porque lo pido yo. Les ruego
antes bien que me castiguen por haberles recordado
lo que mejor es olvidar. Señor, mi buen señor,
perdone, majestad, a esta mujer alocada.
El amor que tenía por su reina... ¡Seré idiota!
No hablaré de ella nunca más, ni de sus hijos;
ni volveré a mencionarle a mi marido,

que se perdió también. Usted tenga paciencia
y yo estaré callada.

LEONTES Si algo de bueno has dicho

es la parte de verdad, y antes que tu compasión
prefiero oír tu franqueza. Llévame ya, por favor,
ante los cuerpos de mi reina y de mi hijo.

Tendrán los dos la misma tumba. Para mi eterna
vergüenza, una inscripción dirá cómo murieron.

Visitaré cada día la capilla en donde yazgan
y mi solaz serán las lágrimas que llore.

Juro cumplir este ejercicio tanto tiempo
como la naturaleza lo aguante. Vamos,
ya puedes llevarme a mis dolores.

ESCENA III

*Entran ANTÍGONO con la niña
y un MARINERO.*

ANTÍGONO ¿Estás seguro entonces de que hemos atracado
en la áridas playas de Bohemia?

MARINERO Sí, señor,

y en mala hora, me temo; el cielo se ha puesto gris
y se avecina una tormenta. En mi opinión,
los dioses miran con muy mala cara
lo que nos traemos entre manos.

ANTÍGONO Que se haga su voluntad. Vete, vuelve a bordo;
cuida el barco; yo te seguiré enseguida.

MARINERO Haga rápido, si puede, y no se interne;
es probable que se desate un aguacero.

Además, es fama que esta comarca
está infestada de fieras.

ANTÍGONO Tú vete;
pronto estaré contigo.

MARINERO No sabe cuánto me alegra
que acabemos por fin con este asunto.

Sale el MARINERO.

ANTÍGONO Vamos, bebé. Me han dicho, aunque no lo creo,
que las almas de los muertos pueden volver a este
mundo.
Si es cierto, anoche se me apareció tu madre;
en mi vida tuve un sueño tan igual a la vigilia.
Se me acercaba de pronto una criatura
inclinando a un lado y otro la cabeza;
nunca he visto vasija más llena de dolor
ni más hermosa. Vestida de blanco puro,
como una santa, se detuvo ante la choza
en donde yo dormía, se inclinó ante mí tres veces
y, en la pugna por hablar, le brotaron
de los ojos sendos torrentes de lágrimas.
Cuando el furor se hubo agotado, por fin
surgió de su boca esto: «Buen Antígono,
ya que en contra de tu disposición el destino
te ha convertido en verdugo de mi hijita,
según lo que juraste, y puesto que en Bohemia
hay lugares baldíos suficientes,
abandónala a su llanto, llora tú al dejarla

y, como hemos de darla por perdida para siempre,
llámala, por favor, Perdita. Por este brutal
cometido que te ha impuesto mi señor,
no volverás a ver nunca a tu mujer Paulina».
Luego, entre sollozos, se disolvió en el aire.
Yo, bien que aterrado, pude al cabo rehacerme
y comprender que había sido, no un sueño,
sino la realidad. Los sueños son bobadas;
por una vez, con todo, supersticiosamente,
dejaré que este me guíe. Estoy seguro
de que Hermiona ha muerto y, ya que esta criatura
es hija de Polixeno, Apolo quiere
que, para vida o para muerte, la abandone
aquí en la tierra de su padre natural.
¡Que tengas suerte, pimpollo, y prosperes!

Deja el bebé y un rollo en el suelo.

Aquí se quedan tú y tu historia; estas cosas,

Deja un atado.

si quiere la fortuna, servirán para criarte
y aun serán tu dote. (*Truenos*) Ya viene la tormenta.
Pobre niña; ¡que por culpa de tu madre
quedes expuesta a la penuria y lo que vaya
a sucederte! Llorar no puedo, pero me sangra
el corazón. ¡Maldito sea yo y el juramento
que me obliga! Adiós; el día frunce el ceño
más y más... No será dulce, niña, la nana
que te acune. Jamás he visto un día

de cielo tan oscuro.

*Tormenta. Se oye ladrido de perros;
suenan cuernos de caza.*

¡Qué clamor salvaje!

¡Quién sabe si podré volver al barco!

Oigo la cacería. ¡Estoy perdido!

Sale perseguido por un oso. Entra un viejo PASTOR.

PASTOR Cómo me gustaría que no hubiese edad entre los diez años y los veintitrés, o que los jóvenes se pasaran ese trecho durmiendo; porque en el medio no hacen otra cosa que embarazar muchachas, molestar a los viejos, robar y pelearse... ¡Mecacho! ¿A quién se le ocurre salir de caza con este tiempo sino a esos tarambanas de veinte abriles? Me han espantado dos ovejas de las mejores y me temo que el lobo las encuentre antes que el amo; si en algún lugar están, tiene que ser junto al mar, pastando hiedra. Pero caramba, mi Dios, ¿qué es esto? ¡El cielo se apiade, es una criatura! Una criatura preciosa. ¿Será varón o mujercita? Linda, muy linda... Seguro que algún aprieto. Yo no seré letrado, pero en esto leo bien claro la mano de una dama que dio un mal paso. Esto es una aventura de escaleras, de baúl, de detrás de las puertas; la pobre cosita no está tan caliente como los dos que la hicieron. La voy a recoger de lástima que me da, pero esperaré a que venga mi hijo. Acabo de oír que me llamaba. ¡Hey! ¡Hola!

Entra el CLOWN.

CLOWN ¡Hola-la!

PASTOR ¿Cómo, tan cerca estabas? Si quieres un tema de charla para cuando estés muerto y hecho polvo, acércate a ver esto. ¿Pero qué te pasa?

CLOWN ¡He visto dos cosas increíbles, en la tierra y en el mar! Pero no cabe decir que es el mar, porque ahora se ha vuelto cielo. Entre ese mar y el firmamento no se podría meter ni una aguja.

PASTOR ¿Y cómo es eso, muchacho?

CLOWN Tendría que ver usted cómo se encrespa, como ruge, cómo devora la playa. Pero la cuestión no es esa. ¡Ay, los gritos lastimeros de la pobre gente! Unas veces la veía, otras no; unas veces el palo mayor parecía enganchar la luna, otras el barco se hundía en la espuma como un corcho tirado a un barril. Y luego los de infantería... A uno de ellos un oso le desgarró el hombro; lo oí pedir ayuda, gritar que era noble y se llamaba Antígono. Pero, para terminar con lo del barco, he visto que el mar se lo tragaba como a una uva en Navidad; pero antes oí el clamor de esas pobres almas entre las burlas de las olas; y los alaridos del pobre caballero, y el oso que se burlaba, los dos aullando más fuerte que el mar y la tormenta.

PASTOR Por Dios, ¿y eso cuándo fue, muchacho?

CLOWN Ahora mismo, ahora. No he tenido tiempo ni de pestañear. No creo que el agua haya enfriado aún los cadáveres ni que el oso se haya acabado la cena. Ha de estar en eso ahora.

PASTOR Si al menos hubiera estado allí para ayudar a ese anciano.

CLOWN Mejor hubiera estado usted con los del barco; allí su caridad no habría tocado fondo.

PASTOR Qué tragedia. ¡Qué tragedia! Pero ven a ver esto, hijo. Antes que nada persígnete. Tú te encuentras con cosas que mueren, yo con cosas recién nacidas. Aquí tienes algo digno de verse. Mira, un mantito de

bautismo para la hija de un noble. Mira esto.
Recógelo, hijo, recógelo y ábrelo.

El CLOWN recoge el atado.

Bueno, vamos a ver. Una vez las hadas me dijeron que iba a hacerme rico. Esta es una criatura que un duende cambió por otra. Abre, abre. ¿Qué hay dentro, muchacho?

El CLOWN abre el atado.

CLOWN ¡Se ha asegurado la vejez! Si le perdonan los pecados de juventud, vivirá de lo más acomodado. ¡Es oro! ¡Oro puro!

PASTOR Esto es oro embrujado, hijo, ya verás. Llévatelo y escóndelo bien. A casa, ahora, por el camino más corto. Hemos tenido suerte, muchacho, y para seguir teniéndola solo hace falta cuidar bien la lengua. Deja esas ovejas. Vamos, hijo. A casa por el atajo.

CLOWN Por el atajo vaya usted con lo que encontró. Yo iré a ver si el oso se alejó del caballero y cuánto se ha comido. Solo son peligrosos cuando tienen hambre. Si queda algo de ese hombre, lo enterraré.

PASTOR Buena obra, muchacho. Si por los restos puedes discernir quién era, llévame después a echarle un vistazo.

CLOWN Le prometo que lo haré; y usted ayudará a ponerlo bajo tierra.

PASTOR Es un día de suerte, muchacho, y encima vamos a hacer obras de bien.

Salen.

CUARTO ACTO

ESCENA I

Entra el TIEMPO, como Coro.

TIEMPO Placer de algunos, juez de todos, látigo del malo,
dicha del bueno, motivo y cura del error humano,
yo soy el Tiempo, y a fin de dar alas a sus almas
estoy aquí. No digan pues que incurro en falta,
si paso por encima de dieciséis primaveras
y dejo intacta la amplitud toda de esa brecha,
ya que cambiar las leyes está en mi poder
y en una hora de las mías hacer o deshacer
toda costumbre. Déjenme pues pasar a mi manera,
el mismo en épocas antiguas que en las nuevas.
De las pasadas atestigüé el alumbramiento,
de las futuras veré el fallecimiento
y del presente empañaré todo destello
como ahora velo una secuencia de mi cuento.
Si su paciencia me da el consentimiento,
giraré la clepsidra, y obraré un crecimiento
en la historia que ofrezco tan inusitado
como si hubiesen ustedes dormido el entreacto.
Dejemos a Leontes y el espantoso pesar

que sus locos celos le vinieron a causar
y que lo llevó a encerrarse. Espectadores amables,
imaginen que estamos en Bohemia, la adorable;
recordarán tal vez que mencioné a un hijo del rey
cuyo nombre, ahora lo digo, es Florizel;
y acto seguido paso a hablarles de Perdita,
crecida a estas alturas en gracia y maravilla.
No quiero profetizar lo que le espera;
lo que depara el Tiempo se sabrá cuando suceda.
Es hija de un pastor; y de su situación
y porvenir se ocupará por igual mi relación.
Si alguna vez los sometieron a un rato más pesado
permítanme seguir y se verán recompensados.
Si no, es deseo de este, el Tiempo, el más curtido,
que no les toque nunca un espectáculo aburrido.

Sale.

ESCENA II

Entran POLIXENO y CAMILO.

POLIXENO Deja de importunarme, Camilo, por favor. Puede que negarte algo sea una enfermedad, pero concederte lo que pides sería la muerte.

CAMILO Hace quince años que no veo mi patria. Aunque la mayor parte de mi vida he respirado el aire de otras tierras, quiero que mis huesos descansen allí. Además, mi señor, el rey arrepentido, a cuya pena sincera puedo dar cierto alivio, me ha mandado llamar, o así lo creo, y ese es un incentivo más para partir.

POLIXENO Si me quieres, Camilo, no borres todos los servicios que me has hecho yéndote en este

momento. Si te necesito tanto es por lo bondadoso que te has mostrado. Más valdría no haberte conocido nunca que echarte en falta como me va a ocurrir. Me has ayudado en asuntos que solamente tú podrías manejar como se debe; ahora debes quedarte a ejecutarlos o llevarte los servicios que has prestado. Si no los he recompensado lo bastante (porque está fuera de mi alcance), desde ahora estudiaré cómo hacerlo, y mi ganancia será una amistad creciente. Te suplico que no vuelvas a mencionar el país fatal, tu Sicilia, cuyo mero nombre me castiga con el recuerdo de ese rey arrepentido, como lo llamas, y reconciliado hermano mío. Aún hoy seguimos lamentando día a día la pérdida de la inapreciable reina y de sus hijos. Dime, ¿cuándo viste por última vez a mi Florizel? Los reyes no son menos infelices cuando tienen un hijo poco virtuoso que cuando pierden uno cuyas virtudes todos elogian.

CAMILO Vi al príncipe hace tres días, señor. No sé cuáles pueden ser sus diversiones, pero he notado, con pena, que desde hace un tiempo suele retirarse de la corte y se dedica menos que antes a los deberes de príncipe.

POLIXENO Lo mismo vengo advirtiéndolo yo, Camilo, y tanto me preocupa que he puesto espías a vigilar sus ausencias. Me han informado de que rara vez se aleja de la casa de un humilde pastor, un hombre, dicen, que partiendo de la nada, y más allá de lo que podían imaginar los vecinos, ha acumulado una fortuna inconcebible.

CAMILO He oído hablar de un hombre así, señor, que tiene una hija de una distinción fuera de lo corriente. La muchacha ha cobrado tal fama que hoy cuesta creer que haya nacido en una choza.

POLIXENO Lo mismo me han dicho a mí, y temo que ese sea el anzuelo que arrastra a mi hijo hacia allí. Vas a acompañarme al lugar, Camilo. Ocultando quiénes somos, le haremos al pastor unas preguntas. Como es un hombre simple, creo que no será difícil averiguar qué atrae tanto a Florizel. Acompáñame en este asunto, por favor, y deja de pensar en Sicilia.

CAMILO Le obedezco de buena gana.

POLIXENO ¡Eres inestimable, Camilo! Vamos a disfrazarnos.

Salen.

ESCENA III

Entra AUTÓLICO cantando.

AUTÓLICO

Ya despunta el narciso en la vereda
y en el valle la buscona se pasea;
hay en el aire un dulzor cálido y tierno;
hierve la sangre sonrojando al invierno.
Tiembla en el seto una ropa muy blanca
como al compás del ave que canta.
Si le echo mano me iré a la taberna
a honrar a los dioses de la cerveza.
Canta la alondra, tiralalira;
canta el jilguero y el avefría;
canta la hierba, canta el verano
y con mis chicas yo estoy tumbado.

En otros tiempos yo servía al príncipe Florizel y
llevaba traje de terciopelo fino.

Pero tesoro, yo no me quejo.

Mira la luna, cuánto que brilla.

Sigo el camino, suelto un bostezo,
miro a lo alto y ella me guía.
Si al hojalatero
le está permitido
cargar con su hatillo
y cambiar de nido,
yo les anticipo
sin otro motivo
que cuando me apresen
diré de qué vivo.

Mi rubro comercial es la ropa de cama. Atentos a cuando el milano anida, que entonces las sábanas empiezan a escasear. Mi padre me llamó Autólico; lo mismo que a mí, a él lo habían parido bajo Mercurio; por eso él también era recaudador de fruslerías mal vigiladas. Gracias a los dados y las fulanas pude comprarme este atuendo y mi medio de vida es la estafa menor. En el camino hay demasiado patíbulo y garrote; las palizas y la horca me aterran. En cuanto al porvenir, pienso en él cuando duermo. ¡Epa, una presa! ¡Una presa!

Entra el CLOWN.

CLOWN Veamos: por cada once ovejas, veintiocho libras de lana. Por cada hilo de lana, una esterlina y monedas. ¿Cuánto saco de mil ovejas trasquiladas?

AUTÓLICO (*Aparte.*) Si la cuerda aguanta, este pajarraco es mío.

CLOWN No puedo calcularlo sin un ábaco. Veamos, ¿qué tengo que comprar para la fiesta de la esquila? (*Saca un papel.*) Tres libras de azúcar, cinco libras de uvas, arroz... ¿Y qué va a hacer esta hermana mía con

arroz? Pero bueno, mi padre la ha nombrado reina de la fiesta y ella se lo toma muy en serio. Me ha preparado veinticuatro ramitos para los esquiladores; son todos cantantes de trío, y muy buenos, aunque la mayoría contratenores y bajos salvo un puritano que entona salmos al son de la gaita. Hace falta azafrán para colorear los pasteles de pera, cáscara de nuez moscada, dátiles... No, eso no está en la lista. Una o dos raíces de jengibre, pero eso me lo darán gratis; cuatro libras de ciruelas secas y otras cuatro de pasas.

AUTÓLICO (*Retorciéndose en el suelo.*) ¡Ay, para qué habré nacido!

CLOWN ¡Que me cuelguen!

AUTÓLICO ¡Ayuda, por favor! ¡Ayuda! ¡Arránquenme estos harapos y que la muerte me lleve de una vez!

CLOWN Vamos, pobre alma, más que arrancarse los harapos tendría que cubrirse con varios más.

AUTÓLICO Ah, señor, son más repulsivos que las marcas de los golpes que acabo de recibir, y eso que me han dejado millones y muy gruesas.

CLOWN Uh, pobre hombre. Un millón de golpes tiene que ser cosa seria.

AUTÓLICO Me han robado, señor, y zurrado. Se llevaron mi dinero y mi equipaje y me dejaron estos trapos detestables.

CLOWN ¿Y qué eran? ¿Gente de a caballo o de a pie?

AUTÓLICO Un hombre de a pie, buen señor. De a pie.

CLOWN Hombre, por la ropa que le ha dejado seguro que iba a pie. Si esto es una chaqueta de jinete, la han usado a reventar. Deme la mano, yo lo ayudo. Vamos, deme la mano.

Ayuda a AUTÓLICO a levantarse.

AUTÓLICO Ay, señor, despacio. ¡Ay!

CLOWN ¡Caray, pobre alma!

AUTÓLICO ¡Suave, suave, buen señor! Señor, temo que me he desencajado la paleta.

CLOWN ¡No diga! ¿Se aguanta en pie?

AUTÓLICO Suave, mi estimado, suave. (*Le roba la bolsa.*)
Despacio... Señor, me ha hecho una gran caridad.

CLOWN ¿Necesita dinero? Yo un poco podría darle.

AUTÓLICO No, hombre bondadoso, no. Hágame el favor, de ningún modo. Justamente iba a ver a un pariente que tengo a media milla de aquí. Allá me darán dinero o lo que me haga falta. Le ruego que dinero no me ofrezca. Me hiere en el alma.

CLOWN ¿Qué clase de sujeto fue el que le robó?

AUTÓLICO Un individuo que suele alternar con busconas, señor. Sé que en un tiempo fue servidor del príncipe. Y no sé por cuál de sus virtudes, mi estimado, pero lo cierto es que lo echaron de la corte.

CLOWN Cuál de sus vicios, querrá decir. A las virtudes no las echan de la corte. Las alientan a quedarse, aunque de todos modos siempre están como de paso.

AUTÓLICO De sus vicios, debí decir, señor. Conozco bien a ese tipo. Desde entonces ha tenido un mono amaestrado; ha sido picapleitos y alguacil; luego anduvo por ahí con un retablo de títeres sobre el hijo pródigo y se casó con la hija de un hojalatero a menos de media milla de donde yo tengo mi casa y mi hacienda; y después de haber dejado atrás un montón de oficios dudosos, se estableció como mero sinvergüenza. Algunos lo llaman Autólico.

CLOWN ¡Que el diablo se lo lleve! ¡Es un chorizo, por mi vida, un chorizo! Ronda las fiestas, las ferias y las peleas de osos.

AUTÓLICO Exactamente, señor. El mismo, el mismo. Ese es el canalla que me dejó con esta indumentaria.

CLOWN En toda Bohemia no hay un ladrón más cobarde que él. Si usted se hubiera agrandado y lo hubiera escupido, seguro que habría echado a correr.

AUTÓLICO Tengo que confesarle, señor, que no soy hombre de alzar los puños. Me falta coraje, y le garantizo que él lo sabía.

CLOWN ¿Y ahora cómo se siente?

AUTÓLICO Mucho mejor que antes, amable señor. Estoy en condiciones de caminar. Tanto es así que, con su permiso, me iré despacito a casa de mi pariente.

CLOWN ¿Quiere que lo lleve hasta el camino?

AUTÓLICO No, mi estimado. No, amable señor.

CLOWN Que le vaya bien, entonces. Yo voy a comprar especias para nuestra fiesta de la esquila.

Sale el CLOWN.

AUTÓLICO La mejor de las prosperidades, mi estimado. No lleva la bolsa lo bastante salada para comprar especias. Me reuniré con usted en la fiesta de la esquila. ¡Si no encadeno este robo con otro y aborrego a los esquiladores, que me borren de la logia de los rateros y me inscriban en el de la virtud!

Canta.

A trotar y trotar por el sendero
y tomarse alegremente el ajetreo.
El alma triste se cansa en una milla

pero la alegre resiste todo el día.

Sale AUTÓLICO.

ESCENA IV

Entran FLORIZEL y PERDITA.

FLORIZEL Esas ropas inusuales te transforman
en todos los aspectos; ya no eres una pastorcita
sino Flora que aparece en los inicios de abril.
La fiesta de la esquila es como una velada
de dioses menores, y la reina eres tú.

PERDITA Gracioso señor, no me corresponde regañarte
por tus exageraciones... ¡Ay, perdona que lo diga!
Tú oscureces tu altísima persona,
centro de todas las admiraciones del país,
disfrazándote de pastor, mientras yo,
una modesta doncella, llevo guirnalda de diosa.
Si no fuera porque en nuestras fiestas siempre
hay un bocado de locura que los invitados
se resignan a tragar, me ruborizaría verte
así vestido, como si quisieras, me parece,
ponerme ante un espejo.

FLORIZEL Bendito sea el día
en que mi buen halcón voló a través
del campo de tu padre.

PERDITA ¡Que Júpiter te dé razón!
A mí la diferencia me intimida. Tu grandeza
desconoce el miedo. ¡Si ahora mismo me estremezco
pensando que por casualidad tu padre puede

pasar por aquí como has pasado tú! ¡Por los hados!
¿Qué cara pondría al ver encuadrada en rústica
su mejor obra? ¿Qué diría? ¿Y cómo yo, vestida
con esta exquisitez, me atrevería a soportar
su severa presencia?

FLORIZEL Tú no te preocupes

sino de estar contenta. Los mismos dioses, a veces
sometiendo la divinidad al amor, han adoptado
la apariencia de las bestias. Júpiter mugió
después de transformarse en toro; Neptuno el verde
baló como un cordero; y el rubicundo Apolo
trocó la túnica de fuego por ropas de pastor
como estas que yo llevo. Y esas transformaciones
no tuvieron por causa una belleza tan rara
ni una intención tan casta, porque en mí el deseo
muerde el freno del honor y la lujuria
no arde más que la sinceridad.

PERDITA Pero, señor,

que difícil te será sostener la decisión
cuando se enfrente con la autoridad del rey.
Entonces por fuerza ha de pasar una de dos:
o tú abandonas tu empeño, o abandono yo
esta vida.

FLORIZEL Perdita, mi tesoro, por favor

no ensombrezcas la alegría de la fiesta
con estos pensamientos. O soy tuyo, hermosa mía,

o no soy de mi padre. Pues si yo no fuera tuyo
no podría pertenecer ni a mí mismo ni a nadie.
En esto soy constante aunque el destino
diga no. Alégrate, muchacha; mira en torno
y ahoga esas ideas entretanto. Ya vienen
los invitados. Anima ese semblante
como si fuera el día de la fiesta de boda
que ambos hemos jurado que vendrá.

PERDITA ¡Sonríenos,

dama Fortuna!

*Entran el viejo PASTOR, el CLOWN, MOPSA, DORCAS, criados
(pastores y pastoras) y POLIXENO y CAMILO disfrazados.*

FLORIZEL Mira, se acercan tus invitados.

Prepárate a agasajarlos con chispa
y que el placer nos coloree las mejillas.

PASTOR Qué vergüenza, hija. Mi esposa, cuando vivía,
en estas ocasiones se ocupaba del pan, el vino
y la cocina; era señora y servidora; huésped
y asistente; cantaba y bailaba; tan pronto
estaba en un punta de la mesa como en otra;
con este huésped o aquel. Le ardía la cara
de cansancio, y si a veces la apagaba,
era pidiendo a cada cual un sorbo de su copa.
Tú te retraes, como si fueras invitada
y no anfitriona del banquete. Por favor,
da la bienvenida a estos amigos que poco
conocemos, que el modo de hacernos más amigos

es conocernos mejor. Ven, no te ruborices
y date a conocer como señora que eres
de esta fiesta. Recibe a los esquiladores
si quieres que prospere tu rebaño.

PERDITA (*A* POLIXENO.) Bienvenido,
señor, mi padre quiere que hoy asuma
el papel de anfitriona. (*A* CAMILO.) Bienvenido sea
usted
también, señor. Dorcas, alcánzame esas flores.
Señores, he aquí romero y ruda para ustedes;
mantienen todo el invierno la forma y el perfume.
La gracia y el recuerdo sean con los dos;
bienvenidos a nuestra esquila.

POLIXENO Pastora,
además de linda, haces justicia a nuestra edad
dándonos flores de invierno.

PERDITA Cuando el año envejece,
señor (y todavía no ha muerto el verano
ni el tembloroso invierno ha nacido) las más
hermosas
flores de la estación son los claveles y las clavelinas
moteadas que algunos llaman bastardas; de esa
especie
en nuestro rústico jardín no hay ninguna
y a mí no me gusta hacer injertos.

POLIXENO ¿Por qué no te gustan, muchachita?

PERDITA Porque he oído decir que existe un arte

capaz de crear flores tan multicolores
como crea la naturaleza.

POLIXENO Existe, es cierto,

pero a la naturaleza nunca la mejora nada
que no haya hecho ella misma; y por encima
de ese arte que dices que la ensancha
hay un arte que es producto de la naturaleza.
Fíjate, dulce muchacha, que maridamos
el esqueje más gentil con la planta más salvaje
y hacemos que una corteza corriente
conciba un vástago noble. Este es un arte,
que corrige la naturaleza, o la transforma,
pero el arte mismo es la naturaleza.

PERDITA Sin duda.

POLIXENO Por eso no las califiques de bastardas,
y enriquece tu jardín con clavelinas.

PERDITA No pondré

la azada en la tierra para plantar un solo esqueje.
Tampoco desearía que este joven me admirara
y quisiera hacerme madre de sus hijos
solo porque me hubiera maquillado. He aquí
flores para usted: lavanda ardiente,
mentas, ajedrea, mejorana,
la caléndula que se acuesta con el sol,
y con él se alza llorando; son flores estivales,
y creo que suelen regalarse a los señores

de mediana edad. Sean muy bienvenidos.

CAMILO Si fuera de tu rebaño, dejaría de pastar
y viviría solo de mis ojos.

PERDITA ¡Bah, qué dice!

Se volvería tan flaco que la ventisca de enero
le atravesaría el cuerpo. (*A FLORIZEL.*) En cuanto a ti,
bello amigo, ojalá tuviese alguna flor
de primavera que sentase a tu momento.

(*A las PASTORAS.*) Y otras para ustedes, que en las
castas ramas

llevan aún el brote de la virginidad.

¡Qué pena, Proserpina, no tener las flores
que en tu terror cayeron del carro de Plutón!

Los narcisos, que preceden a la osada

Golondrina, y tan hermosos que hechizan

a los vientos de marzo; las violetas, pudorosas

pero dulces como el párpado de Juno

o el aliento de Afrodita; las prímulas desvaídas,

que, como de un mal corriente en las doncellas,

mueren antes de haber podido contemplar

al fulgurante Febo en todo su vigor;

la corona imperial, la orgullosa primavera;

los lirios de todas clases, una de ellas flor de lis...

Si de estas tuviera, mi dulce amigo, te haría

tantas guirnaldas que llegaría a cubrirtte

entero.

FLORIZEL ¿Ah, sí? ¿Como a un cadáver?

PERDITA No, como esas riberas donde el amor se tiende
a jugar. No, claro, como un cadáver, sino
como un cuerpo vivo guardado entre mis brazos.
Ven, toma tus flores. Me parece estar actuando
como he visto hacer en esas pastorales
de Pentecostés... Es este vestido, seguro,
que me transforma el carácter.

FLORIZEL Cualquier cosa

que hagas tú mejora lo que se haya hecho.
Cuando hablas, dulce, quisiera que hablaras siempre;
Si cantas, me gustaría que compraras,
vendieras, dieses limosna, rezaras
y te ocuparas de tus asuntos cantando.
Cuando te veo bailar me apena que no seas
una ola, que hace eso y nada más:
estar siempre en movimiento, sin tener
otra función. Toda tu forma de ser,
singular en los detalles, corona tus acciones
tan perfectamente que es como si fuesen
cada una reina entre todas.

PERDITA Ay, Doricles, ¿sabes?,

el elogio sería exagerado si tu sangre joven,
y el virtuoso linaje que renueva
no te revelaran como un pastorcito inocente.
Si fueras sabio, a lo mejor temería

que quisieras conquistarme por el camino malo.

FLORIZEL Tienes tan poco motivo para el miedo

como yo pretensión de engatusarte. Pero vamos,
a la danza, por favor. Perdita mía,
dame la mano... Así, como dos tórtolas
que no se van a separar jamás.

PERDITA Puedo jurarlo.

PERDITA y FLORIZEL *bailan.*

POLIXENO (*A CAMILO.*) Es la mocita humilde más hermosa

que he visto pisar la hierba. Todo lo que dice o hace
es expresión de algo demasiado grande y noble
para un lugar como este.

CAMILO Lo que él le está susurrando

le hace subir la sangre... Qué increíble,
es la reina de las natas y la crema.

CLOWN ¡Que repique el tamboril!

DORCAS Tú te emparejas con Mopsa. ¡Dale unos ajos, caray,
a ver si le suavizas los besos!

MOPSA ¡Ni se te ocurra!

CLOWN Ni una palabra, ni hablar. Somos gente educada.
¡Que repique el tamboril!

Música.

Los PASTORES y las PASTORAS danzan.

POLIXENO Pastor, con tu permiso, ¿quién es el buen mozo
ese que está bailando con tu hija?

PASTOR Lo llaman Doricles, y se jacta de tener

grandes campos de pastura. Son sus palabras, claro,

pero yo no desconfío; le veo un aire sincero.
Dice que quiere a mi hija y yo creo que es verdad;
porque jamás hubo luna que se mirase en el agua
como él se queda leyendo, si puede decirse así,
los ojos de mi muchacha. Y al fin y al cabo,
si tuviera que comparar cuál de los dos
está más enamorado, no encontraría ni medio
beso de diferencia.

POLIXENO Es una maravilla
cómo baila la mocita.

PASTOR Ella lo hace todo así;
aunque estoy diciendo cosas que tendría
que callar. Si Doricles la reclama,
mi hija va a darle algo que él jamás se imaginó.

Entra un SIRVIENTE.

SIRVIENTE Eh, patrón, si oyera al buhonero que está en la
puerta no volvería a pedir nunca tambor y flauta para
bailar; ni la gaita le haría mover los pies. El hombre
canta varias canciones en menos de lo que cuenta
usted el dinero. Las suelta como si hubiera comido
baladas, y a la gente le crecen las orejas.

CLOWN No podría haber llegado en mejor momento. Hay
que hacerlo pasar. A mí las baladas me gustan a más
no poder, sean de tema doloroso con música alegre o
de asunto agradable cantadas con voz lastimera.

SIRVIENTE Tiene canciones para hombres y mujeres de todas
las tallas; más surtido que el mejor vendedor de
guantes. Tiene tonadas de amor para vírgenes,
bonitas y sin palabras procaces, cosa rara, y con
unos estribillos primorosos llenos de epalala y

tumbaquetetumba, venteparaquí y vamosparallá. Y en caso de que algún bocasucia, pongamos, le dé por malinterpretar y cuele una grosería, él hace que la muchacha responda «Ay, señor, tráteme bien», y lo despacha.

POLIXENO Un sujeto talentoso.

CLOWN Hombre, nos estás hablando de un ingenio admirable. ¿Vende alguna prenda nueva?

SIRVIENTE Tiene cintas de todos los colores del arcoíris; unos encajes con más puntos que los que dominan todos los abogados de Bohemia, y encima los vende por docenas; calzones, corpiños, fajas, ligas, cenefas... ¡Y hay que oír cómo las vocea! ¡Como si fueran divinidades! Uno lo oye alabar los puños y el festoneado y termina confundiendo un blusón con una angelita.

CLOWN Haz el favor de traerlo. Y que se acerque cantando.

PERDITA Adviértele que no use palabras indecentes.

Sale el SIRVIENTE.

CLOWN Hay buhoneros que llevan dentro más que lo que te piensas, hermana.

PERDITA Sí, hermano, o más que lo que me gusta pensar.

*Entra AUTÓLICO con barba postiza
y su atado, cantando.*

AUTÓLICO

Pálido lino como la aurora,
gasa más negra que ala de cuervo,
guantes tan suaves como las rosas,
leves encajes para los pechos.
Cuentas de ámbar, lazos, pulseras,

dulces perfumes de habitación,
cofias doradas, fajas, pecheras,
mil alfileres y un prendedor.

Aproveche el generoso
la insuperable ocasión
de vestir a su adorada
de la cabeza al talón.

Vengan a mí, caballeros,
no se priven de comprar
si no quieren que sus chicas
se les pongan a llorar.

CLOWN Si no estuviera enamorado de Mopsa, a mí no me
sacarías un centavo; pero ya que estoy cautivo, habrá
que adornar las cadenas con cintas y guantes.

MOPSA Me los habían prometido para la fiesta, pero más
vale tarde que nunca.

DORCAS Te habían prometido algo más que eso. O aquí hay
alguien que miente.

MOPSA A ti sí que te dio todo lo prometido; y tal vez incluso
algo más que te va a dar vergüenza devolverle.

CLOWN ¿Pero qué es esto? ¿Las muchachas han perdido los
modales? ¿Ahora van a llevar las enaguas colgando
de la nariz? ¿No bastan el momento de ordeñar, el de
irse a la cama y el de atender el horno para
susurrarse secretitos, que tienen que ventilarlos
delante de los convidados? ¡Menos mal que ellos
también parlotean! A moderar la lengua y ni una
palabra más.

MOPSA Yo ya terminé. Pero acuérdate de que me prometiste
una pañoleta y un par de guantes perfumados.

CLOWN ¿No te dije que en el camino me hicieron el cuento y estoy sin un centavo?

AUTÓLICO La verdad, señor, el mundo está repleto de malandrines. Hay que andar con muchísima atención.

CLOWN No tengas miedo, hombre. Aquí no perderás nada.

AUTÓLICO Eso espero, señor, porque llevo encima mercadería muy valiosa.

CLOWN ¿Qué tienes ahí? ¿Baladas?

MOPSA Ay; por favor, cómprame alguna. Me encantan las baladas impresas; se puede estar segura de que cuentan verdades.

AUTÓLICO He aquí una de melodía doliente. Trata de una mujer de usurero que dio a luz veinte bolsas de oro de un solo parto, y del tremendo antojo que tenía de comerse un guiso de víbora y escuerzo.

MOPSA ¿Usted cree que es verdad?

AUTÓLICO Como que estoy aquí. Y sucedió hace apenas un mes.

DORCAS ¡Dios me libre de casarme con un usurero!

AUTÓLICO Aquí figuran el nombre de la partera, cierta señora Cotórrez, y de media docena de vecinas que presenciaron el hecho. ¿Qué ganaría yo contando mentiras?

MOPSA Anda, cómpramela, por favor.

CLOWN Espera, déjala a un lado y antes veamos unas baladas más. Después compraremos las otras cosas.

AUTÓLICO Aquí hay otra sobre un pez que apareció en la costa un miércoles ochenta de abril, a cuarenta mil brazas por encima del agua, y cantó una balada

contra las doncellas de corazón insensible. Se cree que era una mujer transformada en pez de sangre fría por negarse al intercambio carnal con un hombre que la amaba. Es una balada tristísima y sumamente sincera.

DORCAS ¿Le parece que eso también es verdad?

AUTÓLICO Lo han confirmado por escrito cinco jueces y tantos testigos que no cabrían en mi fardo.

CLOWN Ponla a un lado también. Otra.

AUTÓLICO Esta es una balada alegre pero muy linda.

MOPSA Compremos algunas alegres.

AUTÓLICO Bueno, esta es más que alegre. Se canta con la melodía de «Dos mozas para un candidato». En todo el Oeste no hay virgen que no la cante. Les digo que me la piden muchísimo.

MOPSA Podemos cantarla nosotras dos. Si usted canta una parte, la oirá; está escrita para tres voces.

DORCAS Aprendimos la melodía hace un mes.

AUTÓLICO Puedo interpretar mi parte; ya saben que así me gano la vida. Venga, probemos.

Canción.

AUTÓLICO

Ya no me miren, que debo marchar.

Ninguna de ustedes conoce el lugar.

DORCAS

Dinos adónde.

MOPSA

Dinos adónde.

DORCAS

Dinos adónde te vas a marchar.

MOPSA

¿No piensas respetar el juramento
de compartir conmigo tus secretos?

DORCAS

Y ahora tampoco lo cumples conmigo.

MOPSA

O vas a la granja, o vas al molino.

DORCAS

Cualquiera que elijas,
será tu desgracia
ver a una contenta
y otra desdichada.

AUTÓLICO

No elijo a ninguna.

DORCAS

¿Ninguna?

AUTÓLICO

Ninguna.

DORCAS

Juraste quererme, no puedes marchar.

MOPSA

Yo oí tu promesa a la luz de la luna.
Tienes que elegir. ¿Hacia dónde irás?

CLOWN Pronto estaremos nosotros como en la canción. Mi
padre y el caballero se han enfrascado en una

conversación grave. No los molestemos. Ven conmigo y trae el fardo; muchachas, voy a hacer compras para las dos. Muéstranos lo de primera calidad, buhonero. Síganme, chicas.

Sale con DORCAS y MOPSA.

AUTÓLICO Así lo vas a pagar.

Canción.

¿Quieres comprar una cinta, un lacito
un festón para el sombrero,
querida gatita mía?
¿Una seda, un adorno para el pelo
de la moda más reciente,
o la mejor lencería?
¡Buhonero, al buhonero!
En todo asunto de humanos
se oye el canto del dinero.

Sale AUTÓLICO.

Entra el SIRVIENTE.

SIRVIENTE Patrón, aquí hay tres carreteros, tres pastores, tres vaqueros y tres porquerizos que se han cubierto de pelo. Se presentan como sátiros y bailan una danza que según las muchachas es un fárrago de cabriolas, porque ellas no toman parte; no obstante son de la idea de que, si no fuera demasiado tosca para los habituados a diversiones más suaves, gustaría sobremanera.

PASTOR ¡Que se vayan! ¡No queremos ni verlos! Aquí ya se han hecho bastantes locuras. Advierto, señor, que lo fatigamos.

POLIXENO Solo fatigan a los que vienen a distraernos. Le ruego, déjenos conocer a esos cuatro tríos de

pastores.

SIRVIENTE Tres de ellos dicen que han bailado delante del rey, y le digo yo que el menos hábil salta exactamente dos metros y medio, medidos con una escuadra.

PASTOR Basta de cháchara. Ya que estos buenos señores están dispuestos, hazlos pasar. Pero que sea deprisa.

SIRVIENTE Voy, voy, señor; están aquí en la puerta.

Hace entrar a los bailarines.

Hay una danza de doce sátiros.

POLIXENO (*Al PASTOR.*) Padre, ya verá que eso trae cola.

(*A CAMILO.*) ¿No se están pasando un poco? Habría que separarlos.

Este hombre es algo tardo y se ha ido de la lengua.

(*A FLORIZEL.*) Salud, pastor airoso. El corazón te rebosa

de algo que te impide tener la cabeza en la fiesta.

Cuando de joven lidiaba con el amor, como tú, siempre quería abrumar a mi amada con regalos.

Solía saquear los tesoros de seda

del buhonero, y los derramaba ante ella.

Tú lo has dejado marchar sin comprarle una minucia.

Si tu muchacha quisiera malentender tu reserva

y la creyera una falta de largueza

o de cariño, te verías en apuros

para hallar una respuesta, eso siempre y cuando

te importe verla contenta.

FORIZEL Anciano amigo, yo sé

que ella no da valor a esas bagatelas.

Si hay dones que espera de mí, son los que llevo
reunidos en el corazón bajo candado, y esos
se los he dado ya, si bien no los he entregado.

(A PERDITA.) Ah, déjame volcar el corazón
en presencia de este anciano que, parece,
amó en un tiempo: dame la mano, esta mano
suave como las plumas de una paloma,
más blanca que ellas o que los dientes de una eritrea,
y más aun que la nieve dos veces tamizada
por los vientos del norte...

POLIXENO ¿Y esto cómo sigue?

(A CAMILO.) Con qué gracia parece lavar el pastorcito
esa mano ya tan limpia. (A FLORIZEL.) Perdón, te he
interrumpido.

Pero volvamos a tu alegato; déjame oír
qué te propones.

FLORIZEL De acuerdo. Sea testigo.

POLIXENO ¿Y mi vecino también?

FLORIZEL Ante él y, más aún,

ante los hombres todos, la tierra, los cielos,
juro que ni siquiera si me coronasen
emperador imperial y por lo tanto supremo,
ni aun si fuera el varón más radiante de la historia
y tuviera la fuerza y el saber que nadie ha tenido,
sentiría por esos bienes el menor aprecio

si ella no me amara, si no los empleara todos
ella y ella los destinara a prestar servicio
o ser destruidos.

POLIXENO Hermoso ofrecimiento.

CAMILO Prueba de un sentimiento profundo.

PASTOR Pero tú, hija,

¿dirías lo mismo?

PERDITA Yo no puedo hablar tan bien,

ni por asomo; y tampoco pensar mejor.

La pureza de sus sentimientos la mido
por el patrón de los míos.

PASTOR Tómense entonces

las manos, y trato hecho. Y ustedes sean
testigos, amigos desconocidos, de que
le entrego a mi hija. Y la doto
con una parte igual a la suya.

FLORIZEL Yo no quiero

nada salvo su virtud. Cuando muera uno que sé,
tendré más que lo que pueda soñarse;
tanto que quedaría usted pasmado. Pero vamos,
que estos señores sean testigos del compromiso.

PASTOR Dame la mano. Y tú, muchacha, la tuya.

POLIXENO Alto, pastor, te ruego. Un momento.

¿Tienes padre?

FLORIZEL Sí, ¿pero qué importa?

POLIXENO ¿Está al corriente de esto?

FLORIZEL No, ni lo va a estar.

POLIXENO Me parece a mí que un padre,
en las bodas de su hijo,
es el huésped más pertinente de la mesa.
Permite por favor que te haga unas preguntas.
¿Tu padre es incapaz de tratar asuntos serios?
¿Lo han vuelto idiota los años, acaso,
o los reumas? ¿Oye bien? ¿Puede hablar, distinguir
un hombre de otro, defender sus intereses?
A lo mejor está postrado en cama
y ha vuelto a la niñez...

FLORIZEL No, señor; tiene
buena salud y está más fuerte que la mayoría
de los de su edad.

POLIXENO Entonces, por estas canas,
le estás haciendo un mal impropio de un buen hijo.
Es razonable que un muchacho elija a su mujer,
pero no lo es menos que al padre, toda cuya dicha
estriba en una hermosa descendencia, se le pida
algún consejo.

FLORIZEL Es cierto, lo concedo,
venerable señor, pero hay otras razones
que no puedo decirle y que me impiden
poner a mi padre al corriente de este asunto.

POLIXENO Díselas a él.

FLORIZEL No, señor.

POLIXENO Te lo ruego.

FLORIZEL No ha de saberlo.

POLIXENO Ponlo al corriente, hijo mío.

No es forzoso que tu elección vaya a afligirlo.

FLORIZEL Es que tiene que ignorarlo. Vamos, vamos,
atienda a nuestro contrato.

POLIXENO (*Descubriéndose.*) Atiende tú a tu divorcio,
mocoso que no me atrevo a llamar hijo mío.

Has nacido para el cetro pero aspiras a un cayado;

¡eres demasiado ruin para que te reconozca!

Pena, viejo traidor, que cuando te ahorque
te acortaré la vida en solo una semana. Y tú,
precoz obra maestra de brujería consumada,
que sin duda conocías al regio idiota
con quien estabas tratando...

PASTOR ¡Ah, mi corazón!

POLIXENO Te haré estropear la belleza con espinas

a ver si aprendes a no salir de tu rango.

En cuanto a ti, cabeza hueca, si llego a enterarme
de que suspiras por ver a este bocado
(porque no quiero que la veas nunca más)

te tacho de mi linaje y no vuelvo a reconocerte
más ligado a mí que Deucalión. ¿Me has oído?

Síguenos a la corte. (*Al PASTOR.*) A ti, babieca,
aunque nos hayas llenado de disgusto,

te exoneramos del patíbulo. (*A PERDITA.*) Y tú,
hechicera,
bastante digna de un pastor (y, de no ser
porque deshonra nuestra sangre, también digna
de este que ha fingido serlo), si en adelante vuelves
a abrirle el cerrojo de tu choza o rodearle el cuerpo
con tus brazos, te reservaré una muerte
tan cruel como sensible te has mostrado.

Sale POLIXENO.

PERDITA ¡Aquí quedo, destruida! Pero no amedrentada,
porque una o dos veces estuve a punto de decirle
que el mismo sol que brilla en el palacio
se muestra también por nuestra choza, sin esconder
el rostro. (*A FLORIZEL.*) Márchate, señor, si quieres.
Yo dije qué resultaría de esto.
Ocúpate de tus dominios, te lo ruego.
Ahora que he despertado del ensueño,
no jugaré a la reina ni un minuto más;
iré llorando a ordeñar mis ovejas.

CAMILO ¿Y tú qué dices, padre? Vamos, habla
antes de morir.

PASTOR No puedo decir nada ni pensar,
y ni siquiera me atrevo a saber lo que ya sé.
(*A FLORIZEL.*) Has destruido, muchacho, a un viejo de
ochenta y tres
que pensaba morir en la misma cama
en que murió su padre, yacer junto a sus huesos

y ocupar la fosa en paz; ahora la mortaja
me la pondrá un verdugo antes de abandonarme
donde ningún cura arroje una palada de tierra.
(*A PERDITA.*) Maldita desgraciada, te animaste
a intercambiar promesas cuando sabías muy bien
que él era un príncipe. ¡Estoy perdido!
Si pudiera morir en este instante
habría vivido para morir cuando lo pido.

Sale el viejo PASTOR.

FLORIZEL (*A PERDITA.*)

¿Por qué me miras de ese modo? Estoy muy triste
pero no tengo miedo; acaso me demore,
pero no he cambiado. Sigo siendo el mismo;
ni menos decidido a tirar para adelante
ni más obediente a la correa.

CAMILO Amable señor,

conoces el carácter de tu padre. De momento
no te permitirá que le hables (y presumo
que no te lo propones) y me temo
que no soporte siquiera tu presencia.
Por eso no te acerques a su alteza
en tanto la furia no se aplaque.

FLORIZEL No es esa

mi intención. Tú eres Camilo, ¿no es cierto?

CAMILO (*Descubriéndose.*) El mismo, mi señor.

PERDITA ¿Cuántas veces te dije lo que iba a suceder?

¿Cuántas que mi grandeza se derrumbaría
cuando esto se supiera?

FLORIZEL Tu grandeza

solo puede flaquear si yo violo el juramento;
y si lo hago, que la naturaleza aplaste
la fecunda tierra y corrompa las semillas.
¡Anima esa mirada! Deséchame de tu linaje,
padre; soy heredero de mi amor.

CAMILO Atiende a los consejos.

FLORIZEL Mi sola consejera

es la imaginación. A la razón la escucho
si quiere obedecerla. Si no, daré la bienvenida
a la locura, que tanto complace a los sentidos.

CAMILO Eso, señor, es desesperación.

FLORIZEL Llámala así; pero si colma mis promesas

debo considerarla una virtud. Camilo,
ni por Bohemia, ni por el fulgor
que pueda dar la pompa, ni por todo
lo que el sol alumbra, lo que la apretada tierra
lleva en el vientre o lo que esconde el mar más
insondable
romperé la promesa que le hice a mi amada.
Por eso, como amigo más honrado de mi padre,
te ruego que cuando me eche de menos
(porque, te juro, no pienso verlo más)
le aplaques la pasión aconsejándolo con juicio.

Vienen tiempos en que combatiré con la fortuna:
ahora que lo sabes, ve a decírselo.

Me hago al mar con aquella que no puedo
hacer mía en tierra. Quiere la ocasión
que tenga amarrado muy cerca un velero
veloz y dispuesto para este único fin.

En nada te beneficiará saber qué curso
me propongo seguir, ni me concierne
a mí informarlo.

CAMILO Señor, quisiera que tu espíritu
fuese más receptivo a los consejos o más fuerte
para lo que te espera.

FLORIZEL Ven, Perdita...

(A CAMILO.) Hablaré contigo enseguida.

CAMILO Ha resuelto huir
y es inflexible. Pero qué feliz sería yo
si lograra que la huida sirviese a mis planes,
lo salvara del peligro y, dándole una prueba
de amor y de respeto, me valiese ver de nuevo
mi bienamada Sicilia y a ese rey desdichado,
mi señor, a quien extraño tanto.

FLORIZEL Buen Camilo,
estoy tan ocupado en asuntos importantes
que parto sin más ceremonia.

CAMILO Supongo, señor,
que has oído hablar de los modestos servicios

que he prestado a tu padre y el amor que le profeso.

FLORIZEL Te has desempeñado con nobleza. La música
de mi padre es alabar tu conducta;
y no es su menor cuidado recompensarla
de acuerdo con los méritos.

CAMILO Pues bien, señor,
si te complace pensar que amo al rey
y por medio de él a lo que le es más cercano,
tu graciosa persona, toma el rumbo que he de darte,
siempre y cuando puedas modificar un proyecto
tan serio y sopesado. Comprometo mi honra
en dirigirte a un lugar donde serás recibido
como conviene a tu alteza y podrás regocijarte
en el amor de tu dueña, de quien, ya lo advierto,
nada existe que pueda separarte, salvo
(el cielo no lo permita) la ruina; donde podrás
desposarla; y donde, con ayuda de los esfuerzos
que haga yo en tu ausencia, podrás aplicarte
a moderar a tu padre y conseguir que se avenga.

FLORIZEL ¿Y cómo se puede lograr todo eso, buen Camilo?
Un milagro así me llevaría a creerte
más que un hombre y entregarte para siempre
la confianza.

CAMILO ¿Ya has pensado en un lugar
adonde ir?

FLORIZEL No todavía. Pero así como

este accidente inesperado es responsable
de nuestra brusca decisión, bien nos sabemos
esclavos de la fortuna y polillas a merced
de todo viento que sople.

CAMILO Entonces presta atención:

si no quieres cambiar de idea y persistes en huir,
tienes que obrar como sigue: ve a Sicilia
y con tu hermosa princesa (porque princesa va a ser,
estoy seguro) preséntate ante Leontes;
no descuides que ella vista como cabe
a tu compañera de cama. Ya me parece ver
que Leontes los recibe con los brazos desplegados
y lágrimas en los ojos; que te dice
«Perdón, hijo» como si fuera tu padre;
besa enseguida las manos de la flamante princesa;
una y otra vez reparte sus palabras
entre el recuerdo del mal y el presente bondadoso;
uno lo arroja al infierno; el otro, ruega que crezca
más rápido que el tiempo y el pensamiento.

FLORIZEL Digno Camilo, ¿qué razón plausible
puedo darle que explique la visita?

CAMILO Dile que tu padre el rey te ha enviado a saludarlo
y llevarle su consuelo. Yo te pondré por escrito
cómo debes conducirte en su presencia
y los hechos, que los tres conocemos bien,
que deberás mencionar como en nombre de tu padre.

Te orientarás así en lo que convenga decir
en cada entrevista, de modo tal que él no dude
de que llevas la palabra de tu padre
y su alma se expresa por tu boca.

FLORIZEL Te agradezco. Es una idea muy jugosa.

CAMILO Es más prometedora, en todo caso,
que la loca decisión de lanzarse a mares
inexplorados, playas jamás soñadas
e innúmeras calamidades, sin más esperanza
que librarse de una para caer en otra,
y nada más firme que las propias anclas,
cuya mayor utilidad sería retenerlos
allí donde quedarse les repugnaría.
Además, debes saber que la prosperidad
es el vínculo más cierto del amor,
al que las aflicciones tanto alteran
la frescura del corazón como la del semblante.

PERDITA Solo una de esas cosas es verdad. Yo creo
que las aflicciones pueden marchitar las mejillas,
pero no abatir el alma.

CAMILO ¿De veras? ¿Así piensas?

Ni en veinte años nacerá en la casa de tu padre
una muchacha como tú.

FLORIZEL Mi buen Camilo,
está tan por encima de nosotros en crianza
como nosotros de ella en cuna.

CAMILO No lamentaré

que carezca de instrucción, porque parece
maestra de muchos que dan lecciones.

PERDITA Perdón, señor.

Solo puedo agradecerte poniéndome colorada.

FLORIZEL ¡Perdita, eres deliciosa...! ¡Pero olvido que
marchamos

sobre un reguero de espinas! Camilo,
sostén leal de mi padre, ahora de mí,
y médico de nuestra casa: ¿cómo haremos?

No estoy provisto como el hijo del rey de Bohemia
ni apareceré en Sicilia como corresponde.

CAMILO No temas por eso, señor. Ya sabes, creo,
que tengo allí toda mi fortuna; yo mismo
me ocuparé de que estés suntuosamente equipado
como si la escena que vas a representar
fuera mía. Y a modo de prueba
de que nada va a faltarte, señor,
ven que te diré una cosa...

Hablan aparte.

AUTÓLICO ¡Ja, ja! ¡Qué idiota es la honradez! ¡Y la
confianza, su hermana jurada, es una virgencita
boba! He vendido todas las baratijas; no me queda
una sola piedra falsa, una cinta, un espejo, un
relicario con hierbas, un broche, una libreta, una
balada, un cuchillo, una trenza, un guante, una
hebilla, un brazalete ni un anillo de asta que libre a
mi fardo del ayuno. Se apiñaban con tal de comprar
primero esas chucherías, como si estuvieran

consagradas y comprarlas fuera una bendición; gracias a lo cual pude atisbar qué bolsas pintaban mejor, y lo que vi lo anoté en la memoria para sacarle provecho. Mi clown, al que le falta una sola cosa para ser un tipo razonable, se encaprichó tanto con la canción de las muchachas que no quiso mover los pies hasta que hubo aprendido la melodía y la letra; y con eso el resto del rebaño vino a mí con todos los sentidos puestos en las orejas: se le podría haber pellizcado a una moza el tesoro, que habría seguido impávida; birlarle la vara a un besugo habría sido cosa de nada; habría podido hacerme con una ristra de llaves. No oían ni sentían otra cosa que la canción de mi caballero; eran puro pasmo sonoro. Así que aproveché el lapso de letargo para rajar una buena cantidad de bolsas de fiesta; y si el viejo no hubiera entrado despotricando contra su hija y el hijo del rey, y no hubiera ahuyentado a los cuervos de mis migajas, no habría dejado una bolsa viva en todo el escuadrón.

CAMILO, FLORIZEL y PERDITA *se adelantan.*

CAMILO No, la duda la despejarán mis cartas,

que por ese medio estarán allí cuando llegues.

FLORIZEL Y las que tú obtengas del rey Leontes...

CAMILO Tranquilizarán a tu padre.

PERDITA ¡Bendito sea!

Todo lo que dice parece luminoso.

CAMILO (*Reparando en AUTÓLICO.*)

¿Pero a quién tenemos aquí? A este también vamos a utilizarlo. No es cosa de prescindir de nada que pueda servirnos de ayuda.

AUTÓLICO (*Aparte.*) Si acaban de oírme soy hombre ahorcado.

CAMILO ¿Qué sucede, buen hombre, por qué tiemblas?

No temas, nadie se propone hacerte daño.

AUTÓLICO Soy un sujeto humilde, señor.

CAMILO Bien, sigue siéndolo; aquí nadie va a robarte eso. Sin embargo, te vamos a mejorar un poco el aspecto. Es una cuestión urgente, sabes, así que empieza a desvestirte y cambia las ropas con este caballero. Fíjate que él se lleva la peor parte; y te daré una propina.

Le da dinero.

AUTÓLICO Soy una persona pobre, señor. (*Aparte.*) Pero te conozco de sobra.

CAMILO Nada, nada. Date prisa, por favor. Aquí el caballero ya está medio desnudo.

AUTÓLICO ¿Habla en serio, señor? (*Aparte.*) Me huelo una triquiñuela.

FLORIZEL Acelera, si no es molestia.

AUTÓLICO Está claro que esto es dinero. Pero en conciencia, no puedo aceptarlo.

CAMILO Por favor, despacha.

FLORIZEL y AUTÓLICO *intercambian ropas.*

(*A PERDITA.*) ¡Afortunada señora! Que mi augurio se te cumpla. Tienes que resguardarte bajo algún disfraz. Ponte el sombrero de tu novio y que te cubra las cejas; vélate la cara, búscate otra ropa y esconde cuanto puedas tu verdadera apariencia. Me dan miedo las miradas.

Deslízate a bordo con disimulo.

PERDITA La obra, veo,

exige que yo haga un papel.

CAMILO No hay más remedio.

¿Ya estás?

FLORIZEL Si mi padre me viese ahora,

no creo que me llamara hijo.

CAMILO No, el sombrero no.

Le da el sombrero a PERDITA.

Ven, señora, ven. Hasta la vista, amigo.

AUTÓLICO *Adieu*, señor.

FLORIZEL ¡Perdita! ¡Lo que nos olvidábamos!

Por favor, oye una cosa.

Se la lleva aparte.

CAMILO Mi próximo paso será contarle al rey

que han escapado y adónde se dirigen;

con esto espero obligarlo a ir detrás de ellos

y así tal vez en compañía de él

yo vea de nuevo mi Sicilia, por la cual

siento una añoranza de mujer.

FLORIZEL ¡Que la suerte

nos sonría! Vamos, Camilo, a la orilla.

CAMILO Cuanto más pronto mejor.

Salen FLORIZEL, PERDITA y CAMILO.

AUTÓLICO Ya entiendo cuál es el negocio; he oído. Para abrir

una bolsa hace falta oreja abierta, ojo rápido y buena

muñeca; pero otro requisito es un buen olfato para

husmear el trabajo de los otros sentidos. Noto que estamos en tiempos de prosperidad para el injusto. ¡Qué cambio colosal hice, y sin contar la propina! ¡Qué propina me dieron por el cambio! Está claro que este año los dioses nos consienten y podemos hacer lo que sea sin que haya consecuencias. Hasta el príncipe cae en la iniquidad, huyendo del padre con el freno en los talones. Si pensara que contarle todo al rey es un signo de decencia, no lo haría. Me parece más taimado ocultarlo; y en eso soy fiel a mi profesión.

Entran el CLOWN y el PASTOR con un fardo y una caja.

Apartémonos, apartémonos. Aquí viene más alimento para un cerebro encendido. No hay callejón, tienda, iglesia, tribunal o ejecución pública que para el hombre diligente no sea una oportunidad de trabajo.

CLOWN ¿Ves, ves cómo eres? No queda otra salida que decirle al rey que no es carne de tu carne, que la encuentre abandonada.

PASTOR No, escúchame...

CLOWN ¡Escúchame tú!

PASTOR De acuerdo, habla.

CLOWN No siendo ella carne de tu carne ni sangre de tu sangre, no has ofendido al rey ni en carne ni en sangre y por lo tanto no puede condenarte a un castigo sangriento o carnal. Muéstrale las cosas de ella que encuentre, las cosas secretas, todo lo que llevaba. Si lo haces, te garantizo que la ley es pan comido.

PASTOR Le voy a contar al rey todo, hasta el mínimo detalle, sí, y además las travesuras del hijo, que, si vamos a ser francos, no es honesto ni con su padre ni

conmigo. ¿Qué es eso de andar haciéndome consuegro del rey?

CLOWN De hecho, consuegro es lo más lejano que habrías nunca podido ser de él; y el precio de tu sangre habría aumentado no sé cuántas onzas.

AUTÓLICO (*Aparte.*) ¡Muy sesudo, monigotes!

PASTOR Bueno, vamos a ver al rey. Se va a rascar la barba cuando vea lo que hay en este paquete.

AUTÓLICO (*Aparte.*) No sé en qué podrá entorpecer esa demanda la huida de mi patrón.

CLOWN Ruega con toda el alma que esté en el palacio.

AUTÓLICO (*Aparte.*) Si bien no por naturaleza, a veces soy honrado por casualidad. Guardemos en el bolsillo el apósito de mercachifle.

AUTÓLICO *se quita la barba postiza.*

¡Alto ahí, rústicos! ¿Adónde van?

PASTOR Al palacio, con la venia de su señoría.

AUTÓLICO Ajá. ¡Declaren de inmediato qué asunto van a tratar, con quién, la naturaleza de ese paquete, lugar donde habitan, nombres respectivos, edades, estado de salud, educación y cualquier otro dato que sea del caso!

CLOWN Somos gente sencilla, señor.

AUTÓLICO Mentira. Son arrugados y peludos. No me vengan con patrañas, que es cosa de mercaderes. A los soldados esa gentuza suele darnos gato por liebre; pero, como nosotros no les pagamos con la espada lacerante sino con moneda de la buena, resulta que no nos dan nada: se lo compramos.

CLOWN De no haberse controlado a tiempo, su señoría nos habría acusado de mentirle.

PASTOR Con permiso, ¿el señor es cortesano?

AUTÓLICO Soy cortesano, me lo permitan o no. ¿No perciben el aire de la corte en estos plisados? ¿No tiene mi paso el aplomo de la corte? ¿No reciben esas narices efluvios de la corte emanados de mi persona? ¿No proyecto sobre su bajeza un desdén cortesano? ¿Creen que un cortesano no estaría provocándolos con tanta sutileza para que desnuden sus intenciones? Soy cortesano de la cabeza a los pies, y está en mi competencia acelerar allí sus asuntos o dejarlos estancados. Razón por la cual les ordeno que expliquen de qué se trata.

PASTOR Es un asunto que concierne al rey, señor.

AUTÓLICO ¿Qué abogado tienes para el rey?

PASTOR Me excuse, señor, pero no sé de qué habla.

AUTÓLICO Abogado es como llaman en la corte al faisán. Di que no llevas ningún regalo.

PASTOR Ninguno, señor. No llevo faisán, pollo ni gallina.

AUTÓLICO ¡Qué dicha la nuestra, no ser gente simple!

No obstante, la naturaleza

bien habría podido hacerme igual a estos.

Por eso no los desdeñaré.

CLOWN Este solo puede ser un gran cortesano.

PASTOR La ropa es buena, pero no la lleva con elegancia.

CLOWN La excentricidad lo hace más noble. Te garantizo que es un grande; se le nota en la forma de mondarse los dientes.

AUTÓLICO Ese fardo... ¿qué contiene? ¿Para qué llevan la caja?

PASTOR En este fardo y esta caja, señor, hay secretos que no debe conocer nadie salvo el rey. Y el rey los conocerá de aquí a una hora si consigo hablar con él.

AUTÓLICO Anciano, has trabajado en vano.

PASTOR ¿Por qué, señor?

AUTÓLICO El rey no está en el palacio; ha zarpado a bordo de un barco nuevo para purgarse de la melancolía y tomar el aire; porque, si eres capaz de entender cosas serias, debes saber que el rey desborda de pena.

PASTOR Eso se dice, señor... A causa del hijo, que iba a casarse con la hija de un pastor.

AUTÓLICO Si ese pastor no está en libertad bajo palabra, más le valdrá es capar; porque va a recibir un diluvio de injurias y sufrir tormentos como para romperle la espalda a un hombre y el corazón a un monstruo.

CLOWN ¿Usted cree, señor?

AUTÓLICO No solo él padecerá lo más insoportable que conciben el ingenio y el rencor vengativo; también irán a manos del verdugo todos sus parientes, hasta los lejanos en cincuenta grados; lo cual, por muy penoso que resulte, es necesario. ¡Habrased visto que un viejo canalla silbaovejas, un cuidador de carneros, se proponga elevar a su hija a la grandeza! Hay quien dice que lo lapidarán; pero yo digo que es una muerte demasiado dulce para él. ¡Arrastrar nuestro trono hasta la choza de un pastor! Todas las muertes son pocas, y la más cruel demasiado indulgente.

CLOWN Con perdón, señor: ¿ese anciano tiene algún hijo?

AUTÓLICO Tiene un hijo, sí. Y a ese van a desollarlo vivo, untarlo con miel y ponerlo junto a un nido de abejas; cuando esté cuatro quintos muerto lo reanimarán con

aguardiente o alguna otra infusión de gran temperatura y luego, así despellejado y en el día más candente que pronostique el calendario, lo colocarán contra un muro de ladrillos, donde el sol, desde el cuadrante sur, lo contemplará mientras las moscas lo pican hasta matarlo. Pero ¿a qué hablar nosotros de esos traidores, cuyos pecados son tan capitales que su sufrimiento solo merece una sonrisa? Parecen ustedes hombres honrados y sencillos; díganme entonces qué se les ofrece tratar con el rey. Si tuviesen una gentileza para conmigo, yo podría llevarlos a bordo, conducirlos ante su presencia y susurrarle unas palabras en favor de ustedes. Si hay alguien además del rey capaz de facilitarles la demanda, ese hombre es un servidor.

CLOWN Parece que tiene una gran autoridad. Acércate y dale oro; puede que la autoridad sea terca como un burro, pero a menudo el oro la lleva de las narices. Ábrele la bolsa en la palma de la mano y no digamos más. Acuérdate: lapidado y desollado.

PASTOR Si es de su agrado interceder por nosotros, señor, aquí tiene este oro. Puedo darle otro tanto; dejaría a este joven en garantía hasta que le traiga el resto.

AUTÓLICO ¿Cuando yo haya hecho lo que prometí?

PASTOR En efecto, señor.

AUTÓLICO Bien, dame la mitad. (*Al CLOWN.*) ¿Tú eres parte interesada del asunto?

CLOWN En cierto modo, señor. Pero aunque nadie quiera estar en mi pellejo, espero que no me lo arranquen.

AUTÓLICO Qué va; ese problema lo tiene el hijo del pastor. ¡Que lo ahorquen! Va a servir de ejemplo.

CLOWN ¡Qué consuelo! ¡Un consuelo tremendo! (*Aparte, al PASTOR.*) Es preciso ver al rey y mostrarle estas

rarezas. Tiene que saber que ella no es tu hija ni mi hermana; de lo contrario estamos perdidos. (A AUTÓLICO.) Señor, cuando el asunto esté concluido le daré tanto como le ha dado el viejo; hasta que se le entregue la suma quedará en prenda, como él dice.

AUTÓLICO Voy a confiar en ustedes. Vayan adelante hacia la costa; doblen a la derecha; yo solo voy a mirar por encima del cerco y después los seguiré.

CLOWN Qué bendición haber encontrado a este hombre. Una verdadera bendición, te lo digo yo.

PASTOR Vamos por delante como nos pidió. Nos lo ha mandado la Providencia.

Salen el PASTOR y el CLOWN.

AUTÓLICO Esta visto que si yo fuera dado a la honradez la Fortuna se me opondría. Me derrama tesoros en la boca. Heme aquí; ahora halagado por dos satisfacciones: oro y un medio para ser útil a mi amo el príncipe; quién sabe hasta qué punto esto no puede redundar en mi progreso. Voy a llevarle estos dos topos ciegos a bordo. Si considera mejor ponerlos de nuevo en tierra, y lo que tienen para el rey no le concierne en nada, poco importa que me trate de canalla por haber sido tan amable; estoy acostumbrado a esa injuria y el ultraje que acarrea. Los llevaré ante él; a lo mejor vale la pena.

Sale AUTÓLICO.

QUINTO ACTO

ESCENA I

*Entran LEONTES, CLEÓMENES, DION,
PAULINA y sirvientes.*

CLEÓMENES Señor, es suficiente; ha cumplido con el duelo
como un santo. De ninguna de sus faltas
tiene ya que redimirse; de hecho, la penitencia
ha pagado de sobra las infracciones. Ahora,
haga usted como hizo el cielo y olvide sus pecados.
Así se perdonará.

LEONTES Mientras perviva el recuerdo
de ella y de sus virtudes, no conseguiré olvidar
cómo las ensucié; y así seguiré pensando
en el daño que me hice, tan inmenso
que además de haber dejado el reino sin heredero
mató a la compañera más dulce en que un hombre
haya puesto alguna vez sus esperanzas. ¿No es cierto?

PAULINA Demasiado, mi señor. Ni aunque se fuera casando
con todas las mujeres del mundo una por una,
o de todas tomara lo mejor para crear
una perfecta, ninguna podría compararse
con la que usted mató.

LEONTES Yo creo lo mismo.

¿Que la maté? Sí, la maté, pero me das en la llaga
diciendo que fui yo. No es menos cruel
oírlo de tu boca que dentro de mi cráneo.
Ten compasión. No lo repitas a menudo.

CLEÓMENES Mejor, buena mujer, que no lo digas nunca.

Podrías haber dicho un centenar de cosas
con más sentido del tacto y honor
para tu amabilidad.

PAULINA Tú eres uno de esos

que habrían querido verlo casado una vez más.

DION Si no lo quieres tú también es que no tienes

piedad por el Estado, ni el menor aprecio
por su nombre soberano. Te preocupan poco
los peligros que se ciernen sobre el reino
y devoran a los espectadores titubeantes
cuando el monarca no tiene descendencia.

¿Hay algo más piadoso que regocijarse
de que la antigua reina esté en el cielo?

¿Algo más santo para el sostén del trono,
para el consuelo presente y el bienestar futuro
que bendecir de nuevo el lecho de su alteza
con una tierna compañera?

PAULINA No hay ninguna

que llegue a los tobillos de la que se nos fue.
Además, los dioses quieren que se cumplan
sus designios secretos. ¿Acaso no dijo

el divino Apolo que Leontes no tendría
heredero mientras no fuese encontrada la niña
perdida? ¿No fue ese el argumento del oráculo?
Lo contrario sería tan monstruoso
para la inteligencia humana como que mi Antígono
(quien, puedo jurarlo, murió con la criatura)
surgiera de la tumba para volver conmigo.
¿Aconsejan ustedes que su majestad se oponga
al arbitrio de los cielos? (*A LEONTES.*) Despreocúpese
de su posteridad. Ya va a encontrar
la corona un heredero. Alejandro el Grande
dejó la suya al que fuera más digno;
y así el favorecido fue al cabo el mejor.

LEONTES ¡Por mi honor, Paulina: sé muy bien
que tú conservas el recuerdo de mi Hermiona!
Si en su momento hubiera seguido tu consejo,
hoy estaría mirando los ojos de la reina
recogiendo un tesoro de sus labios...

PAULINA Y más rico
por lo que esos labios te habrían entregado.

LEONTES Es verdad. Ya no hay esposas como ella.
De modo que ninguna esposa. Si tomara
una inferior y la tratara con más juicio,
la sagrada alma de Hermiona tomaría posesión
del cadáver y aparecería en este mismo estrado
donde la ofendimos para clamar, ultrajada,

«¿Por qué me hiciste esto?».

PAULINA Si tuviera ese poder

la causa sería justa.

LEONTES Sí, y me incitaría

a matar a la reemplazante.

PAULINA Yo haría lo mismo.

Si fuera un fantasma errante, le ordenaría

que la mirara a los ojos y me explicara

por qué oscura cualidad los ha elegido; luego

gritaría hasta abrirle las orejas

y mis palabras siguientes serían

«Acuérdate de los míos».

LEONTES Estrellas eran;

estrellas; y todos los demás son cenizas.

No temas, Paulina, ya no habrá más mujer

en mi vida.

PAULINA ¿Juras que no vas a casarte

nunca, si no es con mi consentimiento?

LEONTES Nunca, Paulina, bendita sea mi alma.

PAULINA Señores, ustedes son testigos de este juramento.

CLEÓMENES Lo has sometido a una prueba excesiva.

PAULINA Salvo si se le presenta ante los ojos

una que sea el retrato vivo de la muerta.

CLEÓMENES Buena mujer...

PAULINA He terminado. Sin embargo,

si mi señor quiere casarse, si no hay más remedio,

deme a mí el encargo de escogerle una reina.

No será tan joven como la anterior,

pero será tal que si el espectro

de tu primera reina reviviese,

se alegraría de verla en tus brazos.

LEONTES Mi fiel Paulina, no nos casaremos mientras
no lo ordenes tú.

PAULINA Y eso será cuando la reina
que murió vuelva a la vida. Solo entonces.

Entra un CABALLERO.

CABALLERO Desea acceso a su real presencia
alguien que se dice Florizel, hijo de Polixeno.
Lo sigue su princesa, la más bella
que conozco.

LEONTES ¿Qué habrá venido a hacer?
No llega con la pompa que conviene a su padre.
La ausencia de aviso y ceremonia está diciendo
que la visita no es planificada, sino efecto
de la necesidad y el accidente. ¿Trae cortejo?

CABALLERO Escaso; y, para más, modesto.

LEONTES ¿Dices que lo acompaña su princesa?

CABALLERO Sí, la joya más incomparable, me parece,
que ha brillado bajo la luz del sol.

PAULINA Ay, Hermiona,
así como cada época se jacta
de ser mejor que el pasado, tú desde la tumba

debes ceder paso a lo que vemos hoy. (*Al CABALLERO.*)
Señor,
usted mismo dijo y escribió (aunque esa pieza
está más fría ahora que el tema de que trata)
que no hubo ni habrá nadie igual a Hermiona;
así le fluían en un tiempo los poemas
de elogio a su belleza. ¿No es un desequilibrio
decir que ha visto una mayor?

CABALLERO Perdóneme, señora.

Por poco me olvidé de aquella. Pido excusas.
Pero la otra, no bien haya ganado la atención
de sus ojos, ganará el aprecio de su lengua.
Si esa criatura fundase una secta,
apagaría el fervor de los adeptos de otras.
Con solo una señal la seguirían todos.

PAULINA No las mujeres, me figuro.

CABALLERO La amarán las mujeres porque vale más
que cualquier hombre; los hombres, por ser
la más singular de todas las mujeres.

LEONTES Cleómenes, ve tú. Que te acompañen tus amigos
honorables. Tráiganlos a nuestros brazos.

Sale

CLEÓMENES *con otros.*

Es raro, sin embargo, que se presente de improviso.

PAULINA Si todavía viviera nuestro príncipe,
piedra preciosa entre los niños, habría sido
el par perfecto del recién llegado.

No había entre los dos ni un mes de diferencia.

LEONTES Basta, por favor, calla. Sabes bien que para mí

vuelve a morir cada vez que lo mencionan.

Seguro que en cuanto vea al caballero,

lo que has dicho me traerá a la cabeza

cosas capaces de volverme loco. Aquí están.

Entran FLORIZEL, Perdita,

Cleómenes y otros.

Tu madre fue muy fiel al lecho matrimonial,

joven príncipe, porque al engendrarte reprodujo

a tu padre el rey. Llevas sus facciones

y su imagen tan impresas que si yo tuviera

veinte años te trataría como hermano,

igual que antes a él, y recordaría

alguna travesura de las que hicimos juntos.

Bienvenido de todo corazón. Tu princesita...

¡caramba, es una diosa! Ah, yo perdí dos hijos

que habrían podido alzarse entre la tierra y el cielo

y encandilar tanto como ustedes, pareja

maravillosa; y luego (la culpable es mi locura)

perdí la compañía, y la amistad también,

de tu valiente padre, a quien deseo que la vida,

aunque prolongue los dolores, me permita

ver una vez más.

FLORIZEL Si estoy aquí en Sicilia

es por orden suya, para darle

todos los saludos que un monarca amigo

puede enviar a su hermano. Si no fuera
porque los achaques que va infligiendo el tiempo
le han mermado las fuerzas que desearía tener,
él mismo habría cruzado las tierras y los mares
que separan los dos reinos para venir a mirarlo;
porque lo ama a usted, y me ha enviado a decirlo,
más que a todas las coronas del mundo y los hombres
que las ciñen.

LEONTES Caballero bondadoso,

hermano mío, cómo vuelven a agitarme el corazón
los males que te causé; y estas amabilidades
tan fuera de lo común se vuelven acusadoras
de mi larga dejadez. Bienvenidos sean, jóvenes,
como las flores en mayo. ¿Y ha sido también suya
la idea de exponer este portento
a los tremendos modales (ásperos al menos)
del espantoso Neptuno para saludar a un hombre
que no merece la pena que la chica se ha tomado
y mucho menos los riesgos que ha corrido?

FLORIZEL Mi señor,

ella venía de Libia.

LEONTES ¿El país donde es amado

y temido el belicoso Esmalo, ese monarca
honorable?

FLORIZEL De allí, majestad. Al separarnos,

el llanto de él manifestó que ella es su hija.

Después, con el favor de un amistoso viento sur,
atravesamos el mar para venir a visitarlo
por encargo de mi padre. En las playas de Sicilia
despedí a lo mejor de mi cortejo, que marchó
a Sicilia a transmitir no solo el éxito que tuve
en Libia sino también nuestra llegada aquí
sanos y salvos.

LEONTES ¡Que los benditos dioses

purguen de toda infección nuestro aire
mientras ustedes se alojen! Yo he cometido
pecado contra tu padre, hombre santo
y caballero virtuoso, y por eso los del cielo,
que de todo toman nota, me han dejado
sin posteridad; a tu padre en cambio, como es justo,
lo bendijeron contigo, digno heredero
de su bondad. ¡Qué felicidad la mía,
pienso mientras los miro, de haber tenido unos hijos
tan hermosos como ustedes!

Entra un CABALLERO.

CABALLERO Mi poderoso señor,

lo que voy a referirle no sería verosímil
de no haber pruebas a mano. El rey de Bohemia,
que por mí le presenta sus saludos,
le ruega tenga a bien arrestar a su hijo,
que, olvidando a un tiempo deber y dignidad,
ha huido con la hija de un pastor

y abandonado a un padre y un futuro.

LEONTES ¿Dónde está el rey? Habla de una vez.

CABALLERO Aquí, en esta ciudad. Acabo de dejarlo.

Hablo confusamente, pero es lo que me imponen
el asombro y mi mensaje. Mientras se apresuraba
por llegar aquí, persiguiendo al parecer
a la hermosa parejita, el rey topó con el padre
de la falsa dama, y con su hermano, que habían
abandonado el país con el príncipe.

FLORIZEL Camilo

me ha traicionado. Ese hombre honesto y honorable
que había soportado todas las tormentas.

CABALLERO Puedes adjudicárselo. Está con tu padre.

LEONTES ¿Quién? ¿Camilo?

CABALLERO Camilo, mi señor.

He hablado con él. Es el que está interrogando
a esos pobres individuos. En mi vida he visto a nadie
temblar de esa manera. Se arrodillan, se prosternan,
con cada palabra que dicen se desmienten.

El rey se tapa los oídos y amenaza
con sentenciarlos a muchas muertes en una.

PERDITA ¡Pobre padre mío! En el cielo desaprueban

que sellemos el contrato y se han valido de espías
para seguirnos los pasos.

LEONTES ¿Cómo? ¿No están casados?

FLORIZEL No, señor; ni lo estaremos pronto, parece.

Antes, ya veo, bajarán al valle las estrellas;
imposible saber cómo caerán los dados.

LEONTES Señor, ¿es hija de un rey esta muchacha?

FLORIZEL Va a ser hija de un rey no bien sea mi esposa.

LEONTES Vista la prisa con que reaccionó tu padre,
ese «no bien» va a demorarse un buen rato.

Lo lamento. Lamento mucho que hayas contrariado
su voluntad, cuando era tu deber obedecerla,
y más lamento que no puedas ser dueño de tu amada
porque no es tan noble como hermosa.

FLORIZEL Mi tesoro,

levanta la cabeza. Por más que la Fortuna
nos enfrente y lance a mi padre a perseguirnos,
jamás conseguirá que dejemos de querernos.
Señor, le ruego que se acuerde de la edad
en que no debía al Tiempo más de lo que debo
yo ahora. Pensando en aquellos sentimientos,
salga en mi defensa; si se lo pide usted,
mi padre concederá las cosas preciosas
como si fueran chucherías.

LEONTES De ser cierto,

le pediría tu preciosa dama,
que él considera una minucia.

PAULINA Usted conserva

demasiada juventud en esos ojos, majestad.
Un mes apenas antes de morir, su reina

era más digna de semejantes miradas
que la que está mirando ahora.

LEONTES Era en ella

en quien pensaba al mirar a esta muchacha.
Pero no he contestado aún a tu pedido.
Hablaré con tu padre. Y como tus deseos
no han quebrantado el honor, soy tan amigo de ellos
como amigo tuyo. Ahora mismo marcho
a mi recado; síganme y vigilen
que me comporte bien. Vamos, amigo mío.

Salen.

ESCENA II

Entran

AUTÓLICO y *un* CABALLERO.

AUTÓLICO Dígame, caballero, por favor: ¿usted presencié el
relato?

PRIMER CABALLERO Estuve cuando abrieron el paquete y oí
al viejo pastor contar cómo lo había encontrado. A
lo cual, después de cierto pasmo, se nos ordenó a
todos que dejáramos la sala. Solo una cosa más: me
pareció oírle al pastor que a la niña la había
encontrado él.

AUTÓLICO Me encantaría saber cómo terminó el asunto.

PRIMER CABALLERO Le estoy dando una versión algo
descoyuntada; pero en las caras del rey y de Camilo
vi cambios muy notables. Se miraban como si los
ojos fueran a salirseles de las órbitas. Parecía que el
estupor se expresara y cada gesto hablase un idioma;
era como si oyesen hablar de un mundo rescatado, o
de la destrucción de un mundo. Desbordaban de
asombro apasionado; y, aunque ni el observador más

sagaz habría podido discernir si estaban tristes o alegres, el sentimiento que fuese los abrumaba.

Entra otro CABALLERO.

Aquí viene un caballero que a lo mejor sabe más. ¿Qué noticias hay, Ruggiero?

SEGUNDO CABALLERO Solamente fogatas de alegría. Se ha cumplido el oráculo; han encontrado a la hija del rey. En este momento hay tal explosión de asombro que ningún baladista es capaz de expresarla.

Entra otro CABALLERO.

Aquí viene el mayordomo de la señora Paulina; él podrá contarles más. ¿Cómo va eso, señor? Dicen que la noticia es verdad, pero se parece tanto a los cuentos de antes que despierta fuertes sospechas. ¿El rey ha encontrado a la heredera?

TERCER CABALLERO Si alguna vez hubo una verdad certificada, es esta. Hay tal coherencia en las pruebas que uno juraría que ha visto en persona lo que está oyendo. El manto de la reina Hermiona y la joya del collar; las cartas de puño y letra de Antígono; la majestad de la criatura, igual a la de la madre; la disposición noble que el temperamento muestra por encima de la crianza: estas pruebas y muchas más proclaman sin lugar a dudas que es la hija del rey. ¿Han visto el encuentro de los dos reyes?

SEGUNDO CABALLERO No.

TERCER CABALLERO Entonces se han perdido algo que era de verse y no se puede contar. Habrían visto cómo dos alegrías se coronaban una a otra, vadeando tal torrente de lágrimas que parecía que la pena llorase mientras se alejaba. Alzaban los ojos a lo alto, se tomaban las manos y tenían los rostros tan perplejos que solo se los reconocía por los vestidos, no por las

facciones. Nuestro rey saltaba casi de la alegría de haber encontrado a su hija y, como si la alegría se transformase en pérdida, de pronto solloza: «¡Ay, tu madre! ¡Tu madre!». Luego le pide perdón a Bohemia, después estrecha a su yerno y vuelve a abrumar a su hija con abrazos. Al cabo le da las gracias al pastor, que parece una fuente antigua que vio pasar muchos reinados. Yo nunca había oído hablar de un encuentro así. No hay relato capaz de comunicarlo ni descripción que le haga justicia.

SEGUNDO CABALLERO Perdón, ¿pero qué fue de Antígono, el que se llevó de aquí a la niña?

TERCER CABALLERO Como en los cuentos de antes, esos que siguen desplegando aventuras aunque el más crédulo se haya dormido y no quede nadie que escuche, lo despedazó un oso. Esto lo jura el hijo del pastor, que para sostenerlo tiene, no solo una inocencia considerable, sino un pañuelo y unos anillos de Antígono que Paulina ha reconocido.

PRIMER CABALLERO ¿Y qué se hizo del barco? ¿Y de los que iban con él?

TERCER CABALLERO El hijo del pastor los vio naufragar en el momento en que moría su señor; de modo que todos los instrumentos del abandono de la niña se perdieron justo cuando a ella la encontraban. ¡Pero qué combate grandioso libraban en Paulina la dicha y el dolor! Un ojo se le inclinaba hacia el suelo recordando a su marido; el otro agradecía a lo alto que se hubiera cumplido el oráculo. Alzó a la princesa en brazos y, de miedo a que pudiera perderse de nuevo, la apretó como si quisiera enganchársela en el corazón.

PRIMER CABALLERO Fue una escena digna de un público de príncipes y reyes. Cierto que reyes y príncipes eran

los actores.

TERCER CABALLERO Uno de los momentos más tocantes, un momento que me echó el anzuelo en los ojos (y no se llevó el pez pero sí abundante agua) fue cuando, al oír cómo había muerto la reina, y la valiente confesión del rey y su lamento por haberlo provocado, el esfuerzo de atender acabó hiriendo a la muchacha; hasta que, de un signo de dolor a otro, junto con «¡Ay!», diría yo, se desangró en llanto; porque mi corazón al menos lloraba sangre. Hasta el más marmóreo allí cambió de color. Algunos se desmayaron; todos estaban deshechos. De haber visto aquello el mundo entero, la pena habría sido universal.

PRIMER CABALLERO ¿Han vuelto a la corte?

TERCER CABALLERO No. Es que la princesa ha oído hablar de la estatua de su madre. La custodia Paulina; es una obra que ha llevado muchos años de trabajo y acaba de terminar el extraordinario maestro Giulio Romano. Este italiano imita a la Naturaleza con tal perfección que, si fuera eterno y pudiera insuflar aliento en sus obras, la dejaría sin oficio. Su Hermiona se parece tanto a Hermiona, dicen, que dan ganas de hablarle para que responda. Se han ido todos a verla, ávidos de amor, y creo que piensan cenar allí.

SEGUNDO CABALLERO Me imaginé que Paulina atendía un asunto importante en esa casa retirada; desde la muerte de Hermiona nunca ha dejado de visitarla dos o tres veces por día. ¿Y si fuéramos a sumarnos al júbilo?

PRIMER CABALLERO ¿Quién va a privarse, teniendo el privilegio de entrar? A cada parpadeo va a haber una

sorpresa nueva. Para el que quiera saber algo, dejar de ir es un derroche. Vamos.

Salen los CABALLEROS.

AUTÓLICO Si no llevara la mancha de mi vida anterior, ahora me lloverían beneficios. Fui yo quien llevó a bordo al viejo y a su hijo; yo quien le dijo al príncipe que había oído hablar de un fardo y no sé cuántas cosas más; pero, como entonces el príncipe estaba enfrascado en la hija del pastor (eso la creía en aquel momento), y la muchacha había empezado a marearse, y él mismo no se sentía mucho mejor, y el tiempo siguió siendo malo, el misterio quedó sin develarse. Pero tanto me da, porque si hubiera descubierto yo el secreto, mi carga de ignominias me habría impedido saborearlo.

Entran el PASTOR y el CLOWN.

Aquí vienen los que beneficié contra mi voluntad. Se los ve en la flor de la buena suerte.

PASTOR Vamos, muchacho. Yo ya no estoy para niños, pero tus hijos y tus hijas nacerán todos nobles.

CLOWN (*A AUTÓLICO.*) Oportuno encuentro, señor. El otro día usted se negó a combatir conmigo porque no era noble de nacimiento. ¿Ve esta ropa? Diga ahora que no la ve y que no me considera noble; antes debería decir que no es ropa de noble. A ver: diga que miento. Atrévase a probar si soy noble o no.

AUTÓLICO Señor, sé bien que ahora es noble de cuna.

CLOWN Sí; hace cuatro horas que lo soy continuamente.

PASTOR Y yo también, muchacho.

CLOWN Él también; pero yo fui noble antes que mi padre, porque el hijo del rey me tomó la mano y me trató de hermano suyo, y después los dos reyes trataron de hermano a mi padre, y después mi hermano el

príncipe y mi hermana la princesa llamaron padre a mi padre, y entonces lloramos todos; fueron las primeras lágrimas nobles que derramamos en nuestras vidas.

PASTOR Quizá vivamos bastante para llorar muchas más, hijo.

CLOWN Sí, porque con la prosteridad que tenemos ahora otra cosa sería mala suerte.

AUTÓLICO Imploro humildemente a su señoría que perdone todas las ofensas que le he infligido y que hable bien de mí al príncipe mi señor.

PASTOR Anda, hijo, di que sí. Ahora que somos nobles tenemos que actuar noblemente.

CLOWN ¿Vas a corregirte?

AUTÓLICO Sí, si place a su señoría.

CLOWN Dame la mano. Le juraré al príncipe que eres el hombre más honrado y leal de Bohemia.

PASTOR Díselo, si quieres, pero no lo jures.

CLOWN ¿No jurar ahora que soy noble? Que lo digan el vulgo y los aldeanos; yo pienso jurar.

PASTOR ¿Y si después es falso, hijo?

CLOWN Por muy falso que sea, un auténtico caballero puede jurarlo para servir a un amigo. Y yo le juraré al príncipe que eres un buen hombre y que no vas a emborracharte. Voy a jurarlo aunque sepa que no eres nada bueno y vas a emborracharte, pero me gustaría que fueses bueno y no te emborracharas.

AUTÓLICO Me esforzaré, señor.

CLOWN Eso; haz todo lo posible por ser bueno. Si no me indigna que te hayas atrevido a emborracharte, no

confíes en mí nunca más. Mira, los reyes y los príncipes, nuestros parientes, están yendo a ver la efígie de la reina. Ven con nosotros; seremos tus protectores.

Salen.

ESCENA III

Entran LEONTES, POLIXENO, Florizel, PERDITA, CAMILO, PAULINA, caballeros y otros.

LEONTES ¡Ah, Paulina, no sabes cuánto consuelo me han dado

tu juicio y tu bondad!

PAULINA Cuando no pude hacer el bien,

no fue porque no lo deseara; y todos mis servicios, señor, los ha pagado usted de sobra. Pero que ahora haya accedido a visitar mi pobre casa con su real hermano y los futuros herederos de ambos reinos, es de una magnificencia que le agradeceré toda la vida.

LEONTES Bah, Paulina, más que honor te traemos problemas;

pero aquí estamos para ver la estatua de la reina.

Hemos paseado por tu galería

no sin complacernos en muchas maravillas,

pero no hemos visto aún la que mi hija

más desea admirar, la estatua de su madre.

PAULINA Creo que, si en vida era incomparable,

su imagen muerta es superior a todo

cuanto ha forjado la mano del hombre; por eso

la guardo sola y aparte. Pero aquí está:

dispónganse a ver una ficción de vida

tan fiel como la muerte simulada por el sueño.

PAULINA *descorre una cortina y aparece* HERMIONA *de pie como una estatua.*

Miren y digan si es veraz. Me gusta que estén mudos;
es la mejor prueba del asombro. Pero hablen:
primero usted, mi señor. ¿No se parece bastante?

LEONTES Es su actitud natural. Acúsame, piedra querida,
así podré decir que en verdad eres Hermiona;
aunque la prueba mejor es que de nada me acusas;
porque ella era más suave que la gracia y la niñez;
y sin embargo, Paulina, mi Hermiona
no estaba tan arrugada ni tenía tantos años
como aparenta esta estatua.

POLIXENO Ni con mucho.

PAULINA Tanto mayor entonces la excelencia del artista,
que tuvo en cuenta los dieciséis otoños
que han pasado y la representó
como si viviera ahora.

LEONTES ¡Tal como sería hoy,
para contento de un alma torturada
por su ausencia! Sí... así mismo era mi Hermiona
(vivaz y majestuosa, y tan cálida de vida
como fría se alza ahora) cuando empecé a cortejarla.
No me avergüenzo. ¿No me echa en cara esta piedra
una dureza más fría que la suya? ¡Obra maestra:
hay una magia en tu grandeza que me evoca
los males que cometí y parece apoderarse

del espíritu de mi hija! Mira, en su asombro
parece tan de piedra como tú.

PERDITA No digas, pues,

que caigo en idolatría si solicito permiso
para hincarme de rodillas a implorar su bendición.
Señora, querida reina que te fuiste
de este mundo cuando yo empecé a vivir,
dame la mano: quiero besarla.

PAULINA Calma,

la estatua está recién pintada.
Los colores no se han secado del todo.

CAMILO Mi señor, tu pena era tan profunda

que ha resistido dieciséis inviernos
y otros tantos veranos no pudieron secarla.
No existe casi felicidad que dure tanto,
ni pena que no se haya suicidado mucho antes.

POLIXENO Querido hermano, concede al que fue la causa

de todo esto el poder de aliviarte
de semejante dolor añadiendo al menos
una medida al suyo.

PAULINA La verdad, mi señor,

si hubiera pensado que mi modesta imagen
(porque la piedra es mía) iba a afectarlo
de este modo, no se la habría mostrado.

Hace ademán de correr la cortina.

LEONTES No la corras.

PAULINA Es que si sigue mirándola así
la fantasía le hará creer que se mueve.

LEONTES Sea,
sea. Que me muera si no tengo la impresión...
¿Quién era el que la hizo...? Mira, Polixeno,
¿no dirías que respira, que por esas venas
corre sangre verdadera?

POLIXENO ¡Es magistral!
La vida misma parece entibiársele en los labios.

LEONTES Tal poder de engaño tiene el arte
que los ojos inertes tienen movimiento.

PAULINA Voy a ocultarla. Mi señor se ha dejado
transportar tan lejos que imagina
que está viva otra vez.

LEONTES ¡Dulce Paulina,
deja que lo imagine veinte años!
No hay sensatez que pueda compararse
al placer de esta locura. No la ocultes.

PAULINA Siento, señor, haberlo emocionado a tal extremo,
pero podría perturbarlo aún más.

LEONTES Hazlo, Paulina,
que esta aflicción tiene un sabor más dulce
que el de un estimulante. Vuelve a parecerme
que emana de ella como un aire. ¿Habrá un cincel
tan fino que dé paso al aliento? No se burle nadie,
que la voy a besar.

PAULINA Cuidado, mi señor.

El rojo de los labios aún no se ha secado.

Lo echará a perder, y corre el riesgo

de mancharse usted con la pintura. ¿Corro la cortina?

LEONTES No, no por veinte años.

PERDITA El mismo tiempo

podría yo quedarme aquí mirando.

PAULINA Cuidado pues

los dos: o dejan ahora mismo esta capilla

o se preparan a asombrarse más. Si son capaces

de mantener el ánimo, haré que la estatua

se mueva de verdad, descienda y los tome de la mano.

Claro que ustedes pensarán (contra lo cual protesto)

que me asisten potencias execrables.

LEONTES Lo que de ti dependa que haga, a mí me hará feliz

mirarlo; cuanto esté en ti lograr que diga

me alegraré de oírlo; porque tan fácil es

hacerla hablar como moverse.

PAULINA Es necesario

que despabilen la fe. Después deben estarse quietos;

y si alguien cree que lo que emprendo es ilegítimo,

dejémoslo marcharse.

LEONTES Empieza. Nadie

va a mover ni un pie.

PAULINA ¡A despertarla, músicos! ¡Ataquen!

Música.

(*A HERMIONA.*) Ya es tiempo: baja; cesa de ser piedra,
ven aquí;

descarga tu prodigio en estos que te miran.

Acércate: yo cerraré la tumba. Da un paso...

Vamos, avanza; la rigidez consígnala a la muerte,
que la preciosa vida te redime. (*A LEONTES.*) Ya se
mueve.

HERMIONA *baja.*

No se alarme; como legítimo es mi hechizo,
sus acciones serán santas. No se aparte de ella
hasta que no la haya visto morir otra vez;
de lo contrario la habrá matado doblemente.

Vamos, tiéndale la mano. Cuando joven,
usted la cortejó; ahora, con la edad,
es ella la pretendiente.

LEONTES ¡Está tibia!

Si esto es magia, que hacer magia sea
tan legal como comer.

POLIXENO Lo está abrazando.

CAMILO Se le ha colgado del cuello...

¡Si pertenece a la vida, que hable ahora!

POLIXENO Sí, y que revele en dónde estuvo viviendo
o cómo se ha escapado de la muerte.

PAULINA Si les dijesen que está viva, habría aquí
un incrédulo murmullo, como si oyeran un cuento;
y sin embargo vive, al parecer, aunque no hable.
Esperen un momento más. (*A PERDITA.*) Bella damita,

haz el favor de adelantarte; ponte de rodillas
y pídele a tu madre que te de la bendición.

(A HERMIONA.) Vuélvete, dulce mujer. Nuestra Perdita
ha sido recobrada.

HERMIONA ¡Bajen la vista hacia nosotros,
dioses, y viertan sobre la cabeza de mi hija
los dones de sus sagrados vasos! Cuéntame, alma
mía,
¿dónde te han guardado? ¿Dónde has estado
viviendo?
¿Cómo llegaste a encontrar la corte de tu padre?
Porque sabrás que yo, informada por Paulina
de que el oráculo daba esperanzas
de que sobrevivieras, he conservado la vida
para verte.

PAULINA Ya habrá tiempo de sobra para eso;
no es cosa de que aquí te enturbien la alegría
pidiéndote a ti un relato parecido.
Felices ganadores, vayan ahora todos juntos;
compartan su algarabía con el mundo.
Yo, tórtola vieja, buscaré una rama mustia
y allí, hasta que me muera, lamentaré al compañero
que nunca volveré a encontrar.

LEONTES Paulina, calla ya.

Como por tu venia yo he recibido una esposa,
tú debes tomar un marido por la mía.
Es un contrato que nos une en juramento.

Tú has encontrado a mi mujer; cómo lo lograste,
es cosa que queda por saberse; porque yo creía
haberla visto muerta, y en vano había rezado
una y otra vez sobre la tumba. No iré a buscar
muy lejos para encontrarte un marido honorable;
en parte ya sé lo que él piensa. Ven, Camilo;
toma la mano de esta mujer de cuya dignidad
y honradez, ya famosas, nosotros somos testigos
como real pareja. Dejemos ahora este lugar.

(A HERMIONA.) Anda, mira a mi hermano.
Perdónenme los dos

que haya interpuesto el mal de la sospecha
entre sus santas miradas. Este es tu yerno,
hijo de un rey; guiado por el cielo
se prometió a tu hija. Benévola Paulina,
condúcenos fuera de aquí, adonde cada cual
pueda indagar y responder tranquilamente
sobre la parte que le tocó representar
durante el ancho abismo que se abrió en el tiempo
desde el día en que nos separamos. Pronto. Guíanos.

Salen.



LA TEMPESTAD

versión de

Marcelo Cohen y Graciela Speranza

Representada en la corte en noviembre de 1611. El único texto conservado es el del Primer Folio de 1623, compuesto a partir de una transcripción hecha por Ralph Crane, escriba de los King's Men.



DRAMATIS PERSONAE

ALONSO, rey de Nápoles

SEBASTIÁN, su hermano

PRÓSPERO, legítimo duque de Milán

ANTONIO, su hermano, usurpador del ducado de Milán

FERNANDO, hijo del rey de Nápoles

GONZALO, viejo consejero honesto

ADRIÁN y FRANCISCO, señores

CALIBÁN, esclavo salvaje y deforme

TRÍNCULO, bufón

STÉFANO, dispensero borracho

CAPITÁN de navío

CONTRAMAESTRE

MARINEROS

MIRANDA, hija de Próspero

ARIEL, un espíritu del aire

IRIS, representado por espíritus

CEBES, representado por espíritus

JUNO, representado por espíritus

NINFAS, representado por espíritus

SEGADORES, representado por espíritus

Escena: una isla deshabitada

PRIMER ACTO

ESCENA I

Tempestuoso ruido de truenos y relámpagos.

Entran un CAPITÁN de navío y un CONTRAMAESTRE.

CAPITÁN ¡Contra maestre!

CONTRAMAESTRE Sí, capitán. ¿Cómo va?

CAPITÁN Por fin. Llame a los marineros. Deprisa o encallamos. ¡Rápido! ¡Rápido!

Sale el CAPITÁN. Entran los marineros.

CONTRAMAESTRE Vamos, muchachos. ¡Ánimo! ¡Ánimo! ¡Deprisa! ¡Deprisa! Arrien la mayor. Atentos al silbato del capitán. (*A la tormenta.*) ¡Sopla hasta reventar, si así nos alejas!

*Entran ALONSO, SEBASTIÁN, ANTONIO, Fernando,
GONZALO y otros.*

ALONSO Cuidado, buen contra maestre. ¿Dónde está el capitán? (*A los marineros.*) Demuestren que son hombres.

CONTRAMAESTRE Quédense abajo, les ruego.

ANTONIO ¿Dónde está el capitán, contra maestre?

CONTRAMAESTRE ¿No lo oyen? Están molestando. Vuelvan a los camarotes. Aquí ayudan a la tormenta.

GONZALO Bueno, paciencia, hombre.

CONTRAMAESTRE Cuando la tenga el mar. ¡Fuera! ¿Qué les importa un título de rey a estas olas que rugen? ¡A

los camarotes! ¡Silencio! No nos fastidien.

GONZALO Bien, pero recuerda quién llevas a bordo.

CONTRAMAESTRE Nadie a quien quiera más que a mí. El consejero es usted; si puede hacer callar a los elementos y obrar la paz ahora mismo, no tocaremos una jarcia más. Use su autoridad. Si no, agradezca que ha vivido tanto y apróntese en el camarote para la hora de la desgracia, si llega. ¡Valor, buenos muchachos! (*A los cortesanos.*) ¡Apártense, he dicho!

Sale.

GONZALO Este hombre es un gran consuelo. Si al que nace para ahorcado no le toca ahogarse nunca, a este le veo en la cara que está hecho para el patíbulo. Vela, buen Hado, porque llegue sano y salvo. Que la cuerda de su destino nos haga de cabo, porque el nuestro de poco nos sirve. Si no nació para la horca, estamos perdidos.

Salen.

Entra el CONTRAMAESTRE.

CONTRAMAESTRE ¡Abajo el mastelero! ¡Deprisa! ¡Arrien más la vela! ¡Más! A ver si se ciñe al viento. (*Un grito dentro.*) ¡Al diablo con esos gritos! Aturden más que el oleaje y nuestras maniobras.

*Entran SEBASTIÁN,
ANTONIO y GONZALO.*

¿Otra vez? ¿Qué hacen aquí? ¿Quieren que nos rindamos? ¿Que nos ahoguemos todos? ¿Que nos vayamos a pique?

SEBASTIÁN ¡La viruela te llague la garganta, perro chillón, blasfemo, despiadado!

CONTRAMAESTRE Trabaje usted, pues.

ANTONIO ¡Que te ahorquen, mastín, hijo de puta, gritón insolente! ¡Más miedo de ahogarte tienes tú que nosotros!

GONZALO Este no se ahoga, les aseguro, ni que el barco sea una cáscara de nuez y haga más agua que una moza en celo.

CONTRAMAESTRE ¡Más ceñido! ¡Más ceñido! ¡Icen la del trinquete! ¡Cambien de borda! ¡Al mar!

Entran

MARINEROS *mojados.*

MARINEROS ¡Estamos perdidos! ¡A rezar, que no hay salida!

Salen.

CONTRAMAESTRE ¿Cómo, y sin un trago que caliente el buche?

GONZALO El rey y el príncipe rezan, oremos
con ellos, que nuestra suerte es la suya.

SEBASTIÁN Yo ya no tengo paciencia.

ANTONIO Una sarta de borrachos se alza con nuestras vidas.

Que te cuelguen, bocón desgraciado,
y te ahogues bañado por diez mareas.

Sale

el CONTRAMAESTRE.

GONZALO Morirá ahorcado sin embargo,
por más que el mar entero maldiga
y abra las fauces para engullirlo.

Ruidos confusos dentro.

«¡El cielo se apiade!» «¡Nos partimos!» «¡Nos partimos!»

«¡Adiós, mi esposa y mis hijos!» «¡Adiós, hermano mío!»

«¡Nos partimos! ¡Nos partimos!»

ANTONIO Hundámonos con el rey.

SEBASTIÁN Vamos ya a despedirnos.

Sale SEBASTIÁN con ANTONIO.

GONZALO Daría mil estadios de mar por un acre de tierra yerma: un largo páramo, espinos mustios, cualquier cosa. Que se haga la voluntad de arriba, pero más quisiera yo morir de muerte seca.

Sale GONZALO.

ESCENA II

La isla.

Entran PRÓSPERO y MIRANDA.

MIRANDA Si con tu arte, querido padre, has puesto
las bravas olas en tal tumulto, aplácalas.
Parece que el cielo vertería pez hedionda
si el mar, alzándose hasta sus mejillas,
no les apagara el fuego. ¡Ay! Cómo he sufrido
con los que vi sufrir: un valeroso navío,
cargado seguramente de criaturas nobles,
se hizo pedazos. ¡Ah, cómo el grito
me sacudió el corazón! Pobres almas, murieron.
De haber tenido el poder de un dios, habría
sumido el mar en la tierra, con tal
que no se tragara al buen barco,
y las almas que llevaba.

PRÓSPERO Componte.

Basta de asombro. Di a tu corazón piadoso
que no hubo daño.

MIRANDA ¡Oh, día aciago!

PRÓSPERO Ni un daño.

Nada he hecho sino por tu bien.
Tu bien, mi querida, hija mía,
que ignoras quién eres y no sabes
de dónde vengo, ni que soy mejor
que este Próspero, dueño de una simple celda
y apenas tu padre.

MIRANDA Nunca

pasó por mi mente saber más.

PRÓSPERO Es tiempo de informarte. Préstame la mano
y quítame la vestidura mágica.

MIRANDA lo ayuda a quitarse la capa.

Bien,
tú allí, arte mío. Sécate el llanto. Ten calma.
El espectáculo atroz del naufragio,
que despertó en ti la virtud de la piedad,
lo he dispuesto yo, en mi arte previsor,
con tal seguridad que ninguna criatura
que oíste gemir, y viste zozobrar
con el velero, ha perdido
el alma... Qué digo, ni un pelo.
Siéntate, pues debes saber más.

Se sientan.

MIRANDA A menudo has empezado a contarme

quién soy, mas te interrumpías,
dejando una pregunta insatisfecha,
y acababas diciendo: «Todavía no».

PRÓSPERO Es la hora. El momento mismo

reclama que prepares el oído.
Obedece, y sé atenta. ¿Tienes algún recuerdo
de antes de llegar a nuestra celda?
No podrías, creo, pues entonces
no alcanzabas todavía los tres años.

MIRANDA Claro que tengo, señor.

PRÓSPERO ¿Y cómo?

¿Un recuerdo de otra casa y otra gente?
Descríbeme una imagen cualquiera
que se haya quedado en tu memoria.

MIRANDA Es lejana y más parece sueño que certeza

que mi memoria valide. ¿No tenía yo
cuatro o cinco mujeres atendiéndome?

PRÓSPERO Tenías más, Miranda; pero ¿es posible

que eso viva aún en tu memoria? ¿Qué más ves
en el abismo oscuro del pasado?
Si recuerdas algo antes de la partida
deberías recordar cómo llegaste aquí.

MIRANDA Pero no.

PRÓSPERO Hace doce años, Miranda,

doce años, tu padre era el duque de Milán,

poderoso príncipe...

MIRANDA ¿Señor, no eres mi padre?

PRÓSPERO Tu madre, que era ejemplo de virtud,
dijo que tú eras hija mía; y tu padre
era duque de Milán, y su única heredera
y princesa no le iba a la zaga en linaje.

MIRANDA ¡Oh, cielos! ¿Qué juego traicionero
nos ha arrojado aquí, o fue una bendición?

PRÓSPERO Las dos cosas, niña mía, las dos cosas.
Como dices, por traición nos desterraron
pero una bendición nos trajo aquí.

MIRANDA ¡Ah, el corazón me sangra cuando pienso
en los disgustos que traigo a tu memoria
y están fuera de la mía! Vamos, continúa.

PRÓSPERO A mi hermano y tío tuyo, de nombre Antonio
(escúchame, te pido... ¿se concibe
tal perfidia en un hermano?), a él, lo más amado
después de ti en el mundo, lo puse a administrar
mi estado, que por entonces era el primero
de todos los señoríos, siendo Próspero,
duque excelente, reputadísimo en dignidad,
impar en las artes liberales, absorbido
por las cuales, descargué en mi hermano el peso
del gobierno y, en el rapto de esos estudios
secretos, me fui volviendo ajeno al estado.
Tu falso tío... ¿pero me estás atendiendo?

MIRANDA Con sumo interés, mi señor.

PRÓSPERO Una vez que se hizo diestro en dar prebendas,
y negarlas, sabiendo a quién promover
y a quién ajustar la correa, recreó las criaturas
que eran mías, vale decir, las cambió
o les dio nuevos cargos; dueño de la clave
de función y funcionario, puso a los corazones
todos del estado a bailar con la tonada
dilecta de su oído, hasta volverse
la hiedra que ocultaba mi tronco principesco
y le sorbía el verdor. ¡No me atiendes!

MIRANDA Claro que sí, buen señor.

PRÓSPERO Escúchame, te pido.

Descuidando las cosas de este mundo, me enfrasqué
en el retiro y el progreso de mi mente,
con lo cual, recluso de tal modo,
por encima del vulgar entendimiento, desperté
la ruin naturaleza de mi falso hermano,
y mi confianza, como padre excelso, vio nacer
en él una proporcional falsía, tan enorme
como era la confianza, ilimitada por cierto,
un crédito sin fin. Enseñoreado así,
no solo de los bienes de mis arcas
sino de todo cuanto procura el poder,
tal como quien, transgrediendo la verdad,
inclina de tal modo su memoria al pecado

que a fuerza de repetir una mentira
al cabo le da crédito, él, mi sustituto,
de tanto ejercer la apariencia soberana
con todo el privilegio, acabó por creerse
el propio duque. Creció entonces su ambición.
¿Escuchas?

MIRANDA Tu historia, señor, a un sordo curaría.

PRÓSPERO Para anular la distancia entre papel y actor,
querrá el dominio absoluto de Milán.
Para mí, pobre hombre, la biblioteca
era reino suficiente. Él ya me considera
incapaz de reinado temporal. Conspira
(tal su avidez de mando) con el rey de Nápoles
para rendirle tributo anual, honrarlo,
someter la coronita a su corona
y doblegar el indómito ducado (¡ay,
pobre Milán!) a la prosternación
más humillante.

MIRANDA ¡Por todos los cielos!

PRÓSPERO Fíjate en las consecuencias de este acuerdo;
dime tú si este hombre es un hermano.

MIRANDA Pecaría

si dudara de la honra de mi abuela.
Vientres nobles han parido malos hijos.

PRÓSPERO Volvamos al acuerdo. El rey de Nápoles,
mi enemigo inveterado, atiende el pedido

de mi hermano: que a cambio de las honras
y de no sé cuánto tributo convenido,
procediera a extirparnos a mí y a los míos
del ducado, y confiriese el bello Milán,
con todos los honores, a mi hermano.

Tras lo cual se reclutó un ejército
de traidores, una infausta medianoche
señalada Antonio abrió las puertas de Milán
y, en la negra sombra, los precisos emisarios
nos arrancaron a los dos de allí, tú en llanto.

MIRANDA Piedad. Yo, que no recuerdo cómo lloraba
entonces,

lloraría otra vez de buena gana. Es la ocasión
la que me incita.

PRÓSPERO Escucha un poco todavía,
ya llego a lo que ahora nos ocupa;
sin lo cual esta historia sería irrelevante
por demás.

MIRANDA ¿Por qué, señor,
no nos mataron allí?

PRÓSPERO Buena pregunta, chiquilla.

Mi relato la provoca. No se atrevieron,
querida, tanto me amaba mi pueblo, ni marcaron
con sangre su faena; al contrario, dieron
a sus sucios fines colores más bellos.
En suma, arrojados a un bote, nos llevaron

varias leguas mar adentro, donde habían dispuesto
un casco podrido sin jarcias ni aparejos,
sin vela ni mástil; hasta las ratas, prudentes,
habían escapado. Allí nos suben a clamar
a las olas rugientes, a suspirar a los vientos,
que apiadados, suspiraban a su vez,
causando amoroso mal.

MIRANDA ¡Vaya estorbo

habré sido para ti!

PRÓSPERO Un querubín, dirás

que antes bien me resguardó. Tú sonreías,
infundida de un temple celestial,
mientras yo, regando el mar con más gotas saladas,
gemía bajo mi carga, que me agrandaba
el estómago, preparándolo a soportar
lo que habría de venir.

MIRANDA ¿Cómo fue

que dimos con la orilla?

PRÓSPERO Por providencia divina;

algo de comer teníamos, y un poco de agua,
que un noble napolitano, Gonzalo,
a cargo entonces de la maniobra,
por caridad nos dio, junto con ricos vestidos,
ropa blanca, telas y otros enseres,
que con provecho hemos usado; también, por bondad,
sabiendo que amaba los libros, me surtió,

de mi propia biblioteca, con volúmenes
máspreciados que mi reino.

MIRANDA ¡Cuánto daría

por conocer a ese hombre!

PRÓSPERO (*Levantándose.*) Voy a levantarme.

No te muevas y escucha el fin de nuestros infortunios:
llegamos a esta isla, y aquí yo, tu profesor,
te he hecho progresar
más que lo que podría
cualquier príncipe con más horas de holgura
para vanidades y tutores menos aplicados.

MIRANDA ¡El cielo te recompense! Y ahora, señor,
te ruego, pues todavía me intriga, dime
por qué alzaste esta tormenta.

PRÓSPERO Te diré más aún:

por rarísimo accidente, la Fortuna generosa,
ahora mi cara amiga, desvió a mis enemigos
hacia estas costas; y por presciencia supe
que mi cenit dependía de una estrella
tan auspiciosa que, si ahora omito
cortejar su influencia, mi fortuna
declinará por siempre. Basta ya de preguntas:
te vence el sueño, una flojera propicia.
Dale paso. No tienes opción, lo sé.

MIRANDA *se duerme.*

(*Llamando.*) Ven, servidor, ven.

Se pone la capa.

Ya estoy listo. Acércate, Ariel. Ven aquí.

Entra ARIEL.

ARIEL ¡Salud, gran maestro! ¡Salud, grave señor! Vengo
a complacer tu voluntad, se trate de alzar vuelo,
nadar, echarme al fuego o cabalgar
sobre rizadas nubes; prestos a recios mandados,
Ariel y su cofradía.

PRÓSPERO ¿Has llevado a cabo,
genio, la tempestad que te encomendé?

ARIEL Hasta en el menor detalle. Abordé
la nave del rey; ya en la proa, ya en el centro,
en cubierta o camarotes, inflamé
todo de asombro. Dividido, por momentos
ardía en muchos lugares; en el mástil,
en las vergas y el bauprés, me encendía repartido
para luego unificarme. Los relámpagos de Júpiter,
heraldos de atroces truenos, no habrían sido
más raudos ni escurridizos; los sulfurosos
estruendos del fuego parecían poner sitio
al poderoso Neptuno y estremecer las olas
más bravías, tanto que hicieron temblar
su temido tridente.

PRÓSPERO ¡Duendecito valeroso!

¿A quién, por más firme y animoso, no habría
trastornado semejante alboroto?

ARIEL No hubo alma

que no sintiera la fiebre de la locura,
y no desesperara. Salvo los marineros,
todos, lanzándose a la salada espuma, dejaron
la nave por mí incendiada: el hijo del rey, Fernando,
con el cabello erizado (juncos, más que cabello),
fue el primero en saltar. «El infierno se ha vaciado»,
gritaba, «y todos los diablos están aquí.»

PRÓSPERO ¡Ese es mi genio! Pero ¿la costa
no estaba cerca?

ARIEL Muy cerca, mi señor.

PRÓSPERO ¿Y están a salvo, mi Ariel?

ARIEL No han perdido un solo pelo.

Las ropas en que flotaron lucen sin mancha,
como nuevas. Tal como me indicaste, por la isla
los he dispersado en grupos. Al hijo
del rey lo he depositado solo y lo dejé
en un extraño rincón de la isla, refrescando
el aire con suspiros, y sentado,
los brazos en triste nudo: así.

PRÓSPERO Dime qué has hecho
con la nave del rey, los marinos, y el resto
de la flota.

ARIEL La nave del rey está a salvo,
al reparo de la profunda cala donde una vez
me ordenaste a medianoche que trajera rocío
de las ventosas Bermudas, hela allí;

los marinos, entre un hechizo mío y la fatiga
de la labor, ahora duermen arrumados
en la bodega; y en cuanto al resto de la flota
que dispersé, se ha reunido y navega tristemente
por el mar Mediterráneo rumbo a Nápoles,
creyendo haber visto hundirse la nave del rey
y al rey perecer.

PRÓSPERO Has cumplido, Ariel,
tu encargo a la perfección; pero hay más.
¿Qué hora es?

ARIEL Pasa ya de mediodía.

PRÓSPERO Dos horas al menos. Desde ahora hasta las seis
debemos usar el tiempo con el mayor cuidado.

ARIEL ¿Algo más que hacer? Ya que me das trajines
déjame recordarte lo que habías prometido
y no cumpliste aún.

PRÓSPERO ¿Cómo es eso? ¿Rezongas?
¿Qué más podrías pedir?

ARIEL Mi libertad.

PRÓSPERO ¿Antes del tiempo acordado? Ni hablar.

ARIEL Te ruego
recuerdes que te he dado buen servicio,
no he dicho mentiras ni cometido errores
y he cumplido sin gruñir ni rechistar. Prometiste
condonarme un año entero.

PRÓSPERO ¿Te olvidas

de qué tormento te libré?

ARIEL Claro que no.

PRÓSPERO Te olvidas, y te parece gran cosa

hollar el limo del fondo del mar,
correr sobre el viento filoso del norte
y cumplir encargos en los ríos profundos
cuando la tierra se escarcha.

ARIEL No, señor.

PRÓSPERO ¡Mientes, mala criatura! ¿Has olvidado
a la atroz bruja Sicorax, a quien rencor y vejez
encorvaban cual sortija? ¿La olvidaste?

ARIEL No, señor.

PRÓSPERO Sí, señor. Dime. Habla ya. ¿Dónde nació?

ARIEL En Argelia, señor.

PRÓSPERO Ah, con que sí. Una vez al mes

debo volver a decirte lo que has sido,
pues lo olvidas. Sabes bien que Sicorax,
esa maldita, fue expulsada de Argel a causa
de mil infamias y embrujos demasiado horribles
para el oído humano. Y hubo una sola cosa
que le salvó la vida. ¿No es cierto?

ARIEL Sí, señor.

PRÓSPERO Los marineros trajeron aquí

a esa azulada arpía, que llevaba un niño dentro.
Tú, mi esclavo, según cuentas, eras entonces
criado suyo, y, siendo un genio muy delicado

para acatar sus órdenes detestables y terrenas,
te negaste; entonces ella, con ayuda
de potentísimos agentes, y con furia
desatada, te encerró en un pino hendido,
apresado en cuyo tronco viviste penosamente
una docena de años; entretanto ella murió
y tú te quedaste allí, dando gemidos al viento
como un molino palas al agua. Ninguna forma
humana honraba entonces la isla, a no ser
por el hijo que había parido ella: un moteado
cachorro de engendro.

ARIEL Sí, su hijo Calibán.

PRÓSPERO Soy yo quien lo dice, torpe: Calibán, el mismo
que ahora tengo a mi servicio. Sabes mejor que nadie
en qué tormento te hallé. Hacían tus gemidos
aullar a los lobos y movían a piedad
a los malhumorados osos, un tormento
propio de condenados, que Sicorax era
incapaz de revocar. Al llegar yo aquí
y oírte, fue mi arte el que dejó
boquiabierto el pino y a ti en libertad.

ARIEL Gracias, mi amo.

PRÓSPERO Si vuelves a farfullar, partiré un cedro
y te embutiré en su nudosa entraña hasta que
hayas aullado doce inviernos.

ARIEL Amo, perdón.

Complaceré tus encargos con gracioso
don de genio.

PRÓSPERO Hazlo pues, y en dos días
habré de licenciarte.

ARIEL ¡Eso es nobleza, mi amo!

¿Qué he de hacer? Dime ya qué debo hacer.

PRÓSPERO Ve a mudarte en una ninfa marina,
invisible a las miradas, salvo la tuya
y la mía. Cobra esa forma y envuelto en ella
vuelve hasta aquí. ¡Ve! ¡Despabílate!

Sale ARIEL.

(*A MIRANDA.*) Despierta, corazón, despierta. Has
dormido ya bastante. Despierta.

MIRANDA Tu extraño relato
me ha llenado de sopor.

PRÓSPERO Despéjate. Ven;
visitemos a mi esclavo, Calibán, que nunca
nos da una respuesta amable.

MIRANDA Es un villano, señor,
a quien prefiero no ver.

PRÓSPERO Dado el caso, sin embargo,
no podemos pasar sin él. Nos hace el fuego,
nos busca leña, y presta servicios
de utilidad. ¡Oye! ¡Esclavo! ¡Calibán!
¡Pedazo de tierra! ¡Habla!

CALIBÁN (*Dentro.*) Ya hay suficiente leña.

PRÓSPERO Sal, he dicho; hay más trabajo para ti.

Ven, tortuga. ¿Para cuándo?

Entra ARIEL como ninfa marina.

¡Magnífica aparición! Acerca el oído,
mi exquisito Ariel. (*Le susurra.*)

ARIEL Así se hará, señor.

Sale ARIEL.

PRÓSPERO ¡Esclavo ponzoñoso, engendrado por el mismo
diablo en malvada madre, ven aquí!

Entra CALIBÁN.

CALIBÁN ¡Que les llueva el rocío más maligno
que la pluma de cuervo de mi madre haya rascado
de un fétido pantano! ¡Que una racha de viento
calcinante les ampolle todo el cuerpo!

PRÓSPERO Esta noche pagarás tus palabras con calambres,
te aseguro; puntadas te cortarán el aliento.
Erizos diligentes se cebarán en ti lo que dure
la velada. Recibirás más pinchazos
que celdas tiene un panal, y cada uno
más doloroso que picadura de abeja.

CALIBÁN Para mí es hora de comer. Esta isla
me pertenece por Sicorax, mi madre,
y tú me la has robado. Cuando llegaste aquí,
me acariciaste, me adulaste, me diste agua
con bayas, y me enseñaste los nombres
de la luz mayor y la pequeña, que alumbran
el día y la noche; y así fue cómo te amé

y te mostré las cualidades de la isla,
las fuentes de agua dulce, los pozos salados,
las tierras fértiles y las baldías... ¿Qué gané
con eso? ¡Maldición! ¡Que murciélagos,
escarabajos, sapos y todos los hechizos
de Sicorax caigan sobre ti! Pues no tienes
más súbditos que yo, que antes de eso fui
mi propio rey, y aquí me apartas como un cerdo
en esta dura roca, despojado del resto
de la isla.

PRÓSPERO Esclavo mentiroso, te mueve más
el látigo que la bondad. Mugre como eres
te he empleado con humano celo, y te he albergado
en mi propia celda, hasta que intentaste violar
la honra de mi hija.

CALIBÁN ¡Ho! ¡Ho! ¡Ojalá
lo hubiera hecho! De no habérmelo impedido tú,
en la isla habría hoy un montón de Calibanes.

MIRANDA ¡Esclavo aborrecible, que no soportas
impronta alguna de bondad, y solo eres sensible
al mal! Yo me apiadé de ti, me desvelé
por hacer que hablaras, y a cada instante
te enseñé una cosa. Mientras tú, salvaje,
no sabiendo ni quién eras, balbuceabas
como un grandísimo bruto, doté tus intenciones
de palabras capaces de expresarlas.

Pero tu índole vil (aunque aprendías)
llevaba en sí aquello que no se aviene
con el buen natural; por eso fuiste justamente
confinado en esta roca, tú que merecías
más que una prisión.

CALIBÁN Tú me enseñaste

el lenguaje, y mi único provecho es que ahora
sé maldecir. ¡La peste roja te lleve, a ti
que me has dado palabras!

PRÓSPERO ¡Largo, simiente de bruja!

Tráenos leña, y date prisa, más te vale,
a cumplir otras tareas. ¿Cómo que no te importa,
infame? Si descuidas o haces a desgana
lo que ordeno, te retorcerás de espasmos,
te dolerán todos los huesos, y rugirás tanto
que se estremecerán las bestias.

CALIBÁN No, por favor.

(*Aparte.*) He de obedecer. Su arte es tan poderoso,
que dominaría a Setebos, el dios de mi madre,
y lo haría su vasallo.

PRÓSPERO ¡Vamos, esclavo, fuera!

Sale CALIBÁN.

*Entran FERNANDO y ARIEL, invisible,
que toca y canta.*

ARIEL (*Cantando.*)

Vengan a las arenas doradas
con las manos bien tomadas;

y cuando tras muchos besos
hasta el mar haga silencio,
muevan los pies con donaire
al son de este alegre baile.

Estribillo a varias voces.

¡Por aquí y por allá!
¡Por aquí y por allá!
¡Guau! ¡Guau!
Ladra el perro guardián.
¡Guau! ¡Guau!
¡Por allá y por aquí!
¡Por allá y por aquí!
Oigo el canto baladí
del Chantecler, ¡quiquiriquí!

FERNANDO ¿De dónde viene esta música? ¿De la tierra
o el aire? No se oye más; y seguramente sirve
a un dios de la isla. Sentado en un ribazo,
llorando el naufragio de mi padre, el rey,
esta música onduló por las olas hasta mí,
mitigando a un tiempo con dulzura
su furia y mi pasión. Desde entonces la he seguido,
o me ha arrastrado, más bien; pero se fue.
No, ya está aquí otra vez.

ARIEL (*Cantando.*)

Yace tu padre hondo en el mar
y de sus huesos se hace coral;

son ahora perlas lo que eran ojos;
todo cuanto parece desvanecido
el mar lo cambia con sus antojos
en algo extraño, nuevo y más rico.
Hora tras hora doblan campanas
de las ondinas bajo las aguas.
Ding, dang, ding, dang,
de las ondinas bajo las aguas.

FERNANDO Es una elegía por mi padre ahogado.

No es cosa de mortales, ni sonido
que venga de la tierra; ahora viene de arriba.

PRÓSPERO (*A MIRANDA.*) Levanta los orlados telones de tus
ojos y dime qué ves allá.

MIRANDA ¿Qué es? ¿Un espíritu?

¡Qué mirada inquieta, señor! Por cierto que tiene
gallarda figura. Y sin embargo es un espíritu.

PRÓSPERO No, muchacha, come, duerme y tiene sentidos
como los nuestros. Este galán que ves aquí
estaba en el naufragio; y a no ser por las manchas
del dolor, cáncer de la hermosura, podrías tenerlo
por bella persona. Ha perdido a sus camaradas
y los va buscando.

MIRANDA Por divino lo tendría,
pues en la naturaleza nunca he visto nada
tan noble.

PRÓSPERO (*Aparte.*) Veo que esto marcha

tal como lo urdí. (*A ARIEL.*) ¡Genio, lindo genio, por esto

en dos días serás libre!

FERNANDO ¡Esta ha de ser la diosa

a quien cantan esos aires! Hazme saber,

te suplico, si vives en esta isla,

y si me darás buen aviso de cómo

debo conducirme aquí. Mi principal pregunta,

aunque la diga al final, es (¡oh maravilla!)

¿eres doncella o no?

MIRANDA De maravilla nada,

señor, pero doncella sin duda.

FERNANDO ¡Cielos, mi idioma!

Yo sería el mejor de los que hablan esta lengua

si estuviera allí donde la emplean.

MIRANDA ¿Cómo el mejor?

¿Qué sería de ti si te oyera el rey de Nápoles?

FERNANDO Un hombre solo, como soy ahora, asombrado

de oírte hablar de Nápoles. Me oye, sí,

y porque me oye lloro. Nápoles soy yo,

que con mis ojos, en llanto desde entonces,

vi naufragar a mi padre el rey.

MIRANDA ¡Ay, por piedad!

FERNANDO A él y a todos sus señores, al duque de Milán

y a su valiente hijo también.

PRÓSPERO (*Aparte.*) El duque de Milán

y su valiente hija podrían refutarte si fuese
ahora la ocasión. A primera vista
se han prendado. Te liberaré por esto,
astuto Ariel. (*A FERNANDO.*) Un momento, buen señor.
Me temo que presumes un poco. Un momento.

MIRANDA ¿Por qué es tan duro mi padre? Este
es el tercer hombre que he visto, y el primero
por el cual suspiro. La piedad mueva a mi padre
a ponerse de mi lado.

FERNANDO Ah, si eres virgen
y no has dado aún tu afecto, te haré la reina
de Nápoles.

PRÓSPERO ¡Basta, señor! Una palabra más.
(*Aparte.*) Están uno en poder del otro. Pero debo
entorpecer un poco la rapidez de este asunto,
no sea que un triunfo muy fácil acabe
por aligerar el premio. (*A FERNANDO.*) Una palabra
más.
Te ordeno que me escuches. Estás usurpando
un título que no es tuyo, y has venido
a esta isla como espía, para quitármela
a mí, su señor.

FERNANDO ¡Palabra de hombre que no!

MIRANDA Nada malo puede morar en semejante templo.
Si en casa tan bella hubiera un mal espíritu,
los buenos querrían habitarla.

PRÓSPERO Ven conmigo.

Y tú no hables por él. Es un traidor. Vamos,
te pondré grillos en el cuello y en los pies.
Beberás agua de mar; mejillones de arroyo,
raíces secas y esas vainas que acunan bellotas
serán tu alimento. ¡Sígueme!

FERNANDO ¡No!

Mientras mi enemigo no muestre más poder
me negaré a un trato semejante.

*Desenvaina,
y un encanto lo inmoviliza.*

MIRANDA Padre querido,

no lo sometas a prueba tan dura,
que es noble y no se arredra.

PRÓSPERO ¿Cómo es eso?

¿Mi vástago me tutela? Alza la espada, traidor;
tan presa de culpa tienes la conciencia que alardeas
sin atreverte a atacar. ¡No te cubras más!
Me basta esta vara para desarmarte
y hacer que sueltes la espada.

MIRANDA ¡Te lo imploro, padre!

PRÓSPERO ¡Atrás! No te cuelgues de mi manto.

MIRANDA Piedad, señor.

Yo seré su fiadora.

PRÓSPERO ¡Silencio! Una palabra más

y tendré que reñirte, si es que no te odio. ¿Qué?

¿Defiendes a un impostor? ¡Calla!
Como aparte de él solo has visto a Calibán,
crees que no hay otros con su aspecto. ¡Serás necia!
Comparándolo con muchos este es un Calibán,
y frente a él los demás son ángeles.

MIRANDA Tengo pues

sentimientos muy humildes. No aspiro a ver
un hombre más apuesto.

PRÓSPERO (*A FERNANDO.*)

¡Vamos, obedece!
Tus músculos han vuelto a la infancia
y no les queda vigor.

FERNANDO Es verdad.

Como en un sueño, tengo el ánimo rendido.
La pérdida de mi padre, la debilidad que siento,
la muerte de mis amigos, la amenaza de este hombre
a quien estoy sojuzgado, serían nada para mí
si una sola vez al día desde la prisión pudiera
contemplar a esta muchacha. Que la libertad reine
a lo ancho de la tierra. En esta prisión
yo tengo más que suficiente espacio.

PRÓSPERO (*Aparte.*) Esto marcha.

(*A FERNANDO.*) Vamos. Bien hecho, delicado Ariel.
Sígueme; escucha lo que harás ahora.

MIRANDA (*A FERNANDO.*) No te inquietes.

La índole de mi padre, señor, no es tan mala

como aparentan sus palabras. No es su costumbre
comportarse de este modo.

PRÓSPERO (*A* ARIEL.) Serás libre

como viento de montaña; pero debes cumplir
mis órdenes al dedillo.

ARIEL Al pie de la letra.

PRÓSPERO (*A* FERNANDO.) Vamos, ven conmigo. (*A*
MIRANDA.) Y tú no intercedas.

Salen.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Entran ALONSO, SEBASTIÁN,
ANTONIO, GONZALO, ADRIÁN y FRANCISCO.

GONZALO (*A* ALONSO.) Te ruego que te alegres, señor. Como todos

nosotros tienes motivo, pues la salvación
trasciende lo perdido. Si estamos apenados
es por cosa corriente: no hay día
en que la misma pena no aflija
a la mujer de un marinero, al capitán
de un mercante o al mismo armador;
mas el milagro, es decir, nuestra supervivencia,
pocos, entre millones, viven para contarlo.
Pon pues en la balanza, señor, con sensatez,
la pena y el consuelo.

ALONSO Calla, por favor.

SEBASTIÁN (*Aparte, a* ANTONIO.)

Callos para el consuelo, parece que tuviera.

ANTONIO El cura que vaya a confortarlo no lo dejará tan pronto.

SEBASTIÁN Mira, da cuerda al reloj de su ingenio. Dentro de poco dará la hora.

GONZALO Señor...

SEBASTIÁN Una. Cuenta.

GONZALO Cuando cada pena que acontece es acogida,
el que la acoge recibe...

SEBASTIÁN Un dólar.

GONZALO Recibe dolor, es cierto. Aciertas más de lo que te
propones.

SEBASTIÁN Y tú eres más listo de lo que me figuraba.

GONZALO Por lo tanto, mi señor...

ANTONIO ¡Qué vergüenza! ¡Cómo derrocha saliva!

ALONSO (*A GONZALO.*) Te lo ruego, no te excedas.

GONZALO Bien, he concluido. Sin embargo...

SEBASTIÁN Sigue hablando.

ANTONIO ¿Cuál de los dos, él o Adrián, cantará primero?
Apuesta.

SEBASTIÁN El gallo viejo.

ANTONIO El gallito.

SEBASTIÁN Hecho. ¿Qué te juegas?

ANTONIO Una carcajada.

SEBASTIÁN De acuerdo.

ADRIÁN Cierto que esta isla parece desierta...

ANTONIO ¡Ja, ja, ja!

SEBASTIÁN Mira, ahí te pagan.

ADRIÁN Inhabitable y casi inaccesible...

SEBASTIÁN Sin embargo...

ADRIÁN Sin embargo...

ANTONIO Me lo veía venir...

ADRIÁN Debe ser de clima sutil, tierno, y de ligera
templanza.

ANTONIO Vaya, Templanza, aquella moza ligera.

SEBASTIÁN Sí, y también sutil, como tan doctamente lo ha
expresado.

ADRIÁN Sopla aquí un aire delicioso.

SEBASTIÁN Como si tuviera pulmones, y podridos.

ANTONIO Como si lo perfumara una ciénaga.

GONZALO Aquí todo es propicio a la vida.

ANTONIO Cierto, salvo los medios para vivir.

SEBASTIÁN De eso hay poco y nada.

GONZALO ¡Qué suave y exuberante se ve la hierba! ¡Qué
verde!

ANTONIO El suelo es más bien pardo.

SEBASTIÁN Con un leve toque verdoso.

ANTONIO No se equivoca por mucho.

SEBASTIÁN No. Solo confunde la verdad por completo.

GONZALO Pero lo raro de esto, casi increíble, es que...

SEBASTIÁN Como tantas rarezas confirmadas.

GONZALO Nuestras ropas, empapadas como estaban por el
mar, conservan sin embargo la lozanía y el brillo.
Antes parecen recién teñidas que sucias de agua
salada.

ANTONIO Si sus bolsillos hablaran, ¿no dirían que está
mintiendo?

SEBASTIÁN Sí, o se embolsarían su buen nombre, los muy
falsos.

GONZALO Parece que tuviéramos las ropas tan lozanas como cuando las estrenamos en África, en la boda de Claribel, la bella hija de nuestro rey, con el rey de Túnez.

SEBASTIÁN Fue una boda feliz, y el regreso venturoso.

ADRIÁN Túnez nunca tuvo la gloria de una reina tan impar.

GONZALO Nunca desde los tiempos de la viuda Dido.

ANTONIO ¿Viuda? Que lo parta un rayo. ¿De dónde salió esa viuda? ¡Dido viuda!

SEBASTIÁN ¿Y si encima hubiese dicho «el viudo Eneas»? ¡Por Dios, cómo te habrías puesto!

ADRIÁN ¿«La viuda Dido» has dicho? Me dejas pensando. Era de Cartago, no de Túnez.

GONZALO Túnez, señor, fue Cartago.

ADRIÁN ¿Cartago?

GONZALO Cartago, te lo aseguro.

ANTONIO Sus palabras pueden más que el arpa milagrosa.

SEBASTIÁN Este hombre no solo levanta muros sino también casas.

ANTONIO ¿Qué empresa imposible allanará ahora?

SEBASTIÁN Pienso que se llevará la isla a casa en el bolsillo y se la dará a su hijo como una manzana.

ANTONIO Y echando las semillas al mar hará brotar nuevas islas.

GONZALO Sí.

ANTONIO Vaya, en buena hora.

GONZALO (*A ALONSO.*) Señor, decíamos que ahora nuestras ropas parecen tan lozanas como cuando estuvimos

en Túnez en la boda de tu hija, que hoy es reina.

ANTONIO Y la más excelente que allí se haya visto.

SEBASTIÁN Si exceptuamos, te recuerdo, a la viuda Dido.

ANTONIO Ah, la viuda Dido. Sí, Dido, la viuda.

GONZALO ¿No tiene mi jubón, señor, una frescura como la
del primer día en que lo usé? Una suerte de frescura,
al menos.

ANTONIO No poca maña le costó esa suerte.

GONZALO Fue para la boda de tu hija.

ALONSO Tus palabras me atiborran tanto el oído
que el juicio se me ofusca. Ojalá nunca
hubiera casado allí a mi hija, pues de regreso
perdí a mi hijo y, presumo, a ella también,
tan alejada de Italia que acaso
no vuelva a verla. ¡Ah, mi heredero
de Nápoles y Milán!, ¿a qué extraño pez
has servido de comida?

FRANCISCO Tal vez viva, señor.

Lo he visto irrumpir con el ímpetu de las olas
y cabalgar en sus lomos; hollaba el agua,
dominando su furia, y afrontaba las crestas
más salvajes que lo embestían; audaz, mantenía
la cabeza sobre las animosas olas, y remando
con enérgicas brazadas se propulsaba
a la costa que, inclinándose sobre su base
por el mar roída, parecía ir en su ayuda.

No dudo de que llegó a tierra con vida.

ALONSO No, no,

se ha ido.

SEBASTIÁN Si mucho has perdido, señor, es obra tuya,

ya que en vez de bendecir con tu hija

a nuestra Europa, la entregaste a un africano

desterrándola de tus ojos, que por eso

tienen motivo de llanto.

ALONSO Calla, por favor.

SEBASTIÁN De rodillas te suplicamos todos

que no lo hicieras, y hasta esa dulce alma

se debatía entre el odio y la obediencia,

sin saber por cuál inclinarse. Me temo

que hemos perdido a tu hijo para siempre.

Esta empresa ha dejado más viudas

en Nápoles y en Milán, que hombres llevamos

para consolarlas. La culpa es tuya.

ALONSO Y la mayor pérdida también.

GONZALO Señor Sebastián,

es cierto lo que dices pero poco amable

y menos oportuno; pones el dedo en la llaga

cuando deberías curarla.

SEBASTIÁN Bien dicho.

ANTONIO Un médico no lo diría mejor.

GONZALO (A ALONSO.) Fiero es el tiempo, señor, para
nosotros cuando tú estás sombrío.

SEBASTIÁN ¿Fiero?

ANTONIO ¡Bestial!

GONZALO Si me plantara en esta tierra con derechos, señor...

ANTONIO Le brotarían ortigas de la frente.

SEBASTIÁN O malvas, o acederas.

GONZALO Y si fuera el rey, ¿qué haría?

SEBASTIÁN Borracho no andaría, porque no hay vino.

GONZALO En mi comunidad haría todo al revés,
pues no admitiría comercio alguno,
ni título de magistrado; no se conocerían
las letras; de opulencia, pobreza
y servidores, nada. De contratos, herencias,
tierras parceladas, viñas o cultivos, nada;
no habría metal, ni trigo, ni vino ni aceite;
ninguna ocupación; los hombres, ociosos todos
y las mujeres también, pero inocentes y puras;
ni hablar de soberanía...

SEBASTIÁN Pero él sería rey.

ANTONIO El fin de su comunidad olvida el principio.

GONZALO La naturaleza daría todo para todos
sin sudor ni esfuerzo; no existirían traición
ni felonía, ni pica, ni puñal,
ni sable, ni mosquete ni máquina de guerra;
la naturaleza alumbraría de sí misma
toda profusión, toda abundancia,
para alimento de mi pueblo inocente.

SEBASTIÁN ¿Nada de casamiento entre tus súbditos?

ANTONIO Nada, hombre, todos ociosos: putas y canallas.

GONZALO Señor, tan perfecto sería mi gobierno

que aventajaría a la edad dorada.

SEBASTIÁN ¡Salve a su majestad!

ANTONIO ¡Larga a vida a Gonzalo!

GONZALO Y... ¿Me sigues, señor?

ALONSO Por favor, ya basta. Tus palabras no me dicen nada.

GONZALO Bien creo a mi señor, y las he dicho para brindar
oportunidad a estos caballeros, cuyos pulmones son tan
sensitivos y vivaces que suelen reírse de nada.

ANTONIO Nos reíamos de ti.

GONZALO Que en esta especie de alegre jolgorio, no soy
nada para ustedes; de modo que adelante, sigan
riendo de nada.

ANTONIO ¡Buen golpe nos ha dado!

SEBASTIÁN Suerte que cayó de plano.

GONZALO Ustedes, caballeros, sí que son de buen temple. Si
por cinco semanas la luna estuviese quieta, la
hurtarían de su esfera.

*Entra Ariel, invisible,
tocando música solemne.*

SEBASTIÁN Claro que sí, y nos iríamos a cazar murciélagos.

ANTONIO Vamos, buen señor, no te enfades.

GONZALO No, te lo aseguro, no perderé el juicio por tan
poco. ¿Querrán reír para que me duerma? Es que
estoy amodorrado.

ANTONIO Duerme entonces y escúchanos.

*Todos duermen salvo ALONSO,
SEBASTIÁN y ANTONIO.*

ALONSO ¿Tan pronto todos dormidos? Ojalá mis ojos,
cerrándose, me apagarán el pensamiento. Siento ya
que tienden a hacerlo.

SEBASTIÁN Complácete, señor,
no desoigas la oferta. El sueño
rara vez visita a la pena; cuando lo hace
da consuelo.

ANTONIO Nosotros dos, señor, cuidaremos
de ti mientras descansas y velaremos
por tu seguridad.

ALONSO Gracias. Prodigiosa pesadez.

*ALONSO se duerme.
Sale ARIEL.*

SEBASTIÁN ¡Qué extraña soñolencia los posee!

ANTONIO Es propiedad del clima.

SEBASTIÁN ¿Por qué entonces
no cierra nuestros párpados? Yo no me siento
tentado a dormir.

ANTONIO Yo tampoco.

Tengo los sentidos ágiles.
Habían cedido todos, como por acuerdo.
Cayeron como abatidos por un rayo.
¿Qué habrá sido, noble Sebastián? ¿Qué habrá sido?
Ya pasa. Y aun así creo ver en tu semblante
lo que deberías ser. La oportunidad te llama

y mi imaginación poderosa ve posarse
una corona en tu cabeza.

SEBASTIÁN ¿Cómo? ¿Estás despierto?

ANTONIO ¿No me oyes hablar?

SEBASTIÁN Sí, y sin duda

es lenguaje de quien duerme y habla en sueños.
¿Qué decías? Extraño reposo este, dormir
con los ojos bien abiertos; estar en pie,
hablar, moverse, y sin embargo dormir
tan profundamente.

ANTONIO Noble Sebastián,

dejas dormir tu suerte; la dejas morir, diría.
Cierras los ojos aunque estés despierto.

SEBASTIÁN Son muy claros tus ronquidos.

Es como si dijeran algo.

ANTONIO Estoy más serio que de costumbre. Tú también

debes estarlo, hazme caso; lo que te hará
tres veces más grande.

SEBASTIÁN Yo soy agua estancada.

ANTONIO Yo te enseñaré a crecer.

SEBASTIÁN Hazlo, que a retraerme

ya me mueve la pereza hereditaria.

ANTONIO ¡Ah,

si supieras cómo abrigas en ti el empeño
por mucho que lo escarnezcas, cómo despojándolo
no haces sino vestirlo más! En verdad, si los hombres

retraídos se mantienen en el fondo, a menudo
es por miedo o por pereza.

SEBASTIÁN Explícate, por favor.

Tu mirada y tus mejillas anuncian
una cuestión mayor, y algo que por lo visto
te es doloroso alumbrar.

ANTONIO Es cierto, señor:

aunque este cortesano de memoria flaca,
este, que tan pobre recuerdo dejará
cuando lo entierren, haya casi persuadido al rey
(porque es un alma persuasiva, su oficio
es la persuasión) de que su hijo vive,
es tan imposible que no se haya ahogado,
como que ese que ahí duerme se ponga a nadar.

SEBASTIÁN No tengo esperanza de que esté con vida.

ANTONIO ¡Ah, sin esa esperanza, qué esperanza enorme

hay para ti! Esa falta de esperanza alienta,
bien mirado, una esperanza tan alta que
la ambición misma nada podría vislumbrar
más allá, sin dudar de lo que ha visto.

¿Convienes conmigo en que Fernando se ahogó?

SEBASTIÁN Ha muerto.

ANTONIO Dime entonces, ¿quién es ahora
heredero al trono de Nápoles?

SEBASTIÁN Claribel.

ANTONIO Ella, que es reina de Túnez; que vive

diez leguas más lejos de lo que un hombre
viajaría en una vida; que de Nápoles
no tendría ni noticia, salvo si el sol fuese
el mensajero (pues el de la luna es demasiado
lento), hasta que un recién nacido tuviera
barba y pudiera rasurarse; ella, tan remota
que viniendo de su boda nos tragó el mar,
bien que algunos fuimos puestos en la playa
y, por el mismo destino, a representar un acto
en el cual lo pasado es prólogo, y lo que viene
hemos de ejecutarlo nosotros.

SEBASTIÁN ¿De qué hablas?

¿Qué dices? Cierto que la hija de mi hermano
es reina de Túnez, y por lo tanto heredera
de Nápoles, y que entre ambas regiones
hay un buen trecho.

ANTONIO Un trecho del que cada codo

parece clamar: «¿Y cómo hará esa Claribel
para navegarnos hasta Nápoles? Que se quede
ella en Túnez y Sebastián despierte». Decir esto
habría sido la muerte para aquellos que la muerte
se llevó; pero vaya, no estarían peor
de lo que están ahora. Podría haber alguno
que gobernara Nápoles tan bien como el que duerme,
charlatanes de verba vasta e inservible
como ese Gonzalo. Si hasta yo podría hacer

que una cotorra hablara con la misma hondura.

¡Ah, si pensaras como yo! ¡Qué provechoso
sería ese sueño para ti! ¿Me comprendes?

SEBASTIÁN Creo que sí.

ANTONIO ¿Y con qué ojos miras
tu buena fortuna?

SEBASTIÁN Recuerdo

que suplantaste a tu hermano Próspero.

ANTONIO Cierto;

y mira qué bien me sientan estas ropas,
mucho mejor que antes. Los servidores
de mi hermano, que eran mis camaradas,
ahora son mis súbditos.

SEBASTIÁN Pero ¿y tu conciencia?

ANTONIO ¡Ah, señor, la conciencia! ¿Dónde reside? Si fuera
un callo me obligaría a usar pantuflas,
pero en el pecho esa divinidad no me incomoda.
¡Veinte conciencias entre Milán y yo podrían
cristalizar y derretirse antes de detenerme!
Ahí tienes a tu hermano, no mejor que el suelo
que lo aguanta si fuera lo que parece ahora,
un muerto, a quien, con tres pulgadas
de este obediente acero, puedo dormir para siempre;
en cambio tú, imitándome, puedes sumir
en sueño eterno a este despojo vetusto,
este don Prudencio, que así no habrá de censurar

nuestro designio. En cuanto a los demás,
se dejarán tentar como gato por la leche;
no bien digamos que es la hora
darán las campanadas.

SEBASTIÁN Tu caso, querido amigo,
me valdrá de precedente: como ganaste Milán,
yo he de ganar Nápoles. Desenvaina. Una estocada
te librará del tributo que pagas, y yo,
soberano, te amaré.

ANTONIO Desenvainemos juntos,
y cuando yo alce la mano, tú imítame
y hazla caer sobre Gonzalo.

SEBASTIÁN Sí, pero antes una palabra.

Hablan aparte.

Entra ARIEL, invisible, al son de la música.

ARIEL Con su arte mi amo prevé el peligro
que corres tú, su amigo, y me manda aquí.
O salvo estas vidas o su proyecto muere.

Canta

al oído de GONZALO.

Mientras tú roncas aquí tumbado,
hay villanos que conspiran,
a ojos abiertos y desvelados.
¡Sacude el sueño y ponte en alerta,
si solo un poco aprecias la vida!
¡Despierta ya, buen hombre, despierta!

ANTONIO No perdamos tiempo, pues.

GONZALO (*Despertando.*) ¡Cielos! ¡Los ángeles
guarden al rey!

Los otros se despiertan.

ALONSO ¿Qué es esto? ¿Cómo? ¿Despiertos? ¿Por qué
han desenvainado? ¿Por qué esas miradas de espanto?

GONZALO ¿Qué ocurre?

SEBASTIÁN Hace un momento, mientras guardábamos tu
reposo,
oímos de pronto un bramido sordo, de toros
acaso, o de leones. ¿No te despertó?
A mí me sacudió el oído.

ALONSO Yo no oí nada.

ANTONIO Vaya, fue un estruendo capaz de asustar a un
monstruo,
de causar un terremoto. Te aseguro, era el rugido
de una manada entera de leones.

ALONSO ¿Tú lo oíste,
Gonzalo?

GONZALO Por mi honra, señor, oí un zumbido
harto extraño que me despertó. Lo sacudí,
señor, gritando. Al abrir los ojos,
los vi espada en mano. Hubo un ruido,
es cierto. Más nos vale estar en guardia,
o marcharnos de aquí. Desenvainemos.

ALONSO Dejemos este lugar y continuemos la búsqueda
de mi pobre hijo.

GONZALO ¡El cielo lo guarde de estas bestias!

Pues sin duda está en la isla.

ALONSO Partamos.

ARIEL Mi amo Próspero ha de saber lo que he hecho.

Así pues, rey, ve sin temor en busca de tu hijo.

Salen.

ESCENA II

Entra CALIBÁN con una carga de leña.

CALIBÁN ¡Que todos los miasmas que el sol chupa de
ciénagas,

pantanos y marismas caigan sobre Próspero
y le infecten cada palmo del cuerpo!

Se oye un trueno.

Sus espíritus me oyen; sin embargo no puedo
dejar de maldecirlo. Pero a menos que él lo ordene
se guardarán de pellizcarme, asustarme
con espectros, empujarme al lodo o, como brasas
en la noche, desviarme del camino. Pero
no pierden ocasión de tomársela conmigo,
unas veces como monos barulleros
que hacen muecas y me muerden; otras como erizos
que se cruzan en mi camino y alzan las púas
bajo mis pies descalzos; y otras como víboras
que me rodean y con sus lenguas hendidas silban
hasta volverme loco.

Entra TRÍNCULO.

Mira ahora, aquí viene
un espíritu suyo a torturarme por haber
traído la leña muy despacio. Voy a echarme

al suelo. Quizá no me descubra.

Se echa y se cubre con la capa.

TRÍNCULO Aquí no hay mata ni arbusto que me cobije, y ya se prepara otra tormenta. La oigo cantar en el viento. Aquella nube negra, aquella enorme, parece una bota sucia dispuesta a derramar su licor. Si llega a tronar como hace un rato, no sabré dónde esconder la cabeza. A juzgar por esa nube, va a acabar lloviendo a cántaros. ¿Pero qué tenemos aquí? ¿Un hombre o un pescado? ¿Muerto o vivo? Pes cado; huele a pescado. Un olor rancio y pescadoso; como de arenque ya no tan fresco. ¡Vaya pescado más raro! Si estuviera ahora en Inglaterra, como alguna vez estuve, y anunciara este pescado en una feria de domingo, no habría tonto que no diera por verlo una moneda de plata. Allí este monstruo haría rico a más de uno. Allí uno se hace rico con cualquier bestia extraña. No sueltan un ochavo para aliviar a un mendigo cojo, pero son capaces de dar diez para ver un indio muerto. ¡Tiene piernas de hombre, y unas aletas que parecen brazos! ¡Pero si está caliente, caray! Ahora sí que he de cambiar de opinión: esto no es un pescado; es un isleño recién fulminado por un rayo.

Trueno.

¡Ay, otra vez la tormenta! Será mejor que me meta bajo su gabardina. No veo otro abrigo alrededor. La desgracia le da al hombre extraños compañeros de cama. Me ocultaré aquí hasta que la tormenta se agote.

Se desliza bajo la capa de CALIBÁN.

*Entra STÉFANO, cantando,
con una botella en la mano.*

STÉFANO

Nunca más me haré a la mar, a la mar;

en tierra quiero morir

morir...

¡Qué canción más asquerosa para cantar en un entierro! En fin, aquí tengo mi tónico. (*Bebe.*)

Canta.

El capitán, el piloto, el artillero,
el grumete, el mozo, yo y mi compañero amábamos
a Carlota y a Cristina,
a Mariana y a Marina,
pero nadie amaba a Catalina
que tenía lengua viperina.
¡Que te cuelguen!, nos gritaba la bella.
No le gustaban la brea ni el timón
pero cualquier sastre le daba comezón.
¡A la mar muchachos y que se cuelgue ella!

Esta canción también es asquerosa, pero aquí tengo
mi tónico.

Bebe.

CALIBÁN ¡No me atormentes! ¡Anda!

STÉFANO ¿Qué pasa? ¿Hay demonios aquí? ¿Nos quieren engatusar con salvajes y gentes de las Indias? ¿Eh? No me he librado del naufragio para arrugarme ahora ante un cuadrúpedo cualquiera; pues ya lo dice el refrán: «No hay hombre de cuatro piernas que lo haga retroceder»; y así se repetirá mientras Stéfano tenga aliento.

CALIBÁN ¡El espíritu me atormenta! ¡Ay!

STÉFANO Este es un monstruo de la isla, un cuadrúpedo que temblequea de fiebre, pienso yo. ¿Dónde diablos habrá aprendido nuestra lengua? Solo por eso ya le

daré algún auxilio. Si consigo curarlo y domesticarlo, será un regalo digno del mejor emperador que haya pisado un cuero de vaca.

CALIBÁN ¡No me atormentes, por favor! Llevaré la leña a casa más rápido.

STÉFANO Le ha dado un ataque y no está en sus cabales. Le daré a probar de mi botella. Si nunca antes bebió vino, seguro que lo calma. Si consigo curarlo y domesticarlo, todo dinero será poco para comprármelo; quien se lo quede lo pagará bien caro, y con justicia.

CALIBÁN De momento no me haces mucho daño; pero pronto lo harás, lo noto en tus temblores. Ya estás en manos de Próspero.

STÉFANO Ven aquí. Abre la boca, bebe, dicen que esto hace hablar a los gatos. Abre la boca, esto te quitará el tembleque, te lo aseguro. (CALIBÁN *bebe*.) Tú no sabes lo que es bueno: abre de nuevo el morro.

TRÍNCULO Yo esa voz la conozco. Diría que es la de... Pero si se había ahogado... Estos son demonios... ¡Ayúdenme!

STÉFANO Cuatro patas y dos voces; ¡qué monstruo más exquisito! Con la voz de adelante habla bien de su amigo, con la de atrás suelta palabras sucias y calumnias. Le curaré la fiebre aunque me cueste todo el vino de esta botella. Vamos. (CALIBÁN *bebe otra vez*.) ¡Amén! Te daré un poco en la otra boca.

TRÍNCULO ¡Stéfano!

STÉFANO ¿Es tu otra boca la que me nombra? ¡Piedad! ¡Piedad! Esto no es un monstruo, es un diablo. Voy a dejarlo. Hace falta cuchara larga para alimentar al diablo.

TRÍNCULO ¡Stéfano! Si eres Stéfano, tócame y dime algo; porque soy Trínculo, no temas, tu buen amigo Trínculo.

STÉFANO Si eres Trínculo, adelántate. Te tiraré de las piernas más cortas; si es que aquí están las piernas de Trínculo, han de ser estas. (*Lo saca de debajo de la capa.*) ¡El mismísimo Trínculo, no cabe duda! ¿Cómo has llegado a ser boñiga de este engendro? No me dirás que caga Trínculos...

TRÍNCULO Yo creí que lo había matado un rayo. Pero ¿no te ahogaste, Stéfano? Espero que no te hayas ahogado. ¿Amainó ya la tormenta? Por miedo a la tormenta, me escondí bajo la gabardina de este engendro muerto. ¿Estás vivo, Stéfano? ¡Ah, Stéfano, dos napolitanos a salvo!

STÉFANO Por favor no me hagas dar vueltas; tengo el estómago un poco sensible.

CALIBÁN (*Aparte.*) ¡Qué criaturas magníficas, si no fueran tan espirituosas! Aquel es un dios soberbio y trae un licor celestial. Me arrodillaré ante él.

STÉFANO ¿Cómo lograste salvarte? ¿Cómo llegaste aquí? Júrame por esta botella que me lo contarás; yo me agarré a un tonel de jerez que los marineros habían echado por la borda; te lo juro por esta botella que después de llegar a tierra hice con mis propias manos de la corteza de un árbol.

CALIBÁN Juro por esta botella ser tu vasallo fiel, porque este licor no es terreno.

STÉFANO ¡Ten! Jura pues cómo te salvaste.

TRÍNCULO Hombre, llegué a la orilla nadando como un pato. Nado como un pato, te lo juro.

STÉFANO Ten, besa el libro. (*Le da la botella.*) Podrás nadar como un pato, pero te meneas como un ganso.

TRÍNCULO Ah, Stéfano, ¿tienes más de esto?

STÉFANO El tonel entero, amigo. La bodega está en una roca junto al mar, y allí tengo escondido el vino. ¿Y tú qué, engendro? ¿Cómo va esa fiebre?

CALIBÁN ¿Has caído del cielo?

STÉFANO De la luna, te aseguro. En un tiempo fui el Hombre de la Luna.

CALIBÁN Yo te he visto allí, y de verdad que te adoro. Mi señora me mostró dónde estabas, con tu perro y tu haz de leña.

STÉFANO Vamos, jura, besa el libro. Yo me encargaré de renovarle el contenido. Jura.

CALIBÁN *bebe.*

TRÍNCULO Por la luz del día, vaya monstruo cabeza hueca. ¿Tenerle miedo yo? ¡Un monstruo de lo más débil! ¡El Hombre de la Luna! Pobre monstruo, ¡qué ingenuidad! ¡Bravo, monstruo, eso sí que es un buen trago!

CALIBÁN Te mostraré cada palmo de tierra fértil de la isla, y te besaré los pies. Por favor, sé mi dios.

TRÍNCULO Por la luz que me alumbraba, ¡habrase visto monstruo más perverso y borracho! Cuando su dios se haya dormido le robaré la botella.

CALIBÁN Te besaré los pies. Juraré ser tu vasallo.

STÉFANO Anda, entonces, arrodíllate y jura.

TRÍNCULO Este monstruo con cabeza de perro me hará morir de risa. ¡Qué monstruo más rastrero! Me dan ganas de pegarle...

STÉFANO Vamos, besa.

TRÍNCULO Pero si está borracho, el infeliz. ¡Qué monstruo más abominable!

CALIBÁN Te mostraré las mejores fuentes; recogeré bayas y pescaré para ti, y tendrás leña suficiente. ¡Mala peste al tirano a quien sirvo! No le llevaré más fardos; te seguiré a ti, hombre maravilloso.

TRÍNCULO ¡Qué monstruo más ridículo! ¡Maravillarse de un pobre borracho!

CALIBÁN Deja que te lleve adonde crecen manzanas silvestres, y desentierre maníes con mis largas uñas. Te mostraré un nido de arrendajo y te enseñaré a enlazar al veloz tití; te llevaré donde las avellanas se apiñan y de las rocas tendrás pichones de gaviota de tanto en tanto. ¿Vendrás conmigo?

STÉFANO Ahora muéstranos el camino, por favor, y para de hablar. Puesto que el rey y todos nuestros compañeros se han ahogado, Trínculo, los herederos aquí somos nosotros. (*A CALIBÁN.*) Toma, llévame la botella. Enseguida volveremos a llenarla, camarada Trínculo.

CALIBÁN ¡Adiós, amo! ¡Adiós, adiós!

TRÍNCULO ¡Monstruo chillón! ¡Borracho!

CALIBÁN (*Cantando borracho.*)

No más presas que pescar
ni más leña que cargar.

No más fuentes que fregar
ni más platos que lavar.

¡Ban, ban, Calibán
tiene un nuevo amo!

¡Próspero, rufián,
búscate otro esclavo!

¡Fiesta y libertad! ¡Libertad y fiesta! ¡Fiesta y
libertad!

STÉFANO ¡Ah, monstruo gallardo! Muéstranos el camino.

Salen.

TERCER ACTO

ESCENA I

Entra FERNANDO, cargando un leño.

FERNANDO De ciertos pasatiempos penosos, el deleite
borra la fatiga; algunas humillaciones
se soportan con nobleza; y ocupaciones
muy bajas señalan altos propósitos.
Esta mezquina labor me sería tan pesada
como odiosa, si la señora a quien sirvo
no diera vida a los muertos, e hiciera
de los afanes placeres. Ah, ella es diez veces
más gentil de lo que huraño y repleto
de asperezas es su padre. Debo acarrear
miles de estos leños y apilarlos; ese ha sido
su cruel mandato. Mi dulce dueña llora
cuando me ve trabajar, y dice que nunca
labor tan baja tuvo ejecutor semejante.
Me he distraído. Pero estos dulces pensamientos
vienen a reanimar mis esfuerzos,
y más insisten cuanto más trabajo.

Entra MIRANDA.

PRÓSPERO *la sigue de lejos sin dejarse ver.*

MIRANDA ¡Ay! Te lo ruego,

no te esfuerces tanto. ¡Ojalá un rayo hubiese quemado estos leños que te han obligado a apilar! Déjalos, por favor, y descansa. Cuando ardan, llorarán por haberte fatigado. Mi padre se aplica a sus estudios. Descansa, te lo ruego; por tres horas no vendrá.

FERNANDO Querida señora mía,
debo afanarme, o el sol se pondrá antes de que cumpla mi tarea.

MIRANDA Si te sientas,
cargaré los leños por un rato. Dame ese, por favor, lo llevaré hasta la pila.

FERNANDO No, preciosa criatura, preferiría romperme los nervios y partirme el lomo que verte sufrir tal deshonor mientras yo me quedo sentado.

MIRANDA Me convendría tanto como a ti, y me sería más llevadero, porque yo estoy bien dispuesta y en cambio tú te resistes.

PRÓSPERO (*Aparte.*)
¡Pobrecita! Si vienes a verlo es que te ha picado el bicho.

MIRANDA Pareces cansado.

FERNANDO No, noble señora, para mí amanece si tú estás cerca de noche. Por lo que más quieras,

sobre todo para nombrarte en mis rezos,
¿cómo te llamas?

MIRANDA Miranda. ¡Ay, padre!

Me habías prohibido decirlo.

FERNANDO ¡Admirable Miranda,

cumbre de la admiración, digna de lo que más vale
en el mundo! No pocas damas he mirado
con los mejores ojos, y con frecuencia
la armonía de sus voces cautivó
mi oído diligente. Por diversas virtudes
he apreciado a mujeres diferentes,
pero a ninguna nunca tan de lleno
que algún defecto suyo no disputara
con la gracia más noble que ella tuviese
y acabara por eclipsarla. Pero a ti, a ti,
te han dotado de lo mejor de cada criatura.
Eres perfecta, incomparable.

MIRANDA No conozco

a ninguna de mi sexo, no recuerdo ningún
rostro de mujer, salvo el mío, en el espejo;
ni he visto a otro que pueda llamar hombre,
más que a ti, buen amigo, y a mi querido padre.
Del aspecto de otras gentes, no sé nada;
mas juro por mi castidad, la joya de mi dote,
que no desearía en el mundo otro compañero
sino tú; y que la imaginación no podría

concebir una forma que igualara la tuya.
Pero hablo con palabras alocadas y olvido
los preceptos de mi padre.

FERNANDO Yo, Miranda,

soy príncipe por rango; pienso que rey
(¡ojalá no lo fuese!), y antes que este yugo
de madera, soportaría que las moscas
se cebasen en mi boca. Escucha, es mi alma
que te habla. En el instante mismo en que te vi
pusiste mi corazón a tu servicio; reside allí
y es tu esclavo, y por ti soy ahora
este paciente leñador.

MIRANDA ¿Me amas?

FERNANDO ¡Ah, los cielos y la tierra den fe de mis palabras
y premien con benevolencia mis anhelos
si digo la verdad! Si miento, que truequen
en desgracia la fortuna que me está destinada:
te amo, te honro y te venero
por encima de cualquier cosa de este mundo.

MIRANDA Qué tonta. Lloro por lo que me alegra.

PRÓSPERO (*Aparte.*) Bello encuentro

de dos afectos extraordinarios. El cielo derrame
gracia sobre lo que germina en ellos.

FERNANDO ¿Por qué lloras?

MIRANDA Por mi pequeñez, que no se atreve a ofrecer
lo que deseo entregar, y mucho menos tomar

lo que faltando me mataría. Pero es una bobada;
y cuanto más pretende ocultarse
más abulta. ¡Fuera, tímidos ardides!
Inspírame, sencilla y santa inocencia.
Seré tu esposa, si quieres desposarme.
Si no, seré tu doncella hasta la muerte.
Por compañera puedes rechazarme, pero
lo quieras o no seré tu criada.

FERNANDO Mi dueña,

amor mío, y yo así tu eterno servidor.

Se arrodilla.

MIRANDA ¿Mi esposo, entonces?

FERNANDO Sí, tan deseoso

como de la libertad el cautivo. Ten mi mano.

MIRANDA Y tú la mía, que lleva mi corazón. Y adiós;
nos veremos en media hora.

FERNANDO ¡Serán millones!

Salen FERNANDO y MIRANDA por separado.

PRÓSPERO No puedo alegrarme tanto como ellos,
que son todo asombro, pero por nada
me regocijaría más. Y ahora vuelvo
a mi libro, que antes de la cena
aún me queda mucho por hacer.

Sale.

ESCENA II

Entran CALIBÁN, STÉFANO y TRÍNCULO.

STÉFANO (*A TRÍNCULO.*) ¡Déjame en paz! Cuando se acabe el tonel, beberemos agua; hasta entonces ni una gota. Así que adelante, ¡al abordaje!: monstruo sirviente, bebe a mi salud.

TRÍNCULO ¡Monstruo sirviente! ¡Capricho de este islote! Dicen que solo somos cinco en toda la isla: tres de ellos estamos aquí, si los otros dos no tienen un poco más de seso, el estado se tambalea.

STÉFANO Bebe cuando te lo ordeno, monstruo sirviente. Tienes los ojos casi incrustados en la cabeza.

TRÍNCULO ¿Y dónde iba a tenerlos? ¡Lindo monstruo sería, si los tuviera en la cola!

STÉFANO Mi hombre-monstruo se ha ahogado la lengua en jerez. En cuanto a mí, ni el mar puede ahogarme: por esta luz que nadé treinta leguas de aquí para allá hasta ganar la costa. Serás mi monstruo-teniente, o mi portaestandarte.

TRÍNCULO Monstruo-teniente, mejor; no creo que pueda portar nada.

STÉFANO Nunca saldremos corriendo, *monsieur* Monstruo, de verdad.

TRÍNCULO Ni al paso; se quedarán tumbados como perros, sin decir palabra. Mintiendo como perros, si acaso.

STÉFANO Por una vez en tu vida di algo, engendro, si eres un buen engendro.

CALIBÁN ¿Cómo está su alteza? Déjeme lamerle los zapatos. A ese no lo serviré, no es valiente.

TRÍNCULO Mientes, monstruo ignorantísimo: estoy en condiciones de vérmelas con un alguacil. Anda, pescado podrido, ¿conoces algún cobarde que haya bebido tanto jerez como yo me he mandado hoy al

buche? ¿Cómo puedes mentir tan monstruosamente, si eres apenas mitad pez y mitad monstruo?

CALIBÁN ¡Mira cómo se burla! ¿Se lo permitirás, mi señor?

TRÍNCULO ¿Qué dice? ¿«Señor»? ¡Naturalmente, este monstruo es un idiota!

CALIBÁN ¡Mira! ¡Mira! ¡Otra vez! Mávalo a mordiscos, te lo pido.

STÉFANO Muérdete la lengua, Trínculo. ¡Como te llegues a amotinar, te cuelgo del primer árbol! El pobre monstruo es mi súbdito, y no permitiré que lo humillen.

CALIBÁN Agradezco a mi noble señor. ¿Tendrás a bien escuchar una vez más la petición que te he hecho?

STÉFANO ¡Sí, qué embromar! Arrodíllate y repite. Yo estaré en pie, y Trínculo también.

Entra ARIEL, invisible.

CALIBÁN Como ya te conté, estoy sometido a un tirano, un hechicero que con sus artimañas me ha birlado la isla.

ARIEL Mientes.

CALIBÁN (*A TRÍNCULO.*) ¡Mientes tú, mono payaso, tú! ¡Que mi valiente señor te destruya! Yo no miento.

STÉFANO Trínculo, te juro por esta mano que si vuelves a interrumpirlo te arrancaré algunos dientes.

TRÍNCULO ¿Cómo? Yo no he dicho nada.

STÉFANO Cierra el pico, entonces, y no vuelvas a hablar. Prosigue.

CALIBÁN Con hechizos, decía, se apoderó de la isla; me la quitó. Si cabe a tu grandeza tomar venganza... pues sé que tú te atreves, pero esa cosa de nada no...

STÉFANO Nada más cierto.

CALIBÁN ... serás aquí el señor, y yo te serviré.

STÉFANO ¿Y eso cómo lo llevaremos a cabo? ¿Puedes conducirme hasta el susodicho?

CALIBÁN Sí, sí, mi señor. Te lo entregaré dormido, para que puedas hundirle un clavo en la cabeza.

ARIEL Mientes. No puedes.

CALIBÁN ¡Qué imbécil el de los colorines! ¡Bufón rastrero! Te imploro, alteza, lo golpees y le quites la botella. Cuando ya no la tenga, beberá nada más que agua del mar, pues yo no voy a enseñarle dónde están los manantiales de agua dulce.

STÉFANO Trínculo, deja de meterte en líos. Si interrumpes al monstruo una sola vez más, te juro por esta mano que hago a un lado la piedad y te dejo peor que un arenque seco.

TRÍNCULO ¿Pero por qué? ¿Yo qué hice? ¡No hice nada! Voy a ponerme más lejos.

STÉFANO ¿No dijiste que mentía?

ARIEL Mientes tú.

STÉFANO ¿Ah, sí? ¡Aquí tienes! (*Le pega a TRÍNCULO.*) ¡Si quieres más, vuelve a llamarme mentiroso!

TRÍNCULO ¡Yo no dije que mentías! ¿Has perdido el seso y encima el oído? ¡Maldita botella! A esto lleva la bebida. ¡La peste se lleve a tu monstruo y el diablo te arranque los dedos!

CALIBÁN ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

STÉFANO Bien, adelante con tu cuento. (*A TRÍNCULO.*) Te lo ruego, apártate más.

CALIBÁN Dale con ganas. Enseguida

le pegaré yo también.

STÉFANO Apártate. Vamos, prosigue.

CALIBÁN Bien, como te decía, él acostumbra dormir por la tarde. Puedes entonces molerle los sesos, pero antes quítale los libros; o partirle el cráneo con un palo, o clavarle una estaca en la barriga o con tu cuchillo cortarle el gañote. No olvides de hacerte primero con sus libros; pues sin ellos es un tonto nada más, igual que yo, y no tiene ni un espíritu a sus órdenes. Todos lo detestan desde lo hondo como yo. Solo quémale los libros. Guarda magníficos enseres, pues así los llama, con los que adornará su casa, cuando tenga. Y has de tener en cuenta sobre todo la belleza de su hija, según él incomparable. Yo nunca he visto una mujer salvo a mi madre, Sicorax, y a ella; pero ella aventaja tanto a Sicorax como lo más grande a lo más mínimo.

STÉFANO ¿Tan hermosa es la muchacha?

CALIBÁN Sí, señor. Convendrá a tu cama, te aseguro, y te dará hermosa descendencia.

STÉFANO Mataré a ese hombre, monstruo. Su hija y yo seremos rey y reina (¡salve a nuestras majestades!), y Trínculo y tú seréis virreyes. ¿Te gusta la trama, Trínculo?

TRÍNCULO Excelente.

STÉFANO Dame la mano. Lamento haberte pegado; pero
muérdete la lengua mientras vivas.

CALIBAN Dentro de media hora ya estará dormido.

¿Lo destruirás entonces?

STÉFANO Por mi honor que sí.

ARIEL Esto se lo contaré a mi amo.

CALIBAN Qué alegría me das. Reboso de placer.

¡Regocijémonos! ¿Por qué no cantas la tonada
que me enseñaste hace un rato?

STÉFANO Con tal que seas juicioso, monstruo, haré justicia a
lo que me pidas. Ven, Trínculo, cantemos.

Cantan.

A burlarse, a jaranear,
a tomarles bien el pelo
a jaranear, a burlarse.

¡Libertad al pensamiento!

CALIBÁN Esa no es la melodía.

ARIEL toca la melodía con tamboril y flauta.

STÉFANO ¿Qué es eso?

TRÍNCULO Es la melodía de nuestra canción tocada por el
retrato de Nadie.

STÉFANO Si eres hombre, muestra tu forma. Si eres demonio,
cobra la que quieras.

TRÍNCULO ¡Perdona mis pecados!

STÉFANO El que muere paga sus deudas. Te desafío. ¡El cielo
se apiade!

CALIBÁN ¿Tienes miedo?

STÉFANO No, monstruo. No yo.

CALIBÁN No temas, la isla está llena de rumores,
ruidos y aires dulces que deleitan y no hieren.
A veces oigo vibrar mil cuerdas en un rasguido;
a veces voces, que aun si hubiese despertado
de un largo sueño, me harían dormir
de nuevo; y entonces soñaría que las nubes
se abren y dejan ver tantas riquezas
a punto de llover sobre mí, que si despertara
lloraría por soñar una vez más.

STÉFANO Espléndido reino para mí, donde he de tener
música por nada.

CALIBÁN Cuando acabemos con Próspero.

STÉFANO Eso se hará enseguida. Tengo presente tu historia.

TRÍNCULO La música se está alejando. Sigámosla, y luego a
lo nuestro.

STÉFANO Tú adelante, monstruo; te seguiremos. ¡Qué no
daría por ver a ese tamborilero! Lo hace con gracia.

TRÍNCULO (*A CALIBÁN.*) ¿Vamos? Stéfano, yo voy detrás.

Salen.

ESCENA III

Entran ALONSO, SEBASTIÁN, ANTONIO,
GONZALO, ADRIÁN y *Francisco*.

GONZALO (*A ALONSO.*) Madre de Dios, señor, yo ya no puedo
más.

Mis viejos huesos gimen. ¡Tremendo laberinto
es esta senda entre rectas y meandros!
Con tu permiso, necesito un descanso.

ALONSO No puedo culparte yo, anciano caballero,
que estoy agobiado de cansancio
hasta el aturdimiento. Siéntate y reposa.
Aquí abandono la esperanza, y prescindo
de ahora en más de sus halagos. Ese por quien
erramos se ha ahogado, y el mar se burla de nuestra
vana búsqueda en tierra. Resignémonos.

ANTONIO (*Aparte, a SEBASTIÁN.*)

Me alegra que ya no tenga esperanzas.
No olvides por un fracaso el proyecto
que habías resuelto llevar a cabo.

SEBASTIÁN (*Aparte, a ANTONIO.*) Aprovecharemos
la primera oportunidad.

ANTONIO (*Aparte, a SEBASTIÁN.*)

Que sea esta noche;
exhaustos como los ha dejado el viaje,
no querrán ni podrán mantenerse alerta
como cuando están despejados.

SEBASTIÁN (*Aparte, a ANTONIO.*) De acuerdo, esta noche. Ni
una palabra más.

Música solemne y extraña;

PRÓSPERO *aparece arriba, invisible.*

ALONSO ¡Qué música es esa? ¡Escuchen, buenos amigos!

GONZALO ¡Qué dulzura! ¡Qué maravilla!

*Entran varias figuras raras trayendo un banquete; bailan en torno con
gentiles reverencias y, tras haber invitado al rey y a los otros a comer, se
marchan.*

ALONSO ¡Que los ángeles nos guarden, cielos! ¿Quiénes eran esos?

SEBASTIÁN Máscaras vivientes. Ahora voy a creer
que existen los unicornios; que en Arabia hay un
árbol,
el trono del ave fénix, y que un fénix
reina allí en este momento.

ANTONIO Yo creeré
las dos cosas; y si algo resulta increíble,
cuenten conmigo para jurar que es cierto.
Los viajeros nunca mienten, aunque en casa
los necios los condenen.

GONZALO ¿Me creerían
si contase esto ahora en Nápoles?
¿Si dijera que he visto isleños (pues sin duda
es gente de la isla) que, pese a su forma
monstruosa, reparen, tienen maneras más finas
y afables que muchos de nuestra especie,
si no todos?

PRÓSPERO (*Aparte.*)
Dices bien, honrado señor;
pues entre los aquí presentes hay algunos
peores que demonios.

ALONSO No salgo de mi asombro
ante estas formas, ademanes y sonidos que,
aunque faltos de palabra, expresan una suerte
de excelente discurso mudo.

PRÓSPERO (*Aparte.*) Guarda los elogios
para el final.

FRANCISCO Han desaparecido de un modo
muy extraño.

SEBASTIÁN ¿Qué importa? Han dejado aquí
las viandas, y tenemos buen apetito.
¿Les gustaría probar algo?

ALONSO A mí, no.

GONZALO De veras, señor, no tienes por qué temer.
Cuando éramos niños, ¿quién hubiera creído
que había montañeses con papada de toro
colgándoles de la garganta como una bolsa
de carne? ¿O que existían hombres
con la cabeza en el pecho? Y sin embargo ahora
no hay un viajero que haya apostado y no traiga
pruebas de lo que ha visto.

ALONSO Bien, me sentaré a comer,
aunque sea lo último que haga. Poco importa,
si lo mejor ha pasado. Hermano, mi señor duque,
acércate y haz lo mismo.

Truenos y relámpagos.

*Entra ARIEL en forma de arpía, bate las alas contra la mesa, y mediante
un truco extraño hace desaparecer el banquete.*

ARIEL Ustedes tres son pecadores que el destino,
que tiene a este mundo inferior y todo cuanto encierra
por instrumento, ha hecho al océano insaciable
vomitar en esta isla donde el hombre no habita;

ustedes, ineptos para vivir entre los hombres.
Yo los he vuelto locos; y existen quienes,
embargados por un furor semejante, se ahorcan
o se ahogan.

ALONSO, SEBASTIÁN y los otros desenvainan.

¡Insensatos! Yo y mis compañeros
somos ministros del destino. Los elementos
con que se han forjado sus espadas tan poco
podrían herir a los vientos desatados, o asestar
puñaladas irrisorias a unas aguas
que siempre vuelven a juntarse, como privarme
a mí de una sola brizna de mis plumas.
Mis compañeros son igualmente invulnerables.
Aunque pudieran ustedes herirnos, las espadas
se les han vuelto tan macizas que no tendrán fuerzas
para levantarlas. Pero recuerden (es ese
mi cometido) que ustedes tres arrojaron
al buen Próspero de Milán, y lo abandonaron
en el mar, que ahora se desquita, con una niña
inocente. Por esa infamia, los poderes,
que aplazan pero no olvidan, han sublevado
contra ustedes los mares y las playas,
y más aún, las criaturas todas. A ti, Alonso,
te han privado de tu hijo; y a través de mí
anuncian que una lenta destrucción, peor
que una muerte repentina, los acompañará
paso a paso por doquier. Para guardarse

de su furia, que de lo contrario en esta isla
desolada caería sobre ustedes, nada sirve
sino purgar el alma y de ahora en más llevar
una vida sin mancha.

Se desvanece en un trueno.

*Enseguida, al son de una música suave entran de nuevo las figuras y,
danzando con muecas y contorsiones, se llevan la mesa y salen.*

PRÓSPERO Has representado magistralmente a la arpía,
mi Ariel; con una gracia devoradora.
Has cumplido mis instrucciones sin omitir
palabra. De igual modo, mis agentes
menores han desempeñado sus diversos papeles
con gran vivacidad y esmero infrecuente.
Mis altos hechizos obran y estos, mis enemigos,
se anudan en su estupor. Ahora están en mi poder;
y los dejo en este trance, mientras regreso
al joven Fernando, a quien suponen ahogado,
y a su amada, que es la mía.

PRÓSPERO sale por arriba.

GONZALO Por lo más sagrado, señor, ¿qué te ha detenido
en ese extraño asombro?

ALONSO ¡Es monstruoso! ¡Monstruoso!

Creí que las olas hablaban y lo suyo
era un reproche, que los vientos lo cantaban;
y que el trueno, ese órgano terrible y hondo,
decía el nombre de Próspero: daba el bajo
de mi culpa; por ella mi hijo yace en el limo.

Lo buscaré hasta en las fosas donde las sondas
no llegan, y junto a él descansaré
envuelto en fango.

Sale ALONSO.

SEBASTIÁN Que estos demonios vengan de a uno,
y lucharé con legiones.

ANTONIO Yo te secundo.

Salen

SEBASTIÁN y ANTONIO.

GONZALO Están los tres desesperados: su inmensa culpa,
como veneno que causa efecto mucho más tarde,
empieza a roerles el ánimo. Ustedes que tienen
miembros más ágiles, apresúrense a seguirlos,
les ruego, e impidan lo que podría provocar
esta locura.

ADRIÁN Vamos, vengan conmigo.

Salen.

CUARTO ACTO

ESCENA I

Entran PRÓSPERO, FERNANDO y MIRANDA.

PRÓSPERO Si te impuse un castigo demasiado riguroso,
la recompensa repara el daño, pues aquí
te he dado un tercio de mi vida, aquella
para quien vivo y que una vez más
pongo ahora en tus manos. Todas tus humillaciones
no fueron sino pruebas de tu amor, y tú
has superado airoosamente el reto. Aquí, ante el cielo,
ratifico mi preciada ofrenda. Ah, Fernando,
no te rías de mí si me jacto de ella,
pues verás que ella supera todo elogio,
y lo deja atrás languideciente.

FERNANDO Loco, loco,
aunque el oráculo diga lo contrario.

PRÓSPERO Como presente mío, entonces, y adquisición tuya
dignamente conquistada, toma a mi hija. Pero
si llegas a romper el nudo virginal
antes que las santas ceremonias sean celebradas
según los sagrados ritos, los cielos
no derramarán dulce rocío que fecunde

este contrato; odio estéril, torvo desdén
y discordia sembrarán el lecho de la unión
con cizaña tan maligna, que llegarán
a detestarlo. Ve con cuidado, entonces,
y que las lámparas de Himeneo te iluminen.

FERNANDO Tal como espero días de calma, hermosa prole
y larga vida con el mismo amor que siento ahora,
ni la cueva más sombría, ni el lugar más propicio,
ni la mayor tentación del genio más maligno,
podrán fundir jamás mi honor en lujuria,
para arrebatarme el ardor de esas nupcias
en que ha de parecerme que los corceles de Febo
están abatidos o la noche encadenada bajo tierra.

PRÓSPERO Bien dicho. Siéntate pues
y habla con ella, que ahora es tuya.
¡Eh, Ariel! ¡Ariel, mi industrioso servidor!

Entra ARIEL.

ARIEL ¿Qué se te ofrece, poderoso amo? Aquí estoy.

PRÓSPERO Tú y tus subalternos han cumplido cabalmente
la última misión, y debo emplearlos en otro
artificio semejante. Ve a buscar a esa pandilla
sobre la que te di poder y tráela hasta aquí.
Haz que se muevan de prisa, porque debo
exponer ante esta joven pareja
un capricho de mi arte. Se lo he prometido
y es lo que esperan de mí.

ARIEL ¿Ahora mismo?

PRÓSPERO Sí, en un abrir y cerrar de ojos.

ARIEL No alcanzarás a decir «Vete» o «Ven»

ni a respirar siquiera, que en un santiamén

se abalanzarán todos en tropel

haciendo muecas y mohínes a granel.

Di, mi señor, ¿me quieres bien?

PRÓSPERO Entrañablemente, delicado Ariel.

No te acerques mientras no te llame.

ARIEL Sí, entendido.

Sale ARIEL.

PRÓSPERO Recuerda lo que prometiste;

no des rienda suelta a esos juegos. Los juramentos

más firmes son paja para el fuego de la sangre.

Domínate, o di adiós a tu voto.

FERNANDO Señor, te juro

que una nieve blanca y fría cubre de castidad

mi corazón y aplaca el ardor de mis entrañas.

PRÓSPERO Bien. Ahora ven, Ariel mío. Trae genios a
raudales;

más vale que no falten. ¡Vengan todos enseguida!

Música suave.

¡Boca cerrada! ¡Ojos abiertos! Guarden silencio.

Entra IRIS.

IRIS Ceres, benéfica diosa, deja tus ricas llanuras

de avena, centeno, trigo, de cebada y de pasturas;

tus laderas herbosas donde las ovejas pastan

y los prados de forraje que en invierno las resguardan;
las socavadas lindes de tus sinuosas riberas
donde en el húmedo abril tus florecillas prosperan
para adornar con coronas a las castas ninfas frías;
y las matas de retama tupidas y sombrías
en donde se refugia, anhelante y despechado
el pretendiente que la dama ha desdeñado;
tus podadas viñas nudosas de sarmientos
y los litorales marinos estériles y yertos
en donde te refrescas: la reina de lo alto,
de quien soy mensajera y colorido arco,
te ordena que dejes todo, y acudas a este lugar,
a esta campiña, con su gracia soberana a retozar.
Sus pavos reales ya raudos se aproximan.

*El carro de Juno aparece
suspendido sobre el escenario.*

Acércate, rica Ceres, y disponte a recibirla.

Entra ARIEL como CERES.

CERES Salud, oh mensajera de opulento colorido
que a la mujer de Júpiter no has desobedecido;
que, sobre mis flores, con tus leves alas rubias
esparces gotas de miel y refrescantes lluvias;
y con cada extremo de tu arco azul coronas
mis llanos de florestas y mis desnudas lomas,
rico manto de mi altiva tierra. ¿Por qué tu reina
me requiere en este prado de delicada hierba?

IRIS Para celebrar un pacto entre benditos amantes

y recompensar con dones abundantes
la sinceridad de su amor.

CERES Dime, arco colorido,

si es que lo sabes, ¿vienen Venus o Cupido
acompañando a la reina? Desde que ambos intrigaran
para que el triste Plutón a mi hija secuestrara,
a la oprobiosa compañía de ella y su hijo ciego
he renunciado.

IRIS De su proximidad

no debes tener miedo. Me he encontrado a la deidad
hendiendo las nubes de camino a Pafos,
y a su hijo llevado por palomas en un carro.
Con hechizos lascivos se habían propuesto
apartar a estos jóvenes del casto juramento
de esperar las luces de Himeneo; más fue en vano.
La amante lúbrica de Marte ha regresado;
su hijo rompió esas flechas que parecen agujones
y jura, en vez de dispararlas, jugar con gorriones,
y solo ser un niño.

CERES Reina de sumo linaje,

aquí llega la gran Juno; reconozco su carruaje.

*El carro de Juno desciende
sobre el escenario.*

JUNO ¿Cómo estás, graciosa hermana? Siéntate a mi lado
a bendecir este enlace, para que sea afortunado,
y lo honre larga progenie.

CERES *se une a JUNO en el carro, que se levanta y sobrevuela el escenario.*

Cantan.

JUNO

¡Honor y riquezas coronen la boda,
y larga dicha a la progenie toda!
¡Sean las horas plenas y felices!
Con esta canción Juno los bendice.

CERES

Gran abundancia, suelo generoso,
granjas pobladas, graneros copiosos,
viñas de gruesos racimos cargadas,
ramas por ricos frutos doblegadas.
¡Sea tras el otoño primavera,
cuando ya esté la cosecha en la era!
No los aflijan faltas ni estrecheces;
reciban aquí la gracia de Ceres.

FERNANDO Esta visión es un portento, y tiene una armonía
encantadora. ¿Sería aventurado
tomarlos por espíritus?

PRÓSPERO Espíritus que mi arte
ha hecho salir de su confinamiento para actuar
mis fantasías.

FERNANDO Déjame vivir siempre aquí.
Con una esposa y un padre tan prodigiosos
este lugar se vuelve un paraíso.

JUNO y CERES *murmuran y dan
una orden a IRIS.*

PRÓSPERO ¡Ahora calla,

dulce muchacho! Juno y Ceres murmuran ceñudas.

Todavía queda algo por hacer. Shhh, silencio,

o se romperá el hechizo.

IRIS Oh, Náyades, ninfas de las aguas sinuosas,

con coronas de juncos y miradas candorosas,

de las aguas rizadas, vengan a esta tierra

respondiendo al llamado: es Juno quien lo ordena.

Vengan y ayuden a celebrar, suaves ninfas,

un pacto de amor sincero. Acudan de prisa.

Entran algunas ninfas.

Súmense a la fiesta, curtidos segadores;

abandonen el surco y de agosto los sudores.

Y una vez bien calado el sombrero de paja,

únanse a estas ninfas en rústica danza.

Entran varios segadores con ropas típicas. Se unen a las ninfas

*en graciosa danza. Hacia el final, PRÓSPERO se sobresalta
y habla. Luego, con un ruido extraño, lúgubre y confuso, las figuras
desaparecen apesadumbradas.*

PRÓSPERO (*Aparte.*) Había olvidado la infame conjura

del bruto de Calibán y sus secuaces

contra mi vida. Ya se aprestan a dar el golpe.

(*A los espíritus.*) Bien hecho, retírense. Basta ya.

JUNO y CERES se elevan en el carro

y los segadores salen.

FERNANDO ¡Qué extraño! Tu padre es presa de una emoción

que lo perturba sobremanera.

MIRANDA Nunca hasta hoy

lo había visto tan desencajado por la ira.

PRÓSPERO (*A FERNANDO.*)

Pareces francamente conmovido, hijo mío,
desalentado, se diría. Anímate, señor;
la función ha terminado. Como te dije ya,
estos actores no eran sino espíritus;
se han disipado en el aire, en el ingrátido aire,
y, como la infundada trama de esta visión,
torres orladas de nubes, espléndidos palacios,
templos solemnes, y hasta el mismísimo globo,
sí, y con él quienes lo hereden, han de disolverse
y, tal como esta tramoya insustancial,
se desvanecerán sin dejar rastro. Somos
de la misma materia que los sueños y el sueño
envuelve nuestra breve vida. Estoy inquieto,
señor, perdona mi debilidad, los años me turban
el cerebro. Que no te aflija mi flaqueza.
Si quieres, retírate en mi celda y descansa.
Yo entretanto daré un paseo para aplacar
los latidos de mi mente.

FERNANDO Y MIRANDA La paz sea contigo.

Salen.

PRÓSPERO ¡Ven rápido cual pensamiento! Gracias. ¡Ven,
Ariel!

Entra ARIEL.

ARIEL A tus pensamientos me entrego. ¿Qué deseas?

PRÓSPERO Genio,

preparémonos para hacer frente a Calibán.

ARIEL Sí, mi amo. Pensé en decírtelo

mientras personificaba a Ceres, pero temí
que fueras a enojarte.

PRÓSPERO Di otra vez, ¿dónde dejaste a esos desgraciados?

ARIEL Ya te conté, señor, que de tanto beber estaban

al rojo vivo, tan envalentonados
que azotaban el aire por darles en la cara
y golpeaban el suelo por besarles los pies;
y aun así persistían en su plan. Pero cuando
batí el tamboril, como potros redomones
pararon las orejas, abrieron bien los ojos,
y alzaron las narices como si olieran música.
Así que hechicé sus oídos de tal modo
que siguieron mis mugidos cual corderos
por entre zarzas serradas, aulagas filosas,
espinos y punzantes retamas, que les herían
las frágiles canillas. Por fin los dejé
en la charca inmunda que hay detrás de tu celda
chapoteando, tan hundidos que el agua fétida
ahoga el olor de sus pies.

PRÓSPERO Bien hecho, pajarito.

Mantén todavía tu forma invisible.

Ve a casa y trae los artilugios que me sirvan
de señuelo para esos ladrones.

ARIEL Ya voy, ya voy.

Sale.

PRÓSPERO Un diablo, un diablo de nacimiento, en cuya naturaleza nunca prenderá la educación; todos, todos mis humanitarios desvelos han sido en vano. Y así como el cuerpo se le vuelve más feo con los años, crece el cáncer en su mente. Los torturaré hasta que aúllen.

Entra ARIEL

con atuendos brillantes, etcétera.

Ven, cuélgalos de este tilo.

PRÓSPERO y ARIEL permanecen invisibles.

Entran CALIBÁN, STÉFANO y TRÍNCULO empapados.

CALIBÁN Caminen con cuidado, por favor, para que ni siquiera el ciego topo oiga los pasos. Ya estamos cerca de su celda.

STÉFANO Monstruo, dijiste que esa magia tuya era inofensiva, y mira la jugarreta que nos has hecho.

TRÍNCULO Monstruo, apesto a meada de caballo, para gran indignación de mi nariz.

STÉFANO También de la mía. ¿Me oyes, monstruo? Mira que si me enfurezco contigo...

TRÍNCULO ... estás perdido, monstruo.

CALIBÁN Buen señor, concédeme todavía tu merced.

Sé paciente, porque el botín al cual te guío eclipsará este infortunio. Por eso bajen la voz, que todo está en silencio como a medianoche.

TRÍNCULO Sí, pero perder las botellas en la charca...

STÉFANO ... no solo fue una vergüenza y una desgracia, monstruo, sino un perjuicio infinito.

TRÍNCULO Me pesa más eso que el chapuzón. Menos mal que tu magia era inofensiva, monstruo.

STÉFANO Iré a buscar mi botella aunque me ahogue en el intento.

CALIBÁN Te lo suplico, mi rey, silencio. ¿Ves esto?

Es la boca de la celda. Entra sin hacer ruido.

Comete ese crimen bueno que hará tuya esta isla para siempre, y a mí, Calibán, tu eterno lamepiés.

STÉFANO Dame la mano. Empiezo a tener pensamientos sanguinarios.

TRÍNCULO ¡Oh, rey Stéfano! ¡Par mío! ¡Oh, digno Stéfano, mira qué guardarropa tienes aquí!

CALIBÁN Déjalo, idiota. Son trapos, nada más.

TRÍNCULO Calla, monstruo. Nosotros sabemos bien cuando algo es del ropavejero.

*Toma una túnica del árbol
y se la pone.*

¡Mira, rey Stéfano!

STÉFANO Quítate eso, Trínculo. *(Se estira para agarrarla.)*
Por mi mano que esa túnica será mía.

TRÍNCULO Tu gracia la tendrá.

CALIBÁN ¡Que te ahogue la hidropesía, imbécil! ¿Qué te ha dado

con esos cachivaches? Déjalos, mi señor, y primero comete el asesinato. Si llega a despertarse, nos cubrirá de pellizcos de los pies a la cabeza y seremos nosotros los trastos.

STÉFANO Silencio, monstruo. Señor tilo, ¿no es mía esta casaca? (*La descuelga del árbol.*) Ahora que se aparta de ti... lo tienes crudo, tilo. Estás desnudo.

TRÍNCULO ¡Tranquilo, tilo! Pese a ti... lo haremos a menudo.

STÉFANO Se agradece la broma. Ten como premio una prenda.

*Toma una prenda del árbol
y se la da a TRÍNCULO.*

Mientras yo reine en este país el ingenio tendrá recompensa.

«Pese a tilo haremos», esa sí que es buena.

*Toma otra prenda
y se la da.*

Ten como premio otra prenda.

TRÍNCULO Monstruo, úntate los dedos con liga y álzate con lo demás.

CALIBÁN No quiero nada de esto. Perderemos el tiempo
y acabaremos transformados en gansos
o viles monos con la cabeza gacha.

STÉFANO A tus dedos, monstruo. O me ayudas a llevarlo todo hasta donde dejé la bota de vino, o te expulso de mi reino. Vamos, lleva esto.

TRÍNCULO Y esto.

STÉFANO Y también esto.

*Le dan a CALIBÁN el resto de las prendas. Se oyen ruidos de cacería.
Entran varios espíritus en forma de perros y sabuesos, que los persiguen,
azuzados por PRÓSPERO y ARIEL.*

PRÓSPERO ¡Eh, Monte! ¡A ellos!

ARIEL ¡Por ahí, Plata, por ahí!

PRÓSPERO ¡Vamos, Furia, vamos! ¡Chúmbale, Tirano,
chúmbale!

CALIBÁN, STÉFANO y TRÍNCULO

salen perseguidos.

Ataquen, duendes míos, hasta molerles
las coyunturas con espasmos secos;
encójanles los músculos con calambres de viejo,
y muérdanlos hasta dejarlos más manchados
que un leopardo o un gato montés.

ARIEL ¡Oye cómo rugen!

PRÓSPERO Que los persigan sin tregua. Ahora tengo
a todos los enemigos en mi poder.
Pronto mi labor habrá acabado y tú
volverás al aire en libertad. Sígueme
y préstame un servicio todavía.

Salen.

QUINTO ACTO

ESCENA 1

Entran PRÓSPERO, vestido de mago, y ARIEL.

PRÓSPERO Mi obra ya entra en ebullición. Mis sortilegios
cuajan, mis duendes obedecen, y el tiempo
se yergue, aliviado de su carga. ¿Qué hora es?

ARIEL Son las seis, hora en que dijiste, mi señor,
que terminaría nuestro trabajo.

PRÓSPERO Eso dije
cuando empecé a desatar la tempestad. Dime, espíritu,
¿dónde están el rey y sus compañeros?

ARIEL Están todos
juntos, tal como me ordenaste al dejarlos;
todos presos, señor, en el bosquecito de tilos
que resguarda tu celda; no podrán moverse
hasta que tú los liberes. El rey, su hermano
y el tuyo, están los tres como ausentes,
y los demás se duelen por ellos, agobiados
de pena y desaliento; sobre todo, señor,
ese anciano a quien llamas «buen caballero Gonzalo».
El llanto le corre por la barba como lluvia
de invierno por un techo de paja. Tu encanto

obra en ellos con tal fuerza, que si los vieras
ahora se te ablandaría el corazón.

PRÓSPERO ¿De veras

lo crees, espíritu?

ARIEL Yo me apiadaría, señor,
si fuera humano.

PRÓSPERO Y me apiadaré yo.

Si tú, que no eres sino aire, tienes un atisbo,
una sensación de su dolor, ¿no voy a conmoverme
yo, que soy de su especie y tan susceptible
a las pasiones como ellos? Aunque sus graves
ofensas me han golpeado en lo más íntimo,
contra la furia me inclino por la razón,
que es más noble. Más singular es la virtud
que la venganza. Si se han arrepentido
no llevaré mi designio más allá, ni siquiera
con un gesto airado. Ve a liberarlos, Ariel.
Romperé mis conjuros, les devolveré el juicio
y otra vez serán ellos mismos.

ARIEL Voy a buscarlos, señor.

*Con su vara, PRÓSPERO traza un círculo mágico
sobre el escenario.*

PRÓSPERO Ah, elfos de los cerros, bosques, arroyos y
lagunas,
duendes que sin huella persiguen por la arena
al Neptuno en retirada y huyen de él cuando
regresa; marionetas, se diría, que a la luz

de la luna trazan círculos de hierba amarga
que la oveja rechaza; espíritus que por diversión
crían hongos de la noche a la mañana,
y se regocijan al oír el grave toque de queda.
Con su ayuda (bien que frágiles maestros)
he oscurecido el sol del mediodía, convocado
vientos sediciosos y alzado guerras clamorosas
entre el verde océano y la bóveda de azur;
he dado fuego al estruendo atroz del trueno
y partido el robusto roble de Júpiter
con su propio rayo; he hecho estremecerse
peñascos de firmes bases y arrancado de raíz
cedros y pinos; a mis órdenes las tumbas
han despertado a sus durmientes y por la potencia
de mi arte se han abierto para liberarlos.
Pero aquí y ahora abjuro de esta magia tosca;
y en cuanto haya requerido una música celeste
(como requiero ahora) para obrar mis fines
en los sentidos de aquellos a quienes dirijo
este etéreo encanto, romperé mi vara,
la enterraré a muchas brazas bajo tierra
y en las profundidades más insondables
sumergiré mi libro.

Música solemne. Entra primero ARIEL; luego ALONSO con gesto desorbitado, seguido de GONZALO; SEBASTIÁN y ANTONIO, con la misma expresión, seguidos de Adrián y Francisco.

Entran todos en el círculo que ha trazado PRÓSPERO y allí permanecen hechizados. PRÓSPERO los observa y habla.

Esta solemne melodía, inmejorable tónico
para la imaginación desquiciada, te curará
el cerebro que, ahora inútil, te bulle
en el cráneo. Permanece allí, Alonso,
que mi magia te paraliza. Honorable Gonzalo,
santo varón, mis ojos, compasivos con los tuyos,
lloran lágrimas fraternas. El encanto pronto
se disipa, y así como la mañana se cuela
en la noche fundiendo las tinieblas, los sentidos
despiertan, para aventar las brumas de ignorancia
que cubren una razón ya más clara. ¡Oh, buen
Gonzalo,
mi verdadero salvador, y caballero leal al señor
que sigues, recompensaré tus favores
de palabra y de hecho! Tú, Alonso, abusaste
cruelmente de mí y de mi hija. De esa acción
fue cómplice tu hermano. ¡Por eso, Sebastián,
te he castigado! Y a ti, carne de mi carne,
hermano mío que, poseído por la ambición
dejaste a un lado naturaleza y piedad,
y que con Sebastián, cuyo íntimo tormento
es por eso más fuerte, habrías aquí matado
a tu rey, por muy inhumano que seas,
te perdono. Ya el entendimiento crece en ellos,
y la marea próxima no tardará en cubrir
la playa de la razón, ahora fangosa y sucia.
Ninguno me mira aún ni me reconocería.

Ariel, ve a mi celda a buscarme el sombrero
y el estoque.

Sale ARIEL y vuelve de inmediato.

Voy a quitarme el manto, y presentarme
como cuando era duque de Milán. ¡Deprisa,
espíritu! Dentro de poco serás libre.

ARIEL canta

mientras lo ayuda a vestirse.

ARIEL

Cuando la abeja liba yo voy presto
adonde está la primula y me acuesto;
me duermo oyendo al búho chistar;
y me lleva el murciélago a volar
en pos del verano y la felicidad.
Loco de contento, viviré en mi casa
bajo aquel pimpollo que nace en la rama.

PRÓSPERO ¡Bravo! ¡Ese es mi Ariel! ¡Cuánto te extrañaré!

Sin embargo serás libre.

Se arregla el atuendo.

Bien, bien, bien.

Ahora al barco del rey, invisible como estás;
encontrarás allí a los marineros dormidos
bajo las escotillas. Cuando hayas despertado
al capitán y el contramaestre, tráelos
hasta aquí. Rápido, por favor.

ARIEL Me beberé el viento y volveré antes
de que tu corazón palpite dos veces.

Sale ARIEL.

GONZALO Todos los tormentos, inquietudes, maravillas
y estupores residen aquí. ¡Que un poder celestial
nos aleje de este país horrendo!

PRÓSPERO He aquí,
soberano, al ultrajado duque de Milán,
Próspero en persona. Si quieres más pruebas
de que es un príncipe vivo quien te habla,
te abrazo (*abrazo a ALONSO*) y doy a ti y a los tuyos
una cordial bienvenida.

ALONSO Si eres él o no,
o bien producto de un ardid para embaucarme,
como ha sucedido antes, es cosa que yo no sé.
Palpitas como uno de carne y hueso; y desde
que te vi siento que mi mente afligida se calma,
cuando ya la daba por insana. Si esto no es
otra ilusión, ha de tener una historia hartó extraña.
Renuncio a tu ducado, y te pido que perdones
el mal que te causé. ¿Pero cómo es posible
que Próspero viva y esté aquí?

PRÓSPERO (*A GONZALO.*) Antes, noble amigo,
déjame abrazar tu cuerpo añoso, digno de honra
sin límite ni medida.

Abrazo a GONZALO.

GONZALO No podría jurar
si esto es cierto o no lo es.

PRÓSPERO Algunas golosinas

que has probado en esta isla te impiden dar las cosas
por ciertas todavía. ¡Sean todos bienvenidos,
amigos míos!

Aparte,

a SEBASTIÁN y ANTONIO.

En cuanto a ustedes, par de señores,
podría, si se me antojase, probar que son traidores
y provocar el disgusto de su alteza.

Pero este no es momento de contar historias.

SEBASTIÁN (*Aparte.*) ¡El diablo habla por su boca!

PRÓSPERO No.

Y a ti, tan malvado que con solo llamarte
hermano la boca se me infecta, te perdono
tus crímenes inmundos (todos ellos) y te reclamo
mi ducado, que, bien lo sé, por fuerza
debes devolverme.

ALONSO Si eres Próspero,

cuéntanos en detalle cómo te salvaste; cómo
nos reuniste aquí, a nosotros que hace solo tres horas
naufragamos frente a estas playas, donde perdí
(¡cómo hiere el filo del recuerdo!) a mi querido
hijo Fernando.

PRÓSPERO Me apena mucho, señor.

ALONSO Irreparable es la pérdida, y la paciencia
dice que no tiene el remedio.

PRÓSPERO Pienso más bien

que no has buscado su ayuda. Ante una pérdida igual
yo he acudido al socorro soberano de su dulce
gracia y me doy por satisfecho.

ALONSO ¿Una pérdida igual?

PRÓSPERO Tan grande para mí y tan reciente como la tuya;
y para soportar
esa terrible pérdida
yo tengo recursos más débiles que tú
para buscar consuelo, porque he perdido
a mi hija.

ALONSO ¿Una hija? ¡Ah, cielos, si los dos
estuvieran en Nápoles con vida, y fueran
rey y reina! Ojalá estuvieran ellos vivos
y yo sepultado en el lecho cenagoso en donde
yace mi hijo. ¿Cuándo perdiste a tu hija?

PRÓSPERO En la tempestad reciente. Noto que este encuentro
ha dejado a estos señores tan boquiabiertos
que se han tragado el juicio; apenas dan crédito
a lo que ven sus ojos y piensan que sus palabras
son mero aliento. Pero aunque hayan sido ustedes
privados de sus sentidos, tengan por cierto
que soy Próspero, el mismo duque que fue expulsado
de Milán y del modo más extraño vino a parar
a estas costas, en donde ustedes naufragaron,
para ser su dueño. Pero dejemos ya esto,

pues da para una crónica de muchos días
y no es asunto para una comida, ni conviene
a una primera reunión. Bienvenido, alteza;
esta celda es mi corte. Tengo algunos servidores
y ningún súbdito fuera de aquí. Haz el favor
de mirar. Ya que me has restituido el ducado
te recompensaré con algo de tal valor, o al menos
una visión tan admirable, que te contentará
tanto como mi ducado a mí.

*Aquí PRÓSPERO deja ver a FERNANDO y MIRANDA, que están
jugando al ajedrez.*

MIRANDA Dulce señor, haces trampa.

FERNANDO No, amor mío,
no lo haría por nada del mundo.

MIRANDA Sí. Por veinte reinos serías mi adversario
y aun así diría que juegas limpio.

ALONSO Si esto es
otra ilusión de la isla, habré perdido dos veces
a mi querido hijo.

SEBASTIÁN ¡Un milagro extraordinario!

FERNANDO (*Adelantándose.*)

Por mucho que amenacen, los mares son piadosos.
Los he maldecido sin razón.

Se arrodilla ante ALONSO.

ALONSO ¡Que todas
las bendiciones de un padre feliz sean contigo!
Levántate y dime cómo llegaste aquí.

FERNANDO *se levanta.*

MIRANDA ¡Qué maravilla! ¡Cuántas criaturas hermosas!

¡Qué bella es la humanidad! ¡Magnífico mundo nuevo
que tiene tales habitantes!

PRÓSPERO Es nuevo para ti.

ALONSO ¿Qué muchacha es esa con quien estabas jugando?

No hará más de tres horas que la conoces.

¿Es ella la diosa que nos separó
y volvió a reunirnos?

FERNANDO Es mortal, señor;

pero mía por inmortal providencia.

Cuando la elegí no podía pedir consejo
a mi padre, pues pensaba que ya no lo tenía.

Es la hija del famoso duque de Milán
a quien tantas veces oí mentar
pero no había visto nunca. Él me ha dado
una segunda vida, y a causa de esta dama
ahora es mi segundo padre.

ALONSO Mis respetos.

¡Pero qué extraño se me hace que deba
pedir perdón a mi hija!

PRÓSPERO Detente ya, señor.

Más vale no abrumar el recuerdo
con una carga pasada.

GONZALO Si no he hablado hasta ahora

es porque el llanto me embargaba el pecho:

vuelvan, dioses, la vista hacia abajo,
y posen sobre esta pareja una corona bendita;
porque ustedes trazaron el camino
que nos condujo hasta aquí.

ALONSO Amén, Gonzalo.

GONZALO ¿Acaso no se le arrebató Milán
al duque de Milán para hacer a estos dos
reyes de Nápoles? ¡Alegrémonos
con alegría extraordinaria
y grabémoslo con oro en columnas perpetuas!
En un viaje Claribel encontró marido en Túnez
y, allí donde se había perdido,
su hermano Fernando, una esposa;
 Próspero halló su ducado en una mísera isla,
y nosotros a nosotros, cuando ninguno
era dueño de sí mismo.

ALONSO (*A FERNANDO y MIRANDA.*)

Denme las manos.

¡Que dolor y pena anuden para siempre el corazón
de quienes no les deseen buenaventura!

GONZALO Así sea.

Entra ARIEL.

El CAPITÁN y el CONTRAMAESTRE

lo siguen perplejos.

¡Mira, señor, mira, aquí vienen más
de los nuestros! Bien predije yo que mientras hubiese
una horca en tierra, este sujeto no se ahogaría.

(*Al CONTRAMAESTRE.*)

A ver, blasfemo, tú que de tanto jurar desgraciaste
nuestro barco, ¿no tienes en tierra ni un juramento?

¿Te has quedado aquí sin lengua? ¿Qué hay de
nuevo?

CONTRAMAESTRE La mejor nueva es haber encontrado a
salvo

a nuestro rey y su compañía; la siguiente,
que nuestra nave, que apenas hace tres horas
creíamos destrozada, está intacta, adrizada
y perfectamente aparejada, como cuando
nos hicimos a la mar.

ARIEL (*Aparte a PRÓSPERO.*)

Todo eso lo hice yo,
señor, desde que me fui.

PRÓSPERO (*Aparte a ARIEL.*) ¡Mi espíritu juguetón!

ALONSO Estos no son hechos naturales. Van de lo extraño
a lo extrañísimo. Dime, ¿cómo llegaste aquí?

CONTRAMAESTRE Si pensara, señor, que estoy de veras
despierto,

procuraría explicártelo. Estábamos muertos
de sueño y (no sabemos cómo) aprisionados
bajo cubierta, cuando, hace un momento,
nos despertaron los ruidos más raros y diversos,
rugidos, gritos, aullidos, rechinar de cadenas,
y varios sonidos más, todos terribles. Éramos
libres otra vez y fue entonces que vimos la nave

real, tan entera y gallarda como nuestras ropas.

El capitán saltaba de alegría... En un tris,
por así decir en un sueño, fuimos separados
de los otros y traídos aquí estupefactos.

ARIEL (*Aparte a PRÓSPERO.*)

¿No crees que lo hice bien?

PRÓSPERO (*Aparte a ARIEL.*) A la perfección,
mi diligente Ariel. ¡Serás libre!

ALONSO Este es el laberinto más pasmoso
que haya pisado hombre alguno, y hay en este asunto
un designio que excede a la naturaleza.
Sería preciso un oráculo para esclarecer
nuestro entendimiento.

PRÓSPERO Señor, mi soberano,
no acoses tu mente volviendo una y otra vez
sobre la rareza de este asunto. En algún momento
de ocio, que pronto será prolongado, te daré
explicaciones convincentes sobre todo
lo que ha sucedido. Hasta entonces, ánimo
y mira el lado bueno de las cosas. (*Aparte, a ARIEL.*)
Ven aquí,
espíritu. Libera a Calibán y sus compañeros,
rompe el hechizo.

Sale ARIEL.

¿Cómo va mi gracioso señor?

Todavía faltan de tu séquito
unos curiosos mocitos que has olvidado.

*Entra ARIEL conduciendo a CALIBÁN,
STÉFANO y TRÍNCULO vestidos con las ropas robadas.*

STÉFANO Que cada cual se ocupe de los otros, y nadie se
cuide de sí mismo, pues todo depende de la suerte.
¡Coraggio, estimado monstruo, coraggio!

TRÍNCULO Si estos que llevo bajo las cejas son de fiar, he
aquí un espectáculo magnífico.

CALIBÁN Por Setebos, qué espíritus más apuestos.

¡Qué elegante está mi amo! Me temo
que va a castigarme.

SEBASTIÁN ¡Ja! ¡Ja!

¿Qué clase de sujetos son estos, señor Antonio?
¿Se compran con dinero?

ANTONIO Es muy probable. Uno de ellos
es un simple pez, y apto sin duda para el mercado.

PRÓSPERO Reparen en las insignias de estos hombres,
señores,
y digan si son honrados. Este canalla
deforme tuvo por madre a una bruja, cuyo poder
era tal que controlaba la luna y las mareas
y actuaba aun sin tener plenas potencias.
Estos tres me han robado, y este semidiablo
(porque es un bastardo) había tramado con ellos
quitarme la vida. A dos de estos individuos
los conocerás: son tuyos. A esta criatura
de las sombras yo la reconozco como mía.

CALIBÁN ¡Me va a pinchar hasta matarme!

ALONSO ¿No es este mi dispensero Stéfano, el borracho?

SEBASTIÁN En efecto está bebido. ¿Y dónde guardaba el vino?

ALONSO Y Trínculo se tambalea. ¿De dónde habrán sacado el gran licor que los ha puesto radiantes?
¿Cómo se metieron en este adobo?

TRÍNCULO Desde la última vez que te vi estuve tanto en adobo que temo estar calado hasta los huesos. Al menos, no he de preocuparme por las moscas.

SEBASTIÁN Bien, ¿y tú qué tal, Stéfano?

STÉFANO Ay, no me toques; más que Stéfano soy un calambre.

PRÓSPERO ¿Y tú ibas a ser rey de la isla, fantoche?

STÉFANO Lastimoso rey hubiera sido.

ALONSO (*Señalando a CALIBÁN.*)

Es la cosa más rara que he visto en mi vida.

PRÓSPERO Es tan desproporcionado en sus maneras como en su forma. Eh, tú, ve a la celda; llévate a tus compañeros. Ya que quieres que te perdone, ponla bien decente.

CALIBÁN Sí, voy a hacerlo; y de ahora en adelante seré más juicioso y buscaré la gracia.
¡Grandísimo imbécil! ¡Tomar a un borracho por dios y adorar a un papanatas!

PRÓSPERO Anda, vete.

ALONSO Fuera de aquí, y lleven esa ropa a donde la encontraron.

SEBASTIÁN Donde la robaron, más bien.

Salen CALIBÁN, STÉFANO y TRÍNCULO.

PRÓSPERO Invito a su alteza y su cortejo

a mi humilde celda, donde descansarán
esta noche, parte de la cual ocuparé
con un relato tal que, no dudo, la ha de hacer
muy corta: la historia de mi vida,
y todo cuanto ocurrió de peculiar
desde que llegué a esta isla; y por la mañana
los acompañaré hasta el barco, y luego a Nápoles,
donde espero ver las nupcias solemnes
de nuestros enamorados. De allí por fin
me retiraré a Milán, donde uno de cada tres
pensamientos lo dedicaré a la tumba.

ALONSO Ansío escuchar la historia de tu vida;
debe ser cautivante.

PRÓSPERO Te lo contaré todo,

y prometo mares calmos, vientos auspiciosos,
y una travesía tan ágil que darás alcance
a tu lejana flota real. Ariel, mi pajarito,
de eso te encargas tú. Después, líbrate
a los elementos, y adiós. Pasen, por favor.

Salen todos.

EPÍLOGO

PRÓSPERO Ahora que mi magia he resignado

solo mi propia fuerza me ha quedado,
que ya es poca. Es de ustedes mi destino:

o me retienen aún aquí cautivo

o me envían a Nápoles por fin.

No vayan, les ruego, a permitir,

ahora que vuelvo a tener mi ducado

y al ruin impostor he perdonado,

que el encanto prolongue más los días

de mi vida en esta triste isla baldía.

Si es que me quieren redimir

por favor no dejen de aplaudir.

Impulsen mis velas con su aliento

para que no fracase mi proyecto,

que era agradar. No tengo ahora

duendes serviciales ni arte encantadora;

y he de acabar en la desesperanza

a menos que me libere la plegaria,

que de tan persuasiva hasta conmueve

a la Piedad, y de toda falta absuelve.

Y así como sus pecados se han de perdonar,

que su indulgencia me dé a mí la libertad.



DOS NOBLES

DE LA MISMA SANGRE

versión de

Amir Hamed

Escrita en colaboración con John Fletcher entre 1613 y 1614, aunque algunos historiadores sostienen que Fletcher completó una obra inacabada de Shakespeare. No fue incluida en el Primer Folio de 1623. Se publicó una edición en Cuarto en 1634.



DRAMATIS PERSONAE

PRÓLOGO

TESEO, duque de Atenas

HIPÓLITA, reina de las amazonas, luego esposa de Teseo

EMILIA, su hermana

PIRITOO, amigo de Teseo

ARCITES y PALAMÓN (los dos nobles de la misma sangre, primos, sobrinos de Creonte, el rey de Tebas)

HIMENEO, dios del matrimonio

MUCHACHO, que canta en el cortejo de la boda

Artesio, un soldado ateniense

Tres REINAS, viudas de los sitiadores muertos en Tebas

VALERIO, un tebano

Un HERALDO

Una MUCHACHA que acompaña a Emilia

MENSAJEROS

Seis CABALLEROS, tres que asisten a Arcites y tres a Palamón

Un SIRVIENTE

El CARCELERO a cargo de la prisión de Teseo

La HIJA DEL CARCELERO

El HERMANO DEL CARCELERO

El PRETENDIENTE de la hija del carero

Dos AMIGOS del carcelero

Un MÉDICO

Seis ALDEANOS, uno vestido como babuino
(cruza de perro y mandril, con la cola tan larga
como el cuerpo)

Geraldo, un PROFESOR

NELL, una muchacha aldeana

Otras cuatro muchachas aldeanas: Barbaria,
Panchita, Luce, Malena

Timoteo, un TAMBORILERO

Ninfas, asistentes, doncellas, verdugo, guardia

EPÍLOGO

Sirvientes, guardianes, asistentes, etcétera.

PRÓLOGO

Fanfarria. Entra el PRÓLOGO.

PRÓLOGO Las obras nuevas y las doncellas

se parecen: mucho a ambas se las busca
y mucho por ellas se desembolsa,
si se mantienen firmes y sanas.

Y una buena pieza teatral, cuyas
modestas escenas se ruborizan
en el día de la boda, y se estremecen
ante la perspectiva de perder
la virginidad, es como aquella que,
luego del vínculo sagrado
y la primera noche de revuelo,
aún es pleno pudor y aún retiene
para los ojos más de doncellez
que de los afanes del marido.

Es nuestro deseo que esta obra
así de doncella sea, porque estoy
seguro de la pureza y nobleza
de su ancestro: no hay poeta y docto que haya
ganado hasta ahora tanta fama
entre el Po y el plateado Trento.

Chaucer, admirado de todos, nos entrega
la historia. Allí vive, constante
en su eternidad. Si desconsideramos
la nobleza de esto, y lo primero
que esta niña oye es abucheos, ¡cómo
sacudirá la osamenta de ese buen hombre
y lo hará gritar desde bajo tierra:
«Ay, quítenme de encima la basura
de estos escribas, que me aplasta
los laureles, y de mi célebre obra
hace algo más ligero que Robin Hood»!
He aquí nuestro temor, pues a decir verdad
fue cosa desproporcionada y ambiciosa
en exceso débiles como somos,
haber pretendido a él arrimarnos
y nadar con poco aliento en esta agua profunda.
Si ustedes nos ayudan con su aplauso,
enderezaremos el curso y algo
haremos que nos salve; ante ustedes
habrán de presentarse escenas que,
si bien inferiores a las que él creara,
bien valen dos horas de labor.
A sus huesos dulces sueños y, para
ustedes, provecho. Si esta pieza
no consigue que en algo escapemos
al tedio, sufriremos pérdida tan grande

que no tendremos más que marcharnos.

Fanfarria de trompetas.

Sale.

PRIMER ACTO

ESCENA I

Música. Entra HIMENEO con una antorcha encendida, precedido por un MUCHACHO vestido con túnica blanca, que canta y esparce flores. Detrás de HIMENEO, entra una ninfa, con las trenzas sueltas, luciendo una guirnalda de espigas de trigo. Luego, entre otras dos ninfas, con guirnaldas iguales, ingresa TESEO. Luego HIPÓLITA, la novia, conducida por PIRITOO, y otro que sostiene una guirnalda sobre su cabeza; sus trenzas también cuelgan. Detrás de ella EMILIA, sosteniendo la cola del vestido de novia. Por último Artesio, asistentes y músicos.

MUCHACHO (*Canta mientras dura la procesión.*)

Ya idas sus espinas, las rosas
por fragancia no solo majestuosas
también por sus matices soberanas.

Claveles en aroma desmayados,
margaritas, más bonitas
si menos perfumadas,
y el tomillo dulce y simple.

La bellorita, primogénita de Primavera,
heraldo del tiempo alegre de mayo,
con el son de sus campanas.

Las primulas en sus sostenes creciendo,
las caléndulas sobre criptas funámbulas,
y las espuelas que pulcras reverberan.

Esparce flores.

De Natura las amadas hijas todas

yacen dulces a los pies de los novios
bendiciendo sus sentidos.

No hay un ángel de los aires,
ni pájaro melodioso
o bello que a la boda falte.

Ni el cuervo, ni el mentiroso cuclillo,
ni la corneja agorera,
ni el grajo de parda cabeza,
ni la urraca parlanchina
colgarán ni cantarán
sobre nuestra cabaña nupcial.

No traerán discordia
y lejos de ella volarán.

Entran tres REINAS vestidas de negro, con los rostros velados y coronas imperiales. La PRIMERA REINA se arroja a los pies de TESEO; la SEGUNDA a los de HIPÓLITA, la TERCERA, delante de EMILIA.

PRIMERA REINA (*A TESEO.*) Por el bien de la misericordia
y la verdadera nobleza,
escúchame y presta atención.

SEGUNDA REINA (*A HIPÓLITA.*)

Por el amor de tu madre y porque desees
que tu vientre crezca con hijos sanos,
escúchame y presta atención.

TERCERA REINA (*A EMILIA.*) Por el amor de aquel a quien
Júpiter
ha marcado para honrar tu cama
y por el amor a la pura virginidad,
sé abogada de nosotras y nuestras desdichas.

Esta buena acción borrará
todos tus pecados del Registro,
todo lo que de ti se haya asentado.

TESEO Levántate, triste señora.

HIPÓLITA Arriba.

EMILIA ¡Nada de prenderte a mis rodillas!

Cualquier mujer pesarosa a la que pueda
ayudar me obliga a socorrerla.

*La SEGUNDA y la TERCERA REINA
se levantan.*

TESEO ¿Qué es lo que solicitan?

(A la PRIMERA REINA.) Habla tú por todas.

PRIMERA REINA Somos tres reinas cuyos soberanos,
caídos frente a la ira del cruel Creonte,
aguantan los picos de los cuervos,
las garras de los milanos y los picotazos
de las cornejas en los malolientes
campos de Tebas. En vez de permitir
que incinerásemos nosotras los huesos
de nuestros esposos, que guardásemos
en urnas sus cenizas, que retirásemos
los restos de mortífera repugnancia,
ofensivos al ojo bendito
del divino Febo, infecta los vientos
con la fetidez de nuestros señores
asesinados. Ten piedad, duque.

Tú, purgador de la Tierra, desenvaina
la temible espada que al mundo beneficia
con sus acciones: danos
los huesos de nuestros finados reyes
para que los guardemos en criptas
y, en tu bondad ilimitada, notifícate
de que nuestras testas coronadas no
tienen otro techo que el de los osos
y los leones: la bóveda de todas las cosas.

TESEO Levántate, te lo ruego:

tus palabras me han arrebatado
y me aflige que lastimes tus rodillas.
Me he enterado del destino de sus señores
muertos, y es algo que tanto me acongoja
como despierta mi sed de vengarlos.
Capaneo, el rey, fue tu señor. El día
en que iba a desposarte, de una edad
idéntica a la que ahora tengo yo,
lo conocí junto al altar de Marte.
Tú eras deslumbrante en ese tiempo:
no era más claro ni abundoso el manto
de Juno que tus trenzas. Tu guirnalda
de espigas no había sido desgranada
ni machacada entonces; al sonreírte
Fortuna, se dibujaban hoyuelos
en sus mejillas; Hércules, mi primo,

entonces más débil que tus ojos,
yacía junto a su garrote: se derrumbó
en su madriguera nemea y juró
que los músculos se le habían derretido.
¡Ah, dolor y tiempo, consumidores
temibles que todo lo devoran!

PRIMERA REINA Oh, espero que algún dios,
que algún dios haya puesto su clemencia
en tu hombría, y así te infunda poder
y te impulse en defensa de nosotras.

TESEO No, viuda, sin genuflexiones. Guárdalas
para Belona, la del casco, y reza por mí,
tu soldado. Turbado estoy.

La PRIMERA REINA se levanta.

TESEO se aparta de ella.

SEGUNDA REINA Honrada Hipólita, temidísima amazona,
que mataste al jabalí bicéfalo de Escitia,
que con tu brazo, que es tan fuerte como blanco,
estuviste a punto de hacer al macho
cautivo de tu sexo, hasta que este tu señor,
que nació para que todas las cosas
se mantuvieran de acuerdo al orden diseñado
por la Naturaleza, te redujo al límite
que habías traspasado, sometiendo
a una tus fuerzas y tu afecto.
Guerrera, yo sé que ahora puedes
equilibrar tu dureza con piedad

y que tienes mucho más poder sobre Teseo
que el que Teseo alguna vez ejerciera
sobre tu pecho: ya eres dueña de su fuerza,
también de su amor, y es siervo del tenor
de tu discurso. Tú, espejo inapreciable
de todas las mujeres, ordénale que a nosotras,
(condenadas a arder por la llameante guerra)
nos dé cobijo a la sombra de su espada.
Exígele que la ponga sobre nuestras cabezas.
Háblale en clave de mujer; como tal,
como si fueras una de nosotras tres,
y si no lo consigues llora.
Préstanos tus rodillas, pero no te hinqües
más tiempo que el que se mueve una paloma
una vez que le han cortado la cabeza.
Dile qué harías tú si fuese él quien yaciera
en el campo de batalla almidonado de sangre,
todo hinchado, mostrándole los dientes
al sol, y haciendo muecas a la luna.

HIPÓLITA No digas más, desdichada. Tanto deseo
realizar esta buena acción en favor de ustedes
como esto a lo que me encamino,
y hasta ahora nunca he hecho
algo con más gusto. Tu aflicción
caló bien hondo en mi señor; dejemos
que lo considere. Pronto hablaré con él.

TERCERA REINA (*Arrodillándose ante EMILIA.*)

Ay, mi petitorio se forjó en un hielo que,
derretido por aflicción candente,
se licua en lágrimas; así la tristeza,
careciendo de forma, se amoneda
en materia más profunda.

EMILIA Te ruego que te levantes;

tu dolor está escrito en tus mejillas.

TERCERA REINA Por desgracia allí no puedes leerlo.

Se pone de pie.

Aquí, a través de mis lágrimas,
podrás contemplarlo como a guijarros
rugosos a través de una corriente
traslúcida. ¡Ay de mí, señora, ay de mí!
Quien todos los tesoros que se dan
sobre la tierra haya de conocer,
debe conocer también el centro;
quien atrape mi mojarra más pequeña,
que arroje su anzuelo y pesque una
en mi corazón. Te pido disculpas.
Lo extremo, que aguza algunas mentes,
a mí me vuelve bufona.

EMILIA Te lo ruego, nada digas, te lo ruego:

quien no es capaz de sentir ni ver la lluvia,
estando en ella, no conoce lo mojado
ni lo seco. Si fueras tú la obra

de un pintor (la verdadera estampa
de un corazón traspasado) te compraría,
para que me instruyeras frente a un dolor
capital; ¡pero ay! siendo, como soy,
hermana natural de nuestro sexo,
tu aflicción golpea sobre mí con tal ardor
que hará de mí un contrarreflejo que,
enfrentado al pecho de mi cuñado,
aun si este fuese de piedra,
lo entibiaría de piedad.

Alíviate un poco, te lo ruego.

TESEO ¡Adelante, al templo! ¡Que ni el menor detalle
de esta ceremonia quede sin verificarse!

PRIMERA REINA Ah, esta celebración será más larga

y costosa que la guerra que piden
tus suplicantes. Recuerda que tu fama
repica en los oídos del mundo: aquello
que haces rápido no se hace a la ligera;
el primero de tus pensamientos es
más que el laborioso meditar de otros;
tu premeditar más que sus acciones.

Mas, oh, Zeus, tus acciones, ni bien
iniciadas, como el pigargo a los peces,
someten antes de tocar. ¡Piensa,
querido duque, piensa qué lechos
tienen nuestros reyes asesinados!

SEGUNDA REINA ¡Qué pena la de nuestros lechos,
si nuestros señores no tienen ninguno!

TERCERA REINA Ninguno digno de los muertos.

Incluso a aquellos que con cuerdas, dagas,
venenos, precipitación (cansados
de la luz de este mundo) han sido agentes
de su atroz y propia muerte, la gracia
humana les proporciona polvo y sombra.

PRIMERA REINA Pero nuestros señores yacen
abrasados bajo el sol que los visita;
y cuando vivían eran buenos reyes.

TESEO Es verdad, y yo las asistiré
para que den tumbas a sus señores
muertos, para lo cual es necesario
que trate con Creonte.

PRIMERA REINA Y ese trabajo reclama ser hecho ya.
Ahora cobrará forma; los calores
se disiparán mañana. Entonces,
el trabajo sin botín tendrá por recompensa
su propio sudor; ahora él está seguro
y no sueña que estemos frente a tu poder,
enjuagando nuestras sagradas súplicas
en tus ojos para hacerlas más claras.

SEGUNDA REINA Ahora puedes sorprenderlo
borracho por su victoria.

TERCERA REINA Y a su ejército

empachado de pan y de pereza.

TESEO (*Al oficial.*) Artesio, tú que eres quien mejor
sabe elegir, adelántate y recluta
nuestro más valioso material,
la mejor tropa y el número apropiado
para llevar adelante tal empresa,
en tanto despachamos este magno acto
de nuestras vidas, este acto atrevido
de fe en el matrimonio.

PRIMERA REINA (*A las otras dos reinas.*)

Viudas, estrechemos las manos;
enviudemos ya de los lamentos;
la demora nos encomienda
a una esperanza famélica.

LAS TRES REINAS ¡Adiós!

SEGUNDA REINA Hemos venido en hora impropia, ¿pero
cuándo
ha podido el dolor seleccionar
(como sí puede el juicio al que no aflige
sufrimiento) el momento más apropiado
para solicitar mejor?

TESEO Buenas damas, este al que me apresto
es el servicio más grande hecho.
Me importa más que todas las acciones
que he realizado o pueda realizar en el futuro.

PRIMERA REINA Esto hace más evidente que nuestra

demanda será descuidada no bien
sus brazos (capaces de evitar que el mismo Zeus
asista a un sínodo) te pongan
un corsé bajo la luz complaciente
de la luna. Ah, cuando sus dos cerezas
gemelas dejen caer su dulzura
sobre tus labios gustosos, ¿qué podrás
pensar de reyes podridos o de reinas
manchadas de lágrimas? ¿Qué te importará
lo que no estés sintiendo, siendo lo que sientes
capaz de hacer que Marte desprecie su tambor?
Ah, si tan solo una noche te acuestas con ella,
cada hora de esa noche te hará
rehén por otras cien y nada habrás
de recordar, con excepción de aquello
a lo que el banquete te esté invitando.

HIPÓLITA (A TESEO.) Aunque es muy improbable
que pudieras arrebatarte tanto,
tanto o más me aflige ser yo quien esto
pide. Sin embargo, me parece
que más afligida estaría si no
me arrancara de encima el escándalo
de todas las mujeres y no curase,
por medio de la abstinencia de mi
regocijo (que cría un anhelo más
profundo aún), la hartura de sufrimiento

de estas, que arde por remedio urgente.
Por este motivo, señor, (*se arrodilla*) aquí
someteré mis súplicas a juicio, ya sea
que pueda jactarme de que cuenten
con alguna fuerza, o que su vigor quede,
para siempre, sentenciado como mudo.
Difiere este asunto que ahora nos ocupa
y pon tu escudo (cerca de ese cuello
que es mi propiedad y libremente presto
para que sirva a estas pobres reinas)
como proa a tu corazón.

LAS TRES REINAS (*A EMILIA.*) Ay, socórrenos ahora;
nuestra causa clama por tus rodillas.

EMILIA (*Arrodillándose, a TESEO.*)

Si no le concedes a mi hermana
lo que te solicita, con el mismo
vigor, celeridad y carácter
que ella declaro que, de aquí en más,
nunca habré de atreverme a pedirte
nada ni seré nunca tan audaz
como para tomar esposo.

TESEO De pie, por favor.

EMILIA e HIPÓLITA *se levantan.*

A mí mismo me estoy solicitando
realizar eso para lo que ustedes
se arrodillan. Conduce a la novia,

Piritoo; vayan y rueguen a los dioses
por la victoria y por el regreso.
Que en la celebración no falte nada
de lo previsto. Reinas, sigan a su
soldado. (*A Artesio.*) Como antes, encuéntranos
en las orillas de Aulis con las huestes
que puedas reunir; allí nos esperan
tropas nuestras: una fracción de ellas
ya es número digno de empresas
mayores que esta.

Sale ARTESIO.

(*A HIPÓLITA.*) Porque la prisa nos mueve,
imprimo este beso en tus labios genuinos;
consérvalo como seña de mi amor,
dulzura mía. Adelántate ya, así te veré partir.

El cortejo nupcial se desplaza hacia el templo.

(*A EMILIA.*) Adiós, mi bella hermana. Piritoo,
vigila que la fiesta se mantenga
espléndida, sin un minuto de mengua.

PIRITOO Señor, te seguiré de cerca.

La ceremonia esperará hasta que vuelvas.

TESEO Te lo encomiendo, primo: no te muevas
de Atenas. Habremos de regresar,
y así podrás poner fin a la fiesta,
a la que te encarezco no le ahorres nada.
Una vez más, adiós a todos.

Sale la procesión hacia el templo.

PRIMERA REINA Así convalidas lo que el mundo dice de ti.

SEGUNDA REINA Y haces de ti un dios igual a Marte.

TERCERA REINA Si no superior a él

porque tú, siendo solo un mortal,
has doblegado tus pasiones
para ganar dignidad semejante
a la divina, en tanto que los dioses
(eso es fama) gimen bajo el dominio de ellas.

TESEO Precisamente porque somos hombres

es que debemos hacerlo; si la sensualidad
nos somete perdemos el título de humanos.
Alegren sus espíritus, señoras,
que ahora atenderemos sus necesidades.

Fanfarrias.

Salen.

ESCENA II

Entran PALAMÓN y ARCITES.

ARCITES Palamón, más querido por el afecto

que por parentesco, y el más cercano
de mis primos: ya que aún no osificaron
nuestros vicios naturales, abandonemos
la ciudad de Tebas y todas sus tentaciones,
antes de que se enchastre el brillo
de nuestra juventud.

Porque aquí la abstinencia nos avergüenza
tanto como si cayéramos en incontinencia.

Ya que no nadar a favor de la corriente

(para al menos no frustrar nuestras fuerzas
remontándola) es casi hundirse. Y seguir
la corriente general nos llevaría
rumbo a un remolino, sin más opción
que dar la vuelta o ahogarnos. Y de sortearlo
con brazadas, la única recompensa
sería salvar la vida y debilitarnos.

PALAMÓN Miles de ejemplos aplauden la sensatez
de tu consejo. Desde nuestros primeros
días en la escuela, ¿cuántas extrañas ruinas
nos ha sido dado percibir caminando
por Tebas? Cicatrices y andrajos son
la ganancia del soldado que, como meta
para su valor, ponía honores
y lingotes de oro: si su valor los ganó,
él no los obtuvo (y ahora la paz por la cual
peleó lo sopapea). ¿Quién, entonces,
podría ofrecerse a un altar de Marte
tan menospreciado? De veras que sangro
cada vez que me encuentro con uno de esos,
y desearía que Juno, la grande, reiniciase
su antigua labor de celos, para darle
trabajo al soldado y que la Paz purgara
su atiborramiento y recuperase
su corazón piadoso, ahora más duro y áspero
aun que las contiendas o la guerra.

ARCITES ¿No te estás quedando

corto de letra? ¿No has encontrado
en los extravíos y recovecos de Tebas
más ruina que la del soldado? Empezaste
como si te hubieras topado con todo tipo
de decadencias. ¿Solo el militar
relegado te despierta compasión?

PALAMÓN Sí, me apenan todos los que declinan,

allí donde los topo, pero más aquellos
que, como forma de aplacar el sudor
de su meritorio trabajo,
reciben como pago solo hielo.

ARCITES No es de esto que yo empecé a hablar.

Lo que dices es virtud que Tebas no respeta.
Yo me refería a Tebas, a lo peligroso
que es para nosotros, si queremos
salvaguardar nuestro honor, seguir residiendo
aquí, donde cada vicio se presenta
con buen color, donde todo lo que aparenta
ser virtud es vicio cierto, donde,
en caso de no ser exactamente como son,
los de aquí seremos extranjeros,
y en caso de serlo, monstruos plenos.

PALAMÓN Está a nuestro alcance (a menos que temamos

que los monos puedan instruirnos)
ser los maestros de nuestros modales.

¿Qué necesidad tengo de afectar el paso
de otro, si allí donde hay fe no es contagioso?
¿O por qué debo aficionarme
a la forma de hablar de fulano,
si puedo hacerme entender razonablemente
con la mía, y hasta salvarme, si hablo con la verdad?
¿Qué generosa deuda tengo para
seguirlo como él sigue a su sastre, hasta
que el sastre termina persiguiéndolo a él?
O si no, dime por qué ha de ser mi barbero
un miserable, y con él también mi barbilla,
solamente porque no ha sido cortada
según el reflejo de tal o cual tilingo.
¿Qué canon le ordena a mi espadín saltar
de mi cadera para balancearse
en mi mano o que me obligue a andar
de puntillas si en la calle no hay barro?
O soy el caballo que manda el conjunto
o no tiro de ningún carro. Estos
raspones no necesitan de planta
curativa. Es otro quien me raja
el pecho casi hasta el corazón.

ARCITES Nuestro tío Creonte.

PALAMÓN Él, uno de los más desenfrenados
tiranos, cuyos triunfos hacen perder
el temor en el cielo y a la vileza

le aseguran que nada queda fuera
de su alcance. Pone a la fe al borde
de la enfermedad y hace del voluble
Azar el único dios. Atribuye
solo a sus fuerzas y actos lo que en rigor
consiguieron sus soldados; exige
de los hombres el servicio y lo que ganan
sirviéndolo tan bien, botín y gloria.
Aquel que no teme hacer daño, no se atreve
a hacer el bien. Que las sanguijuelas
me chupen la sangre pariente de la suya,
que revienten y caigan de mi cuerpo
llevándose esa corrupción.

ARCITES Primo esclarecido:

abandonemos su corte; así nada
compartiremos de su atronadora
infamia. Nuestra leche acabará tomando
el sabor de estos pastos y nos queda
solo ser viles o desobedientes:
no nos ata vínculo de sangre,
a menos que seamos como él.

PALAMÓN Nada más cierto; creo que los ecos

de sus oprobios han ensordecido
los oídos de la Justicia Divina.
Las viudas vuelven a gritar, y no obtienen
la debida audiencia de los dioses.

Entra VALERIO.

¡Valerio!

VALERIO El rey los reclama. Demórense,
sin embargo, hasta que pase la gran cólera
que siente. Febo, cuando rompió su fusta
y clamó contra los caballos del sol,
apenas susurraba comparado
con el trueno de su furia.

PALAMÓN Hasta una ventisca
es capaz de enfurecerlo. Pero ¿qué pasa?

VALERIO Teseo, que causa horror cuando amenaza,
ha lanzado a Creonte un mortal reto
y anuncia la ruina de Tebas;
y la tiene a tiro para sellar lo que su ira prometió.

ARCITES Dejemos que se acerque.

Salvo por temor a los dioses que pueda
representar, no nos da ningún miedo.
Sin embargo, cualquier hombre reduce
a un tercio su propio valor (es este
el caso nuestro) cuando sus acciones
se ven nubladas por la certidumbre
de que emprenderlas es malo.

PALAMÓN No pensemos en eso.

Ahora nuestros servicios se deben
a Tebas, no a Creonte. Si bien sería
deshonroso mantenernos neutrales

a él, enfrentarlo sería rebelarse;
por lo tanto, debemos resistir
junto a él, a merced de nuestro destino,
que ha prefijado nuestro último minuto.

ARCITES Eso haremos.

(A VALERIO.) ¿Se sabe si está esta guerra en camino
o si es que habrá de estarlo en caso
de que alguna condición no se cumpla?

VALERIO Ya está en marcha. Al mismo tiempo
llegaron los informes oficiales
y el heraldo de Teseo.

PALAMÓN Vamos con el rey.

Si este tuviese un cuarto del honor
de su enemigo, la sangre que arriesgamos
sería benéfica para nuestra salud:
no sería gastada sino invertida
para comprarnos la honra. Pero,
ay de mí; si nuestras manos avanzan
más lejos que nuestros corazones,
¿qué daño podrán hacer nuestros golpes?

ARCITES Dejemos que el resultado, árbitro infalible,
nos lo diga cuando ya sepamos todo por nosotros
mismos
y sigamos los guiños del destino.

Salen.

ESCENA III

Entran PIRITOO, HIPÓLITA

y EMILIA.

PIRITOO Hasta aquí.

HIPÓLITA Adiós, señor. Transmite mis votos
a nuestro gran señor, de cuyo éxito
no me atrevo a hacer ningún timorato
cuestionamiento; pero sin embargo
le deseo (si esto es posible) exceso
y sobreabundancia de poder, para
que pueda afrontar cualquier lance adverso.
¡Victoria fulminante! La abundancia
nunca daña a los buenos gobernantes.

PIRITOO Aunque sé que su océano
no necesita de mis pobres gotas,
estas necesitan, de todos modos,
rendir ahí su tributo. (*A EMILIA.*) Mi preciosa
doncella, en tu querido corazón
quedan entronizados los mejores
afectos que los cielos infunden
en sus piezas mejor templadas.

EMILIA Gracias, señor.

Dale mis recuerdos a nuestro espléndido
hermano, cuyo triunfo solicito
a la gran Belona; y dado que en nuestra
terrena condición los petitorios
no son entendidos sin presentes,
le ofreceré aquello que me indiquen

le gusta. Nuestros corazones están
en el ejército de Teseo, en su tienda.

HIPÓLITA En su pecho. Hemos sido
guerreras y no podemos llorar
cuando nuestros amigos encasquetan
sus yelmos, o se dan al mar, o cuentan
de niños empalados en la lanza
o de mujeres que han hervido
a sus infantes y de la salmuera
que (tras haberlos comido) son sus lágrimas.
Por eso, si fueras a quedarte por ver
que nos comportamos como costureras,
te retendríamos aquí para siempre.

PIRITOO En tanto me ponga al día con esta
guerra, tengan ustedes paz. Entonces
ya no habrá necesidad de pedirla.

Sale PIRITOO.

EMILIA ¡De qué modo sigue su ansia a su amigo!
Desde que partió Teseo, los juegos
celebratorios, aunque requerían
de su concentración y habilidad,
recibieron apenas desatenta
ejecución. Ni ganaron su ojo
las victorias, ni perdieron su estima;
más bien, llevando un asunto con una
mano y con la cabeza puesta en otro,

su mente era nodriza pareja
para mellizos tan discordantes.
¿Has seguido su conducta desde el día
que partiera nuestro gran señor?

HIPÓLITA Con gran diligencia,

y en verdad lo he amado por eso. Juntos
estos dos se han confinado en infinidad
de rincones, tan riesgosos como
mezquinos, en los que las privaciones
competían con el peligro; juntos
han remontado en frágil esquife
torrentes cuya rugiente tiranía
y poder eran (cuando menos)
aterradores; y ambos, juntos,
han resistido allí donde la misma
Muerte se alojaba; y sin embargo, el Hado
siempre los ha rescatado. Su lazo
de amor ha anudado, enmarañado,
entretejido con tanta verdad,
durabilidad, y con dedos de maña
tal que acaso pueda vencerse mas no será deshecho.
Me parece que Teseo por sí mismo
no puede arbitrar (dividiendo
su conciencia el par y dándole igual
justicia a cada una de las partes)
a cuál de las dos ama más.

EMILIA Sin duda hay un amor que es más,
y la razón carece de modales
para decir que no eres tú. Estuve alguna vez
familiarizada con una edad
en que disfruté de una compañera de juegos.
Ambas teníamos once años;
tú estabas en tus guerras cuando ella
enriqueció la tumba y la hizo lecho
orgullosísimo; se licenció del servicio
de la luna (que pálida se mostró
en la partida) cuando teníamos once años.

HIPÓLITA Hablas de Flavinia.

EMILIA Sí. Tú hablas
del amor que se tienen Piritoo
y Teseo. El de ellos es de base
más firme, y está más maduramente
sazonado, más abrochado con un juicio
fuerte; y la necesidad que tienen
el uno del otro (puede decirse)
irriga las enmarañadas raíces
del amor. Pero yo y por la que suspiro
y de quien hablo éramos seres inocentes,
amábamos porque sí y nuestras almas
eran una a otra como los elementos,
que ignoran el qué y el porqué
y sin embargo alcanzan en su obrar

resultados notables. Lo que a ella
le gustaba, de inmediato era aprobado
por mí; lo que no, condenado sin más. La flor
que yo arrancara y pusiera entre mis pechos
(ah, entonces recién comenzaban
a florecer), se convertía en el ansia
de Flavinia, hasta que ella conseguía una
similar y la confiaba a cuna no menos
inocente. Allí, como sendas aves fénix,
morían en fragancia. No consentía
mi cabeza otro adorno que el que ella
modelase. Yo seguía (para mi más
seria etiqueta) lo que le gustaba
usar; tocados bonitos aunque acaso
despreocupados. Si mi oído había
robado una tonadita nueva
o si me aventuraba a tararear
una improvisación, era esta una nota
que su ánimo visitaba (o mejor,
en la que residía) para cantarla
en sus entresueños. Este recuento,
(que, la alegre inocencia bien lo sabe,
viene como bastardo de la vieja pasión),
tiene este fin: el amor entre
doncella y doncella puede ser más
que aquel entre sexos divisos.

HIPÓLITA ¡Estás sin aliento! Y tanta precipitación

fue para decir tan solo que nunca
amarás a nadie que se llame varón
como amaste a la doncella Flavinia.

EMILIA Estoy segura de que no lo haré.

HIPÓLITA Ay de ti, débil hermana,

no debo creerte en este punto (si bien
me consta que tú misma así lo crees) más
de lo que confiaría en un apetito
enfermizo que aborrece lo mismo
que anhela. Pero ten por seguro,
hermana mía, que si estuviese madura
para que me persuadieras, has dicho
suficiente como para arrancarme
del brazo del nobilísimo Teseo,
por cuya buena ventura aquí
y ahora me arrodivo, con gran certeza
de ser yo, más que Pírrico, quien posee
el encumbrado trono de su corazón.

EMILIA No me opongo a tu fe,

si bien me afirmo en la mía.

Salen.

ESCENA IV

*Cornetas. Se oyen ruidos de combate. Luego, un toque a retirada.
Fanfarria. Acto seguido, por una puerta entra TESEO, victorioso seguido
por HERALDO y asistentes, cargando sobre ataúdes a Palamón y Arcites.
Por la opuesta, ingresan las tres REINAS, que se encuentran con el
vencedor y se postran ante él.*

PRIMERA REINA ¡Que ningún astro te sea oscuro!

SEGUNDA REINA ¡Que cielo y tierra te sean siempre
amistosos!

TERCERA REINA ¡A toda voz digo amén a todo lo bueno
que se pueda desear para ti!

TESEO Los imparciales dioses, que desde sus altos cielos
nos tienen por grey mortal, advierten quién yerra
y, a su tiempo, castigan. Vayan ustedes
a encontrar los huesos de sus difuntos
señores y ríndanles honra en triple
ceremonia. Nada ha de faltar
de lo que por supreciado derecho
les corresponde; si algo falta será provisto
por aquellos en los que deleguemos,
quienes enmendarán cualquier detalle
que nuestra prisa deje imperfecto
y las investirán de todas las dignidades.
Así que adiós, y que los bondadosos
ojos del cielo miren por ustedes.

Las REINAS salen.

¿Quiénes son esos?

HERALDO Hombres de gran clase, si se miran sus arreos
de combate. Por lo que alguna gente
de Tebas nos ha dicho, son hijos
de dos hermanas, sobrinos del rey.

TESEO Por el yelmo de Marte, que los he visto
en la guerra, como un par de leones
manchados por su presa, abrir surcos

entre tropas horrorizadas. Fijé mi atención
constantemente en ellos, porque eran
un espectáculo digno de la atención de un dios.
¿Qué prisionero fue el que respondió
cuando pregunté por sus nombres?

HERALDO Con su venia.

Los llaman Arcites y Palamón.

TESEO Es cierto; esos, esos. ¿No están muertos?

HERALDO Ni en estado de vida. De haberlos prendido
cuando recibieron las últimas heridas,
tal vez se habría podido recobrarlos.
Pero respiran, y es dable llamarlos hombres.

TESEO Entonces, denles uso de hombres.

Hasta las heces de varones como estos
exceden el vino de otros un millón de veces.
Que todos nuestros cirujanos se junten
en su beneficio. Que no mezquinen
nuestros más costosos bálsamos; o mejor,
que los derrochen: sus vidas son para nosotros
mucho más valiosas que Tebas. Si estuvieran
como esta mañana, sanos y libres,
los hubiera querido muertos y no
en esta penosa condición, pero ahora
es cuarenta veces preferible
tenerlos prisioneros que difuntos.
Apártenlos pronto de nuestro aire,

gentil con nosotros pero con ellos descortés,
hagan todo cuanto un hombre pueda hacer
por otro y, por nuestro bien, hagan más,
pues yo he sabido de espantos, furia,
encargos de amigos, provocaciones
de amor, celos religiosos, recados
para una amante, ansias de libertad,
fiebre y locuras que fijaron metas
por naturaleza inalcanzables
si no las forzaba algo; sin embargo,
aunque movida por causa enfermiza,
la voluntad doblega a la razón.
Que por amor a nosotros y la misericordia
del gran Febo, nuestros mejores médicos
los atiendan con su máxima pericia.
Llévenlos a la ciudad; ahí, una vez
reunido lo disperso, zarparemos
hacia Atenas al frente del ejército.

Fanfarrias.

Salen.

ESCENA V

*Música. Entran las tres REINAS con asistentes llevando los ataúdes de sus
caballeros en ceremonia fúnebre.*

LAS TRES REINAS (*Cantan*)

El fin de nuestros honores
son urnas y olores,
quejidos y vapores
que el día oscurecen.

Nuestro duelo parece
más mortal que la muerte.
Gravedad, incienso y bálsamo
frascos sacros llenos de llanto,
y el aire loco sajado
por clamores redoblados.
Vengan gestos doloridos
que enemigos son del placer vivo.
Solo a las penas aquí recibimos.
Solo a las penas aquí recibimos.

TERCERA REINA Este camino funerario lleva
al panteón de tu familia; ¡que vuelva
a ti la dicha; la paz del sueño a él!

SEGUNDA REINA Y este al tuyo.

PRIMERA REINA El tuyo está por este rumbo.

Mil diferentes caminos para
una sola meta prestan los cielos.

TERCERA REINA Este mundo es una ciudad repleta
de erráticas calles, y la Muerte es la feria
donde todos van a encontrarse.

Salen cada una por su lado.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Entran el CARCELERO y el PRETENDIENTE.

CARCELERO Mientras viva puedo desprenderme de muy poco; algo puedo darte, no mucho. ¡Ay de mí!: esta prisión que vigilo, que está destinada a los grandes aunque ellos rara vez la visitan. Antes de agarrar un salmón, tienes que recoger unas cuantas mojarritas. Tengo reputación de ser más próspero de lo que aparento, pero no encuentro ningún buen motivo para semejante rumor. Ya me gustaría ser lo que de mí se dice. ¡Caray! Todo lo que tenga, sea lo que sea, el día que me muera se lo dejaré a mi hija.

PRETENDIENTE No pido nada más que lo que usted me ofrece, señor, y dotaré a su hija en los términos que he prometido.

CARCELERO Bueno, ya hablaremos más de esto cuando pasen las celebraciones. Pero ¿tienes el pleno compromiso de ella? Cuando lo vea, meditaré mi consentimiento.

PRETENDIENTE Lo tengo, señor.

*Entra la HIJA DEL CARCELERO,
cargando esterillas.*

Aquí viene ella.

CARCELERO (*A su HIJA.*) Casualmente, tu amigo y yo te estábamos nombrando, a propósito de ese asunto que sabemos. Pero no hablemos más de eso, ahora; no bien haya pasado la conmoción de la corte, habremos de concluirlo. Entre tanto, pon tu ternura

en cuidar a los dos prisioneros. Te aseguro que son príncipes.

HIJA DEL CARCELERO Estas esterillas son para sus aposentos. Es una pena que estén en prisión y pena sería que estuvieran fuera de ella. Creo que tienen aguante como para avergonzar a cualquier adversidad. La misma cárcel se enorgullece de tenerlos y ellos, en su calabozo, tienen el mundo entero.

CARCELERO Tienen fama de ser un espléndido par de hombres.

HIJA DEL CARCELERO A fe mía, creo que la Fama apenas los balbucea. Están un escalón por encima de cualquier rango.

CARCELERO Oí que eran los astros de la batalla.

HIJA DEL CARCELERO Sí, es lo más probable, porque son nobles en el sufrimiento. Me maravillo al pensar cómo lucirían de haber vencido, si con tan constante nobleza imponen libertad a sus cadenas y hacen de la miseria júbilo y de la aflicción un juguete de sus bromas.

CARCELERO ¿Eso hacen?

HIJA DEL CARCELERO Me parece que no tienen más noción de su cautiverio que yo de gobernar Atenas. Comen bien, se los ve alegres y charlan de mil cosas, aunque nunca de sus privaciones y calamidades. Sin embargo, alguna vez un suspiro incompleto, martirizado mientras busca liberarse, consigue salir de las bocas de uno, y al instante el otro le propina un reproche tan dulce que ya quisiera yo ser regañada así, o al menos suspirar para que me consuelen.

PRETENDIENTE Yo no los he visto nunca.

CARCELERO El mismo duque vino anoche en secreto, y lo mismo ellos. Por qué fue así, lo ignoro.

*Palamón y Arcites aparecen
arriba en la ventana.*

Miren, allá están; ese es Arcites.

HIJA DEL CARCELERO No señor, no; ese es Palamón. Arcites es el más bajo del par; puedes percibir una parte de él.

CARCELERO Anda, sal de ahí; no vayamos a ser su objeto de atención. Fuera de su vista.

HIJA DEL CARCELERO Es una fiesta mirarlos. ¡Señor, si habrá hombres diferentes!

Salen.

ESCENA II

*Entran PALAMÓN y ARCITES a la prisión
arriba, encadenados.*

PALAMÓN ¿Cómo estás, noble primo?

ARCITES ¿Cómo estás tú, señor?

PALAMÓN Con fuerza bastante para reír de mi desdicha
y soportar los azares de la guerra;
somos prisioneros, me temo, para siempre.

ARCITES Así lo creo, y para ese destino
he resignado mi futuro.

PALAMÓN Ah, primo Arcites, ¿dónde está Tebas ahora?
¿Dónde quedó nuestra noble patria?
¿Dónde están nuestros amigos y parientes?
Nunca más nos solazaremos con ellos,
ni veremos a los mozos robustos
esforzándose en los juegos de honor,

con las pañoletas de sus amadas,
coloreadas, suspendidas en lo alto,
como si fueran altas naves listas
para navegar. Entonces largamos
con ellos y, como un viento del este
a las nubes perezosas, a todos
los sobrepasamos; Palamón y Arcites
en dos pasitos dejaron atrás
los elogios de la gente y ganaron
las guirnaldas sin dar tiempo siquiera
al deseo de dárselas.

Ah, nunca volveremos a ejercitar,
como gemelos honorables, nuestras
armas, ni a sentir (lo mismo que mares
altivos) a nuestros briosos caballos
bajo nosotros; nuestras buenas espadas
(mejores que las que jamás haya empuñado
el belicoso dios de ojos rojizos)
ahora, arrebatadas de nuestros flancos,
han sido condenadas (como por la edad)
a oxidarse por la falta de uso
y engalanan los templos de esos dioses
que nos odian. Nunca más estas manos
las desenvainarán (como el relámpago)
para aplastar ejércitos enteros.

ARCITES No, Palamón, esas esperanzas

están prisioneras como nosotros.

Aquí estamos, y aquí las gracias
de nuestra juventud, como un veranillo,
deben marchitarse.

Aquí debe la vejez encontrarnos
y, lo que es más gravoso, Palamón,
célibes. Los dulces abrazos de una
amante esposa, cargados de besos,
y armados con mil cupidos jamás
aferrarán nuestros cuellos;
no nos conocerá ningún retoño,
nunca veremos imágenes que nos repliquen
para contento de nuestra vejez
y para que, como si fueran aguiluchos,
les enseñemos bravíos a mirar fijo
el refulgir de las armas, diciéndoles:
«¡Recuerden lo que sus padres fueron,
y conquisten!». Doncellas de bellos
ojos llorarán nuestro destierro
en sus canciones y a la siempre ciega
Fortuna maldecirán hasta que avergonzada,
comprenda cuánto daño ha hecho
a la juventud y a la naturaleza.
Este es todo nuestro mundo; nada
habremos de conocer aquí más que el uno
al otro, nada habremos de escuchar

sino el reloj que cuenta nuestras penas.

La parra crecerá, pero no la veremos;

llegará el verano y con él todas sus delicias,

pero el invierno (con su frío de muerte)

mantendrá aquí su residencia.

PALAMÓN Demasiado cierto, Arcites.

Nunca llamaremos otra vez a nuestros

perros tebanos, que con sus ecos

atronaban el viejo bosque; nunca más

agitaremos nuestras jabalinas

punzantes mientras el enfurecido

jabalí escapa como un carcaj parto

de nuestra ira, atravesado por nuestros

dardos de acero filoso. Todos los

hábitos valientes (que son comida

y alimento de las mentes nobles)

en nosotros dos aquí perecerán:

por último moriremos (cosa que es

maldición del honor) hijos de la

tristeza y la ignorancia.

ARCITES Y sin embargo, primo,

aun del fondo de estas miserias

y de todas las que pueda la Fortuna

infligirnos, veo alzarse dos consuelos,

dos puros beneficios, si los dioses

así lo disponen: aguantar aquí

con desafiante paciencia y disfrutar
juntos nuestras aflicciones. Mientras
Palamón esté conmigo, que me muera
si pienso que somos prisioneros.

PALAMÓN Ciertamente. Es un grandísimo
bien, primo, que nuestras fortunas
hayan sido entretejidas. Es verdad:
dos almas puestas en cuerpos nobles,
que sufran la amargura del azar,
nunca habrán de hundirse con tal que crezcan
juntas. No deben hundirse, aun si pudieran;
el hombre dispuesto muere durmiendo y ya está.

ARCITES ¿Será posible que saquemos
algún provecho de este lugar
al que todos los hombres odian tanto?

PALAMÓN ¿Cómo, gentil primo?

ARCITES Consideremos que esta prisión es
un santuario sagrado que nos resguarda
de la corrupción de hombres peores.
Somos jóvenes, y aún deseamos
la senda del honor: la libertad
y el trato indiscriminado (veneno
de los espíritus puros) podrían
cortejarnos, igual que las mujeres,
para que nos apartemos de ella. ¿Qué gran bien
puede haber del que no nos haga propietarios

nuestra imaginación? Y aquí,
estando así juntos, somos el uno
para el otro una mina inagotable;
somos cada uno la esposa del otro,
y engendramos sin cesar nuevas crías de amor;
somos padres, amigos, conocidos.
Somos familia el uno en el otro;
yo soy tu heredero y tú el mío. Este lugar
es nuestra heredad; ningún opresor
despiadado se atreverá a arrebatárnosla.
Aquí, con un poquito de paciencia,
mucho habremos de vivir, y con afecto.
Ningún hartazgo nos acecha; a nadie
hiere aquí la mano de la guerra,
ni le tragan la juventud los mares.
Si estuviésemos en libertad, podría
en su derecho separarnos una
esposa o un negocio, vernos
consumidos por disputas ajenas;
o familiarizarnos con la envidia
de hombres enfermizos. Podría yo caer
enfermo, primo, sin que tú jamás
te enterases, y entonces fallecer
sin tu noble mano para cerrarme
los ojos, o sin tus plegarias a los
dioses. Mil azares nos separarían

si no estuviésemos aquí.

PALAMÓN Me has hecho

(y te lo agradezco, primo Arcites)
gozar casi de mi cautiverio.
¡Qué cosa más miserable vivir
fuera de aquí y en cualquier otra parte!
Se me hace cosa de bestias. Aquí
encuentro la corte (seguro estoy,
una más sustanciosa) y a través
de todos esos placeres que incitan
a vanidad las voluntades de los hombres
puedo ver ahora y soy capaz
de decir al mundo que no son sino
una sombra baladí que el anciano
Tiempo se lleva consigo a su paso.
¿Qué hubiera sido de nosotros, viejos
en la corte de Creonte, donde el pecado
es justicia, y la lujuria y la ignorancia
son las virtudes de los grandes?
Primo Arcites: de no haber los amantes
dioses encontrado este lugar
para nosotros, hubiéramos muerto como ellos,
ancianos enfermos, no llorados,
y hubiéramos tenido sus epitafios,
que son las maldiciones de la gente.
¿Debo decir más?

ARCITES Quisiera seguir oyéndote.

PALAMÓN Lo harás. ¿Existe registro de dos que amasen
mejor que como nosotros, Arcites?

ARCITES Seguro que no puede haberlo.

PALAMÓN No concibo que nuestra amistad
pueda abandonarnos nunca.

ARCITES No podrá hasta que nos marchemos.

Entran EMILIA y su CRIADA, abajo.

Y tras la muerte,

PALAMÓN *ve a EMILIA y permanece en silencio.*

nuestros espíritus serán conducidos
hacia los de aquellos que aman eternamente.

Habla, señor.

EMILIA Hay un mundo de placeres en este
jardín. ¿Qué flor es esta?

CRIADA La llaman narciso, señora.

EMILIA Ese sí que fue un lindo joven,
pero un tonto por amarse a sí mismo.

¿No había suficientes doncellas?

ARCITES (*A PALAMÓN.*) Continúa, por favor.

PALAMÓN Sí.

EMILIA (*A la CRIADA.*) ¿O eran todas tan duras de corazón?

CRIADA No habrán podido ante uno tan apuesto.

EMILIA Tú no habrías sido dura.

CRIADA Creo que no, señora.

EMILIA Buena chica. Sin embargo

cuídate bien de tu amabilidad.

CRIADA ¿Por qué, señora?

EMILIA Los hombres son unos salvajes.

ARCITES (*A PALAMÓN.*) ¿Podrías continuar, primo?

EMILIA (*A la CRIADA.*) ¿Chica, no podrías bordar en seda
flores como estas?

CRIADA Sí.

EMILIA Me haré un vestido lleno de esas,
y de estas. Este es un color bonito; chica,
¿no resaltarían en una falda?

CRIADA Quedarían preciosas, señora.

ARCITES (*A PALAMÓN.*) ¡Primo, primo! ¿Cómo estás? ¿Eh,
Palamón?

PALAMÓN Nunca hasta ahora fui prisionero, Arcites.

ARCITES Vaya, hombre, ¿qué te pasa?

PALAMÓN (*Señalando a EMILIA.*) ¡Mira y maravíllate!

Por los cielos, es una diosa.

ARCITES (*Ve a EMILIA.*) ¡Ja!

PALAMÓN Prostérnate. Es una diosa, Arcites.

EMILIA (*A la CRIADA.*) Creo que la rosa es la mejor de las
flores.

CRIADA ¿Por qué, gentil señora?

EMILIA Es el emblema mismo de la doncelléz.

Cuando el viento del Oeste la corteja
gentilmente, ¡cuán pudorosa se abre
y colorea al sol con sus castos rubores!

Cuando rudo e impaciente el viento Norte
se le acerca, entonces encapulla
nuevamente sus bellezas
(como la castidad) y deja para él solo
las espinas de su tallo.

CRIADA Sin embargo, buena señora, a veces
sin pudor llegará tan lejos
que la hará caer. Una doncella, si tiene
algo de honor, será reacia a seguir
su ejemplo.

EMILIA Estás juguetona.

ARCITES (*A PALAMÓN.*) Es de una belleza pasmosa.

PALAMÓN Es toda la existencia de belleza.

EMILIA (*A la CRIADA.*) El sol está muy fuerte; entremos.

Guarda esas flores. Ya veremos cuánto
puede el arte aproximarse a sus colores.
Estoy maravillosamente alegre
de espíritu. Podría reír, ahora.

CRIADA Yo podría recostarme, estoy segura.

EMILIA ¿Y llevarte a alguien contigo?

CRIADA Eso si regateamos.

EMILIA Haz tu oferta, entonces.

Salen EMILIA y la CRIADA.

PALAMÓN ¿Qué piensas de esta belleza?

ARCITES Que es inusual.

PALAMÓN ¿Solo inusual?

ARCITES Sí, una belleza sin par.

PALAMÓN ¿No podría un hombre perderse y amarla?

ARCITES No puedo saber lo que has hecho.

Yo sí, y que el diablo se lleve mis ojos
por eso. Ahora siento los grilletes.

PALAMÓN ¿La amas, entonces?

ARCITES ¿Quién no lo haría?

PALAMÓN ¿Y la deseas?

ARCITES Más que a mi libertad.

PALAMÓN Yo la vi primero.

ARCITES Eso no es nada.

PALAMÓN Pero lo será.

ARCITES Yo también la vi.

PALAMÓN Pero no debes amarla.

ARCITES No lo haré como tú, que la adoras como
si fuera celestial y una santa diosa.

Yo la amo como mujer, para gozar de ella
y que podamos amar los dos.

PALAMÓN No debes amarla.

ARCITES ¿Que no debo? ¿Quién me lo impedirá?

PALAMÓN ¡Yo, que la vi primero,
yo, que tomé posesión, el primero
y con mi ojo, de todas las bellezas
que hay en ella, y en ella reveladas
a la humanidad! Si tú la amases,

o tuvieras esperanza alguna
de acabar con mis deseos, serías
un traidor, Arcites, y un compañero
tan falso como tu derecho sobre ella.
Si llegas a pensar una sola vez
en ella, reniego de la amistad, la sangre
y todos los lazos que nos unen.

ARCITES Sí, la amo

y si las vidas de todos los que son
mi familia dependen de ello, lo haré
de todos modos; la amo con mi alma:
si eso habrá de perderte, adiós, Palamón.
Digo de nuevo: la amo, y al amarla
afirmo que soy un amante
tan digno y honorable amante, y que tengo tanto
derecho a su belleza, como cualquier
Palamón, o cualquier hijo de hombre.

PALAMÓN ¿Yo te he llamado amigo?

ARCITES Sí, y amigo me he probado. ¿Por qué
estás tan furioso? Discutiendo
en frío: ¿no soy parte de tu sangre,
parte de tu alma?: me has contado
que yo soy Palamón y tú Arcites.

PALAMÓN Sí.

ARCITES ¿No soy digno de los sentimientos,
de las alegrías, cuitas, enojos

y miedos que pueda sentir mi amigo?

PALAMÓN Podrías serlo.

ARCITES ¿Por qué, entonces, habrías de intentar

tan artera, tan extrañamente, de modo
tan impropio de un pariente noble,
amar tú a solas? Di la verdad: ¿me crees
indigno de sus ojos?

PALAMÓN No, aunque injusto,
si es que esos ojos aspiras.

ARCITES Porque otro
avista primero al enemigo, ¿debo
permanecer quieto y menoscabar
mi honor, y no atacar nunca?

PALAMÓN Sí, en caso de que sea solo uno.

ARCITES Pero ¿y si ese uno quisiera combatirme?

PALAMÓN Deja que él lo diga, y usa tu libertad;
de lo contrario, si vas tras la muchacha,
serás como el maldito que odia a su patria,
un villano marcado a fuego.

ARCITES Estás loco.

PALAMÓN Tengo que estarlo. Hasta que seas digno, Arcites,
es lo que me cabe, y si en mi locura
por azar te mato, actúo según la verdad.

ARCITES ¡Qué vergüenza, caballero! Estás extremando
la niñería. Voy a amarla, debo hacerlo,
tengo que hacerlo, me atrevo, y es justo.

PALAMÓN Con que sí. Con que sí.

No les queda otra suerte a tu falsedad
y a tu amigo: ¡conseguir una hora
de libertad y empuñar nuestras espadas!
Bien rápido te enseñaré qué cosa
es robar el afecto de otro; eres
más bajo que un ratero. Vuelve a asomar
una sola vez la cabeza por esta
ventana y, como que tengo un alma,
que te cuelgo del dintel.

ARCITES Ni te atrevas, loco, no puedes, eres
débil. ¿Asomar la cabeza? Arrojaré fuera
mi cuerpo y la próxima vez que la vea
saltaré al jardín y me lanzaré a sus brazos
para hacerte rabiar.

Entra el CARCELERO.

PALAMÓN Basta; ahí viene el carcelero. Viviré
para sacudirte los sesos con estos grilletes.

ARCITES A ver si te atreves.

CARCELERO Con su venia, caballeros.

PALAMÓN ¿Qué pasa, buen carcelero?

CARCELERO Mi señor Arcites, debe usted ir
de inmediato con el duque. Todavía
desconozco el motivo.

ARCITES Estoy listo, carcelero.

CARCELERO Príncipe Palamón, debo privarlo por un rato

de la noble compañía de su primo.

Salen ARCITES y el CARCELERO.

PALAMÓN Y yo también, siempre que así lo quieras,

de tu vida. ¿Por qué mandan buscarlo?

Puede que vaya a casarse con ella;

es bien parecido y sería hartó probable

que el duque se hubiera percatado

tanto de su sangre como de su cuerpo.

¡No de su falsedad! ¿Por qué debería

ser traicionero un amigo?

Si eso le consigue una mujer tan noble

y hermosa, que jamás vuelvan a amar

los hombres honestos. Solo quisiera

ver una vez más a esa belleza.

Bienaventurado jardín y más

benditos frutos y flores que florecen

aun cuando los brillantes ojos de ella

brillan en ustedes: ¡tuviera yo, como única

fortuna de aquí en más, la de ser ese arbolillo,

ese albaricoque en flor!

¡Cómo extendería a su ventana mis brazos

voluptuosos! Le daría un albaricoque

digno de alimentar dioses; el placer

y la juventud se redoblarían

en ella cada vez que lo probase

y, en caso de que no sea celestial,

haría de ella algo tan cercano

a los dioses que estos la temerían.

Entra el CARCELERO.

Y entonces, estoy seguro,
me amaría. ¿Qué ocurre ahora, guardián?
¿Dónde está Arcites?

CARCELERO Desterrado. El príncipe Piritoo

obtuvo su libertad, pero nunca
más, sobre su juramento y vida,
puede poner un pie en este reino.

PALAMÓN Es un bienaventurado.

Verá Tebas de nuevo y llamará
a las armas a los jóvenes valientes
que, cuando les ordene atacar,
arremeterán como un fuego. Arcites
tendrá una oportunidad, si se atreve
a hacer de sí un digno amante
y en el campo combate por ella;
y si la pierde, es que es solo un cobarde.
¡Cuán bravamente puede Arcites, si es noble,
exponerse de mil modos para obtenerla!
Si yo estuviera en libertad,
haría cosas de grandeza tan virtuosa
que esta dama, esta tímida virgen, adoptaría
hábitos de varón y me violaría.

CARCELERO Mi señor, tengo otro encargo.

PALAMÓN Descargar mi vida.

CARCELERO No, pero sí retirar de este
lugar a su señoría; las ventanas
son demasiado incitantes.

PALAMÓN ¡Los diablos se lleven a quienes
me envidian tanto! Te lo ruego, mátame.

CARCELERO ¿Y que me cuelguen por ello después?

PALAMÓN Por esta buena luz,
si tuviera una espada te mataría.

CARCELERO ¿Por qué, mi señor?

PALAMÓN Tan ruines, tan miserables noticias
traes continuamente, que no mereces
vivir. No me iré.

CARCELERO Pero debe hacerlo, mi señor.

PALAMÓN ¿Podré ver el jardín?

CARCELERO No.

PALAMÓN Entonces estoy decidido: no me iré.

CARCELERO Entonces debo forzarlo y, dado que es usted
peligroso, le pondré más grillos.

PALAMÓN ¡Hazlo, buen carcelero! Voy a sacudirlos tanto
que no podrás dormir. Compondré
un nuevo morris para ti. ¿Debo ir?

CARCELERO No hay más remedio.

PALAMÓN Adiós, amable ventana.

¡Que nunca te dañen los rudos vientos!
Ay, mi señora, si has sentido alguna vez
lo que es la congoja, sueña cómo

sufro. Vamos, entiérrame y acaba.

Salen PALAMÓN y el CARCELERO.

ESCENA III

Entra ARCITES.

ARCITES ¿Desterrado del reino? Es un bien,
una merced que les debo agradecer;
pero el destierro del libre regocijo
de ese rostro por el que muero, ay,
eso sí fue castigo bien meditado,
muerte más allá de la imaginación,
una venganza tal que, fuera yo viejo
e inicuo, nunca todos mis pecados
podrían arrancarse de mí. Tienes
ahora la posta, Palamón; te quedas
y verás cada mañana sus brillantes
ojos rompiendo contra tu ventana
y dejando que la vida entre en ti;
tú te alimentarás de la dulzura
de una noble belleza que jamás
superó la Naturaleza ni nunca
superará. ¡Dioses bienhechores,
cuánta alegría la de Palamón!
Veinte a uno a que él se animará a hablarle
y, si es ella tan amable como hermosa
sé que será suya. La lengua
es capaz de domar tempestades
y de hacer que las rocas salvajes

jugueteen. Pase lo que pase, la muerte
es lo peor: no abandonaré el reino.
Sé que el mío es apenas un montón
de ruinas y que no tiene arreglo.
Si me voy, se queda él con ella. Estoy resuelto:
otra apariencia me servirá o pondrá
fin a mis desventuras. De cualquier modo
me contento: o la veré
y estaré cerca de ella, o no seré.

*Se retira ARCITES. Entran cuatro ALDEANOS, uno agitando una
guirnalda al frente.*

PRIMER ALDEANO Mis señores, les aseguro que allí estaré.

SEGUNDO ALDEANO Y yo.

TERCER ALDEANO Y yo también.

CUARTO ALDEANO Entonces, los acompañaré, muchachos. No
será más que un regaño; que hoy el arado gandulee.
Ya mañana haré cosquillas a las colas de las yeguas.

PRIMER ALDEANO Estoy seguro de que tengo a mi esposa
celosa como un pavo. Pero eso es siempre. Cumpliré
mi palabra, que ella refunfuñe.

SEGUNDO ALDEANO Agárrala por la borda mañana de noche,
estíbala y todo se arregla.

TERCER ALDEANO Sí, dale un varazo en el puño y verás como
aprende la lección y es buena chica. ¿Quedamos
todos en ir a las fiestas mayas?

CUARTO ALDEANO ¿Quedarnos? ¿Qué puede detenernos?

TERCER ALDEANO Arcas estará allí.

SEGUNDO ALDEANO Sennois y Rycas también, y no hay tres
mozos que bailen mejor bajo árbol en flor. ¿Y

ustedes saben qué chicas? ¡Ja! Pero ¿creen que el sarcástico domine, el maestro, también cumpla y vaya? Porque, como saben, hace de todo.

TERCER ALDEANO Como no cumpla comerá una tabla de abecedario. Qué rico. El asunto entre él y la hija del curtidor está demasiado avanzado como para que se le resbale ahora; y ella debe ver al duque y también danzar.

CUARTO ALDEANO ¿Tendremos vigor?

SEGUNDO ALDEANO Todos los muchachos de Atenas resoplarán para seguirnos el tranco. (*Baila.*) Y aquí estaré, y allí estaré por nuestro pueblo, y aquí de nuevo, y allí otra vez. Vamos, muchachos, ¡arriba los tejedores!

PRIMER ALDEANO Esto debe bailarse en el bosque.

CUARTO ALDEANO Vaya, perdónenme.

SEGUNDO ALDEANO Estás disculpado; así lo indica ese que nos enseña; por lo que él mismo instruirá muy agudamente al duque en nuestro favor. Es de lo más persuasivo en el bosque; llévenlo a lo abierto y su erudición no le entra a nadie.

TERCER ALDEANO Veremos los juegos y luego cada uno a su avío para el morris; y por cierto, dulces compañeros, ensayemos antes de que las damas nos vean, y háganlo con cadencia, que Dios sabe qué sacamos de esto.

CUARTO ALDEANO De acuerdo; una vez terminados los juegos, actuaremos. En marcha, muchachos, y a lo convenido.

ARCITES (*Se adelanta.*) Con su permiso, honestos amigos:

¿podrían decirme adónde van?

CUARTO ALDEANO ¿Cómo que adónde? ¿Qué clase de pregunta es esa?

ARCITES Es una pregunta para mí, que no lo sé.

TERCER ALDEANO A los juegos, mi amigo.

SEGUNDO ALDEANO (*A ARCITES.*) ¿Dónde te criaste, que no lo sabes?

ARCITES No muy lejos, señor. ¿Son hoy esos juegos?

PRIMER ALDEANO Sí, por mi virgencita, son hoy y de tal calibre como nunca has visto; el mismo duque estará presente.

ARCITES ¿Qué pasatiempos hay?

SEGUNDO ALDEANO Lucha y carreras. (*A sus compañeros.*) Es simpático el tipo.

¿Vienes con nosotros?

ARCITES No todavía, señor.

CUARTO ALDEANO Bueno, señor, tómate tu tiempo.
Vamos, muchachos.

PRIMER ALDEANO (*Aparte, a sus compañeros.*)

Tengo el presentimiento de que este tipo guarda un truco demoledor en la cadera; fíjense cómo su cuerpo está hecho para la lucha.

SEGUNDO ALDEANO Me colgarán si siquiera se atreve.

¡Cuélguenlo! ¡Ahí va la piñata! ¿Este lucha?

¡Fríe huevos, más bien! Vamos gente, larguémonos.

Salen los ALDEANOS.

ARCITES No me hubiera atrevido a desear ocasión tan favorable. Un poco supe

alguna vez de lucha (los mejores
decían que era excelente) y también supe
correr más rápido que lo que el viento
(rizando las ricas espigas) haya
volado jamás sobre un trigal.

Tomaré el riesgo y me haré presente
bajo algún pobre disfraz; ¿quién sabe
si no serán mis sienes coronadas
con guirnaldas y la felicidad
no habrá de promoverme a algún lugar
donde pueda habitar para siempre
teniéndola a la vista?

Sale.

ESCENA IV

Entra la HIJA DEL CARCELERO.

HIJA DEL CARCELERO ¿Por qué debería amar a este caballero?

Todas las probabilidades están
en contra de que alguna vez me quiera:
soy de la baja, mi padre el humilde
guardián de su prisión, y él un príncipe.
De casarme con él no hay esperanzas;
ser su puta es insensato. ¡Caramba,
qué pujos nos llevan a las muchachas
una vez que cumplimos quince años!
Primero lo vi. Viéndolo, pensé
que era bien parecido; tanto hay
en él para complacer a una mujer,

si se le antoja concederlo, como
nunca habían visto estos ojos. Acto
seguido, me compadecí de él, y así
lo hubiera hecho cualquier jovencita
(hasta donde sé) que alguna vez haya
soñado, o que haya comprometido
su doncellez a un joven buen mozo.
¡Entonces lo amé, lo amé extremada,
infinitamente! Y eso que tenía
un primo tan hermoso como él; pero
en mi corazón ya estaba Palamón
y ahí, Señor, ¡qué revoltijo ha armado!
Oírlo cantar en una tardecita,
¡ay, qué paraíso! Y eso que son
tristes sus canciones. Mejor hablado
no ha habido caballero. Cuando entro
para darle agua en la mañana, inclina
primero su cuerpo generoso, y luego
me saluda de este modo: «Hermosa,
gentil doncella, buenos días; que tu
bondad te consiga un feliz marido».
Una vez me besó: por diez días quise
mucho más a mis labios. ¡Si lo hiciera
todos los días! Sufre mucho (y yo tanto
como él de ver su desgracia). ¿Qué hacer
para que comprenda que lo amo? Porque

de mil amores desearía alegrarlo.
¿Digamos que me aventuro a dejarlo
libre? ¿Qué dice la ley al respecto?
¡Qué me importan la ley o el parentesco!
Voy a hacerlo, y esta misma noche
y mañana me amará.

Sale.

ESCENA V

*Breve floreo de cornetas y gritos dentro. Entran TESEO, HIPÓLITA,
PIRITOO, EMILIA, ARCITES disfrazado de aldeano, con una guirnalda,
y aldeanos.*

TESEO (*A* ARCITES.) Te has comportado dignamente; no he
visto,

desde Hércules, un hombre con músculos más
fuertes. Seas lo que seas, eres el
mejor luchador y el mejor corredor
que admiten estos tiempos.

ARCITES Estoy orgulloso de complacerlo.

TESEO ¿Qué país te crió?

ARCITES Este, pero lejos de aquí, príncipe.

TESEO ¿Eres caballero?

ARCITES Mi padre así lo decía, y para estas nobles
tareas fue que me dio la vida.

TESEO ¿Eres su heredero?

ARCITES El más joven de ellos, señor.

TESEO De seguro que tu padre es un caballero
feliz. ¿Qué virtudes tienes?

ARCITES De todas las nobles cualidades, un

poco. Alguna vez pude mantener
un halcón y bien he reverenciado
el profundo aullido de los mastines.
No me atrevo a elogiar mis virtudes
de jinete, si bien los que me conocen
dicen que es mi mérito mayor;
lo último y lo más relevante,
se me podría llamar soldado.

TESEO Eres completo.

PIRITOO Por mi alma, un hombre cumplido.

EMILIA Así es.

PIRITOO (*A HIPÓLITA.*) ¿Qué te parece, señora?

HIPÓLITA Lo admiro.

No he visto un hombre de su clase
tan joven y tan noble, si dice la verdad.

EMILIA Créanme que su madre debió ser una mujer
extraordinariamente bella; su rostro,
me parece, lo recuerda.

HIPÓLITA Pero su cuerpo y su espíritu altivo
dan fe de un padre valeroso.

PIRITOO Vean cómo su virtud, como un sol oculto,
irrumpe a través de sus rústicas ropas.

HIPÓLITA Sin duda fue bien concebido.

TESEO (*A ARCITES.*) ¿Qué buscabas al venir a este lugar?

ARCITES Adquirir un nombre, noble Teseo,
y a un tan bien fundado portento como

lo es tu nobleza, ofrecer mis mejores
servicios, ya que solo en tu corte,
de todas las que hay en el mundo, habita
el honor de bellos ojos.

PIRITOO Todas sus palabras son meritorias.

TESEO (*A ARCITES.*) Estamos muy en deuda con tu viaje,
señor, y no perderás lo que desees.

Piritoo, encárgate de este caballero gentil.

PIRITOO Gracias, Teseo. (*A ARCITES.*) Seas lo que seas,
eres mío, y te daré a un honrosísimo
servicio: a esta dama, esta joven y
brillante virgen. Observa, por favor
sus bondades. Con tus virtudes, has
honrado su agraciado cumpleaños
y ganado el derecho de ser suyo.
Besa su bella mano, caballero.

ARCITES Señor, eres un noble dador. (*A EMILIA.*)

Belleza preciadísima, permíteme
sellar mi voto de fidelidad
de este modo. (*Le besa la mano.*) Si tu siervo, esta vil
criatura que te pertenece, llega
a ofenderte en lo más mínimo, ordénale
que muera: lo hará.

EMILIA Eso sería demasiado cruel. Si eres
digno de reconocimiento, señor,
habré de verlo pronto. Eres mío

y te trataré algo mejor
de lo que solicita tu rango.

PIRITOO Veré que tengas equipo apropiado
y, como te dices jinete, debo
pedirte que montes esta tarde, aunque
en díscola cabalgadura.

ARCITES Lo prefiero, príncipe; de ese modo
no me congelaré en la silla.

TESEO (*A HIPÓLITA.*) Corazoncito, debes aprontarte,
y tú, Emilia, y (*a PIRITOO*) tú, amigo, y todos;
para dar mañana, cuando amanezca,
debida observancia a la florida Maya
en el bosque de Diana. (*A ARCITES.*) Espera
cumplido, señor, a tu señora. Supongo,
Emilia, que no tendrá que ir a pie.

EMILIA Sería una vergüenza, señor,
mientras yo tenga caballos. (*A ARCITES.*) Elige
uno, y aquello que en cualquier momento
desees solo házmelo saber; si sirves
fielmente, te aseguro que encontrarás
una señora afectuosa.

ARCITES Si así no lo hago,
que encuentre yo lo que mi padre siempre
odió: desgracia y palos.

TESEO Ve, adelántate y abre la marcha.

Te lo has ganado. Así habrá de ser: tus tareas

serán todas acordes al honor
que has obtenido, porque otra cosa
sería injusticia. Hermana, por mi alma
que tienes un siervo que, si fuera yo
mujer, sería el amo. Pero tú eres juiciosa.

EMILIA Espero que demasiado
juiciosa para eso, señor.

Fanfarria. Salen.

ESCENA VI

Entra la HIJA DEL CARCELERO, sola.

HIJA DEL CARCELERO ¡Que rujan todos los duques y todos
los demonios; está en libertad!
Me arriesgué por él y lo he conducido
fuera; lo envié a un bosquecito, a una
milla de aquí, donde un cedro más alto
que todo el resto se extiende como un claro
orillando un arroyo, y ahí habrá de guardarse
hasta que le suministre yo limas
y comida, porque aún no se ha quitado
los brazaletes de hierro. ¡Ay, Amor,
qué niño corajudo eres! Mi padre
habría preferido soportar
el frío hierro que hacer lo que yo. Lo amo
más allá del amor y la razón,
o del sentido común, o de toda
seguridad. Se lo he hecho saber;
no me importa, estoy desesperada.

Si la ley me encuentra y entonces me condena,
habrá muchachas, doncellas sinceras
que canten mi himno fúnebre y guarden memoria
de que mi muerte fue noble, pues he sido
casi mártir. El camino que él tome
será también el mío: eso me propongo.
Seguro que no puede ser varón
tan impropio para dejarme aquí;
si lo hace, las doncellas ya no
confiarán tan fácilmente en los hombres.
Y sin embargo aún no me ha agradecido
lo que hice, no, no tanto como para
besarme, y se me hace que eso no está
demasiado bien. A duras penas logré
persuadirlo de hacerse hombre libre,
tantos escrúpulos manifestaba
por el mal que nos causaba a mí y a mi padre.
Espero sin embargo que una vez
que lo haya pensado un poco, este amor
que le tengo se arraigue más en él.
Que haga conmigo lo que quiera,
en tanto use de mí con gentileza;
porque habrá de usarme o proclamaré,
y en su propia cara, que de hombre tiene poco.
De inmediato le proveeré lo esencial
y empacaré mis ropas y allí donde

haya un sendero me aventuraré,
para estar con él; como una sombra
viviré siempre a su lado. En menos
de una hora habrá por toda la prisión
gran alboroto; por entonces yo estaré
besando al hombre que buscan. Adiós,
padre. Recibe muchos más de estos
prisioneros y de estas hijas
y en breve serás carcelero de ti
mismo. Ahora, con él.

Sale.

TERCER ACTO

ESCENA I

Cornetas por diversos lados.

Ruido y vocerío de gente celebrando el día de Mayo.

Entra ARCITES, solo.

ARCITES El duque ha perdido a Hipólita;
cada uno fue hacia un claro diferente.
Es este un rito solemne que deben
a la floreciente Maya y que, como muy
a pecho lo toman, los atenienses
cumplen ceremoniosos. Ah, reina
Emilia, más fresca que mayo,
más dulce que sus dorados retoños
o que todas las baratijas multicolores
del prado o el jardín
(sí: desafiamos también a la ribera
de cualquier ninfa que convierta
la corriente en remedo de flores); tú,
joya del bosque, del mundo, has bendecido
así un sendero con tu sola presencia.
¡Ojalá yo, hombre mísero, pudiera interceptar siquiera
una vez tu meditación y emboscar
algún frío pensamiento! Tres veces

bendito el azar de haber tropezado
(inocente de toda expectativa)
con señora semejante. Dime, tú, Dama
Fortuna (soberana mía luego de Emilia),
hasta qué punto debería sentirme
orgulloso. Ella me presta mucha
atención, ha hecho de mí su allegado
y esta hermosa mañana, la mejor
del año, me dio como regalo
un par de caballos. Bien pueden ser dos
corceles semejantes una dupla
de reyes acosados, que en la liza
contendieran por sus coronas. Ay, ay,
pobre primo Palamón, desdichado
prisionero, tan poco podías soñar
con mi fortuna que te sentiste
la criatura más feliz solo por estar
cerca de Emilia; tú y yo, los más
considerados en Tebas, y aquí
desdichados, si bien yo estoy libre.
Pero si supieras que mi señora
respira en mi cara, que mi oreja
paladea su lenguaje y que yo respiro
en su pupila; ¡ay, primo, qué cólera
te enclaustraría!

*Entra PALAMÓN, saliendo de detrás de un matorral, con sus cadenas;
blande el puño hacia ARCITES.*

PALAMÓN ¡Pariente traidor,

percibirías mi cólera si estos signos
de encarcelamiento estuviesen
lejos de mí y no bien esta mano
fuera propietaria de una espada!
¡Juro que yo y la justicia de mi amor
te haríamos confesar la traición! Tú, el hombre
más pérfido que haya tenido fina
apariencia, el más vacío de honor
que jamás haya ceñido insignias
nobles, el primo más falso de todos
los que hayan tenido lazos de sangre:
¿la has llamado tuya? Te probaré, condenado,
con estas manos desarmadas, que mientes
y eres solo un ladrón de amor, un noble de paja
que no merece ni el nombre de villano.

Tuviera yo una espada y no estos grilletes.

ARCITES Querido primo Palamón.

PALAMÓN Falso primo Arcites, dame un lenguaje
que esté a la altura de lo que has hecho.

ARCITES El no encontrar en el circuito de mi pecho
nada indecente que me aproxime a eso
que describes me mantiene en esta
cortesía con que respondo. Tu enojo
es así el que se equivoca, puesto que,
siendo enemigo tuyo, no puede ser

amable conmigo. Atesoro el honor
y la honestidad y de ellos soy siervo
(no importa cuánto quieras pasar por alto),
y con ellos, honrado primo,
justifico mi proceder. Te ruego
que expongas tus penas en forma noble,
ya que tu querella la tienes con un igual,
que pretende abrirse camino
con el ánimo y la espada
de un caballero de verdad.

PALAMÓN ¡Si solo te atrevieras, Arcites!

ARCITES Primo mío, primo mío, ya estás
bien advertido de lo que soy capaz:
me has visto usar la espada
contra el consejo del temor. Seguro que de otro
no oirías dudas sobre mí, porque romperías
el silencio aunque estuvieses en un santuario.

PALAMÓN Señor, te he visto actuar en ese campo
que bien podría justificar tu hombría;
te decían buen caballero y valiente.
Pero la semana no es hermosa si hay en ella
un día de lluvia: los caballeros pierden
el coraje cuando traicionan;
pelean entonces como osos atados:
una vez desatados, escapan.

ARCITES Pariente, convendría que esto lo dijeras

y actuaras no frente a tu espejo
sino al oído de quien ahora te desdenea.

PALAMÓN Acércate y quítame estos fríos hierros;

dame una espada, aunque esté oxidada,
y la caridad de una vianda.

Ven entonces hacia mí, empuñando
una buena espada en tu mano, y di tan solo
que Emilia es tuya. Te perdonaré
tus extralimitaciones para conmigo
y mi vida, si te la llevas; y los bravos
espíritus que han muerto virilmente,
y que en las sombras buscarán en mí
noticias de la tierra, solo esto
obtendrán: que eres valiente y noble.

ARCITES Date por contento.

Ve de nuevo a tu espinosa morada.
Con el amparo de la noche estaré aquí
con viandas saludables.
Este bagaje alinearé para ti:
tendrás vestimenta y perfumes para
matar el olor de la prisión. Luego,
cuando estés en forma y nada más digas
«Arcites, estoy listo», allí tendrás,
para que elijas, tanto espada como armadura.

PALAMÓN Ay, cielos, ¿puede alguien tan noble
comprometerse en una empresa injusta?

Nadie, solo Arcites; por lo tanto,
nadie es más valiente que Arcites
entre los de su clase.

ARCITES Dulce Palamón.

PALAMÓN Te abrazo a ti y a tu ofrecimiento;
solo por tu oferta lo hago, señor;
de tu persona, sin hipocresía,
nada puedo desear más que el filo
de mi espada contra ella.

Cornetas.

ARCITES Ya se oyen las cornetas:

entra en tu redil, a no ser que quieras
que nuestro combate quede desbaratado
antes de que podamos encontrarnos.
Dame la mano; adiós. Te proveeré
de todo lo necesario. Anímate y sé fuerte.

PALAMÓN Te ruego mantengas tu promesa
y que hagas lo tuyo fruncido el ceño.
Es indiscutible que no me amas;
sé duro conmigo y quita esa miel de tu lenguaje.
Por este aire que podría darte un golpe
por cada palabra; a mi estómago
la razón no lo reconcilia.

ARCITES Hablando claro,

y perdóname el lenguaje áspero:
cuando espoleo mi caballo, no lo estoy

reprendiendo; la alegría y el enojo
tienen en mí un solo rostro.

Cornetas.

Escucha, señor; están llamando
para el banquete a los dispersos. Debes
ya adivinar que tengo tarea ahí.

PALAMÓN Señor, tu asistencia no puede
complacer a los cielos y sé que tu cargo
fue obtenido injustamente.

ARCITES Tengo buenos títulos. Estoy convencido
de que este asunto que supura entre nosotros
exige una cura por sangrado. Te pido
que guardes esta disputa para tu espada
y no hables más de ella.

PALAMÓN Una sola cosa más:
vas ahora a contemplar a mi señora;
porque, toma nota, ella es mía.

ARCITES Bueno, bueno.

PALAMÓN ¡Bueno, nada! Hablas de alimentarme
y darme fuerza. Ahora vas a mirar un sol
que fortifica todo lo que mira;
ahí tienes una ventaja sobre mí,
pero disfrútala hasta que yo imponga
mi remedio. Adiós.

Salen.

ESCENA II

Entra la HIJA DEL CARCELERO,

sola, con una lima.

HIJA DEL CARCELERO Confundió el matorral que le indiqué,

y se ha marchado siguiendo su capricho.

Ya casi amanece. No importa: ojalá

fuera noche perpetua y la oscuridad

se enseñorease de la tierra. Escucha,

¡es un lobo! La pena en mí asesina

al miedo y con excepción de una sola

cosa nada me preocupa, y esa es

Palamón. No me importa ser comida

de los lobos, mientras él tenga esta lima.

¿Y si lo llamo con alaridos?

Si yo gritase ¿entonces qué? En caso

de que él no contestase, podría estar convocando

a un lobo y haciéndole a él un buen servicio.

He oído extraños aullidos esta

larga noche; ¿será posible que ya hayan

hecho de él su presa? No tiene armas;

no puede correr: el chirrido de sus grilletes

llamará a las bestias mortíferas, que saben

por un sentido si un hombre está desarmado

y pueden oler dónde hay resistencia.

Debo ponerlo así: está hecho pedazos;

se llamaron con aullidos, se reunieron muchos

y luego se lo comieron. Ya es suficiente:

ten coraje para agitar el badajo fúnebre.

¿Dónde quedo yo, entonces? Sin él

no hay más que hacer. No, no, miento;
por su fuga mi padre será colgado,
y yo condenada a la limosna,
(si es que tengo la vida en tanta estima
como para negar mi acción). Pero eso no lo haría.
Debería experimentar
la muerte por docenas. Estoy aturdida.
No he comido nada en estos dos días;
solo sorbí un poco de agua. No he pegado un ojo,
salvo cuando mis párpados fregaron
su salmuera. ¡Ay, vida, disuélvete!
Si mi razón se desquicia, temo ahogarme,
o apuñalarme a mí misma, o colgarme. ¡Ay,
condición natural, perece junto a mí,
que tus mejores soportes se han estropeado!
Así que, ¿ahora por dónde? El mejor camino
es el próximo a una tumba: cada paso errante
que me aleje de ella es un tormento.
Mira, se ha puesto la luna
cantan los grillos, la lechuza llama al alba.
Todas las faenas han sido realizadas,
salvo aquella en la que fracasé. Pero es esta
la conclusión: un final, y eso es todo.

Sale.

ESCENA III

Entra ARCITES con carnes, vino y limas.

ARCITES Debo estar cerca. ¡Eh, primo Palamón!

PALAMÓN *sale del matorral y entra.*

PALAMÓN ¿Arcites?

ARCITES El mismo. Te he traído comida

y limas. Acércate y no temas;

no hay aquí ningún Teseo.

Entra PALAMÓN.

PALAMÓN Ni nadie tan honesto, Arcites.

ARCITES Eso no es problema;

lo resolveremos más adelante.

Ven, ¡ten valor! No vas a morir así

de bestialmente; ten, señor, bebe.

Sé que desfalleces; luego hablaremos.

PALAMÓN Podrías envenenarme.

ARCITES Podría,

pero para eso debería temerte.

Ahora siéntate y compórtate;

basta de vanos parlamentos.

No demos pie (teniendo con nosotros

nuestro antiguo buen nombre) a la cháchara

de tontos y cobardes. A tu salud.

PALAMÓN Adelante.

ARCITES bebe.

ARCITES Te ruego que te sientes, pues, y te pido,

por toda la honestidad y honor que hay en ti,

que no haya más menciones a esa dama;

nos perturbaría. Ya tendremos tiempo

suficiente.

PALAMÓN Bien, señor, sigo tu ejemplo.

PALAMÓN *bebe.*

ARCITES Dale un trago bien hondo:

alimenta la buena sangre, hombre.

¿No sientes cómo te descongela?

PALAMÓN Tranquilo. Te lo diré luego

de uno o dos tragos más.

ARCITES No lo ahorres;

el duque tiene más, primo. Come, ahora.

PALAMÓN Sí.

PALAMÓN *come.*

ARCITES Me alegra que tengas tan buen estómago.

PALAMÓN Y a mí me alegra más tener carne

tan buena para darle.

ARCITES ¿No es insensato alojarse

en el frenético bosque, primo?

PALAMÓN Sí, para aquellos que tienen

frenética la conciencia.

ARCITES ¿Qué tal saben las vituallas? Por lo que veo,

tu hambre no necesita salsa.

PALAMÓN No mucha. Pero si necesitara,

la tuya es demasiado agria, dulce

primo. ¿Qué es esto?

ARCITES Venado.

PALAMÓN Una carne lujuriosa.

Dame más vino. Salud, Arcites,

por las mozas que en nuestros días conocimos.

¿Recuerdas a la hija del mayoral?

ARCITES A tu salud, primo.

PALAMÓN Amaba a un hombre de pelo negro.

ARCITES ¿Era así? En fin, señor.

PALAMÓN Y oí que algunos lo llamaban Arcites, y...

ARCITES Desembucha, caramba.

PALAMÓN ... lo encontró en un cenador.

¿Qué hizo allí, primo, teclear la espineta?

ARCITES Algo hizo, señor.

PALAMÓN Que la dejó gimiendo por un mes.

O dos, o tres, o diez.

ARCITES La hermana del mariscal

tuvo también su tajada, según

recuerdo, primo; a menos que sean

habladurías. ¿Brindarás por ella?

PALAMÓN Sí. (*Beben.*)

ARCITES Es una morena muy bonita.

Hubo un tiempo en que los varones jóvenes

iban de caza, y hubo un bosque, y una frondosa

haya, y se dice que por ahí. ¡Ay! ¡Ay!

PALAMÓN ¡Por Emilia, lo juro por mi cadáver! Tonto.

Lo digo de nuevo, esos ayes fueron

destinados a Emilia; basta ya

de alegría forzada. Rastrero primo,

¿tuviste el descaro de ser el primero

en quebrantar lo pactado?

ARCITES Erraste por lejos.

PALAMÓN Por el cielo y la tierra, no hay en ti nada honesto.

ARCITES Entonces te dejo; estás hecho una bestia.

PALAMÓN Es lo que hiciste de mí, traidor.

ARCITES Ahí está lo necesario:

limas, camisas

y perfumes. De aquí a unas dos horas volveré

trayendo lo que te calmará.

PALAMÓN Una espada y una armadura.

ARCITES No temas por mí. Ahora

estás demasiado asqueroso. Adiós.

Quítate esas chucherías.

No te quedarán ganas de nada.

PALAMÓN ¡Muchachito!

ARCITES No oiré más.

Sale ARCITES.

PALAMÓN Si se acerca de nuevo, es hombre muerto.

Sale PALAMÓN.

ESCENA IV

Entra la HIJA DEL CARCELERO.

HIJA DEL CARCELERO Tengo mucho frío, y ya se apagaron

las estrellas; las pequeñas estrellas

y todo eso que parece lentejuelas,

el sol ha visto mi locura. ¡Palamón!

Ay, no, él está en el cielo; ¿dónde estoy yo, ahora?

Allá está el mar y allí veo una barca: ¡cómo

se tambalea! Y ahí una roca vigilante espera bajo el agua.

Ahora golpea contra ella; ¡ahora, ahora!

¡Ahí salta el agua por una brecha profunda!

¡Cómo gritan! Abandónenla al viento

o perderán todo lo demás. ¡Icen una vela baja o dos y viren, muchachos!

Buenas noches, buenas noches; te has ido.

Si pudiera encontrar un sapo excelente,
me daría nuevas de todos los rincones del mundo.

Entonces haría un galeón
de la concha de un berberecho
y navegaría, rumbo este y noroeste,
hasta llegar al rey de los pigmeos,
que predice el futuro de forma admirable.

Ahora bien, a mi padre, veinte a uno
a que en un abrir y cerrar de ojos
lo embrochetan mañana por la mañana.

Yo no diré una sola palabra.

Canta.

Porque mi sacón verde cortaré,
un pie por encima de la rodilla,
Y mis mechones amarillos,
a una pulgada de mis ojos sujetaré,
Ay, nana. Ay, nana.

Un lindo potro blanco
me comprará él para cabalgar

y por todo el ancho mundo

yo lo saldré a buscar.

Ay, nana. Ay, nana.

Ah, si tuviera una aguja para apoyar

mi pecho como un ruiñeñor.

De lo contrario dormiré como un lirón.

ESCENA V

Entran el PROFESOR Gerardo, seis ALDEANOS, uno de ellos disfrazado de babuino, cinco muchachas y el TAMBORILERO.

PROFESOR ¡Qué vergüenza, qué vergüenza! ¡Cuánta tediosidad e insanía hay entre ustedes! ¿No les he vertido y ordeñado mis rudimentos tantísimo tiempo y, para decirlo con una figura, no han sido dispuestos para ustedes la misma ciruela del budín y el budín entero de mi caletre? ¿Y eso para que todavía anden gimoteando «¿dónde?» «¿cómo?» y «¿por qué razón y circunstancia?»? Ustedes, sesos de arpillera basta, juicios de fustán: he dicho «acá», «allá» y «acullá», y ¿ninguno me entendió? *Prob Deum! Medius fidius!* Son una manga de burros. ¡Para qué! Aquí me paro yo. Aquí llega el duque; ahí están ustedes, cerquita del matorral; el duque aparece, yo le salgo al encuentro y le profiero cosas eruditas y muchas metáforas; él escucha y asiente y murmura y entonces grita «asombroso» y yo sigo. Arrojo a los aires mi bonete, ¡atiendan eso! Entonces ustedes, como una vez hiciera Meleagro con el jabalí, se aproximan a él con gracia; como amantes verdaderos, forman un grupo decente y con dulzura, siguiendo la figura, dan paso y vuelta, muchachos.

PRIMER ALDEANO Y con dulzura lo haremos, maestro Gerardo.

SEGUNDO ALDEANO Prepárese la compañía. ¿Dónde está el tamborilero?

TERCER ALDEANO ¡Eh, Timoteo!

TAMBORILERO Aquí, mis locos muchachos. ¡En guardia!

PROFESOR Pero ¿dónde están las mujeres?

CUARTO ALDEANO Aquí están Panchita y Malena.

SEGUNDO ALDEANO Y aquí la pequeña Luce de ancas blancas y la fornida Barbaria.

PRIMER ALDEANO Y Nell la pecosa, que nunca le falló a su maestro.

PROFESOR ¿Dónde están sus lazos, doncellas?

Meneen los cuerpos y háganlo
dulce y expeditamente. Y aquí
y allá una cabriola y una reverencia.

NELL Déjelo a nuestra cuenta, señor.

PROFESOR ¿Dónde está el resto de los músicos?

TERCER ALDEANO Dispersos, como usted ordenó.

PROFESOR Formen parejas, pues, y vean qué falta.

¿Dónde está el babuino? (*A BABUINO.*) Mi amigo,
lleve su cola sin ofensa ni escándalo
para las damas y asegúrese
de saltar con audacia y con hombría.
Y cuando ladre, hágalo con conducta.

BABUINO Sí, señor.

PROFESOR *Quousque tandem!* Aquí falta una mujer.

CUARTO ALDEANO Mejor que nos pongamos a chiflar;

todo es al cohete.

PROFESOR Hemos, como dicen los autores eruditos,
acicalado un cerdo. Hemos sido *fatuus*
y nos hemos esforzado en vano.

SEGUNDO ALDEANO Es esa yegua desdeñosa,
ese bicho ruin que dio fiel promesa
de presentarse aquí, Cecilia, la hija
del costurero. ¡Los próximos guantes
que le dé van a ser de piel de perro!
Más aún, si me falla una sola vez...
Y tú sabes, Arcas, que juró por el pan y por el vino
que no rompería su promesa.

PROFESOR A la anguila y la mujer,
dice un poeta erudito, solo por la cola
y con los dientes puedes agarrarlas;
si no, se escapan. En cuanto a modales,
la chica quedó en falsa escuadra.

PRIMER ALDEANO Mal fuego se la lleve. ¿Se echó atrás?

TERCER ALDEANO ¿Qué hacemos, señor?

PROFESOR Nada.

Nuestro negocio se ha vuelto nulidad.

Sí, señor, una nulidad deplorable y patética.

CUARTO ALDEANO ¡Ahora, cuando el crédito de nuestra aldea
depende de ello, ahora se pone arisca,
ahora se pone a mear en las ortigas!
A sus cosas, caballeros. ¡Los recordaré:

ya me pondré a tono con ustedes!

Entra la HIJA DEL CARCELERO.

HIJA DEL CARCELERO (*Canta.*)

El George Allow vino del sur de la costa de
Barbarí-a

y allí se encontró con buques de guerra,

con uni, con diqui, con trí-a.

«Salud, salud, joviales guerreros.

¿Adónde se dirigí-an?

Hasta que estemos a salvo

concédanme su compañí-a.»

Había tres bufones que vieron un mochuelo:

Canta.

El primero lo tomó por un búho,

el otro no dijo nada,

el tercero lo tomó por un halcón,

y le cortó las campanas.

TERCER ALDEANO Vea que bonita loca, maestro.

Llega justito, más loca que liebre de marzo.

Si conseguimos que baile,

estamos hechos de nuevo;

le garantizo que hará

los más exóticos firuletes.

PRIMER ALDEANO ¿Una loca? Estamos hechos, muchachos.

PROFESOR (*A la HIJA DEL CARCELERO.*)

¿Y estás loca, buena mujer?

HIJA DEL CARCELERO Si no, lo lamentaría.

Dame tu mano.

PROFESOR ¿Por qué?

HIJA DEL CARCELERO Puedo echarte la suerte.

(Le examina la mano.) Tú eres un orate. Cuenta hasta diez.

Lo tengo patidifuso. ¡Vamos!

Amigo, no debes comer pan blanco:

si lo haces, te sangrarán muchísimo

los dientes. Bailamos, ¿sí? Sé que eres

hojalatero; un hojalatero mozo.

No rellenes más agujeros

de lo que te corresponde.

PROFESOR *Dii boni.* ¿Hojalatero, damisela?

HIJA DEL CARCELERO O un conjura-demonios.

Tráeme un demonio ahora y hazlo bailar

qui passa con huesos y campanitas.

PROFESOR Vayan por ella y persuádanla

fluidamente de serenarse.

Et opus exegi, quod nec Iovis ira,

nec ignis. Que empiece la música,

y pónganla en la formación.

SEGUNDO ALDEANO Ven aquí, chica, vamos a acompañarlos.

HIJA DEL CARCELERO Yo llevo.

Baila.

TERCER ALDEANO ¡Hazlo, hazlo!

Trompetas.

PROFESOR Persuasiva y hábilmente...

Se oyen cuernos dentro.

Basta, muchachos. Oigo los cuernos.
Denme tiempo para meditar un poco.
Y no pierdan el paso.

Salen todos menos el PROFESOR.

¡Que Palas me inspire!

*Entran TESEO, HIPÓLITA,
PIRITOO, EMILIA y el séquito.*

TESEO Por aquí huyó el ciervo.

PROFESOR ¡Aguarden y edifíquense!

TESEO ¿Qué tenemos aquí?

PIRITOO Por mi vida que un juego campestre, señor.

TESEO (*Al* PROFESOR.)

Bien, señor, continúe, que nosotros edificaremos.

Se proveen sillas y taburetes.

Siéntense, damas; atenderemos.

TESEO, HIPÓLITA y EMILIA
se sientan.

PROFESOR Entonces, empinado duque, salud.

Una granizada de saludos para ustedes,
dulces damas.

TESEO Vaya comienzo más frío.

PROFESOR Con solo temer el favor de ustedes,
nuestro campestre pasatiempo es cosa hecha.
Somos aquí unos pocos de aquellos
que las lenguas más rústicas distinguen
como «villanos». Y para decir verdad,

y no fábula, somos una pandilla alegre,
o mejor, un tropel, o compañía
o, figuradamente, un *chorus*,
que ante la dignidad de ustedes
bailará el morris. Y a mí, que soy
el rectificador de todo
con título de *pedagogus*,
que hace caer su vara sobre el trasero
de los pequeños y con una férula
humilla a los grandes, que aquí presenta
esta máquina, o esta armazón,
ayúdame, agraciado duque, cuya valiente
y calamitosa fama es voceada
desde Dis hasta Dédalo, desde la estaca
hasta el pilar; ayúdame, que solo soy
un pobre que tu bien desea, y con tus
centelleantes ojos mira derecho
y fijo a este poderoso claro «Morr»
de mucho peso. Aquí viene el «is» o hielo,
el cual, siendo encolado al primero,
hace «Morris»; razón por la que aquí
hemos venido. Del cuerpo de nuestro
acto, resultado de no menor
estudio, soy yo lo que primero aparece,
aunque rústico, fangoso y crudo
su tenor parezca, presentado ante

tu noble gracia, a cuyos grandes pies
mi portaplumas ofrezco. Los siguientes
son el Señor de Mayo y su brillante Dama,
la Camarera y el Siervo,
que tras silentes cortinas intentan
arrumacos; luego mi Huésped y su gorda
Esposa, que agasajan a sus costas
al viajero de ardidadas posaderas, y que,
con señas, para que hinche la factura,
instruyen al mesero; a continuación
el Payaso que se zampa el calostro
y luego el Bufón, el babuino de cola
larga y herramienta asimismo elongada,
cum multiis aliis que hacen un baile.
Digan un «sí» y de inmediato se harán presentes.

TESEO Sí, sí, de mil amores, querido *domine*.

PIRITOO ¡Adelante!

PROFESOR (*Golpea llamando al baile.*)

Intrate filii. Vengan y zapatéenlo.

*Arroja su bonete al aire. Música. Entran los aldeanos y el tamborilero por
un lado y las aldeanas y la hija del carcelero por otro.*

Bailan un morris.

Si con un chim pum paso
amenos hemos estado
y las hemos alegrado,
al menos, digan, damas,
que el profesor no es payaso.

Si también te hemos alegrado,
duque, y como chicos buenos
nos hemos comportado,
danos un árbol nomás,
o mejor danos un par
que alrededor del tronco
de Mayo hemos de bailar.
Y antes de que haya escapado
otro año, una vez más
haremos todo este alboroto
y te haremos carcajear.

TESEO Toma veinte, *domine*.

(A HIPÓLITA.) ¿Cómo está mi corazoncito?

HIPÓLITA Más complacida que nunca, señor.

EMILIA Ha sido un baile estupendo. Y como
prefacio, no he conocido uno mejor.

TESEO Maestro, te doy las gracias.

Alguien verá que se los recompense.

PIRITOO Y aquí hay algo para que pinten su tronco, además.

Da dinero al PROFESOR.

TESEO Ahora volvamos a nuestros juegos.

PROFESOR Que el venado que caces sea célere
y los perros tan ágiles como fuertes;
que lo maten sin mayores obstáculos
y las damas saboreen sus testículos.

TESEO *y su comitiva salen.*

Cornetas.

Vamos, estamos cumplidos. *Dii deaque omnes.*

Han bailado exóticamente, muchachas.

Salen.

ESCENA VI

Entra PALAMÓN desde detrás del matorral.

PALAMÓN Más o menos a esta hora prometió

mi primo visitarme de nuevo y traer

consigo dos espadas y dos armaduras.

Si no cumple no es ni hombre ni soldado.

Cuando me dejó, no pensaba yo

que en una semana podría

recuperar mis perdidas fuerzas,

tan desmejorado y alicaído me sentía.

Te agradezco, Arcites. Eres de todos modos

un noble enemigo, y con este refrigerio

ya me siento apto para vencer el peligro.

Demorarlo más haría pensar al mundo,

cuando esto se conociera, que para pelear

estoy engordando como un cerdo

y no como un soldado. Por eso

esta bendita mañana será la última

y con la espada que él rechace, si es firme,

lo mataré: es justicia. ¡A mí, fortuna y amor!

¡El amor y la fortuna, a mí!

Entra ARCITES con armaduras y espadas.

Ah, buenos días.

ARCITES Buen día, digno pariente.

PALAMÓN Te he puesto en demasiado aprieto, señor.

ARCITES Ese demasiado, buen primo, no es

más que una deuda de honor, y mi deber.

PALAMÓN Si así fueras en todo, señor, como pariente

amable podría llegar a desearte

(en la misma medida en que

me obligas a reconocerte como

benéfico enemigo) que te agradecieran

mis abrazos, no mis golpes.

ARCITES A cualquiera de esos, si son bien dados,

yo habré de considerarlos una recompensa noble.

PALAMÓN Entonces te recompensaré bien.

ARCITES Desafíame en estos amables términos

y te mostrarás más querible por mí

que una amante. ¡No más enojos,

puesto que amas todo lo honorable!

A nosotros nos educaron para hablar;

una vez armados y ambos en guardia,

que el furor, como el encuentro de dos mareas,

brote de nosotros poderoso.

Y entonces se verá, y rápido, a quién

pertenece por derecho esta beldad

(sin broncas, burlas, desprecio de nuestras

personas y pucheros tales que son

más propios de escolares y muchachas).

¿Quieres armarte ya? O, si aún no te sientes

listo y equipado con tu vieja fuerza,
esperaré, primo, mientras esté disponible,
conversaré contigo cada día
hasta que estés saludable. Tu persona
me es amiga y podría desear
no haber dicho que amaba,
aun si eso me molesta; pero, amando
a tal dama y justificando mi amor,
no debo huir de él.

PALAMÓN Arcites, eres un enemigo tan valiente
que no hay hombre, salvo tu primo, apto
para matarte. Estoy bueno y robusto;
elige tus armas.

ARCITES Elígelas tú, señor.

PALAMÓN Quieres sobrepasarme en todo,
¿o lo haces para que te perdone la vida?

ARCITES Si piensas eso, primo, te engañas,
porque, siendo yo un soldado,
no perdonaré la tuya.

PALAMÓN Eso está bien dicho.

ARCITES Y bien lo encontrarás.

PALAMÓN Entonces, como soy un hombre honesto
y amo con toda la justicia que da el afecto,
te pagaré con creces. (*Elige armadura.*) Tomo esta.

ARCITES (*Toma la otra.*) Esta es mía, entonces. Te armaré
primero.

PALAMÓN Hazlo. (ARCITES *comienza a armarlo.*) Por favor,
primo, dime

¿dónde conseguiste esta buena armadura?

ARCITES Es la del duque, y, para decir verdad,
la robé. ¿Te pellizco?

PALAMÓN No.

ARCITES ¿No es demasiado pesada?

PALAMÓN Las he llevado más ligeras, pero haré
que esta sirva.

ARCITES La dejaré bien ceñida.

PALAMÓN Sí, como sea.

ARCITES ¿No querrías una barda?

PALAMÓN No, no; no usaremos caballos.

Noto que estarías contento
con ese tipo de combate.

ARCITES Me es indiferente.

PALAMÓN A fe que también a mí. Buen primo,
ajusta la hebilla hasta donde dé.

ARCITES Ya lo hago.

PALAMÓN Ahora mi yelmo.

ARCITES ¿Pelearás sin guardabrazos?

PALAMÓN Debemos ser rápidos.

ARCITES Pero usa tus manoplas, al menos.

Esas son demasiado pequeñas.

Por favor, toma las mías, buen primo.

PALAMÓN Gracias, Arcites. ¿Cómo me veo?

¿Estoy muy enflaquecido?

ARCITES De veras que muy poco. El amor
te ha tratado bien.

PALAMÓN Te advierto que me lanzaré a fondo.

ARCITES Hazlo y nada te guardes. Te daré motivos,
dulce primo.

PALAMÓN Ahora tú, señor.

Comienza a armar

a ARCITES.

Me parece que esta armadura es similar,
Arcites, a la que llevabas el día
en que cayeron los tres reyes, aunque más ligera.

ARCITES Aquella era una muy buena.

Y aquel día, recuerdo bien, me superaste,
primo; jamás vi valor semejante.
Cuando cargabas sobre el ala izquierda
del enemigo, espoleé duro para acercarme
y debajo de mí tenía un buen caballo.

PALAMÓN Sí que lo tenías; un bayo reluciente,
recuerdo.

ARCITES Sí, pero todo lo que me afané
fue en vano; me dejaste atrás; ni siquiera
mis deseos podían alcanzarte. Con todo,
por imitarte, alguna cosita hice.

PALAMÓN Más bien por virtud. Eres modesto, primo.

ARCITES Cuando te vi cargar el primero

me pareció escuchar un atroz estampido,
como un trueno, que salía de las tropas.

PALAMÓN Pero incluso antes voló el relámpago
de tu coraje. Espera un poco: ¿no es
esta pieza demasiado ajustada?

ARCITES No, no, está bien.

PALAMÓN No dejaré que nada te hiera, salvo
mi espada. Un machucón sería una deshonra.

ARCITES No, estoy perfecto.

PALAMÓN Ponte en guardia, entonces.

ARCITES Toma mi espada; me parece
que es la mejor.

PALAMÓN Te agradezco. No.

Quédателя; tu vida depende de ella.

Aquí hay una: solo espero que no se rompa.

¡Mi causa y mi honor me protejan!

ARCITES ¡Y a mí, mi amor!

Hacen varias reverencias.

Luego avanzan y se detienen.

¿Hay algo más que se deba decir?

PALAMÓN Esto, y nada más: eres el hijo
de mi tía y la sangre que deseamos
derramar es mutua: en mí está la tuya
y la mía en ti; tengo la espada en la mano
y, si me matas, los dioses y yo
te perdonamos. Si es que hay un lugar

preparado para aquellos que duermen
con honor, deseo que el alma exhausta
del que caiga lo obtenga. Pelea
bravío, primo; dame esa noble mano.

ARCITES Aquí está, Palamón.

Esta mano ya nunca se acercará a ti
tan amistosamente.

PALAMÓN A ti me encomiendo.

ARCITES Si caigo, máldiceme y di que he sido
un cobarde, porque nadie más que esos
se atreve a morir en estas justas.
Una vez más, primo, adiós.

Luchan.

Suenan cornetas.

Se detienen.

ARCITES ¡Alto, primo, alto!

¡Nuestro desatino nos ha traicionado!

PALAMÓN ¿Por qué?

ARCITES Es el duque, de caza como te he dicho.

Si nos encuentra, estamos arruinados.

Ah, en bien del honor y la seguridad
retírate enseguida a tus arbustos.

¡Señor, excesivas horas
encontraremos en las cuales morir!
Gentil primo, si te ven pereces en el acto
por haber huido de la cárcel
y, si me delatas, también muero yo,

por mi desobediencia. Entonces todo el mundo
nos despreciará y dirá que, si bien
tuvimos una noble diferencia,
fuimos viles depositarios de ella.

PALAMÓN No, primo: no me esconderé más,
ni postergaré esta gran ventura a un
segundo juicio; conozco tu ingenio
y conozco tu causa. ¡Al que desmaye
ahora que se lo lleve la vergüenza!
Ponte ya en guardia.

ARCITES ¿No estás loco?

PALAMÓN O me aprovecharé de este momento,
el mío; temo menos las amenazas venideras
que a mi fortuna. Entérate, débil primo:
amo a Emilia, y te enterraré en ese amor
junto a todos los demás obstáculos.

ARCITES Entonces que venga lo que sea.
Entérate, Palamón, que igual
me da morir así que en la placidez
del sueño. Solo esto me atemoriza:
la ley se llevará el honor de nuestras muertes.
¡En guardia, por tu vida!

PALAMÓN Mira por tu propio bien, Arcites.

Combaten de nuevo.

Cornetas. Entran TESEO, HIPÓLITA, EMILIA,

PIRITOO y asistentes.

TESEO separa a PALAMÓN y ARCITES.

TESEO ¿Qué clase de traidores ignorantes
y malévolos son ustedes, que contra el tenor
de mis leyes están combatiendo, así
armados como caballeros,
sin mi permiso ni el de mis oficiales?
¡Por Castor, morirán todos!

PALAMÓN Mantén tu palabra, Teseo.

Por cierto que ambos somos traidores,
ambos desdeñosos de ti y de tu bondad.
Yo soy Palamón, quien no puede amarte
y escapó de tu prisión (piensa bien
lo que merece eso), y este es Arcites:
un traidor más descarado
nunca pisó tus suelos; nunca nadie
más falso aparentó ser amigo.
Este es el hombre por el que pidieron
y al que desterraste; este el que te desdeña
a ti y a lo que puedas hacer,
y que detrás de este disfraz, y contra
tu propio edicto, sigue a tu hermana,
esa fastuosa y brillante estrella, la hermosa
Emilia (cuyo siervo, si es que asiste
un derecho al que primero ve y rinde
el alma, soy con justicia yo) y, más
aún, se atreve a pensarla suya. Por esa
traición, como amante más confiable,

lo he llamado a responder ahora. Si eres,
como se dice, grande y virtuoso,
el verdadero árbitro de todas las injurias,
di «combatan de nuevo» y me verás,
Teseo, hacer tal justicia que tú mismo
has de envidiarla. Entonces toma mi vida;
yo te cortejaré para que lo hagas.

PIRITOO Por los cielos, es mucho más que un hombre.

TESEO He jurado.

ARCITES No buscamos tu aliento de piedad,
Teseo; mi muerte es para mí
tan inmediata e impasible como lo es
para ti pronunciarla. Donde este hombre
me llama traidor, permíteme decir
tanto como esto: si existe traición
en el amor, en el servicio a una belleza
tan excelsa, puesto que yo amo más,
y en esa fe habré de perecer
(ya que para confirmarlo he traído
aquí mi vida, ya que la he servido
como el más verdadero, como el más
meritorio, ya que me atrevo a matar
a este primo que lo niega), permite
entonces que sea yo el más traidor, y así
compláceme. En cuanto a lo de burlarme
de tu edicto, duque: pregúntale a esa

dama por qué es bella y por qué sus ojos
me ordenan permanecer aquí y amarla
y, si ella dice «traidor», soy un villano
cuyos huesos no son dignos de una tumba.

PALAMÓN Sentirás piedad por ambos, Teseo,
si no muestras misericordia por ninguno.
Vuelve, si eres justo, el noble oído
hacia nosotros. Valiente como eres
(por el alma de tu primo, cuyos
doce fornidos trabajos coronan
su memoria) déjanos morir juntos,
en un instante, duque. Solo haz
que caiga un poco antes que yo, para que pueda
decirle a mi espíritu que
él no habrá de tenerla a ella.

TESEO Te concedo el deseo porque, a ser sincero,
tu primo me ha ofendido diez veces más,
pues tuvo de mí más misericordia
que la que encontraste tú, señor.
Tus ofensas no son mayores que las tuyas.
Que nadie hable aquí por ellos,
porque, antes del ocaso, dormirán
ambos para siempre.

HIPÓLITA (A EMILIA.) ¡Ay, la piedad! Ahora o nunca,
hermana,
habla para que no se te nieguen.

De lo contrario, tu rostro habrá de soportar
por siglos las maldiciones
por la pérdida de estos dos primos.

EMILIA De verdad, querida hermana,

que no encuentre ninguna ira contra ellos, ni
desgarro.

La desdicha de sus propios ojos los mata.

Empero seré mujer y tendré piedad.

EMILIA *se arrodilla.*

Mis rodillas tocarán el suelo,
pero obtendré misericordia. Ayúdame,
hermana querida. En empresa tan virtuosa,
nos asiste el poder de todas las mujeres.

HIPÓLITA *se arrodilla.*

Más que regio hermano.

HIPÓLITA Señor, por nuestro lazo de matrimonio...

EMILIA Por tu propio e inmaculado honor...

HIPÓLITA Por tu fe, por la noble mano

y el honesto corazón que me diste...

EMILIA Por lo que puedas albergar de piedad hacia otro,

por tus propias e infinitas virtudes...

HIPÓLITA Por el valor, por todas las noches castas

en que te he complacido...

TESEO Extrañas súplicas.

PIRITOO (*Se arrodilla.*)

Entonces más; yo también me sumo.

Por nuestra amistad, señor,

por todos los peligros que hemos afrontado
y por todo lo que más amas: las guerras
y esta dulce señora...

EMILIA Por eso que te habría hecho temblar
de negarlo a una doncella ruborosa...

HIPÓLITA Por tus ojos: por mi fuerza,
que juraste superaba a la de todas
las mujeres, a la de casi todos
los hombres, y que sin embargo rendí, Teseo...

PIRITOO Para coronar todo esto,
por tu alma nobilísima, que no puede
querer deudas de piedad, pido el primero...

HIPÓLITA Escucha luego mis súplicas...

EMILIA Por último permíteme a mí implorar, señor...

PIRITOO ¡Por misericordia!

HIPÓLITA ¡Misericordia!

EMILIA ¡Misericordia a estos príncipes!

TESEO Hacen vacilar mi constancia.

(A EMILIA.) Digamos que sintiera compasión
por ambos, ¿dónde la pondrías?

EMILIA, HIPÓLITA y PIRITOO
se levantan.

EMILIA Sobre sus vidas. Pero con sus destierros.

TESEO Eres propiamente una mujer, hermana:
tienes piedad pero careces
de un discernimiento que le dé buen empleo.

Si deseas sus vidas, inventa una vía
más segura que el destierro.
¿Pueden estos dos vivir y soportar
sobre ellos el tormento del amor y no
matarse el uno al otro? Cada día
lucharían por ti; hora tras hora pondrían
en cuestión tu honor en contienda pública
con sus espadas. Sé sabia, entonces,
y olvídalos ahora; concierne igualmente
a tu crédito y a mi juramento. He dicho
que morirán. Mejor que sea bajo la ley
que el uno a manos del otro.
No sojuzgues mi honor.

EMILIA Noble hermano: ese juramento tuyo
fue precipitado y nació de la ira.
Tu razón no lo sostendrá;
si esos votos pueden sostenerse
como voluntad final, entonces
debe morir todo el mundo.
Además, tengo otro juramento
contra el tuyo, de mayor autoridad
y más amoroso estoy segura,
que no fue hecho con pasión,
además, sino con buen cuidado.

TESEO ¿Cuál, hermana?

PIRITOO Dilo ya, dama espléndida.

EMILIA Que tú nunca me negarías nada

acorde a mi modesta investidura
y tu generoso favor. Me sujeto ahora
a tu palabra; si no la cumples,
piensa cuánto perjudicas tu honor.
No me digas (porque ahora, señor,
soy suplicante, sorda a todo excepto
a tu merced) cómo podrían sus vidas
alimentar la ruina de mi nombre.

El rumor. ¿Debe cualquier cosa que me ame
perecer por mí? Sería una cruel sabiduría.

¿Acaso los hombres podan las ramas rectas y jóvenes
que con mil brotes se colorean
solo porque podrían llegar a pudrirse?

Ah, duque Teseo, si tu voto se mantiene,
las buenas madres que por estos han sufrido
y todas las doncellas anhelantes
que hayan amado jamás, en sus cantos
fúnebres por estos dos primos
me maldecirán a mí y a mi belleza,
despreciarán mi crueldad y clamarán
que caiga sobre mí la aflicción,
hasta que no sea más que el desdén de todas
las mujeres. Por el amor del cielo,
perdónales la vida y destiérralos.

TESEO ¿Bajo qué términos?

EMILIA Hazlos jurar que nunca

disputarán por mí, ni tendrán noticia,
ni pisarán tu ducado y que,
dondequiera viajen, serán extraños
el uno para el otro.

PALAMÓN ¡Prefiero que me corten en pedazos

antes que aceptar ese juramento! ¿Olvidar
que la amo? Ah, dioses, desprécienme
si lo hago. Tu destierro no me disgusta,
porque podríamos llevar buenamente
nuestra causa y nuestras espadas.

En cuanto al resto, no te gastes, duque,
y toma nuestras vidas. Debo amar
y lo haré; y si por este amor debo matar
a este primo, me atrevo a hacerlo
en cualquier pedazo de la tierra.

TESEO ¿Aceptarías tú estas condiciones, Arcites?

PALAMÓN Si acepta es un villano.

PIRITOO ¡Estos son hombres!

ARCITES No, duque, nunca. Peor que mendigar

me resulta obtener tan bajamente
mi vida. Aunque pienso que nunca habré
de disfrutar de ella, conservaré
sin embargo el honor del afecto,
y moriré por ella, aunque muera
la muerte un demonio.

TESEO ¿Qué se puede hacer?

Porque ahora siento compasión.

PIRITOO No dejes que decaiga, señor.

TESEO Di, Emilia, si uno de ellos muriera,

como debe hacerlo uno, ¿te contentarías

tomando al otro como esposo?

No pueden disfrutarte ambos. Son

príncipes tan dignos como tus propios

ojos y tan nobles como jamás

pudo pronunciar la fama. Míralos bien

y, si puedes amar, zanja la disputa.

(A PALAMÓN y ARCITES.) Yo doy consentimiento.

¿Se dan por contentos también, príncipes?

PALAMÓN Y ARCITES Con todo nuestro corazón.

TESEO Aquel que ella rechace

debe morir, entonces.

PALAMÓN Y ARCITES Cualquier muerte, duque,

que sea designio tuyo.

PALAMÓN Si caigo por esa boca, favorecido

caigo, y los amantes por nacer

bendecirán mis cenizas.

ARCITES Si me rechaza, todavía mi tumba

habrá de desposarme y cantarán

los soldados mi epitafio.

TESEO (A EMILIA.) Elige, pues.

EMILIA No puedo, señor; los dos son demasiado

excelentes. Por mí nunca debe caer
un solo pelo de estos hombres.

HIPÓLITA ¿Qué será de ellos?

TESEO Así lo ordeno y por mi honor,

que así será, o morirán los dos.

(A PALAMÓN y ARCITES.) Ambos van a regresar

a su tierra y, antes de que el mes termine,

cada uno, acompañado por tres nobles

caballeros, comparecerá nuevamente

en este lugar, en el cual erigiré

una pirámide. Y aquel que, por noble

y caballeresca fuerza, pueda aquí,

delante de nosotros, obligar

a su primo a tocar el pilar,

disfrutará de ella. El otro pierde

su cabeza junto con sus tres amigos.

Ni puede sentir rencor por su caída

ni pensar que muere con interés

alguno en esta dama. ¿Quedarán

satisfechos con esto?

PALAMÓN Sí. Aquí, primo Arcites. (*Ofrece la mano.*) Soy
otra vez

tu amigo, hasta esa hora.

ARCITES Te abrazo.

TESEO ¿Estás satisfecha, hermana?

EMILIA Sí, debo estarlo, señor.

De lo contrario, ambos mueren.

TESEO Vamos, dense la mano de nuevo,
entonces. Y tomen buena cuenta,
siendo como son caballeros, de que esta
disputa duerme hasta la hora prefijada,
y mantengan su promesa.

PALAMÓN y ARCITES *se dan la mano.*

PALAMÓN No nos atreveremos a fallarte, Teseo.

TESEO Vengan: les daré trato
como el que se da a príncipes y amigos.
Cuando regresen, aquí señalaré
al vencedor. Sobre su féretro
lloraré al que pierda.

Salen.

CUARTO ACTO

ESCENA I

Entran el CARCELERO y un AMIGO.

CARCELERO ¿No has oído nada más? ¿No se dijo nada
de mí en relación a la fuga
de Palamón? ¡Recuerda, buen señor!

PRIMER AMIGO Nada que haya yo escuchado
ya que, antes de que el asunto estuviera
completamente acabado, vine
a casa. Sin embargo, antes de irme
pude percibir algo muy próximo
al perdón para los dos. Pues Hipólita
y Emilia, la de bellos ojos,
suplicaron de rodillas con tan hermosa
compasión que el duque, me pareció,
se quedó dudando entre seguir
su apresurado juramento o la dulce
compasión de esas dos damas; y dado
que (para secundarlas) también se
arrodilló ese príncipe de veras noble,
Piritoo (que es la mitad de su propio
corazón), espero que todo resulte

bien. No escuché una sola pregunta
por tu nombre o por la fuga.

Entra

un SEGUNDO AMIGO.

CARCELERO Quiera el cielo que todo siga así.

SEGUNDO AMIGO Estate bien consolado, hombre;
te traigo noticias. ¡Buenas noticias!

CARCELERO Son bienvenidas.

SEGUNDO AMIGO Palamón te ha blanqueado, y obtuvo
tu perdón, y reveló cómo y por qué
medio escapó, que fue a través de tu hija,
cuyo perdón también se obtuvo.

Y, para no ser desagradecido
con la bondad de ella, el prisionero
ha ofrecido una suma de dinero
para su casamiento. Una bien grande,
puedo asegurarte.

CARCELERO Eres un buen hombre,
y siempre traes buenas noticias.

PRIMER AMIGO ¿Cómo terminó todo?

SEGUNDO AMIGO Cómo iba a ser. Los tres, que nunca
han rogado sin conseguir lo que pedían,
obtuvieron plena satisfacción
para sus demandas: los prisioneros
conservan la vida.

PRIMER AMIGO Sabía que iba a ser así.

SEGUNDO AMIGO Pero hay nuevas condiciones,
de las que oirás en mejor momento.

CARCELERO Espero que sean buenas.

SEGUNDO AMIGO Son honorables;
cuán buenas se prueben, no lo sé.

Entra el PRETENDIENTE.

PRIMER AMIGO Ya se sabrá.

PRETENDIENTE Ay, señor, ¿dónde está tu hija?

CARCELERO ¿Por qué lo preguntas?

PRETENDIENTE Oh, señor, ¿cuándo la viste?

SEGUNDO AMIGO (*Aparte.*) ¡Qué pinta tiene!

CARCELERO Esta mañana.

PRETENDIENTE ¿Estaba bien? ¿Gozaba de buena
salud, señor? ¿Cuándo durmió?

PRIMER AMIGO Extrañas preguntas.

CARCELERO No creo que estuviera muy bien,
ahora que me lo recuerdas: hoy mismo
le hice unas preguntas y me respondió
tan distante de lo que suele ser,
tan aniñada, tan bobamente,
como si fuera una loca, una orate,
una simple, y yo me enojé mucho.
¿Pero qué hay con ella, señor?

PRETENDIENTE Nada más que mi pena.

Pero debe usted saberlo, y mejor
es que lo sepa a través de mí

que de otro que la ame menos.

CARCELERO ¿Entonces, señor?

PRIMER AMIGO ¿No está en sus cabales?

SEGUNDO AMIGO ¿No está bien?

PRETENDIENTE No, señor. No está bien.

Es demasiado cierto. Está loca.

PRIMER AMIGO No puede ser.

PRETENDIENTE Créanme; ya lo verán.

CARCELERO En parte sospechaba lo que me has dicho.

¡Los dioses la amparen! O fue el amor
por Palamón, o miedo a que muriera
yo por su fuga. O las dos cosas.

PRETENDIENTE Así parece.

CARCELERO ¿Pero por qué tanta agitación, señor?

PRETENDIENTE Te lo diré deprisa.

Ya tarde pescaba yo en el gran lago
que está de espaldas al palacio, en la orilla
lejana, espesa de juncos y de juncias,
y cuando pacientemente atendía
lo mío oí una voz, y con atención,
parada la oreja, pude notar
que se trataba de alguien que cantaba
y, por su escaso tamaño, de un chico
o una muchacha. Dejé entonces
mi aparejo abandonado a su destreza;
me aproximé, pero aún no percibía

quién era y ya juncias y juncos
lo acompasaban. Me eché al suelo y oí
las palabras que ella cantaba, porque
entonces vi, a través de un pequeño
claro abierto por los pescadores,
que era tu hija.

CARCELERO Sigue por favor.

PRETENDIENTE Cantaba mucho, pero sin ningún sentido;
solo la oía repetir esto sin cesar:
«Palamón se fue, se fue al bosque
a juntar moras; mañana lo encontraré».

PRIMER AMIGO ¡Dulce alma!

PRETENDIENTE «Sus cadenas lo traicionarán,
lo atraparán; ¿y qué haré yo entonces?
Reuniré un centenar
de doncellas de ojos negros
que aman como yo,
con guirnaldas de narcisos,
con labios de cereza, rosas
damasquinas las mejillas,
y ante el duque todas juntas
una vieja danza bailaremos
y su perdón pediremos.»
Luego habló de usted, señor,
que usted debía perder la cabeza
mañana por la mañana, y que ella

debía recoger flores para enterrarlo
y ver que la casa estuviera coqueta.
Luego ya no cantó más que «sauce, sauce,
sauce llorón», y en medio siempre decía
«Palamón, bello Palamón» y «era alto
y joven Palamón». El pastizal
en donde se había sentado era alto
hasta las rodillas; las descuidadas trenzas
se las ceñía una corona
de juncos aterciopelados. Sobre ella había
miles de frescas flores de agua de muchos
colores, que me la hicieron aparecer
como una bella ninfa que alimenta
el lago con sus aguas, o como Iris,
recién caída desde el cielo. Hacía sortijas
con los juncos que crecían a un lado
y les decía bonitos piropos:
«Así sujeto está nuestro amor»,
«esto puedes desanudarlo, no a mí»;
y muchos más. Y entonces lloraba,
y volvía a cantar, y suspiraba,
y con el mismo aliento sonreía
y se besaba la mano.

SEGUNDO AMIGO ¡Ay, qué pena que da!

PRETENDIENTE Me abrí camino hacia ella. Me vio
y fue derecho a hundirse; yo la rescaté

y la llevé sana y salva a tierra.
En un tris se escabulló hacia la ciudad
con tal alarido y tal ligereza que,
créanme, me dejó bien atrás. Vi desde
lejos que la interceptaron tres
o cuatro; en uno de ellos reconocí
a tu hermano, y allí se quedó
y cayó, con poco impulso de irse.
Los dejé con ella.

Entran el HERMANO del carcelero, la HIJA DEL CARCELERO y otros.

Y aquí han venido a decírtelo.
Aquí están.

HIJA DEL CARCELERO (*Canta.*) «Que nunca más disfrutes de
la luz...»^[7]

¿No es una linda canción?

HERMANO Sí, claro. Muy linda.

HIJA DEL CARCELERO Puedo cantar veinte más.

HERMANO Ya lo creo.

HIJA DEL CARCELERO Sí, de veras que puedo. Puedo cantar
«La escoba» y «Bonny Robin». ¿Tú no eres sastre?

HERMANO Sí.

HIJA DEL CARCELERO ¿Dónde está mi vestido de novia?

HERMANO Lo traeré mañana.

HIJA DEL CARCELERO Hazlo bien temprano.

De lo contrario, estaré fuera de casa,
porque debo llamar a las criadas

y pagar a los juglares, pues para el canto
del gallo he de haber perdido
la doncellez: de lo contrario,
nunca prosperará.

(*Canta.*) Ay, hermoso, ay, dulce mío...

HERMANO (*Al CARCELERO.*) Debes tomártelo con mucha
paciencia.

CARCELERO Es cierto.

HIJA DEL CARCELERO Buenos días, buenos hombres;
digan, por favor, ¿han oído alguna vez
hablar de cierto joven Palamón?

CARCELERO Sí, muchacha, lo conocemos.

HIJA DEL CARCELERO ¿No es un caballero estupendo?

CARCELERO Lo es, cariño.

HERMANO No la contradigan por ningún motivo;
que quedaría aún más deschavetada.

PRIMER AMIGO (*A la HIJA DEL CARCELERO.*) Sí, un joven
estupendo.

HIJA DEL CARCELERO ¿Sí? Tú tienes una hermana.

PRIMER AMIGO Sí.

HIJA DEL CARCELERO Pero hazle saber que él nunca será
suyo.

Por un truquito que me sé, sería mejor
que la vigilaras, ya que, si lo ve
una sola vez, en una hora estará pronta,
hecha y llena. Todas las jóvenes
vírgenes de nuestro pueblo están

enamoradas de él, pero yo me río de ellas
y no les presto atención; ¿no es una actitud sabia?

PRIMER AMIGO Sí.

HIJA DEL CARCELERO Ya hay por lo menos doscientas
que tienen un hijo suyo. Cuatro
debe haber; pero yo para eso estoy cerrada,
cerrada como una lapa.
Y todos deben ser varoncitos
(pues tiene un truco para lograrlo)
y cuando tengan diez años
todos serán castrados para hacer música
y cantar las guerras de Teseo.

SEGUNDO AMIGO Vaya cosa más extraña.

HIJA DEL CARCELERO Lo más extraño que has escuchado,
pero no digas nada.

PRIMER AMIGO No.

HIJA DEL CARCELERO Vienen a él de todas partes del ducado.

Les aseguro que anoche no tuvo
poquitas. A veinte que para
despachar le diesen, en dos horas dejaría
la tanda agujereada, con solo ponerse a ello.

CARCELERO Está perdida sin remedio.

HERMANO ¡El cielo no lo quiera, hombre!

HIJA DEL CARCELERO (*Al CARCELERO.*)

¡Ven aquí! Tú eres un hombre sabio.

PRIMER AMIGO (*Aparte.*) ¿Lo reconoce?

SEGUNDO AMIGO (*Aparte.*) No. ¡Ojalá lo hiciera!

HIJA DEL CARCELERO ¿Eres capitán de un barco?

CARCELERO Sí.

HIJA DEL CARCELERO ¿Dónde tienes la brújula?

CARCELERO Aquí.

HIJA DEL CARCELERO Encuentra el norte y pon rumbo al
bosque

donde está Palamón deseándome con ardor.

Déjenme sola para el abordaje.

¡Vengan, leven anclas, corazones míos, y alégrense!

TODOS (*A una voz.*) ¡Uf! ¡Uf! ¡Uf!

Está arriba. ¡El viento es bueno!

¡Icen la bolina! ¡Arriba la vela mayor!

¿Dónde está tu silbato, capitán?

HERMANO Llevémosla dentro.

CARCELERO Trepas hasta el tope, muchacho.

HERMANO ¿Dónde está el piloto?

PRIMER AMIGO Aquí.

HIJA DEL CARCELERO ¿Qué divisas?

SEGUNDO AMIGO Un bello bosque.

HIJA DEL CARCELERO Vamos por él, capitán. Vira de bordo.

(*Canta.*) Cuando Cynthia, la luna, con su luz
prestada...

Salen.

ESCENA II

Entra EMILIA, con dos retratos.

EMILIA Con todo, debería vendar esas heridas

que de lo contrario van a abrirse
y sangrar hasta la muerte;
elegiré y pondré fin a su disputa.
No han de caer por mí dos hombres
tan jóvenes y bien parecidos;
nunca han de maldecir mi crueldad
sus llorosas madres, siguiendo las frías
y muertas cenizas de sus hijos.

Mira uno de los retratos.

¡Por los cielos, qué dulce rostro tiene
Arcites! Si la sabia Naturaleza
(con todas sus mejores dotes, todas
esas bellezas que manifiesta
en los nacimientos de los cuerpos nobles)
se comportara aquí como una mortal
y retuviera en sí los tímidos rechazos
de las jóvenes doncellas, sin duda
por este hombre se volvería loca.
¡Qué mirada tiene este príncipe,
qué cargada de brillo feroz y vivaz dulzura!
Aquí el amor mismo se sienta
sonriente: con igual mirada el sensual
Ganimedes enardeció a Júpiter,
y obligó al dios a robar al hermoso
muchachito y disponerlo a su lado,
en una constelación brillante.
¡Qué frente, cuán espaciosa majestad

hay en su ceño, que en lo arqueado iguala
al de Juno, la de grandes ojos,
pero que él lleva con mucho mayor dulzura
y más suavidad que la del hombro de Pélope!
Me parece que desde este ceño
(como de un elevado promontorio
asignado en el cielo), deberían
la fama y el honor abrir sus alas
y cantar, para todo el submundo,
los amores y luchas de los dioses
y de los hombres que se les asemejan.

Mira el otro retrato.

Palamón no es nada más que su azogue,
una mera e insulsa sombra. Es opaco
y magro, con el mirar tan grave
como si hubiera perdido a su madre.
Un temperamento aletargado:
no hay vivacidad en él, alacridad
ninguna. De esa chispeante
agudeza, ni una traza.
Sin embargo, estos que como errores
enumeramos, pueden sentarle:
Narciso era un muchacho triste,
pero celestial. Ah, ¿quién puede
encontrar el rumbo del antojo
de las mujeres? Soy una tonta,
mi razón se ha perdido en mí: no tengo

elección, y tan indecentemente
he mentido que deberían apalearme
las mujeres. De rodillas
te pido me perdonen, Palamón: eres solo
y únicamente hermoso, y estos son
los ojos, los brillantes faroles
de la belleza, que ordenan amor
y lo amenazan. ¿Qué joven doncella
se atrevería a enfrentarse con ellos?
¡Qué gravedad valerosa, y sin embargo
incitante, hay en este oscuro y viril
rostro! ¡Ay, amor, de aquí en más, solo esta
piel podrá ser considerada una piel!

*Deja el retrato de Arcites
en el suelo.*

Descansa ahí, Arcites: comparado con él,
eres solo un niño deforme; un mero gitano
(y este el cuerpo noble). Estoy borracha,
perdida por completo. Mi constancia
de virgen me ha abandonado porque,
si mi hermano en este momento me hubiera
preguntado a quién amo, me habría
vuelto loca por Arcites y, si fuera
mi hermana quien preguntase, loca
por Palamón. Quédense juntos los dos.
Ahora, ven y pregúntame, hermano.
«Ay de mí, no sé.» Pregúntame ahora,

dulce hermana. «No sabría responder.»

¡Qué cosa más niña es el capricho,
que, teniendo dos juguetes de igual dulzura,
no puede distinguir y llora por ambos!

Entra un CABALLERO.

¿Qué hay, señor?

CABALLERO Te traigo noticias, señora,
de tu hermano, el noble duque.
Los caballeros han llegado.

EMILIA ¿Para poner fin a la disputa?

CABALLERO Sí.

EMILIA ¡Terminara yo antes!

¿Qué pecado he cometido, casta Diana,
para que mi juventud sin mancha
deba ahora verse manchada
con sangre de príncipes y mi castidad
convertirse en altar en el que los amantes
(dos más grandes y más nobles jamás
han regocijado a una madre) deben
sacrificar sus vidas a mi infeliz belleza?

*Entran TESEO, HIPÓLITA,
PIRITOO y sirvientes.*

TESEO Traíganlos, rápido, por cualquier medio;
ansío verlos. (*A EMILIA.*) Tus dos amantes
contendientes están de vuelta, y sus
preclaros caballeros vienen con ellos.
Ahora, mi bella hermana, debes amar

a uno de los dos.

EMILIA Preferiría a los dos. Así ninguno debería
morir a deshora, y por mi causa.

TESEO ¿Quién los ha visto?

PIRITOO Yo, brevemente.

CABALLERO Y Yo.

Entra un MENSAJERO.

TESEO ¿De dónde vienes?

MENSAJERO De donde los caballeros.

TESEO Cuenta, por favor, tú que los has visto,
quiénes son.

MENSAJERO Contaré, señor,

y verdaderamente, lo que creo.

Si juzgamos por lo exterior, no he visto
ni leído jamás de seis espíritus

tan bravíos como los que han traído. Ese
que en primer lugar comparece con

Arcites, por su empaque es un hombre
valiente, por su rostro un príncipe,

sus mismos gestos así lo descubren:

su tez, más cercana al marrón que al negro;

sombrío, y sin embargo noble, lo muestra

atrevido, temerario y orgulloso

ante el peligro. Las circunferencias

de sus ojos muestran el fuego que lo habita.

Y tiene el aspecto de un león iracundo.

El cabello le cuelga largo por detrás,
negro y brillante como las alas de un cuervo;
sus hombros anchos y fuertes están armados
a todo lo largo.

Y junto al muslo lleva una espada
(sostenida por curioso tahalí)
con la cual sellar su voluntad,
una vez que frunce el entrecejo: jamás
ha habido mejor amiga de soldado.

TESEO Lo has descrito bien.

PIRITOO Sin embargo, me parece muy por debajo
de aquel que primerea con Palamón.

TESEO Descríbelo, por favor, amigo mío.

PIRITOO Adivino que también es un príncipe
y, si esto puede caber, más grande,
pues su pompa conlleva todo el ornamento
del honor. Es algo más alto
que el caballero del que habló el mensajero,
pero de rostro mucho más afable.
Su semblante, como una uva madura,
es rubicundo. Ha sentido sin dudas
por qué lucha, lo que lo hace más apto
para hacer propia la causa. Se muestran
en su rostro todas las encumbradas
expectativas de aquello que emprende
y, cuando se enfurece, entonces un coraje

asentado, no manchado por extremos,
recorre su cuerpo y guía su brazo
hacia cosas valerosas. Temer
no puede; no da muestras de blandura
de ánimo. Su pelo es rubio, espeso
y ensortijado, como una mata
de enredadera que ni el trueno puede
deshacer. En su rostro comparece
la librea de la doncella guerrera,
rojo puro y puro blanco, ya que aún
no lo bendice la barba; y en sus ojos
hurgadores se asienta la Victoria,
como si alguna vez ella hubiera
pretendido cortejar su valor.
Su nariz aquilina es un rasgo de honor;
sus labios rojos, después de los combates,
parecen a punto para las damas.

EMILIA ¿Deben morir estos hombres, también?

PIRITOO Cuando habla, su voz suena
como una trompeta. Todos sus rasgos
son como pudiera desearlos un hombre,
ricos y claros. Lleva un hacha
bien acerada, con mango de oro; su edad
está entre los veinticinco y los treinta.

MENSAJERO Hay otro, un hombre pequeño,
pero de un ánimo rudo, que lo hace

parecer tan grande como el que más;
más bellas promesas en semejante
cuerpo no he visto nunca.

PIRITOO Ah, ¿ese de cara pecosa?

MENSAJERO El mismo, mi señor.

 Mi señor ¿no son afables?

PIRITOO Sí, bien que lo son.

MENSAJERO Me parece que, siendo tan pocas

 y bien dispuestas, muestran un arte
 grande y fino de la naturaleza.

 Él es de pelo rubio, no de claridad
 exuberante, sino de ese color viril
 cercano al castaño; de ágil y fuerte
 contextura, que delata un espíritu
 activo, sus brazos son musculosos
 y, alineados a los hombros por fuertes
 nervios, bajo la hombrera se hinchan
 elegantes, como mujeres recién
 concebidas (lo que lo dice afecto
 al trabajo duro, inclinación
 que nunca desmaya bajo el peso
 de las armas). Valiente en reposo
 pero, cuando se mueve, un tigre. Tiene
 ojos grises, por lo que cede
 ante la compasión cuando conquista;
 es agudo para espiar las ventajas

y, cuando las encuentra, veloz para hacerlas suyas.
No hace ofensas, ni tolera ninguna.
Su rostro es redondeado y, cuando sonríe,
se muestra amoroso. Cuando frunce el ceño,
un soldado. Lleva en la cabeza el cedro
del triunfador y en él, clavado, el favor de su dama.
Su edad, unos treinta y seis. Su mano
empuña una lanza de justas repujada en plata.

TESEO  Son todos así?

PIRITOO Hijos del honor todos.

TESEO Por mi alma que quiero verlos ahora.

(A HIPÓLITA.) Señora, verás hombres en combate.

HIPÓLITA Lo deseo, pero no la causa,
mi señor. Deberían mostrarse espléndidos
disputando los títulos de dos reinos.
Pena que el amor deba ser tan tirano.
Oh, mi hermana de corazón blando,
 qu  piensas tú? No llores, hasta que ellos
lloren sangre. Así ha de ser, muchacha.

TESEO (A EMILIA.) Tu belleza los ha acerado.

(A PIRITOO.) Honrado amigo, a ti
te encomiendo el campo; te ruego
lo ordenes de manera que se ajuste
a las personas que deben usarlo.

PIRITOO S , señor.

TESEO  Vamos, ir  a visitarlos!

No logro estarme quieto; su fama
me ha inflamado. Mi amigo, hasta que hagan
su aparición, compórtate como un rey.

PIRITOO No podrán desear más esplendor.

EMILIA (*Aparte.*) Ve a llorar, muchachita desdichada.

Porque, cualquiera sea el vencedor,
por tus pecados perderá un noble primo.

Salen.

ESCENA III

*Entran el CARCELERO, el PRETENDIENTE
y el MÉDICO.*

MÉDICO ¿Su distracción es mayor durante algunas horas de
la luna que en otras, no es así?

CARCELERO Está de continuo en un inofensivo desarreglo.
Duerme poco y poco come, salvo que a menudo
bebe. Se pasa soñando con otro mundo mejor y, no
importa en qué fragmentario coloquio ande, el
nombre de Palamón se le mecha y con él rellena
todas sus cosas y lo hace encajar en cada asunto.

Entra la HIJA DEL CARCELERO.

Mire, por ahí viene; notará usted su conducta.

HIJA DEL CARCELERO Lo he olvidado del todo. El estribillo
era «abajo-abajo» y escrito por hombre no peor que
Girardo, el maestro de Emilia; él es demasiado
fantasioso, más que cualquiera que haya andado en
dos piernas, porque en el próximo mundo Dido
podrá ver a Palamón, y entonces ya no le quedará
amor por Eneas.

MÉDICO ¿Qué cosa es esta? ¡Pobre alma!

CARCELERO Así se pasa el día entero.

HIJA DEL CARCELERO Ahora ese encantamiento del que les hablé: deben traer una pieza de metal en la punta de la lengua, o no hay peaje al otro mundo. Luego, si tienen oportunidad de llegar adonde los espíritus bienaventurados, ¡sí que tendrán una visión! Nosotras, las doncellas cuyos hígados han muerto, rajados y en pedacitos de tanto amor, llegaremos allí y no haremos más que recoger flores con Proserpina el día entero. Entonces haré un ramillete para Palamón, y entonces dejen que me vea. Préstlenme atención, entonces.

MÉDICO Qué bonitamente enferma está. Observémosla un poco más.

HIJA DEL CARCELERO A fe, les diré que en algún momento vamos a la tierra del martín pescador, nosotros los bienaventurados. Ay, es dolorosa la vida que llevan en el otro lugar (arden, son freídos, son hervidos, braman, son abucheados, castañetean, son maldecidos). ¡Un castigo extremo, estén alertas! Si uno enloquece, o se ahorca o se ahoga a sí mismo, va allí. ¡Bendícenos, Júpiter! Allí nos meterán en un caldero de plomo y gordura de usureros, entre un millón de rateros, y herviremos como una lonja de tocino que nunca acaba de cocerse.

MÉDICO ¡Cómo acuña fantasías su cerebro!

HIJA DEL CARCELERO Los señores y cortesanos que han preñado doncellas se encuentran en ese lugar. Permanecen en fuego hasta el ombligo y en hielo hasta el corazón, y allí las partes pudendas hierven y la parte engañadora se congela. Por cierto que es un castigo muy intenso, podría pensarse, para semejante pavada. Créanme que hay quien se casaría con una bruja leprosa para evitarlo, se lo aseguro.

MÉDICO ¡Cómo sigue su capricho! No es locura injertada sino melancolía de lo más denso y profundo.

HIJA DEL CARCELERO ¡Oigan cómo gritan allí, juntas, una dama orgullosa y una orgullosa esposa de burgo! Una grita: «¡Ay, este humo!» La otra: «¡Ay, este fuego!» Una grita: «¡Ay, si solo lo hubiera hecho detrás del tapiz!», y luego aúlla. La otra maldice a un tipo insistente y al jardín de su casa.

Canta.

Mis estrellas, mi destino
les diré ahora la verdad...

CARCELERO ¿Qué piensa de ella, señor?

MÉDICO Creo que tiene la mente perturbada, y no la puedo auxiliar.

CARCELERO ¡Ay de mí! ¿Entonces qué?

MÉDICO ¿Cree que alguna vez se había interesado por un hombre antes de ver a Palamón?

CARCELERO Una vez albergué gran esperanza de que hubiera puesto los ojos en este caballero, mi amigo.

PRETENDIENTE También lo creí yo, y doy fe de que era un buen negocio, ya que daría la mitad de lo que poseo para que ambos, ella y yo, estuviésemos, en este momento, genuinamente en los mismos términos.

MÉDICO Este empacho de la vista le ha desarreglado los otros sentidos. Podrían regresar y reacomodarse para ejecutar sus facultades preordenadas, mas de momento son presas de la más extravagante manía. Esto es lo que ustedes han de hacer. Confinenla en un lugar donde la luz parezca infiltrarse más que ser permitida. Adopte, joven señor y amigo de ella, el nombre de Palamón; diga que viene a comer con ella y a hablar de amor. Eso atraparé su atención, porque

por eso titila su mente; otros objetos que se interpongan entre su mente y vista se volverán atavíos y juguetes de su locura. Cánteles inocentes canciones de amor, como dice ella que Palamón cantaba en la cárcel. Llegue a ella engalanado de flores tan perfumadas como la estación provea y añada el uso de algún otro compuesto que gratifique los sentidos. Todo esto debe hacer a Palamón, dado que Palamón puede cantar, y Palamón es dulce y es todo lo bueno. Manifieste deseo de comer con ella, agasájela, brinde por ella y, de vez en cuando, entremezcle el petitorio de obtener de su favor gracia y aceptación. Averigüe qué doncellas han sido sus compañeras y camaradas y haga que vayan a ella con Palamón en sus bocas, y comparezcan con presentes de amor, como si estuvieran celestineando en favor de él. La falsedad en que vive, con falsedad debe ser combatida. Esto la persuadirá de comer, de dormir y de remitir lo que ahora está desquiciado a su antigua ley y régimen. Lo he visto probado con éxito, no sé cuántas veces, pero tengo gran esperanza de que se incremente el número. Yo vendré, en las diversas fases de este proyecto, con mis medicinas. Pongámoslo esto en ejecución y apresuremos los resultados, que, no tengo dudas, traerán alivio.

Salen.

QUINTO ACTO

ESCENA I

Un altar preparado.

Fanfarrias. Entran TESEO, PIRITOO,

Hipólita, asistentes.

TESEO Que entren ahora y ofrezcan sus plegarias
delante de los dioses. Que los templos
ardan con sacros fuegos brillantes
y en santas nubes los altares encomienden
su ondulante incienso a aquellos que están
sobre nosotros. Que nada de lo debido
falte: ellos tienen en sus manos
un noble trabajo, que honrará a los mismos
poderes que los aman.

Fanfarria de cornetas.

*Entran PALAMÓN y sus tres caballeros por una puerta, ARCITES y sus
tres caballeros por la opuesta.*

PIRITOO Aquí entran, señor.

TESEO Valientes enemigos de fuerte corazón,
regios y muy emparentados enemigos,
que en este día vienen a deshacer
esa proximidad que entre los dos
flamea: dejen de lado su cólera
por una hora y, como palomas

delante de los sagrados altares
de sus auxiliares, los muy temidos
dioses, inclinen los tenaces cuerpos.
La ira de ustedes es más que mortal;
así también debe serlo su auxilio.
Y, ya que los dioses los miran, peleen
con justicia. Los dejo con sus plegarias
y entre ustedes divido mis deseos.

PIRITOO Que el honor corone a los más valientes.

Salen TESEO y su séquito.

PALAMÓN La arena del reloj ya está corriendo
y no parará hasta que uno de nosotros muera.
Solo piensa esto: que si en mí hubiera algo
que pugnara por manifestarse adverso a mí
en este asunto, fuera un ojo contra
el otro, un brazo oprimido por el otro
brazo, yo, primo, destrozaría al ofensor;
lo haría aunque fuera parte de mí mismo.
Deduce de esto cómo te trataré a ti.

ARCITES Estoy en la tarea de echar de mi memoria
tu nombre, tu antiguo amor, nuestro parentesco
y en el mismo lugar dar asiento
a algo que pueda destruir.
Así que icemos el velamen que debe
llevar a puerto estas naves, allá
donde el limitador celestial disponga.

PALAMÓN Hablas bien. Antes de que me vaya
déjame abrazarte, primo. (*Se abrazan.*) Es esto
algo que nunca volveré a hacer.

ARCITES Un adiós.

PALAMÓN Sí, que así sea. Adiós, primo.

ARCITES Adiós, primo.

Salen PALAMÓN y sus caballeros.

Caballeros, parientes, amantes,
sacrificios míos, indesmentibles
adoradores de Marte, cuyo espíritu
expele las semillas del temor
y la aprehensión de las que aún
es padre: vengan conmigo al altar
del dios de nuestra profesión; allí
pídanle el corazón de los leones
y el aliento de los tigres, y también
su fiereza, sí, y además su ligereza
para avanzar, quiero decir, pues para lo otro,
deseemos ser tortugas. Ustedes saben
que mi premio debe ser extraído
de la sangre; la fuerza y una gran hazaña
deben ceñir mi guirnalda, en la que ella,
fija, es la reina de todas las flores.
Nuestra plegaria debe por tanto
dirigirse a aquel que hace del campo
una cisterna rebosante de sangre

de varones. Denme ustedes su auxilio
y a él inclinen sus espíritus.

*Avanzan hacia el altar caen sobre sus rostros,
luego se arrodillan.*

Tú, poderoso, que con tu poder
has vuelto púrpura al verde Neptuno,
cuya cercanía anuncian los cometas,
cuyos estragos en el vasto campo
de batalla proclaman las calaveras
al descampado, cuyo aliento abate
la abundosa cosecha de Ceres,
la fecunda; tú, que, con tu brazo
armipotente (que desde las nubes
azules irrumpe) desmoronas
las torretas hechas por albañiles,
tú, que tanto alzaste como destruiste
las pétreas murallas de las ciudades:
a mí, tu alumno, el más joven seguidor
de tu redoble, instrúyeme este día
con destreza militar, y haz que avance
para tu alabanza mi estandarte
y por ti sea proclamado el señor
de la jornada. Dame, Marte enorme,
alguna señal de tu beneplácito.

*Aquí caen sobre sus rostros, como antes, y se oye un clamor de armaduras,
con un breve trueno, como el estribillo de un combate. A lo cual se
levantan y reverencian el altar.*

Oh, gran corrector de edades

desarregladas, que los estados pútridos
sacudes, tú, gran determinante
de títulos polvorientos y añejos,
que con tu sangre sanas la tierra
cuando enferma, y que al mundo curaste
de la pleuresía de las gentes: tomo
tus signos auspiciosamente y, en tu nombre,
marcho valeroso hacia mi designio.
(*A sus caballeros.*) Partamos.

Salen.

ESCENA II

*Entra PALAMÓN con sus caballeros,
y lleva a cabo el mismo ritual.*

PALAMÓN Nuestras estrellas hoy deben relucir
con renovado fuego o extinguirse.
Es amor nuestra disputa, por lo cual,
si su diosa lo otorga, también dará
la victoria. Inclinen entonces junto
con el mío sus espíritus, ustedes
cuya libre nobleza hace de mi causa
su azar personal. A la diosa Venus
encomendemos nuestro proceder
e implorémosle su poder para nuestro bando.

*Aquí avanzan hacia el altar, caen sobre sus rostros
y luego se arrodillan.*

¡Salud, reina soberana
de los secretos, que tienes poder
para aplacar la furia del más feroz

de los tiranos y hacerlo llorar
frente a una muchacha; que la fuerza
tienes (aun con solo una mirada)
para silenciar el tambor de Marte
y convertir la alarma en susurros,
que puedes lograr que un lisiado floree
con su muleta y curarlo antes que Apolo,
que podrías forzar al rey a hacerse súbdito
de su vasallo e inducir al baile
a la rancia gravedad! Al solterón
calvo, cuya juventud ha evitado
tu flama (como muchachos jugueteando
en las hogueras) puedes tú atraparlo,
a los setenta años y hacerlo abusar,
para burla de su ronca garganta,
de las juveniles tonadas de amor.
¿Sobre qué poder divino no tienes
tú poder? A Febo le añadiste llamas
más cálidas que las suyas propias:
como tú a él, los fuegos celestiales
abrasaron a su hijo mortal.
La cazadora, toda húmeda y fría,
dicen algunos, arrojó lejos de sí
su arco y se echó a suspirar. Recógeme
en tu gracia, a mí, tu devoto soldado,
que cargo tu yugo cual corona de rosas,

aunque es más pesado que el acero mismo
y aguijonea más que las ortigas.
Nunca fui malhablado con tu ley.
Nunca revelé secretos, porque
ninguno conocí (ni lo habría hecho
aunque hubiese conocido todos
los que había en existencia). No seduje
jamás a la esposa de un hombre, ni pueden
incluirme los libelos que recuentan
astucias licenciosas. Nunca en las grandes
fiestas traté de traicionar a una hermosa,
aunque sí hice sonrojar a los afectados
caballeros que lo hicieron.
Con los que confiesan a todo lo largo,
he sido áspero y, acalorado,
les he preguntado si tenían madres
(yo tuve una, era mujer,
y a las mujeres estaban ellos agraviando).
Conocí a un hombre de ochenta inviernos
(esto les decía) quien con una chica
de catorce se casó. Tu poder insufló
vida al polvo: el achacoso reumatismo
había torcido su recto pie, la gota
les había anudado los dedos,
los globos de sus ojos, en convulsiones
torturantes, habían casi hundido

sus esferas: aquello que era vida
en él parecía tormento. Esta anatomía
tuvo, a través de su bella cónyuge,
un hijo, y yo creí que era de él,
porque ella así lo juró. ¿Y quién no habría
de creerle? En breve: soy, para aquellos
que parlotean y han hecho, nula compañía;
para aquellos que alardean y no han hecho,
un retador; para aquellos que podrían
hacer pero a sí mismos se impiden,
uno que alienta. En verdad, no amo a quien
divulga de la más sucia manera
lo que es asunto del pudor,
ni a aquel que, en el lenguaje más crudo,
 nombra lo que debe permanecer
secreto. Tal soy yo y juro que ningún
amante ha emitido nunca suspiros
más sinceros que los míos. Entonces, tú,
diosa delicadísima y dulcísima
dame la victoria en esta disputa,
que es recompensa al amor verdadero,
y bendíceme con un signo de tu favor.

Aquí se oye música. Se ven palomas aleteando.

Los caballeros caen sobre sus rostros;

luego se arrodillan.

Oh, tú, que reinas desde los once años
hasta los noventa en los mortales pechos,

cuyo coto de caza es este mundo
y cuyo juego somos nosotros,
en manada: te agradezco por esta
bella señal que, sumándose a mi corazón
inocente y franco, arman mi cuerpo
de confianza para esta empresa.
(*A sus caballeros.*) De pie, y reverenciemos a la diosa.

Se levantan e inclinan.

Llega la hora.

Salen.

ESCENA III

Música suave. Entra EMILIA vestida de blanco, el cabello suelto sobre los hombros, con una corona de trigo. Una doncella, también de blanco, con flores sujetas al cabello, le sostiene la cola del vestido. Otra doncella la precede, llevando una cierva plateada que rezuma incienso y otros aromas. Una vez que la cierva está en el altar, las doncellas se apartan y EMILIA enciende fuego. Entonces hacen reverencia y se arrodillan.

EMILIA Oh, reina sagrada, sombría, fría y constante,
rehuidora de juergas, silenciosa
contempladora, dulce, solitaria,
tan blanca como casta y pura
como la nieve que ha limpiado el viento,
que en tus caballerías no permites
otra sangre que la que podría entrar
en el rubor, vestidura de su orden:
sacerdotisa tuya me humillo ante tu altar.
Oh, concede que tu extraordinario
ojo verde, que jamás contempla cosa
que tenga mancha, mire por tu virgen
y, sagrada doncella de plata,

presta tus oídos (que nunca han escuchado
términos injuriantes, y cuyas puertas
nunca han traspuesto sonidos lúbricos)
a mi súplica, que está sazónada
de terror sacro. Es este el último
de mis oficios de vestal. De novia
es mi vestido, pero mi corazón
es de virgen: hay un novio ya designado,
pero ignoro quién es. De los dos,
debería escoger uno, y rogar por su éxito,
pero de elegir soy inocente.
Si debiera condenar uno con mis ojos
(siendo los dos igualmente preciosos),
no podría; el que perezca
debe partir sin haber recibido
sentencia. Por lo tanto, pudorosa
reina, permite que aquel de los dos
pretendientes que mejor me ame
y guarde los títulos más sinceros
me despoje de mi guirnalda.
De lo contrario concédeme permanecer
con el rango y calidad que aún ostento.

*La cierva desaparece bajo el altar y en su lugar
asciende un rosal, con una rosa.*

Veán lo que nuestra generala de flujos
y menguantes, con sagrado arte,
presente desde las profundidades

de su santo altar: ¡solo una rosa! Si esto
está bien inspirado, el combate destruirá
a los dos caballeros y yo, flor virgen,
creceré sola, no arrancada.

*Suena un vibrante tañido y la rosa cae del árbol,
que a su vez desciende.*

La flor ha caído, desciende el rosal.

Oh, señora, me has licenciado. Seré
flor recogida (eso creo) pero ignoro
cuál es tu voluntad. ¡Desanuda el misterio!
(*Aparte.*) Espero que esté complacida.

Sus señales fueron amables.

Reverencian y salen.

ESCENA IV

*Entran el MÉDICO, el CARCELERO y el PRETENDIENTE, vestido
como PALAMÓN.*

MÉDICO ¿Le hizo algún bien el consejo que les di?

PRETENDIENTE Oh, sí, mucho. Las doncellas

que la han acompañado la persuadieron
de que soy Palamón. En esta última
media hora vino sonriente a mí
y me ha preguntado si comería
con ella y cuándo la besaría. «Ahora mismo»,
le dije, y la besé dos veces.

MÉDICO Bien hecho. Veinte veces habría sido mejor,
porque ahí reside principalmente la cura.

PRETENDIENTE Entonces ella dijo que velaría
por mí esta noche, porque sabía bien

a qué hora me vendría la calentura.

MÉDICO Deja que lo haga. Y, cuando la calentura venga, acomódala concienzudo y en el acto.

PRETENDIENTE Quería que yo cantara.

MÉDICO ¿Lo hiciste?

PRETENDIENTE No.

MÉDICO Muy mal hecho, pues.

Debes complacerla en todo sentido.

PRETENDIENTE La pena, señor, es que no tengo voz para fortalecerla por ese medio.

MÉDICO Eso no importa, con tal de que hagas un ruido. Si vuelve a rogarte, haz lo que sea. Acuéstate con ella si te lo pide.

CARCELERO ¡Epa, doctor! ¡Pare ahí!

MÉDICO Sí, como parte de la cura.

CARCELERO Pero primero, con la venia de usted, hasta donde la honestidad lo indique.

MÉDICO Eso no es más que exceso de cortesía.

Nunca pierdas a tu retoño a causa de la honestidad. Cúrala primero de este modo. Luego, si ha de ser honesta, tiene ante sí el camino abierto.

CARCELERO Gracias, doctor.

MÉDICO Por favor, tráela y veamos cómo está.

CARCELERO Lo haré y le diré que su Palamón

la espera. Pero, doctor, todavía
me parece que está usted desencaminado.

Sale el CARCELERO.

MÉDICO Ve, ve. Ustedes los padres son flor
de tontos. ¿Honestidad? ¡Si tuviéramos
que demorar el tratamiento médico
hasta encontrarla!

PRETENDIENTE ¿Por qué? ¿Piensa usted
que no es honesta, señor?

MÉDICO ¿Qué edad tiene?

PRETENDIENTE Dieciocho.

MÉDICO Puede que lo sea,
pero eso no importa; nada significa
para nuestro propósito. No importa
lo que diga el padre, si tú percibes
que deriva su humor hacia aquello
de lo que te hablé, *videlicet*,
el «camino de la carne». ¿Me entiendes?

PRETENDIENTE Sí, señor, muy bien.

MÉDICO Complace su apetito y hazlo presto.

Eso le curará, *ipso facto*, el humor
melancólico que la infecta.

PRETENDIENTE Soy de su parecer, doctor.

Entran el CARCELERO y la HIJA DEL CARCELERO, loca.

MÉDICO Ya verás.

Aquí viene ella. Por favor, conténtala.

El PRETENDIENTE y el MÉDICO se hacen a un lado.

CARCELERO Ven, niña, tu amor, Palamón, te espera;
y le ha tomado su buen tiempo visitarte.

HIJA DEL CARCELERO Le agradezco por su gentil paciencia;
es un caballero amable
y me siento muy obligada a él.
¿Has visto alguna vez el caballo
que me dio?

CARCELERO Sí.

HIJA DEL CARCELERO ¿Cómo te cae?

CARCELERO Es muy apuesto.

HIJA DEL CARCELERO ¿Lo has visto bailar?

CARCELERO No.

HIJA DEL CARCELERO Yo sí, a menudo. Baila estupenda,
muy atractivamente, y para el baile
paródico, no importa lo que una haga,
hace giros como un trompo.

CARCELERO Magnífico, sin dudas.

HIJA DEL CARCELERO Puede bailar el morris a veinticinco
millas
por hora, con lo que dejará tullido
(si es que yo sé algo de esto) al mejor
bailarín-caballo^[8] de la comarca
que galopa al son de «Luz de amor».^[9]
¿Qué me dices de tal caballo?

CARCELERO Con semejantes virtudes,

creo que habría que entrenarlo
para que juegue tenis.

HIJA DEL CARCELERO Ay, eso no es nada.

CARCELERO ¿Sabe leer y escribir también?

HIJA DEL CARCELERO Tiene muy buena letra y hace, él solito,
todas las cuentas de su forraje y alimento.
El palafrenero que quiera estafarlo
tendrá que madrugar. ¿Conoces la yegua
alazana del duque?

CARCELERO Muy bien.

HIJA DEL CARCELERO Está terriblemente enamorada de él,
pobre bestia. Pero él es como su amo,
remilgado y desdeñoso.

CARCELERO ¿Qué dote tiene ella?

HIJA DEL CARCELERO Unas doscientas botellas y veinte
medidas
de avena (pero él nunca la querrá).
Él susurra en ese relincho suyo,
capaz de seducir a la yegua
de un molinero. Al cabo él será
la muerte para ella.

MÉDICO ¡Qué pacotilla que suelta!

CARCELERO Haz una reverencia; aquí llega tu amor.

PRETENDIENTE (*Avanzando.*) Alma preciosa, ¿cómo estás?

Ella se inclina.

¡Muy bien, doncella! ¡Vaya una reverencia!

HIJA DEL CARCELERO Para lo que tú ordenes, hasta los límites
de la honestidad. ¿Cuán lejos de aquí
queda el fin del mundo, mis señores?

MÉDICO Y, a un día de marcha, muchacha.

HIJA DEL CARCELERO (*Al* PRETENDIENTE.)

¿Irás conmigo?

PRETENDIENTE ¿Qué haremos ahí, chica?

HIJA DEL CARCELERO Y, jugar a la pelota y el taburete.^[10]

¿Qué más se puede hacer?

PRETENDIENTE Estoy de acuerdo,

si es que vamos a celebrar allí nuestra boda.

HIJA DEL CARCELERO Es cierto, porque allí, para ese
propósito,

te aseguro que encontraremos algún sacerdote
ciego que se atreverá a casarnos, porque aquí
son en exceso escrupulosos y tontos.

Además, mañana ahorcan a mi padre
y eso sería un manchón para el asunto.

¿Tú eres Palamón?

PRETENDIENTE ¿No me conoces?

HIJA DEL CARCELERO Sí, pero no te importo nada.

No tengo nada más que este pobre
faldón y dos toscos camisones.

PRETENDIENTE Eso es lo de menos. Te tendré a ti.

HIJA DEL CARCELERO ¿De veras?

PRETENDIENTE Sí, por esta bella mano que lo haré.

HIJA DEL CARCELERO Entonces iremos a la cama.

PRETENDIENTE Cuando tú quieras.

La besa.

HIJA DEL CARCELERO (*Limpiándose la boca.*)

Ay, señor, de buena gana
me habrías mordisqueado.

PRETENDIENTE ¿Por qué te limpias mi beso?

HIJA DEL CARCELERO Es muy dulce,
y me perfumará, para la boda.

¿No es este tu primo Arcites?

MÉDICO Sí, querida, y estoy contento
de que mi primo Palamón haya hecho
tan buena elección.

HIJA DEL CARCELERO ¿Crees que va a tomarme?

MÉDICO Sin duda.

HIJA DEL CARCELERO (*Al CARCELERO.*)

¿Tú piensas lo mismo?

CARCELERO Sí.

HIJA DEL CARCELERO Tendremos muchos hijos.

(*Al MÉDICO.*) ¡Señor, cómo has crecido!

Mi Palamón, también crecerá
bellamente, así lo espero, ahora
que está en libertad. ¡Ay, pobre pollito,
la mala alimentación y el hospedaje
enfermizo lo han privado de crecer!
Pero yo lo haré crecer de nuevo a besos.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO ¿Qué hacen aquí? Se perderán el más preclaro
espectáculo nunca visto.

CARCELERO ¿Están ya en el campo?

MENSAJERO Sí. Tú también tendrás allí
un papel.

CARCELERO Voy de inmediato.

Debo dejarlos a ustedes aquí.

MÉDICO No, vamos contigo.

No quiero perderme el espectáculo.

CARCELERO (*Al MÉDICO.*) ¿Cómo la ha visto?

MÉDICO Le garantizo que en tres o cuatro días
la pongo buena de nuevo.

Salen el CARCELERO y el MENSAJERO.

(*Al PRETENDIENTE.*) No debes apartarte de ella,
pero mantenla en este rumbo.

PRETENDIENTE Lo haré.

MÉDICO Llévemola dentro.

PRETENDIENTE (*A la HIJA DEL CARCELERO.*)

Vamos, cariñito, vamos a cenar
y luego jugaremos a cartas.

HIJA DEL CARCELERO ¿Y nos besaremos también?

PRETENDIENTE Unas cien veces.

HIJA DEL CARCELERO ¿Y mil más?

PRETENDIENTE Y mil más.

HIJA DEL CARCELERO Y entonces dormiremos juntos.

MÉDICO Acepta su ofrecimiento.

PRETENDIENTE (*A la* HIJA DEL CARCELERO.) Sí, te juro que sí.

HIJA DEL CARCELERO Pero no me vas a lastimar.

PRETENDIENTE No lo haré, cariñito.

HIJA DEL CARCELERO Si me lastimas, amor, lloraré.

Salen.

ESCENA V

Fanfarria. Entran TESEO, HIPÓLITA, EMILIA,
PIRITOO *y algunos asistentes.*

EMILIA No daré un paso más.

PIRITOO ¿Te perderás el espectáculo?

EMILIA Antes que esta justa, preferiría

ver a un pajarito atacando una mosca.

Cada golpe que se descarga

amenaza una vida valerosa;

cada espada lamenta el lugar en el que cae

y, más que como acero, suena como una

campanada. Aquí me quedo.

Basta con que mi oído sea castigado

con lo que ha de suceder,

que es algo imposible de desatender;

solo queda pues oír: no mancharé

mis ojos con visiones pavorosas

que pueden rehuir.

PIRITOO (*A* TESEO.) Señor, mi buen señor,

tu hermana no quiere dar un paso más.

TESEO Debe hacerlo. Debe ver

en su propia realidad las hazañas
de honor, que a veces se muestran bellas
cuando son dibujadas. Debe comportarse
de acuerdo con la naturaleza y hacer
la historia, cuya credibilidad
será sellada tanto por el ojo
como por el oído. (*A EMILIA.*) Has de estar
presente: eres la recompensa del vencedor,
el premio y guirnalda que coronará
la decisión del título.

EMILIA Perdóname;

si estuviera allí, cerraría los ojos.

TESEO Debes presentarte: la justa es como

la noche, y tú el único astro que brilla.

EMILIA Me he apagado. Solo hay malicia

en la luz que muestra el uno al otro.

La oscuridad, que siempre fue la matriz

del horror, que múltiples millones

de mortales maldicen, puede ahora

redimirse extendiendo su negro manto

sobre ambos para que ninguno

pueda encontrar al otro, ganar para sí

un poco de buen nombre y compensar

muchos de los homicidios de los cuales

es culpable.

HIPÓLITA Debes ir.

EMILIA A fe mía que no lo haré.

TESEO Pero los caballeros deben
inflamar su valor ante tus ojos.
Entérate: en esta guerra, tú eres
el tesoro y debes comparecer
para recompensar el esfuerzo.

EMILIA Perdóname, señor;
los títulos de un reino pueden dirimirse
fuera de sus límites.

TESEO Bien, bien.
Entonces, que sea como más te plazca.
Los que se queden contigo pueden desearle
esa labor a cualquiera de sus enemigos.

HIPÓLITA Hasta luego, hermana. Voy a conocer
a tu esposo antes que tú, si bien
por un breve lapso; ruego a los dioses
que, a aquel de los dos que distingan
como el mejor, lo hagan tu partido.

Salen todos menos EMILIA.

EMILIA (*Toma dos retratos y sostiene uno en cada mano.*)

Arcites tiene un bello rostro, aunque
sus ojos son como un arma a punto
de activarse, o una espada filosa
en una suave vaina; la piedad
y el viril coraje son compañeros
de lecho en su mirada. Palamón

tiene aspecto más amenazador;
su ceño está grabado como en piedra
y parece enterrar aquello que lo obliga
a arrugarse; sin embargo a veces
no es así y se modifica siguiendo
la calidad de sus pensamientos.
Largo tiempo se posará su ojo
en lo que mira. La melancolía lo vuelve
noble. Igual sucede con la alegría
de Arcites, si bien es una especie
de alegría la tristeza de Palamón,
tan entretejida como si triste
lo pusiera la alegría, y la tristeza
lo pusiera alegre. Esos oscurísimos
humores, que en otros se fijan de modo
inconveniente, viven en él
en hogar amable.

Cornetas. Trompetas anunciando una carga.

¡Oigan las lejanas espuelas del coraje!
¡Cómo incitan a los príncipes a su ordalía!
Podría ganarme Arcites, pero también
podría Palamón herir a Arcites
al punto de desfigurarlo. Ah, ¿qué piedad
sería suficiente para este lance?
Si yo estuviese cerca podría causar
heridas, porque ellos podrían dirigir
sus ojos a mi asiento y omitir,

en ese ademán, un movimiento
de defensa o una ofensiva que anhelaba
ese mismo tris. Es mucho mejor
que no esté allí. ¡Ay, mejor no haber nacido
que causar semejante daño!

Cornetas; gran griterío y ruido entre bambalinas.

Gritos de «¡Arriba Palamón!».

Entra un SIRVIENTE.

¿Qué ha pasado?

SIRVIENTE Gritan «¡Arriba Palamón!».

EMILIA Entonces ha ganado.

Era lo más probable. Se lo veía
todo gracia y éxito y sin duda
es el más selecto de los hombres.
Te ruego, corre y dime cómo va.

Vocerío, cornetas; gritos de «¡Arriba Palamón!».

SIRVIENTE Todavía «¡Palamón!».

EMILIA Corre y pregunta.

Sale el SIRVIENTE.

(Al retrato de su mano derecha.) Pobre servidor, has
perdido. Todavía
llevo tu retrato en mi derecha,
y el de Palamón está en la izquierda.
¿Por qué así? No lo sé; no tenía ningún
propósito. En el lado siniestro
está el corazón. Palamón tenía
los mejores augurios.

Nueva gritería entre bambalinas y cornetas.

Este clamor que irrumpe es seguro
el fin del combate.

Entra el SIRVIENTE.

SIRVIENTE Dicen que Palamón tenía el cuerpo
de Arcites a menos de una pulgada
de la pirámide y que el clamoreo
general era «¡Arriba Palamón!».
Pero al punto los asistentes de Arcites
lo redimieron, y los dos corajudos rivales,
están en este instante mano a mano.

EMILIA ¡Si solo estuvieran los dos en uno
metamorfoseados! Bueno, ¿por qué no?
No habría mujer digna de un hombre
compuesto así; cada una de las partes
(sus respectivas noblezas, a ellos
peculiares) infligen el perjuicio
de la disparidad, ya que menguan
el valor de cualquier dama que respire.

Cornetas y gritos de «¡Arcites!», «¡Victoria!» dentro.

¿Más vivas? ¿Todavía «Palamón»?

SIRVIENTE No, ahora gritan por Arcites.

EMILIA Te lo ruego, presta atención.

Cornetas, grandes gritos de «¡Arcites!», «¡Victoria!».

Pon tus dos oídos en el encargo.

SIRVIENTE Gritan

«Arcites y victoria». ¡Escucha!: «¡Arcites!,
¡Victoria!». Los instrumentos de viento

proclaman el fin del combate.

EMILIA Incluso los que tenían un solo ojo

vieron que Arcites no era ningún pelele.

Por el párpado de Dios: su riqueza

y altura de espíritu se traslucían;

no lograban permanecer ocultas

más que el fuego en el lino (ni más

que los humildes bancos sin litigar

con las aguas que arrastran a furia

la fuerza de los vientos). Yo pensé

que el buen Palamón podía fracasar,

aunque ignoro por qué pensaba así.

Nuestra razón no es profeta,

aunque nuestra imaginación lo es a menudo.

(*Cornetas.*) Están abandonando el campo.

¡Ay, pobre Palamón!

Entran TESEO, HIPÓLITA, Pirítoo, ARCITES (como vencedor) y asistentes.

TESEO Aquí es donde nuestra expectante hermana

permanece estremecida e inquieta.

Hermosísima Emilia, los dioses,

en su divino arbitraje, te han dado

a este caballero, tan bueno como el mejor

que jamás haya conducido una carga.

(*A EMILIA y ARCITES.*) Denme las manos. (*A ARCITES.*)

Recíbela

(*a EMILIA*) y tú a él. Queden comprometidos

con un amor que más crezca cuanto más
declinen ustedes.

ARCITES Emilia,

para comprarte he perdido lo que me era
más querido, con excepción de aquello
que he comprado; y sin embargo compré
barato, tanto cotizo tu valor.

TESEO Amada hermana. Arcites está hablando

del caballero más valiente que jamás
haya espoleado un corcel. Sin duda los dioses
harán que perezca soltero, a menos
que su raza se muestre demasiado
semejante a la divina. Tanto
me encantó su comportamiento
que me pareció que Hércules, a su lado,
habría sido como un lingote de plomo.
Si pudiera yo elogiar cada parte suya
como el todo del que he hablado, tu Arcites
no perdería en la comparación, porque ese
que se mostró tan bueno sin embargo
encontró al mejor. He oído a dos
émulas filomelas batir el oído
de la noche con sus gargantas contenciosas,
ahora una más alto, luego la otra,
luego nuevamente la primera,
y así una y otra vez, superándose

en el canto hasta que al oído
le era imposible juzgar entre ambas.
Así corrió por buen rato la suerte
entre estos parientes, tanto que a duras penas
los cielos consiguieron que fuera uno
el vencedor. (*A ARCITES.*) Luce con alegría
la guirnalda, porque has ganado. Para
los vencidos, sea impartida
nuestra inmediata justicia: me consta
que sus vidas solo los lastiman.
Que sea hecho ya. No es para nuestra vista
esa escena; vayámonos de aquí,
por derecho alegres, con un poco
de tristeza. (*A ARCITES.*) Abraza tu premio; sé
que no lo perderás. Hipólita,
veo que uno de tus ojos ha concebido
una lágrima y la va a parir.

Fanfarrias.

EMILIA ¿Es esto vencer? Divinos poderes,
¿dónde está su misericordia? Aunque
sus designios han dicho que debe
ser así, y me han asignado la carga
de vivir para consolar a este
con su amistad decapitada, a este
desgraciado príncipe que se arranca
una vida más valiosa para él

que todas las mujeres, debería
yo también morir, y lo haría.

HIPÓLITA Pena infinita

que cuatro ojos tales se sujeten a una sola
y que por ello dos deban cegarse.

TESEO Así es.

Salen.

ESCENA VI

*Entre custodios, entran PALAMÓN y sus CABALLEROS, maniatados; el
CARCELERO, y el VERDUGO con un hacha y un tocón.*

PALAMÓN Muchos hombres con vida hay

que sobrevivieron el amor de la gente;
sí, en idéntica situación quedan
muchos padres con sus hijos. Algún
consuelo nos brinda considerarlo
así. Expiramos y no sin la piedad
de los hombres; contamos con sus deseos
de que siguiésemos viviendo.

Evitamos la repulsiva miseria
de la edad, engañamos a la gota
y al catarro que en las horas tardías
esperan a aquellos que, grises,
se aproximan a la muerte. Jóvenes
e inagotados, vamos hacia los dioses,
sin cojear bajo el peso de crímenes
múltiples y rancios. Seguro que eso
(antes que lo otro) hará que los dioses

se complazcan en compartir su néctar
con nosotros, ya que somos espíritus
más puros. (*A los CABALLEROS.*) Mis queridos
parientes,
cuyas vidas son vertidas para este
pobre consuelo, las han vendido ustedes
demasiado, demasiado barato.

PRIMER CABALLERO ¿Qué final podría ser más dichoso?

Lo que los vencedores tienen,
más que nosotros, es fortuna, título
tan momentáneo para ellos como cierta
para nosotros es la muerte. En cuanto
a honor, no pesan un gramo más que nosotros.

SEGUNDO CABALLERO Digámonos adiós

y, con nuestra paciencia, irrite mos
a la vacilante Fortuna, que ya
ha dispuesto sus seguros rieles.

Se abrazan.

TERCER CABALLERO Vamos, ¿quién empieza?

PALAMÓN Incluso aquel que los ha traído a este

banquete brindará por todos ustedes.

(*Al CARCELERO.*) Ajá, mi amigo: tu bella

hija me dio una vez la libertad;

ahora tú verás de dármela para siempre.

Dime, por favor, ¿cómo está ella?

Oí que no andaba bien; su rara

enfermedad me causó pesar.

CARCELERO Señor, está bien recuperada
y en breve se casará.

PALAMÓN Por mi breve vida que me alegro mucho.

Será lo último de lo que me alegre.

Díselo, te lo ruego. Mándale
mis mejores deseos y, para mejorar
su dote, ofrécele esto.

Le da su bolsa.

PRIMER CABALLERO Vamos, obsequiemos todos.

SEGUNDO CABALLERO ¿Es doncella?

CARCELERO En verdad pienso que sí. Una criatura
muy cumplida, que se portó conmigo
mejor que lo que puedo corresponderla.

CABALLEROS Dale nuestros mejores deseos.

Le dan sus bolsas.

CARCELERO Los dioses los recompensen a ustedes
y a ella la hagan agradecida.

PALAMÓN *Adieu*. Y que mi vida sea ya tan breve
como mi despedida.

Pone la cabeza en el tocón.

PRIMER CABALLERO Abre el camino, valeroso primo.

SEGUNDO CABALLERO Te seguiremos con júbilo.

Gran alboroto dentro. Se oyen ruidos:

«¡Corre! ¡Sálvalo! ¡Alto!»

Entra corriendo un MENSAJERO.

MENSAJERO ¡Alto, deténganse! ¡Eh, deténganse, deténganse!

*Entra PIRITOO
corriendo.*

PIRITOO ¡Alto, deténganse! maldita sea
su precipitación si han obrado tan rápido.
Noble Palamón, los dioses han resuelto
mostrar su gloria en una vida
que aún debes vivir.

PALAMÓN ¿Será posible,
cuando Venus, como me he dicho, es falsa?
¿Qué viene ahora?

PIRITOO Levántate, gran señor,
y presta oídos a las noticias,
porque son dulcísimas y amargas.

PALAMÓN ¿Qué nos ha despertado de nuestro sueño?

PIRITOO Escucha, pues. Tu primo,
montado en un corcel
que fuera el primer regalo de Emilia,
negro, sin un solo pelo blanco,
característica que algunos dirían
baja su precio y que a muchos haría
abstenerse de comprarlo (superchería
que ahora se ve confirmada), en ese
caballo, decía, Arcites iba al trote
por las piedras de Atenas, que los clavos
de las herraduras, más que pisar contaban,
pues los pasos del animal podrían
ser de una milla si a su jinete
se le antojara azuzarle el amor propio.

En tanto marchaba contando el rocoso
pavimento, bailando como al son
de los cascos (porque, como se dice,
en el hierro está el origen
de la música), un envidioso pedrusco,
frío como el viejo Saturno y como él
poseído por fuego malevolente,
lanzó una chispa, o, acaso un feroz
azufre (sobre esto no hago comentarios).
El brioso caballo, ardiente como el fuego,
fue juguete del chisporroteo
y se abandonó a todo desorden
que la fuerza pudiera imponerle
a la voluntad. Salta, corcovea y olvida
lo que le han inculcado en la escuela,
donde fue entrenado y vuelto dócil
a la rienda; como un cerdo le berrea
a la aguda espuela, que lo irrita
sin lograr que le obedezca; procura, con
todos los viciados y ásperos recursos
de un redomón, deshacerse de su amo,
que espléndido con todo se sostiene. Y como
no consigue su propósito (como
ni amenaza ya partirse la barbada,
ni la cincha romperse, ni los varios
sacudones violentos desarraigan,

ya acrecido, a su jinete, sino que este
lo mantiene entre sus piernas), entonces
se alza sobre las patas traseras
de modo que las piernas de Arcites,
quedando más altas que su cabeza,
parecen colgar por extraño arte.
Fue entonces que cayó de su cabeza
la guirnalda de vencedor, y al instante
hacia atrás se echa el caballo y todo
su peso carga sobre el jinete. Aún
vive Arcites, pero es un navío
que flota solo hasta que la próxima
ola llegue. Mucho desea decirte
unas palabras. Velo, aquí aparece.

*Entran TESEO, EMILIA y ARCITES, en una silla sostenida por
asistentes.*

PALAMÓN ¡Miserable fin de nuestro lazo!

Son poderosos los dioses. Arcites,
si tu corazón, tu preclaro corazón
viril no se ha roto todavía,
dame tus últimas palabras. Soy Palamón,
uno que aún te ama, moribundo.

ARCITES (A PALAMÓN.) Toma a Emilia y, con ella,
toda la dicha del mundo. Acerca la mano.
Adiós. He contado mi última hora.
Fui falso, pero nunca traidor.
Perdóname, primo. Un beso de la bella Emilia.

Se besan.

Está hecho. Tócala. Yo muero.

Muere.

PALAMÓN Que tu alma valerosa vaya en busca del Elíseo.

EMILIA (*Al cadáver de Arcites.*) Cerraré tus ojos, príncipe.

Sean contigo los bienaventurados
espíritus. Eres un hombre justo y bueno
y, mientras viva, daré este día a las lágrimas.

PALAMÓN Y yo al honor.

TESEO (*A PALAMÓN.*) Fue en este lugar donde pelearon
ustedes

por vez primera: aquí los separé yo.

Agradezcamos a los dioses
que estás con vida. Él ya ha actuado
su papel, aunque demasiado breve,
lo hizo bien. Tu día se prolonga y te unge
el maravilloso rocío de los cielos.

La poderosa Venus bien ha agraciado
su altar y te ha dado a la que amas. Nuestro
señor Marte ha cumplido con su oráculo
y concedió a Arcites la victoria en la lucha.
Así las deidades han mostrado la debida justicia.
(*A los asistentes.*) Llénenlo de aquí.

Salen asistentes con el cadáver de Arcites.

PALAMÓN ¡Ah, primo, que tengamos que desear cosas

que nos cuestan la pérdida del deseo!

¡Que no se pueda comparar un caro amor

sino con la pérdida del amor más caro!

TESEO Nunca jugó la Fortuna con más sutileza.

El vencido triunfa y pierde el victorioso.

Sin embargo, en el tránsito los dioses
han sido imparciales por completo.

Palamón, tu pariente ha confesado
que eras tú quien tenía derecho a la dama,
porque la viste tú primero y proclamaste
en ese instante tu ilusión amorosa.

Así, te la restauró como una joya
robada y deseando que tu espíritu
lo enviara de aquí perdonado. Los dioses
toman la justicia de mis manos
y ellos mismos se vuelven verdugos.

Conduce fuera de aquí a tu señora
y reclama del escenario de la muerte
a tus amantes parientes, a quienes
adopto como amigos.

Mantengámonos tristes un día o dos
y cumplamos con el funeral de Arcites,
a cuyo término vestiremos
rostros de novios y sonreiremos
con Palamón, por quien hace una hora,
solo una hora, estaba yo tan hondamente
triste como alegre estaba por Arcites,
y por quien estoy ahora tan contento

como acongojado por el otro.

Ah, hechiceros celestes, qué cosas
hacen de nosotros. Por lo que nos falta,
reímos; lo que tenemos, lamentamos;
de algún modo, somos niños todavía.

Demos gracias por aquello que es
y lo que está por encima de nosotros
no lo disputemos, dioses, con ustedes. Vamos ya;
comportémonos como exige la hora.

Fanfarria.

Salen.

EPÍLOGO

Entra el EPÍLOGO.

EPÍLOGO Les preguntaría qué les pareció la obra,
pero, como les pasa a los escolares,
no puedo hacerlo. ¡Tengo un miedo terrible!
Les ruego, no obstante, que se queden un rato
y me dejen mirarlos. ¿Nadie sonrío?
Entonces la cosa no marcha bien,
por lo que veo. El que ya ha amado a una muchacha
joven y hermosa, que dé la cara
(raro sería que no haya uno) y, si le place,
dejen que chifle, siendo insincero
y mate así nuestras ganancias.
Es en vano, por lo que veo,
quedarme con ustedes: ¡que venga entonces
lo peor! Y bien, ¿qué dicen, pues?
Mas no se engañen. No soy valiente;
aquí no tenemos porqué. Si el cuento
que les contamos (pues no hay otro)
los ha satisfecho (y tal era su fin
honrado) nuestra meta está cumplida.
Y ustedes prolongarán un buen rato,

me atrevo a decir que largo, su viejo
amor por nosotros. Mientras, nosotros
quedamos a su servicio
con todo cuanto tenemos.
Buenas noches caballeros.

Fanfarrias. Sale.



WILLIAM SHAKESPEARE ha sido considerado unánimemente el escritor más importante de la literatura universal. Se mantiene que nació el 23 de abril de 1564 y que fue bautizado, al día siguiente, en Stratford-upon-Avon, Warwickshire. Su llegada a Londres se ha fechado hacia 1588. Cuatro años después de su llegada a la metrópoli, ya había logrado un notable éxito como dramaturgo y actor teatral, éxito que pronto le valió el mecenazgo de Henry Wriothesley, tercer conde de Southampton. Con solo haberse dedicado a la poesía, Shakespeare ya habría pasado a la historia por poemas como *Venus y Adonis*, *La violación de Lucrecia* o los sonetos. Sin embargo, si hay un campo en el que Shakespeare realizó grandes y trascendentales logros fue en el teatro; no en vano es el responsable principal del florecimiento del teatro isabelino, uno de los mascarones de proa de la incipiente hegemonía mundial de Inglaterra. A lo largo de su carrera escribió, modificó o colaboró en decenas de obras teatrales, de las cuales podemos atribuirle plenamente treinta y ocho, que perviven en nuestros días gracias a su genio y su talento. William Shakespeare murió, habiendo conocido el favor público y el éxito económico, el 23 de abril de 1616 en su ciudad natal.

Notas

Introducción

[¹] La más reciente biografía de Marlowe es: Park Honan, *Christopher Marlowe. Poet & Spy*, Oxford, Oxford University Press, 2005. <<

[2] Véase James Shapiro, *Contested Will. Who Wrote Shakespeare?*, Londres, Faber & Faber, 2010. <<

[3] Acerca de la leyenda de que Shakespeare nunca emborronaba sus manuscritos y no tachaba ningún verso, Ben Jonson, en *Discoveries*, un libro de citas y reflexiones, escribió: «¡Ojalá hubiera tachado cientos!». <<

[4] Al parecer, el hecho de que no se hiciera mención a sus libros y manuscritos se explica por la costumbre isabelina de acompañar los testamentos de un inventario que, en el caso de Shakespeare, se ha perdido. <<

[5] John Aubrey (1626-1697) fue un anticuario inglés que se dedicó a escribir apuntes biográficos de personajes relevantes de la historia inglesa en su monumental *Brief Lives*, publicado por primera vez en 1813. Hay una selección en castellano: John Aubrey, *Vidas breves*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Diego Portales, 2010. <<

[6] Hay noticia de una obra perdida de Shakespeare, *Cardenio*, que se cree fue escrita a medias por John Fletcher y Shakespeare y que los King's Men estrenaron en 1613. La obra desarrollaba la historia de un personaje de la primera parte de *Don Quijote*, que había sido traducida al inglés por Thomas Shelton en 1612. En 1727, Lewis Theobald publicó una obra titulada *Double Falsehood* que decía estaba basada en tres manuscritos, entre ellos el perdido *Cardenio*. La historia parece que últimamente ha merecido crédito por parte de los especialistas, pues la prestigiosa colección Arden de las obras de Shakespeare la ha incluido en su canon y la Royal Shakespeare Company la interpretó en 2011. <<

[7] Samuel Pepys, *Diarios*, Sevilla, Renacimiento, 2003, p. 101. Traducción de Norah Lacoste. <<

[8] *Medida por medida*, III, i. Véase la p. 244 de este volumen.

<<

[9] *La tempestad*, V, i. Véase la p. 667 de este volumen. <<

Romances

[¹] Este prólogo, impreso por primera vez al frente de la obra en la segunda edición de 1629, se estima que no fue escrito por Shakespeare. (*N. del T.*) <<

[2] El nombre de este personaje evoca en varios momentos de la acción el equívoco de su significado en lengua inglesa, donde *pandar* es «alcahuete», y *to pander*, «alcahuetear». (*N. del T.*) <<

[3] «Alegre». (*N. del T.*) <<

[4] Se juega, bastante forzadamente, con *before*, «antes» y «delante»: *before me*, «ante mí», «palabra de honor». (N. del T.) <<

[5] «Aquí yace», es decir «o si no, moriré». (*N. del T.*) <<

[6] *Purr*, «ronroneo», y *pur*, «villano», y «sota (de naipes)».
(*N. del T*) <<

[7] Nadie ha identificado esta canción, si bien las indicaciones dan a entender que el actor ya las conocía y debía cantar aproximadamente una estrofa. «La escoba» (The Broom) era una canción muy popular de la época. Usualmente se asume que «Bonny Robin» es la misma canción de la cual Ofelia, en Hamlet, canta el estribillo «For Bonny sweet Robin is all my joy». Se ha señalado que «Bonny» era la voz con que, en jerga, se mencionaba el pene. (*N. del T.*) <<

[8] En el baile del morris, normalmente figuraba un hombre vestido como caballo. (*N. del T.*) <<

[9] Canción popular cuya letra habla de un amante infiel. También término para designar a las prostitutas. Bailar esta canción implicaba ser inconstante. (*N. del T.*) <<

[¹⁰] Juego campestre con connotaciones sexuales. (*N. del T.*)

<<